PORTUGAL EN EL MUNDO

Joaquim Veríssimo Serrão

COLECCIONES MAPFRE 1492

Desde que, en el siglo XII, Portugal se conforma como reino independiente, inicia un proceso de establecimiento de relaciones con el resto del mundo que irá dejando marcada huella de la personalidad del país, al tiempo que determinará el afloramiento de la misma. Nación gestada en lucha contra los musulmanes, el espíritu de cruzada le lleva a dar el primer paso más allá de los límites de la Península. En gran medida, ese espíritu militante condicionará su avance en África, Asia y América. El *conatus* mercantil que impulsa las primeras expediciones, con Alfonso IV, y que tenía un precedente en el auge de la actividad comercial favorecida por Dionisio I, va a conocer un desarrollo imparable. Bajo el mandato de Juan I se inicia el proceso de exploración y explotación que, tras las islas atlánticas, contornea África y profundiza en Asia, mientras Brasil va cobrando relieve. Joaquim Veríssimo Serrão ofrece al lector, en esta importante obra, una visión global del larguísimo itinerario exterior de la nación portuguesa.

Joaquim Veríssimo Serrão (Santarém - Portugal, 1925). Doctor en Historia. Catedrático, Facultad de Letras, Universidad de Lisboa. Presidente de la Academia Portugesa de Historia. De la Academia de las Ciencias. Obras: *O reinado de don António, Prior do Crato* (1956), *Portugueses no Estudo de Salamanca,* vol. I (1962), *História de Portugal* (12 vols., 1977-1990).

Colección América 92

PORTUGAL EN EL MUNDO
Un itinerario de dimensión universal

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Mario Merlino
Diseño de cubierta: José Crespo

Obra publicada con el apoyo
de la Fundación Calouste Gulbenkian
de Lisboa

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-498-4
Depósito legal: M. 27706-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

JOAQUIM VERÍSSIMO SERRÃO

PORTUGAL EN EL MUNDO

Un itinerario de dimensión universal



ÍNDICE

Presentación 11

Capítulo I. La vocación de Europa. Siglos xii-xiv 13

Portugal: un origen geográfico 13
Orígenes remotos de Portugal 14
La Reconquista cristiana 17
La formación del Estado portugués 19
Portugal: Estado, patria y nación 22
Alianzas y relaciones diplomáticas: Roma y Saboya 24
Alianzas y relaciones diplomáticas: Castilla, Flandes, Dinamarca y Aragón 26
Alianzas y relaciones diplomáticas: Inglaterra 30
Alianzas y relaciones diplomáticas: Francia 33
Cruzadas, órdenes religiosas y peregrinaciones 35
La atracción de los claustros y escuelas universitarias 45
Pedro Hispano: el papa Juan XXI 50
Mercaderes y viajes de comercio 51

Capítulo II. El Mundo Nuevo de los descubrimientos. Siglo xv 57

Los descubrimientos portugueses: su inserción de la cruzada 57
Génesis nacional de los descubrimientos 60
El infante don Henrique, don João II 63
Portugal en Marruecos 66
Descubrimientos: el archipiélago de Madeira 71
Descubrimientos: el archipiélago de las Azores 75
Descubrimientos: del Cabo Bojador a Sierra Leona 79
Descubrimientos: el archipiélago de Cabo Verde 81
Descubrimientos: el Golfo de Guinea 84

Descubrimientos: São Jorge da Mina, São Tomé y Príncipe 85
Descubrimientos: el río Congo y el litoral de Angola 88
El Cabo de Buena Esperanza 91
El infante de las Siete Partidas 96
Relaciones diplomáticas: Inglaterra y Flandes 99
Relaciones diplomáticas: Imperio de Alemania 105
Relaciones diplomáticas: Aragón, Urgel y Barcelona 109
Relaciones diplomáticas: el reino de Castilla 111
Relaciones diplomáticas: La Curia romana 117
Portugal y las universidades de Italia 122
Cristóbal Colón y Portugal 128
El Tratado de Tordesillas 136

Capítulo III. PORTUGAL EN LA EUROPA DEL SIGLO XVI (1495-1580) 143

Portugal: nexo entre Europa y Ultramar 143
Los conceptos de «fe» y de «imperio» 146
Relaciones con España: bodas reales 149
El viaje de Fernão de Mayalhães-Sebastián de Elcano 153
Relaciones con España: el Tratado de Zaragoza (1529) 156
Relaciones con Francia: la guerra de corso 160
Relaciones con Francia: del Tratado de Lyon a la conquista de Guanabara 163
Relaciones con Francia: el ataque a Funchal de 1566 166
Relaciones con Roma: el cardenal Alpedrinha 169
Relaciones con Roma: el «Mundo Nuevo» de Portugal 173
Relaciones con Roma: un proyecto para la conquista de La Meca .. 177
Relaciones con Roma: la embajada de 1514 180
Relaciones con Roma: el cardenal don Miguel da Silva 184
Relaciones con Roma: la Inquisición 186
Portugueses en el Concilio de Trento 188
Relaciones con Inglaterra en la segunda mitad del siglo XV 193
Relaciones con Inglaterra en tiempos de don Manuel I 195
Relaciones con Inglaterra: el proyecto de matrimonio del infante don Luis 197
Relaciones con Inglaterra: la época de los corsarios 199
La expedición de Drake a Lisboa en 1589 201
Relaciones con el Imperio: la factoría de Flandes 203
Rui Fernandes de Almada: mercader y diplomático 207
Un cosmopolita portugués: Damião de Góis 210
Portugueses en las universidades europeas 214
Nombres y corrientes en la emigración judía 220

Capítulo IV. El Estado Portugués de la India (1505-1580) ... 229
Navegaciones en el Índico: un problema abierto ... 229
1497-1499: el comienzo de la era gámica ... 233
El descubrimiento de la vía marítima hacia la India ... 236
Primeros viajes a Oriente (1500-1504) ... 240
Don Francisco de Almeida y Afonso de Albuquerque ... 244
Los portugueses en Malabar ... 249
De la costa de Canara al Golfo Pérsico ... 253
De Mozambique al Mar Rojo ... 262
De la isla de Trapobana al emporio de Malaca ... 269
Portugal en Insulindia ... 276
El descubrimiento portugués de Australia ... 281
Camino del Imperio de China ... 286
Portugal en el Celeste Imperio: Macau ... 292
En el Imperio del Sol Naciente ... 296

Capítulo V. Brasil en el siglo xvi ... 301
Viajes en el Atlántico occidental ... 301
El descubrimiento del Labrador y de Terranova ... 305
Duarte Pacheco Pereira: ¿descubridor histórico de Brasil? ... 310
Viajes de los andaluces en las costas de Brasil ... 313
El descubrimiento oficial de Brasil (1500) ... 317
Brasil hasta el año 1530 ... 319
Del sistema de capitanías al gobierno general (1532-1548) ... 323
La creación del gobierno general (1548) ... 326
El rey don Sebastião y Brasil ... 330
1580: Brasil en la monarquía dualista ... 334

APÉNDICES

Bibliografía ... 341

Índice onomástico ... 345

Índice toponímico ... 355



PRESENTACIÓN

Este libro pretende trazar el itinerario de la nación portuguesa, desde principios del siglo XII hasta finales del XVI, en sus múltiples relaciones con el mundo. Evocando los lazos políticos y militares, religiosos y culturales, económicos y artísticos, la obra intenta divulgar la huella del hombre portugués en los cinco continentes, en los procesos y vestigios de la instalación a que ligó su nombre. El propósito enunciado tiene así, como cúpula de la narración, la presencia de Portugal en el mundo, en las formas de pensamiento y de acción que constituyeron las expresiones poderosas de su destino nacional y ecuménico. En un ámbito más o menos vasto, se acentúan las grandes líneas que dieron al pequeño estado del Occidente hispánico una dimensión civilizadora que se proyectó en todos los rincones del universo.

Importa reconocer que el libro no aspira a ser una historia completa de la expansión portuguesa, obra que en su profundización documental exigiría componer decenas de volúmenes. Basta el subtítulo para especificar que estamos ante una visión de conjunto de lo que fue la vinculación de Portugal con otros pueblos y naciones. En esa perspectiva se ha dado especial relieve, en los siglos medievales, a lo que ocurrió en Europa como madre formadora del organismo nacional. A partir del siglo XV, se ha tenido en cuenta el proceso de los descubrimientos como expresión del ideal universalista de la nación portuguesa. Obra circunscrita a los hitos más importantes del proceso histórico, ha de considerarse, pues, limitada en el tiempo y en el espacio. Creemos no falsear su contenido si encaramos el libro como una síntesis de lo que fue la huella de Portugal en el surcar de los mares y en la exploración de los continentes.

No se trata, por otro lado, de una compilación erudita para uso exclusivo de los historiadores. Pueden éstos desarrollar los asuntos de su interés con ayuda de la bibliografía general y especializada que completa los diferentes capítulos. El objetivo de *Portugal en el mundo* obedeció al principio de la divulgación cultural al registrar acontecimientos y figuras que merecen ser conocidos a la luz de una historia accesible. Siendo así, los lectores podrán encontrar en la obra una base de información útil, que será posible completar con las notas bibliográficas que le sirven de apoyo. Tal fue la intención del autor al ofrecer *Portugal en el mundo* como una guía de estudio que permita nuevas y más fecundas investigaciones sobre la aventura portuguesa en su expansión universal.

Las notas a pie de página se han reducido al mínimo que se juzgó indispensable, dando preferencia a los estudios consagrados o de especialización más reciente, sobre todo por parte de autores portugueses. Los lectores podrán disponer así de las estructuras de base que hacen de la obra un instrumento de trabajo. A la luz de tal criterio, sería nuestro deseo que se considerase el volumen como un *vademecum*, un breve muestrario de la civilización portuguesa en las múltiples expresiones de la presencia universal o de la aculturación a que ella dio lugar.

La obra *Portugal en el mundo: una trayectoria de dimensión universal*, se integra en el plan de edición de las «Colecciones Mapfre 1492» que esta prestigiosa Fundación pretende lanzar en el año conmemorativo del 5° Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. En la persona de su ilustre presidente, don Ignacio Hernando de Larramendi, agradecemos la confianza depositada en la realización de este volumen. Tampoco olvidamos el reiterado interés que el señor comandante, Carlos Mesquita, delegado de la Fundación Mapfre América en Portugal, tuvo desde el principio en el proyecto. Dirigimos por fin un saludo agradecido a nuestro amigo el doctor José Pereira da Costa, antiguo director del Archivo Nacional de la Torre do Tombo y miembro correspondiente de la Academia Portuguesa de la Historia. Que *Portugal en el mundo* pueda ahora dar origen a otros trabajos de la misma índole histórica: he aquí el sincero voto que aquí dejamos expresado.

Lisboa, 1 de octubre de 1990

Joaquim Veríssimo Serrao

Capítulo I

LA VOCACIÓN DE EUROPA, SIGLOS XII-XIV

PORTUGAL: UN ORIGEN GEOGRÁFICO

Portugal asienta sus raíces en una franja del Occidente hispánico, situada entre la zona terminal de los ríos Miño y Mondego. Llamada desde el siglo IX *Portucale,* tuvo su primer núcleo geográfico en las poblaciones de *Portus* y de *Cale,* que correspondían a los puntos de enlace del río Douro, que se sitúan actualmente en Oporto y Vila Nova de Gaia. La importancia del territorio se hacía sentir a través de una intensa actividad marítima y comercial, sin que merezca menos relieve la acción de la nobleza de Entre Douro y Miño, que defendía la frontera meridional de la constante amenaza de los moros. La toma de Portugal en el año 866 por el caballero Vímara Peres constituyó lo que se supone que fue la primera afirmación de un espíritu regional frente a la política militar de los reyes de León. A lo largo del siglo X se fue acentuando la individualidad de la *Terra Portucalis,* aún sin el sentido de autonomía que se configuró cien años después, sino como una realidad señorial de características definidas. Comenzaba a fermentar la idea de la portugalidad que condujo, a mediados del siglo XII, a la creación del Estado portugués [1].

Ese territorio se beneficiaba de la cercanía del océano, constituyendo un finibusterre para las poblaciones que pretendían escapar a la aglutinación del interior hispánico. Los habitantes de esa franja costera deseaban imponer formas propias de vida y de acción, por la fuerza de

[1] D. Peres, *Como Nasceu Portugal,* 5.ª ed., Oporto, 1959.

las armas, por el espíritu religioso en torno de la archidiócesis de Braga y por la cultura de expresión galaico-portuguesa. Si el Atlántico surgía como el enemigo de la meseta, era también una plataforma de anchos horizontes para el descubrimiento del mar ignoto. Irradiando sus campos de actividad hacia el norte y hacia el sur, la tierra de *Portucale* era así un bastión defensivo y un puerto de embarque. Podía también ser considerada un centinela del interior peninsular y, al mismo tiempo, una base para futuras incursiones en el mundo desconocido.

Por alguna razón, el caso portugués se suele comparar con el del pueblo fenicio en la aventura oceánica a que los montes del Líbano lo condenaron. Pero hay una diferencia importante: la franja de tierra vuelta hacia el Mediterráneo oriental no poseía la extensión, en su momento considerada infinita, de la plataforma del Atlántico donde habría de surgir Portugal. Ello lleva a afirmar que pocas veces en la historia un marco geográfico se mostró tan propicio a la realización de un doble objetivo: el arraigo de las poblaciones al suelo y el despertar de una vocación marítima [2]. De ese condicionamiento agro-oceánico provino la fisonomía del naciente Estado, que era rural por sus formas de vida comunitaria y, de igual modo, atlántico por la fascinación que el océano ejercía en la mente de sus habitantes [3].

Orígenes remotos de Portugal

Por la franja occidental de la Península Ibérica habían pasado, a través de los siglos, pueblos y razas del más diverso origen. Sin hablar de los habitantes prehistóricos, que dejaron numerosos vestigios de su establecimiento, corresponde referirse a las migraciones que contribuyeron a conformar la manera de ser del hombre portugués. El escritor Aquilino Ribeiro ha llamado a esa protohistoria el período de los «abuelos de nuestros abuelos» [4]. En el siglo VIII, los fenicios establecieron factorías en varios puntos de la costa, y a ellos les sucedieron los griegos, dos siglos después, con la fundación de pequeñas colonias que

[2] O. Ribeiro, *A Formação de Portugal*, Lisboa, 1987.
[3] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. I., Lisboa, 1977, pp. 13-20.
[4] A. Ribeiro, *Os Avós dos Nossos Avós. História*, Lisboa, 1943.

tuvieron una vida efímera. Luego llegaron las tribus celtas, que se unieron a los autóctonos y dejaron su sello en la lengua y en las costumbres. De esa masa étnica saldrían los lusitanos que, por medio del pastoreo y de la actividad marítima, dominaron el territorio hasta los comienzos de la era cristiana. Hay aún quien comparte la tradición según la cual esas tribus de guerreros y pastores tuvieron un papel de relieve en la sedimentación del organismo portugués [5].

Desde el siglo III a.C., el dominio portugués había estado sujeto a continuas expediciones de Roma. El gran Imperio pretendía apoderarse del punto estratégico de la Península Hispánica, donde se cerraban y abrían las puertas occidentales del Mediterráneo, para su política de expansión militar en el Atlántico. Varios ejércitos hubieron de someterse a los aguerridos lusitanos, que tuvieron en Viriato a uno de sus jefes legendarios. Con las campañas de Julio César se dio un paso decisivo en la romanización peninsular, la que completó el emperador Augusto en el año 14 d.C. El noroeste se volvió un activo espacio en el dominio de Roma, lo que acentuó la pacificación de esa zona geográfica y dejó un surco profundo en las instituciones y en las costumbres [6]. Aún hoy, en la división de la propiedad y en las formas de vida agrícola, en la lengua corriente y en los usos cotidianos, se encuentra en las provincias del Douro y del Miño una fuerte supervivencia del legado de la romanización [7].

A comienzos del siglo V, la Península Ibérica fue invadida por varios pueblos germánicos, con especial hegemonía de los suevos y visigodos. La difusión del cristianismo comenzaba a hacerse sentir en la tierra hispánica, al mismo tiempo que cesaba el dominio militar de los romanos. Mientras que los suevos ocuparon el noroeste peninsular hasta los límites de Galicia, sus hermanos y adversarios expulsaron a los vándalos hacia el norte de África y ocuparon el territorio restante. Los dos pueblos aumentaron sus disidencias militares debido a la se-

[5] J. Leite de Vasconcelos, *Religiões da Lusitania, vols. I-II,* Lisboa, 1897-1905. Véase también M. Cardozo, «Os Lusitanos (Breve Recensão dos Ensaios para a Investigação da sua origen Etnológica)», *Anais da Academia Portuguesa da História,* II.ª Serie, 17, Lisboa (1968), pp. 159-199, y J. de Alarcão, *Portugal Romano,* Lisboa, 1973.

[6] J. de Alarcão, *Portugal Romano,* Lisboa, 1973.

[7] O. Ribeiro, «A Propósito de Areas Lexicais no Território Português», *Boletim de Filologia,* tomo XX, Lisboa (1965), pp. 177-205.

paración religiosa, habida cuenta de que los suevos abrazaron el catolicismo y los visigodos se mantuvieron fieles a la herejía del arrianismo. Habiendo vencido por la fuerza de las armas la resistencia del enemigo, la realeza visigótica acabó, en tiempos de Recaredo (589), por aceptar su ideal religioso. A los nuevos dominadores de la Península les cupo integrar la sociedad hispanorromana, lo que aseguró el triunfo del catolicismo en pleno impulso desde el II Concilio Bracarense, realizado en el año 572 [8].

En el 711 el conde Julián, gobernador de la plaza de Ceuta, se levantó contra la soberanía de Rodrigo, que sería el último rey de la monarquía goda. Para consolidar su ambición pidió el auxilio del jefe moro Tarique, lo que llevó a dos ejércitos musulmanes a atravesar el estrecho de Gibraltar y a derrotar a Rodrigo, el mismo año, en la batalla de Guadalete. Eran bereberes y moros, a los que se agregaron en el 712 los grupos árabes del emir Musa. En una penetración rápida hacia el centro de España, donde abrieron el abanico ofensivo en la dirección del Atlántico y del Mediterráneo, los invasores ocuparon en dos o tres años la casi totalidad del imperio visigótico. El territorio del oeste, donde predominaban las ciudades galorromanas de Braga, Viseu, Lamego, Évora y Beja, fue conquistado muy pronto. Puede afirmarse que, hacia el año 715, la conquista musulmana se había extendido ya a toda la franja marítima del occidente peninsular [9].

Faltaba sólo conquistar la pequeña franja de Asturias, alrededor de la ciudad de Oviedo, donde un grupo de caballeros visigodos, conducidos por el noble Pelayo, se había refugiado. Enarbolaban el estandarte de una resistencia, que no era sólo de fidelidad a Rodrigo, sino de fuerte contenido religioso. Se consideraban los primeros representantes de una cruzada militar que habría de extenderse al conjunto de la tierra hispánica. En el año 718, los forajidos consiguieron vencer a los moros en la batalla de Cangas de Onís, lo que permitió a Pelayo de-

[8] Véase «XIV Centenário do II Concilio de Braga. O Concílio de Braga e a Função da Legislação Particular da Igreja», *Actas da XIV Semana Internacional de Direito Canónico*, Braga, 1975. Cfr. También F. Castelo-Branco, «O Reino dos Suevos e a Independência de Portugal», *Bracara Augusta*, vols. IX-X, Braga (1958-1959), pp. 90-105.

[9] Don Lopes, «O Dominio Arabe», *História de Portugal* dirigida por don Peres, vol. I, Barcelos (1931), pp. 391 y ss. Lévy-Provençal, *Histoire de l'Europe Musulmane*, vol. I, París, 1950, pp. 25-30.

clararse rey de Oviedo, título que luego extendió a las Asturias. Fue a partir de ese núcleo de resistencia donde se inició, ya en la primera mitad del siglo VIII, el proceso de reconquista cristiana de donde surgieron las monarquías hispánicas [10].

La Reconquista cristiana

En el reinado de Alfonso I el Católico (739-757), la ofensiva contra los moros alcanzó las tierras de Entre Douro y Galicia, y la ciudad de León pasó a ser la cabeza de la monarquía asturiana. Pero la pronta reacción de los árabes llevó a que la tierra al norte del río Douro fuese devastada casi totalmente. Los motivos de esta destrucción del territorio pueden deberse a la necesidad de los cristianos de crear una «tierra de nadie» que impidiese una nueva ofensiva de los enemigos de la fe; pero podrían obedecer al deseo de los moros de impedir la Reconquista iniciada en el reino de las Asturias. Sólo en el reinado de Alfonso III (866-910) la cruzada leonesa adquirió una forma más decisiva, lo que condujo a la liberación de las tierras que iban de la desembocadura del Miño a la zona terminal del Mondego. Fue así como surgió la realidad geográfica y militar en torno de la población de *Portucale,* permitiendo la ya mencionada toma de la ciudad por Vímara Peres [11] y la más amplia definición del territorio portucalense.

Resultó entonces posible para los reyes leoneses repoblar las ciudades de Oporto *(Portus),* Braga *(Bracara Augusta),* Viseu y Lamego *(Lamecum)* y designar, para cada una de las catedrales anteriormente creadas, obispos encargados de un doble objetivo: ayudar al florecimiento de las diócesis que habían sufrido los graves efectos de la guerra y ocuparse de la evangelización de las poblaciones respectivas. La enumeración demuestra que el territorio portucalense, no obstante la movilidad de las luchas de la Reconquista en el interior de Hispania, abarcaba también la parte de la ribera del Duero que bajaba hasta el curso del río Vouga. Puede comprenderse así la tendencia geográfica a

[10] T. de Sousa Soares, *Contribuição para o Estudo das Origens do Povo Português,* Sá da Bandeira, 1968, pp. 122-123.

[11] T. de Sousa Soares, *A Presúria de Portugal (Porto) em 868. Seu Significado Nacional,* Oporto, 1967, pp. 3-12.

no limitar la zona de *Portucale* a la plataforma del Atlántico. La Reconquista cristiana llevó a reconocer el papel de los grandes ríos como el Miño, el Duero y el Mondego, en busca de una definición territorial en el interior de la *Tierra Portucalense.* La vecindad de esa región con respecto al reino leonés quedó asegurada desde entonces en términos de una frontera que, tarde o temprano, se imponía establecer políticamente [12].

Dos siglos antes de constituirse el *Condado Portucalense,* su territorio había sido así ampliamente marcado por una secular tradición que acabó por fortalecerse en la época de la Reconquista cristiana. Con respecto a los pueblos que habían pasado por el occidente hispánico, se impone comprender el legado de valor cultural que en él dejaran. Esa herencia quedó impresa de varias maneras, sobre todo en las instituciones, en la lengua y en las costumbres, habiendo contribuido a sedimentar la vida y el carácter del hombre portugués [13]. Los múltiples estratos de civilización habrían asignado a los habitantes del occidente peninsular algunos rasgos definidores de lo que llegaría a ser el sentimiento nacional. Son ellos el apego a la tierra y la vocación marítima, el sentimiento católico y el fatalismo innato, la tendencia a fijarse en un sitio y el gusto por la aventura [14].

Una unidad física y mental, sin duda, pero que no impide reconocer en la población portuguesa dos tonalidades específicas que la frontera del Mondego delimita pero no separa. Al lado de un norte fuertemente romanizado en la estructura de la propiedad, en el uso de las técnicas agrícolas y en la condensación de los grupos sociales, existe un sur donde el modelo islámico de la propiedad y del cultivo de la tierra otorgó formas de dispersión a la vida comunitaria de las poblaciones. Como bien ha señalado Orlando Ribeiro, la franja del noroeste portugués comulga con los impulsos que recibiera desde el Atlántico, mientras que la estructura agraria del Alentejo y la formación psicoló-

[12] Véase la *Crónica Geral de Espanha,* edición crítica del texto portugués por L. F. Lindley Cintra, vols. II-III, Lisboa (1954-1961).

[13] J. Pedro Machado, *Influência Arábica no Vocabulário Português,* vols. I-II, Lisboa, 1958-1961. A. Dias Farinha, «Contribuição para o Estudo das Palavras Portuguesas Derivadas do Arabe Hispânico», *Portugalliae Hispanica,* vol. I, Lisboa (1973), pp. 244-265.

[14] A. Jorge Dias, *Os elementos fundamentais da Cultura Portuguesa,* 3.ª ed., Lisboa, 1960.

gica de sus habitantes otorgan a esa provincia una tipología mediterránea [15]. Estas consideraciones permiten concluir que los legados romano y árabe fueron tal vez los que más intervinieron en la formación de Portugal cuando, en el siglo XII, el territorio situado entre el Miño y el Mondego se constituyó en forma de Estado.

La formacion del Estado portugués

No obstante la dualidad geográfica y cultural que se ha señalado, todo permite afirmar que fueron las condiciones políticas y religiosas de los siglos X y XI las que crearon un Estado independiente en Portugal. Después de la derrota sufrida en Zalaca (1086), el rey Alfonso VI de León obtuvo el apoyo de la abadía de Cluny para que un grupo de caballeros de Borgoña lo fuese a ayudar en la lucha contra los moros. El espíritu de la reconquista se trasplantó más allá de los Pirineos, con la promesa de la fama para los nobles borgoñones que realizasen hechos de armas en la Península Ibérica [16]. Con ese auxilio guerrero, la principal abadía de San Benito podía difundir la fe y estrechar los lazos culturales con el occidente europeo, sobre todo cuando las peregrinaciones a Santiago de Compostela se habían transformado en un importante factor religioso. El espíritu de la cruzada animó, de este modo, a los señores de Borgoña, quienes acudieron a la convocatoria del monarca de León y Castilla [17].

Uno de esos caballeros fue el conde Henri, que se consideraba nieto del rey Hugues de Francia y tuvo un papel militar valioso en la contención de la ofensiva árabe de los años 1090-1092. En recompensa por los servicios prestados, don Alfonso VI le concedió la mano de su hija, la infanta doña Teresa, con el gobierno de las tierras situadas entre los ríos Miño y Mondego, que pasaban a constituir el *Condado Portucalense.* Así surgía, con una base jurídica y militar, una realidad política en la *Terra Portucalis* destinada a incrementar la lucha contra los

[15] O. Ribeiro, *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico,* 4.ª ed., Lisboa (1986).

[16] P. David, *Études Historiques sur la Galice et le Portugal du VIème au XIIème siècle,* Lisboa-París, 1947.

[17] M. Cocheril, *Études sur le Monachisme en Espagne et au Portugal,* Paris-Lisboa, 1966, pp. 85-123.

moros en la región del noroeste peninsular. En un fuerte impulso ofensivo, el conde Henri llevó el dominio cristiano hasta la línea del Tejo, conquistando en abril o mayo de 1093 el castillo de Santarém. Este reducto se mantendría, hasta el año 1110, como el punto más avanzado de la frontera del condado. Durante su gobierno, el conde firmaba los documentos como *Comes Portucalensis*, lo que prueba la autoridad que ejercía sobre el territorio que su esposa había recibido como dote de matrimonio [18].

De la unión nació en Guimarães, hacia el año 1111, el príncipe don Afonso Henriques, a quien le cupo la misión de transformar el *Condado Portucalense* en el reino de Portugal. Tres años después moría el conde Henri y quedaba su viuda a cargo del gobierno. La infanta doña Teresa poseía un ánimo varonil y todo prueba que alimentó la ilusión de dar autonomía política al condado. Pero se dejó influir por un noble gallego, el conde Fernão Peres de Trava, que pretendía imponer la autoridad de Galicia en el *Territorio Portucalense* [19]. La situación desató la revuelta sorda de la nobleza señorial, surgiendo don Afonso Henriques, por ese entonces con 17 años, como jefe de una rebelión contra el gobierno de su madre. Esa razón habría llevado al infante a desplazarse a Zamora, en cuya catedral fue armado caballero. Del enfrentamiento militar que se produjo en el campo de San Mamede, junto a la villa de Guimarães, el día 24 de junio de 1128, salió victorioso don Afonso Henriques [20]. Le correspondería la tarea de conducir los destinos del condado hacia la soñada independencia.

El nuevo *Comes Portucalensis* utilizó una doble estrategia para alcanzar ese fin: por un lado, procuró empujar a los moros hacia la margen izquierda del Tejo y, por otro, quiso imponer a su primo, el rey Alfonso VII de León, el creciente deseo de autonomía del *Condado*

[18] Véanse de P. Merea, «Do Portucale (civitas) ao Portugal de don Henrique», *História e Direito*, tomo I, Coimbra (1967), pp. 177-214. «Sobre a concessão da Terra Portucalense a don Henrique», *ibidem*, pp. 233-268.

[19] T. de Sousa Soares, «O Governo de Portugal pelo Conde don Henrique de Borgonha: suas Relações com as Monarquias Leonesa-Castelhana e Aragonesa», *Revista Portuguesa da História*, tomo XIV, Coimbra (1974), pp. 365-397. *Idem*, «O Governo de Portugal pela Infanta-Raínha doña Teresa (1112-1128)», *Colectânea de Estudos em Honra do Prof. Doutor Damião Peres*, Academia Portuguesa da História, Lisboa (1973), pp. 99-119.

[20] L. da Câmara Pina, *A Batalha de São Mamede (24 de Junho de 1128). Subsídios para a sua História Militar*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1979.

Portucalense. Su acción se asemejó a un péndulo militar, que tanto subía como bajaba, con base en Coimbra, para obtener el equilibrio político necesario a la independencia. En los dos campos de lucha, alternó victorias brillantes con algunos reveses, pero sin desistir nunca del propósito trazado. El día 25 de julio de 1139 obtuvo en la batalla de Ourique, que Alexandre Herculano redujo a la importancia de una correría, una gran victoria sobre cinco ejércitos moros. Medio año después, don Afonso Henriques comenzó a designarse, en los documentos de la cancillería y en actos privados, como *Rex Portugalensium*, lo que era prueba de su prestigio militar y fuerza política [21].

Era «rey de los portugueses», lo que significaba mucho para un noble que sólo poseía el título de conde, mantenido en muchas batallas contra los leoneses y los moros. Gracias a su valor guerrero, don Afonso Henriques había sabido alcanzar una dimensión política que el rey de Castilla no podía ignorar. Alfonso VII fue puesto ante el dilema de luchar contra su primo o desguarnecer militarmente el centro de la Península Ibérica o de resignarse a tener en el occidente hispánico a un compañero de armas en la defensa del mismo ideal. El monarca leonés se inclinó a la segunda alternativa, aceptando las exigencias políticas del rey de los portugueses. En estas circunstancias, Alfonso VII se vio obligado a convocar una conferencia en Zamora, en los meses de abril y mayo de 1143, con la presencia del cardenal Guido de Vico, legado del papa Inocencio II [22]. La independencia de Portugal fue reconocida, aunque sujeta a obligaciones de orden religioso y señorial, con la existencia de un nuevo Estado peninsular, al que correspondía proseguir en la parte occidental la obra de la Reconquista cristiana [23].

[21] C. Erdmann, *De Como don Afonso Henriques Assumiu o Titulo de Rei*, Coimbra, 1941. R. de Azevedo, «Ainda sobre a Data em que don Afonso Henriques assumiu o Titulo de Rei», *Revista Portuguesa da História*, tomo I, Coimbra (1941), pp. 177-183.

[22] F. de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, nueva edición dirigida por don Peres, vol. I, Porto, 1964, p. 174.

[23] C. Erdmann, *O Papado e Portugal no Primeiro Século da História Portuguesa*, Coimbra, 1935.

Portugal: Estado, patria y nación

Don Afonso Henriques tenía que fijar una estrategia política que sirviese a los intereses de la Reconquista, al mismo tiempo en Portugal y en el reino vecino. Debía colaborar con su primo Alfonso VII en un objetivo cada vez más peninsular, toda vez que los musulmanes eran el enemigo común y su amenaza podía hacerse sentir en cada una de las monarquías. Pero se le imponía no descuidar la definición territorial del reino, extendiendo la frontera al interior de España. La guerra contra los mauritanos fortalecía a Portugal en dos sentidos. Si la movían fines militares, también estaba orientada por un fuerte ideal cristiano. Por ello, la tarea primordial de don Afonso Henriques consistía en la aglutinación de la zona territorial que va de Galicia al Tejo, intentando ganar aquí y allá más espacio a costa de la corona de León y de Castilla.

Portugal surgía como la defensa natural del interior hispánico, siendo una especie de puesto avanzado de la meseta para evitar cualquier incursión marítima de la gente de Mahoma. Tal situación traducía una consonancia de esfuerzos que el primer rey portugués y sus inmediatos sucesores tuvieron que asegurar [24]. Mientras los reyes de León mantenían la guerra en el camino que baja de Asturias a Toledo, los monarcas portugueses buscaban consolidar la plataforma costera para garantizar el equilibrio geopolítico de la España cristiana. Con esa orientación se realizaron las conquistas de Santarém y Lisboa, en 1147, que fijaron la frontera meridional en la desembocadura del Tejo. Esa ofensiva alivió, al mismo tiempo, la presión guerrera de los moros sobre el interior de la península. Ello equivale a demostrar que hubo una concertación de los dos reinos hispánicos para la salvaguarda de la Reconquista cristiana.

El futuro del estado portugués exigía la prosecución de la ofensiva militar hacia el Alentejo y luego hacia el Algarve. Tal fue la obra de don Afonso Henriques y de sus sucesores inmediatos, que en menos de un siglo se empeñaron en esa empresa. Le correspondió a don Alfonso III conquistar el último reducto mauritano en 1250 con la toma

[24] C. Erdmann, *A Ideia de Cruzada em Portugal* (versión portuguesa de A. Pinto de Carvalho), Coimbra, 1940.

de Santa María de Faro. La paz de Badajoz, firmada con Alfonso X el Sabio, en 1253, ratificó la entrega de la provincia del Algarve a la corona portuguesa. Faltaba establecer, no obstante, la frontera con el reino vecino, donde había algunos puntos en litigio. Por el tratado de Alcanices, celebrado en 1297, el rey don Dinis obtuvo de Sancho IV de Castilla la posesión de las tierras de Ribacoa (Almeida, Sabugal, Castelo Rodrigo) y los castillos de la margen izquierda del Guadiana (Mourão, Serpa y Moura) [25].

El reinado de don Dinis, entre los años 1279 y 1325, representa el gran impulso para la formación de la conciencia nacional, que se completa a finales del siglo XIV [26]. El llamado «rey de los tres arados» valorizó la agricultura, con el secamiento de pantanos y la plantación de pinares en Extremadura; la marina, con la renovación de la escuadra de guerra y medidas en pro del comercio exterior; y la cultura, con la creación del Estudo Geral de Lisboa en los años 1288-1290, que fue el primer tronco de la universidad portuguesa [27]. En su época se aseguró la paz exterior, lo que no fue condición bastante para evitar la guerra civil entre don Dinis y el heredero del trono. Con don Afonso IV en el poder (1325-1357), hay que destacar la batalla del Salado, el 30 de octubre de 1340, que llevó al rey portugués a unirse a su yerno, Alfonso XI de Castilla, para enfrentar el peligro musulmán que se había abatido de nuevo sobre la península. Esa victoria constituye un hito decisivo de la Reconquista cristiana [28].

De paz interna fueron los diez años de la realeza de don Pedro I (1357-1367), que se caracterizó por una austera política financiera y por la buena administración de la justicia. El sucesor don Fernando (1367-1383), en cambio, aunque promulgando medidas justas en pro de la marina y de la agricultura, tuvo una política exterior desastrosa. Complicándose en guerras con Castilla y Aragón, debido a proyectos de matrimonio que neutralizó para casarse con doña Leonor Teles, dio

[25] R. Pinto de Azevedo, «Fronteira entre Portugal e Leão em Ribacoa antes do Tratado de Alcanices (1297)», *Biblos*, vol. X, Coimbra (1935).

[26] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. I (1080-1415), Lisboa, 1977, pp. 247 y ss.

[27] R. de Pina, *Crónica de don Dinis*, Oporto, 1945.

[28] *Crónica dos Sete Primeiros Reis de Portugal*, ed. C. da Silva Tarouca, Academia Portuguesa da História, vol. II, Lisboa, 1952, pp. 324-338.

origen a la grave crisis de 1383-1385, que puso en peligro la independencia nacional. Contra su deseo de entregar el trono a la princesa doña Beatriz, casada con don Juan I de Castilla, se levantaron varios estratos de la nobleza y del clero, así como la mayor parte de los concejos [29]. Dos invasiones castellanas llevaron a la defensa acérrima del territorio portugués, hasta que las Cortes de Coimbra, el 6 de abril de 1385, acabaron por elevar a la realeza al infante don Juan, maestre de Avis e hijo bastardo del rey don Pedro I. Gracias a la conciencia de nación que los habitantes habían adquirido, así se consumó la formación del reino que fuera Estado en la época de don Afonso Henriques y se constituyera como patria a finales del siglo XIII [30].

Alianzas y relaciones diplomáticas: Roma y Saboya

El primer monarca no descuidó la firma de alianzas o pactos con cortes regias y señoriales del extranjero. Si tenía que obtener apoyos militares para proseguir la reconquista, le correspondía también estrechar lazos políticos con otros reinos. Las cruzadas de Oriente podían conducir al primer objetivo, como se dirá más adelante. Pero sólo las uniones de sangre garantizaban los aliados seguros cerca del papado y de las cortes europeas. A la luz del siglo XII, constituye un error admitir que el aislamiento geográfico y las difíciles comunicaciones impedían a un Estado periférico como Portugal mantener frecuentes relaciones con los otros reinos [31]. La tradición latina y las raíces cristianas aproximaban a las casas reinantes en el objetivo de fortalecer la *Republica Christiana* en torno de la Iglesia. También los intereses que se consideraban a la vez nacionales habían de contar con el valimiento

[29] S. Dias Arnaut, *A Crise Nacional dos Fins do Século* XIV, vol. I, *A Sucessão de don Fernando*, Coimbra, 1960. M. Caetano, «As Cortes de 1385», *Revista Portuguesa da História*, tomo V, Coimbra (1951), pp. 5-86.

[30] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. I, Estado, Pátria e Nação (1080-1415), Lisboa, 1977, pp. 13 y ss.

[31] No obstante la excelente contribución del Visconde de Santarém en los varios tomos del *Quadro Elementar das Relaçoes Politicas e Diplomáticas de Portugal*, vols. III (París, 1845) y siguientes, queda por hacer un estudio sobre la política exterior portuguesa en los siglos XII a XIV. Se encuentran datos importantes en la obra de P. Soares Martínez, *História Diplomática de Portugal*, Lisboa, 1986.

de las restantes cortes. Con don Afonso Henriques hubo, pues, una política exterior de largo alcance para garantizar la independencia de Portugal [32].

Tal razón justifica la sumisión temporal del nuevo reino a la Iglesia católica, dado que el legado papal en la Conferencia de Zamora, cardenal Guido de Vico, no confirmó entonces la realeza de don Afonso Henriques. La obediencia de éste sólo fue recibida como de «hijo dilecto de la Iglesia», la cual le concedió el título de «dux portucalensis» mediante el pago anual a Roma de cuatro onzas de oro. El primer monarca se comprometió, por él y sus sucesores, a cumplir con el censo exigido, habiendo enviado algunas misiones a la ciudad papal para que el título regio le fuese reconocido. La satisfacción de ese voto sólo se concretó durante el pontificado de Alejandro III, con la bula *Manifestis Probatum* del 23 de mayo de 1179. En ella se loaban los servicios que el reino de Portugal había prestado a la Iglesia en medio siglo de lucha contra los moros. A cambio del censo anual de dos marcos de oro, se reconocía finalmente a don Afonso Henriques la posesión de las tierras que había conquistado desde Coimbra hasta el bajo Alentejo. El gesto del papado representaba una compensación tardía, pero llegaba aún a tiempo para que el primer monarca portugués cerrase su glorioso reinado [33].

En el campo diplomático, cabe destacar la decisión de don Afonso Henriques de elegir como esposa a la princesa doña Mafalda, hija del conde Amédée de Saboya. El matrimonio se realizó en 1145, tal vez en 1146, habiendo desempeñado un papel importante en su celebración el cardenal Guido de Vico. Como Amédée había participado en la segunda cruzada, es de suponer que hubo una promesa de ayuda para que su yerno prosiguiese la obra de la Reconquista. El plan de las cruzadas de Occidente que se llevarían a cabo en la Península Hispánica, justificaba plenamente la alianza luso-saboyana [34]. Pero tampoco se duda de que el rey portugués quisiese encontrar, fuera de la monar-

[32] Véase C. Erdmann, *O Papado e Portugal no Primeiro Século de História Portuguesa*, Coimbra, 1935.

[33] Véase la obra *8.° Centenário do Reconhecimento de Portugal pela Santa Sé (Bula «Manifestis Probatum» - 23 de Maio de 1179)*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1979.

[34] C. Erdmann, *A Ideia de Cruzada em Portugal*, Coimbra, 1940.

quía leonesa-castellana, un contrapeso político para garantizar la independencia. Podía así evitar que el poderoso vecino pusiese en cuestión la autonomía reconocida en Zamora para cualquier intento de absorción del reino portugués. En lo que concierne al casamiento de sus hijos, el primer monarca adoptó el principio de las alianzas, no sólo en Castilla, sino también en Flandes y en Dinamarca [35].

Alianzas y relaciones diplomáticas: Castilla, Flandes, Dinamarca y Aragón

Obedeciendo a ese proyecto, quiso estabilizar el trono a través del casamiento de su cuarta hija, la infanta doña Urraca, con Fernando II, rey de León y Castilla. La infanta había nacido alrededor de 1150, y la unión tuvo lugar quince años más tarde, después del Tratado de-Celanova (1160). Pero acentuándose las hostilidades entre padre y marido, que se consumaron en la derrota de don Afonso Henriques en Badajoz, el matrimonio acabó en ruptura. El rey castellano invocó razones de parentesco para la separación y doña Urraca, pues, regresó a Portugal en 1175 [36]. La guerra volvió a encenderse entre las dos partes, pero la invasión de los almohades, en 1179, obligó a las dos coronas a poner término a la discordia. Las relaciones luso-castellanas conocieron después una fase de apaciguamiento, lo que permitió a don Afonso Henriques establecer otras alianzas matrimoniales fuera de la Península Ibérica. A esa política obligaban los intereses periféricos del Estado portugués.

Para garantizar el mayor equilibrio diplomático de Portugal, se produjo el casamiento de la infanta doña Teresa, nacida en fecha anterior a 1157, con Philippe de Alsacia, conde de Flandes. Este noble había pasado por Lisboa en 1177, cuando la segunda expedición que hiciera a Tierra Santa, lo que permitió establecer las bases del primer matrimonio luso-flamenco. Las crónicas medievales realzan la extrema belleza de doña Teresa, a quien el viejo padre se había aficionado mucho [37]. La novia siguió poco después hacia su destino, en una es-

[35] Frei A. Brandão, *Crónica de don Afonso Henriques*, Oporto, 1945, p. 86.
[36] Frei A. Brandão, *Idem ant.*, cap. LVII, pp. 236-340.
[37] Véase *Nobreza de Portugal*, ed. Enciclopédia, vol. I, Lisboa, 1961, pp. 114-116.

cuadra que fue a buscarla al Tejo, siendo acompañada de varios caballeros portugueses que realizaron heroicas hazañas en aquel condado y dieron origen a ramas de la nobleza. Cuentan incluso las crónicas que Philippe de Alsacia cambió el nombre de su esposa por Mahaut, que correspondía a Matilde, y que, habiendo vuelto a Tierra Santa en 1184, entregó a doña Teresa el gobierno condal. Al morir su marido, la condesa manifestó cualidades varoniles en la defensa de Flandes contra las ambiciones de Philippe August, rey de Francia. Estuvo también en el origen del casamiento de su sobrino Fernando o Ferrant, hijo de don Sancho I, con Joana, hija del conde Balduino [38]. Murió ahogada en el lago de Furnes y su cuerpo fue llevado a la abadía de Claraval.

Fiel a la política de su antecesor, don Sancho I escogió por esposa a la princesa doña Dulce, hija de Ramón Berenguer, rey de Aragón y conde de Barcelona. Del matrimonio nació una gran descendencia, lo que llevó al monarca a establecer nuevas alianzas matrimoniales en el extranjero. Tuvo lugar una serie de embajadas para las negociaciones previas y para acordar la comitiva de los novios. Se hicieron muchos viajes por vía marítima, con los riesgos inherentes a tan largos desplazamientos. La diplomacia continuó siendo, a principios del siglo XIII, un arma de la política exterior portuguesa para asegurar en el centro y norte de Europa la protección del pequeño reino hispánico. Más aún que su progenitor, don Sancho I tuvo la preocupación de crear un red de aliados, más acá y más allá de los Pirineos, para garantizar la independencia de Portugal. Resulta posible, a ese respecto, evocar algunos datos de interés histórico.

Fue así como la infanta doña Mafalda, nacida en 1201, ascendió a la corona de Castilla por la boda con el joven Enrique, hijo del rey Alfonso VIII. Fue recibida en Palencia y se casó después en Medina del Campo, pero el matrimonio acabó siendo anulado por la consanguinidad de los esposos. Aun conservando el título regio, doña Mafalda regresó a Portugal en 1217, donde se hizo señora del monasterio de Arouca [39]. Su hermana doña Berengaria o Berenguela casó en 1213 con Valdemar II, rey de Dinamarca, que se había unido en primeras nup-

[38] A. Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, tomo I, Coimbra, 1946, pp. 63-65.

[39] *Idem, ibidem*, tomo I, pp. 71-72.

cias con Margarita de Bohemia. Del primer matrimonio de Valdermar II había nacido en 1210 un hijo, más tarde Valdemar III, que acabó casándose con doña Leonor de Portugal, hija del rey don Afonso II y sobrina de doña Berengaria [40]. Otro hermano de ésta fue el infante don Fernando, también conocido como Ferrant o Ferraud, que tomó por esposa a doña Juana, hija y heredera del conde Boudewijn de Flandes, emperador de Constantinopla. Participó en la batalla de Bouvines, junto al ejército de Ricardo Corazón de León, donde cayó prisionero de Philippe August, rey de Francia.

Más importante en la historia portuguesa fue don Pedro (1187-1258), quinto hijo de don Sancho I y de la reina doña Dulce. Aún joven, combatió en Marruecos y allí obtuvo los despojos de cinco mártires franciscanos que hizo trasladar a Coimbra [41]. Llegó a casarse con la condesa de Urgel, y así heredó el condado respectivo. Cuando Jaime I de Aragón, en 1230, conquistó las Baleares, el infante don Pedro recibió el señorío de Mallorca y de Menorca con el título de rey de las Baleares. Seis años más tarde, acudió en socorro del imperio latino de Constantinopla, donde realizó hazañas que le valieron la fama de gran caballero. La guerra civil que devastó Portugal entre 1246 y 1248 lo llevó a abrazar la causa de don Alfonso, conde de Bolonia, a quien dio una fuerte ayuda militar. Su nombre permanecería en la historia como el de un noble dado a la aventura de la guerra, en busca de la fama señorial que daba brillo a los hechos humanos.

A partir de don Afonso II, los monarcas portugueses eligen a sus esposas en los reinos peninsulares. Aquel rey se casa con doña Urraca, hija de Alfonso VIII de León y Castilla, cuya hermana, doña Blanca, contrae enlace con Louis VIII, rey de Francia. El cuarto monarca portugués, don Sancho II, constituye la primera excepción en las alianzas reinantes al tomar por esposa a doña Mecia López de Haro, hija bastarda de un noble de Vizcaya. Pero don Afonso III, que se había casado en Francia con la condesa Matilde de Bolonia, acabó repudiándola en 1253 para casarse con la infanta doña Brites o Beatriz, hija natural de Alfonso X el Sabio, monarca de León y Castilla. El tratado de Badajoz

[40] *Idem, ibidem*, tomo I, pp. 79-81.

[41] *Idem, ibidem*, tomo I, pp. 59-61. Véase *Tratado da Vida e Martírio dos Cinco Mártires de Marrocos*, ed. A. Gomes da Rocha Madahil, Coimbra, 1928.

legalizó el matrimonio, al mismo tiempo que fortaleció la alianza entre los dos reinos [42]. Para la unión real de don Dinis se hizo sentir nuevamente la influencia de la Corona aragonesa, adonde el joven monarca fue a buscar a la infanta doña Isabel, hija de Pedro III de Aragón. La novia llegaría a ser llamada Reina Santa por el aura de santidad que envolvió su nombre, el cual figura en el santoral portugués [43].

Reforzando la alianza luso-castellana, la infanta doña Constança, hija de don Dinis, se casó en 1307 con Fernando IV, rey de Castilla, pero este matrimonio duró poco. Mientras tanto, don Afonso IV de Portugal consiguió situar a dos hijas suyas en tronos hispánicos. La primera fue la infanta doña María (1313-1357), que se casó en 1328 con su primo Alfonso XI de Castilla, quien más tarde la repudió. Fue sepultada en la capilla de los Reyes, en la catedral de Sevilla [44]. La segunda infanta, llamada doña Leonor (1328-1348), se casó con el rey Pedro IV de Aragón, apodado «el Ceremonioso». Atacada por la peste negra, la reina falleció en Exerica, hacia donde había partido después de la reunión de las Cortes de Zaragoza, en 1348. Ya don Pedro elevado al trono, se estrecharon las relaciones con Castilla por el apoyo que el monarca concedió a su homónimo, Pedro I «el Cruel», en guerra con su hermano bastardo Enrique de Trastámara y con Pedro IV, «el Ceremonioso», rey de Aragón. Deseando alejar la lucha del territorio portugués, don Pedro I entró en varias ligas a favor del rey castellano, lo que condujo a los tratados de paz con los dos reinos en lucha [45].

Del vínculo matrimonial secreto que don Pedro I estableció con doña Inés de Castro, hija natural del poderoso señor Pedro Fernández

[42] Sobre las relaciones del rey de Castilla con Portugal, véase J. Pedro Machado, «Afonso X, o *Sábio*, Poeta e Tradutor», y P. Soares Martinez, «Afonso X, o *Sábio*, Político e Legislador», 7.º *Centenário da Morte de Afonso X, o Sábio*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1987, pp. 13-84 y 85-117.

[43] Sigue siendo una obra clásica sobre la materia: A. Garcia Ribeiro de Vasconcelos, *Evolução do Culto de doña Isabel de Aragão*, vols. I-II, Coimbra, 1891-1894. Se deben a frei F. Felix Lopes, de la orden de San Francisco, una serie de notables trabajos de investigación sobre la reina Santa Isabel.

[44] A. Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, tomo I, Coimbra, 1946, pp. 195-198.

[45] Fernão Lopes, *Crónica de don Pedro*, ed. Giulio Macchi, Roma, 1966. C. Brochado, *don Pedro I, em prol do seu pobo*, Lisboa, 1965.

de Castro, nacieron los infantes don Juan y don Dinis [46]. Ambos fueron pretendientes al trono después de la muerte de don Fernando y tuvieron en Castilla gran número de adeptos. El infante don Juan se casó allí con doña Constanza, hija del rey Enrique II, y tomó después partido abierto por la candidatura de don Juan I de Castilla a la corona portuguesa. Acabó por ser preso en Salamanca y falleció en la cárcel en fecha que se ignora [47]. En cuanto a su hermano menor, el infante don Dinis, siguió también el partido castellano y se refugió en Castilla. Pero contaba con gran número de adeptos en Portugal, que en las Cortes de Coimbra de 1385 intentaron en vano imponer su candidatura. Habiendo vuelto al reino en 1387, recibió el encargo de una misión diplomática en Inglaterra, manera hábil de apartarlo de cualquier tentativa de desatar la guerra civil. Habiendo caído en manos de corsarios flamencos, estuvo unos años preso en Brujas y no consiguió volver a Castilla hasta 1391. Allí se casó con la infanta doña Juana, hija del rey Enrique II. La pareja se encuentra enterrada en el monasterio de Guadalupe, del que fue uno de sus primeros benefactores [48].

Alianzas y relaciones diplomáticas: Inglaterra

Las primeras noticias que documentan la relación de Portugal con Inglaterra datan ya de mediados del siglo XII, cuando los cruzados ingleses ayudaron a don Afonso Henriques a conquistar Lisboa. En 1189 también los caballeros de Ricardo Corazón de León dieron apoyo al rey don Sancho I para apoderarse de Silves. Durante la primera dinastía, no hubo alianzas matrimoniales entre las dos coronas, siendo los lazos sobre todo de orden militar y comercial. Ello no impidió que, en 1326, surgiese el proyecto de casar a Edward, príncipe de Gales, con la infanta doña Leonor (1328-1348), hija del rey don Afonso IV de Portugal. Pero los intereses de la diplomacia luso-aragonesa acabaron por

[46] Véase A. de Vasconcelos, *Inês de Castro*, Coimbra, 1928. Para un mayor desarrollo, S. Dias Arnaut, *A Crise Nacional dos Fins do Século XIV*, vol. I, Coimbra, 1960.

[47] S. Dias Arnaut, *Ibidem*, pp. 210-211.

[48] Conde de Tovar, «A Embaixada do Infante don Dinis à Corte de Inglaterra», *Estudos Históricos*, vol. VI, tomo I de *Subsídios para a História Portuguesa*, Lisboa, 1961, pp. 203-228.

imponerse y la princesa casó finalmente con Pedro IV, «el Ceremonioso». El propósito de una unión de sangre anglo-portuguesa sólo llegaría a consumarse después de la crisis de la Independencia, con la boda real de don João I y de la princesa doña Philippa de Lancaster, hija de John de Gaunt [49].

Las relaciones comerciales entre Inglaterra y Portugal no fueron acuerdos de circunstancias, pues revistieron con frecuencia el aspecto de alianzas selladas entre las dos coronas. A finales del siglo XII, don Sancho I envió dos embajadores a Londres, habiendo el rey Juan sin Tierra dado la orden de que los emisarios recibieran un buen tratamiento [50]. Una ley de don Afonso III, del 26 de diciembre de 1253, regulaba el precio de los géneros importados, con la indicación de mercancías llegadas de Londres [51].

El 10 de mayo de 1293 el rey don Dinis confirmaba la bolsa de comercio acabada de crear por los mercaderes portugueses, lo que permitía regular las tasas de los productos exportados a Inglaterra y otros países de la Europa septentrional [52]. En la *Carta Mercatoria* de 1303, el rey Edward I se refiere a los portugueses que mercaban en los puertos ingleses, lo que muestra el interés que adquiría para el reino ese intercambio comercial.

Los vínculos así contraídos se mantuvieron a lo largo del siglo XIV. En 1353 se trasladó a Londres Afonso Martins Alho, representante de las asociaciones mercantiles de las ciudades y villas marítimas. Su valimiento político era tan grande que se le otorgó la autoridad de negociador del tratado del 20 de octubre de ese año, también rubricado por el rey Edward III [53]. Con el rey don Fernando en el trono, la carta de privilegio del 29 de octubre de 1367 concedía a los mercaderes naturales del reino de Inglaterra y del señorío de Gales la jurisdicción que les era debida, pasando a ser representados por el juez de la Aduana

[49] P. E. Russell, *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955.

[50] Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Leis, fajo I, n.° 14.

[51] Véase el *Catálogo da Exposição Comemorativa do VI Centenário do Tratado de Windsor*, Arquivo Nacional da Torre do Tombo/The British Historical Society of Portugal, Lisboa, 1986, pp. 11 y ss.

[52] *Idem.*, p. 11, doc. n.° 5, con reproducción fotográfica.

[53] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das relações Políticas e Diplomáticas de Portugal*, tomo XIV, París, 1853, pp. 43-47.

de Lisboa [54]. Las relaciones de carácter comercial llegarían a adquirir dimensión política, no obstante, en 1371, cuando John de Gaunt, segundo hijo de Edward III y yerno del rey castellano Pedro I «el Cruel», decide intervenir en los asuntos peninsulares. Le dio la oportunidad de tal intervención el proyectado casamiento de la princesa doña Leonor, hija de Enrique II de Castilla, con el monarca portugués, unión que don Fernando repudió para casarse con la noble doña Leonor Teles [55].

La situación creada llevó al tratado de paz y alianza firmado el 10 de julio de 1372 en la pequeña aldea de Tagilde, cerca de Guimarães, entre el rey de Portugal y don Juan, duque de Lancaster, en calidad de rey de Castilla y León. Fueron embajadores del segundo otorgante el inglés Roger Hoor y el gallego João Fernandes Andeiro, que desde hacía un tiempo residía en Londres. Los dos aliados se comprometían a combatir al enemigo común, existiendo de parte de don Fernando la promesa de ayudar al duque de Lancaster a sentarse en el trono castellano [56]. A finales del mismo año, viajaban a Londres el conde Andeiro y el canónigo Vasco Domingues, chantre de la arquidiócesis de Braga, llevando poderes para confirmar lo dispuesto en el tratado de Tagilde. Se preveía un apoyo en armas, hombres y barcos, quedando resuelto que Inglaterra, «a pesar de las presentes necesidades», enviaría 600 hombres y 80 ballesteros a la Península Ibérica, a fin de defender a Portugal de la temida invasión del rey de Castilla [57].

Tal fue el espíritu que presidió al tratado luso-británico que se firmó en Londres el 16 de junio de 1373 y que revestía las formas de paz, alianza y amistad entre los reyes don Fernando de Portugal y Edward III de Inglaterra. Pero las vicisitudes políticas que derivaron de la última fase del reinado de don Fernando impidieron que el tratado produjese sus frutos. Pasados diez años, la crisis de la independencia llevaría a los adeptos del maestre de Avis a apostar por el apoyo militar

[54] Arquivo Nacional da Torre do Tombo, *Chancelaria de don Fernando*, libro 1, folio 20 v.°.

[55] Fernão Lopes, *Crónica de don Fernando*, ed. Salvador Dias Arnaut, Porto, 1966, cap. LXXXIII, pp. 20 y ss.

[56] Museo Británico, Bibliotheca Cottoniana, Mss. Nero B-1, resumido en el *Catálogo de la Exposición Conmemorativa del VI Centenario del Tratado de Windsor*, p. 6, n.° 8.

[57] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relações Políticas e Diplomáticas de Portugal*, tomo XIV, París, 1853, pp. 52-63.

inglés contra la amenaza de Castilla. Un cuerpo de 800 soldados de infantería ingleses participó en la batalla de Aljubarrota, ayuda que el nuevo rey don João I mandó agradecer con el envío a Londres de la embajada de don Fernão Afonso de Albuquerque, maestre de la orden de Santiago, y del canciller Lourenço Eanes Fogaça [58]. De la misión diplomática resultó el Tratado de Windsor, del 9 de mayo de 1386, en que los dos reinos establecían una confederación para mantener la paz y la amistad. Faltaba sólo una alianza de sangre para sellar lo que hoy se considera la más antigua alianza de los estados europeos. También ésta llegó a concretarse con el matrimonio del primer monarca de Avis y de la princesa doña Philippa de Lancaster, hija de John de Gaunt, que tuvo lugar en Oporto el 1 de febrero de 1387 [59].

Alianzas y relaciones diplomáticas: Francia

Las relaciones contraídas con Francia no alcanzaron el mismo valor, en número ni en importancia, lo que se explica por el contexto europeo de la época. La necesidad de proteger la independencia llevó a Portugal a optar por el apoyo de las naciones periféricas como Inglaterra, Flandes y, en algunos casos, Aragón. Por otro lado, la falta de cohesión nacional no permitió a la monarquía francesa privilegiar otras alianzas que las posibles de establecer en el reino de Castilla. La guerra de los Cien Años mostró también la debilidad política del trono de Clovis, en lucha con una anexión territorial que llegó a alcanzar a un tercio del territorio francés. Hasta finales del siglo XIV, las relaciones diplomáticas luso-francesas no condujeron a alianzas de sangre ni a tratados que no fuesen de exclusivo carácter comercial. Pero tal realidad no impide reconocer que existieron lazos entre las dos coronas, especialmente a través de diplomáticos, caballeros, religiosos y mercaderes [60].

[58] *Idem, ibidem*, tomo II, París, 1845, pp. 96-97.

[59] Fernão Lopes, *Crónica de don João I*, edición de António Sérgio, tomo II, Porto, 1945, cap. XCV, pp. 223-224.

[60] Véase Francisque-Michel, *Les Portugais en France. Les Français en Portugal*, París, 1882.

Corsarios franceses participaron en las conquistas de Lisboa (1147), de Alcácer do Sal (1158) y de Silves (1189), mientras que muchos colonos de aquel reino ayudaron a poblar regiones desérticas como Vila Franca de Xira, Azambuja, Sesimbra, Montalvão, Tolosa y otras. Las bodas regias y señoriales que Portugal celebró en Flandes en los siglos XII y XIII no dejarían tampoco de conducir al establecimiento de muchos nobles y caballeros en el tejido social francés. Las cruzadas fueron otro polo de intercambio entre las dos coronas, en el plano de los ideales de la caballería. Como se dirá más adelante, las relaciones entre la abadía de Clairvaux y los monasterios cistercienses de la Península Ibérica, permitieron la mutua circulación de monjes, caballeros, arquitectos y escultores, como se demuestra en la fecunda investigación del padre don Maur Cocheril [61]. No deben olvidarse, por fin, los vínculos universitarios que muchos estudiantes portugueses contrajeron con los *Studia Generale* de Francia como París, Montpellier y Toulouse, por sólo mencionar los más famosos [62].

Hay noticias de que, hacia los años 1224-1230, don Aires Vaz, obispo de Lisboa, fue mandado a la corte francesa como embajador de don Sancho II. Poco después Saint Louis, rey de Francia, providenció la boda del infante don Afonso de Portugal con la princesa Mathilde, condesa de Boulougne-sur-Mer. En aquel reino obtuvo el novio la preparación militar y política que le permitió, después de la guerra civil de 1246-1249, ascender con el título de don Afonso III al trono portugués [63]. Fue a partir de entonces cuando se consolidaron los lazos entre los dos reinos, con el aumento del tráfico entre los puertos del suroeste (Burdeos, La Rochelle) y de Normandía (Ruán, Honfleur, Dieppe) con los puertos del occidente hispánico. En 1290, el rey Philippe le Bel otorgó varios privilegios a los portugueses que iban a comerciar a Harfleur. Esa protección sería confirmada por los reyes fran-

[61] Dom Maur CocheriL, *Cister em Portugal*, Lisboa, 1960, *Idem*, *Etudes sur le Monachisme en Espagne et au Portugal*, París/Lisbonne, 1966.

[62] J. Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Toulouse, Coimbra*, 1954. *Idem*, *Les Portugais à l'Université de Toulouse.* XIIIè - XVIIè siècles, París, 1970. *Idem*, *Les Portugais à l'Université de Montpellier.* XIIè-XVIIè siècles, París, 1971.

[63] Solange Corbin, «Notes sur le séjour et le mariage d'Alphonse III de Portugal à la Cour de France», *Bulletin des Études Portugaises*, nueva serie, tomo X, fasc. I, Coimbra, 1945, pp. 159-166.

ceses Jean II (1350, 1353, 1363) y Charles V le Sage (1364). Tal relación conoció una brusca caída, debido a las alianzas que Enrique II de Castilla contrajo con Francia, a causa de las pretensiones del duque de Lancaster al trono castellano y, después, en ocasión de los acontecimientos ligados al Cisma de Occidente [64].

Tales vicisitudes no impidieron, sin embargo, las relaciones comerciales entre Portugal y los puertos de la Bretaña y de Normandía, que se desarrollaron a lo largo del reinado de don Fernando. En 1378 se produjo el envío de una embajada de Louis, duque de Anjou, a Santarém, donde entonces residía la corte portuguesa, para proponer un tratado de alianza. Éste fue aceptado por don Fernando, que pronto envió a Francia, con sus plenipotenciarios, al canciller mayor Lourenço Eanes Fogaça y a su secretario João Gonçalves [65]. El tratado acabó en letra muerta por culpa de la vacilante política exterior del monarca portugués, indeciso en cuanto a la actitud a adoptar frente al cisma religioso que afectaba a la Iglesia. Pero en ocasión de la batalla de Aljubarrota, unos centenares de caballeros franceses y gascones llegaron a terciar armas por el ejército de don João I, lo que contribuyó a mejorar las relaciones políticas entre Charles VI de Francia y la nueva dinastía portuguesa [66].

Cruzadas, órdenes religiosas y peregrinaciones

La independencia de Portugal correspondió, en gran medida, al triunfo del sentimiento religioso que inspiraba la reconquista cristiana. Haciendo la guerra a los moros, con el objetivo de dilatar las fronteras del reino naciente, los nobles portugueses servían con fe y arrojo al ideal de Cristo. Como ya se ha dicho, si el deseo de liberación de los Santos Lugares animó a las cruzadas de Oriente, idéntico espíritu de lucha contra el infiel se dejaba sentir en el occidente hispánico. La lu-

[64] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar, op. cit.*, tomo III, París, 1945. Júlio Cesar Baptista, «Portugal e o Cisma do Ocidente», *Lusitânia Sacra*, tomo I, Lisboa, 1956, pp. 65-203.

[65] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar, op. cit.*, tomo III, pp. 34-35-36.

[66] Pedro Soares Martínez, *História Diplomática de Portugal, op. cit*, pp. 58-60, y la bibliografía a la que remite.

cha de don Afonso Henriques y de sus inmediatos sucesores se tradujo, según el historiador Carl Erdmann, en otra forma de cruzada. La dilatación del territorio portugués también era vista como el crecimiento espiritual del reino de Cristo [67]. Fue animada por ese soplo heroico y religioso como la guerra contra los musulmanes adquirió, entre 1128 y 1250, el acento fuertemente guerrero que contribuyó a la formación de la patria portuguesa.

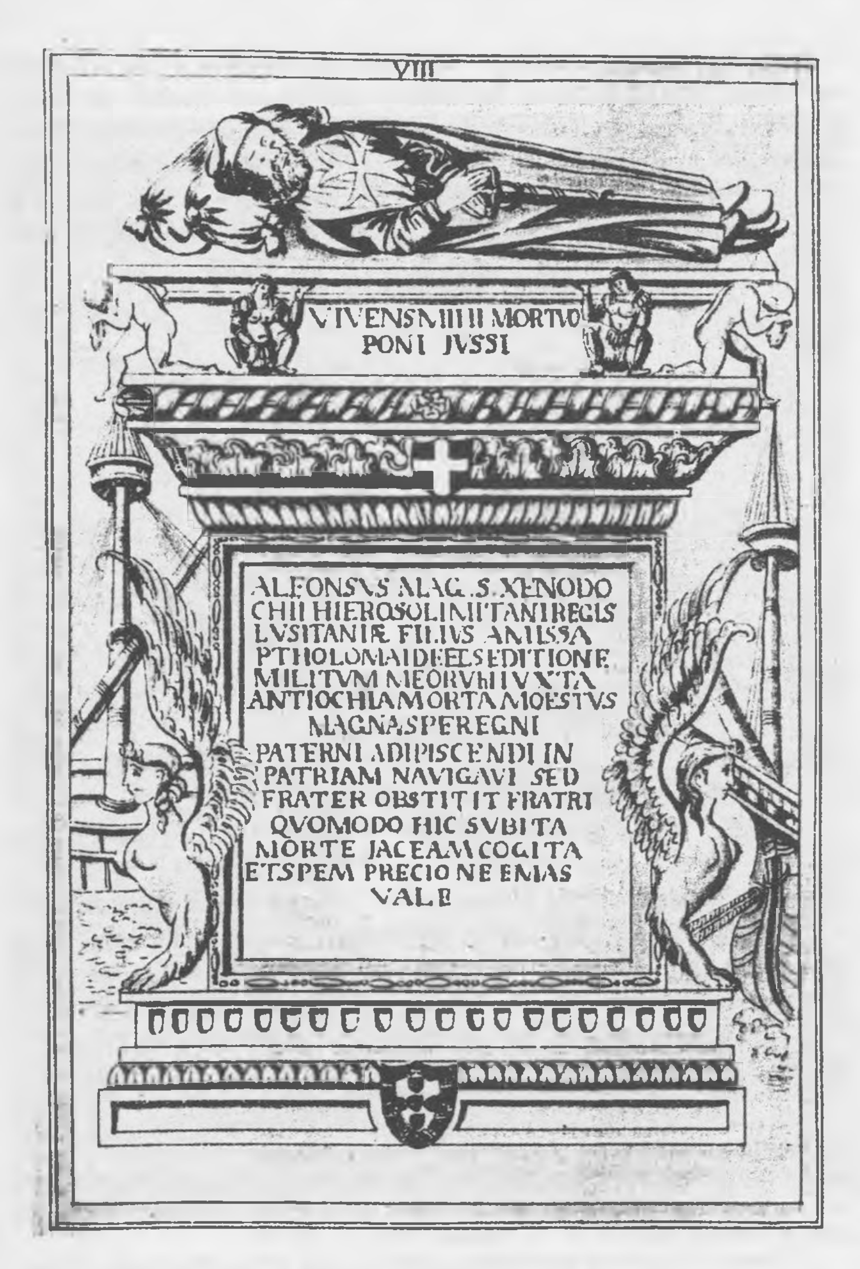
En este marco se percibe mejor el espíritu de la segunda y tercera cruzada con destino a Jerusalén. La conquista de Lisboa tuvo el apoyo de los caballeros francos, ingleses y germanos que entonces pasaban por Portugal y que accedieron en ayudar a los portugueses en la Reconquista cristiana. El primer rey se sirvió de ese apoyo militar para el asedio de cinco meses que precedió, el 25 de octubre de 1147, a la toma de la capital del Tejo [68]. Grupos de cruzados de Francia y Gascuña participaron en 1158, al lado de don Afonso Henriques, en el ataque a Alcácer do Sal. El rey don Sancho I aprovechó el paso de una de las flotas que constituían la Tercera Cruzada para emprender, en 1189, la conquista de los principales castillos de Barlavento. Fue así como Alvor y sobre todo Silves, capital del Algarve musulmán, cayeron en poder de los portugueses [69]. Tal verificación equivale a reconocer que la delimitación territorial del Estado nunca podría haberse efectuado sin el importante apoyo de los caballeros europeos que iban camino de Tierra Santa.

Algunos nobles portugueses, deseosos de llevar a cabo hazañas guerreras, habrían seguido después con los cruzados en busca de fama o por espíritu de aventura. No creemos que fuesen muy numerosos los que participaron en las cruzadas de Oriente, cuando la fuerza de su brazo militar era más precisa en el occidente hispánico. Quedó, entre otros pocos, el registro de don Afonso de Portugal, bastardo del primer

[67] C. Erdmann, *A Ideia de Cruzada em Portugal*, Coimbra, 1940.

[68] *Conquista de Lisboa aos Mouros (1147), Narrada pelo Cruzado Osberno, Testemunha Presencial*, texto latino y traducción por Jose Augusto de Oliveira, Lisboa, 1935, pp. 34-37. La investigación de Rui de Azevedo demostró que la carta fue escrita por un cruzado no identificado y dirigida a un inglés de nombre Osberto. Cfr. *Revista Portuguesa da História*, tomo VII, Coimbra, 1957, pp. 343-370.

[69] Frei António Brandão, *Crónica de don Sancho I*, Oporto, 1945, pp. 25-28. António Dias Farinha, «Uma Cidade Luso-árabe: Silves», *Papel das Areas Regionais na Formação Histórica de Portugal*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1975, pp. 259-265.



Epitafio tumular de don Afonso de Portugal.
Biblioteca Municipal de Aix-en-Provence, manuscrito, 1087 (971-R.666).

rey, que nació hacia mediados del siglo XII. Después de la conquista de Silves, continuó hacia Palestina y allí realizó hechos de valor. En 1194 entró en la Orden Militar de San Juan de Rodas, llamada de Malta, y llegó a ser elegido 11.º Gran Maestre en 1203. Durante tres años ejerció el alto cargo en el que, según su biógrafo Vertot, se habría destacado mucho. Le correspondió reunir el capítulo general de Mergato (Siria). Regresando a Portugal poco después, falleció en Santarém el 1 de marzo de 1207 dejando fama de caballero de valor excepcional [70].

Es de conocimiento histórico que Pedro Afonso, hijo ilegítimo del primer monarca, fue enviado por éste a la corte francesa a mediados del siglo XII. La tradición sostiene que el infante se encontró con São Bernardo, en fecha anterior a 1153, en el monasterio de Clairvaux. No hay duda de que la misión estaba ligada a la ejecución del voto de don Afonso Henriques, hecho en vísperas de la conquista de Santarém, de hacer construir una gran abadía cisterciense en el lugar que llegó a ser la villa de Alcobaça. A su regreso, Pedro Afonso entró en la Orden Militar de Calatrava, primeramente llamada de los «frailes de Évora», donde no llegó a ser gran maestre, al contrario de lo que afirman muchos autores [71]. Se confirma su papel militar junto a su progenitor al haber desempeñado el cargo de alférez mayor del ejército en 1180 [72]. Las crónicas señalan el valor guerrero de Pedro Afonso, aunque su acción política sea mal conocida por los historiadores.

Las relaciones de Portugal con la abadía de Cluny, a lo largo de los siglos XII y XIII, confirman el importante papel que la religión de San Benito cumplió en la formación del reino. Esa influencia se hizo notar en la vida de caballeros y monjes franceses, así como en el intercambio en el plano militar y religioso que se concretó con Borgoña. El monasterio de Alcobaça se volvió, según la feliz definición del padre Dom Maur Cocheril, «la capital del Imperio cisterciense en Portu-

[70] Frei António Brandão, *Crónica de don Afonso Henriques*, Oporto, 1945, p. 92.

[71] Rui de Azevedo, «Algumas achegas para o estudo das origens da Ordem de São João do Hospital de Jerusalém, depois chamada de Malta, em Portugal», *Revista Portuguesa da História*, tomo IV, vol. I, Coimbra (1949), pp. 317-327.

[72] Sobre el epitafio de don Afonso en Rodas, véase J. Veríssimo Serrão, «Manuscritos das Bibliotecas Públicas de França, referentes a Portugal», *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, vol. IV, Lisboa (1963), pp. 284-285.



Doña Isabel de Aragón (Santa Isabel), mujer de don Diniz I.
Copia de una pintura del siglo XIV perteneciente al rey don Luiz I.

gal»[73]. Una red de conventos e iglesias se levantó del Miño a Extremadura, en una afirmación de vitalidad religiosa que fue, asimismo, económica y social. El espíritu de Clairvaux quedó impreso en la cultura y en el arte del reino portugués, aunque no menos en la labor agrícola que los monjes llevaron adelante para transformar las tierras conquistadas a los moros en granjas abiertas al fomento agrario y a la instalación de nuevos habitantes[74]. Hubo así un intercambio de técnicas y medios de colonización, en un permanente circuito de hombres y de ideas, con la región de más allá de los Pirineos.

Se realizaron misiones religiosas en Roma en los inicios de la nacionalidad. Allí estuvo, en los años 1148-1150, don João Peculiar, arzobispo de Braga, defendiendo la primacía de la catedral hispánica que Toledo también reclamaba[75]. Perdura la tradición de que el cardenal Alberto, canciller del reino en tiempos de don Afonso Henriques, intentó obtener en la ciudad papal la dispensa del censo anual impuesto en la conferencia de Zamora. Se hicieron diligencias en Roma para el reconocimiento por la Santa Sede de la dignidad real de don Afonso Henriques, lo que condujo a la aprobación de la bula *Manifestis Probatum* el 23 de mayo de 1179[76]. Muchas otras embajadas salieron de Portugal con el mismo destino, a lo largo de los siglos XIII y XIV, destacándose las que fueron enviadas a Aviñón en la época en que el papado tuvo allí su residencia. Esas relaciones han constituido ya objeto de estudio, mostrando que la larga distancia y los malos caminos no impidieron que los prelados y otros religiosos portugueses fuesen a Italia y a Francia en misiones de carácter diplomático o espiritual[77].

[73] *Notes sur l'Architecture et le Décor dans les Abbayes Cisterciennes du Portugal*, Fundación Calouste Gulbenkian, París, 1972.

[74] M. Vieira Natividade, *Mosteiro e Coutos de Alcobça. Alguns capítulos extraídos dos Manuscritos inéditos do Autor*, Alcobaça, 1960.

[75] José Calvet de Magalhães, «Alexandre III reconhece o Reino de Portugal», *8.º Centenário do Reconhecimento de Portugal pela Santa Sé*, Lisboa, 1979, p. 224.

[76] Eduardo Brazão, «O Papado e Portugal desde a Conferência de Zamora (1143) até à bula de Alexandre III, Manifestis Probatum», *ibidem*, pp. 83-114.

[77] Véase A. Domingues de Sousa Costa, *Monumenta Portugaliae Vaticana*, vol. I, «Súplicas dos Pontificados de Clemente VI, Inocêncio VI e Urbano V», Roma/Oporto, 1968. *Synodicum Hispanum*, vol. II, «Portugal», ed. crítica de Antonio García y García, Madrid, 1982. Avelino Jesus da Costa y Maria Alegria Marques, *Bulário Português. Inocêncio III (1198-1216)*, Lisboa, 1989.

Debe recordarse también la influencia que tuvieron las órdenes mendicantes en Portugal en el desarrollo de la sociedad y en la difusión de la cultura y del ideal religioso. Inspirados por el ambiente de fervor de la Tercera Cruzada, surgieron núcleos de religiosos que pretendían restaurar el apostolado cristiano apoyándose en los sentimientos de asistencia y de caridad. Haciendo votos de pobreza y de humildad, esos monjes quisieron hacer del amor al prójimo la regla de oro de la religión. A comienzos del siglo XIII entró en Portugal la Orden de la Santísima Trinidad, que tenía como objetivo rescatar a los cristianos que habían sido llevados a tierras infieles. Su acción se hizo sentir especialmente en Tierra Santa y en el norte de África, sobre todo en la región del Magreb, donde muchos infelices, desde hacía más o menos años, padecían en las cárceles de Tánger y de Argel. La Orden había sido creada en 1198, durante el pontificado de Inocencio III, por São Filipe da Mata y São Félix de Valois, y no hizo falta mucho tiempo para que ese ideal se extendiese a la Península Ibérica [78].

El espíritu mendicante llegó a traducirse con más eficacia en las órdenes de Santo Domingo y de San Francisco, que surgieron en el primer cuarto del siglo XIII. La primera tuvo su origen en la ciudad de Toulouse, hacia el año 1216, y se dedicó a combatir la herejía de los albigenses, que se había cobrado miles de víctimas y había devastado el sur de Francia. Fue su creador el español don Domingo de Guzmán, que tuvo en el portugués fray Soeiro Gomes a uno de sus principales discípulos. Le correspondió a éste instalar las primeras casas dominicas en el occidente hispánico, lo que llevó a la fundación de los conventos de Montejunto (1217), Santarém (1218), Coimbra (1228) y de otros más, que se impusieron en la religión y en la enseñanza, tanto en la metrópoli como en las regiones ultramarinas de Portugal. La pujanza de la orden de São Domingo constituyó una realidad que marcó la vida espiritual portuguesa, dadas las figuras de renombre que adhirieron al ideal dominico y que se hicieron conocidas en la docencia universitaria y en la predicación conventual [79].

[78] Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal,* vol. I, Coimbra, 1910, pp. 307-308.

[79] Véase António Domingues de Sousa Costa, «Dominicanos», *Dicionário de História de Portugal,* vol. I, pp. 848-849. W. A. Hinnebusch, *Breve História da Ordem dos Prégadores,* Oporto, 1985.

Acabó por ser conocida también como la Orden de los Frailes Predicadores, por ser los responsables del tribunal de la Inquisición que fue creado en Toulouse para juzgar los crímenes de herejía. Aunque el Santo Oficio sólo existiese en Portugal desde el año 1536, el propósito de salvaguardar la fe cristiana fue uno de los que guiaban a los dominicos, que se volvieron maestros en la ciencia sagrada. El estudio de la teología *(sacra pagina)* orientó la acción de los Frailes Predicadores, cuyas escuelas ganaron fama como centros privilegiados de la Iglesia católica.

De Portugal salieron profesores y lectores de gran prestigio, que dejaron su nombre en los capítulos generales de la Orden o valorizaron las cátedras de la Universidad de Lisboa-Coimbra y de otras celebradas en el extranjero, tal como la de París, Toulouse, Montpellier y Salamanca [80].

Las investigaciones de fray Vicente Beltrán de Heredia y de fray António de Rosário, entre otros trabajos del género, muestran la irradiación de muchos dominicos portugueses en los claustros de aquende y allende los Pirineos.

También se consagró al ideal de pobreza la Orden de San Francisco, conocida con el nombre de Frailes Menores, cuya fundación fue aprobada en 1223. Aun dedicándose a la enseñanza y al adoctrinamiento evangélico, la religión franciscana poseía un fermento humano que la aproximó a los estratos más humildes de la población. Su origen se vincula con San Francisco de Asís, que desde 1214 se venía dedicando a ejercicios de piedad, pero sólo nueve años después obtuvo del papa Honorio III la autorización para formar una comunidad religiosa [81]. En 1224 le tocó a un grupo de mujeres, bajo el patrocinio de Santa Clara, formar la rama del ideal franciscano que tomó el nombre de Clarisas. La nueva orden imprimía a la predicación un sentimiento de hermandad, no sólo con otros hombres, sino también con la propia naturaleza, que era vista como una de las expresiones más

[80] Véase Benedictus Maria Reichert, *Monumenta Ordinis Praedicatorum Historica,* tomo III; *Acta Capitulorum Generalium,* vol. I, recensuit, Roma, 1894.

[81] V. Beltrán de Heredia, *Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549),* tomos I, II, III, Salamanca, 1966-1967. Frei António do Rosario, «Letrados Dominicanos em Portugal nos séculos XIII-XV», *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España,* vol. 7, Salamanca, 1987.

bellas de la creación divina. El espíritu de San Francisco fue así una luz portentosa en la espiritualidad portuguesa del siglo XIII [82].

Uno de los primeros compañeros de San Francisco de Asís fue el portugués Fernando de Bulhões, más conocido con el nombre de Santo António de Lisboa, aunque se lo mencione también con el apelativo de Padua, tierra donde cerró sus ojos en 1231 [83]. Fue uno de los más famosos doctores de la Iglesia, habiéndose desempeñado como lector en las universidades de Toulouse y Montpellier. La entrada de la nueva religión en Portugal no se manifestó al principio con la fuerza difusora de la Orden de Santo Domingo. Comenzaron por fundar eremitorios en Alenquer y Guimarães, para una acción evangelizadora más humilde. Pero a partir de 1240, con la fundación de los conventos de Estremoz y Santarém, el apostolado de San Francisco conoció un rápido afianzamiento. Algunos de sus directores espirituales se volvieron profesores en universidades y conventos del extranjero, ganando también fama por su predicación [84]. Los Frailes Menores llegarían a tener, desde principios del siglo XV, un papel igualmente valioso en el proceso de los descubrimientos marítimos [85], embarcándose en las carabelas y construyendo muchos conventos en el Ultramar portugués, especialmente en Oriente y en Brasil.

En una época de espíritu religioso tan marcado, como fueron los últimos cuatro siglos de la Edad Media, no es de extrañar que muchos peregrinos acudiesen a los santuarios de mayor fervor espiritual. Unos iban para cumplir promesas y otros para solicitar la intercesión divina, tomando los caminos de Occidente para venerar a los santos más ilustres de la Iglesia. Queda por hacer un estudio sobre los romeros oriundos de Portugal, que iniciaron viajes hacia los lugares más distantes de la cristiandad. Los caminos que unían a los diferentes países de Europa occidental se volvieron una constante red de peregrinaciones para los

[82] Frei Fernando Felix Lopes, «Franciscanos», *Dicionario de História de Portugal*, vol. II, pp. 295-297 y la bibliografía citada.

[83] Véase F. da Gama Caeiro, *Santo António de Lisboa*, vol. I, «Introdução ao Estudo da Obra Antoniana»; vol. II, «A Espiritualidade Antoniana», Lisboa, 1967-1969.

[84] Frei F. Felix Lopes, «Franciscanos Portugueses Pretridentinos, Escritores, Mestres e Leitores», *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España*, vol. 7 (Salamanca), 1979, pp. 451-505.

[85] Véase Jaime Cortesão, «O Franciscanismo e a Mística dos Descobrimentos», *Revista de las Españas*, Madrid, enero de 1932.

espíritus sedientos de religiosidad, tanto figuras destacadas de la realeza, del clero y de la nobleza, como gente humilde de los estratos más diversos. Aún hoy impresiona comprobar el fenómeno colectivo de multitudes que llenaban las carreteras para llevar sus preces a los templos de su especial devoción. Portugal comulgó con ese espíritu, aunque no se conozca totalmente la red de las peregrinaciones realizadas [86].

El santuario extranjero que atrajo mayor número de portugueses fue, sin duda, Santiago de Compostela, en los límites occidentales de Galicia. Desde mediados del siglo IX, la tradición jacobea conoció un importante impulso religioso que se volvió uno de los ejes de la Reconquista cristiana, ampliamente inspirada por el culto del apóstol. Compostela adquirió fama como uno de los lugares santos de la cristiandad y llegó a ser el término de una cadena de fervor espiritual que recibió el nombre de «camino de Santiago». Pero los peregrinos no iban solamente desde los lugares hispánicos y de allende los Pirineos, pues también Portugal se integró en ese movimiento religioso [87]. Con mayor frecuencia desde los siglos XII a XVI, los portugueses acudían al santuario en gran número, valiéndose de las carreteras que confluían en las regiones de Braga y de Chaves y que formaban la red de un camino jacobeo en el occidente hispánico [88].

Se tiene también noticia de muchos peregrinos que iban de Portugal a los centros religiosos de Europa. El viaje a Roma constituyó, para los más afortunados, la manera de rendir homenaje al pontífice y al mismo tiempo de ver la Ciudad Santa. En el refranero nacional se ha conservado la expresión «ir a Roma y no ver al papa», que traduce sin duda el pesar de los romeros a quienes no les fue dada la ventura de besar el anillo de los sucesores de San Pedro. Sin mencionar muchos otros lugares de peregrinación, baste al menos la referencia al culto de Nuestra Señora de Rocamador *(Rupe Amatoris)*, que adquirió fama en la provincia francesa de Quercy por albergar en una roca la tumba de San Amador, eremita del siglo III a quien se atribuían sor-

[86] Véase Mário Martins, *Peregrinações e Livros de Milagres na Nossa Idade Média*, 2.ª ed., Lisboa, 1957.

[87] J. Veríssimo Serrão, «Os Caminhos Portugueses de Santiago», Arquivos do Centro Cultural Português, vol. V, París (1972), pp. 3-16.

[88] Carlos Gil y João Rodrigues, *Pelos caminhos de Santiago. Itinerários Portugueses para Compostela*, Lisboa, 1990.

prendentes milagros. La tradición llegó a Portugal a finales del siglo XII, traída por los caballeros de la Tercera Cruzada, lo que llevó a que muchos peregrinos atravesasen los Pirineos para obtener las gracias del Santo. El reino conoció la fundación de muchos hospitales y enfermerías inspiradas en ese culto, y hay noticias de que algunos portugueses se desplazaron a la colina santificada [89].

La literatura medieval registra incluso ejemplos de religiosos, poetas y mercaderes que se desplazaron a la Tierra Santa. Muchos seguían la carretera de Barcelona hacia Montpellier, en cuya universidad vivían estudiantes portugueses. Después cogerían el barco en un puerto de Provenza, especialmente hacia Marsella, que los conduciría a su destino. El trovador João Baveca se refiere a los viajes de otro poeta, de nombre Pero de Ambroa, que a mediados del siglo XIII habría llegado a las siguientes regiones:

> Pero d Ambroa prometeu de pram que fosse romeu de sancta Maria, e acabou assym sa romaria com'acabou a do flume Jordam; ca entonce ata Monpylier chegou, e ora per Ronçavales passou e tornouse do povo de Roldam [90].

La atracción de los claustros y escuelas universitarias

Las relaciones entre Portugal y los *Studia Generale* de Europa se remontan al siglo XII, gracias a la influencia cultural de la abadía de Cluny en el mayor intercambio de ideas y en la llegada de los monjes cistercienses a la Península Hispánica. El espíritu de la *Republica Christiana* ayudaba a cimentar la nueva vivencia intelectual, asentada en la doctrina de la Iglesia y haciendo del latín el vehículo de aproximación de los *oratores* como hombres de cultura. En los claustros diocesanos portugueses se aseguraba la enseñanza tradicional del *trivium* y del *qua-*

[89] Mário Martins, *Peregrinações e Livros de Milagres, op. cit.*, pp. 9, 31, 38, 79, 87, *passim.*

[90] Elza Paxeco y José Pedro Machado, *Cancioneiro da Biblioteca Nacional, antyguo Colocci-Brancuti,* ed. Revista Portugal, vol. VI (Lisboa), s. d., p. 158, n.° 189.

Pero de Ambroa prometió de plan / que sería romero de Santa María / y acabo así su romería / como acabó la del río Jordán; / pues así hasta Montpellier llegó, / y ahora por Roncesvalles pasó / y se hizo de pueblo del Roldán.

drivium, ocurriendo lo mismo en las principales escuelas conventuales, como es el caso de Santa Cruz de Coimbra, de São Vicente de Fóra (Lisboa) y de Santa Maria de Alcobaça. Quien pretendía obtener los grados de bachiller *(baccalarius),* de licenciado *(licenciatus)* y de doctor *(doctor)* maestro *(magister),* tenía que frecuentar las universidades de reciente fundación. El Estado portugués surgió al mismo tiempo que los primeros *Studia Generale,* como es el caso de Bolonia (1150), que fue el centro más cualificado para el estudio del derecho, y de París (1160), donde la teología y las artes adquirieron una gran aureola de prestigio [91].

En lo que respecta al estudio boloñés, se sostiene que maese Julião Pais, canciller de don Sancho I, hizo allí la preparación jurídica antes de 1185. A través de los siglos, otros clérigos portugueses obtuvieron igualmente en Bolonia su doctorado, lo que les permitió después ejercer cargos palatinos y diocesanos [92]. Uno de los más celebrados fue el doctor João das Regras, quien, después de la crisis de 1383-1385, llegó a ser el primer canciller del reino [93]. Esa tradición se debilitó con el traslado del papado a Aviñón, pero el regreso de los portugueses a Bolonia retomaría una fuerza mayor después del Cisma de Occidente. En el caso de París, no hay dudas de que, aún en la segunda mitad del siglo XII, acogió a varios monjes de Santa Cruz de Coimbra. Una carta regia de 1190 concedía becas anuales para la instalación de sus canónigos «in partibus Galliae Studiorum» [94]. Un nombre que se hizo famoso en la espiritualidad portuguesa fue el del doctor Gil Rodrigues de Valadares, estudiante de medicina en París en el primer cuarto del siglo XIII, quien más tarde entró en la Orden de Santo Domingo y llegó a ser fray Gil de Santarém [95].

Con la aparición de las órdenes mendicantes, algunos de sus frailes siguieron cursos en el extranjero para obtener la *licentia docendi* que

[91] J. Veríssimo Serrão, *História das Universidades,* Oporto, 1984.

[92] Véase A. Domingues de Sousa Costa, «O Doutoramento em Bolonha do secretário de don João I, Doutor Lançarote», *Itinerarium,* III (Braga), 1957, pp. 202-220. *Idem, Estudantes Portugueses na Reitoria do Colégio de S. Clemente de Bolonha* (Lisboa), 1969.

[93] *Nuno J. Espinosa Gomes da Silva, João das Regras e outros Juristas portugueses da Universidade de Bolonha,* Lisboa, 1960.

[94] A. Moreira de Sa, «Primórdios de Cultura Portuguesa», *Arquivos de História da Cultura Portuguesa,* vol. I (Lisboa), 1966, p. 19.

[95] Frei António do Rosario, «Letrados Dominicanos em Portugal nos séculos XIII-XV», *Repertorio de las Ciencias Eclesiásticas en España* (Salamanca), 1979, pp. 565-568.

les permitía ingresar en la enseñanza conventual y universitaria. Los dominicos y los franciscanos portugueses dejaron registro en los *Studia* de Italia y de Francia, sobre todo en este país en ocasión de la fundación de las universidades meridionales. Tal fue el caso de Montpellier (1189), escuela que se hizo famosa por la enseñanza de la medicina y de las artes, así como el de Toulouse (1229), que se consagró sobre todo a la teología y al derecho [96]. Si el primer Estudio General formó a la mayor parte de los médicos que en la Edad Media ejercieron su profesión en Portugal, la segunda universidad, además de la enseñanza de la teología confiada a los monjes predicadores, se especializó en los estudios del derecho romano aplicado a los fueros y costumbres meridionales [97]. Una y otra tenían para los portugueses la ventaja de ahorrarles desplazamientos más largos hacia las universidades italianas o a París.

Como ya se ha dicho, fray Soeiro Gomes se volvió uno de los primeros servidores de Santo Domingo en el período que precedió a la creación del *Studium Generale Tholosanum.* No fue, por tanto, un maestro universitario, sino un predicador destinado a instalar las primeras casas dominicas en Portugal [98]. Diferente fue el destino de San António de Lisboa, que adquirió fama como lector de teología en los conventos franciscanos de Toulouse y Montpellier. Por el saber que reveló en la ciencia sagrada *(sacra pagina)* y por los dones de su predicación, el fraile portugués se convertiría en uno de los más celebrados doctores de la Iglesia [99]. En el origen del estudio tolosano se encuentra también el médico Lupus Hispanus, apelativo que aludía a su procedencia de la Península Ibérica, aunque una antigua tradición lo considera portugués de nacimiento. Si no registra nada en cuanto a la universidad tolosana, la lírica medieval dejó varios testimonios sobre la estancia de escolares y mercaderes portugueses en la Universidad de

[96] J. Veríssimo Serrão, *Les Portugais à l'Université de Toulouse. XIIIè-XVIIè siècles,* París, 1970. *Idem, Les Portugais à l'Université de Montpellier. XIIè-XVIIè siècles,* París, 1971.

[97] Paul Ouriac, «Toulouse, Cité de Droit», *Haut-Languedoc et Gascogne d'Hier et d'Aujourtd'hui* (Nice), s.d., p. 96.

[98] Frei António do Rosario, *Letrados Dominicanos em Portugal, op. cit.,* pp. 594-595, n.° 156.

[99] Véase F. da Gama Caeiro, *Santo António de Lisboa,* vols. I-II, *op. cit.* (Lisboa, 1967-1969).

Montpellier, a mediados del siglo XIII, ejemplo de lo cual son los siguientes versos:

> Dizem que ora chegou Don Beeyto Muyt alegre, Pera ssa molher,
> Com sas merchandias de Monpiler [100].

Para los siglos XIII y XIV se conservan noticias de estudiantes portugueses en otros *Studia Generale* europeos. Tal es el caso de Orléans, donde vivían en 1349 los padres Fernando Gonçalves, João Rodrigues y João Afonso, naturales respectivamente de las diócesis de Lisboa, Oporto y Lamego [101]. A partir de 1369 se produce una mayor afluencia de maestros y estudiantes portugueses en la Universidad de Oxford, como sucedió con el dominico fray Vicente de Lisboa y el franciscano fray João de Portugal [102]. La atracción de la escuela oxoniense se haría sentir aún más en la primera mitad del siglo XV, como resultado de la alianza matrimonial que unió a la casa de Lancaster con el primer rey de la dinastía de Avis. También es de creer que algunos miembros del clero portugués hayan frecuentado la Universidad de Cambridge, instalándose a la sombra de los monasterios y otras casas conventuales.

El padre António Domingues de Sousa Costa reveló muchos datos sobre la presencia de otros maestros y escolares en los *Studia* de Italia a lo largo del siglo XIV, aunque la mayor afluencia de portugueses en Bolonia, Siena, Perusa y Padua sólo se haya producido en el siglo siguiente [103]. La instalación del papado en Aviñón, entre 1307 y 1377, benefició a las escuelas meridionales de Francia, principalmente Toulouse, Montpellier y Aviñón. Por motivos de finalidad religiosa o de interés universitario, era en la ciudad papal donde se obtenían prebendas y designaciones en cargos del fuero eclesiástico o intelectual, lo que

[100] Elza Paxeco y José Pedro Machado, *Cancioneiro da Biblioteca Nacional, antyguo Colucci-Brancuti, op. cit.*, p. 65, n.° 1.375.

Dicen que ha llegado Don Beeyto / Muy alegre, y Pera su mujer, / Con sus mercancías de Montpellier.

[101] Marcelo Fournier, *Les Statuts et Privilèges des Universités Françaises,* tomo III, París, 1892, pp. 462-464-465.

[102] Peter E. Russell, «Medieval Portugueses Students at Oxford University», *Aufsätze Portugiesischen Kulturgeschichte,* vol. I (Munich-Westfalia), 1960, pp. 62-64.

[103] A. Domingues de Sousa Costa, *Monumenta Portugaliae Vaticana,* «Suplicas», vols. I, II, IV, Braga, 1968, 1970.

volvía atrayente el establecimiento de los clérigos en aquella universidad. Durante la crisis que se derivó en el traslado del Estudio General de Coimbra a Lisboa, en los años 1377-1378, algunas decenas de escolares prefirieron dejar el país e instalarse en las universidades francesas: se tienen noticias de diez en Montpellier, seis en Toulouse y tres en Aviñón [104]. La materia exige un estudio más profundo con base en la documentación pontificia.

Sin embargo, la influencia más fuerte de las universidades europeas vino de Salamanca, donde a partir de 1218 surgió un Estudio General con especial participación de las órdenes mendicantes. Con la enseñanza de las leyes y cánones, medicina y artes, la escuela salmantina confió los estudios de teología a los maestros del convento de Santo Domingo. Su proximidad de las diócesis de la frontera (Braga, Lamego, Viseu y Coimbra) hizo que muchos escolares de estas regiones se sintiesen atraídos por aquel celebrado Estudio General. No tardó en correr la fama de que Salamanca se codeaba con las grandes cumbres del saber hispánico, como es el caso de París, Bolonia y Oxford. La aureola de su universidad se hacía sentir de tal manera en Portugal, que hoy puede afirmarse que no ha habido otro centro universitario del extranjero que haya ejercido tanta influencia en la cultura y en la religiosidad portuguesas de la Edad Media [105].

En el origen del *Studium Generale Salmanticensis* estuvo el portugués Miguel Pires, canónigo de la catedral de Lamego, contándose en el número de los escolares anteriores a 1300 una decena, por lo menos, de religiosos oriundos de Portugal. Entre ellos se impone mencionar a don Ordonho Alvares, que ocupó la silla episcopal de Salamanca en 1272 y llegó a ser arzobispo de Braga entre 1275 y 1278. Fueron varios los miembros del cabildo de Coimbra que formaron parte del capítulo salmantino, como es el caso del presbítero Pedro Mendes y del canónigo Pedro Velasco, fallecidos en Salamanca, respectivamente, en 1233 y 1259. La figura más valiosa en la primera mitad del siglo XIV fue don Gonçalo Pereira, que allí estudió leyes y cánones, gozando de gran prestigio intelectual y religioso. Llegaría a ocupar, entre los años

[104] Marcel Fournier, *Les Statuts et Privilèges*, tomo III, París, p. 465.

[105] J. Veríssimo Serrão, *Les Portugais à l'Université de Toulouse*, pp. 32-39. *Idem*, *Les Portugais à l'Université de Montpellier*, pp. 54-60.

1326 y 1348, el arzobispado de Braga, donde realizó una brillante labor [106].

Pedro Hispano: el papa Juan XXI

En la persona del doctor Pedro Julião, también conocido como Pedro Hispano o Hispano Portugalés, la galería de los sucesores de San Pedro tuvo un pontífice de origen portugués. Nacido en Lisboa, entre los años 1205 y 1210, aún joven fue a estudiar filosofía y teología a la Universidad de París, donde obtuvo el grado de maestro. Siguió después estudios médicos en Montpellier o, como propone Cruz Pontes, más bien en Salerno o en Sicilia. Así lo da a entender en su *Liber* acerca de la conservación de la salud. Los documentos prueban que fue profesor de medicina en Siena, ejerciendo allí también la profesión entre los años 1245 y 1250. A partir de entonces regresó a Portugal para servir a don Afonso III en cargos palatinos, desempeñando también las funciones de deán de la catedral de Lisboa y de archidiácono de Braga. Hacia el año 1258 aguardaba la presentación para prior de la iglesia de Santa Maria de Guimarães, siendo un hecho seguro que se encontraba allí, en julio de ese año, junto al monarca [107].

Tal vez por la circunstancia de que el arzobispo de Braga no confirmara su presentación, el doctor Pedro Julião decidió volver a Roma por el camino de Montpellier. Aquí se encontraba en julio de 1259, cuando firmó como «magister Petrus Julianus ar-chiaconus» en un acta notarial en favor del obispo de Maguelonne. Dos años después había regresado a Portugal, donde vivió hasta 1273 desempeñando cargos religiosos. Ese año recibió finalmente el priorato de Guimarães y la noticia de su designación para la silla primacial de Braga, sucediendo al arzobispo don Martinho Geraldes. No llegó a ser confirmado, por haber sido ascendido en el mismo período a cardenal-arzobispo de Tus-

[106] J. Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Salamanca*, vol. I (1250-1550), Lisboa, 1962, pp. 37-39.

[107] Sobre el papa Juan XXI existe una vasta bibliografía mencionada en lo esencial por J. M. Cruz Pontes, «Pedro Hispano Portugalense», *Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. 14 (Lisboa), cols. 1591-1593. Véase también J. Veríssimo Serrão, *Les Portugais à l'Université de Montpellier*, *op. cit.*, pp. 28-31.

culum, lo que lo hizo volver de inmediato a Roma, donde gozaba de gran prestigio como médico y filósofo. En el cónclave del 13 de septiembre de 1276 llegó a ser elegido papa con el nombre de Juan XXI. Al visitar las obras de la basílica de Viterbo, un accidente mortal, el 20 de mayo de 1277, cortó las esperanzas que muchos depositaban en su pontificado.

Pedro Hispano es considerado actualmente una de las mayores figuras del pensamiento medieval, habiendo otorgado a la escolástica una docta sistematización en el campo de la lógica formal, presente en su comentario al *De Animalibus* de Aristóteles. Adquirió fama la obra de su autoría *Summulas Logicales,* que transcrita en varias decenas de manuscritos fue uno de los libros básicos de los estudiantes que aspiraban a la graduación en artes. El nombre de Pedro Hispano se extendió también al dominio de la medicina, como autor del tratado del *Thesaurus Pauperum,* en que diagnostica enfermedades y prescribe remedios en una línea derivada de Avicena y Averroes. No siendo una obra de tenor experimentalista, la misma posee un gran valor como guía práctica para uso de los enfermos, lo que justifica la fama que ese conjunto de enseñanzas obtuvo en los siglos XIII y XIV. Englobando el saber teológico, la capacidad filosófica y la experiencia médica, Pedro Hispano acabó siendo uno de los autores más leídos de la cultura medieval.

Mercaderes y viajes de comercio

Por las razones expuestas al comienzo del volumen, el estado portugués debe ser visto, en su primera estructura económica, como una «monarquía agro-marítima», dedicada al cultivo del suelo y a la actividad piscatoria. La primera habría de proporcionar la base de la alimentación cotidiana en cereales, vino, aceite y frutas, mientras que la segunda actividad garantizaba el pescado y la sal que componían la otra base de la subsistencia. Estos productos servían también de moneda de cambio en las relaciones comerciales con el extranjero, en una época en que no era abundante el numerario. No sólo por los condicionamientos de la situación geográfica, sino también por ser un país orientado a las tareas del mar, Portugal habría de establecer circuitos externos para el mayor equilibrio de su vida económica. No se podían limitar al comercio por las fronteras de Galicia, de León y de Castilla,

pues las circunstancias imponían la utilización de la vía marítima para la mayor satisfacción de los intereses y aspiraciones de los mercaderes [108].

Se comprende así que la joven monarquía procurase vender los excedentes en aceite, vino, miel, frutas secas y sal, obteniendo a cambio lo que le faltaba en cereales, tejidos y objetos metálicos. Fue ésa una de las constantes de la vida económica portuguesa a lo largo de la Edad Media. Tal necesidad imponía la construcción de navíos mercantes con las maderas producidas en el reino y gracias a técnicas propias de la arquitectura naval. Ese proceso de fabricación presuponía la siembra de pinares, la labor de los calafates y talleres o astilleros que recibían el nombre de *taracenas.* Tampoco podían olvidarse los variados pertrechos destinados a la construcción, muchos de los cuales sólo se podían obtener en las industrias congéneres del extranjero. Este cuadro permite explicar la estrecha dependencia de la vida mercantil con respecto a la industria naval, lo que llevó a los reyes don Dinis, don Afonso IV y don Fernando a tomar medidas de protección de esas actividades de la vida económica [109].

No ha de extrañar que los dos principales puertos del reino, como Lisboa y Oporto, tuviesen relaciones marítimas con el extranjero. El primero estaba más orientado al comercio meridional, con los puertos de Andalucía y del Mediterráneo, mientras que el segundo debía favorecer el intercambio con la vecina Galicia y los puertos de Vizcaya y del suroeste francés. Pero hoy se ha probado que los mercaderes de la capital acudían también, en el siglo XIII, a los centros comerciales del norte europeo, en una extensión marítima que muestra la importancia del tráfico de la desembocadura del Tajo, sobre todo desde el reinado de don Afonso III [110]. Para los siglos XII y XIII se conservan noticias de la actividad comercial de las dos ciudades. Pero los centros marítimos de segundo orden, como Viana, Vila do Conde (Azurara), Buarcos, Se-

[108] Véase la reflexión de Orlando Ribeiro, «Acerca do papel do Oceano na vida portuguesa», *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico,* 4.ª ed., Lisboa, 1986.

[109] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal,* vol. I (1080-1415), Lisboa, 1977, pp. 362-367.

[110] Marcello Caetano, *A Administraçao Municipal de Lisboa durante a 1.ª Dinastia (1179-1383),* Lisboa, 1951. *Idem, As Cortes de Leiria de 1254,* Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1954.

túbal, Sines y los puertos del Algarve, después de la conquista a los moros, no estuvieron ausentes de ese movimiento. Falta documentar, sin embargo, su actividad mercantil en el período anterior al reinado de don Afonso IV [111].

La más antigua referencia al comercio entre Portugal y Flandes es la de una carabela que, a finales del siglo XII, se aguardaba en Brujas con una carga de aceite, melaza y madera [112]. Basado en un cartulario de Brujas, el historiador Howens Post menciona, para el año 1200, el envío de una carabela portuguesa, con destino al mencionado puerto, con cera, miel, cueros, vinos y frutos secos [113]. Las cruzadas habrían contribuido a ese intercambio por los variados intereses de orden marítimo (construcción y aprovisionamiento de barcos) y comercial (alimentación y vestimenta de los combatientes) que se asociaban con los factores religiosos. A lo largo del siglo XIII, los vínculos mercantiles se estrecharon con la Europa atlántica. Hacia el año 1242, Yves Renouard divulgó la noticia de que siete mercaderes portugueses habían ido a Burdeos para vender cera y pieles de conejo a Henry III de Inglaterra [114].

La crisis política que comenzó con don Afonso III en el trono portugués permitió un mayor intercambio con los puertos de Normandía y de Bretaña. En 1290 ya había portugueses en Harfleur, que recibieron privilegios comerciales por parte de Philippe le Bel, rey de Francia. La región flamenca se volvió después un polo de atracción de los barcos de Lisboa y de Oporto, que hicieron de la ciudad de Brujas el centro ideal para la instalación de una factoría. Desde el reinado de don Dinis se intensificó ese comercio con los apoyos dados a la navegación mercante para la constitución de una bolsa de seguros destinada a garantizar el éxito de los viajes. Los comerciantes llegaron a obtener los mayores beneficios del tráfico con Europa septentrional, debido a

[111] Pedro de Azevedo, «Documentos para a História Marítima e Comercial de Portugal nos Reinados de don Afonso IV a don Duarte», *Arquivos de História e Bibliografia. 1923-1926* (Lisboa), 1976, pp. 26-28.

[112] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, p. 24.

[113] «As Relaçoes Marítimas entre Portugueses e Holandeses na Idade Média», *Olisipo,* año XXIII, n.° 91 (Lisboa), 1960, p. 11 de la separata.

[114] Yves Renouard, «Les Relations du Portugal avec Bordeaux et la Rochelle au Moyen-Age», *Revista Portuguesa da História,* vol. VI (Coimbra), 1955, pp. 239-255.

las relaciones que se desarrollaron entonces con los puertos de Vizcaya (Santander, Laredo) y de Guipúzcoa (San Sebastián, Guetaria y Fuenterrabía), además de otros en la zona del suroeste (Bayona, Burdeos y La Rochelle) [115].

También hay noticias de vínculos comerciales desde finales de siglo con el Rosellón y el Languedoc. En los años 1170-1180, los barcos del Algarve iban a los puertos de Narbona, Montpellier y Marsella, llevando frutos y otros productos de las tierras sarracenas [116]. Pero sólo después de la conquista del sur de Portugal se intensificarían las relaciones con el Mediterráneo. Las investigaciones de Alberto Iria permiten conocer mejor los lazos comerciales establecidos con Andalucía y el levante español [117].

Los fueros de Loulé, Faro y Tavira, de 1277, y el de Castro Marim, de 1282, prueban la salida de vinos de la región del Algarve con origen en Silves, Lagoa y Monchique [118]. No se han determinado los puertos de destino del producto, aunque no parece ofrecer dudas el envío hacia los puertos del Mediterráneo occidental.

En estos circuitos debe incluirse a Italia, con especial relieve para la ciudad de Génova, donde los portugueses tenían intereses que preservar en cuanto a la navegación y al comercio. El contrato de Manuel Pessagno, en 1317, como almirante mayor de la escuadra portuguesa, en sustitución del difunto Nuno Fernandes Cogominho, no admite otra explicación que la de ventajas mercantiles recíprocas [119]. Los privilegios concedidos por don Pedro I a los mercaderes de Génova, Piacenza y Milán que llegaban a Portugal, muestran la permanencia de un comercio luso-italiano muy activo. Una carta regia de don Fernando, del 3 de julio de 1380, renueva los propósitos de ayuda y amistad a

[115] Cardozo de Bettencourt, «Catalogo dos Documentos do Archivo General de Guipúzcoa, referentes a Portugal», *Arquivo de História e Bibliografia,* vol. I (Lisboa), 1976, pp. 403-435.

[116] *Libros de Viajes de Benjamín de Tudela,* versión castellana por José Ramón Magdalena Nom de Déu, Biblioteca Nueva Sefarad, Barcelona, 1983, p. 55.

[117] Alberto Iria, *Descobrimentos Portugueses,* vol. II, tomo I-II, *O Algarve e os Descobrimentos,* Lisboa, 1956.

[118] Fernando Castelo-Branco, «A Exportação de Vinho durante a Primeira Dinastia», *Boletim da Sociedade de Geografia* (Lisboa), enero-junio de 1963, pp. 52-53.

[119] Fernando de Morais do Rosario, *Genoveses na História de Portugal,* Lisboa, 1977, pp. 11 y ss.

los «Prazentis, Genovezes, Milanezes» y otros mercaderes de las ciudades de Italia [120]. Los contactos portugueses se habrían extendido al reino de Sicilia, abriendo nuevas perspectivas a la colaboración luso-italiana en la época de los descubrimientos [121].

[120] *Idem,* «Privilégios dos Genoveses em Portugal», *Estudos Italianos em Portugal,* Cuaderno n.º 2 (Lisboa, 1983), pp. 38-45.

[121] Valdo d'Arienzo y Biagio di Salvia, *Siciliani nell 'Algarve. Privilegi reali e prassi mercantile nell'Atlantico portoghese (secoli* XV *e* XVI*),* Palermo, 1990, pp. 29 y ss.

Capítulo II

EL MUNDO NUEVO DE LOS DESCUBRIMIENTOS. SIGLO XV

LOS DESCUBRIMIENTOS PORTUGUESES: SU INSERCION EN LA CRUZADA

Portugal inició, a principios del siglo xv, al proceso de los descubrimientos en su esfuerzo de mayor penetración en el océano Atlántico en busca de continentes y tierras ignotas. El ansia de desvelar los misterios del océano estuvo, sin duda, en el origen de los viajes entonces realizados, en seguir haciendo intentos sobre los cuales todo se desconoce. La llamada «vocación marítima» de los portugueses, a la que alude el historiador Damião Peres, permite comprender el apego de muchas generaciones que sintieron la atracción por el mar desconocido [1]. Pero la situación geográfica se volvió igualmente una condición excepcional para los habitantes de la pequeña nación que hacía de su plataforma costera un punto de partida para crear una nueva visión del mundo. Si la tradición latina y cristiana integraba al país en el espacio político y religioso de Europa, la psicología nacional tenía que aceptar la llamada del Atlántico. Para utilizar la feliz expresión de Oliveira Martins, «nuevos horizontes, vastas ambiciones, pensamientos aún inconscientes de un amplio futuro maduran en el seno de la nación (...), la llama de lejos un incierto tentador: el Mar» [2].

Los descubrimientos representan, pues, el momento histórico en que Portugal, establecida la paz interna después de la grave crisis de 1383-1385, siente con mayor fuerza el designio marítimo para la reali-

[1] Don Peres, *Descobrimentos Portugueses*, 2.ª ed., Oporto, 1943.
[2] O. Martins, *História de Portugal*, 16.ª ed., Lisboa, 1972, p. 158.

zación de un gran ideal colectivo. Garantizada la paz con el reino de Castilla, que el tratado de Ayllon (1411) adoptaba en forma de alianza, el primer monarca de Avis podía corporizar una política atlántica que fuese, al mismo tiempo, una prolongación de la cruzada en Marruecos y una mayor penetración en el vasto océano. Este hecho lleva a preguntarse si la expansión marítima no hunde sus raíces en los siglos anteriores, con un proyecto histórico que no estaba aún al alcance de la joven monarquía portuguesa. Sin asegurar la independencia frente a Castilla y una fuerte cohesión interna, no era posible para Portugal lanzarse en una empresa que exigía la participación colectiva de la sociedad nacional. Pero tamaña realidad no impide reconocer que la aventura del océano estaba grabada hacía mucho tiempo en el espíritu portugués, con fuertes motivaciones políticas y religiosas, económicas y culturales [3].

Con la conquista del Algarve, a mediados del siglo XIII, se abrió un hito político en el proceso que cien años atrás adoptara el ideal de la Reconquista. Una sociedad que había hecho del uso de las armas la garantía de la Independencia, en los intentos de imponer la fe de Cristo a la ley del Islam, no podía limitarse de repente a las tareas exclusivas del fomento y de la administración pública. Era de temer que el peligro mauritano se hiciese sentir de nuevo, tanto en acciones de piratería a lo largo de la costa como en una posible invasión para la reconquista del Algarve. La nacionalización de las órdenes militares en la época de don Dinis se completó con otras medidas de guerra del mismo rey: la lucha contra los moros, prescrita en la bula de fundación de la Orden de Cristo; la creación, en 1280, de un servicio permanente de vigilancia de la costa [4]; y la llegada de Emanuele Pessagno y de 20 marinos genoveses más para la reestructuración de la flota de guerra portuguesa [5]. El mismo rey parece haber alentado el proyecto de una expedición a Benamarim para proseguir la cruzada en Marruecos [6].

El sucesor de don Afonso IV patrocinó expediciones luso-genovesas al archipiélago de las Canarias, en viajes de comercio o de simple

[3] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. I (1080-1415), Lisboa, 1977, pp. 119 y ss.

[4] *Monumenta Henricina*, pub. A. J. Dias Dinis, vol. I, Coimbra, 1960, pp. 87-88, n.º 57.

[5] J. M. Silva Marques, *Descobrimentos Portugueses*, vol. I, Lisboa, 1944, p. 27.

[6] *Monumenta Henricina*, vol. I, Lisboa, 1960, p. 172, n.º 80.

reconocimiento que comprueban la buena experiencia naval adquirida por los portugueses. El primer viaje, en el año 1336, había sido dirigido por el genovés Lanzarotto Malocello y apuntó hacia la isla canaria de Lanzarote [7]. El segundo viaje se produjo el 1 de julio de 1341, en dos barcos capitaneados por el florentino Angiolino del Tegghia de Corbizi y por el genovés Niccoloso da Recco. De la expedición formaban parte italianos, castellanos y portugueses, que llevaban armas y caballos para una empresa de guerra, como lo deja suponer la *Relación* de Giovanni Boccaccio, que es la fuente histórica del acontecimiento [8]. El 30 de abril de 1341, el papa Benito XIII había dirigido al rey de Portugal la bula *Gaudemus et Exultamus*, concediendo por dos años el diezmo de los rendimientos eclesiásticos del reino al servicio de un proyecto de cruzada [9]. Ello no llegó a suceder de inmediato, pero se vincula con las primeras ambiciones portuguesas en el archipiélago de las Canarias.

Junto a las medidas regias para impedir las amenazas contra el Algarve, la corona portuguesa fue manteniendo propósitos navales que se vinculan con los viajes en el Atlántico y en el Mediterráneo [10]. El espíritu de cruzada y el ideal de los descubrimientos se unieron, desde el reinado de don Afonso IV hasta el de don Fernando, para hacer salir a Portugal de su espacio terrestre y que se proyectase en los rumbos meridional y septentrional del gran océano. Las fuentes históricas permiten corroborar la existencia de esas raíces lejanas [11]. La guerra promovida por Castilla contra los moros de Granada constituyó otro factor para dar impulso a las empresas marítimas, con el fin de disminuir la presión mauritana sobre el occidente hispánico. La crisis interna de finales del reinado de don Fernando, a la que siguió la de la independencia provocada por su muerte, estuvo en el origen del atraso

[7] C. Verlinden, «Lanzarotto Malocello et la découverte portugaise des Canaries», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, tomo XXXV, Bruxelles, 1958.

[8] *Monumenta Henricina*, vol. I, Lisboa, 1960, pp. 201-206.

[9] *Ibidem*, vol. I, pp. 178-186, n.º 84, y *Descobrimentos Portugueses*, ed. Silva Marques, vol. I, p. 66.

[10] Pedro de Azevedo, «Documentos para a História Marítima e Comercial de Portugal nos reinados de don Afonso IV a don Duarte»: *Arquivo de História e Bibliografia. 1923-1926*, vol. I, Lisboa, 1976, pp. 26-88.

[11] Véase Jaime Cortesão, «Primórdios da Expansão Portuguesa»: *Obras Completas*, tomo V, Lisboa, 1965, pp. 11 y ss.

que se comprobó en la eclosión de los descubrimientos cuando se los encaró como una empresa con el apoyo político de la corona de Avis [12].

Todo permite afirmar que hubo expediciones antes de 1415, aunque no documentadas en su momento. Si ya había conocimiento de las Canarias, debe admitirse que los portugueses, volvieran allí o no, fueron ajenos a la expedición normanda de 1401. El envío de Jean de Bethencourt y Gadifer de la Salle a la isla de Lanzarote no puede comprenderse sin el conocimiento de don João I [13]. El papa Benito XIII concedió en 1403 gracias espirituales a quien trabajase por la «defensa de las Canarias» y, de igual modo, «en la conquista de otras islas y en la conversión de los indígenas» [14]. El espíritu de cruzada se deriva de la voluntad papal, aunque las bulas no mencionen todavía a la corona portuguesa, lo que resulta sorprendente. Tal vez por ello, temiendo la intervención de los cleros de Aragón, Castilla y Escocia en la evangelización del archipiélago, el rey de Portugal haya querido entonces lanzarse a un proyecto militar de alcance nacional. Así podría justificarse el poder otorgado a don Lopo Dias de Sousa, maestre de la Orden de Cristo, para participar en la confirmación de las treguas con Castilla [15].

Génesis nacional de los descubrimientos

El proceso de los descubrimientos marítimos exigía algunas infraestructuras adecuadas para su lanzamiento. La originalidad de la ciencia náutica portuguesa no ofrece dudas para los que aceptan una experiencia secular propia, acumulada día a día en el contacto con el océano. Aunque los medios técnicos de los que se disponía en la época eran rudimentarios, resulta evidente que Portugal había creado, du-

[12] Luís Adão da Fonseca, «As Relaçoes Comerciais entre Portugal e os Reinos Peninsulares nos séculos XIV e XV»: *Actas das II Jornadas Luso-Espanholas da Historia Medieval* (Oporto) 1987, pp. 3-21 de la separata.

[13] *Monumenta Henricina*, vol. I, 1960, pp. 294-295, n.º 123.

[14] «Bula Apostolatus Officium», 22 de enero de 1403, pub. *ibidem*, vol. I, pp. 296-298, n.º 124.

[15] Procuración del 24 de febrero de 1403, pub. *ibidem*, vol. I, pp. 304-306, n.º 127. Cfr. M. de Witte, «Les Bulles Pontificales et l'Expansion Portugaise au XVè siècle»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, tomos XLVIII (1953), XLIX (1954), LI (1956), LIII, Louvain, 1958.

rante la primera dinastía, las condiciones necesarias para lanzarse a la grandiosa empresa. La frase comúnmente repetida de Pedro Nunes de que los descubrimientos «no se hicieron al azar», confirma el papel del arte náutico en la preparación de los hombres y de las técnicas que el proyecto exigía. Los aspectos prioritarios y originales de la expansión marítima tienen que considerarse, pues, en la apreciación de un proceso histórico que hizo de Portugal, desde principios del siglo XV, la primera potencia atlántica [16].

Analizada en sus fundamentos históricos, la génesis de la expansión portuguesa ha constituido, desde la investigación pionera del vizconde de Santarém, un campo privilegiado de estudios [17]. La historia científica de los descubrimientos se enriqueció después con nombres ilustres de la historiografía náutica, de los que cabe mencionar, entre muchos otros, los de Fontoura da Costa, Armando Cortesão, Teixeira da Mota y Luís de Albuquerque [18]. Todos ellos mostraron el valor de la empresa nacional en su encuadramiento geográfico, frente al gran «libro de la naturaleza» que a Portugal le fue dado leer y revelar. Se trata del mayor conocimiento del océano Atlántico como escenario de la acción marítima de los portugueses del siglo XV. Se pretende así confirmar que fue el examen científico de los descubrimientos lo que permitió extender las coordenadas históricas que definen el proceso de la expansión nacional.

Con la experiencia del océano se vincula una tradición secular que los hombres del mar habían conservado y transmitido a través de los años. Hubo pilotos y cartógrafos que cosecharon constantes enseñanzas de la vida marítima al intentar captar día tras día los secretos del Atlántico. El intercambio con los marinos de Cataluña, de las Baleares y de Génova debe de haber influido en los procedimientos de navegación usados por los portugueses. Sin embargo, éstos supieron trans-

[16] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 119-129 y la bibliografía citada.

[17] *Prioridade dos Descobrimentos Portugueses*, nueva edición, Colecção Henriquina, tomo VI, Lisboa, 1960.

[18] A-Fontoura da Costa, *A Marinharia dos Descobrimentos*, Lisboa, 1960. A. Cortesão, *Cartografia e Cartógrafos Portugueses dos séculos XV e XIV*, tomo I, Lisboa, 1935. *Idem, História da Cartografia Portuguesa*, vol. I, Coimbra, 1969. A. Teixeira da Mota, *Mar, Além-Mar. Estudos e Ensaios de História e Geografia*, vol. I, Lisboa, 1972. Luís de Albuquerque, *Introdução à Históriados Descobrimentos*, Coimbra, 1962.

formar ese aporte en formas propias de su experiencia naval. Fontoura da Costa puso en evidencia que en el siglo XV se hacían en Portugal tablas y cánones astronómicos y se dibujaban cartas de mareas [19]. El registro de los accidentes geográficos implicaba el conocimiento de los vientos, mareas y estaciones, como factores indispensables para la navegación a corta o larga distancia [20]. Frente a los misterios del Atlántico, los portugueses establecieron normas específicas que no se practicaban en los circuitos del Mediterráneo.

Otro aspecto del carácter original de los descubrimientos proviene de una arquitectura náutica de base exclusivamente nacional. La existencia de pinares en las regiones de Entre Douro y Miño (Oporto, Azurara), de Extremadura (Leiria, Pederneira y São Martinho do Porto), de la margen izquierda del Tejo (Alcochete, Pancas) y del bajo Sado (Alcácer do Sal), permitía la creación de importantes centros navales en la desembocadura de los grandes ríos. Allí surgieron las «taracenas» como astilleros para la construcción de barcos y otros medios de transporte fluvial y oceánico [21]. Los artesanos habrían de fabricar tejidos para el velamen, tablones para asentar las quillas de las embarcaciones, cuerdas, herrajes y otros aparejos del arte naval. La existencia de ésta exigía además un cuerpo de obreros especializados, que recibían el nombre de calafates, término de origen genovés que en el siglo XIV fue adoptado en la lengua portuguesa [22].

Siendo las embarcaciones construidas en Portugal y los hombres de mar nacidos en el reino y portadores de un saber adquirido en los circuitos del Mediterráneo y del Atlántico, debe aceptarse la existencia de un arte y una ciencia náuticas en Portugal hacia finales del siglo XIV. En ellas se fundamentó la aventura marítima que se inició en los comienzos de la dinastía de Avis. Pero si la génesis de los descubrimientos fue estrictamente nacional, su irradiación europea se trans-

[19] *A Ciência Náutica dos Portugueses na época dos Descobrimentos*, Colecção Henriquina, tomo IV, Lisboa, 1960.

[20] Armando Cortesão, *Cartografia Portuguesa Antiga*, Colecção Henriquina, tomo VIII, Coimbra, 1960, pp. 52-54.

[21] Quirino da Fonseca, *A Caravela Portuguesa*, I y II parte, Ministério da Marinha, Colecção Documentos, nºˢ 20-21, Lisboa, 1978. Henrique Lopes de Mendonça, *Estudos sobre Navios Portugueses nos Séculos XV e XVI*, *Idem*, n.º 5, Lisboa, 1971.

[22] Quirino da Fonseca, *Os navios do Infante don Henrique*, Colecção Henriquina, tomo V, Lisboa, 1960.

formó en una empresa de resultados fecundos. Europa acabó debiendo a la gesta lusíada la apertura de nuevos caminos, el aprovechamiento de nuevas tierras y el contacto con nuevas razas. Si las otras naciones siguieron después la ruta de los océanos, siendo Castilla la primera que se lanzó a la exploración del Atlántico [23], lo debieron al esfuerzo primero de Portugal. Es una certeza de la historia que hoy se reconoce, por los nuevos rumbos que los descubrimientos abrieron a la expansión europea de madre latina y cristiana.

El infante don Henrique y don João II

La expansión marítima fue dirigida por dos hombres que merecen el calificativo de geniales: el infante don Henrique, tercer hijo varón de los reyes don João I y doña Philippa de Lancaster, y el príncipe don João, que a partir de 1481 ascendió al trono con el nombre de don João II. Si el primero condujo el proceso hasta 1460, cuando los viajes habían alcanzado Sierra Leona, el segundo se consideró desde el año 1469 como el negociador del contrato con el burgués Fernão Gomes, que permitió el descubrimiento del Golfo de Guinea. Uno y otro representan la línea de mando excepcional que llevó, desde 1415 a 1488, a la exploración de la costa occidental africana [24]. Pero los distingue la superior concepción que tuvieron del proceso marítimo en las dos mitades del siglo XV: el infante don Henrique, orientado hacia un «plan de las Indias» que tenía como finalidad el hallazgo del reino del preste João; y don João II, conduciendo las navegaciones hacia el océano Índico, en su ansia por alcanzar la región del Malabar, en una visión ecuménica de los destinos de Portugal [25].

[23] Véanse Florentino Perez Embid, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948. António Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, tomo I y documentos, Madrid, 1956-1957.

[24] Véase Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, 3.ª ed., Porto, 1970.

[25] António Domingues de Sousa Costa, *O Infante don Henrique na Expansão Portuguesa (Do início do reinado de don Duarte até à morte do Infante Santo)*, Braga, 1960. Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 176 y ss.

Cabe distinguir varias fases en ese largo proceso, antes y después de 1450, como determinantes del plan expansionista. Si el cronista Gomes Eanes de Zurara anticipa para 1441 el deseo de don Henriques de «tener sabiduría de las Indias y de la tierra del preste Joham» [26], queda fuera de duda que el proyecto ya estaba en marcha en 1454, como lo demuestra una fuente revelada por Alberto Iria: «así como las partes marinas y tierras de Guynee y Nylo y Ethiopia» [27]. Es decir que los descubrimientos tenían como objetivo conocer el sitio de las tierras de África para aproximar al hombre cristiano a otros pueblos que, viviendo en el mundo de los infieles, habían sido bañados por la luz del cristianismo. Tal interpretación lleva a apartar la idea del «plan de las Indias» aplicado al infante don Henrique, como si éste hubiese querido llevar las carabelas portuguesas hasta Oriente, proyecto que no estuvo en su pensamiento [28].

Fue ésa, no obstante, la orientación política que guió a don João II, a quien se debe la primera concepción universalista que surge en la historia portuguesa de Ultramar. El príncipe Perfecto tenía la certeza de que la vía atlántica con destino al Cabo de Buena Esperanza era la única posible en términos de vinculación con Oriente. Por ello no escondió su desagrado ante don Diogo Cão, descubridor de la desembocadura del río Zaire y del litoral de Angola, por no haber proseguido el segundo viaje hacia el océano Índico. También por ello rechazó la propuesta de Cristóbal Colón de llegar a la India por el camino de Occidente.

Al prever la conexión atlántica entre Portugal y Oriente, estaba don João II seguro de finalizar un proceso histórico que concedía a la nación portuguesa la gloria de aproximar los mundos europeo e indiano. Para el merecido éxito sólo faltó el destino que su muerte, ocurrida el 25 de octubre de 1495, no permitió celebrar [29].

[26] Gomes Eanes de Zurara, *Crónica dos Feitos de Guiné*, ed. A. J. Dias Denis, Lisboa, 1949, cap. II, pp. 13 y ss.

[27] «Novas Cartas Régias acerca dos Descobrimentos e Privilégios do Infante don Henrique»: *Studia*, tomo 25, Lisboa, 1968, pp. 102-104.

[28] Sobre este asunto véanse Joaquim Bensaude, *As Origens do Plano das Indias. Resposta a Duarte Leite*, Lisboa, 1930, y la respuesta de éste, *Talent de bien faire*, São Paulo, 1930.

[29] J. Veríssimo Serrão, *Itinerários de El-Rei don João II (1481-1495)*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1991, prefacio.

Como vivimos con esquemas profundamente sociales, tenemos hoy una tendencia generalizada a aplicar formas de pensamiento que no tienen ninguna adecuación en el pasado. Cuando se encara el siglo XV, no puede olvidarse que la acción de los estratos de la sociedad era siempre resultante de una orientación superior, fuese laica o religiosa. No podía ser otra la mentalidad del pueblo portugués, en la medida en que se ligaban a la corona los intereses colectivos inmediatos. De esa comprobación resulta que Jaime Cortesão haya considerado al infante don Henrique como «un alto comisario de la nación», lo que significa conductor de una política orientada por el poder regio [30]. Con idéntica perspectiva, el rey don João II debe ser encarado como un hombre superior, fiel como se mantiene a la consigna «por la ley y por la grey», una especie de conciencia moral de la nación portuguesa que aspiraba a un destino universal [31].

Los descubrimientos se asumieron, de igual modo, como un proyecto nacional, buscando la colaboración de muchas fuerzas vivas de la sociedad portuguesa. Al lado de las dos grandes figuras, surgen otros nombres de valor histórico: hombres de visión política (el rey don João I), pensadores (el rey don Duarte), personajes de acción (el infante don Pedro). Añádanse al panel los grandes navegantes (Gil Eanes, Nuno Tristao, Dinis Dias, João de Santarém, Diogo Cão y Bartolomeu Dias), cronistas de renombre (Zurara y Rui de Pina), juristas afamados (Diogo Afonso Manganha, João Fernandes da Silveira, João y Luís Teixeira), artistas de categoría (Nuno Gonçalves y João Ennes). El políptico de la expansión del siglo XV surge en estos hombres y en muchos otros que no resulta posible enumerar. Fueron los «héroes oscuros», personas de quienes la historia registra un recuerdo vago o sin documentar, pero que contribuyeron igualmente a la gloria de los descubrimientos.

[30] Jaime Cortesão, *Obras Completas*, vol. V, Lisboa, 1965, p. 11.

[31] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 116-118.

Portugal en Marruecos

El primer marco de la expansión fue la conquista de Ceuta el 25 de agosto de 1415, que se tradujo en la ampliación de la soberanía portuguesa a una plaza de Marruecos. Ese hecho ya fue considerado como el inicio de la edad moderna, en la medida en que correspondió al marco inicial de un proceso histórico que llevó a una nación europea a establecerse en el norte de África [32]. En una época en que la presión musulmana se acentuaba sobre el sur de la Península Ibérica, en la tentativa de apoyar al reino musulmán de Granada, no deja de impresionar la iniciativa portuguesa para el dominio de una de las grandes ciudades del Magreb. Cualesquiera que hayan sido las causas que llevaron a la realización del proyecto, la toma de Ceuta se tradujo en un acontecimiento de notable proyección: para el reino de Portugal, que se asignó la prosecución del espíritu de la cruzada, y para Europa, que vencía la frontera del Mediterráneo occidental para extender el poderío a la cristiandad en la tierra de los infieles [33].

Desde el año 1410 don João I había tenido la intención de organizar fiestas reales, para armar caballeros a sus tres hijos mayores: el príncipe heredero don Duarte, de 19 años, y los infantes don Pedro y don Henrique, que contaban respectivamente con 18 y 16 años de edad. A las fiestas serían invitados los principales reyes y señores de Europa, lo que daría lustre a la grandeza de la Casa de Avis. Pero, teniendo noticia del proyecto, objetaron los infantes que no querían aceptar el grado de la caballería en una ceremonia festiva, sino en lucha contra los moros en África. El monarca accedió a la solicitud, requiriendo entonces del papado la ayuda de las órdenes militares, con el objetivo de la guerra justa contra los sarracenos y otros enemigos del reino. La pretensión fue atendida por el antipapa Juan XXIII por medio de la bula *Eximie deuocionis* del 20 de marzo de 1411 [34]. Por esa época, el rey portugués prestó ayuda militar a la corona de Castilla,

[32] Mário de Albuquerque, *O Significado das Navegaçoes e Outros Ensaios*, Lisboa, 1930.

[33] Véase Luis Suárez Fernández, *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del Infante don Enrique*, Madrid, 1960. De lectura fundamental es la tesis de doctorado de António Dias Farinha, *Portugal e Marrocos no Século* XV (en prensa).

[34] *Monumenta Henricina*, vol. I, Lisboa, 1960, p. 336, n.º 117.

que deseaba proseguir la guerra contra Granada. Ese apoyo llegaba como consecuencia de la paz de Ayllon, lo que garantizaba a don João I organizar sin recelos la expedición a Marruecos.

La afirmación política de la dinastía de Avis, unida al ideal de la cruzada, fue determinante en el objetivo de la empresa. Pero otras causas, sociales, económicas y marítimas, han sido apuntadas en la génesis de la expansión: la posesión de Ceuta como zona cerealífera para atender a los déficits frumentarios de la metrópoli [35]; la conquista de una base naval para impedir los ataques de la piratería morisca al Algarve [36]; la aproximación, por medio de Ceuta, Argel y Túnez, a las fuentes auríferas del Sudán [37]; y la necesidad de obtener un campo de lucha en Marruecos para ocupar a la nobleza ociosa desde la paz con Castilla [38]. Con la razón fundada o no que las tesis expuestas pueden contener, se admite que hubo razones más espirituales que mercantiles en la animación del proyecto de don João I de apoderarse de Ceuta [39]. El hecho adquirió prestigio en la historia europea, quedando aquella ciudad como el símbolo del poderío cristiano implantado en Marruecos [40]. Como «Jornada de África» resultaría también conocida la empresa de don João I, que representaba el inicio de un Portugal marroquí, mucho tiempo atrás deseado por la corona de Avis [41].

La situación de Ceuta, aislada en el territorio del Magreb, imponía la conquista de nuevas plazas para la realización de aquel proyecto. En los años 1433-1434 la corona solicitó la opinión de los infantes y de las principales figuras de la nobleza en cuanto a la viabilidad de proseguir la política expansionista en Marruecos. Varios pareceres se

[35] António Sérgio, *Ensaios*, vol. I, Río de Janeiro, 1919, 2.ª ed., Coimbra, 1949, pp. 307-329.

[36] David Lopes, *História de Arzila durante o Domínio Português*, Coimbra, 1924.

[37] Jaime Cortesão, «A génese da Expansão Ultramarina», *História de Portugal*, dirigida por Damião Peres, vol. III, Barcelos, p. 350.

[38] Mário de Albuquerque, *O Significado das Navegações*, *op. cit.*, pp. 59-61. J. Lucio de Azevedo, *Épocas de Portugal Económico*, 2.ª ed., Lisboa, 1947, p. 63.

[39] Cfr. Mário de Albuquerque, *ibidem*, pp. 59-61. J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II, pp. 27-28.

[40] J. Veríssimo Serrão, «A Conquista de Ceuta no Diário Veneziano de António Morosini», *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*, vol. III (Lisboa), 1961, pp. 543-549.

[41] Véase la mencionada disertación de A. Dias Farinha, Portugal e Marroco no século XV, *supra*, nota 33.

emitieron sobre el asunto, oscilando unos entre las ventajas militares y los otros acentuando los peligros de una expedición [42]. Con las vacilaciones formuladas por la mayoría, no era aconsejable una empresa librada a grandes riesgos. Los varios cercos a que Ceuta fuera sometida desde 1418 mostraban la fuerza de la porfía mora en no conformarse con la pérdida de aquella plaza. Ya en 1425, en la carta que envió de Brujas al príncipe heredero, el infante don Pedro llamaba la atención sobre las incertidumbres de aquella ocupación: «mientras así estuviere ordenada como agora está (...), es muy gran desaguadero de gente de vuestra tierra, de armas y de dinero» [43]. La frase podía significar que tenía que ponerse término al aislamiento de Ceuta, pero también que el sueño del Portugal magrebiano debía llegar a su fin.

En la corte de don Duarte se hicieron sentir, mientras tanto, las corrientes favorables a la conquista de Tánger. Durante mucho tiempo se creyó que el monarca era desfavorable a la empresa, dado que la inspiración de ésta había partido de los infantes don Henrique y don Fernando, que obtuvieron el valimiento de la reina doña Leonor junto a su marido. Pero el padre Domingos Maurício, frente a la documentación contemporánea y, muy en especial, a la que fue intercambiada con Roma, no vaciló en admitir las responsabilidades de don Duarte en la organización de la armada de 1437 [44]. Tánger era un puerto codiciado por su posición estratégica frente al estrecho de Gibraltar. Graves carencias en el comando de la expedición y una táctica militar destinada al fracaso, llevaron al cerco del ejército portugués que, el 12 de octubre de aquel año, tuvo que rendirse en su totalidad a la presión de los defensores de Tánger [45]. La liberación de don Henrique y de sus compañeros sólo se obtuvo mediante la entrega del infante don Fernando y de algunos servidores, que tuvieron que aguardar en cautiverio la promesa hecha de devolver Ceuta a Marruecos. En su regreso a

[42] Véanse las opiniones de los condes de Arraiolos, de Barcelos y de Ourém, de los infantes don João y don Pedro, en la *Monumenta Henricina*, vol. IV, Coimbra, 1962, pp. 99 y ss.

[43] Pub. *Monumenta Henricina*, vol. III, p. 148.

[44] Domingos Mauricio Gomes dos Santos, *don Duarte e as Responsabilidades de Tânger*, Lisboa, 1960.

[45] António Domingues de Sousa Costa, *O Infante don Henrique na Expansão Portuguesa*, *op. cit.*, pp. 48 y ss.



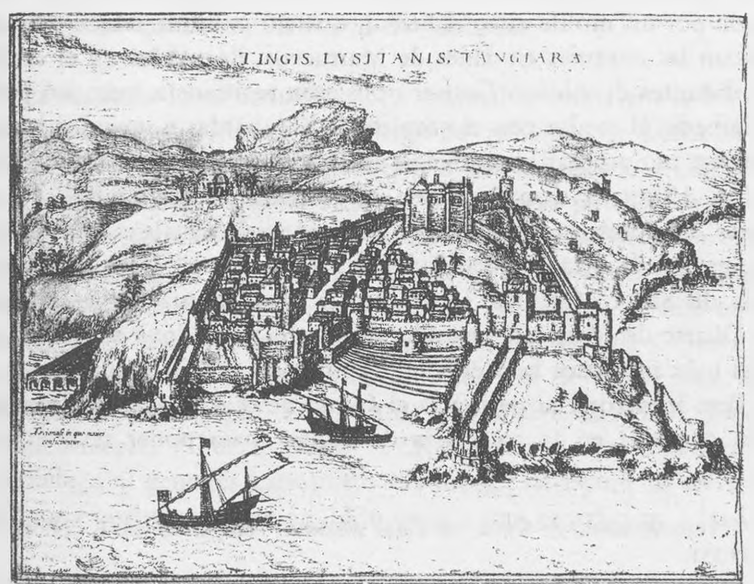


Foto superior: Ceuta en un grabado del vol. I de *Civitates Orbis Terrarum*, Colonia, 1572.
Foto inferior: Tánger en un grabado del vol. I de *Civitates Orbis Terrarum*, Colonia, 1572.

Lisboa, don Henrique se habría opuesto a la exigencia mauritana, con el argumento de que Ceuta era tierra de cristianos y, como tal, no podía constituir una condición de rescate. Las cortes de Leiria, que se reunieron a principios de 1438, tampoco llegaron a una solución de compromiso [46]. Mientras tanto, el prisionero era sometido a las mayores sevicias, transitando de Tánger a Fez, donde terminó sus días en medio de grandes padecimientos físicos y morales el 5 de junio de 1443. Llegaría a ser conocido en la historia portuguesa como el infante Santo por el martirio de que fue víctima y que dejó su reflejo en la hagiografía y en el sentimiento popular [47]. El historiador David Lopes llegó al punto de afirmar que el sacrificio del infante don Fernando fue «un crimen a sangre fría perpetrado por la nación» [48].

El proyecto de conquistas en Marruecos sólo fue retomada en tiempos de don Afonso V, con el desvío hacia la empresa de Alcácer-Ceguer de la flota de 200 barcos que fuera preparada para la reconquista de Constantinopla [49]. Situada entre las ciudades de Tánger y Ceuta, la nueva plaza tenía un difícil acceso al mar, pues estaba dominada por un monte alto, el Seinal, que no permitía relaciones estrechas con las restantes ciudades de Marruecos. Recogidos en el castillo, los habitantes de Alcácer-Ceguer opusieron resistencia, pero no pudieron impedir el asedio con el empleo de bombardas e ingenios bélicos. Acabaron por aceptar la rendición el 23 de octubre de 1458, accediendo don Afonso V a que saliesen de la plaza con sus familias y sus haberes. Los portugueses entraron después en la fortaleza, dirigiéndose el monarca a la mezquita local, transformada para el culto cristiano en iglesia de Santa Maria da Misericórdia. La capitanía fue entregada a don Duarte de Meneses, segundo conde de Viana, que se volvió uno de los más ardorosos fronteros de Mauritania.

Pero la victoria no satisfacía el ánimo de don Afonso V, cuyo gran sueño consistía en la conquista de Tánger para poder recuperar los

[46] Véase Armindo de Sousa, *As Cortes Medievais Portuguesas*, vol. I, Lisboa, 1990, pp. 349-351.

[47] Véase fray João Alvares, *Obras*, vol. I, «Trautado da Vida e Feitos de muito vertuoso Sor Iffante don Fernando», ed. Adelino de Almeida Calado, Coimbra, 1960.

[48] *História de Portugal*, dirección de Damião Peres, vol. III, Barcelos, 1931.

[49] Dom Charles-Martial de Witte, «Les Bulles Pontificales et l'Expansion Portugaise au xvème siècle», *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, tomo LI (Lovaina), 1956, pp. 825 y ss.

huesos de su tío, el infante Santo. Volvió a Marruecos en 1463 con ese proyecto, pero las operaciones fueron mal conducidas y llevaron a un revés en la sierra de Benacofu. Ocho años después, el rey portugués atravesó nuevamente el estrecho de Gibraltar, esta vez al frente de un ejército de 6.000 hombres, que fondeó a la altura de Asilah el 20 de agosto de 1471. Después de tres días de combate, los moros, que habían perdido 2.000 hombres y 5.000 habían sido tomados prisioneros, tuvieron que rendirse. El día 29 de agosto los portugueses entraron en Tánger, que había sido abandonada por la población, y poco después tomaban posesión igualmente de Larache. Don Afonso V pudo añadir al título de «rey de Portugal y de los Algarves, señor de Ceuta», la designación «de aquende y allende el mar», para señalar la soberanía portuguesa en cinco ciudades del norte de África. Así se concretaba el sueño del Portugal magrebiano, que habría de extender su red territorial en época de don Manuel I [50].

Descubrimientos: el archipiélago de Madeira

La segunda línea actuante de la expansión concierne a los viajes exploratorios que se hicieron a lo largo del Atlántico en busca de otras tierras e islas. Por espíritu de aventura o guiados por la acción de los vientos, hubo nautas que se alejaron de la costa portuguesa a fin de escrutar los secretos del océano. No era sólo de cabotaje la navegación que en esa época se hacía, toda vez que la existencia de las Canarias presuponía, en la vecina área del Atlántico, el hallazgo de más espacios geográficos. A ese esfuerzo ya se dedicaban marinos de Génova y de las Baleares que venían registrando la situación de varias islas. Así se comprueba, por ejemplo, en la carta de Dulcert, de 1339, donde se señalan Madeira y Puerto Santo [51]. ¿Se debería el descubrimiento del archipiélago al genovés Lanzarotto Mallocelo, navegante al servicio de la Corona portuguesa que en 1336 hiciera una expedición a las Cana-

[50] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II, pp. 85-88 y la bibliografía citada.

[51] Luís de Albuquerque, *Introdução à História dos Descobrimentos*, *op. cit.*, pp. 201-204.

rias? Tal es la interpretación de Charles Verlinden, que no ha sido aún refutada por la historia de los descubrimientos [52].

Pero la noticia de otras supuestas navegaciones, una de ellas relacionada con la fuga de los ingleses Machim y Anne de Harfet, no llega a documentar el hallazgo de la isla de Madeira [53]. Aun admitiendo que no fueron los portugueses los descubridores del archipiélago, continúa sin respuesta el problema de quién habría sido el descubridor histórico. Poco interesa la fecha y el autor del primer abordaje frente a la noticia del hallazgo oficial de las dos islas, que presupone la llegada seguida de la ocupación del suelo. Es en ese marco como se define la colonización de tipo moderno, cuando la tierra pasa a ser objeto de la instalación de habitantes que fueron a poner en práctica sus capacidades agrícolas y mercantiles. La averiguación del descubrimiento en el siglo XIV pierde así la mayor parte de su valor histórico, imponiéndose más la realidad de los medios humanos y técnicos a que obedeció el poblamiento y la colonización de las dos islas. Tal hecho permite considerar al archipiélago de Madeira como la primera muestra de la civilización portuguesa trasplantada al Atlántico [54].

Le cupo a Portugal haber revelado a Madeira y Puerto Santo en los años 1419-1420, cuando João Gonçalves Zarco y Tristão Vaz, escuderos del infante don Henrique, llegaron a la segunda isla al regresar del descerco de Ceuta de 1418. De acuerdo con una antigua tradición, la carabela habría sido empujada por los vientos en dirección de Puerto Santo. La noticia fue llevada al infante don Henrique, gobernador de la Orden de Cristo, que al año siguiente envió a los dos escuderos, con el hidalgo Bartolomeu Perestrelo, a explorar la misma isla. Rezan las crónicas que los conejos llevados a tierra se comieron de inmediato las especies agrícolas. Por la punta que después se llamó de São Lourenço alcanzaron la bahía de Machico el 2 de julio de 1420, día de la Visitación de Nuestra Señora, ignorándose los otros puntos en que entonces desembarcaron. Perestrelo volvió al reino y sólo veinticinco años más tarde habría de recibir la capitanía de Puerto Santo. En cuanto a

[52] Véase *supra*, capítulo II, nota 7.

[53] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 45-52.

[54] Charles Verlinden, «Formes féodales et dominiales de la Colonisation portugaise dans la zone atlantique aux XIVè et XVè siècles»: *Revista Portuguesa da História*, tomo IX (Coimbra), 1960, pp. 1-44.

Zarco y Tristão, después de un rápido reconocimiento de la parte sur de Madeira, también regresaron junto al infante don Henrique [55].

Habiendo reconocido las ventajas del poblamiento, la corona dispuso además el envío de una flota a Gran Canaria, bajo el mando de don Fernando de Castro, constituida por 2.500 hombres y 120 caballos [56]. La expedición no habría culminado en éxito y ello explica que, hacia el año 1425, don Henrique hubiese tomado medidas para el poblamiento de Madeira y Puerto Santo mediante colonos llegados en su gran mayoría del Algarve que se instalarían allí con sus familias. La isla mayor reveló de inmediato su riqueza en bosques y arboledas, así como la abundancia de aguas, existiendo en la parte sur tres buenos fondeaderos navales que llegaron a ser las poblaciones de Machico, Funchal y Câmara de Lobos [57]. Las condiciones apuntadas habrían mostrado a don João I las ventajas de iniciar la colonización de Madeira, en detrimento de cualesquiera ambiciones sobre las Canarias, donde la corona castellana quería imponer su supremacía política y religiosa [58].

El poblamiento obedeció al proceso de tipo señorial, con el dominio útil de la tierra compartido entre los dos capitanes, que la podían distribuir en un lapso de diez años entre los colonos que quisiesen labrarlas. A los nuevos usuarios se les permitía la crianza de ganado y disponer del matadero de Madeira, siendo confirmada la posesión de las tierras a los que cumpliesen las obligaciones del sexmo*. No se trataba de un dominio de tipo feudal, atendiendo que Zarco y Tristão no disponían de los poderes soberanos de acuñar moneda y administrar justicia. Era un señorío de propiedad que se asumía en forma de comunitarismo agrícola, dado que los colonos podían utilizar los medios de producción que eran de usufructo común [59]. En 1433 la Orden de

[55] Zurara, *Crónica dos Feitos da Guiné*, ed. Dias Dinis, cap. LXXXIII, pp. 360-366.

[56] *Monumenta Henricina*, vol. III (1421-1431), Coimbra, 1961, pp. 92-96, n.º 51.

[57] Alberto Iria, *O Algarve e a Ilha da Madeira no Século* XV, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, Lisboa, 1974.

[58] Alegaciones de Alfonso de Santa María, obispo de Burgos, acerca de los derechos castellanos a las Canarias, Basilea, 27 de agosto de 1437, pub. Luis Suárez Fernández, *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del Infante don Enrique (1393-1460)*, Madrid, 1960, pp. 244 y ss.

* «Sesmaria» en el original: lote de tierra inculto o abandonado, que los reyes de Portugal cedían a «sesmeiros» dispuestos a cultivarlo (N. del T.).

[59] Véase el estudio de Charles Verlinden, cit. *supra*, nota 54.

Cristo recibió, a título de donación, el poder espiritual de las dos islas y de las Desiertas, lo que alteró la primitiva base de la colonización. El infante don Henrique comenzó a usufructuar, en nombre de la misma Orden, un dominio señorial que le aseguraba la jurisdicción, derechos y rendimientos del archipiélago [60].

En el uso de esos privilegios, el infante creó dos capitanías en 1450, haciendo donación de la parte norte de la isla de Madeira a Tristão Vaz y de la parte sur, incluyendo a Funchal, a João Gonçalves Zarco. Cuatro años antes, la capitanía de Puerto Santo había sido donada a Bartolomeu Perestrelo [61]. La división administrativa contribuyó a sedimentar el primer núcleo de la sociedad madeirense y, a través de nuevos aportes del continente, se crearon los primeros conglomerados urbanos. Alrededor de 1450, la población de Funchal ya contaba con 150 jefes de familia, lo que podía equivaler a 600 ó 700 habitantes. Otros poblados se habían formado en la costa sur, como Machico y Câmara de Lobos. Los frailes mendicantes levantaban iglesias y capillas para la asistencia religiosa a los habitantes. Los mesteres y oficios también aumentaron en la principal población para satisfacer las necesidades cotidianas de los habitantes, como se infiere de las actas de la Cámara de Funchal a partir de 1472 [62].

La producción agrícola se había ido desarrollando con la intención de hacer del archipiélago un granero del continente y de las plazas de Marruecos, proyecto que nunca se concretó. La miel y la cera servían para la alimentación y usos caseros y artesanales, mientras que los dragos de Puerto Santo proporcionaban la llamada «sangre de drago», que tenía utilidad en farmacopea y en tintorería. El corte de madera llevó al aumento de las «sierras de agua» (accionadas por ingenios hidráulicos), que permitían hacer mejores tablas para la carpintería doméstica y artesanal. La plantación de parras de malvasía incrementó desde 1440 el cultivo del vino de Madeira, que llegó a ser una de las riquezas agrícolas de la isla. Pero la principal fuente productora llegó a

[60] Carta del regente don Pedro, Almada, 1 de junio de 1439, pub. *Monumenta Henricina*, vol. III, p. 399.

[61] *Monumenta Henricina*, vol. III, p. 483.

[62] Biblioteca Municipal de Funchal, S.1,E8.P.4, *Documentos Históricos e Geograficos*, folios 1 y ss. Basándonos en este manuscrito tenemos un estudio en fase avanzada sobre la colonización de Madeira en el siglo XV.

ser el azúcar, que encontró condiciones favorables para la plantación de caña y su creciente exportación. Las ciudades mediterráneas y la factoría de Flandes fueron hasta finales del siglo XV los mayores mercados de ese producto, dando al azúcar de Madeira una fama que se difundió a toda Europa [63].

Descubrimientos: el archipiélago de las Azores

Aunque no se excluye el hallazgo de las Azores en el siglo XIV, se da por cierto que el descubrimiento oficial le correspondió a los portugueses a principios del segundo cuarto del siglo siguiente. En cartas náuticas anteriores a 1425, surge el contorno imperfecto de algunas islas que se identifican con las Azores [64]. Pero con los mismos argumentos utilizados para el archipiélago de Madeira, puede repetirse que el descubrimiento, seguido de la colonización, correspondió a la corona de don João I, rey de Portugal. La existencia de nueve islas, situadas en tres grupos geográficos distantes, volvía a ese poblamiento más lento y complejo. Aun así, cabe reconocer que el nuevo conjunto insular equivalía a un bastión de gran interés marítimo para la casa de Avis, muy especialmente para la Orden Militar de Cristo. Mientras la isla de Madeira abría los insondables caminos del Atlántico sur, las Azores podían transformarse en una plataforma de navegación con rumbo al Occidente. Más tarde llegaría a reconocerse su interés naval y estratégico para los viajes de regreso de las naves llegadas de Brasil y de Oriente [65].

El descubrimiento fue atribuido, por una antigua tradición, a fray Gonçalo Velho Cabral, caballero de la Orden de Cristo, que habría llegado a la isla de Santa María el 15 de agosto de 1431 y a la isla de San Miguel, el 29 de septiembre del mismo año. Aunque las fechas no

[63] Véase Orlando Ribeiro, *A Ilha da Madeira até meados do Século* XX. *Estudo Geográfico*, Lisboa, 1985, pp. 45 y ss. Virginia Rau y Jorge de Macedo, *O Açúcar da Madeira nos fins do século* XV, Funchal, 1962.

[64] Luís de Albuquerque, *Introdução à História dos Descobrimentos*, Coimbra, 1962, pp. 211 y 219.

[65] Véanse las *Actas del Coloquio Os Açores e as Dinâmicas do Atlântico, do Descobrimento à II.ª Guerra Mundial*, Angra do Heroísmo, 1989.

Itinerariũ Portugallẽsiũ e Lusitania in Indiã ⁊ in de in occidentem ⁊ demum ad aquilonem.



pongan en duda la realización del doble hallazgo, la historia se inclina hoy a la interpretación de Damião Peres, según la cual el primer marino que encontró las Azores en 1427 fue el piloto Diogo de Silves [66]. Nada se ha comprobado con respecto a su biografía, aunque no es de excluir que fuese uno de los marinos del Algarve que participaron en el inicio de la expansión de don Henrique. Admitiendo que Diogo de Silves localizó entonces una de las islas orientales, con más probabilidad la de Santa María, queda para Gonçalo Velho Cabral el título de redescubridor de las primeras islas. Puede también corresponderle la gloria de haber sido el primer navegante en llegar a las del grupo central. Siendo así, después del descubrimiento de la isla Terceira, entonces bautizada con el nombre de Jesus Cristo, el monje-caballero habría llegado al hallazgo de las restantes en un orden que se ignora: Faial, Pico, São Jorge y Graciosa [67].

Se da por hecho que las siete islas estaban descubiertas el 2 de junio de 1439, cuando el regente don Pedro mandó llevar ovejas para incentivar el poblamiento [68]. Estando la Corona en ese momento empeñada en la colonización de Madeira, todo permite creer que no dispusiese de suficientes medios humanos para emprender un proceso idéntico en islas tan dispersas como las de los grupos central y oriental. Se ignora de dónde habrían salido las primeras levas de colonos, aunque no sea desdeñable considerar el Algarve con un papel importante en esa emigración [69]. A semejanza incluso de lo que ocurrió en Madeira, se admite que las zonas del litoral portugués hayan contribuido a la inicial colonización. En cuanto a las islas del Corvo y de las Flores, hoy se acepta la tesis de Jaime Cortesão de que el hallazgo tuvo lugar en 1452 por parte de Diogo de Teive [70]. Era un escudero del infante don Henrique y volvía, en compañía del español Pedro

[66] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, p. 65.

[67] Véase de António Lourenço da Silveira Machado, *História das Quatro Ilhas que formam o Distrito da Horta,* vols. I-II-III, reimpresión de la ed. de 1871, Angra do Heroísmo, 1981.

[68] *Descobrimentos Portugueses,* pub. Silva Marques, vol. I, p. 402. *Monumenta Henricina,* pub. Dias Dinis, vol. VI, Coimbra, 1964, p. 334.

[69] Alberto Iria, *O Algarve e a Ilha da Madeira no Século* XV *(Documentos Inéditos),* Lisboa, 1974, pp. 24-49-65, *passim.*

[70] «A viagem de Diogo de Teive e Pero Vasquez de la Frontera ao Banco da Terra Nova», *Obras Completas,* vol. V, Lisboa, 1965, pp. 185-221.

Vázquez de la Frontera, de una expedición a la Tierra Naval. Habría arribado entonces a las islas que comenzaron a llamarse «Floreiras», completando así el descubrimiento del archipiélago de las Azores.

El poblamiento de las islas del grupo central tuvo la participación de decenas de flamencos que se fueron a instalar allí desde 1450. Uno de los primeros fue Jácome de Brujas, natural del condado de Flandes y servidor del infante don Henrique, a quien aquel año se le concedió la capitanía de la isla Tercera. Por influencia de doña Isabel, duquesa de Borgoña, muchos señores de aquella región fueron a las Azores en la década de 1460. Se tienen noticias de un tal Jacob von Hurter, natural de Nuremberg, que fue a colonizar la isla del Faial, y de Willen van der Haghe, que procedió a idéntica tarea en las Flores [71]. En 1490 había ya algunos millares de flamencos y de alemanes instalados en las islas del grupo central de las Azores. Pero no puede aceptarse una colonización flamenca sin límites, como si el peso de la autoridad central no se hiciese sentir en las Azores. La noticia que corría por Europa a finales del siglo XV de que el archipiélago era más conocido como islas Flamencas, sólo tiene sentido como referencia a un punto del Atlántico portugués donde se produjo ampliamente la contribución de ese poblamiento [72].

Las Azores sirvieron de terreno experimental para el cultivo de cereales, lo que permitió un mayor abastecimiento de la metrópoli y de las plazas marroquíes, que se veían con frecuencia desprovistas de trigo, cebada y avena. El clima húmedo de las islas también permitió que en ellas se incentivase la crianza de ganado vacuno y ovino, lo que junto con el pescado favorecía el sustento de los habitantes. No dieron resultado los intentos de fomentar el cultivo de la caña de azúcar en las Azores, pues la producción obtenida en varias islas siempre fue pequeña. La urchilla y el glasto, recogidos en San Jorge y San Miguel, representaron un beneficio para la economía del archipiélago por ser plantas tintoreras de excelente calidad. El producto fue exportado a Italia y a Flandes, donde adquirió una buena cotización. Pero de manera global puede afirmarse que los cereales y la ganadería constituye-

[71] Manuel Monteiro Velho Arruda, *Colecção de Documentos Relativos ao Descobrimento e Povoamento dos Açores*, Ponta Delgada, 1932.

[72] Véanse las referencias de Joaquím de Vasconcelos, *Albrecht Dürer e a sua influência na Península*, 2.ª ed., Coimbra, 1929, pp. 116-118.

ron, en la segunda mitad del siglo XV, las producciones más rentables de las Azores [73].

DESCUBRIMIENTOS: DEL CABO BOJADOR A SIERRA LEONA

Poco se conoce sobre las navegaciones portuguesas en la fase que precedió al paso del Cabo Bojador. Con la instalación del infante don Henrique en Lagos, se organizaron expediciones con destino a la costa occidental africana, lo que también se justificaba por la necesidad de apoyo estratégico a la plaza de Ceuta. No ha perdurado el nombre de los marinos que dirigieron o intentaron esos viajes marítimos, aunque se considere la participación del Algarve como la más activa en términos humanos. El Cabo Bojador constituía entonces un serio obstáculo a la prosecución de las navegaciones, por el temor que invadía a los navegantes deseosos de abrir las rutas del sur. La cercanía del trópico de Cáncer era motivo de fuertes recelos que hacían creer en el infierno geográfico a que los marineros del infante se veían condenados. Sólo después de que el escudero Gil Eanes consiguiese en 1434 superar aquel límite, fue posible para don Henrique orientar la expansión en el rumbo deseado [74].

Así se consolidó el plan henriquino que se extiende hasta 1460, cuando las carabelas portuguesas ya habían llegado a Sierra Leona. Con accidentes marítimos de distinta especie, bastó un cuarto de siglo para conducir los barcos del infante a las puertas del golfo de Guinea. No resulta posible enumerar el papel de los descubrimientos, casi todos de realización anual, que se produjeron en ese período. Varios navegantes dejaron entonces huella de sus hechos, aunque la historia no siempre destaque sus nombres. Junto con Gil Eanes, Afonso Gonçalves Baldaia descubrió en 1435 Angra dos Ruivos, actual cabo Ganet, y llegó al año siguiente al Rio do Ouro. De allí pasó Baldaia al puerto que acabó llamándose Pedra da Galé, prosiguiendo los viajes hasta el año 1441. Otro escudero, de nombre Nuno Tristão, alcanzó ese año el Cabo

[73] Vitorino Magalhães Godinho, *A Economia dos Descobrimentos Henriquinos*, Lisboa, 1962, pp. 171 y ss.

[74] A. J. Dias Dinis, *Estudos Henriquinos*, vol. I, Coimbra, 1960, p. 278.

Branco, y luego recibió la misión de explorar la costa en la dirección de la bahía de Arguim. Allí se levantó la primera factoría portuguesa en el litoral africano, permitiendo el intercambio de productos y el mayor contacto con los indígenas [75].

Varias expediciones se produjeron en esa época, siendo de destacar la de Antão Gonçalves, natural de Lagos, que efectuó el primer traslado de negros hacia el Algarve. En ese viaje echó raíces el proceso de esclavitud, que después creció con respecto al número de las operaciones comerciales. El viaje de 1444, al mando de Lanzarote, almojarife de Lagos, alcanzó las islas de Tider y Nar con idéntico objetivo. Entretanto, Nuno Tristão se aproximó a la desembocadura del Senegal, no siendo de desmerecer el hecho de que procedió al reconocimiento de la parte terminal del gran río. La expedición del año siguiente, con la participación colectiva de mercaderes de Lago y del donatario madeirense Tristão Vaz, llevó las carabelas a Cabo Verde. En 1446, en el último viaje que efectuó a la costa africana, Nuno Tristão superó este cabo a una distancia de 60 leguas para llegar a la zona del Casamansa y de aquí al río Grande o Fancaso. El intrépido navegante había llegado al límite de la tierra que sería la Guinea portuguesa [76].

Al mismo tiempo que el primer ciclo de las navegaciones henriquinas, se cerraba también el período de la regencia del infante don Pedro, a quien se debió el notable impulso dado al avance de los descubrimientos. Aún en 1446, Alvaro Fernandes penetró en la Tierra de los Negros y llegó a una ensenada a poco más de 100 leguas de Cabo Verde. Se estaba casi a medio camino de Sierra Leona, que se apunta como el límite de los descubrimientos henriquinos. Éstos conocieron pausas en la década de 1450, lo que se explica por la necesidad de prever los avances de una navegación tan distante o por la prioridad concedida al poblamiento en curso en los archipiélagos de Madeira y de las Azores. También se invoca el argumento de que los viajes dejaron de tener un carácter regular y comenzaron a revestir la forma de reconocimiento de las zonas descubiertas y de meros objetivos comerciales. De ahí la incertidumbre en fijar el límite exacto de las expedi-

[75] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, pp. 84 y ss.

[76] Dias Dinis, *O V Centenário do Descobrimento da Guiné Portuguesa à luz da Crítica Histórica. 1446-1496*, Braga, 1946. A. Teixeira da Mota, «Cronologia e Ambito das Viagens Portuguesas de Descoberta», *Mar, Além-Mar*, vol. I, Lisboa, 1970, p. 258.

ciones orientadas por el infante don Henrique, que la tradición coloca en la zona geográfica de Sierra Leona [77].

En ese período comienzan a utilizarse las marcas de soberanía portuguesa para evitar que otros estados o ciudades, con especial relieve el reino de Castilla, pudiesen disputar la posesión de los lugares descubiertos o de los que no estuviesen aún reconocidos [78]. La competición marítima se extendería a la costa africana, por lo que había que preservar de algún modo la prioridad nacional. En una primera fase, los navegantes ponían cruces de madera en los puntos más visibles del litoral para mostrar así la presencia espiritual de la Orden Militar de Cristo, cuyo gobernador era el infante don Henrique. Pero la poca duración de esas señales llevó a la colocación de padrones de piedra, donde se grababan el símbolo heráldico de la corona y una leyenda con la noticia del descubrimiento. Se perdieron esos importantes testimonios de la actividad náutica de mediados del siglo XV, pero su existencia en la época de los viajes de Diogo Cão y Bartolomeu Dias comprueba las razones jurídicas que estuvieron en la base de las expediciones.

Descubrimientos: el archipiélago de Cabo Verde

Se acepta hoy que la isla de Santiago fue avistada en 1445 por el nauta Dinis Dias, natural de Lagos, que formaba parte de la expedición de Lanzarote quien, ese mismo año, desembarcó en la desembocadura del río Senegal. De regreso al Algarve habría hecho un largo desvío por el océano y dado noticia de la «ínxula auténtica» que aparece dibujada en el mapa de André Bianco, de 1448 [79]. Pero el descubrimiento de las islas del grupo oriental tardó por lo menos de diez a quince

[77] Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis*, ed. Damião Peres, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1954, p. XXXIII. Jaime Cortesão, «O âmbito da obra do Infante», *Obras Completas*, vol. V, Lisboa, 1965, pp. 176-179.

[78] Faltan estudios sobre los primeros padrones colocados por los portugueses en la costa occidental de África. El libro básico sigue siendo el de Luciano Cordeiro, *Descobertas e Descobridores, Diogo Cão*, Lisboa, 1892.

[79] A. Fontoura da Costa, *Cartas das Ilhas de Cabo Verde, de Valentim Fernandes*, Lisboa, 1939, pp. 7-20.

años, con tres navegantes posibles: el veneciano Cadamosto, el portugués Diogo Gomes y el genovés António de Noli. El primero habría avistado una o más islas en el viaje de 1456 a Cabo Verde; el segundo se arroga la prioridad del desembarco cuatro años después; y el tercero, que fue compañero de Gomes en la expedición, obtuvo de la Corona en 1462 la capitanía de Santiago, para lo que se valió del título de descubridor oficial de la isla [80].

El problema se resuelve hoy con una respuesta favorable a la acción de los dos últimos, permitiendo establecer que las cinco islas del grupo oriental fueron alcanzadas en un viaje de reconocimiento en 1460-1461. La primera noticia oficial surge en una carta regia del 19 de septiembre de 1462 con la indicación de las islas pero sin referencia al día del hallazgo. Puede haber ocurrido que Santiago fuese bautizada el 25 de julio y en fecha anterior las islas de San Filipe (Fogo) y de las Maias (Maio). En cuanto a San Cristóvao (Boavista), tal vez fuese descubierta el 10 de julio, no existiendo datos sobre la isla Lana (Sal). Para el conjunto del archipiélago faltaban, sin embargo, las cinco islas del grupo occidental, cuyo descubridor fue Diogo Afonso, escudero del infante don Henrique. La navegación se efectuó a finales de 1461, fondeando en São Nicolau el día 6 y en Santa Luzia el 13 de diciembre, y se completó el hallazgo el 17 y el 22 de enero con la llegada, respectivamente, a Santo António (Santo Antão) y a São Vicente. En fecha incierta se encontró la isla Brava y los islotes Raso y Branco [81].

A semejanza de Madeira y de las Azores, las islas de Cabo Verde estaban desiertas, lo que obligó a la Corona a encarar su rápido poblamiento. Si algunas eran montañosas y de difícil acceso, otras ofrecían favorables condiciones agrícolas. El archipiélago representaba, sobre todo, un apoyo naval para las navegaciones que se hacían en «tierra firme» de la costa africana. Los años habrían de mostrar la importancia de esa plataforma en los circuitos marítimos de África, de Oriente y de Brasil. Pero el poblamiento no se efectuó con la rapidez deseada, no sólo por la distancia a que se encontraba el archipiélago del reino, sino también por la falta de gente para activar la vida agrícola. También la

[80] *Descobrimentos Portugueses*, vol. III, Lisboa, 1971, pp. 223-224. *Monumenta Henricina*, vol. XIV, pp. 225-227.

[81] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, pp. 140-141.

circunstancia de no haber una suficiente producción de cereales habría de dificultar la ida de los primeros colonos. Debe tenerse también en cuenta la naturaleza de la tierra, con poca vegetación y sometida a un clima seco, para comprender las condiciones negativas en que se realizó la instalación del hombre europeo [82].

Casi todas las islas disponían de abundante pesca y de aves de consumo, notándose en Santiago gran número de palomas y tortugas. En esa isla y en Boavista existían muchas corrientes de agua dulce, así como una laguna de sal muy blanca. La falta de pastos no favorecía la implantación de la ganadería, pero en Boavista y en Maio se intentó una experiencia de adaptación de ganado bovino, lo que tuvo consecuencias favorables en la producción de carnes y de pieles. Llegó a admitirse el cultivo de cereales, pero el trigo y la cebada no se dieron bien en sus primeras implantaciones. Más tarde se introdujo en Cabo Verde el cultivo del maíz de Guinea, sin duda el *zaburro,* cuya producción prosperó sin alcanzar nunca resultados excepcionales. El algodón llegado de la costa de África se adaptó fácilmente y llegó después a ser codiciado por los genoveses. También la urchilla comenzó a ser vendida a los mercaderes castellanos y andaluces. En mayo de 1469 los hermanos Juan y Pero de Lugo, residentes en Sevilla, recibieron privilegio real para el cultivo de la planta [83].

El 18 de septiembre de 1460, el infante don Henrique donó el poder temporal de las islas al rey don Afonso V, correspondiéndole a la Orden de Cristo los derechos y beneficios de la parte espiritual [84]. Con la muerte del infante, la donación se transmitió al sobrino don Fernando, duque de Viseu y de Beja, que fue su heredero directo [85]. En el año 1473 el dominico fray João fue nombrado, por intercesión del prior de Tomar, para ejercer el cargo de vicario de la isla de Santiago. Por el mismo tiempo, esta isla fue dividida en dos capitanías, entregadas respectivamente a António de Noli y a Rodrigo Afonso. El

[82] Orlando Ribeiro, «Primórdios da ocupação das ilhas de Cabo Verde»: *Aspectos e Problemas da Expansão Portuguesa, Estudos de Ciência Política e Social,* n.º 59, Lisboa, 1962, pp. 130-131.

[83] *História Geral de Cabo Verde. Corpo Documental,* dirigida por Luís de Albuquerque, vol. I, Lisboa, 1988, pp. 23-24, n.º 8.

[84] Pub. *ibidem,* vol. I, pp. 13-14, n.º 1.

[85] Carta regia del 3 de diciembre de 1460, *ibidem,* vol. I, pp. 15-16, n.º 2.

sistema de las donaciones fue aplicado en Cabo Verde, de acuerdo con el modelo en vigor en Madeira y en las Azores. El archipiélago recibió al principio a algunos desterrados, aunque su número se redujese durante los reinados de don Afonso V y don João II, cuando comenzó a acogerlos sobre todo la isla de São Tomé [86].

Descubrimientos: el Golfo de Guinea

Después de la muerte del infante don Henrique, hubo una expedición en 1461-1462 que llevó las carabelas de Pedro de Sintra, su antiguo escudero, hasta el bosque de Santa Maria. De ahí continuó el navegante veinte leguas más al sur del Cabo Mensurado, que corresponde al territorio de la actual Liberia [87]. No se conserva noticia de otros viajes en años inmediatamente posteriores, tal vez porque la Corona no disponía de medios para la prosecución de los descubrimientos. La expedición a Marruecos (1463-1464) y los problemas derivados del reinado de don Pedro en Cataluña (1464-1466) impidieron a don Afonso V apoyar otros viajes. Apegado aún a los valores seculares de la caballería, «el Africano» nunca tuvo gran pasión por el proyecto expansionista. Pero tuvo, al menos, la lucidez bastante para confiarlo, desde 1469, al príncipe heredero. Aunque contaba sólo 14 años, el futuro don João II recibió plenos poderes para tomar las decisiones adecuadas a la expansión en marcha. Se imponía retomar la iniciativa de los viajes marítimos para no dejar inconcluso un proceso oficial de casi medio siglo [88].

Absorbido por los gastos de la política marroquí, el tesoro no disponía de recursos para financiar nuevas expediciones. Por ello, el príncipe recurrió a los préstamos de Fernão Gomes, rico mercader de Lisboa, que se ofreció con sus marinos para descubrir cien leguas anuales en el litoral del golfo de Guinea, a cambio de la exclusividad del co-

[86] *Ibidem*, pp. 29-30, 31-33, *passim*.

[87] Damião Peres, *Viagens de Luís de Cadamosto e de Pedro de Sintra*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1948, pp. 173-178. Alberto Iria, «O Navegador Pedro de Sintra faleceu na Guiné em 1484»: *Estudos Henriquinos*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1979, pp. 39-75.

[88] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 144-145.

mercio en la costa africana ya descubierta. Con excepción de la tierra firme frente al Cabo Verde y de la zona de Arguim, la corona aceptó la propuesta de Fernão Gomes, subordinada al pago de 200.000 réis por año, cuantía después elevada a 300.000 réis. El contrato tendría una duración de cinco años, lo que equivalía al descubrimiento de 500 leguas sin ninguna carga marítima ni financiera para el Tesoro regio. Para el príncipe don João bastaba con esperar los provechos del contrato y hasta con la ventaja de que Fernão Gomes dirigiera a un grupo de hombres expertos en las lides del mar. Era una oportunidad única para extender los límites de la soberanía portuguesa en África [89].

La expansión le debe a Fernão Gomes el hallazgo de la larga costa que se abre en el golfo de Guinea, desde el llamado Río do Soeiro, descubierto por Soeiro da Costa en 1464, y que se extendía más allá de la línea del Ecuador. Uno de los viajes, dirigido por João de Santarém y Pero de Escobar, llevó a la Costa da Mina. Los mismos nautas encontraron en 1471 el archipiélago de São Tomé y Príncipe: la primera isla el 27 de diciembre, y la segunda, que tuvo el nombre inicial de Santo Antônio, el 17 de enero de 1472. A continuación, el navegante Fernão do Pó descubrió la isla después bautizada con su nombre, cerca de la costa africana. No estaba el contrato aún vencido, cuando dos navegantes penetraron más lejos en el Atlántico sur. Lopo Gonçalves llegó en 1473 al cabo al que dio su nombre, hoy conocido como López, y en 1474 fue la vez de Rui de Sequeira, quien llegó al cabo Catarina, que pasó a ser el límite de las expediciones portuguesas [90]. No faltaba mucho para descubrir la desembocadura del Congo, antepuerta del litoral de Angola.

Descubrimientos: São Jorge da Mina y São Tome y Príncipe

Merecen destacarse dos aspectos en el descubrimiento de las tierras e islas situadas en el Golfo de Guinea. Uno concierne a la costa de la Mina, región que desde 1471 quedó bajo la vigilancia de la co-

[89] «Arrendamento do resgate da Guiné», pub. Antônio Brasio, *Monumenta Missionaria Africana. África Ocidental (1342-1499)*, 2.ª serie, vol. I, Lisboa, 1958, pp. 436-443, n.º 65.

[90] Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis*, p. I, libro 2, cap. 11, p. 163.

rona portuguesa mientras no se procediese a su ocupación militar y comercial. El cronista Rui de Pina observa que el príncipe don João deseaba conocer «las rentas y tratos de Myna y de toda Guinea», donde comenzó a hacer negocios el mercader Fernão Gomes [91]. En esa tierra había oro en abundancia, siendo posible el comercio de variadas mercancías. Existió el objetivo oficial de establecer relaciones con el rey de Mina, proyecto que no fue factible porque en esa época Portugal estaba implicado en la guerra de la sucesión de Castilla. Después el rey don Afonso V se desplazó a Francia, al encuentro de Louis XI, y se mantuvo ausente desde mediados de 1476 hasta finales del año siguiente [92]. Sólo después de su elevación al trono el 25 de agosto de 1481, pudo don João II ocuparse del envío de una expedición a la costa de Mina, lo que equivalía a su intervención directa en la política y en el comercio locales.

El 12 de diciembre de ese año salió de Lisboa una flota de 500 hombres más 100 de guerra, bajo el mando de Diogo de Azambuja, caballero de la Casa Real. Llevaba instrucciones para edificar una fortaleza en la costa de Mina, entre el Cabo de las Tres Puntas y el de las Redes. En la escuadra iban también 100 oficiales de cantería y carpintería, con bastante material de construcción para levantar los muros y torres del castillo. Llevaban con ellos madera, cal desleída, tejas, ladrillos, clavos y otros materiales de construcción. En cuanto llegó al golfo de Guinea, el capitán intentó encontrar un punto del litoral que fuese, al mismo tiempo, un fondeadero de seguridad y un lugar de defensa. El miércoles 19 de enero de 1482 desembarcó en la aldea de las Duas Partes, que contaba con muchos habitantes y era un activo centro comercial. Al día siguiente, Diogo de Azambuja bautizó a la vega de enfrente con el nombre de San Sebastião, y no tardó en entablar contacto con el rey local. Pronto fue autorizado a construir la fortaleza, que acabó siendo «la más honrada y más rica y de mayor población» que en aquel reino jamás se levantara [93].

[91] Rui de Pina, *Croniqua del Rey Dom Joham II*, ed. A. Martins de Carvalho, Coimbra, 1950, pp. 7-10.

[92] J. Veríssimo Serrão, *Relações Históricas entre Portugal e a Franca (1430-1481)*, París, 1975.

[93] Rui de Pina, *Croniqua del Rey Dom Joham II*, ed. A. Martins de Carvalho, pp. 11-12. Garcia de Resende, *Cronica de Dom João II e Miscelânea*, nueva edición conforme a la de 1798, intr. de J. Veríssimo Serrão, Lisboa, 1991, cap. XXV, p. 31.

Así se construyó, en el corto espacio de un mes, el castillo de São Jorge da Mina, coronado por una alta torre y rodeado de una gran muralla. Dentro del recinto se levantaron casas para la guarnición, constituida por Azambuja, 60 hombres más y 3 mujeres, habiendo vuelto a Lisboa los restantes miembros de la expedición. Por carta del 15 de marzo de 1486, el rey don João II dio el título de ciudad a la fortaleza de Mina, la primera que obtuvo ese galardón en el Ultramar portugués. Gracias a la protección del castillo, se intensificó el tráfico con otras regiones del Golfo de Guinea, sobre todo con las islas de São Tomé y Príncipe. Grandes cantidades de oro de Mina se llevaron a Lisboa, lo que permitió al Tesoro hacer nuevas acuñaciones. El alemán Jerónimo Münzer, en su valioso *Itinerario,* comenta la importancia de Mina con estas palabras: «La Mina do Ouro dista 700 leguas de Cabo Verde, y allí hay un promontorio del mismo nombre, donde se construyó un castillo. Ahí van los negros del interior a trocar sus mercancías» [94].

Las islas de São Tomé y Príncipe formaban el cuarto archipiélago que Portugal encontró en la ruta atlántica. Su distancia de la metrópoli no permitía establecer un plan inmediato de colonización debido a la falta de mano de obra para desarrollar sus potencialidades. La construcción de São Jorge da Mina contribuyó a postergar un proyecto de la corona en ese sentido. Pero pasada una década desde el descubrimiento, ya don João II podía, el 14 de septiembre de 1485, eximir a los primeros colonos de pagar tributo por los bienes que poseían en la metrópoli [95]. Tres meses después, el monarca concedía a los habitantes de São Tomé el derecho de rescatar las mercancías que llegasen a obtener en las dos islas, incluyendo la posesión de esclavos [96]. La primera fase del poblamiento se iba efectuando con algunas decenas de colonos llegados del reino, de esclavos negros y algunos manumisos, sin olvidar a los desterrados que llegaban allí a cumplir su condena [97].

[94] Pub. según la versión del ms. de la Biblioteca de Munich, Códice Latino 431, folios 280-288, por A. Brasio, *Monumenta Missionaria Africana, África Ocidental,* 2.ª serie, vol. I, Lisboa, 1958, p. 241.

[95] A. Brasio, *ibidem,* 1.ª serie, vol. I, Lisboa, 1952, pp. 50-57.

[96] *Descobrimentos Portugueses,* pub. Silva Marques, vol. III, Lisboa, 1971, pp. 297-299.

[97] A. N. T. T., *Chancelaria de don João II,* libro 1, folio 45v.º, pub. P. M. Laranjo Coelho, *Documentos Inéditos de Marruecos. Chancelaria de don João II,* Lisboa, 1943, p. 170.

En 1493, Alvaro de Caminha recibió el título de capitán de São Tomé por juro de heredad. Llevó entonces consigo a muchos niños judíos que el monarca había hecho separar de sus padres para que fuesen cristianizados en aquella isla [98]. Ese mismo año se concedió a los desterrados que necesitasen ir a la metrópoli una carta de seguro de vida por cuatro meses; y el 11 de diciembre de 1493 se autorizó a los colonos a proceder al rescate de la pimienta [99]. Un ejemplo de la importancia que São Tomé revestía para don João II surge del relato contemporáneo de Jerónimo Münzer:

> Mide 60 millas de circunferencia y tiene muchos y enormes árboles... Hay árboles tan altos que un hondero difícilmente alcanzará su cima con una piedra. Sus frutos se asemejan a calabazas y sirven de vasos. Ha dicho el rey que las cidras de esta tierra son tan grandes que es difícil que un hombre transporte cuatro y que las naranjas son del tamaño de su cabeza y duran todo el año [100].

El archipiélago llegaría a ser, a principios del siglo XVI, uno de los grandes centros de producción azucarera del Atlántico.

Descubrimientos: el río Congo y el litoral de Angola

La construcción del castillo de Mina no sólo revestía importancia para el comercio portugués allí instalado. El enclave fronterizo a São Tomé y Príncipe representaba también un punto de apoyo a la navegación, en el momento en que don João II parecía resuelto a proseguir los descubrimientos hacia el sur del Cabo Catarina. Todo permitía creer que la ruta continuaba abierta para el encuentro de un nuevo océano a corto o largo plazo. El monarca había así de aprovechar los puntos geográficos que sus nautas estaban forzados a utilizar en los

[98] Rui de Pina, *Croniqua del Rey Dom Joham II*, cap. LXVIII, pp. 187-188.

[99] A. N. T. T., *Livro das Ilhas*, folios 20v.° 21 y 105. Véase R. J. da Cunha Matos, *Chorographia Historica das Ilhas de São Tomé, Principe, Anno Bom e Fernão do Pó*, 4.ª ed., São Tomé, 1916, p. 113.

[100] Palabras de don João II, rey de Portugal, sobre la isla de São Tomé (1494), pub. A. Brasio, *Monumenta Missionaria Africana. África Ocidental*, vol. IV, Lisboa, 1954, pp. 16-17.

viajes de ida y vuelta a África austral. Las informaciones recogidas por sus astrónomos, pilotos y marineros iban en el sentido de avanzar con la empresa hasta donde fuese posible, por preverse ya el soñado vínculo marítimo con la India [101]. Es en este contexto donde deben situarse los dos viajes que el escudero Diogo Cão, uno de los nombres más importantes de la expansión marítima portuguesa, efectuó al golfo de Guinea entre los años 1482 y 1485.

Las fuentes contemporáneas dan escasas informaciones en cuanto a la fecha y al trayecto de las dos expediciones, habiendo incluso las que optan por un silencio absoluto. Sólo a partir de 1892, cuando Luciano Cordeiro se dedicó a la lectura de los padrones colocados por Diogo Cão, se hizo posible avanzar en la materia [102]. Desde entonces, con especial relieve para Damião Peres, los historiadores no hicieron otra cosa que seguir la reconstitución epigráfica por él propuesta. El primer viaje se habría hecho después del 31 de agosto de 1482, cuando Diogo Cão dejó Lisboa camino de la factoría de Mina. De allí siguió hacia el Cabo Catarina, punto desde el que avanzó hacia la desembocadura del río del Padrão, que llegó a ser el río Zaire o Congo, donde colocó una columna de piedra bajo la advocación de São Jorge. Con un grupo de sus marineros envió presentes al rey local, que vivía en el interior y que pronto identificó con el Manicongo [103]. No obstante, como los compañeros tardasen en volver, el comandante siguió viaje y fue hasta el Cabo del Lobo, actual de Santa María, donde fijó el padrón de San Agustín. Avanzando más aún, Diogo Cão alcanzó Lucira Grande, a la que puso el nombre de Angra de João de Lisboa, salvo que haya sido éste el primer nauta que bajó a tierra, lo que justificaría la designación [104]. El viaje habría conducido al descubrimiento del litoral del territorio que sería Angola. Al volver al Congo, el jefe de la expedición no encontró a los compañeros que había enviado a la corte

[101] Véase A. D. Sousa Costa, «Cristóvao Colombo e o Cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, destinatário da carta de Paulo Toscanelli sobre os descobrimentos marítimos»; *Antonianum* 65 (Roma) 1990, pp. 187-276.

[102] L. Cordeiro, *Descobertas e descobridores. Diogo de Azambuja,* Lisboa, 1892. *Idem, Descobertas e descobridores. Diogo Cão,* Lisboa, 1892.

[103] F. Leite de Faria, «Uma Relação de Rui de Pina sobre o Congo, escrita em 1492»: *Studia,* n.° 19 (Lisboa), 1966, pp. 223-303.

[104] D. Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, pp. 183-190.

de Manicongo, por lo que llevó consigo algunos negros hasta Lisboa, que fueron recibidos con dádivas por don João II. La llegada de Diogo Cão tuvo lugar en la primavera de 1484 [105] y sin duda convenció al monarca de que el navegante había llegado al «Promontorio Prasso», punto de unión entre los dos océanos. El sueño de la India estaba así al alcance de la corona portuguesa [106].

Diogo Cão comenzó en 1485 el segundo viaje al sur del Ecuador, llevando consigo a los negros que don João II había acogido bien. En la desembocadura del Congo llegó a encontrar a los compañeros que habían vuelto de aquella corte, también recibidos en ella con amistad. Con este grupo se vincula el origen de las célebres inscripciones grabadas junto a las cataratas del Ielala, a 30 leguas de la desembocadura del río Congo. En ellas figuran los nombres de algunos portugueses enviados ante Manicongo, como João de Santiago, Diogo Pinheiro, Alvaro Pires, Pero Escobar y otros [107]. En su afán de nuevas empresas, Diogo Cão avanzó de nuevo hacia el sur, colocando padrones en el actual Cabo Cross y en el Cabo Negro, y llegando por fin a la Sierra Parda, que puede identificarse con la Punta de los Farilhões. En la primavera de 1486 habría vuelto al reino, pero se ignora todo acerca de la extensión del segundo viaje [108]. Aquí se inserta el misterio de Diogo Cão, que la historia no ha llegado aún a resolver.

¿El silencio al que fue condenado su nombre se debió al error de Diogo Cão de considerar que el Angra de João de Lisboa abría el paso hacia el océano Índico? De haberlo hecho saber así, al regreso del primer viaje, don João II no le habría perdonado el error náutico en que incurriera. Es una de las explicaciones del hecho de que se haya omitido el nombre de Diogo Cão desde 1486, en las fuentes de la cancillería regia y en las crónicas de la época. A menos que el navegante haya fallecido en Sierra Parda, como también permite suponer la leyenda del mapa de Henricus Martellus de 1489 [109]. Así expuesto, el

[105] «Cartas de tença e de cavaleiro a Diogo Cão, de 8 de Abril de 1484», pub. A. Brasio, *Monumenta Missionaria Africana. África Ocidental,* vol. I, Lisboa, 1952, pp. 44-48.

[106] A. Fontoura da Costa, *As Portas da India, em 1484,* Lisboa, 1935.

[107] D. Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, pp. 192-194.

[108] D. Peres, *ibidem,* pp. 196-197. A. Fontoura da Costa, *As Portas da India, em 1484,* Lisboa, 1935.

[109] L. Cordeiro, *Descobertas e Descobridores. Diogo Cão,* Lisboa, 1892. D. Peres, *ibidem,* p. 200.

problema no se presenta del todo convincente, con más razón porque Carmen Radulet ha hecho objeciones a la versión tradicional de los dos viajes al entender que fueron tres las expediciones de Diogo Cão: la primera, en 1481-1482, con paso por São Jorge da Mina y llegada al Cabo do Lobo, de donde volvió a Lisboa a finales de aquel año; la segunda, que se localiza en 1483-1484 y tuvo como término el Angra de João de Lisboa, conduciendo en su regreso al descubrimiento de la isla de Ano Bom; y la tercera, que salió del reino en 1485 y llegó a la Sierra Parda [110].

Sin discutir los fundamentos del problema, se concluye que don João II era consciente, a finales de 1485 o principios del año siguiente, de que las carabelas portuguesas habían llegado a las puertas del océano Índico. La empresa a la que se había consagrado de establecer el nexo entre los dos océanos, no podía conocer pausas. Noticias que le llegaban por la vía del Mediterráneo daban como segura la situación de Etiopía, que correspondía a una amplia zona de la costa oriental africana: «Ethiopia es muy amplia y muy larga, como se ve en la carta de Ptolomeo, porque en las regiones ecuatoriales y sus cercanías los grados relativos a su anchura y a su longitud son equivalentes, como los astrónomos saben» [111]. Las comunicaciones con El Cairo habían dado a João II la certeza de que la ruta atlántica conducía a la India. Sus emisarios sabían cómo «se obtiene la pimienta rugosa oriental, porque los etíopes no tenían pimienta madura ni preparada en el tiempo adecuado» [112]. La expansión del cristianismo y el comercio de las especias se habían unido para hacer de Portugal el mensajero europeo del encuentro de los dos mundos.

El Cabo de Buena Esperanza

Se comprende así la determinación del rey portugués en aprovechar los beneficios resultantes de los viajes de Diogo Cão. En 1487

[110] C. Radulet, «As Viagens de Diogo Cão: Um problema ainda em aberto», *Centro de Estudos de História e Cartografia Antiga,* Serie Separatas, 194 (Lisboa) 1988.

[111] Itinerário de Jerónimo Münzer, pub. A. Brasio, *Monumenta Missionaria Africana. África Ocidental,* 2.ª serie, vol. I, Lisboa, 1958, pp. 246-247.

[112] *Idem, ibidem,* p. 247.

ordenó el aparejamiento de una flota, con la nave *San Cristóvao,* la carabela *San Pantaleão* y un barco de apoyo, para el que nombró comandante a Bartolomeu Dias. Además de ser el jefe de la nave regia, conocía bien la navegación del Atlántico, ya había estado en misión en el castillo de Mina y gozaba de la confianza del monarca como uno de sus mejores servidores [113]. Para ayudarlo en la empresa, la corona eligió a tres pilotos conocedores de los misterios del océano —Pero de Alenquer, Alvaro Martins y João de Santiago—, así como a dos nautas experimentados, Diogo Dias y João Infante. Era un equipo de marinos notables para dar ejecución al proyecto de don João II de alcanzar la punta meridional del continente africano, por más próxima o lejana que se encontrase. La expedición de Bartolomeu Dias no podía satisfacerse con el hallazgo de más tierras en el litoral, pues debía cumplir el designio regio de abrir las puertas de un nuevo océano [114].

Para juzgar la grandeza del plan de don João II hay que tener en cuenta que el viaje de Bartolomeu Dias coincidió con el envío de dos emisarios a Oriente. En junio de 1487 salieron de Santarém, donde se hallaba entonces la corte, Afonso de Paiva y Pero da Covilhã, que siguieron por tierra camino del Mar Rojo. Allí tomaron rumbos diferentes: el primero hacia el reino del preste João y el segundo en dirección a Malabar [115]. Ambos debían informarse sobre los puertos de acogida, las rutas terrestres y marítimas y los circuitos mercantiles, para que el viaje de Dias pudiese recoger frutos en el momento de su llegada al extremo sur de África. El doble plan muestra que nunca una expedición portuguesa se había realizado sostenida por una organización naval y política tan amplia, a fin de asegurar que sus objetivos se cumpliesen plenamente. No ofrece hoy dudas que Bartolomeu Dias tenía

[113] L. Adão da Fonseca, *O Essencial sobre Bartolomeu Dias,* Lisboa, 1987. Bartolomeu Dias. Corpo Documental. Bibliografía, con nota de Luís de Albuquerque, Lisboa, 1988.

[114] Damião Peres, *Uma prioridade Portuguesa contestada mas incontestável: a Circum-Navegação via África Austral por Bartolomeu Dias,* Academia Portuguesa da Historia, Lisboa, 1960.

[115] Véanse Conde de Ficalho, *Viagens de Pero da Covilha,* Lisboa, 1898. Luís de Albuquerque, «Covilha, Pero da» y «Paiva, Afonso de», *Dicionário da Historia de Portugal,* dir. Joel Serrão, vol. I, p. 740, y vol. III, p. 741.

una buena información de los principales puntos de la costa oriental africana y que incluso iba dispuesto a penetrar en el océano Índico [116].

El viaje se integró así en una vasta concepción ultramarina, con incidencias políticas, religiosas y comerciales [117]. La flota salió de Lisboa a finales de agosto de 1487 y, tal vez debido a la prisa impuesta por la corona, no se confirma la escala por Cabo Verde ni por el castillo de Mina. El hecho demuestra que había habido condiciones favorables para la navegación y que los tres barcos iban pertrechados con material y víveres para una expedición, por más larga que fuese [118]. Estando reconocido el litoral africano hasta la Sierra Parda, se imponía alcanzar con rapidez ese límite. Tres meses bastaron para lograrlo y luego se procedió al bautismo de los puntos costeros al sur: la sierra de Santa Bárbara, el golfo de Santa María (Walwisch Bay) y el golfo de São Tomé, respectivamente el 4, 8 y 21 de diciembre. En la antevíspera de Navidad llegaron al golfo de Santa Vitória (Hotentot Bay) y al día siguiente al Angra das Voltas. Pasada la fiesta navideña, Bartolomeu Dias y sus hombres alcanzaron el golfo de Santo Estêvao (Elisabeth Bay) el 26 de diciembre y la tierra de São Silvestre el último día del año [119].

Estaba pronto a revelarse el océano Índico con el paso por la punta meridional del continente africano, sin que el capitán mayor lo advirtiese. El día 6 de enero de 1488 se avistó la sierra de los Reis, pero una tempestad dispersó a los tres navíos que perdieron el rumbo en dirección del sur. Fue entonces, al orientarse de nuevo hacia el norte, cuando Bartolomeu Dias descubrió el cabo de las Tormentas, cuyo nombre habría de cambiar el rey don João II por el de Cabo de Buena Esperanza, previendo la próxima llegada de los portugueses a otro océano. Se había alcanzado la puerta de entrada de la navegación que habría de conducir directamente de Europa al continente indiano [120].

[116] L. Adão da Fonseca, *O Essencial sobre Bartolomeu Dias*, Lisboa, 1987. Eric Axelson, *South East África. 1488-1530*, Londres, 1940, pp. 13 y ss.

[117] He aquí un tema que no ha sido aún investigado por los historiadores, pero que puede abrir nuevas perspectivas al tema.

[118] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 217-234. Eroc Axelson, *South East Africa. 1488-1530*, Londres, 1940, pp. 13 y ss.

[119] Don Peres, *ibidem*, pp. 230-234.

[120] L. Adão da Fonseca, *O Essencial sobre Bartolomeu Dias*, pp. 22-25 y 50-54.

El navegante siguió después en dirección al Índico, fondeando en el Angra que llamó de los Vaqueiros y que corresponde a Fish Bay. El día 3 de febrero llegó al Angra de São Brás, nombre de la actual Mossel Bay, donde colocó el padrón de São Gregorio. Y prosiguiendo el viaje hacia Oriente, como era su firme deseo, desembarcó en el Rio do Infante, así llamado por haber sido el marino de este apodo el primero en pisar tierra [121].

Se había logrado el gran objetivo de la penetración en el océano Índico. Pero los miembros de la flota exigieron de Bartolomeu Dias el regreso al Atlántico, pues vivían hacía medio año entre el cielo y el mar, sometidos a mil peligros y sufrimientos. Se quejaban del clima caluroso y de la fatiga que los tenía extenuados, no habiendo resistido muchos de ellos a los efectos del escorbuto. Es fácil suponer la decepción del capitán mayor al no poder ampliar los límites de la expansión ante la negativa de sus compañeros. Al regresar pasaron, el 23 de abril, por el Angra de São Jorge y, el 26 de mayo, por la puerta de São Brandão. Poco después avistaban el golfo de Dentro das Serras, la actual False Bay, que se abre en la punta más meridional de África. La escuadra tomó rumbo hacia la isla del Príncipe y, en navegación directa, arribó a Lisboa en diciembre de 1488, después de dieciséis meses desde la fecha de la partida [122].

A Bartolomeu Dias y a sus marineros se les debe, pues, el hallazgo del Cabo de Buena Esperanza. El hecho permitió la unión de los dos océanos y la próxima vinculación de tres continentes, por lo que constituye la entrada en una etapa nueva de la historia. El paso del Atlántico al Índico correspondió a una nueva realidad de la historia política, diplomática y naval. Fue la aventura de Bartolomeu Dias la que abrió el problema de la competencia internacional en el dominio de los mares. Tal hecho equivale a decir que cada océano comenzó a ser visto en su encuadramiento en la escala del Cosmos, más que como una unidad geográfica. Fue ésa acaso la consecuencia más visible del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, lo que otorga a la figura de Dias una dimensión universal. Podemos incluso enunciar una

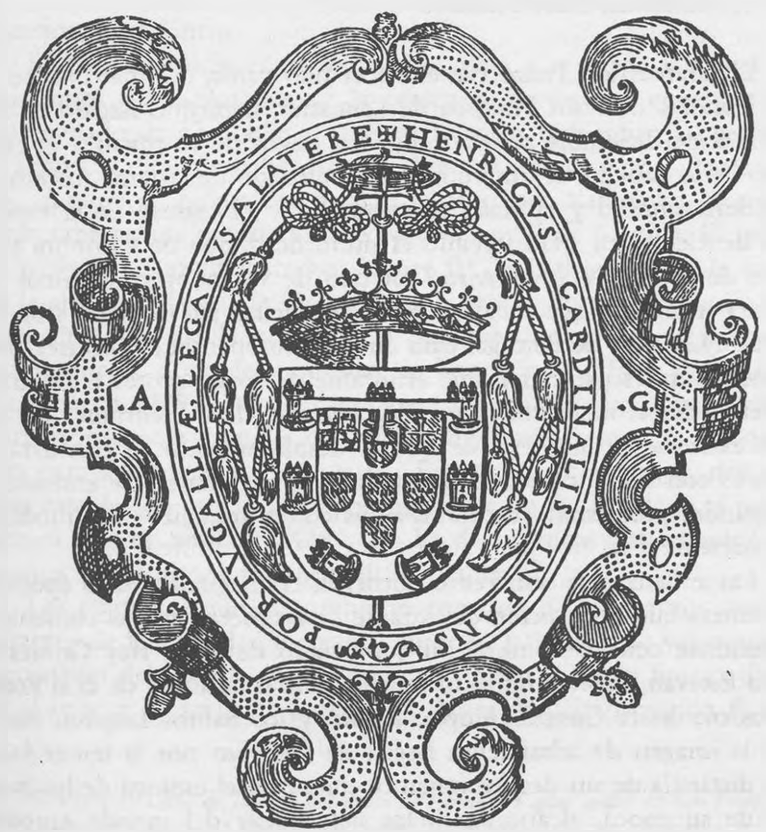
[121] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, pp. 225 y ss.

[122] El testimonio de Colón, que estaba en Lisboa al regresar la escuadra, es la fuente más segura de la efeméride. Véase, con prólogo y notas de Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, 2.ª ed., Madrid, 1984, pp. 11-12.

DE REBVS,

EMMANVELIS REGIS LV-SITANIÆ INVICTISSIMI VIRTVTE ET AVSPICIO GESTIS LIBRI DVODECIM.

Auctore Hieronymo Osorio
EPISCOPO SYLVENSI.



OLYSIPPONE.

Apud Antonium Gondisaluũ Typographum.

Anno Domini. M. D. Lxxj.

CVM PRIVILEGIO REGIO.

tesis con fueros de validez en el campo histórico: si Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo («el descubrimiento de este nuevo indiano mundo», según las palabras de fray Bartolomé de las Casas), la gloria de haber abierto el Mundo Nuevo recae con todo derecho en el descubridor del Cabo de Buena Esperanza [123].

El infante de las Siete Partidas

El infante don Pedro fue el tercer hijo varón del matrimonio de don João I y de doña Philippa de Lancaster, habiendo nacido en Lisboa el 9 de diciembre de 1392. Por los rasgos de su rostro y el color rubio de su cabello, se diría que había heredado de la rama materna la fisonomía nórdica y el ansia de aventura [124]. Al regreso de la expedición de Ceuta, en 1415, recibió el título de duque de Coimbra y de señor de Aveiro, y se convirtió en uno de los nobles más ricos del reino. Por razones que en gran parte aún quedan sin explicar, a mediados de 1425 salió de Portugal para un viaje europeo que duró tres años. Algunos autores pretenden que el infante deseó así protestar contra el aumento de las mercedes regias a su hermano don Henrique, sin que deba excluirse la hipótesis de que el desplazamiento se efectuara de acuerdo con el príncipe don Duarte, para que el viajero se enterase de los grandes problemas que en las otras cortes anunciaban la modernidad naciente [125].

Las andanzas de don Pedro nutrieron el imaginario de la época de tal manera que la tradición del infante de las Siete Partidas comenzó a confundirse con su nombre. Su compañero de viaje, fray Gomes de Santo Estêvao, habría ampliado a ocho años la ausencia de don Pedro, llevándolo hasta Constantinopla, Egipto y los Santos Lugares. Así se creó la imagen de admiración hecha de asombro por la temeridad y gran distancia de sus desplazamientos que, para el espíritu de los hombres de su época, alcanzaron a las siete partes del mundo entonces

[123] Véase nuestro estudio «Portugal e o Descobrimento do Mundo Novo», Lisboa, 1991, en prensa.

[124] J. P. Oliveira Martins, *Os Filhos de don João I*, 5.ª ed., Lisboa, 1926, pp. 79-80.

[125] Véase *Monumenta Henricina*, vol. III, Coimbra, 1962, nota de A. J. Dias Dinis, pp. 140-149, n.º 71.

conocidas [126]. Esa visión heroica se encuentra hoy corregida, sin que invalide, sin embargo, el hecho de que la convivencia del infante con reyes, nobles, mercaderes y humanistas le abrió los ojos a nuevas realidades de la vida europea, de la política y de la guerra, del comercio y de la cultura. A una concepción hispánica de la vida, don Pedro supo unir los méritos absorbidos en la mentalidad de allende los Pirineos, al mismo tiempo que comprendía mejor el complemento que representaba el Mediterráneo en la visión de los portugueses atraídos por los misterios del Atlántico.

El viaje se inició en el verano de 1425 y representa uno de los testimonios más señalados de la presencia portuguesa en el mundo. Acompañado de 12 nobles y servidores, como ordenaban las reglas de la caballería, debe de haber partido directamente de Lisboa hacia Londres, aunque su biógrafo refiera el tránsito por Valladolid, donde se encontraba en ese momento la corte de Juan II de Castilla. El infante fue recibido solemnemente por Henry IV de Inglaterra, que le concedió la alta dignidad de la Orden de la Jarretera. Poco antes de finalizar aquel año, siguió a Flandes con el objetivo de conocer a Philippe le Bon, duque de Borgoña, con quien su hermana, la infanta doña Isabel, se casaría en 1429. Todo permite creer que don Pedro había recibido instrucciones para cumplir esa misión diplomática, que se saldó con éxito para la diplomacia portuguesa. En la ciudad de Brujas, donde se había establecido una factoría portuguesa, se quedó instalado el infante hasta el mes de abril de 1426 y no ha de excluirse que convivió con nuestros mercaderes y marinos allí instalados [127].

Los contactos que así estableció con uno de los centros más importantes de la actividad mercantil europea, habrían sido valiosos para la previsión del mundo moderno, cuyo primer símbolo fue, en Portugal, el infante de las Siete Partidas [128]. Antes de dejar la región flamen-

[126] Véase el *Libro do Infante don Pedro de Portugal, o qual andou as Sete Partidas do Mundo, feito por Gomes de Santo Estevao, um dos 12 que foram na sua companhia, publicado sem nome de autor, no ano de 1544.* Véase la edición crítica de Fr. Rogers, *Libro del infante don Pedro de Portugal,* publicado según las más antiguas ediciones, Lisboa, 1962.

[127] Fr. Rogers, *The Travels of the Infant Dom Pedro de Portugal,* Cambridge, 1961. A. J. Costa Pimpao, *Idade Média,* 2.ª ed., Coimbra, 1959, pp. 196-187 y 214, n.º 6. Francisco Leite de Faria, «A Visita do Infante don Pedro a Pádua e algumas ediçoẽs do folheto que descreve as suas imaginárias viagens»; *Studia,* 13-14 (Lisboa), 1964, pp. 377-485.

[128] Se mantiene vigente en muchos aspectos el estudio de Veiga Simoes, «O Infan-

ca, don Pedro envió a su hermano don Duarte una larga carta con informaciones y consejos sobre materias de administración pública. Era un programa de acción que ofrecía al futuro rey: «esto, Señor, no se escribe por lo del pasado, sino por avisamiento de lo que ha de venir»[129]. La misiva llegó a ser conocida como «carta de Brujas» y en ella el infante aborda los más variados problemas. Entre los más importantes se cuentan una más adecuada estructura social en cuanto a los derechos y deberes del clero y de la nobleza; la urgencia en realizar una reforma de la universidad, con la creación de colegios y la contratación de maestros de categoría; la adopción de medidas para incrementar la vida espiritual en las órdenes religiosas; la reparación de los castillos y fortalezas del reino, así como providencias para la defensa de la plaza de Ceuta[130].

Después de abril de 1426, siguió don Pedro camino de Alemania para participar en la lucha contra los turcos junto al emperador Segismundo. Acogido con señales de deferencia, recibió entonces el feudo de la Marca de Treviso, al frente de cuyo gobierno fue designado uno de sus caballeros, Alvaro Gonçalves de Ataíde. De Hungría pasó a Italia a comienzos de 1428, habiendo festivas recepciones en Venecia, Ferrara y en otras cortes señoriales. Su presencia en Roma en el mes de mayo estuvo rodeada de grandes homenajes, lo que proporcionó a la Corona portuguesa un brillo jamás alcanzado en Italia. El papa Martín V aprovechó la ocasión para dirigir a don João I la bula *Venit ad presentiam nostram*, con la promesa de concederle la gracia de la consagración y de la coronación regias en caso de que el monarca requiriese tal privilegio[131]. El infante siguió después por vía marítima hacia Barcelo-

te don Henrique. O seu tempo e a sua acção», *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, vol. I (Lisboa), 1937, en que se defiende la modernidad del pensamiento de don Pedro.

[129] La «carta de Brujas» fue objeto de varias ediciones, en especial las de Oliveira Martins, *Os Filhos de don João I*, 7.ª ed., Lisboa, 1947, pp. 343 y ss. A. Moreira de Sa. «A Carta de Bruges do Infante don Pedro», *Biblos*, vol. 28 (Coimbra), 1952, pp. 33-54, y Dias Dinis, *Monumenta Henricina*, vol. III, Coimbra, 1961, pp. 140-149, n.º 71.

[130] A propósito de la plaza de Ceuta, conquistada en el año 1415, dice el infante: «alguna vez, señor, os lo argumenté; pero la conclusión es que, mientras así estuviere ordenada, como ahora está, es muy gran desaguadero de gente de vuestra tierra y de armas y de dinero». Dias Dinis, *ibidem*, p. 148.

[131] Roma, 16 de mayo de 1428, pub. *Monumenta Henricina*, vol. III, pp. 212-213, n.º 102.

na, donde desembarcó a comienzos de julio de 1428. Allí recibió un salvoconducto de Alfonso V, rey de Aragón, para que él y sus compañeros pudiesen transitar por aquel territorio y el de Cataluña sin pagar derechos por las joyas, telas de oro y de seda y demás objetos que trajeran de su largo viaje [132].

Se acercaba la hora del regreso al suelo patrio, después de tres años de ausencia de Portugal. La llegada de don Pedro a Valencia había coincidido con la partida de la infanta doña Leonor de Aragón, de Medina del Campo hacia el reino portugués, donde se casaría con el príncipe don Duarte. Durante la estancia del duque en la corte de Alfonso V se acordó su boda con la infanta doña Isabel, hija de Jaime, conde de Urgel, por lo que el noble Aires Gomes da Silva y su canciller doctor Estêvão Afonso fueron a aquella corte para aplazar el matrimonio [133]. El día 23 de agosto don Pedro ya había llegado a Aranda del Duero para saludar a Juan II, rey de Castilla, de donde pasó a Peñafiel. Allí lo aguardaba el rey de Navarra. Luego siguió camino de Valladolid y de Zamora y finalmente entró en Portugal en la primera semana del mes de septiembre. Hay noticias de su vuelta al ducado de Coimbra el día 17 de ese mes, cumplida que fuera su misión diplomática en varios países y cortes de Europa [134].

Relaciones diplomáticas: Inglaterra y Flandes

Al contrario de lo que habría sido políticamente normal, ninguno de los hijos de don João I y de doña Philippa de Lancaster fue a casarse a Inglaterra. El Tratado de Windsor garantizaba la independencia de Portugal frente a cualquier tentativa de absorción por parte de Castilla, por lo que podían intentarse otras alianzas más útiles en el campo diplomático. El fundador de la dinastía prefirió salvaguardar el equilibrio político en la Península Ibérica, casándose el príncipe don

[132] Valencia, 6 de julio de 1428, pub. *Monumenta Henricina*, vol. III, pp. 218-219, n.º 106.

[133] Valencia, 2 de agosto de 1428, pub. *Monumenta Henricina*, vol. III, pp. 228-230, n.º 113.

[134] Nota de Dias Dinis, *Monumenta Henricina*, vol. III, p. 238, nota 1 al documento n.º 119.

Duarte y el infante don Pedro, respectivamente, en el reino de Aragón y en el condado de Urgel. Pero una unión de sangre en Inglaterra no podía ser excluida del abanico de alianzas de la diplomacia portuguesa, lo que ocurrió con la boda de doña Beatriz, nacida en 1380 de una relación del aún maestre de Avis. La infanta recibió por esposo a Tomás, conde de Arundel [135].

El novio era el quinto conde del título y había nacido en 1381, logrando un gran valimiento en la corte inglesa. Para negociar el acuerdo matrimonial fueron a Londres en 1405 el hidalgo João Vaz de Almada y el doctor Martim Docem. En el mes de abril del año siguiente, doña Beatriz partió hacia el nuevo reino acompañada por su hermano don Afonso, conde de Barcelos, y por un numeroso séquito, una parte del cual se quedó para siempre en Inglaterra [136]. El conde de Arundel se destacó como uno de los jefes del ejército inglés que en 1411 invadió a Francia, siendo dos años después nombrado por Henry V para el alto cargo de lord del Tesoro. Pero, habiendo fallecido su esposo poco después, la condesa doña Beatriz contrajo segundas nupcias en 1415 con Gilbert Talbot, barón de Inchenfield, de quien tampoco tuvo descendencia. No dejando sucesión, la genealogía de la infanta portuguesa se integró así en el tejido social británico [137].

De mayor relieve para la política exterior nacional fue la boda de la infanta doña Beatriz, hija mayor de los reyes don João I y de doña Philippa de Lancaster, con Philippe le Bon, duque de Borgoña. Esa alianza mostraba el interés de la corona de Portugal en disponer de un sólido apoyo en Flandes, región adonde acudían muchos caballeros, mercaderes y artistas portugueses. Si los primeros iban en busca de laureles para sus empresas militares y los segundos tenían en la factoría de Brujas el principal centro de nuestro comercio europeo, los últimos encontraban en el arte flamenco un campo privilegiado de su formación

[135] P. E. Russell, *The English Intervention in Spain and Portugal*, Oxford, 1955, pp. 545-546.

[136] Fernão Lopes, *Crónica de don João I*, 2.ª parte, Oporto, 1945, cap. CCIII, pp. 461-461. A. Marques Guedes, *Aliança Inglesa (Notas de História Diplomática) 1383-1943*, Lisboa, 1943, pp. 100-103.

[137] A. Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, tomo II, Coimbra, 1946, pp. 21-24. P. E. Russell, *The English Intervention in Spain and Portugal*, Oxford, 1955, pp. 545-546.



Doña Philippa de Lancaster, mujer de don João I. Copia de un retrato, por Simão Benine, en el manuscrito n.º 12.531 del British Museum en Londres.

artística [138]. Dada la supremacía política del ducado de Borgoña, que se extendía del sur de Alemania al centro y norte de Francia y de aquí a los puertos de Flandes, se comprende esa opción de la Corona portuguesa. Un matrimonio luso-flamenco habría de contribuir al equilibrio entre Francia e Inglaterra, al mismo tiempo que concedía a Portugal un fuerte apoyo frente a Europa y el Atlántico [139].

El infante don Pedro animó seguramente ese objetivo en ocasión de su estancia en Brujas y en Gante. Para tratar sobre el matrimonio se desplazó a Lisboa una embajada de Philippe le Bon, en la cual se integraba el célebre pintor Van Eick, que dibujó el retrato de la infanta doña Isabel [140]. Ésta dejó Portugal en una armada flamenca de visita al Tejo, en julio de 1429, siendo acompañada por su hermano don Fernando, por el conde de Ourém y por un séquito de más de 2.000 personas. Muchas de ellas se quedarían para siempre en la patria adoptiva, contrayendo enlace con figuras nobles de Flandes y de Borgoña. El casamiento de doña Isabel dio origen así a una primera emigración portuguesa hacia aquel ducado, toda vez que con ella fueron damas de compañía, caballeros, religiosos y letrados [141]. Es de creer que muchos descendientes de esas uniones luso-flamencas, treinta o cuarenta años después, constituirían la élite de los señores de Borgoña que fueron a ayudar a la corona portuguesa en el poblamiento de las Azores [142].

El casamiento de doña Isabel y de Philippe le Bon se celebró en Brujas, con un fausto inusitado, el 7 de enero de 1430. Las crónicas de Flandes acentúan el papel que la duquesa desempeñó junto a su marido en la vida social y política del ducado. Dividiendo el tiempo entre

[138] Vanden Bussche, *Flandre et Portugal*, Brujas, 1874, pp. 173-174. Joseph Calmette, *Les Grands Ducs de Bourgogne*, París, 1949.

[139] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relaçôes Diplomáticas e Políticas de Portugal*, tomo III, París, 1843, pp. 48 y ss.

[140] J. Veríssimo Serrão, *Relações Históricas entre Portugal e a França (1430-1481)*, París, 1975, pp. 21-25. Joaquim de Vasconcellos, *Albrecht Durer e a su influencia na Península*, 2.ª ed., Coimbra, 1929, pp. 107-108

[141] Sousa Viterbo, «doña Isabel de Portugal, duquesa da Borgonha. Notas documentais para a sua biografia e para a história das relaçoēs entre Portugal e a Corte da Borgonha», *Archivo Historico Portuguez*, vol. III (Lisboa) 1905, pp. 81-106.

[142] A. Braamcamp Freire, «Maria Brandoa, a do Crisfal», *Archivo Historico Portuguez*, vol. VI (Lisboa) 1908, pp. 365-422.

Dijon, la capital histórica, y Brujas, la capital económica, los duques de Borgoña tuvieron un poderío idéntico al de una casa reinante [143]. Del matrimonio nació, el 10 de noviembre de 1433, el infante Charles, que se hizo conocido en la historia con el apelativo de le Téméraire. Su incontenible ambición a la Corona de Francia le hizo oponerse con firmeza a la política centralizadora de Louis XI. La derrota de Nancy, el 5 de enero de 1477, puso término a la grandeza señorial de la casa de Borgoña, que fue compartida por el imperio germánico y por Francia [144]. Pero debe insistirse en que jamás el ducado borgoñón alcanzó tamaña supremacía política, militar y cultural como en el período de 1430 a 1471, en que la infanta doña Isabel de Portugal estuvo al frente de sus destinos [145].

Una segunda oleada de portugueses llegó a Flandes en 1450 con los hijos y servidores del infante don Pedro, muerto en la batalla de Alfarrobeira. Rebelándose contra la ofensa hecha a la persona del antiguo regente, la duquesa doña Isabel envió a Lisboa al canónigo Jean Jouffroy, deán de la abadía de Vergy, para presentar una viva protesta al joven rey don Afonso V [146]. Poco después, la esposa de Philippe le Bon acogía a los cuatro sobrinos, a quienes dispensó la mayor protección en el lugar que comenzaba a ser su tierra adoptiva. A todos les quiso ofrecer doña Isabel condiciones excepcionales, en términos de casamiento y de prestigio militar, político y religioso, para honrar así a su progenie familiar. La corte de Borgoña se convirtió en un asilo para los jóvenes descendientes del infante don Pedro, cuya muerte ignominiosa había causado la mayor repulsa en las principales casas reinantes de Europa [147].

[143] J. Veríssimo Serrão, *Relaçoẽs Históricas entre Portugal e a França (1430-1481)*, París, 1975, pp. 25-28.

[144] Joseph Calmette, *Les grands Ducs de Bourgogne*, París, 1949. Pierre Champion, *Louis XI*, tomo II, Le Roi, París, 1928. A. Longnon, *La Formation de l'unité française*, París, 1922.

[145] Charles Samaran, «Vasco de Lucena à la Cour de Bourgogne», *Bulletin des Études Portugaises et de l'Institut Français au Portugal*, n. s., tomo V, folio 1 (Coimbra) 1938.

[146] Charles Fierville, *Le cardinal Jean Jouffroy et son temps (1412-1473)*, Coutances, 1874, pp. 255-291. Dias Dinis, *Monumenta Henricina*, vol. X, pp. 71 y 79. H. Baquero Moreno, *A Batalha de Alfarrobeira. Antecedentes e Significado Histórico*, Lourenço Marques, 1973, pp. 517-520.

[147] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 77-78.

De esta forma, el infante don João acabó casándose con la princesa Carlota, heredera del trono de Chipre, lo que le permitió ser príncipe y regente de Antioquía. En 1457 falleció, tal vez envenenado, y lo enterraron en un mausoleo con las armas de Portugal, en el convento de São Francisco de Nicósia [148]. Su hermano don Pedro, después de haber estado en Flandes, regresó a Portugal y acompañó a su primo y cuñado don Afonso V en la campaña de Marruecos de 1463. Pero, habiendo sido llamado por los catalanes para ocupar el trono de Cataluña, se instaló en Barcelona, donde mantuvo un efímero reinado de dos años [149].

El infante don Jaime, nacido en 1435, fue destinado a la carrera eclesiástica e hizo estudios en Flandes y en Roma. En 1456 fue elevado a la distinción de cardenal diácono, con el título de San Eustaquio, y falleció tres años después en Florencia, donde yace en la iglesia de São Miniato [150]. En cuanto a la infanta doña Beatriz, se casó con Adolphe de Clèves, sobrino del duque Philippe, quedando así ligada a la nobleza flamenca.

Conviene aclarar dos puntos. El primero se vincula a la instalación de un gran número de adeptos y servidores del antiguo regente don Pedro, que también encontraron en el ducado de Borgoña una patria acogedora. Poco se ha investigado acerca de ese núcleo de emigrantes que, a mediados del siglo XV, se relacionaron y dieron origen a muchos troncos señoriales de Francia y de Borgoña [151]. Se integra en ese ambiente luso-flamenco el doctor Vasco de Lucena, poeta e historiógrafo, autor de la traducción francesa del *Quinti Curtii de reves gestis Alexandri Magni*, obra compuesta entre 1461 y 1467 por orden de Charles le Téméraire. Lucena adquirió renombre como uno de los más elegantes prosistas de su tiempo, además de haber sido un devoto escudero de la duquesa doña Isabel, que sentía gran afecto por él. Falle-

[148] Marquês de São Paio, «Messire Jehan de Coymbre. O Senhor Dom João, Príncipe de Antióquia (Portugueses e Cipriotas no Século XV)», *Revista Armas e Troféus*, 2.ª serie, n.º 1 (Braga), 1951.

[149] Jesus Martinez Ferrando, *Pere de Portugal, «rei dels catalans». Esquema biografic*, Barcelona, 1960. L. Adão da Fonseca, *O Condestável don Pedro de Portugal*, Oporto, 1982.

[150] A. Belard da Fonseca, *O Mistério dos Paineis*, vol. I, «O Cardeal Jaime de Portugal», 2.ª ed., Lisboa, 1963.

[151] Sousa Viterbo, *Doña Isabel de Portugal, duquesa de Borgonha*, est. cit., pp. 81-106.

ció en Lovaina el 31 de diciembre de 1512 [152]. Otros portugueses exiliados en la misma época esperan aún que sea escrita su biografía.

La segunda reflexión se refiere al poblamiento en el siglo XV de las Azores y ya se ha abordado en el epígrafe correspondiente [153]. Para juzgar el grado de colaboración que había entre la Corona de Portugal y el ducado de Borgoña, puede acentuarse la importancia de la instalación de unos centenares de matrimonios flamencos y borgoñones en algunas de las islas del archipiélago de las Azores. Oriundos de Brujas, de Gante, de Nuremberg y de otros puntos del vasto territorio, los nuevos habitantes contribuyeron al estrechamiento de las relaciones sociales y económicas con las ciudades de origen. Ese hecho permitió hacer de la colonización en las Azores un caso típico de la ósmosis entre europeos del centro y del sur, importante también desde el punto de vista étnico y lingüístico. Los apellidos Dutra, Brujas y Silveira en la antroponimia de las Azores constituyen, desde el siglo XV, un ejemplo de la aculturación realizada por Portugal en uno de sus archipiélagos del Atlántico [154].

Relaciones diplomáticas: Imperio de Alemania

Para obtener en Europa el prestigio exterior que había empañado la tragedia de Alfarrobeira (1449), el rey don Afonso V reaccionó en el campo diplomático a la presión adversa del ducado de Borgoña. No ofrece dudas que la corte portuguesa disponía entonces de algunos diplomáticos de categoría, casi todos salidos de las universidades italianas, aunque otros pudiesen haber obtenido sus grados doctorales en Salamanca. Desde finales del cisma de Occidente, el papel de los *Studia Juridica* de Italia había vuelto a hacerse sentir en la preparación de los legistas y canonistas portugueses [155]. El poder real se afirmaba cada vez más en el terreno de las cancillerías, en los contactos que los agen-

[152] Charles Samaran, *Vasco de Lucena à la Cour de Bourgogne*, est. cit., pp. 49-52.

[153] Véase *supra*, notas 71 y 72 del presente estudio.

[154] *Colecção de Documentos relativos ao descobrimento e povoamento dos Açores*, con estudio de Manuel Monteiro Velho Arruda, Ponta Delgada, 1932.

[155] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 304-305.

tes de la política exterior establecían en ocasión de los grandes concilios o en sus frecuentes misiones a las cortes europeas. Todo permite afirmar que los antiguos compañeros en los Estudios Generales de Bolonia, Siena, Pisa y Ferrara mantuvieron, al regresar a sus países, el contacto epistolar que les permitía el mejor entendimiento diplomático en las respectivas esferas nacionales [156].

Así se justifica que el doctor João Fernandes da Silveira, antiguo estudiante de derecho en Italia, fuese en 1450 a Roma para tratar sobre el casamiento de doña Leonor de Portugal con el emperador Friedrich III [157]. La infanta había nacido en Torres Vedras, el 18 de septiembre de 1434, siendo hija del rey don Duarte y de doña Leonor de Aragón. En 1448 se obtuvo la dispensa papal para casarla con su futuro marido, y con ese objetivo se dirigieron a Lisboa, como embajadores de Alemania, el barón Georg von Valrestorf y el doctor Ulrich Riedrer. La crisis política de Alfarrobeira hizo malograr ese proyecto, lo que llevó a don Afonso V a enviar a Francia a su confesor frei Gil Lobo o de Tavira, para proponer la boda de su hermana con el futuro rey Louis XI. Al no tener resultado esta diligencia, sólo después se concertó el viaje del doctor João da Silveira, que pudo firmar en Nápoles, el 10 de diciembre de 1450, el contrato prenupcial de la futura emperatriz de Alemania. Así se fundamenta la primera alianza de sangre luso-germánica, que tuvo una gran importancia en la política europea del siglo XV [158].

La infanta doña Leonor salió del Tejo el 25 de octubre de 1451 en una flota con destino a Italia que pasó por Ceuta, Valencia y Marsella, antes de desembarcar en Livorno el 2 de febrero del año siguiente. El emperador ya había llegado a aquel país, y el encuentro con su novia se produjo en Siena, donde el obispo Eneas Silvio Piccolomini, más tarde papa Pío II, les dio la bienvenida [159]. En el séquito de la

[156] A. D. Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de São Clemente e Universidade de Bolonha durante o século* XV, tomos I-II, Bologna, 1990.

[157] A. Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, 2.ª ed., tomo I, libro III, Coimbra, 1947, pp. 309-323, n.º 50.

[158] *Cartas de Itália*, pub. Rodrigues Lapa, Lisboa, 1934, con noticias de don Lopo de Almeida, más tarde primer conde de Abrantes, sobre la boda imperial.

[159] Luciano Cordeiro, *Una Sobrinha do Infante, Imperatriz da Alemanha e Rainha da Hungria*, Lisboa, 1894.

futura emperatriz estaban el conde de Ourém, que recibiera entonces la dignidad de primer marqués de Valença, don Pedro de Sousa, señor del Prado, don Lopo de Almeida, después elevado a primer conde de Abrantes, así como otros nobles, caballeros y damas de la corte cuyos nombres han llegado hasta nuestros días [160]. Sobre el encuentro de los novios y su boda en Roma, el 15 de marzo, escribió don Lopo de Almeida al rey de Portugal cinco cartas, que proporcionan un interesante retrato de la vida italiana de la época [161]. Muchos de los miembros de la comitiva se instalaron para siempre en Alemania, donde formaron ramas del tejido social luso-germánico, aún poco conocidos y que merecen, por ello, una amplia investigación.

Se da por evidente que la boda de doña Leonor facilitó una presencia más numerosa y activa de portugueses en el Imperio germánico. No sólo las relaciones diplomáticas conocieron un mayor estrechamiento, como una forma de superar la primacía hasta entonces dispensada al ducado de Borgoña, sino también el intercambio comercial, que habría de traducirse en resultados fecundos a través de la factoría de Brujas y de los puertos italianos de Génova y Livorno. Hay un estudio de importancia por hacer en ese ámbito, útil para conocer las relaciones mercantiles entre el Imperio y Portugal en la segunda mitad del siglo XV [162]. También se estrecharon los lazos intelectuales entre las dos naciones, teniendo sobre todo en consideración el interés germánico por los descubrimientos portugueses. La llegada del navegante Martin de Bohemia, autor del famoso globo de Nuremberg, del médico Jerónimo Münzer y de otros alemanes a Lisboa, se integra en ese ciclo de relaciones. Pero no fueron menos íntimas las relaciones en el campo artístico, sobre todo en lo que se refiere a la pintura, por intermedio de los centros de Flandes y de Augsburg [163].

[160] Sousa Viterbo, «Doña Leonor de Portugal, Imperatriz da Alemanha. Notas documentais para o estudo biografico desta princesa e para a história das relações da Corte de Portugal com a Casa d'Austria», *Archivo Historico Portuguez*, vol. VII (Lisboa), 1909, pp. 432-440, y vol. VIII, 1910, pp. 34-46.

[161] Véase *Cartas de Itália*, pub. Rodrigues Lapa, Lisboa, 1934.

[162] A. H. de Oliveira Marques, *Hansa e Portugal no Século* XV, Lisboa, 1960. *Idem*, «Notas para a História da feitoria portuguesa na Flandres», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, vol. II (Milano), 1962.

[163] Joaquím de Vasconcellos, *Albrecht Dürer e a su influência na Península Ibérica*, 2.ª ed., Coimbra, 1929, pp. 107-108.



Presentación de Leonor de Portugal al emperador Federico III. Diseño de Rafael (siglo XVI).

RELACIONES DIPLOMÁTICAS: ARAGÓN, URGEL Y BARCELONA

La boda de los hijos de don João I y de doña Philippa de Lancaster muestra la política del fundador de la dinastía para estrechar lazos de sangre con las principales casas reinantes y señoriales de Europa. El príncipe don Duarte, sucesor del trono, casó en 1428 con la princesa doña Leonor, hija de Fernando I, rey de Aragón y de Sicilia. Desde el año 1385 la paz luso-castellano había sido renovada por los tratados de 1401 y 1411, aunque la firma de la paz definitiva no se concretó hasta 1431. El equilibrio peninsular aconsejaba al heredero de la corona buscar una alianza fuera de Castilla, lo que hacía del reino de Aragón el socio escogido. En 1428 le tocó al infante don Pedro consolidar la seguridad exterior de Portugal, tomando por esposa a la infanta doña Isabel, hija de Jaime II, conde de Urgel. Esa decisión ofreció al reino portugués otro decidido apoyo en el Mediterráneo, haciendo de Cataluña una importante zona estratégica de nuestros intereses en el Mediterráneo [164].

La ruptura que más tarde se produjo entre el reino de Aragón y el condado de Urgel acabó por afectar la convergencia de las dos alianzas establecidas por Portugal. La animosidad de don Pedro contra su cuñada doña Leonor de Aragón, que se transformó en una situación de guerra después de la instauración de la regencia (1439), perturbó las relaciones luso-aragonesas. El duque de Coimbra fue, en cierta manera, el émulo portugués del condestable don Álvaro de Luna, partidario de una política de centralización rígida en Castilla [165]. Pero derrotado y muerto don Pedro en la batalla de Alfarrobeira, el 19 de mayo de 1449, el tercer hijo, su homónimo, fue a exiliarse en Aragón con algunas decenas de sus compañeros de armas [166]. Aprovechando la tregua conce-

[164] L. Alão da Fonseca, *Navegación y corso en el Mediterráneo Occidental. Los portugueses a mediados del siglo XV*, Pamplona, 1978. «Alguns aspectos das relações diplomáticas entre Portugal e Castela em meados do século XV», *Revista da Faculdade de Letras do Porto*, serie Historia, vol. 3 (Oporto), 1972.

[165] *Crónica de Don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1940. Eloy Benito Ruano, *Los infantes de Aragón*, Pamplona, 1952. Luis Suárez Fernández, *Historia de España*, dir. Ramón Menéndez Pidal, tomo XV, Madrid, 1964, p. 197.

[166] Humberto Baquero Moreno, *A Batalha de Alfarrobeira. Antecedentes e significado histórico*, Lourenço Marques, 1973.

dida por don Afonso V a los miembros de la desavenida familia real, el infante don Pedro volvió después a Portugal y estuvo en la segunda campaña de Marruecos junto a su primo y cuñado. Pero en 1463 partió secretamente hacia Barcelona, con el fin de postularse al trono vacante de Cataluña [167].

Tanto don Juan II, rey de Aragón, como Enrique IV, rey de Castilla, tenían aspiraciones a ese reinado. El primero obtuvo la promesa de apoyos del monarca francés Louis XI, mientras que el segundo contaba con la ayuda militar de su cuñado don Afonso V de Portugal [168]. Gozando de simpatía popular en Cataluña por ser nieto de don Jaime, último conde de Urgel, el príncipe portugués accedió a los ruegos de la nobleza y de la burguesía catalanas para aceptar la corona. Habiendo desembarcado en Barcelona el 22 de enero de 1464, dio así comienzo a un reinado que no duró más de dos años y en que procuró evitar la absorción de Cataluña por los reinos castellano y aragonés. Algunas decenas de caballeros portugueses lo acompañaron en la aventura de ser fiel al reino de Barcelona, como «la patria de nostra naturaleza e de nostra honor e nom e a nostre dret» [169]. El príncipe don Pedro fue derrotado el 29 de junio de 1466, lo que puso término a un oscuro reinado que marcó la presencia portuguesa en Cataluña. Muchos de sus compañeros quedarían para siempre ligados, por las uniones y dependencias que contrajeron, al tejido de la sociedad catalana [170].

[167] H. Baquero Moreno, «Algumas mercês concedidas pelo condestável don Pedro, rey da Catalunha, a súbditos portugueses», *Revista das Ciências do Homem*, vol. III, n.° 1 (Lourenço Marques) 1970, pp. 147-172.

[168] Joseph Calmette, *Louis XI, Jean II et la Révolution Catalane (1461-1473)*, Toulouse, 1903.

[169] Joseph Calmette, *ibidem*, p. 246, nota 1.

[170] Jesús Ernesto Martínez Ferrando, «Caballeros portugueses en el alzamiento de la Generalidad catalana contra Juan II», *Hispania*, tomo XII, n.° XLVI (Madrid) 1952, pp. 37-130. Como obras de conjunto, la *Tragedia de la insigne reina doña Isabel*, ed. Carolina Michaellis de Vasconcelos, Coimbra, 1922, y Luís Adão da Fonseca, *O Condestável Dom Pedro de Portugal. Subsídios para o estudo da sua mentalidade*, Oporto, 1982.

Relaciones diplomáticas: el reino de Castilla

Por las razones ya expuestas, los reinos de Portugal y de Castilla no contrajeron alianzas matrimoniales después del tratado de 1431. Se había mantenido durante más de cuarenta años una paz completamente precaria, por no haberse sanado aún las heridas resultantes de la guerra que llevara al trono a la dinastía de Avis. Así se mantuvo entre las dos coronas una desconfianza mutua, lo que no aconsejaba la firma de ningún matrimonio luso-castellano, posible generador de un nuevo conflicto en la Península Ibérica. En lucha con los problemas derivados del reinado de Juan II, tampoco a Castilla le interesaba el restablecimiento de una alianza de esa clase con Portugal. En este marco deben situarse las alianzas que el rey don João I contrajo para el casamiento del príncipe don Duarte y de los infantes don Pedro y doña Isabel, en las cortes de Aragón y Urgel y en el ducado de Borgoña, que garantizaban apoyo terrestre y marítimo en caso de peligro para el reino portugués [171].

La situación diplomática de Portugal llegó a alterarse favorablemente a comienzos de la segunda mitad del siglo XV, después del casamiento de la infanta doña Leonor con Friedrich III de Alemania. No considerando la alianza que estaba en vigor con Borgoña, la corona portuguesa disponía ahora de otro considerable punto de apoyo fuera del marco hispánico. Por otro lado, la política de Castilla se había estabilizado con la subida al trono de Enrique IV, hijo de Juan II, que había dejado de lado toda ambición por la corona vecina. No obstante la vida escandalosa del monarca, el rey de Portugal entendió que era llegado el momento de intervenir en la política castellana para evitar el debilitamiento del reinado de Aragón. Tal situación llevó a don Afonso V a negociar un tratado de alianza con Enrique IV, teniendo como base la boda de éste con la infanta doña Joana de Portugal (1439-1475). La unión se realizó en 1455 y se tradujo en una desgracia para la pareja real, lo que llegó a plantear, en el término de diez años, el tema de la ambición a la corona de la hermana del monarca, la futura Isabel la Católica [172].

[171] Luis Suárez Fernández, *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del infante don Enrique. 1393-1460*, Madrid, 1960.

[172] Obra fundamental de Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos*, vol. I, «La conquista del trono», Madrid, 1989, pp. 95 y ss.

Del matrimonio había nacido en 1462 la infanta doña Juana, que se convirtió en heredera del trono. Pero, además de la acusación que calificaba a Enrique IV de impotencia, se generó una corriente palaciega que atribuía la primogenitura de la infanta a don Beltrán de la Cueva, valido regio y gran maestre de la Orden de Santiago. Fue suficiente para que los partidarios de Isabel dieran a doña Juana el epíteto de la Beltraneja, señalando así el origen adulterino de la sucesora de Enrique IV [173]. Éste prometió, en 1468, repudiar a su esposa, lo que nunca llegó a hacer.

Al año siguiente tuvo lugar el casamiento de la princesa doña Isabel con el príncipe Fernando de Aragón, lo que consolidaba al grupo adverso al reinado de la verdadera o supuesta hija del rey de Castilla. Pero, al reconciliarse el matrimonio desavenido, tal situación correspondía al fortalecimiento de la posición sucesoria de la llamada Beltraneja, que tenía como principal defensor a su tío, el rey don Afonso V de Portugal [174].

Se situaba la cuestión en esa dualidad de posiciones cuando, el 12 de diciembre de 1474, Enrique IV murió en Madrid, declarando en su testamento que el trono de Castilla le pertenecía a su hija. Así tuvo origen la crisis luso-castellana, que condujo a la batalla de Toro, trabada en el lugar de Castro Quemado, a dos leguas de aquella ciudad, entre los ejércitos de don Afonso V y de los príncipes Fernando e Isabel [175]. Para defender los derechos usurpados de su sobrina, el rey de Portugal atravesó al frente de un gran ejército la frontera de Arronches camino del puente de Alcántara. Contando con el apoyo de una parte de la nobleza castellana, se dirigió a Plasencia donde, el 30 de mayo de 1475, casó con doña Juana y la hizo proclamar reina de Castilla. Por las razones derivadas del matrimonio, él mismo se designaba rey de Castilla, de León y de Portugal, tomando doña Juana el nombre de esposa. Si el partido de los futuros Reyes Católicos consideraba a don

[173] J. B. Sitges, *Enrique IV y la Excelente Señora, llamada vulgarmente doña Juana, la Beltraneja*, Madrid, 1912. Fr. Modesto Sarasola, *Isabel la Católica y el destino de doña Juana, la Beltraneja*, Madrid, 1955.

[174] J. Veríssimo Serrão, *Relações Históricas entre Portugal e a França (1430-1481)*, París, 1975, pp. 95 y ss.

[175] Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos*, vol. I, «La conquista del trono», pp. 171-175.

Afonso V como un invasor del reino vecino, la tesis portuguesa consistía en defender los derechos amenazados de la hija de Enrique IV [176].

La unión celebrada en Plasencia no llegó a consumarse ni jamás fue reconocida por la Iglesia romana, no obstante las súplicas de don Afonso V en ese sentido. Seguro de una victoria en el campo de las armas, el ejército portugués marchó hacia el interior de Castilla, permaneciendo varios meses entre Tordesillas, Arévalo y Zamora con el fin de asestar un golpe fatal a las huestes adversas. Para consolidar la fuerza numérica, el rey de Portugal había hecho un llamamiento al príncipe don João, heredero de la Corona, que acudió con un segundo ejército al campamento portugués. El combate se produjo el 2 de marzo de 1476 y fue incierto el resultado de la confrontación, aunque los Reyes Católicos obtuvieron de ella incuestionables beneficios de orden político [177]. Aunque una parte de la nobleza castellana había seguido la causa de la Beltraneja, lo que llevó a muchos de ellos y sus paniaguados a instalarse en Portugal, la unidad política de España bajo la dirección de Fernando e Isabel constituía desde ese momento una realidad histórica [178].

El rey don Afonso V se dirigió incluso a Francia para intentar obtener el apoyo militar de Louis XI en las pretensiones de su esposa al trono castellano. De ese viaje, efectuado en 1476-1477, no obtendría otros beneficios que la humillación que le impuso el monarca francés, que hizo de él un conciliador sin éxito en la guerra que oponía Louis XI al duque Charles le Téméraire [179]. Aprovechando las ventajas de la victoria política alcanzada en Toro, también los Reyes Católicos mandaron atacar algunos puntos de la frontera del Alentejo, lo que creó dificultades de orden militar al príncipe don João, obligado a enfrentar tamaña amenaza [180]. En tales circunstancias, se imponía a don Afon

[176] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. I (1415-1495), pp. 92-95.

[177] *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, ed. de Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, Valladolid, 1958, pp. 108 y ss.

[178] Damião de Góis, *Chronica do Principe Dom Ioam*, ed. Gonçalves Guimarães, Coimbra, 1817, cal. LVI, p. 152.

[179] J. Veríssimo Serrão, *Relações Históricas entre Portugal e a França (1430-1481)*, París, 1975, pp. 103 y ss.

[180] Humberto Baquero Moreno, «A contenda entre don Afonso V e os Reis Católicos: incursões castelhanas no solo português de 1475 a 1478», *Anais da Academia Portuguesa da História*, IIª serie, vol. 25 (Lisboa) 1979, pp. 295-324.

so V reconocer la derrota sufrida en Castilla, por lo que, a partir de 1478, se retiró al palacio de Sintra. Ya entonces el gobierno había sido entregado al heredero de la Corona, que vivía abstraído en el sueño de los descubrimientos y, para proseguir esa política de significado nacional, tenía que garantizar primero la paz en la Península Ibérica.

Esas diligencias alcanzaron éxito con el importante tratado luso-castellano, firmado en la villa de las Alcáçovas el 4 de septiembre de 1479 y ratificado en Toledo el 6 de marzo del año siguiente [181]. Dando por finalizado el conflicto en que don Afonso V se había metido en favor de su sobrina, la corona portuguesa reconocía el derecho de la princesa doña Isabel al trono de Castilla. Por tal motivo, la princesa doña Juana, la Beltraneja, fijaba su residencia en Portugal, donde se le daba el título de «Excelente Señora», y declaraba que prescindiría de todos y cualesquiera derechos a la corona de Enrique IV. Se consagró después a la vida religiosa, viviendo en los monasterios de las clarisas de Santarém y de Coimbra [182]. Pero el Tratado de las Alcáçovas, en la versión más completa que fue firmada en Toledo, no se limitó a las cláusulas que establecían la paz entre los dos reinos. Se extendió también al dominio marítimo, toda vez que Castilla alimentaba un proyecto de supremacía en el Atlántico. Navíos vizcaínos y andaluces llegaban a aventurarse en el golfo de Guinea, por lo que a Portugal se le imponía garantizar la prioridad marítima que había alcanzado en ese dominio [183].

Aún príncipe heredero, el futuro don João II había dado instrucciones para la captura o hundimiento de los barcos de Castilla que fueren encontrados al sur de las Canarias [184]. Se consideraba indiscuti-

[181] Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos*, vol. I, «La conquista del trono», pp. 329 y ss.

[182] J. Veríssimo Serrão, «Beltraneja», *Dicionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrão, vol. I (Lisboa), 1964, p. 326 y bibliografía citada.

[183] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, p. 173. «Carta de Isabel la Católica», Valladolid, 19 de agosto de 1475, pub. Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal*, vol. I, pp. 92-93, n.° 30.

[184] Antonio Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, vols. I-II, Madrid, 1956-1957. P. E. Russell, «Fontes documentais castelhanas para a história da expansão portuguesa na Guiné, nos últimos anos de don Afonso V», *Do Tempo e da História*, vol. IV (Lisboa) 1971, pp. 5-33.

ble que la exclusividad de las navegaciones en esos parajes correspondía a la corona portuguesa. Se imponía, pues, establecer un compromiso por medio del cual don Afonso V renunciaba a la posesión de aquel archipiélago mediante el reconocimiento de los Reyes Católicos de que las tierras, islas y costas, descubiertas o por descubrir, «de los cabos de Nam y del Bojador hasta los Yndios inclusivamente» les correspondían al monarca portugués y a todos sus herederos y sucesores. Además de firmar una paz que se deseaba duradera entre los dos reinos, el tratado de Toledo representaba la primera tentativa de acuerdo por la posesión de los mares, con el espíritu de lo que se dio en llamar la doctrina del «mare clausum». Ese acuerdo posee un valor excepcional en la historia del derecho marítimo, pues confirmaba la vocación de las dos naciones hispánicas para continuar el proceso de los descubrimientos [185].

Era una nueva realidad política que se le imponía a la Europa de la época, con la ventaja para la Península Ibérica de ser la pionera en esa concepción expansionista. Portugal veía respetados los derechos que adquiriera medio siglo atrás para el dominio del Atlántico, mientras que Castilla se abría a una nueva dimensión geográfica: los viajes de exploración hacia Occidente. La paz de Toledo preveía de algún modo el ciclo de las navegaciones hacia la esfera americana del globo, que llegó a establecerse con la empresa de Colón culminante en el hallazgo del Nuevo Mundo. Era un programa de acción común, aunque con dimensiones separadas, que el destino ofrecía a los dos reyes hispánicos, como más adelante se dirá. Importa no olvidar, sin embargo, que el proyecto oceánico abierto por los tratados de las Alcáçovas-Toledo no podía evitar una alianza política, quizá por medio de una unión de sangre, que diese a Castilla y a Portugal la conciencia de vivir un tiempo nuevo en sus relaciones de estados vecinos [186].

Las relaciones luso-castellanas llegaron así a estrecharse en 1490, gracias al casamiento del príncipe don Afonso, heredero de la corona, con la princesa doña Isabel, hija primogénita de los Reyes Católicos. Repetimos que era del interés de las dos coronas que se estableciese una paz duradera en la Península Ibérica, condición indispensable para

[185] Rui de Pina, *Chronica do Senhor Rey Dom Affonso V*, cap. CCVI, p. 591.
[186] Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Madrid, 1992.

proseguir la empresa de los descubrimientos. En 1488 se envió a Castilla al mozo de cámara Rui de Sande para obtener de Fernando e Isabel la aprobación del matrimonio. El mensajero fue recibido en Ocaña, entre el 3 y el 20 de agosto, portando la respuesta que tanto ansiaba don João II. Siguió luego el envío de una embajada conducida por el capitán mayor de caballería Fernão da Silva, el doctor João Teixeira y el mismo Rui de Sande, que en marzo de 1490 aplazaron la boda para el otoño siguiente. El enlace tuvo lugar en Évora, a finales del mes de noviembre, con un brillo y una riqueza nunca vistas. Pero, pasados siete meses, la esperanza de esa unión habría de traducirse en un drama profundo, a raíz del accidente a caballo, ocurrido en Santarém el 13 de julio de 1491, que fue fatal para el príncipe don Afonso [187].

La muerte del príncipe echó por tierra el sueño de don João II de llegar a establecer, en la persona de su heredero, la unificación política de los dos reinos peninsulares. La historia le atribuye ese proyecto que haría de Lisboa la puerta de salida de la meseta hacia el Atlántico. Para el dominio del olvido quedarían tres siglos y medio de luchas en el suelo peninsular, con la alianza de sangre que garantizaba para siempre la independencia de Portugal frente al poderío de la vecina Castilla. Aunque no se conozcan los meandros del pensamiento del rey don João II en cuanto a la forma dominante que revestiría el matrimonio de doña Isabel y don Afonso, la historia habría sido diferente sin la infausta muerte del príncipe depositario de tantas esperanzas. Los cronistas han dejado testimonio de la amargura del príncipe Perfeito, no sólo por la desgracia que acabó con la vida del hijo amado, sino también por el trágico derrumbe de un sueño que hacía de la Península Ibérica la gran potencia política de la Europa de esa época [188].

El drama de 1491 no cortaba, sin embargo, los lazos de paz en buena hora fijados por don João II con los Reyes Católicos, toda vez que el proyecto se revestía de un alto interés peninsular. Así lo entendió el rey don Manuel cuando en 1495 ocupó el trono de su primo y

[187] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), pp. 112-114. Manuela Mendonça de Matos Fernandes, *Don João II. Um Percurso Humano e Político nas Origens da Modernidade em Portugal*, Lisboa, 1991.

[188] J. Veríssimo Serrão, *Itinerários de El-Rei don João II (1481-1495)*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1991.

cuñado, eligiendo como novia a la princesa doña Isabel de Castilla, que llegó a ocupar, esta vez como reina, el trono portugués. Pero don João II sabía que no era solamente la alianza de sangre la que podía garantizar la estabilidad política en el suelo hispánico, en la época en que las dos coronas procuraban llevar a cabo la empresa de los descubrimientos, de acuerdo con las disposiciones fijadas en el tratado de Toledo. El dominio pacífico de los océanos se había convertido en el gran objetivo de las dos naciones, en la misión ecuménica que absorbía el espíritu de sus monarcas y que estaba abriendo nuevos caminos del mundo. Como se dirá más adelante, fue ese entendimiento de sentido cristiano y de raíz peninsular el que justificó, en 1494, el Tratado de Tordesillas [189].

Relaciones diplomáticas: la Curia romana

Portugal sufrió los graves efectos del conflicto religioso que a partir de 1377 llevó a unos países a apoyar a Urbano VI, papa elegido en Roma, y a otros a defender los derechos de Clemente VII, que optó por Aviñón como residencia. Sucediendo al largo período de setenta años en que el papado había vivido en esta ciudad del sur de Francia, el cisma de Occidente prolongaría hasta 1421 una lucha que tuvo reflejos profundamente negativos en la imagen multisecular de la Iglesia. El cisma se tradujo en un hacer y deshacer alianzas diplomáticas, de acuerdo con las posiciones políticas que las diferentes naciones iban adoptando, frente a la existencia de un doble papado. Las cuestiones religiosas resultaron casi minimizadas ante los intereses nacionales que eran consustanciales con la opción de los Estados. Por tal motivo, Portugal no pudo escapar a la intrincada trama que se urdió alrededor del conflicto papal, aunque la posición portuguesa fuese una de las más coherentes en la defensa de las tradiciones que a la Iglesia le correspondía salvaguardar [190].

Aún en el reinado de don Fernando, este monarca osciló entre el apoyo a Clemente VII, exigido por la alianza con Castilla, y la opción

[189] Véase *infra,* nota 253.

[190] El trabajo fundamental es el de Júlio Cesar Baptista, «Portugal e o Cisma do Ocidente», *Lusitânia Sacra,* vol. I (Lisboa) 1956, pp. 65-203.

por Urbano VI, en la línea de la amistad propuesta por Inglaterra. Las figuras relevantes de los dos movimientos fueron don Lourenço Vicente, arzobispo de Braga, y el castellano don Martinho, obispo de Silves y, después, de Lisboa, defensores respectivamente de los papas de Roma y de Aviñón. El debate entre urbanistas y clementistas se hizo sentir vivamente en el clero portugués, más inclinado a la fuerza milenaria de la tradición hacia el pontífice con sede en Roma. Se comprende así que, en el rescoldo de la crisis de la independencia, el doctor João das Regras haya invocado en las cortes de Coimbra, el 6 de abril de 1385, la opción francesa del rey de Castilla como uno de los argumentos que impedían su realeza. No era posible para los portugueses, según el futuro canciller, aceptar a un monarca que había defendido los derechos del «antipapa», o sea de Clemente VII [191].

Con la ascensión de don João, maestre de Avis, al trono de Portugal, el nuevo rey tuvo que confirmar su apoyo a Urbano VI, lo que correspondía al alineamiento junto a la política inglesa frente a Roma. Esta posición traducía igualmente el sentir generalizado de la población, para la cual el papa francés se identificaba con el partido castellano. Pero, frente a la escisión generada en el seno de la Iglesia, los juegos de la diplomacia continuaron exasperando la lucha en el plano europeo, con Castilla y Francia fieles al pontífice de Aviñón, mientras que Inglaterra y Portugal defendían tenazmente al de Roma. El conflicto se agravó de tal manera que fue preciso convocar, en 1409, un concilio en Pisa, para encontrar una rápida solución del enfrentamiento. El resultado fue la deposición de Gregorio XII y Benito XIII, que no aceptaron la renuncia impuesta. Durante diez meses surge como pontífice el griego Alejandro V, a quien sucedió, con el título de Juan XXIII, el cardenal Baltasar Cossa, que gobernó hasta 1415 y fue considerado un antipapa.

Se desprende de la intrincada situación que la Iglesia asistió entonces al gobierno de tres pontífices, lo que agravó aún más la crisis religiosa derivada del cisma. Para defender las prerrogativas del papa romano, Portugal envió al concilio una embajada que adquirió renombre por la valía social y religiosa de sus componentes. La integraban

[191] Fernão Lopes, *Crónica de don João,* ed. António Sérgio, vol. I, Oporto, 1945, cap. CLXXXV, pp. 398-401.

don João Afonso de Azambuja, arzobispo de Lisboa; don Gonçalo Gonçalves, obispo de Lamego; fray Lourenço Afonso, provincial de la orden de São Agustín; fray João de Xira, maestre en la orden de São Francisco y confesor regio; los caballeros João Afonso de Brito y Alvaro Afonso Nogueira; y los doctores Lamçarote Esteves y Diogo Martins [192]. No obstante la fidelidad del reino portugués a la tradición personificada en Gregorio XII, la situación de la Iglesia se puso crítica cuando, en 1415, el pontífice romano decidió abdicar. Se imponía convocar un concilio para promover la elección del nuevo papa, pero sin que los antipapas Benito XIII y Juan XXIII dispusiesen de poderes para una iniciativa de esa clase.

Le correspondió al rey Segismundo de Hungría reunir el XVI.º Concilio Ecuménico, que tuvo lugar en la ciudad de Constanza y pretendía acabar con las secuelas del cisma de Occidente. Al año siguiente se procedió a la elección del cardenal Odo de Colonia, con el título papal de Martino V. El concilio se ocupó de la condena de las tesis de Wiclef y así mismo dictó la última setencia contra Jan Huss, maestre de la Universidad de Praga, acusado del crimen de herejía. El rey don João I envió a Constanza una magnífica embajada de la que formaban parte los hidalgos don Fernando de Castro y don Alvaro Gonçalves de Ataíde, el canónigo Vasco Peres, de Santa Cruz de Coimbra, los doctores Gil Martins y Gil Vasques de Lobeira y el canónigo Vasco Domingues. Los delegados portugueses resaltaron la importancia de la elección papal, con el voto de que no se demorase el final de la división que tantos males había causado al prestigio de la Iglesia [193].

Frente a la creciente amenaza turca, que reducía a la antigua Bizancio a una urbe cercada, se reunió a partir de 1434 el concilio de Basilea, trasladado después a las ciudades italianas de Ferrara y, por fin, de Florencia. El papa Eugenio IV deseaba proponer la mayor unión de los países católicos a fin de enfrentar el peligro que se cernía sobre la cristiandad. También era preciso remediar las consecuencias de la herejía de Jan Huss, que mantenían a sangre y fuego al centro de Europa. El reino de Portugal no podía estar ausente de esa importante asam-

[192] A. D. de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de São Clemente e Universidade de Bolonha durante o século xv*, Bolonha, 1990, vol. I, pp. 385-393.

[193] A. D. de Sousa Costa, *ibidem*, vol. I, pp. 209-444-572-573, *passim*.

blea, por lo que envió una embajada que se reunió en el concilio en la primavera de 1436. Estaba dirigida por el quinto conde de Ourém y de ella formaban parte los obispos de Oporto y de Viseu, respectivamente don Antão Martins y don Luís do Amaral; el doctor en cánones Alvaro Afonso; el maestre dominico fray André do Prado y el maestre franciscano fray Gil de Tavira, así como un jurisconsulto de origen castellano, el doctor Vasco Fernández de Lucena, que después de haberse doctorado en Italia, había entrado al servicio de la Corona portuguesa [194].

Eran las vísperas de la expedición al norte de África con el propósito de conquistar Tánger que, al año siguiente, se tradujo en un fracaso militar. Todo permite creer que los miembros de la embajada en el concilio procuraron obtener de Eugenio IV la autorización papal con vistas a la realización de aquella empresa [195]. Ya en la última fase de la reunión, con la presencia de los conciliares en Florencia, llegó allí la noticia del desastre de Tánger y las condiciones impuestas por el jerife para liberar al infante don Fernando, que había quedado en Marruecos como rehén. Tuvo entonces un papel diplomático importante don Frei Gomes, religioso portugués que era prior de la abadía de Florencia y a quien el pontífice confió misiones de reforma eclesiástica, incluyendo una misión ante el rey don Duarte de Portugal de 1437 a 1439. Dos años después ejercería, por voluntad del mismo Eugenio IV, el cargo de prior del monasterio de Santa Cruz de la ciudad de Coimbra [196].

El rey don Afonso V fue uno de los primeros monarcas que respondió a la llamada del papa Calixto III para la organización de una cruzada que llevase a la reconquista de Constantinopla. Muchos obstáculos frenaron el proyecto, habiendo reunido Portugal una considerable flota que, en mayo de 1456, estaba dispuesta a seguir hacia el Mediterráneo. Para ofrecer los servicios de la Corona portuguesa, fue entonces enviado a Roma el doctor João Fernandes da Silveira, futuro barón de Alvito [197]. Si los diferentes príncipes de Europa estaban de

[194] A. D. de Sousa Costa, *ibidem*, vol. I, pp. 58-59 y vol. II, pp. 651 a 656.

[195] Domingos Mauricio, *Don Duarte e as Responsabilidades de Tânger*, Lisboa, 1960, pp. 25 y ss.

[196] Eduardo Alexandre Borges Nunes, *Dom Frey Gomez*, vol. I, Braga, 1963.

[197] A. J. Dias Dinis, *Monumenta Hericina*, vol. XIII, Coimbra, 1972, pp. 19-20-43-44-90-91.

acuerdo en cuanto al proyecto, divergían, no obstante, en las modalidades de la colaboración militar y en las áreas de guerra en que tendrían que actuar. El papado acabó por preparar una flota de 16 galeras y 25 velas, de la que fue vicealmirante el caballero portugués João Vasques Farinha, quien derrotó a los turcos en Metelino, en el mar de Grecia. En cuanto a la escuadra reunida en el puerto de Lisboa, acabó por ser dirigida hacia Marruecos para la conquista, en 1458, de la plaza de Alcácer-Ceguer [198].

Las relaciones con la Curia romana se fueron estrechando debido a los objetivos espirituales que definían la expansión marítima. Fue considerable el número de bulas y de otros actos apostólicos que el papado dirigió a la corona portuguesa para acompañar el proceso de los descubrimientos en la costa occidental africana y en las islas del Atlántico. La lectura de los textos pontificios comprueba el permanente vínculo de Portugal con Roma, por el espíritu de obediencia evangélica que dominaba los viajes para el ensanchamiento del mundo [199]. También debe realzarse la acción de muchos profesores universitarios, religiosos, desembargadores y canonistas que habían ido desde Portugal a asistir a los *Studia Generale* italianos y allí conservaban amigos de influencia. Algunos de ellos ejercieron cargos de relieve en la corte y en la Iglesia, por lo que pudieron volver a Italia en el cumplimiento de misiones diplomáticas y de otras del fuero religioso o intelectual. Como se dirá más adelante, esos portugueses de formación italiana constituyeron excelentes nexos de unión en las relaciones que se fomentaron en la segunda mitad del siglo XV.

Las llamadas *Oraciones de Obediencia,* enviadas por el rey don João II a Roma, constituyen modelos literarios, no sólo del empeño de la corona portuguesa en rendir homenaje a la Curia romana, sino también de la importancia social y religiosa de las figuras encargadas de esas misiones. Merecen citarse tres narraciones al respecto, editadas hace poco con estudio de Martim de Albuquerque y traducción portuguesa de Miguel Pinto de Meneses. La primera oración fue pronun-

[198] J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal,* vol. II (1415-1495), Lisboa, 1978, pp. 82-85.

[199] Ch. M. de Witte, «Les Bulles Pontificales et l'Expansion Portugaise au XVè siècle», *Revue d'Histoire Ecclésiastique* (Louvain), tomos XLVIII, 1953, XLIX, 1954, LI, 1956, LIII, 1958.

ciada el 31 de agosto de 1481 en ocasión del undécimo año del pontificado de Sixto IV [200]. La segunda adquiere un valor excepcional por ser la comunicación al papa Inocencio VIII de la certeza que animaba al rey portugués sobre la próxima llegada de sus barcos al océano Índico. A tal efecto se trasladó a Roma el doctor Vasco Fernández de Lucena, canciller y cronista mayor del reino, que habló en presencia del pontífice el 11 de diciembre de 1485 [201]. Por fin merece la pena mencionar la oración obediencial al papa Alejandro VI, pronunciada por el embajador don Fernando de Almeida, obispo electo de Ceuta que, en la segunda mitad de 1493, se trasladó a la ciudad eterna encargado de esa misión [202].

Portugal y las universidades de Italia

Con la instauración del cisma en el seno de la Iglesia, disminuye el número de estudiantes del occidente hispánico que frecuentan las universidades francesas. Si muchos temían las consecuencias religiosas de la existencia de un antipapa en Aviñón, otros no tenían menos miedo de que su estancia en Francia les ocasionase perjuicios de orden cultural. Hubo algunos casos de permanencia en los *Studia Generale* de París, Toulouse y Montpellier, sobre todo entre los años 1385 y 1421, desde la instauración de la dinastía de Avis y el término del cisma [203]. Pero, a partir de entonces, aunque hubieran aumentado un poco los religiosos y estudiantes portugueses instalados en los centros universitarios de Francia, se produjo un doble proceso emigratorio. El primero llevó a los estudiantes de menores recursos y de las diócesis próximas

[200] «Oração ao sumo pontífice Sisto IV, dita por don Garcia de Meneses em 1481», *Orações de obediencia 2,* Lisboa, 1988.

[201] «Oração de obediência ao sumo pontífice Inocêncio VIII, dita por Vasco Fernandes de Lucena em 1485», *Orações de obediência 3,* Lisboa, 1988.

[202] «Oração de obediência ao sumo pontífice Alexandre VI, dita por don Fernando de Almeida em 1493», *Orações de obediência 4,* Lisboa, 1988.

[203] Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de Paris entre 1500 et 1550,* Coimbra, 1950. J. Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Toulouse,* Coimbra, 1954. *Idem, Les Portugais à l'Université de Toulouse. XIII-XVIIè siècles,* París, 1970. *Idem, Les Portugais à l'Université de Montpellier. XII-XVIIè siècles,* París, 1971.

a la frontera a elegir Salamanca como lugar de estudio [204]. El segundo movimiento hizo de Italia el centro de elección de los que ambicionaban obtener grados universitarios en derecho civil y canónico o llegar a convivir con los nombres más ilustres del *Quattrocento* italiano [205].

Nunca se repetirá demasiado que Italia constituyó, desde finales del primer cuarto del siglo XV un venero para los «lusitani», llamados cada vez menos «hispani», que acudían a la protección del papado y de los *Studia Generale* de mayor prestigio. La afluencia de los estudiantes portugueses a las universidades ultramontanas estrechó más aún los lazos culturales entre los dos países. Se vivía la aurora del humanismo, con el mensaje de los escritores ligados a la era de Petrarca y de Boccaccio, deseosos de divulgar la cultura literaria grecolatina y sus nombres de mayor relieve [206]. Junto a la tradición del derecho cesáreo, que había dado renombre a la escuela boloñesa y se había reforzado, en pleno siglo XV, en *Studia* rivales como Pisa, Siena y Perusa, Italia atraía a los devotos de las *bonnae litterae* que se habían formado en Florencia, Roma y en otras ciudades de prestigio cultural. Se iban instalando en la corte portuguesa algunos doctos italianos, como el profesor Stefano de Nápoles y el gramático Mateo de Pisano, lo que demuestra la atracción intelectual ejercida por la patria del Renacimiento [207].

El doctor António Domingues de Sousa Costa ha hecho un extenso inventario de los estudiantes religiosos y laicos que, aproximadamente desde el año 1430, salieron de Portugal con destino a Italia. Si algunos de ellos llegaron a constituir figuras de pro en la jerarquía de la Iglesia, donde fueron obispos o miembros capitulares, otros formaron la flor y nata de la administración palatina, como ministros, se-

[204] J. Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Salamanca,* vol. I (1250-1550), Coimbra, 1962.

[205] Virgínia Rau, «Alguns estudantes e eruditos portugueses em Itália no século XV», *Do Tempo e da História,* tomo V (Lisboa), 1972, pp. 29, 100.

[206] Véanse los estudios fundamentales de José V. de Pina Martins, entre otros «Pico della Mirandola e o Humanismo italiano nas origens do Humanismo português», *Estudos Italianos em Portugal,* n.º 23 (Lisboa), 1964. *Idem,* «Frei António de Beja, discípulo de Pico della Mirandola», *Revista da Faculdade de Letras,* III.ª serie, n.º 8 (Lisboa), 1964. *Idem, Cultura portuguesa,* Lisboa, 1971. *Idem,* «Ce qui est vivant dans la tradition de l'Humanisme», *Arquivos do Centro Cultural Português,* tomo XXIII (París), 1987, pp. 333-349.

[207] Sousa Viterbo, «A Cultura intelectual de don Afonso V», *Archivo Histórico Portuguez,* vol. II (Lisboa) 1904, pp. 254-268.

cretarios y desembargadores a lo largo de los reinados de don Afonso V y don João II [208]. No puede olvidarse que la licenciatura o el doctorado en derecho civil o canónico representaban un grado de excepcional relieve, y que lo serían más aún si se obtenían simultáneamente *(utriusque juris)*. En una época en que la centralización del poder real estaba a punto de afirmarse en las principales monarquías europeas, el papel de los jurisconsultos graduados en Italia se volvía más relevante por la decisiva contribución del derecho romano a la formación del Estado moderno [209].

Muchos de los estudiantes «lusitani» tuvieron igualmente una acción sobresaliente en la vida cultural portuguesa de la segunda mitad del siglo XV y en la primera parte del siglo XVI. Fueron ellos los nexos de unión entre los centros italianos y los medios portugueses, incluyendo la propia corte de don João II. Basten como ejemplos que el príncipe Perfeito se carteó con el humanista Ángelo Poliziano, sin duda por influencia de los juristas João y Luís Teixeira, y que el canónigo de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, trabó amistad con el celebrado astrónomo Paolo Toscanelli [210]. Siguiendo la línea trazada por el profesor José V. de Pina Martins, se afirma que el humanismo portugués echó raíces en esa generación de eclesiásticos, de juristas y de letrados que llevaron a Portugal el saber de la erudición clásica y el fermento de las nuevas ideas que permiten comprender la cultura renacentista [211]. Con veinte o treinta años de retraso en su instauración, esa influencia se hizo sentir también en el campo de las artes plásticas con la entrada de los modelos italianos en la pintura, en la escultura y en la arquitectura [212].

[208] *Monumenta Portugaliae Vaticana*, vol. II, «Súplicas de Clemente VII, Bento XIII e Bonifácio IX (1378-1418)»; vol. IV, «Súplicas de Martinho V (1424-1431)», Braga, 1970. *Idem*, «Estudantes Portugueses na Reitoria do Colégio de São Clemente de Bolonha, na primeira metade do Século XV», *Arquivos de História da Cultura Portuguesa*, vol. III, n.° 1, Lisboa, 1969.

[209] A. D. de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de São Clemente e Universidade de Bolonha durante o século XV*, tomos I-II, Bologna, 1990.

[210] A. D. de Sousa Costa, «Cristóvão Colombo e o cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, destinatário da carta de Paulo Toscanelli sobre os descobrimentos portugueses», *Antonianum*, vol. 65 (Roma) 1990, pp. 187-276.

[211] «L'Humanisme Italien à l'origine de l'Humanisme Portugais», *Humanisme et Renaissance de l'Italie au Portugal. Les deux regards de Janus*, Lisbonne-París, 1989, pp. 407-442.

[212] Jorge Segurado, *Francisco d'Ollanda (1518-1584)*, Lisboa, 1970. Reinaldo Dos

No resulta posible enumerar las muchas decenas de maestros y estudiantes portugueses que frecuentaron entonces las universidades italianas y que tuvieron acción destacada en la política, en el clero, en la magistratura, en la diplomacia y en la vida cultural. Los registros de los *Studia* de Bolonia, Pisa, Siena y Perusa mencionan varios de esos nombres, unos que obtuvieron celebrada fama y otros que eran casi desconocidos antes de la investigación de Sousa Costa [213]. No hay dudas de que el principal centro de afluencia estudiantil fue el colegio de San Clemente, en la Universidad de Bolonia, donde se alojó la casi totalidad de los estudiantes oriundos de la Península Ibérica [214]. Pero a partir del concilio de Ferrara-Florencia, los «lusitani» comenzaron a distribuirse en universidades de menor afluencia y tal vez más propicias para el estudio, como es el caso de Pisa y Siena. Llegaron a formar pequeñas «naciones» que se agregaban a las numerosas provenientes de otras provincias hispánicas, como se deduce de las *Proles Aegidiana* que registran los estudiantes inscritos, desde el año 1377, en el colegio boloñés [215].

Pueden mencionarse algunos nombres. Estudiaron en São Clemente de Bolonia los futuros desembargadores Diogo de Lucena, Cristóvao Alvares, Francisco Cardoso y los hermanos Luís y Alvaro Teixeira; los canonistas Pedro de Mendonça y João Cardoso; los lectores de humanidades Pedro Faleiro, Martinho de Figuereido y Rodrigo da Cruz. El futuro obispo de Évora, don Garcia de Meneses, fue estudiante de derecho en Perusa y en 1475 ejercía funciones de refrendario apostólico. Su contemporáneo fue don Jorge de Almeida, hijo del primer conde de Abrantes, que estudió en Florencia y Perusa durante los

Santos, *Oito Séculos de Arte Portuguesa. História e Espírito,* vols. I-II-III, Lisboa, 1967. Sylvie Deswartes, *Les Enluminures de la Leitura Nova. 1504-1552. Étude sur la Culture Artistique au Portugal au temps de l'Humanisme,* París, 1977.

[213] Celestino Piana O. F. M., *Il «Liber Secretus Ivris Caesarei» dell'Università di Bologna. 1451-1500,* Milano, 1984. *Idem, Il «Liber Secretvs Ivris Pontificii» dell'Università di Bologna. 1451-1500,* Milán, 1989. Giovanni Minucci y Leo Kosuta, *Lo Studio di Siena nei Secoli* XIV-XVI. *Documenti e Notizie Biografiche,* Milán, 1989.

[214] Además de las obras de A. D. de Sousa Costa, mencionadas supra, notas 208 y 209, ver del mismo autor: «Estudantes Portugueses na Reitoria do Colégio de São Clemente de Bolonha, na Primeira Metade do Século XV», *Arquivos de História da Cultura Portuguesa,* vol. III, n.° 1, Lisboa, 1969.

[215] A. Pérez Martín, *Proles Aegidiana. Les Colegiales desde 1368-1977.*

años 1470-1472, obtuvo los grados en derecho en la Universidad de Pisa y a su regreso a Portugal llegaría a ser obispo-conde de Coimbra. También se graduó en el estudio pisano el doctor Diogo Pinheiro, que se desempeñó como desembargador de don João II y fue elegido obispo de Funchal. En cuanto al doctor Jorge Martins da Costa, hermano del célebre cardenal Alpedrinha, estudió derecho en Siena y Pisa hacia el año 1486 [216].

Aunque poco mencionada por los historiadores, la Universidad de Pisa tuvo una selecta asistencia de estudiantes portugueses, tal vez por la circunstancia de ser una escuela de provincia y lejos de las vías de acceso a Florencia y a Roma. A finales del siglo XV se registró la asistencia de una buena decena de estudiantes lusos, como es el caso de un Duarte *(Eduardus Lusitanus),* que Giacinto Manuppella pudo averiguar para el año 1485 [217]. La universidad fue entonces trasladada a Prato y sólo al año siguiente volvería al lugar de origen. Para pronunciar la *solemnis oratio* de regocijo, la corporación eligió a otro portugués, Henrique Lusitano, que era estudiante de humanidades. Se trataba de Henrique Caiado, ya en ese tiempo con fama de ser un elegante poeta neolatino, también conocido de sus coetáneos por la designación de Hermicus. No debe de haberse quedado mucho tiempo en Pisa, pues antes de 1485 estudiaba derecho en Bolonia. Se radicó finalmente en Italia, donde murió en los primeros años del siglo XVI [218].

En 1486 era regente de medicina en el estudio pisano el portugués João Lopes, que poseía un gran prestigio en el seno de la corporación universitaria. Tal circunstancia justifica que el «collegium artistarum et medicorum», así como un grupo de 15 estudiantes, haya dirigido una súplica al rector de la universidad solicitando que el referido médico ascendiese a catedrático de cirujía. Atendiendo a los méritos docentes y profesionales, la rectoría satisfizo la solicitud el 1 de octubre de 1488. El laureado firmaba «Johannes lupus portugallensis in medicine et

[216] A. D. de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de São Clemente de Islanha,* pp. 195-217-218-237-239, *passim.*

[217] «Introdução» a Estêvão Rodrigues de Castro, *Obras Poéticas em Português, Castelhano, Latim e Italiano,* Universidade de Coimbra, 1967, pp. 3-4.

[218] Marcel Bataillon, *Études sur le Portugal au temps de l'Humanisme,* 2.ª ed., París, 1974, pp. 1-6. Claudie Balavoine, *Les Églogues d'Henrique Caiado ou l'Humanisme Portugais à la conquête de la Poésie Neo-Latine,* París, 1983.

cirurgie magister» y, de igual modo, como «doctor Joannes Lopesius lusitanus», llegando a ejercer el magisterio durante más de dos años. A partir de 1490 abandonó Pisa y se le perdió el rastro. Poco después le tocó a Estêvao de Melo, que había sido estudiante de derecho allí con su hermano Luís, ocupar una cátedra de derecho canónico. El rey don João II había manifestado ese deseo al rector del *Studium*, que intentó satisfacerlo en una expresión de aprecio por el monarca de Portugal [219].

No resulta posible referirse a la biografía de todos los portugueses que estudiaron o enseñaron en las escuelas italianas durante la segunda mitad del siglo XV. Algunos merecen una referencia especial, como es el caso de fray Gomes de Lisboa, profeso en la provincia franciscana y bachiller teólogo que en 1478 vivía en el convento de San Francisco de Venecia. Allí fue maestro de teología y luego comenzó a ejercer la regencia en la Universidad de Pavía. Se destacó como autor de *Cartas* de elegante sello latino, que incluyen su nombre en la historia del humanismo portugués. Fue amigo personal de los papas Julio II y León X, además de vicario general de la Orden Franciscana (1511-1513), y tuvo papel de relieve en las dos primeras sesiones del Concilio de Letrán [220]. Otra figura digna de mención fue fray Pedro de Santarém *(Petrus de Sanctarena* o *Petrus Sanctarenensis)*, estudiante de derecho en Perusa hacia los años 1488-1489. Compuso el tratado *De Securitate Navium*, que el profesor Domenico Maffei considera el primer texto que se ha redactado en la especialidad del derecho marítimo [221]. También este autor se radicó para siempre en Italia, donde falleció en fecha que se ignora.

[219] «Carta da reitoria de Pádua a don João II, 25 de Setembro de 1496», pub. Giacinto Manuppella, en Estêvão Rodrigues de Castro, *Obras Poéticas, ob. cit.*, pp. 10-11.

[220] A. Moreira de Sa, «Frei Gomes de Lisboa»: *Humanistas Portugueses em Itália*, Lisboa, 1983, pp. 9-42. Isaltina das Dores Figueiredo Martins, *Bibliografia do Humanismo em Portugal no Século XVI*, Coimbra, 1986, p. 185, n.os 2512-2517.

[221] Mosés B. Amzalack, *Pedro de Santarém (Santerna) jurisconsulto português do século XVI*, Lisboa, 1914. Domenico Maffei, «Il giuresconsulto portoghese Pedro de Santarem, autore del primo trattado sulle assicurazione (1488)», *Boletim da Faculdade de Direito*, 58 (1982), Coimbra, pp. 703-728.

Cristóbal Colón y Portugal

Un estudio que pretenda conocer la presencia portuguesa en el mundo no puede ignorar el problema de las relaciones de Colón con Portugal, buscando en esa integración contribuir al esclarecimiento del enigma colombino. ¿Quién era el navegante y cuáles sus razones para instalarse en Lisboa y en Madeira a finales del tercer cuarto del siglo XV? Contra una vieja tradición que lo hace nacido en Génova, algunos historiadores continúan admitiendo el origen portugués, basándose en su larga permanencia, en el perfecto uso del idioma y en el matrimonio que contrajo con Filipa de Perestrelo Moniz, hija del primer donatario de Puerto Santo. Variadas conjeturas han circulado en ese dominio, pero ninguna de ellas con fuerza de prueba suficiente como para vincular el nacimiento de Colón a Portugal. El problema se vuelve demasiado complejo como para abordarlo en una investigación de esta clase, pero al menos consideramos útil mencionar las principales tesis suscitadas por el tema.

Así, Santos Ferreira y António Ferreira de Serpa quisieron identificar al navegante con Salvador Gonçalves Zargo, hijo ilegítimo del infante don Fernando, señor de Madeira, y de una nieta de João Gonçalves Zarco, primer donatario de la capitanía de Funchal [222]. En 1928, el investigador Pestana Júnior vio en él el doble del nauta Simão Palha, que en 1479-1480 apresó una flota castellana en el Algarve. Habiendo visitado entonces Porto Santo, el navegante se habría casado con Filipa de Perestrelo Moniz, lo que haría cambiar su nombre por el de Cristóbal Colón cuando, en 1486, se instaló en Castilla [223]. Mediante el artificio del análisis de la firma, surgió otro defensor de la tesis portuguesa, Patrocínio Ribeiro, al admitir la implicación de Colón en la conjura del duque de Viseu contra don João II, lo que obligó a «Christovam de Colos» (en latín *Coluensis)* a refugiarse en 1484 en el reino vecino [224]. Más recientemente, el investigador Mascarenhas Barre-

[222] G. L. Santos Ferreira, *Salvador Gonçalves Zarco (Cristóbal Colón). Os Livros de Dom Tivisco,* Lisboa, 1930. António Ferreira de Serpa, *Confirmaçoes Históricas,* pub. en la obra anterior, Lisboa, 1930.

[223] Manuel Gregorio Pestana Junior, *don Cristóval Colón ou Syman Palha, na Historia e na Caballa,* Lisboa, 1928.

[224] Patrocínio Ribeiro, *A Nacionalidade Portuguesa de Cristovam Colombo,* Lisboa, 1927.

to ha sostenido que Colón era natural de la villa de Cuba, en el Alentejo, e hijo ilegítimo del infante don Fernando, duque de Beja, y de Isabel Zarco da Câmara, para lo cual recurrió a la sigla cabalística dejada por el navegante que llevó a identificarlo con Salvador Fernandes Zarco [225].

Desde que las *Racolta di Documenti e Studi,* publicadas en Roma en los años 1892-1894, revelaron una documentación insospechada sobre la filiación genovesa de Cristóbal Colón, puede decirse que el problema del origen italiano ha quedado resuelto. Con posteriores contribuciones se provó que el navegante vio la luz en Génova, entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451, siendo hijo de un mercader de lanas («lanagero») llamado Domenico de Columbo. Su origen era humilde, por lo que la versión de la nobleza difundida por su hijo Fernando en la *Historia del Almirante* carece de fundamento [226]. La infancia de Colón transcurrió en la ciudad natal y allí aprendió el oficio de su progenitor. A la edad de 15 años ya hacía viajes de comercio con la España mediterránea, la ciudad de Túnez y la isla griega de Khíos, donde los genoveses adquirían la *almácega,* una variedad de uva blanca muy de su agrado. Pero el comercio de Génova se extendía también a Portugal, punto de escala obligatorio en la línea mercantil con Flandes. Los nautas y mercaderes de aquella ciudad estaban asentados desde hacía mucho tiempo en Lisboa, donde la familia de los Lomellini y otras de procedencia ligur eran bienquistos por la corona y por la población. No se olvide tampoco que algunos nautas genoveses, como Antonio de Noli, Usodimare y otros, habían participado en la empresa de los descubrimientos y vivían en Portugal [227].

Las investigaciones más recientes comprueban la importancia que los armadores genoveses concedían al intercambio mercantil con Lisboa y otros puertos portugueses. El marfil y la malagueta de África, la

[225] Mascarenhas Barreto, *O Português Cristovão Colombo, Agente Secreto de Rei Dom João II,* Lisboa, 1988.

[226] Don Hernando Colón, *Historia del Almirante,* trad. de Afonso Ulloa, ed. Luis Arranz, Madrid, 1984. Antonio Rumeu de Armas, *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América,* Madrid, 1973.

[227] Fernando Morais do Rosario, *Genoveses na História de Portugal,* Lisboa, 1977. Virginia Rau, *Portugal e o Mediterrâneo no Século* XV. *Alguns aspectos diplomáticos e económicos das relaçoes com a Itália,* Lisboa, 1973.

urchilla y el pastel de las Azores, el azúcar y el vino de Madeira, el aceite, la sal, el corcho y los frutos secos del continente, eran productos disputados por los mercaderes de Génova. De allí venían cereales y tejidos, además del apoyo financiero que la banca y el comercio dispensaban a las relaciones con Portugal. Estos datos se integran en una política de intereses recíprocos y sobre la cual existe aún mucho por revelar [228]. De cualquier forma, el caso de Cristóbal Colón no puede desligarse de la relación luso-genovesa, con más razón porque disponía de familiares o de amigos para su proyecto de instalación en Portugal. Parece hoy indiscutible que, antes incluso de su llegada a Lisboa, su hermano Bartolomé Colón se dedicaba en Lisboa al diseño de cartas de navegar, ocupación rentable para los que querían aprovecharse de los beneficios de la creciente actividad marítima y comercial de los portugueses.

Si se da crédito al testimonio de la *Historia del Almirante,* Cristóbal desembarcó en Portugal en 1476 como tripulante de la escuadra francesa de Guillaume de Cazenove, más conocido como Colón le Vieux, que fue atacada frente al cabo San Vicente por cuatro naves genovesas camino de Inglaterra. Habiendo alcanzado la costa a nado, se instalaría así en el país hospitalario, versión que suscita hoy cada vez menos crédito. La ha rebatido con buenos argumentos el historiador Rumeu de Armas, al demostrar que el hijo del almirante utilizó documentos fantasiosos para enaltecer la vida de su progenitor [229]. Sin que aún se conozca la causa de la permanencia, que sin duda apuntó desde el principio al interés comercial, ha sido tradición fijar la llegada de Colón a Portugal entre los años 1476 y 1485. Charles Verlinden y Pérez-Embid apuntan los principios de 1477, al regreso de un viaje del mercader a Inglaterra [230]. Pero estando probado que el futuro nauta vivía, desde 1465-1468, del comercio de lanas, vino y frutas entre Génova y Cádiz-Sevilla, no ha tenido dudas Rumeu de Armas en anticipar la llegada de Colón a Lisboa a antes de 1476.

[228] *Novos contributos,* por A. D. de Sousa Costa, «Cristóvão Colombo e o Cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz»; *Antonianum* 65 Roma (1990), pp. 226 y ss. Ver también Charles Verlinden y Florentino Pérez-Embid, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* Rialp, Madrid, 1967, pp. 23 y ss.

[229] *El «portugués» Cristóbal Colón en Castilla,* Madrid, 1982.

[230] *Colón y el descubrimiento de América,* pp. 29-30.

El citado historiador apunta por eso también la fecha de 1471, aunque Colón se haya desplazado a Savona en 1472-1473 en el ejercicio de su actividad mercantil. ¿Qué razones le permiten extender la fase portuguesa de la vida del navegante? La importante contribución de la carta de 1505 a Fernando el Católico, donde el descubridor del Nuevo Mundo se refiere a don João II en términos inequívocos:

> Dios nuestro Señor milagrosamente me embió acá por que yo sirviese a Vuestra Alteza. Dixe milagrosamente por que fuy a aportar a Portugal, a donde el Rey de alli entendia en el descubrir más que otro; él le atrajo la vista, oydo y todos os sentidos, que en catorçe años no le pude hacer entender lo que yo dixe [231].

Este punto será objeto de mención más adelante, aunque parezca constituir una crítica al monarca portugués por haber rechazado el proyecto colombino de buscar las Indias por la vía de Occidente. Fijada la partida a Castilla en los años 1485-1486, el testimonio arriba mencionado lleva a situar la estancia de Colón en Lisboa por los años 1471-1472.

La documentación portuguesa casi no lo menciona, aunque lo hagan los cronistas Rui de Pina y Garcia de Resende. Pero en los relatos de viaje, en las cartas y apuntes del navegante se encuentran elementos que ayudan a dar luz sobre la época portuguesa de su vida. Por analogía pueden establecerse también los vínculos que contrajo con figuras granadas de la corte joanina y algunos nautas del tiempo del príncipe don João y, más tarde, cuando éste subió al trono. Colón hablaba el portugués con tal dominio que los autores se declaran perplejos por la soltura oral y escrita que poseía del idioma luso. Queriendo convencer a las autoridades de Castilla del proyecto de las Indias, lo hacía a sus anchas en portugués, hasta el punto de que en la corte de los Reyes Católicos lo consideraron al principio como oriundo del reino vecino [232]. El sabio don Ramón Menéndez Pidal se quedó impresionado con la esencia de los textos colombinos, por el hecho de que el navegante hubiera aprendido en pocos años, en Lisboa y en Madeira, el idioma del país adoptivo. Colón hablaba mal el dialecto genovés,

[231] A. Rumeu de Armas, *El «portugués» Cristóbal Colón en Castilla*, p. 69.

[232] Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Cristóbal Colón*, 6.ª ed., Madrid, 1978.

que nunca utilizó en sus cartas y relatos. Al final de su vida escribía aún el castellano con frecuentes lusismos en la construcción léxica y sintáctica, lo que llevó al mismo historiador a afirmar: «Los veintiún años de residencia entre andaluces y castellanos (de 1485 a 1506) no consiguieron suprimir el lusismo de su habla y de su escritura».

Sus relaciones con Madeira se prueban con los viajes que efectuó en la década de 1470 como agente comercial de la firma de los Centurione de Génova, interesada en la adquisición de azúcar. Nada se puede adelantar sobre la unión que contrajo con Filipa Moniz, hija de Bartolomeu Perestrelo, con quien se casó en Lisboa hacia el año 1479. Instalados en la isla de Puerto Santo, allí nació dos años después el primogénito Diogo, que llegaría a ser almirante de Castilla. Habiéndose trasladado la familia después a Funchal, el futuro nauta habría vivido en Funchal en la casa de João Esmeraldo, su compatriota y mercader en la isla. Debe de haber hecho buenas amistades, que aún mantenía en junio de 1498, cuando camino de la tercera expedición pasó por Funchal. Pero también parece seguro que dejó de vivir en Madeira a partir de 1481, cuando se instaló de nuevo en Lisboa para participar en viajes de reconocimiento al golfo de Guinea. Se conservan de ese período muchos reflejos en los escritos de Colón, aunque sea imposible proceder a su enunciado global. Pero pueden mencionarse algunos datos, por tratarse de la época en que el plan de las Indias germinó o adoptó forma concreta en su espíritu.

En una de sus cartas escribió: «Yo estuve en el castillo de San Jorge da Mina» [233]. En efecto, visitó el golfo de Guinea desde 1481, después de que Diogo de Azambuja edificase aquella fortaleza. En el diario del primer viaje declara que «navegó muchas veces de Lisboa a Guinea», donde pudo apuntar que «el grado equivalía en tierra a 56 millas y dos tercios» [234]. Menciona también el conocimiento de aquella posesión, lo que supone el vínculo con Diogo de Azambuja y también con Diogo Cão, que tal vez participase por lo menos en la primera expedición al Congo y al litoral de Angola. Si así fue, no resulta difícil entender que el error de cálculo de este navegante, en lo que se refiere

[233] «Carta a los Reyes Católicos», de La Española, enero de 1495, pub. Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid, 1984, p. 167.

[234] Pub. *idem, ibidem*, pp. 10-11.

al extremo sur del continente africano, habría contribuido para convencer a Colón de que era mejor intentar la búsqueda de la India por el camino de Occidente. Tal vez sea una hipótesis a investigar que el fracaso de Diogo Cão llevó al nauta genovés a encarar una solución marítima más rápida para la conclusión del proyecto en que el rey don João II vivía empeñado [235]. Si así sucedió, se comprende el envío del maestre José Vizinho a la costa de África para reconocer la altura del sol en el golfo de Guinea. Este hecho aparece confirmado por Colón, que se declara amigo del cosmógrafo de la corona, el cual defendió ante el monarca el plan colombino.

Aunque no se los mencione, resulta casi evidente que Colón trabó relaciones con Fernão do Pó, Pero Escobar, João de Santarém y otros nautas del período joanino [236]. Al regreso del primer viaje al Nuevo Mundo, declara haber recibido en Lisboa, a bordo de su carabela, a un tal «Álvaro Dáman» que capitaneaba la nave de la Corona. Se trata de un nombre difícil de averiguar, pero sin duda puede afirmarse que fue un compañero de Bartolomeu Dias, que en 1493 era el comandante de la «nave grande» del rey de Portugal: «la cual estaba anclada en el Restelo y era la mejor pertrechada de artillería» que el descubridor jamás viera. No hay dudas de que fue el descubridor del Cabo de Buena Esperanza quien acogió a Colón en ese tornaviaje, sólo permitiéndole la entrada en Lisboa después de ver las credenciales con la firma de los Reyes Católicos [237].

Constituye aún un misterio la razón por la que Cristóbal Colón, no encontrando a don João II en la capital, insistió en irlo a saludar a diez leguas de distancia, en el convento de Nuestra Señora de las Virtudes, cerca de la población de Vale do Paraíso [238]. ¿Qué pretendía con ese gesto? ¿Mostrar al rey que éste había hecho mal en no aceptar su plan o, en una actitud propia de agente doble, asegurarle que la misión

[235] Tiene interés el estudio de Demetrio Ramos, *O Alcance das Viagens de Colombo para o domínio do Atlântico,* Centro de Estudos de História e Cartografia Antiga, Lisboa, 1988.

[236] Algunos de estos nombres se mencionan en Damião Peres, *O Livro de recebimentos de 1470 da Chancelaria da Câmara,* Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1974.

[237] Citado por Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos,* Madrid, 1984, pp. 11-12.

[238] Rui de Pina, *Croniqua del Rey Dom Joham II,* ed. Alberto Martins de Carvalho, Coimbra, 1950, cap. LXVI, p. 184.

de apartar a Castilla de la ruta meridional del Atlántico podría cumplirse?

Se cree que el plan de llegar a India por Occidente maduró en el espíritu de Colón desde la llegada a Portugal, y se ha sugerido la influencia que en él ejerció el astrónomo florentino Paolo Toscanelli. Éste habría escrito al futuro descubridor mostrándole que era posible esa exploración geográfica. Según la tradición, el proyecto fue presentado después a don João II como una novedad abierta a la indagación marítima de los portugueses. Se reconoce hoy que el monarca ya tenía conocimiento del plan de Toscanelli, que le había sido transmitido por Fernando Martins de Reriz, canónigo de Lisboa que vivía en Florencia o era amigo del astrónomo, por haber estado ambos al servicio del cardenal Nicolás de Cusa. De acuerdo con la fecunda investigación del doctor Sousa Costa, se sabe que el canónigo estuvo en Portugal entre los años 1474 y 1483 y que Toscanelli le envió una carta el 25 de junio de aquel año con alusión al mencionado proyecto [239]. De todo ello se deduce que Colón no informó al rey de Portugal más que lo que ya sabía por medio de aquel religioso. Así se explica que don João II no creyese en el éxito del plan de Toscanelli, toda vez que las expediciones al sur del golfo de Guinea demostraban que ése era el camino más rápido para llegar al océano Índico.

Todas éstas son razones para comprender la negativa de don João II a la propuesta colombina de navegar al oeste en dirección a las Indias. No se afirma que el monarca era contrario a los viajes de exploración en el Atlántico occidental, donde las carabelas portuguesas continuaban en busca de «una gran isla o islas, o tierra firme por la costa». Parece evidente que tales expediciones se realizaron antes de 1485, frente al patrocinio que la corona concedió a los proyectos de Fernão Dulmo, capitán de la isla Tercera, y de João Afonso do Estreito, mercader en Funchal en los años 1486-1487. Siendo un rey previsor, no quería don João II perder ningún hallazgo de tierras en los parajes mencionados. Tal vez por ello prescindió de la propuesta de Colón, haciéndole perder el tiempo hasta que el misterio de la ruta del Atlántico sur fuese desvelado. Tales obstáculos hicieron que el genovés, en

[239] A. D. de Sousa Costa, «Cristóvão Colombo e o Cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz», estudio citado, pp. 242 y ss.

1485, fuese a ofrecer sus servicios a Fernando e Isabel, reyes de Castilla. No se trató, sin embargo, de una ruptura del monarca con el navegante, pues el 20 de marzo de 1488 aquél escribió a Colón autorizándolo a ir a Portugal: «nos deseamos y nos placerá mucho veros porque en lo que a vos toca se dará de tal forma que debáis estar contento» [240].

Aún hoy se repite que el navegante rompió con el príncipe Perfeito por haberle negado éste el apoyo que solicitara durante catorce años para llevar a efecto la empresa del Nuevo Mundo. Los autores hispánicos sostienen que el viaje de Colón se tradujo en una derrota política y diplomática para don João II al haber ofrecido a Castilla la gloria del descubrimiento. La versión tradicional apunta a un ofrecimiento de servicios a Fernando y a Isabel porque el soberano portugués los había rechazado. Durante seis años, Colón pasó privaciones, fue calificado de visionario, puesto en ridículo en juntas de matemáticos y de teólogos, mendigando apoyo para convencer a la nobleza y a la burguesía castellana de la viabilidad del plan de las Indias. Lo salvó de la aflicción la Reina Católica, que buscó los medios de que el navegante consumase su sueño. Fue así como, una vez conquistado el reducto de Granada, la corona de Castilla se vio en condiciones de perfilar el proyecto colombino que llevó, el 12 de octubre de 1492, al descubrimiento del Nuevo Mundo [241].

Ha de aceptarse que Cristóbal Colón desempeñó, en relación con Portugal, el papel de un agente doble, sirviendo al mismo tiempo a los intereses de las coronas castellana y portuguesa. Las demoras impuestas al navegante en el reino vecino servían a don João II para finalizar el proyecto luso-índico que la llegada al Cabo de Buena Esperanza anunciaba para muy pronto. Entre las expediciones de Bartolomeu Dias (1487-1488) y de Vasco da Gama (1497-1499) no se conocen los viajes oficiales ordenados por el rey portugués. Pero parece evidente que los hubo si se tienen en cuenta el célebre derrotero del piloto árabe [242] y los desplazamientos de Pero da Covilhã entre la costa oriental africana

[240] Publicada, entre otros autores, por Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 272-273.

[241] Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Madrid, 1990, pp. 229 y ss.

[242] Costa Brochado, *O Piloto Arabe de Vasco da Gama*, Lisboa, 1960.

y la península de Malabar. La expedición de Gama entre las dos costas del Índico exigía un conocimiento náutico que, por cierto, había sido alcanzado en viajes anteriores. Apartar a los Reyes Católicos de un futuro reparto de los mares en que el paralelo de las Canarias jugase a su favor, parece haber sido la determinación del príncipe Perfeito para defender el proyecto portugués de las Indias. ¿No habría participado Colón en ese juego, aunque en 1505 criticase a don João II por no haberlo apoyado? [243].

Colón vivió 14 años en Portugal y a la marina portuguesa le debe gran parte de la experiencia náutica y cartográfica que después reveló. Puede incluso admitirse que el descubrimiento del Nuevo Mundo no habría sido posible en 1492 sin la base de información que el navegante adquirió con los pilotos y cartógrafos lusos. Se impone cada vez más exponer la vivencia personal y la formación científica del descubridor de las Américas. Si recibió de España la fama histórica que lo inmortalizó, quedó debiendo a Portugal el aprendizaje técnico que le permitió tamaña gloria. Su estancia en Portugal correspondió al abordaje de un hombre soñador, pero desprovisto de experiencia marítima, en el ambiente náutico que más horizontes le ofrecía para concretar sus aspiraciones. Son argumentos suficientes para definir la fase portuguesa de Colón, entre los años 1471 y 1485, como decisiva en la formación del hombre de mar que Colón demostró ser con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Gracias a su empresa, las coronas de Castilla y de Portugal establecerían la sólida alianza del Tratado de Tordesillas.

El Tratado de Tordesillas

Ningún otro acuerdo entre los estados modernos revistió la importancia histórica que el tratado que se firmó, en la villa castellana de Tordesillas, el 8 de junio de 1494. Las coronas de Castilla y de Portugal reconocían la necesidad de establecer una paz duradera, a fin de

[243] ¿Qué otro sentido puede tener la mencionada carta de don João II al navegante, el 20 de marzo de 1488, cuando muestra la buena acogida que le quería brindar? El monarca es explícito al decirle a Colón: «Y en cuanto a vuestra venida, pues así por lo que apuntáis como por otros respectos vuestra industria y buen ingenio nos será necesario, nos la deseamos y placerános mucho veros».

que cada una prosiguiese la política de los descubrimientos que más convenía a sus intereses nacionales. El reconocimiento de dos zonas geográficas autónomas, separadas por una línea de meridiano laboriosamente discutida y plenamente aceptada, no correspondía sólo a la creación de dos esferas de influencia en el mundo ultramarino. Presuponía también la existencia de dos vocaciones expansionistas, una orientada a la exploración del Atlántico sur y la otra en dirección al Nuevo Mundo que había sido revelado hacía dos años por Cristóbal Colón [244].

Captando la proyección del Tratado de Tordesillas, escribió el historiador Luis Suárez Fernández en excelente síntesis:

> La fuerza de los reyes se nutre de la conciencia de la continuidad de las obras. Una de las más nobles que nunca hicieron Portugal y España fue precisamente la de acordar un reparto del mundo para hacerlo fecundo. Sin triunfalismos, pero también sin desapegos insensatos, el Tratado de Tordesillas es un buen ejemplo» [245].

Fue basándose en las dos hegemonías cómo los Reyes Católicos procedieron al descubrimiento y conquista de las tierras americanas que van del golfo de México al Río de la Plata. Con igual perspectiva de la apertura marítima avizorada en Tordesillas, pudo el rey don João transmitir a su cuñado y sucesor la concepción luso-oriental que permitió establecer el Estado portugués de la India. Los dos reinos peninsulares hacían entrar en la escena de la historia dos nuevos mares, cada uno de ellos sujeto a su hegemonía política y naval: el Pacífico y el Índico.

Insistir que el acuerdo de 1494 llevó a la concreción de un destino ibérico con dos vertientes históricas y geográficas, traduce la verdadera imagen de una comunidad territorial que había sentido aproximarse un nuevo tiempo de la historia. España y Portugal habían comprendido el alcance de una política de expansionismo orientada hacia otros continentes. La exigencia de paz interna sentida por las dos

[244] Véanse las ponencias del primer coloquio luso-español de Historia Ultramarina, en la obra *El Tratado de Tordesillas y su proyección*, tomos I-II, Valladolid, 1973.

[245] *Idem, ibidem*, presentación del tomo I, pp. 7-8. También Armando Cortesão, «Don João II e o Tratado de Tordesilhas», tomo I, pp. 93-102.

coronas provenía de dos circunstancias favorables: de Portugal, el haber reconocido los derechos de Fernando e Isabel al trono de Castilla; y de los Reyes Católicos, el aceptar los derechos de la expansión atlántica que don João II había proseguido hasta el Cabo de Buena Esperanza. Una política orientada hacia altos fines nacionales se hace también de concesiones mutuas, cuando de ellas se extraen provechos que abren nuevos caminos a la vida de los pueblos. La Península Ibérica había dejado de ser un campo de rivalidad política de las dos coronas para volverse una puerta de embarque de una comunidad territorial lanzada en la aventura de dos destinos complementarios.

El viaje de Cristóbal Colón tendría como consecuencia la inestabilidad peninsular o la aceptación de un hecho consumado. El rey de Portugal tenía a su frente dos alternativas: abrir un desacuerdo susceptible de reanudar las hostilidades en el suelo hispánico o, sin pérdida de derechos adquiridos, reconocer la soberanía de los Reyes Católicos en una esfera ultramarina que no contrariaba los intereses de la nación portuguesa. El entendimiento sólo podía presentar ventajas para los dos reinos, no sólo por ser portadores del mismo ideal religioso, sino también por el impulso que la Península Ibérica adquiría frente a la geopolítica europea [246]. Se había alcanzado la época en que los intereses de los estados prevalecían sobre las reacciones temperamentales de los monarcas, por haber entendido éstos que el poder debía ejercerse para fortalecer los organismos nacionales. No estuvo desprovista de significado la divisa que don João II eligió como lema de su acción regia: «Por la ley y por la grey» [247]. El espíritu del hombre de Estado y centralizador del poder político surge, en toda su grandeza, en la concepción que lo llevó a la firma del Tratado de Tordesillas.

Es conocida por demás la trama de las negociaciones que condujeron al acuerdo ibérico de 1494. Si fueron laboriosas las diligencias para alcanzar el consenso deseado, ni siquiera pueden considerarse largas en el tiempo desde que no excedieron, en el plano diplomático, el espacio de un año. Por intermedio del papa Alejandro VI, la Curia romana pretendió un equilibrio entre las partes, presentando la solución

[246] Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe,* Rialp, Madrid, 1990, pp. 229 y ss.

[247] Manuela Rosa Mendonça de Matos Fernandes, *Don João II. Um Percurso Humano e Político nas Origens da Modernidade em Portugal,* Lisboa, 1991.

8. Texto final del Tratado de Tordesillas, con las firmas de los Reyes Católicos (Archivo Nacional de la Torre do Tombo).

de un meridiano a 100 leguas de las Canarias como línea divisoria de las dos esferas de influencia. Era una solución contraria al espíritu del Tratado de Toledo, de 1480, que preveía un paralelo situado en aquel archipiélago. Por tal motivo, la bula *Inter Coetera,* del 3-4 de mayo de 1493, no podía satisfacer el interés portugués por el temor de que Castilla pudiese traspasar la zona del Atlántico que don João II consideraba de su pertenencia. Claro que el viaje de Colón había alterado las fuerzas en juego, llevando al rey de Portugal a aceptar la línea de meridiano, siempre que ésta fuese colocada lo más al occidente posible [248].

El día 14 de agosto de 1493 llegaban a Barcelona los dos enviados regios, el doctor Pedro Dias y el cronista Rui de Pina. Llevaban poderes para transmitir a los Reyes Católicos el punto de vista portugués proponiendo la fijación de la línea divisoria a 250 leguas al oeste de las Canarias o de una isla de Cabo Verde. La respuesta de los Reyes Católicos quedó subordinada al parecer técnico que, el día 5 de septiembre, solicitaron de Cristóbal Colón en cuanto a la frontera marítima a establecer. En el mes de noviembre llegaban a Lisboa los delegados castellanos don García de Carvajal y Pedro de Ayala, cuya misión no condujo de inmediato a los fines deseados [249]. Pero no tardaría en encontrarse un punto de concordia con la invitación de los Reyes Católicos a que una delegación portuguesa se desplazase a Tordesillas. Hacia allí fueron Rui de Sousa en calidad de embajador, el licenciado Aires de Almada y el escribano Estêvão Vaz. Llevaban instrucciones para fijar el meridiano a 250 leguas al oeste de Cabo Verde, aunque llegaron después nuevas órdenes para imponer la línea divisoria de las dos influencias a 370 leguas del mismo archipiélago [250].

Sin entrar en el meollo de los hechos que precedieron a la elaboración del texto del tratado, que fueron objeto de Luis Suárez Fernán-

[248] F. Paulino Castañeda, «El Tratado de Alcaçobas y su interpretación hasta la negociación del Tratado de Tordesillas»: *El Tratado de Tordesillas y su proyección,* tomo I, pp. 103-108.

[249] Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos,* vol. III, Barcelona, 1951. J. Veríssimo Serrão, *Itinerarios del-Rei don Joao II (1481-1495),* Lisboa, 1991.

[250] Véase el texto portugués en Ramos Coelho, *Alguns Documentos do Arquivo Nacional da Torre do Tombo,* Lisboa, 1892, pp. 69-80, y el comentario de Joaquim Bensaúde, «Estudos sobre don João», *Anais da Academia Portuguesa da História,* II.ª serie, vol. I (1946) Lisboa, pp. 229-254.

dez, Antonio Rumeu de Armas, Demetrio Ramos y otros historiadores del país vecino [251] y de Portugal [252], debe decirse que el día 7 de junio de 1494 estaban listas las «capitulaciones» entre las coronas española y portuguesa. Con base en la frontera marítima propuesta por don João II, el Tratado de Tordesillas procedía a la demarcación y límites del océano Atlántico en dos zonas de hegemonía ultramarina. Los artículos recibieron la plena aprobación de los Reyes Católicos y de don João II: los primeros se quedaban con las manos libres para proseguir la obra del descubrimiento colombino, y el segundo sin preocupaciones en cuanto a la política atlántico-índica que el hallazgo del cabo de Buena Esperanza permitía continuar [253]. Más complejo sería después aceptar la línea del contrameridiano, en las largas negociaciones que condujeron al Tratado de Zaragoza de 1529 [254].

El Tratado de Tordesillas debe verse como un acto elaborado por parte de las dos coronas hispánicas. Si hubo una concesión de los Reyes Católicos en cuanto al límite del meridiano, no la hubo menos por parte de don João II al ofrecer a España la vastedad del Atlántico occidental que, a través del continente americano, se abría hacia las puertas del Pacífico. El gran enigma histórico sigue siendo el del conocimiento o mera percepción de la existencia de la zona atlántica que llegó a ser Brasil, cuya parte marítima pertenecía a la esfera portuguesa. Haciendo avanzar hacia el oeste la línea de Tordesillas, ¿tuvo el rey don João II la certeza confirmada o sólo la premonición de que ese territorio habría de pertenecer a la corona portuguesa? Quiso el destino que las dos naciones hispánicas llegasen a ocupar dos espacios del continente suramericano para dejar en ellos el espíritu de misión y el ideal colonizador que les fuera reservado en el acuerdo de Tordesillas [255].

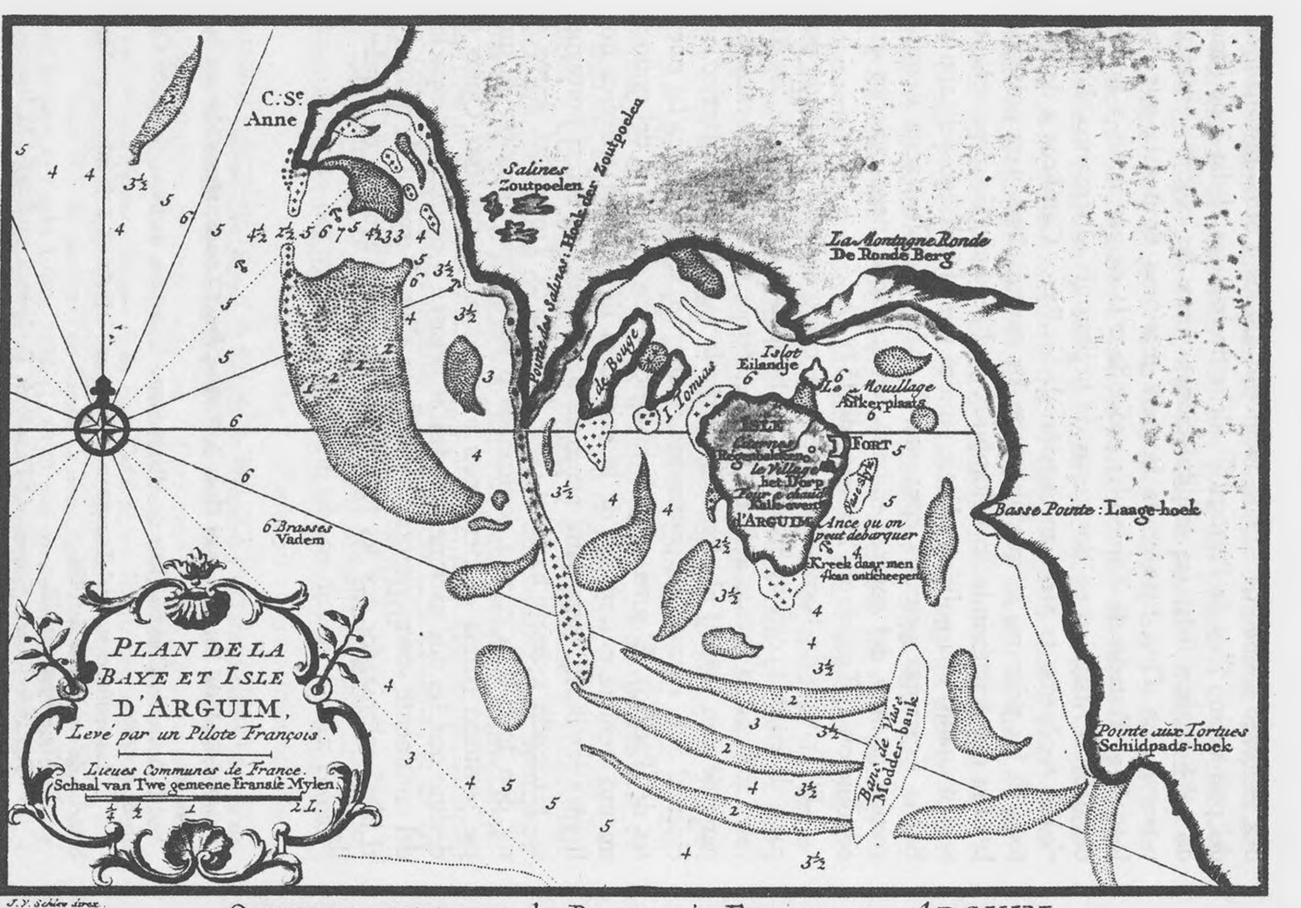
[251] Julio Vidal Baruque, Juan Pérez de Tudela, Ángel Losada, Manuel Lucena Salmoral, etc.

[252] Armando Cortesão, Luís de Albuquerque, A. Teixeira da Mota, Fernando Castelo Branco, etc.

[253] Las ratificaciones del Tratado se hicieron en Arévalo, el 2 de julio, y en Setúbal, el 5 de septiembre de 1494.

[254] Véase *infra*, cap. III.

[255] Fernando Castelo Branco, «O Tratado de Tordesilhas e o Brasil», *El Tratado de Tordesillas y su proyección*, tomo I, pp. 323-328.



OPPERVLAKTE van de BAAI en 't EILAND van ARGUIN, Getekend door eenen Franssen-Stuurman.

Capítulo III

PORTUGAL EN LA EUROPA DEL SIGLO XVI (1495-1580)

Portugal: nexo entre Europa y Ultramar

La subida al trono de don Manuel I abrió en la historia de Portugal la época que se suele caracterizar como «Siglo de Oro» [1] porque en ella se completó el proceso de los descubrimientos y conquistas en el Atlántico y amplió, en una doble vertiente, los límites de la expansión portuguesa. Por un lado, se estableció el primer circuito directo entre Europa y Oriente por medio de la navegación atlántico-índica con partida y destino en Lisboa; y, por otro lado, se fijaron las raíces de la presencia nacional en Brasil después del hallazgo histórico u oficial que Pedro Alvares Cabral efectuó en 1500. El monarca que la historia apoda como «el Venturoso» extendió, desde 1495 hasta 1521, los límites de la corona portuguesa, otorgando a su país una dimensión que, para su época, tiene mucho de ecuménica. El desdoblamiento ultramarino del Estado obliga a comprender dos realidades: la transposición de un Portugal atlántico hacia otro de carácter oriental; y el papel que una nación europea, de madre latina y cristiana, tuvo que adoptar en esa aproximación de tres mares y dos continentes [2].

Esto significa que el rey don Manuel I se vio obligado a alterar los mecanismos legados por don João II para la administración portuguesa en Ultramar. Con base en los archipiélagos del Atlántico (Ma-

[1] Véase Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal,* vol. III, «O Século de Ouro (1495-1580)», Lisboa, 1979.

[2] Joaquim Verissimo Serrão, «Bartolomeu Dias e o Descobrimento do Mundo Novo»: *A Essência e o Destino de Portugal,* Lisboa, 1992, pp. 81-90.

deira, Azores, Cabo Verde y São Tomé y Príncipe), en los castillos del norte de África (Ceuta, Tánger, Alcácer Ceguer, Asilah, Fez y Larache) y en los puntos de la costa africana que servían de apoyo al comercio y a la navegación, a Portugal le había sido posible, a lo largo del siglo XV, crear una primera estructura ultramarina. No se trataba de una concepción imperial, como aún se suele sostener, sino de una prolongación territorial para la que hubo que establecer formas específicas de gobierno a distancia. Legislando en materias de poblamiento y de administración y estimulando el aumento del comercio y la cristianización de los paganos, la Corona portuguesa había comprendido la nueva realidad atlántica. El proceso de los descubrimientos había conducido a la formación de una estructura del espacio, fijada en un marco geográfico discontinuo, a la que el Estado no podía permanecer ajeno ante la magnitud de una empresa salida del continente europeo [3].

El Atlántico no se veía sólo como el campo de prueba ofrecido a la aventura de los nautas portugueses, ya que era también la gran vía de conexión de Europa con los ignotos mundos de Ultramar [4]. La expansión marítima no puede desligarse del fundamento europeo en que tuvo origen, porque no fue un movimiento sólo orientado por un ideal ultramarino. Si la vocación histórica de Portugal correspondió, desde el siglo XV, a una apertura colectiva a otros continentes, nunca el país renegó de los orígenes geográficos y culturales que lo unían a Europa por las seculares formas de vida y de mentalidad de sus habitantes. Además de las características nacionales que imprimió al proceso expansionista, no hay dudas de que Portugal insertó en él la conciencia de Europa. Siendo parte integrante de la Península Ibérica, de ella se había diferenciado por la independencia política y por los objetivos nacionales. Por ello los descubrimientos portugueses deben verse como el primer paso de la expansión europea que abrió los tiempos modernos.

En la enumeración de los títulos regios de don Manuel I, no falta el vínculo portugués con Europa y, de igual modo, con las tierras del

[3] Luís Adão da Fonseca, «Bartolomeu Dias e a génese da Modernidade»: *Descobrimentos. História e Cultura*, Oporto (1988), pp. 49-56. Tiene interés la lectura de Sílvio Lima, *Ensaio sobre a Essência do Ensaio*, Coimbra, 1942.

[4] António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo. Panorama da difusão, pela Europa, de notícias dos Descobrimentos Geográficos Portugueses*, Lisboa, 1972.

señorío nacional que, en el primer cuarto del siglo XVI, constituían las parcelas diseminadas del Imperio: «Por gracia de Dios, rey de Portugal y de los Algarves, aquende y allende el mar en África, señor de Guinea y de la conquista, navegación y comercio de Etiopía, Arabia, Persia y de la India» [5]. Otro ejemplo oportuno puede encontrarse en el poema *Os Lusíadas,* que muestra la ósmosis de los conceptos de Europa y de Ultramar que supieron realizar los portugueses. En el canto I, estrofa 51, el poeta coloca a Vasco da Gama al llegar al océano Índico, donde las poblaciones costeras se interrogan sobre el origen de los extraños navegantes: «¿De dónde venían,/ Quiénes eran, de qué tierra, qué buscaban,/ O qué partes del mar corrido habían?». La respuesta de los marineros se tradujo en una expresión portuguesa de alto sentido europeo: «Los portugueses somos de Occidente,/ vinimos buscando las tierras de Oriente» [6].

Después del viaje de Vasco da Gama de 1497-1498, que constituyó la primera conexión atlántica entre Lisboa y Malabar, el monarca portugués fijó las pautas de su política en relación con Europa. Para proseguir la expansión ultramarina, se le imponía vivir en paz con los estados europeos, sobre todo con la vecina Castilla. No era posible para Portugal lanzarse en una empresa de tamaños riesgos humanos, militares y financieros, sin la garantía de una situación pacífica en el Occidente hispánico. El reino no podía implicarse, directa o indirectamente, en conflictos que llegasen a estallar en el escenario de Europa; de otro modo, no podría garantizar la libertad de acción nacional en Oriente, en África y en Brasil. Se comprenden así las tres vertientes de la política de don Manuel I: las cartas que dirigió a varias cortes sobre el proseguimiento de la expansión [7]; la acción diplomática que llevó a cabo en las diversas cancillerías europeas; y la política de matrimonios que él y don João III intentaron realizar o promover en la corte de España.

[5] Como surge de los documentos de la *Leitura Nova* (Arquivo Nacional da Torre do Tombo) del rey don Manuel I.

[6] Joaquim Verissimo Serrão, *Os Lusíadas y la Universalidad del Occidente,* Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional de Madrid, 4 de diciembre de 1972, p. 8.

[7] Baste con mencionar a Eugénio do Canto, *Carta de El-Rei don Manuel para os Reis Católicos dando-lhes parte da descoberta da India,* Lisboa, 1906. Virgínia Rau y Eduardo Borges Nunes, *Carta de don Manuel I ao Rei de Aragão sobre a tomada de Goa,* Lisboa, 1968. Sobre otras cartas y folletos, véase A. A. Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo,* pp. 267 y ss.

Los conceptos de «Fe» y de «Imperio»

Dos circunstancias llevaron a Portugal a adopar la «forma mentis» de un país neutral: el imperativo de la salvaguardia de la Independencia y la obligación de continuar la empresa ultramarina. Como realidad geopolítica, tuvo que defenderse o atacar para que su cuerpo físico y moral quedase a salvo de miles de amenazas. A esa meta contribuyeron la posición geográfica y la circunstancia de ser una nacionalidad, a partir del siglo XV, dispersa por mares y continentes. Esa toma de posición explica, por un lado, la defensa del territorio continental frente a la vecina Castilla y, por otro lado, la alianza con Inglaterra, que funcionó siempre en términos de defensa de la supervivencia en la metrópoli. Sin embargo, encarando el problema con una visión englobadora, o sea de política activa que corresponde a la manifestación de derechos soberanos, no es difícil reconocer que Portugal siempre había apreciado los valores de la neutralidad [8].

Portugal nunca alimentó conflictos a los que se sintiese ajeno, adoptando muchas veces una posición de equidistancia ante los desacuerdos de bloques políticos opuestos. La historia portuguesa en relación con Europa fue siempre de defensa y jamás de ataque. Se era neutral ante las otras naciones, por interés o por cálculo, por reconocer que las ventajas de esa posición eran mayores que los inconvenientes. Pero formaba parte del humanismo portugués la tendencia a aproximar los contrarios, cuando se esperaba de éstos el respeto por los legítimos derechos de los demás. Con su cuerpo territorial disperso por el mundo, Portugal tuvo que encarar las ventajas del neutralismo, desde que éste convenía a la preservación de la identidad nacional. Puede añadirse que el Estado portugués buscó, a lo largo de su historia, ser neutral cuando podía atacar y más que nunca lo fue cuando se imponía defenderse [9].

Éste es el gran marco de las relaciones exteriores de un Estado que se trasplantó a otras regiones del globo, pero que no dejó de volverse también a Europa. Si el viejo continente era su madre imperial y

[8] Pedro Soares Martínez, «A Neutralidade Portuguesa desde o século XVI» y Joaquim Verissimo Serrão, «Comentário à Comunicação de Pedro Soares Martínez»: *Colóquio sobre Portugal e a Paz*, Academia das Ciências de Lisboa (1989), pp. 81-96 y 97-102.

[9] Joaquim Verissimo Serrão, *ibidem*, p. 99.

cristiana, constituye una evidencia la doble orientación euroultramarina con que Portugal cumplió su misión histórica y ecuménica. Lo hizo con los conceptos de «Fe» y de «Imperio», en el cumplimiento de un designio de expansión territorial y de adhesión al espíritu de la Iglesia. A la luz de la mentalidad del siglo xv, y que se mantuvo en el siglo inmediato, no pueden ponerse en duda esas coordenadas de acción. La empresa ultramarina correspondía así a un proyecto político y a un imperativo religioso. Camões, en el canto I, estrofa 2, de *Os Lusíadas,* simbolizó la doble vertiente de la acción al referirse a los monarcas que «fueron dilatando la Fe y el Imperio y las tierras imperfectas de África y de Asia anduvieron dilatando» [10].

Si la neutralidad portuguesa era defendida en términos de Europa, el concepto ganaba otro matiz cuando se lo encaraba en términos de oposición ideológica o religiosa. La guerra era siempre injusta cuando afectaba a los pueblos que vivían en la misma creencia en el ideal de Cristo. Pero se podía considerar justa en dos circunstancias: en la preservación de la soberanía portuguesa diseminada en otras tierras y continentes; y si el mensaje del Evangelio era puesto en cuestión por los tradicionales enemigos de la Iglesia católica. La lucha contra los infieles, sobre todo contra los árabes y los turcos, debía equipararse a una cruzada religiosa y ser vista, por tanto, como necesaria y justa. Los portugueses se veían obligados a esa posición por ser al mismo tiempo «europeos» y «cristianos», portadores de un ideal que aproximaba a los hombres de todas las etnias y que pretendía hacer de ellos hermanos en Cristo [11].

El poeta y cortesano Garcia de Resende (1470-1536), en el testamento en verso a que dio el nombre de *Miscelánea,* muestra el espíritu colectivo que desde el rey don João II animó la vida portuguesa. Él concebía la paz como uno de los fundamentos de la mentalidad nacional, considerada desde el ángulo europeo. Portugal tenía derecho de hacer la guerra a los que no compartían la misma fe, siguiendo el objetivo que movía a la Iglesia a extender las fronteras de la cristiandad. Pero el país no podía ni debía manifestar ninguna forma de belicismo

[10] *Idem, Os Lusíadas y la Universalidad del Occidente,* pp. 9-10.

[11] Charles-Martial de Witte, «Les Lettres Papales concernant l' Expansion portugaise au xvıè siècle»: *Nouvelle Revue de Science Missionaire,* Immensee, 1986.

en relación con los demás reinos cristianos, a menos que fuese para defender la independencia amenazada o los derechos de soberanía que le asistían en el mundo ultramarino. En las deliciosas quintillas de Garcia de Resende se refleja la misma preocupación:

> Castellanos y franceses, Alemanes, venecianos, Navarros, aragoneses, Napolitanos, ingleses, Romanos y sicilianos, Italianos, milaneses, Suizos, también escoceses, Vimos batallar a todos, Matarse unos a otros, Salvo húngaros y portugueses [12].

Era la denuncia portuguesa de las guerras religiosas que devastaban el centro de Europa, lo que constituía motivo de ofensa para el Dios salvador que todas las naciones decían venerar. Este texto revela muy bien cómo, a mediados del siglo XVI, se apreciaba en Portugal el sentimiento de concordia que la corona mantenía con los otros estados europeos. A partir de 1580, la unión dinástica con España vino a modificar las premisas de la cuestión, en la medida en que la participación portuguesa en la política exterior de la monarquía dualista se volvió una opción fundamental. Puede invocarse el ejemplo de la Armada Invencible, así como la amenaza que las naciones competidoras de España —Inglaterra y los Estados Generales de Holanda— no dejaron de hacer sentir sobre nuestras posesiones de Oriente y del África oriental. También la conquista flamenca del nordeste de Brasil justifica la política de guerra que la Restauración de 1640 tuvo que llevar a cabo para preservar la independencia en la metrópoli y en Ultramar. Pero esas consideraciones se sitúan al margen del tema tratado.

Junto a la explicación divina, hubo razones fuertemente humanas en la grandiosa epopeya a que ligaron su nombre los protagonistas de los descubrimientos. Cumple destacar, entre todas ellas, el factor religioso que tanto impulsó el contacto de los portugueses con los nativos. Admitiendo que en las tierras ignotas vivían otros pueblos a los que se debía atraer hacia el seno de la Iglesia, el ideal misionero acompañó siempre, paso a paso, la expansión portuguesa. Sentían los hombres de entonces que la hermandad cristiana, hecha de amor al próji-

[12] Garcia de Resende, *Cronica de don João II e Miscelânea,* con estudio de Joaquim Verissimo Serrão, Lisboa, 1991, pp. 46 y 355.

mo en la conquista del propio destino, se debía extender hasta los límites del cosmos. En esa esperanza se propagó la vocación nacional para aproximar razas diferentes, en la entrega de la lengua y de las costumbres, del sentimiento y de la cultura, que ha de permanecer como uno de los títulos duraderos de la civilización portuguesa. Son datos positivos que la historia registra y que no pueden ponerse en duda tras el enfoque de ideologías materialistas [13].

Si no fuera así, ¿cómo explicar que se construyesen iglesias y capillas, poco después de los descubrimientos, como apoyo religioso de los varios estratos de la población? ¿Y cómo explicar que en las carabelas y naves fuesen también misioneros, encargados de la asistencia espiritual a los nautas y a los colonos? Si el objetivo de la expansión ultramarina fuese sólo el de explotar las riquezas de las tierras e islas descubiertas, no habría motivo para que la religión interviniese en los planes agrícola y comercial. Bastaba el envío de expediciones para hacer negocios lucrativos, otorgando a las factorías el papel esencial de la obra colonizadora. Bastarían entonces los motivos puramente económicos para justificar la génesis de los descubrimientos. Pero la verdad impone reconocer que la colonización de los nuevos mundos fue mucho más lejos en el ideal de la expansión humana que Portugal supo realizar. Lo animó también un profundo fermento espiritual que las crónicas y los textos coetáneos de ningún modo desmienten.

Relaciones con España: bodas reales

Don Manuel I comprendió el alcance de la política exterior de don João II al garantizar la paz en la Península Ibérica por medio de una unión de sangre con los Reyes Católicos. Poco después de subir al trono eligió como esposa a la infanta doña Isabel, viuda del príncipe don Afonso, que había muerto en un accidente de caballo en 1491, en la entonces villa de Santarém. El contrato matrimonial se firmó en Burgos el 30 de noviembre de 1496 con la condición impuesta por la

[13] A. da Silva Rego, *Documentação para a Historia das Missões do Padrõado Português do Oriente. India*, vols. I-XII, Lisboa, 1947-1958. Artur Basilio de Sa, *Documentação para a Historia*, vols. I-VI, Lisboa, 1954-1988.

novia de que se expulsase de Portugal a los judíos que no quisieran convertirse. La propuesta, que fue aceptada por don Manuel I, crearía graves problemas en el tejido social del reino por abrir con el tiempo un período de odios y persecuciones que se tradujo en la lucha entre cristianos viejos y cristianos nuevos [14]. Pero «el Venturoso» consideró que las ventajas políticas del matrimonio constituían un éxito para la corona portuguesa porque en ese entonces se estaba aprontando la flota que condujo a Vasco da Gama al continente indiano.

Poco después de la llegada de doña Isabel a Lisboa, su hermano don João, príncipe de Asturias, falleció en Valencia de Alcántara, por lo que los Reyes Católicos pidieron a don Manuel I y a su esposa que se trasladasen a España. En la reina de Portugal recaía la sucesión del trono vecino, por lo que había que proceder a su juramento en Cortes. Así sucedió en la primavera de 1498, estando ya doña Isabel embarazada del infante don Miguel da Paz, que nació el 24 de agosto siguiente [15]. Pero como la esposa de don Manuel I falleció en el parto unos días después, la sucesión al trono hispánico recaía en el joven príncipe que, entretanto, era también consagrado heredero de la corona portuguesa en las Cortes de Lisboa del 7 de marzo de 1499 [16]. En la persona de don Miguel da Paz, sólo con medio año de edad, se abrió la perspectiva de una futura unión ibérica, contra la cual protestaron enseguida los tres estados del reino, pidiendo garantías para la conservación de la independencia nacional. El príncipe falleció, no obstante, en Granada el 19 de julio de 1500, por lo que el proyecto de fusión de las dos coronas quedó malogrado por la fatalidad [17].

Pero el rey don Manuel I no desistió de negociar la amistad peninsular, eligiendo como esposa a la segunda hija de los Reyes Católi-

[14] Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, vol. III, Valladolid, pp. 1-8, n.° 467. Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Gavetas, 17, mazo 5, doc. 15.

[15] Antonio Rumeu de Armas, *Itinerario de los Reyes Católicos*, Madrid, 1974, p. 245.

[16] Damião de Góis, *Cronica do Serenissimo Rey don Manuel*, cap. XXXIV, p. 71. Visconde de Santarém, *Alguns Documentos para servirem de Provas à Parte 2.ª das Memorias*, Lisboa, 1828, pp. 273-329. Ver el sumario en J. Verissimo Serrão, «Lisboa, Cortes de 1498»: *Dicionário de História de Portugal*, ed. Joel Serrão, vol. II, p. 775.

[17] D. António Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, vol. II, Coimbra, 1947, p. 134. A. Rumeu de Armas, *Itinerario de los Reyes Católicos*, p. 263. Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. El camino hacia Europa*, Madrid, 1990, pp. 194-195.

cos. La boda con la princesa doña María tuvo lugar el 30 de octubre de 1500, y de ella derivó una amplia descendencia, comenzando por el príncipe heredero don João, más tarde rey con el nombre de don João III (1521-1557). En lo que se refiere a la política exterior portuguesa, corresponde ya señalar que dos hijas se casaron en el extranjero: la princesa doña Isabel (1503-1539) se unió a Carlos V y fue emperatriz de Castilla; y la infanta doña Beatriz (1504-1538) se casó en 1521 con Charles III, duque de Saboya. El 7 de marzo de 1517 falleció la reina doña María, y el viudo fue una vez más al reino vecino a buscar a su tercera esposa. Se trataba de la princesa doña Leonor de Austria (1498-1558), hija de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, por lo tanto hermana del emperador Carlos V, desde hacía poco Carlos I de España [18].

La novia ya había sido prometida al príncipe heredero, pero ello no impidió que el rey don Manuel I llevase adelante un proyecto matrimonial con el que pretendía reforzar los lazos de amistad entre las dos coronas hispánicas. Don João III continuó esa política de uniones de sangre que garantizaba la paz en la Península Ibérica. El ya mencionado casamiento de la hermana doña Isabel con Carlos V, que se produjo en Sevilla en 1526, otorgó mayor lustre europeo a la corona portuguesa [19]. Durante las ausencias del marido en la guerra contra Francia, la nueva emperatriz llegó en tres ocasiones a asumir el gobierno del Estado español. El segundo enlace fue el del rey de Portugal con la princesa doña Catalina de Austria (1507-1578), hermana menor del emperador. Ello significa que los dos matrimonios eran entre sí cuñados, tanto por parte de los maridos como de las esposas, en un estrechamiento de lazos de sangre que volvió hermanas a las dos coronas hispánicas.

Esos lazos se reforzaron aún más con los casamientos de los respectivos hijos. Así sucedió con el príncipe Felipe de Castilla (1526-1598), que se casó en 1543 con la princesa doña María de Portugal (1527-1545), mientras que la princesa doña Juana (1535-1573), también

[18] Damião de Góis, *Cronica,* parte IV, cap. XXXIII, pp. 82-83.

[19] A. Braamcamp Freire, «Ida da Imperatriz Isabel para Castela»: *Boletim da Segunda Classe de Letras da Academia das Ciências de Lisboa,* vol. XIII, n.º 2 (Lisboa) 1920, pp. 651-657. Manuel Fernández Álvarez, *Corpus Documental de Carlos V, I (1516-1539),* Salamanca, 1973, pp. 100 y ss.

hija de los emperadores Carlos V y de doña Isabel de Portugal, recibió como esposo, en 1553, al príncipe don João (1535-1553), hijo de los reyes don João III y doña Catalina de Austria [20]. Esas dos uniones condujeron al nacimiento del príncipe don Carlos (1544-1568), que fue heredero del trono de España y cuya muerte se produjo en circunstancias misteriosas; y, en el caso portugués, al del futuro rey don Sebastião (1554-1578), muerto en Alcazarquivir y que abrió, con su desaparición, el grave problema de la sucesión dinástica en Portugal. Gregorio Marañón vio en este conjunto de uniones un proceso de «bárbara consanguinidad» que, teniendo en consideración los dos ejemplos arriba apuntados, empobreció la genealogía regia, tanto en España como en Portugal [21].

Ello no impide que se reconozca en esa política matrimonial el interés recíproco de las dos coronas en preservar la estabilidad de la Península Ibérica. Una y otra no quisieron que la elección de los casamientos de sus reyes e inmediatos sucesores tuviese otra solución que no fuese la hispánica. Era una posición de defensa para con la Europa traspirenaica, en gran parte dividida por las guerras de religión y por profundas disensiones políticas. La Reforma protestante obligaba a los monarcas de Portugal y de España a preservar el ambiente religioso, lo que se volvía difícil en el caso de algunas personas de las dos familias reales que se hubieran casado en Francia o en Inglaterra. La primera gran excepción al principio se dio en 1553, con la boda del príncipe Felipe de España con María la Sanguinaria (Bloody Mary), reina de Inglaterra. Pero, en el caso portugués, fueron infructuosas las diligencias británicas para sentar al infante don Luis (1506-1555) en el trono de Saint-James [22].

Por lo menos hasta 1550, la Península Ibérica constituyó para las dos coronas un bloque profundamente unido por los intereses de la política hispánica. Tanto España como Portugal podían realizar así la obra colonizadora en los respectivos hemisferios delimitados en Tor-

[20] Queiros Veloso, *don Sebastião (1554-1578)*, Lisboa, 1936.
Joaquim Verissimo Serrão, *Itinerários de El-Rei don Sebastião. 1568-1578*, 2.ª ed., Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1989.

[21] *Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época)*, vols. I-II, Madrid, 1948. Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III, pp. 54-56.

[22] Alfredo Pimenta, *don João III*, Oporto, 1936, pp. 153-154.

desillas. La fidelidad a los principios de la Contrarreforma permitió a Carlos V y a don João III trazar una orientación homogénea en cuanto a la defensa en los dos reinos del llamado espíritu tridentino [23]. La amistad de las dos familias reinantes, unidas por tantos lazos de sangre y de parentesco, fue así el soporte de una alianza defendida en el mundo ultramarino y por la acción de la diplomacia. Ello no impide que hubiese habido algunas sombras en la relación ibérica al más alto nivel, lo que era natural por el choque de intereses a que la competencia en los océanos daba fatalmente lugar. El primer viaje de circunnavegación y el límite del contrameridiano de Tordesillas se situaron en ese campo de disputa, para la cual la amistad de las dos coronas encontró enseguida las soluciones deseadas.

El viaje de Fernão de Magalhães-Sebastián de Elcano

En la lista de los portugueses que legaron su nombre a la historia universal, no puede omitirse el de Fernão de Magalhães, que realizó al servicio de España la parte inicial del primer viaje de circunnavegación del globo. Nacido poco antes de 1485 en la localidad de Sabrosa, provincia de Entre Douro y Miño, sirvió en la corte de don João II como paje de la reina doña Leonor y, después en la de don Manuel I como escudero. Fue a India en 1505 en la escuadra que dirigió el primer virrey don Francisco de Almeida, participando en las expediciones hechas a Sofala y Kilwa. Volvió a Oriente en 1509 y tomó parte dos años más tarde en la conquista de Malaca por Afonso de Albuquerque. De allí continuó con Francisco Serrão, jefe de la expedición que en 1512 fue a reconocer el archipiélago de Banda y las Molucas. Asistió entonces en el puerto de Ternate a un abundante cargamento de clavo y nuez moscada, lo que lo convenció de que allí se encontraba la verdadera fuente de las especias. Habiendo vuelto después al reino, parti-

[23] José María Jover, «Sobre la política exterior de España en tiempo de Carlos V», *Carlos V (1500-1558)*, Granada, 1958, pp. 111-218. Joaquim Verissimo Serrão, «Carlos V. Suas Relações com Portugal». *Dicionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrão, vol. I, pp. 486-488.

cipó al lado de don Jaime, duque de Bragança, en la conquista de Azamor en 1514 [24].

La estancia en las Molucas mostró a Fernão de Magalhães la importancia de ese archipiélago en la obtención de las especias, lo que significaba abrir a Portugal nuevos mercados para la compra y venta de los celebrados productos. Lo animó entonces el sueño de valorizar la presencia nacional en Oriente, colaborando en la obra de afirmación de la soberanía portuguesa que Afonso de Albuquerque estaba realizando en aquellos parajes. Pero no siendo atendido su proyecto ni recibiendo de don Manuel I las compensaciones que creía merecer, en 1517 Magalhães dejó el reino y fue a ofrecer sus servicios al rey de Castilla. Desde que las Molucas estaban situadas en la zona del contrameridiano de Tordesillas, cualquiera de los dos reinos podía aspirar a su legítima posesión. Fue así como Fernão de Magalhães tentó al emperador con la propuesta «del descubrimiento de las especias y de otras tierras ricas» [25]. Carlos V no tardó en aceptar el plan de Magalhães, lo que condujo al primer viaje oficialmente hecho alrededor de la Tierra [26].

Con Magalhães participaron, en el viaje o fuga a Sevilla, otros portugueses igualmente abatidos por el olvido regio o sólo deseosos de colaborar en aquella aventura. Tal fue el caso de su cuñado Duarte Barbosa, a quien se atribuye la redacción del *Libro en que se hace relación de lo que vio y oyó en Oriente*, escrito alrededor de 1516 [27]; los famosos cartógrafos Rui y Francisco Faleiro; los pilotos Estêvão Gomes, Alvaro de Mesquita y João Lopes de Carvalho, peritos en la navegación del Atlántico y del Índico; el pariente Martinho de Magalhães; los marinos Estêvão Dias, Afonso Gonçalves y otros más. Cuando los historiadores insisten en la «traición» de Magalhães, olvidan que lo siguió un grupo de hombres adiestrados en la guerra y en la marinería,

[24] Visconde da Lagoa, *Fernão de Magalhães (a sua vida e a sua obra)*, tomos I-II, Lisboa, 1938. Queiros Veloso, *Fernão de Magalhães (a vida e a viagem)*, Lisboa, 1941.

[25] Joaquim Verissimo Serrão, «Um Memorial de Francisco Faleiro ao Imperador Carlos V. 1531»: *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. I (1969), París, pp. 451-454.

[26] Francisco Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, 5.ª ed., Madrid, 1990, pp. 224 y ss.

[27] Joaquim Verissimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. I (séculos XII-XVI), Lisboa, 1972, pp. 364-370.

lo que prueba la confianza que en él depositaban los compañeros de la aventura. Aunque al servicio oficial de España, la expedición tuvo la valiosa ayuda técnica de los portugueses que participaron en ella o de los que, como los hermanos Faleiro, contribuyeron a su organización [28].

La historia del viaje se conserva escrita por dos de sus participantes: el cronista Antonio Pigafetta y el contramaestre de bordo Francisco de Albo [29], además de los textos de autores dudosos o desconocidos [30]. Por tal motivo, no entramos en pormenores sobre la marcha de la expedición desde su partida de Sanlúcar de Barrameda, el 21 de septiembre de 1519, hasta pasar por la costa de Brasil. Se refería apenas que la flota atravesó en noviembre del año siguiente el estrecho que pasó a ser conocido por el nombre de Magallanes, realizando así una de las mayores proezas de la historia marítima. El océano Pacífico fue avistado por Vasco Núñez de Balboa el 25 de septiembre de 1513 desde el istmo de Panamá, pero el primer reconocimiento del nuevo mar comenzó con la proeza de Fernão de Magalhães y sus compañeros. Así tuvo lugar el descubrimiento de varias islas, entre ellas las de los Latinos o de los Ladrones, que corresponden en la actualidad a las islas Marianas. A finales de marzo de 1521 arribaron a la pequeña isla filipina de Zamar habiendo el comandante bautizado a este grupo de islas con el nombre de São Lázaro. Pero en una refriega con los indígenas de la isla de Cebú el día 7 de abril, Magalhães perdió la vida con algunos de sus compañeros [31].

La muerte del comandante portugués llevó a la tripulación a elegir a Duarte Barbosa como capitán de la nave *Trinidad*, siendo entregado el mando de la nave *Victoria* a otro protugués, el piloto João Lopes de Carvalho. No tardó Barbosa en verse sustituido por Carvalho que, a

[28] Avelino Teixeira da Mota, *O Regimento da Altura de Leste-Oeste de Rui Faleiro. Subsídios para o estudo naútico e geográfico da viagem de Fernão de Magalhães*, Lisboa, 1986.

[29] António Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, versión castellana de Federico Ruiz Marcuende, Madrid, 1941. Francisco Albo, *Diario del Piloto*, pub. Fernández de Navarrete, *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, tomo II, Madrid, 1825, p. 532.

[30] António Baiao, «A viagem de Fernão de Magalhães por una testemunha presencial», *Arquivo Histórico de Portugal*, vol. I (Lisboa) 1932, pp. 276-281. Jean Valière, *Le Voyage de Magellan raconté par un homme qui fut en sa compagnie*, París, 1976.

[31] José Ibañez Cerda, «La muerte de Magallanes»: *A Viagem de Fernão de Magalhães e a Questão das Molucas*, ed. de A. Teixeira da Mota, Lisboa, 1975, pp. 411-433.

su vez, fue obligado a ceder la capitanía a Gonzalo Gómez de Espinosa, mientras que la *Victoria* pasó a ser dirigida por el vizcaíno Juan Sebastián de Elcano. En otoño, las dos naves llegaron a Maluco, haciendo posteriormente una escala, el 8 de noviembre, en la isla de Tidor. Tal era el proyecto inicial de Magalhães, que su muerte le impidió eralizar. El rey local Almanzor autorizó a las embarcaciones a cargar una importante cantidad de clavo, pero las dificultades de la navegación impidieron a la nave *Trinidad* seguir el viaje, por lo que la otra nave, con 900 quintales de clavo, tomó el rumbo del Cabo de Buena Esperanza. Con una tripulación reducida a 18 españoles, y estando Elcano al frente, la *Victoria* entró en Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522, finalizando así una de las mayores empresas marítimas de la historia moderna [32].

Relaciones con España: El Tratado de Zaragoza (1529)

En el año 1518 los reyes Carlos I y don Manuel I habían confirmado los artículos sobre la demarcación del meridiano divisorio en Oriente [33]. Mientras tanto, el regreso de la nave *Victoria* reabrió el problema de las Molucas, en las manifestaciones de desconfianza que suscitó en Portugal. Llegaban noticias de que algunos castellanos se habían quedado en la isla de Tidor preparando nuevas cargas de especias. Como Antonio de Abreu, Francisco Serrão y otros portugueses se habían instalado desde 1512 en varias islas del archipiélago la posesión de las Molucas se convirtió en un motivo de litigio entre las dos coronas. A su vez, el emperador no quería perder las ventajas de orden comercial y marítimo resultantes de la expedición de Magalhães-Elcano. Para solucionar el conflicto, que obligó a una intensa actividad diplomática, se hizo preciso fijar el contrameridiano de Tordesillas. Había dificultades técnicas en la demarcación, por lo que el apoyo de los

[32] Amancio Landin Carrasco, *Islario Español del Pacífico. Identificación de los descubrimientos en el Mar del Sur*, Madrid, 1984, pp. 13-16.

[33] Joaquim Verissimo Serrão, *Historia de Portugal*, vol. III, «O Século de Ouro (1495-1580)», Lisboa, 1979, pp. 37-39.

cartógrafos y pilotos se consideró fundamental [34]. Pero el litigio no era sólo marítimo, sino que también incluía fuertes componentes de orden político, jurídico y religioso [35].

Los plenipotenciarios acabaron por reconocer que las Molucas quedaban en el hemisferio portugués, aunque España reivindicase su posesión con el argumento de que era de 6.000 leguas la medida del semimeridiano del arco terrestre. Los mensajes de los capitanes de Insulindia que llegaban a Lisboa eran motivo de inquietud: «Yo os requiero de parte del rey nuestro señor /.../ que me mandéis la armada y gente para que pueda resistir a la de los castellanos», escribía António de Brito, capitán de las Molucas, a Jorge de Albuquerque, capitán de Malaca [36]. A su vez el rey de Ternate, Abu Hayat, lanzaba un vehemente llamamiento a Albuquerque:

> Aquí vinieron dos naos de Castilla, en las cuales no había más que mercancías y armas, para hacer fuerte la isla de Tidor, diciendo que aquel lugar era suyo, y de hecho lo tienen ahora para ellos /.../ Pido, señor, a Vuestra Alteza, que otra vez mande mirar y defender esta vuestra tierra de Ternate y a mí mande proteger, por cuanto soy mozo y huérfano. Señor, no digo más a Vuestra Alteza sino que yo y esta tierra que es vuestra /.../» [37].

Frente a éste y otros llamamientos llegados de Oriente, no podía la corte portuguesa dejar de sentir el peligro resultante de la instalación de los castellanos en Insulindia. Se imponía encontrar una solución a nivel diplomático, para el caso de las Molucas, por lo que Carlos V otorgó poderes al doctor Cabrero y al protonotario Cristóvao Barroso para que fueran a Lisboa a tratar del asunto de la demarcación y pertenencia de aquellas islas [38]. El trámite no obtuvo el éxito deseado, lo

[34] Luís de Albuquerque, «O Tratado de Tordesilhas e as dificuldades técnicas da sua aplicação rigorosa»: *El Tratado de Tordesillas y su proyección*, Valladolid, 1973, tomo I, pp. 119-138.

[35] Ángel Santos Fernández, «Conflictos interpatronales», *ibidem*, tomo II, pp. 9-80. Leandro Tormo Sanz, «Las diferencias misionales a uno y otro lado de la línea», *ibidem*, tomo II, pp. 81-94.

[36] A. Basilio de Sa, *Documentação para la História das Missões do Padrõado Português do Oriente. Insulíndia*, vol. I, Lisboa, 1954, pp. 128-130, n.° 19.

[37] «Carta del 28 de agosto de 1522», pub. *idem, ibidem*, vol. I, pp. 126-127, n.° 18.

[38] 31 de enero de 1523. Cit. Rosario Parra Cala, «Documentos existentes en el Ar-

que condujo a la realización de una Junta, con juristas y marinos de las dos partes. Para tratar de los preliminares del encuentro, el rey de Portugal nombró procuradores al doctor João de Faria, miembro del Consejo regio, y a Pedro Correia, señor de la villa de las Velas, en las Azores. Del lado español participaron en la reunión el gran canciller Matturino de Gattinara, los comendadores de las Órdenes de Santiago y Calatrava, respectivamente Hernando de Vega y García de Padilla, así como el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal [39].

Así se estableció el acuerdo para la Junta que se realizó en la frontera del Caia en abril y mayo de 1524, y que llegó a ser conocida con el nombre de Badajoz. La reunión excedió la esfera puramente diplomática y revistió la forma de un debate entre técnicos de marinería y de ciencia cartográfica. Junto al embajador António de Azevedo Coutinho y de los doctores Gaspar Vaz y Francisco Cardoso, la Corona portuguesa envió a la Junta al antiguo capitán Diogo Lopes de Sequeira, al teólogo Francisco de Melo, al médico y astrólogo Tomás de Torres, a Pedro Afonso de Aguiar, al cosmógrafo Simão Fernandes y al piloto Bernardo Pires. La delegación española tenía el apoyo técnico de don Fernando Colón, hijo del almirante, de algunos pilotos y cartógrafos, así como del capitán Juan Sebastián de Elcano. El emperador había dado instrucciones a sus delegados para concertar una estrategia de resultados eficientes [40]. Colón fue de la opinión de que la demarcación del contrameridiano debía estar precedida por la fijación de la longitud en grados. También el piloto mayor Sebastian Cabot y el piloto Juan Vespucio presentaron pareceres favorables a la tesis española [41].

chivo General de Indias sobre el Tratado de Tordesillas, las Juntas para la fijación de la línea y el convenio de Zaragoza», *El Tratado de Tordesillas y su proyección*, tomo II, pp. 269-294.

[39] R. Parra Cala, *ibidem*, p. 276, n.os 19-20.

[40] *Idem, ibidem*, p. 277, n.os 25-26. Véase la documentación portuguesa sobre la reunión de 1524, en el Arquivo Nacional da Torre do Tombo, *Gavetas*, vol. VIII, Lisboa, 1970, pp. 154-159, 585-586, 612-632, 673-675. Para mayor desarrollo, Armando Cortesão, *Cartografia e Cartógrafos Portugueses dos Séculos* XV e XVI, tomo I, Lisboa, 1935. Luís de Albuquerque y Rui Graça Feijó, «Os pontos de vista de don João III na Junta de Badajoz-Elvas»: *A viagem de Fernão de Magalhães e a Questão das Molucas*, pp. 533-537.

[41] Rosario Parra Gala, *Documentos existentes en el Archivo General de Indias*, p. 279, n.os 40-41-42.

No fue posible el entendimiento de las dos partes, por no aceptar España el argumento de que el comercio de las Molucas estaba, desde 1512, en manos de los portugueses, por lo que correspondía a Carlos V impugnar la existencia de ese usufructo. A su vez, don João III no aceptaba la posición de que le correspondía a Portugal hacer las alegaciones para demostrar que aquella zona de Insulindia estaba vedada a España. La falta de entendimiento en cuanto a los aspectos técnicos de la reunión no impidió que las dos coronas mantuviesen conversaciones a nivel diplomático, por medio de Lopo Hurtado de Mendaza, de António de Azevedo Coutinho, embajadores respectivamente en Portugal y en el país vecino. Deseoso de preservar la paz entre las dos naciones, Carlos V adoptaba una posición singular: el asunto de Maluku se reducía a un tema de derecho y no de astrología y náutica, por lo que se imponía demostrar la razón de la Corona de España en poder comerciar en las Molucas. La boda de la princesa doña Isabel con el emperador se tradujo en un renovado deseo de mantener la concordia peninsular con el envío de varias misiones a las dos cortes [42].

El Tratado de Zaragoza, firmado el 15 de abril de 1529, permitió finalmente resolver la cuestión de las Molucas, con la fijación de la línea del contrameridiano. Los embajadores españoles Mercurino de Gattinara y fray García de Loaysa, así como António de Azevedo Coutinho, firmaron el documento del acuerdo que ponía término a seis años de difíciles negociaciones. El emperador cedía al rey de Portugal el derecho a la posesión de Maluku y al comercio en las tierras e islas adyacentes, por un monto global de 350.000 ducados en moneda corriente de oro o plata. Dado que la zona en litigio se encontraba en la esfera del meridiano portugués, la corona de don João III adquirió tierras que ya le correspondían de pleno derecho. Otorgando al pleito una fundamentación más jurídica que cosmográfica, la parte española obtuvo una victoria diplomática de largo alcance, sobre todo en el momento en que Carlos V vivía empeñado en una larga guerra contra Francia y carecía de refuerzos para costear esa lucha [43]. Pero la paz ha-

[42] Anselmo Braamcamp Freire, *Ida da Imperatriz Isabel para Castela*, estudio citado, Lisboa, 1920. Manuel Fernández Álvarez, *Corpus documental de Carlos V (1516-1539)*, Salamanca, 1973, pp. 131 y ss.

[43] Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III, «O Século de Ouro (1495-1580)», Lisboa, 1979, pp. 38-39.

bía sido garantizada en la Península Ibérica, al mismo tiempo que Portugal obtenía también el mayor provecho de la extensión de su comercio a los archipiélagos de Insulindia.

Relaciones con Francia: la guerra de corso

Habiendo optado la corona portuguesa, como principal aspecto de su política exterior, por la alianza con España, el reino de Francia no podía entonces constituir un interlocutor privilegiado de don Manuel I y, menos aún, de don João III. No había vínculos de sangre ni intereses inmediatos que salvaguardar entre las dos coronas. En el momento de su llegada al trono, François I sólo deseaba fortalecer la unidad nacional frente al peligro hegemónico que el proyecto de la República Cristiana dejaba entrever de la Casa de Austria. En cuanto a Portugal, en el período anterior a 1521 cumplía su misión ultramarina en Oriente, mientras no llegase la hora de proceder a la colonización efectiva de Brasil. Se concluye de lo expuesto que Francia contó poco o nada en el tablero de la diplomacia portuguesa durante el reinado de «el Venturoso». A los efectos de la guerra de corso, a partir de la década de 1520, se debió una aproximación política, más en defensa de la navegación portuguesa en el Atlántico que en la búsqueda de una alianza que Portugal, en ese momento, no necesitaba. Con su base exterior fijada en los tratados con Inglaterra y con Flandes, la Corona portuguesa prescindía de un acuerdo de amistad perpetua con el reino francés [44].

Sin embargo, hubo estrechas relaciones comerciales de Lisboa, de Oporto y de otros centros marítimos portugueses con sus congéneres del Atlántico y del Mediterráneo. Manteniendo los contactos comerciales que remontaban a los últimos siglos de la Edad Media, los mercaderes lusos siguieron frecuentando los puertos del suroeste (Bayona, Burdeos, Nantes y La Rochelle), de Normandía (Honfleur, Ruán y Dieppe), del Languedoc (Aigues-Mortes, Agde y Montpellier) y de la Provenza (Marsella) [45]. También pudieron estrecharse las

[44] M. E. Gomes de Carvalho, *don João III e os Franceses*, Lisboa, 1909. Alfredo Pimenta, *don João III*, Oporto, 1936, pp. 108 y ss.

[45] Falta en la bibliografía portuguesa una obra de conjunto sobre las relaciones comerciales entre Portugal y Francia en el siglo XVI.

relaciones entre Portugal y las universidades y colegios franceses, gracias al gran número de estudiantes que fueron allí a obtener sus grados y que llegaron incluso a ser profesores [46]. Pero importa reconocer que el principal vínculo de las dos coronas tuvo como opción, entre los años 1520 y 1550, los problemas resultantes de la piratería que los nautas de Francia provocaron a la navegación portuguesa. Esa acción perturbadora se producía no sólo a lo largo de la costa atlántica, sino también en las muchas tentativas hechas por los corsarios para instalarse en Brasil [47].

Francia no reconocía el principio del *mare clausum* que Portugal tenía como implícito en la letra del Tratado de Tordesillas. Por tal motivo, fue el primer estado europeo que defendió la libertad de los mares, abriendo el camino al principio del *mare liberum* que ganaría la debida audiencia, a finales del siglo xvi, por parte de los juristas y teólogos de Holanda y de Inglaterra [48]. El rey François I no aceptaba verse excluido del reparto efectivo de los océanos por parte de las coronas portuguesa y española. Se había percatado de que su apartamiento naval en el plano ultramarino podía tener graves consecuencias para la afirmación de la identidad nacional francesa. No disponiendo de medios para competir con Portugal en el campo marítimo, el monarca francés decidió, por medio de la guerra naval, atacar los intereses portugueses en las zonas neurálgicas del Atlántico. Tales son los fundamentos históricos de la lucha de corso que Francia intentó contra don João III y que perturbó gravemente las relaciones entre los dos estados en el segundo tercio del siglo xvi [49].

Las expediciones francesas a la costa de Brasil habían sido esporádicas antes de 1510. Se tiene noticia de que el capitán Paulmier de Gonneville, natural de Honfleur, desembarcó en varios puntos de Brasil con el apoyo de los portugueses Sebastião de Moura y Diogo Cou-

[46] Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de París entre 1500 et 1550*, Coimbra, 1950. Joaquim Verissimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Toulouse*, Coimbra, 1954. *Idem*, Les Portugais à l'Université de Montpellier (*xiiè xviiè siécles)*, París, 1971.

[47] Joaquim Verissimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século xvi*, tomo I, Lisboa, 1965, pp. 43 y ss.

[48] Marcelo Caetano, *Portugal e a Internacionalizaçao dos Problemas Africanos (História duma Batalha: da Liberdade dos Mares às Naçoes Unidas)*, 4.ª ed., Lisboa, 1971, pp. 9 y ss.

[49] En el terreno histórico-jurídico, véase Ruy de Albuquerque, *As Represálias. Estudo de História do Direito Português (Sécs. xv e xvi*), vols. I-II, Lisboa, 1972.

tinho, pilotos del camino de la India [50]. Sólo después de aquella fecha comenzaron los nautas de Dieppe y de otros puertos de Normandía a emprender ataques de mayor violencia contra la navegación de Portugal. A la muerte de don Manuel I, la situación era tan inquietante que el nuevo monarca reconoció la necesidad de enviar al antiguo trinchante mayor de la corte don João da Silveira en una embajada extraordinaria en 1522. ¿Cuál era el fin específico de su misión?: «la de requerir la restitución de muchas presas que los armadores franceses han hecho en nuestros naturales y vasallos, y también en nuestra hacienda después de esta guerra entre Castilla y Francia» [51]. Se trataba de una fundada protesta contra las acciones de corso en la Europa Atlántica y para impedir también nuevas tentativas de penetración francesa en Brasil [52].

João da Silveira ya había cumplido otra misión de ese tipo en 1510 ante el rey Louis XII, sin que hubiera surtido el efecto deseado [53]. Doce años después, su regreso a Francia coincidía con la instalación en Lisboa del mercader Honoré de Caix, que desempeñaría funciones de cónsul antes de ser nombrado residente y, después, embajador de la corte francesa, en una actividad que se extendió durante más de treinta años [54]. João da Silveira se quedó en Francia hasta 1530, sin poder acabar o reducir la guerra de corso desatada contra la navegación de su país. Se produjo entonces la mayor captura de naves portuguesas a lo largo de la costa y en las inmediaciones de Madeira, de las Azores y de Galicia. Los documentos revelan que el número de presas superaba los 300 barcos un poco antes de 1530, «la cual pérdida, que más verdaderamente habría que llamar robo, reducida a buena cuenta, monta tanto que calculan que llega a un conto /mil escudos/ de oro (...), no contando robos y prisiones y otros crueles tratamientos de muchos de

[50] *Les Français en Amérique pendant la première moitié du XVIè Siècle*, int. de Cha. A. Julien, París, 1946, pp. 25-26.

[51] Alfredo Pimenta, *Don João III*, Oporto, 1936, p. 111. Margarida Garcés Ventura, *João da Silveira. Diplomata Português do Século XVI*, Lisboa, 1983, pp. 146-151, n.º XI.

[52] *História da Colonização Portuguesa no Brasil*, dir. Carlos Malheiro Dias, vol. II, Oporto, 1924.

[53] Margarida Garcés Ventura, *João da Silveira*, pp. 22-23.

[54] Joaquim Verissimo Serrão, «Notas sobre a Embaixada de Honorato de Cais em Portugal (1517-1537)», *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. I (París), 1969, pp. 161-194.

mis criados y capitanes»[55]. También las amenazas al litoral brasileño revestían tal gravedad que la corona encargó a Cristóvão Jacques, en 1527, que inspeccionase la costa desde Pernambuco al Río de la Plata y que capturase a los mercaderes franceses que allí se dedicaban al comercio en el seno de las tribus amerindias[56].

La embajada de don António de Ataíde, entre 1531 y 1533, tampoco condujo a la deseada calma en las relaciones políticas luso-francesas. Las acciones corsarias eran objeto de severas represalias, habiendo ordenado don João III la prisión de sus responsables, cuando no incluso su condena a muerte. El rey François I agravó aún más la situación al conceder, el 27 de julio de 1531, patente de corso al piloto Jean Ango, uno de los más temidos corsarios de la época, que fue autorizado a prender a los nautas y a los comerciantes portugueses que encontrase en sus expediciones marítimas. No sólo se le permitía apoderarse de sus bienes en mercancías y cargas de oro y plata sino también condenar a la pena capital en caso de resistencia. A principios de la década de 1530 se había desencadenado en el Atlántico una verdadera guerra entre las dos naciones, con considerables perjuicios materiales y pérdida de vidas humanas para ambos contendedores. La situación llegó a un punto de tal ruptura que don João III y François I reconocieron que la solución bélica no conduciría a la victoria de ninguna de las partes. Fue así como las dos coronas hicieron todo lo posible para intentar una mediación que pusiese fin a la guerra de corso[57].

Relaciones con Francia: del Tratado de Lyon a la conquista de Guanabara

El tratado de Lyon, firmado el 14 de julio de 1536, estableció que los puertos de los dos reinos quedasen desde entonces abiertos a los

[55] Alfredo Pimenta, *Don João III*, Oporto, 1936, p. 109.

[56] Joaquim Verissimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. I, Lisboa, 1965, p. 40.

[57] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relações Políticas e Diplomáticas de Portugal*, tomo III, París, 1854, pp. 254-256. Eugène Guénin, *Ango et ses pilotes*, París, 1901, pp. 201-202. *Liuro dos Roubos que os Franceses e Vasalos del Rej de França fezeram a os Moradores desta vila de Guimarães e seu Termo*, ed. Alfredo Pimenta, Guimarães, 1940.

súbditos de Francia y Portugal, que podían vender y cargar mercancías libremente en ellos. Se determinó también que la captura de navíos sería causa de juicio en los tribunales del país afectado, comprometiéndose las dos partes al castigo ejemplar de los infractores. También según los términos del tratado de Lyon se aceptó la designación de comisarios de cada uno de los países, que se instalaban en los puertos más importantes de la otra nación, donde gozarían de los privilegios inherentes a los cargos de inspectores comerciales. El acuerdo correspondía a un primer paso para acabar con la guerra de las presas, aunque la justa solución del conflicto habría de encontrarse en futuras negociaciones [58]. Fue con ese espíritu como pasó a funcionar en Bayona un tribunal para asuntos de presas, con la reunión permanente de delegados portugueses y franceses, que estuvo en vigor con resultados positivos entre los años 1537 y 1544 [59].

Se crearon así buenas condiciones de paz marítima para acabar con el largo conflicto entre las dos coronas. Pero el agravamiento de la guerra entre Francia y el Imperio, así como las alianzas matrimoniales entre don João III y Carlos V, comprometieron las treguas en vigor, llevando a François I a reabrir las hostilidades marítimas entre Francia y Portugal. En 1545, una nueva patente de corso le fue concedida a Jean Ango, con órdenes implícitas a los almirantes de la Guyenne, Bretaña y Provenza para autorizar a Guillebert Scott y otros armadores de Dieppe a atacar a la navegación portuguesa. Fue en ese clima agitado como se realizaron las embajadas en Francia de don Gonçalo Pinheiro, obispo de Tánger (1544) y de don António de Noronha, conde de Linhares (1546-1547), que no pudieron resolver la grave situación [60]. El clima hostil no se aplacó con la llegada al trono de Henri II, cuando el doctor Brás de Alvide fue embajador en París (1548-1554) y encontró nuevas dificultades para el ejercicio de su misión [61].

[58] Mário Brandão, *O Processo na Inquisição de Mestre João da Costa*, vol. I, Coimbra, 1944. *Idem, A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes*, vol. I, Coimbra, 1948, pp. 342-345.

[59] Joaquim Verissimo Serrão, «Lyon, Tratado de», *Diccionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrão, vol. II, Lisboa, 1963, pp. 728-729.

[60] Alfredo Pimenta, *Don João III*, Oporto, 1936, pp. 133 y 350. Mário Brandão, *O Processo na Inquisição de Maestre João da Costa*, Coimbra, 1944, pp. 257 y ss.

[61] Joaquim Verissimo Serrão, *A Embaixada em França de Brás de Alvide (1548-1554)*, París, 1969.

Basta decir que más de 200 naves y otras embarcaciones mercantiles fueron tomadas por los franceses entre los años 1549 y 1558 [62]. El Atlántico se había transformado en un escenario de guerra, lo que creaba el pánico entre las poblaciones del litoral portugués, especialmente las que vivían al norte de Oporto. La audacia de los corsarios los llevaba con frecuencia a hacer incursiones tierra adentro, amenazando a poblaciones importantes como Barcelos, Guimarães y Braga [63]. Muchas tierras costeras, como es el caso de Caminha, Vila Nova de Cerveira, Vila do Conde y Azurara, tuvieron que fortificar las catedrales para que éstas sirviesen de refugio a los habitantes indefensos. Dotadas de un considerable poderío naval, las flotas de corso se dirigían hacia el sur del Atlántico y ponían en peligro la seguridad de muchos puntos del litoral de Brasil. Un colono de San Vicente, de nombre Luís de Góis, escribía el 12 de mayo de 1548 a don João III: «si con tiempo y brevedad Vuestra Alteza no socorre a estas capitanías y costa de Brasil, aunque nosotros perdamos vidas y haciendas, Vuestra Alteza perderá la tierra» [64]. La ofensiva francesa no tardaría en mostrar su fuerza en 1555, cuando Nicolas de Villegaignon ocupó la bahía de Guanabara [65].

El episodio no se inscribe en el área de expansión portuguesa, sino que representa la defensa de Brasil contra las ambiciones ultramarinas de Francia. Pero sirve para documentar las ambiciones de Caterina de' Medici con el apoyo del almirante de Coligny para unir a su reino una importante zona del Atlántico a la que los historiadores llaman la «Francia Antártica» [66]. Las fuerzas de Villegaignon consiguieron durante cinco años establecer varios reductos en aquella

[62] Pedro de Azevedo, «A Marinha Mercante do Norte de Portugal em 1552»: *Archivo Historico Portuguez*, vol. II (1904, Lisboa), pp. 241-253.

[63] *Liuro dos Roubos que os Franceses e Vasalos del Rej de França fezeram aos Moradores desta vila de Guimarães e seu Termo*, ed. Alfredo Pimenta, Guimarães, 1940. Se trata de la reproducción y estudio del documento del A.N.T.T., *Corpo Cronológico*, P. I, m. 30, doc. 31.

[64] A.N.T.T., *Corpo Cronológico*, P. 1, m. 80, doc. 110, pub. *História da Colonização Portuguesa no Brasil*, vol. III, p. 259.

[65] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 57 y ss.

[66] La expresión proviene de la obra de André Thevet, *Les singularitéz de la France antartique*, París, 1558. Ver Paul Gaffarel, *Histoire du Brésil Français au XVIè siècle*, París, 1878.

zona y disponer allí del apoyo de muchas tribus amerindias. Fue gracias al empeño del gobernador general Mem de Sá y de los padres jesuitas como se volvió posible, en 1560, acabar con el reducto francés de Guanabara, entonces bajo el mando de Bois-le-Comte, sobrino de Villegaignon, dado que el jefe había ido a Francia a buscar auxilio. La unidad del Brasil portugués fue así restablecida, lo que permitió a la corona construir la ciudad de San Sebastião de Río de Janeiro para futura defensa de la mencionada bahía. El día 20 de enero de 1565 se inauguró ese poblado que, pasados dos siglos, habría de transformarse en la capital de Brasil [67].

Relaciones con Francia: el ataque a Funchal de 1566

El caballero Michel de Seure, que fue embajador francés en Lisboa de 1557 a 1559, aconsejó a Henri II y a Caterina de' Medici que endurecieran la política de fuerza contra Portugal [68]. Después del fracaso de la tentativa de Villegaignon, le correspondía a Francia intensificar las acciones marítimas para debilitar el poderío ultramarino de Portugal. La regente doña Caterina quería verse libre de un diplomático que no había sabido granjearse las simpatías de la corte portuguesa, por lo que el 12 de septiembre de 1558 se dirigió a París el hidalgo Gaspar Palha con el fin de solicitar el término de la misión de Seure [69]. El conflicto tardó casi un año en resolverse, con renovadas diligencias de la viuda de don João III para la sustitución del diplomático. La posición de Lisboa era categórica: no sería posible reanudar la amistad y la paz entre los dos reinos mientras Michel de Seure permaneciese en

[67] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. I, pp. 93 y ss.

[68] Edmond Falgairolle, «Le Chevalier de Seure, Ambassadeur de France en Portugal au XVIème siècle», *Mémoires de l'Académie de Nimes*, VI.ª serie, t. XVIII (1895, Nimes), pp. 49-85. Luís de Matos, *Les Portugais en France au XVIème siécle*, Coimbra, 1952, pp. 247-289.

[69] «Carta de don Sebastião a François II, Lisboa, 12 de septiembre de 1558», pub. Joaquim Veríssimo Serrão, «Documentos Inéditos para a História do Reinado de don Sebastião», *Boletim da Biblioteca Geral. da Universidade de Coimbra*, vol. XXIV (1958), p. 11, n.º 1, de la separata.

Portugal. Éste no dejó la corte portuguesa hasta el 23 de mayo de 1559, tomando por tierra el camino de Castilla [70].

De la misión de Gaspar Palha resultó el nombramiento de Jean Nicot como embajador en Lisboa, donde fue recibido en un ambiente favorable. A finales de 1560 se anunció la muerte del rey François II, lo que llevó a la regente doña Caterina a enviar al hidalgo don Tomás de Noronha en misión de pésame. Fue él portador de varias misivas para la familia real de Francia, con una expresión de condolencia generalizada por la muerte del rey [71]. En ese conjunto de epístolas se destaca la de la infanta doña María (1521-1577), hija del matrimonio de don Manuel I con la princesa doña Leonor de Austria, que era considerada en la época una de las princesas más ricas de Europa. La progenitora se había casado con François I después de la batalla de Pavía, por lo que había sido reina de Francia hasta 1547. Después de su fallecimiento en 1558, doña Leonor había dejado a su hija un extenso patrimonio señorial en la región del Languedoc, por considerarla su heredera universal. Así se comprende que la infanta doña María haya agradecido a Charles IX la confirmación de los bienes que heredara al sur de Francia [72].

Fueron preciosas las noticias que Nicot transmitió a su corte referentes a la expansión portuguesa en Ultramar. A él se debió la primera información que circuló en Francia sobre la «hierba santa» traída de Oriente, lo que llevó a que se divulgase el nombre de «nicotina» como ingrediente distintivo del tabaco [73]. Su misión en Lisboa permitió apaciguar el conflicto luso-francés, a lo que también ayudó la llegada de Jean Ebrard, marqués de San Sulpicio, para confirmar el patrimonio francés de la infanta doña María [74]. En 1559, mientras tanto, João Pe-

[70] Joaquim Veríssimo Serrão, *A Infanta doña Maria de Portugal (1521-1577) e a sua fortuna no sul da França*, Lisboa, 1955, p. 67.

[71] *Idem*, «Documentos Inéditos para a História do reinado de don Sebastião», est. cit., pp. 14-22, n.º III-IX.

[72] Véase nuestro estudio *A Infanta doña Maria de Portugal (1521-1577) e a sua fortuna no sul da França*, Lisboa, 1955.

[73] Edmond Falgairolle, *Jean Nicot, ambassadeur de France en Portugal au* XVI*ème siècle*, París, 1897. Luís de Matos, «Un diplomate humaniste: Jean Nicot»: *Annales publiées par la Faculté des Lettres de Toulouse* (diciembre, 1952), pp. 21-42.

[74] *Edmond Cabié, Ambassade en Espagne de Jean Ebrad, seigneur de Saint-Sulpice, de 1562 a 1565*, Albi, 1904, p. 12.

reira Dantas, caballero de la Casa Real y antiguo capitán en la India, una mezcla de guerrero y diplomático, había ocupado la embajada portuguesa en París. Llevaba dos encargos fundamentales: defender la ruta del Cabo de cualquier intento de penetración francesa e impedir la difusión de la «secta luterana y sus secuaces» en Portugal, dado el clima de guerra religiosa que se había creado en Francia. Pereira Dantas se preocupaba también por el éxodo de pilotos y cartógrafos portugueses atraídos por los grupos marítimos de Francia, con la participación encubierta de la propia corona [75].

Se había vuelto evidente que la reina madre Caterina de' Medici, a pesar de la derrota sufrida en la bahía de Guanabara, no había desistido de sus ambiciones de posesión de zonas neurálgicas del Atlántico. Aunque el proyecto se tradujese en violación de la soberanía marítima portuguesa, el sueño de construir una Francia antártica imperaba en el espíritu de la vieja reina [76]. Aquí se inserta el grave problema que estalló a nivel diplomático con el ataque, el 3 de octubre de 1566, de la capital de Madeira. Fue una de las más violentas acciones de corso perpetradas por los marineros franceses y que, en este caso particular, logró la connivencia de tres nautas portugueses exiliados en aquel reino: los pilotos Gaspar Caldeira y Antão Luís, así como el marino Francisco Dias Mimoso, apodado «el Tuerto» [77]. Está probado que el noble Peyrot de Montluc, uno de los mayores aventureros marítimos de la época, obtuvo el apoyo material de Caterina de' Medici y de altos dignatarios de la corte, a quienes prometió colocar la isla de Madeira bajo el dominio de Francia [78].

[75] Luís de Matos, *Les Portugais en France au xvième siécle*, Coimbra, 1952, pp. 17-20. Maria Emília Madeira Santos, *O Carácter Experimental da Carreira da India. Um plano de João Pereira Dantas com fortificação da Africa do Sul (1556)*, Junta de Investigaçoes do Ultramar, Lisboa, 1969.

[76] Charles de La Ronciere, *Histoire de la Marine Française*, vol. IV, París, 1923, p. 13.

[77] Son estudios definitivos los de Léon Bourdon, «Deux aventuriers portugais, Gaspar Caldeira et Antão Luís (1554-1568)»: *Bulletin des Études Portugaises*, vol. XVIII (1955), Lisboa, pp. 5-56; y «Francisco Dias Mimoso, le pilote portugais Borgne»: *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*, vol. XXXII, 2.ª serie, n.° 1 (1956), Lisboa, pp. 88-171. Sobre el ataque a Madeira, veáse la referencia coetánea de Pero Roiz Soares, *Memorial*, vol. I, Coimbra, 1953, pp. 11-13.

[78] Charles de La Roncière, *Histoire de la Marine Française*, vol. IV, París, 1923.

Se negociaba entonces, en París y en Lisboa, la boda de la princesa Marguerite de Valois con el joven rey don Sebastião, otro de los sueños de la reina madre para intervenir con mayor peso en la política portuguesa. La situación adquiría contornos graves, porque Funchal había sido saqueado y un gran número de habitantes no había podido resistirse contra la saña de los invasores. Los historiadores de la época se refieren con frecuencia a ese acto de piratería que dejó una triste memoria por las atrocidades cometidas. El embajador Pereira Dantas recibió el encargo de presentar una vigorosa protesta, exigiendo incluso el pago de una fuerte indemnización. El rey Charles IX envió prontas disculpas a Lisboa criticando la acción corsaria de Montluc. Éste y sus compañeros de aventura eran definidos por el monarca como «depredadores y violadores de la paz entre los dos reinos». Los tres pilotos fueron entregados a las autoridades portuguesas y ajusticiados, comprometiéndose Francia a pagar los daños materiales del ataque. Las disculpas de la corte de Francia no obstaron, sin embargo, para que se paralizasen las negociaciones en favor de la boda de don Sebastião con Marguerite de Valois [79].

Relaciones con Roma: el cardenal Alpedrinha

El prestigio de la Iglesia romana a principios del siglo XVI justificaba el especial interés de la corona portuguesa en el reforzamiento de ese vínculo diplomático. Muchos de los letrados y jurisconsultos que ocupaban los órganos de la administración pública habían obtenido sus grados en las universidades italianas, disponiendo en aquel país de las mejores relaciones en el plano social, religioso y cultural [80]. No hay dudas de que la corte pontificia era en la época la principal sede de la política internacional en las tentativas de los principales Estados, como Francia, España e Inglaterra, para obtener la hegemonía europea. Desde la época de Charles VIII la primera nación se proponía controlar Italia por la

[79] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relações Políticas e diplomáticas de Portugal*, vol. III, París, 1854, p. 395. Queiroz Veloso, *Don Sebastião (1554-1578)*, Lisboa, 1936, p. 159.

[80] António Domingues de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de S. Clemente e Universidade de Bolonha durante o século* XV, vols. I-II, Bolonia, 1990.

fuerza de las armas para extender la supremacía francesa al Mediterráneo oriental. De igual modo, la casa de los Habsburgos no desistía del sueño de la Republica Christiana, como medio de restaurar la vieja alianza del Papado y del Imperio, que llegaría a ser preocupación exclusiva del emperador Carlos V. A principios del siglo xvi, no obstante la crisis latente que se cernía sobre la unidad espiritual de la Iglesia, Roma continuaba siendo el fiel de la balanza política en el momento en que nuevos mundos surgían a los ojos de la Europa cristiana [81].

Durante el reinado de don João II (1481-1495), la corona portuguesa se sirvió de su diplomacia en Roma para intentar obtener ventajas de orden espiritual en su expansión marítima. El envío de misiones extraordinarias se traducía en el acto solemne de la lectura de *Orationes* de obediencia que llevaban a la curia romana la fidelidad de la nación lusíada [82]. Se aprecia también la importancia de las bulas pontificias que legitimaban la acción ultramarina en África, tanto en la creación de diócesis como en la provisión de cargos religiosos [83]. Además la prosecución de objetivos militares en Marruecos tenía que obedecer a los mandatos de la Curia, por las finalidades espirituales que desde 1415 animaban nuestra presencia en el Magreb [84]. No aceptar los profundos vínculos que la Corona portuguesa había establecido con el papado en el área concreta de los descubrimientos y conquistas del siglo xv, equivale a negar una evidencia documentada desde hace mucho, como si la política ultramarina pudiese haberse realizado sin la estricta obediencia a Roma [85].

En los últimos veinte años del siglo xv fue decisivo el papel desempeñado en Roma por don Jorge da Costa, que acabó siendo más

[81] *Oração de obediência ao sumo pontifice Alexandre VI, dita por don Fernando de Almeida em 1493*, pub. Martim de Albuquerque y trad. portuguesa de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 18: «Confiesa también esta Santa Sede y real ciudad, en que están la gente santa y el pueblo elegido, como verdadera cabeza de todo el orbe...».

[82] Véase *Orações de obediência. Séculos* xv e xvi, ed. Inapa-Academia Portuguesa da História, pub. Albuquerque y Pinto de Meneses, Lisboa, 1988.

[83] D. Charles-Martial de Witte, «Les Bulles Pontificales et l' Expansion Portugaise au xvè siècle»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, tomo XLVIII (1953), tomo XLIX (1954), tomo LIII (1958), Louvain, pp. 683-718, 438-461, 413-453, 809-836, 5-46 y 443-471.

[84] António Dias Farinha, *Portugal e Marrocos no Século* xv, Lisboa, 1991.

[85] Véase el *Corpo Diplomatico Portuguez, contendo as Relações Políticas e Diplomáticas de Portugal com as diversas Potências do Mundo*, tomo I, pub. Luiz Augusto Rebelo da Silva, Lisboa, 1862, que contiene la correspondencia oficial con Roma de 1501 a 1517.

¶Obedientia Potentissimi Emanuelis Lusitaniæ Regis &c. per clarissimum Iuris. V. cõsultum Dieghum Paccettum Oratorem ad Iulium .II. Ponti. Max. Anno Dñi. M. D. V. Pridie No. Iunii.

PEriclem Atheniensem Oratorem illũ celeberrimum: in cuius labris posuisse sedem Pitho memoratur: Beatissime Pr. in quo tanta eloquendi facultas/tãta mouendis affectibus: uis fuit: ut nõ loqui /aut orare/sed ueteris comediæ testimonio/coruscare & fulgura ciere crederetur: non solum timide ad dicendum processisse: sed quoties inpublicum prodiret/semper se nouis uotis obligasse proditũ est Sollicitũ uidelicet quo circũstantium fauore esset per oraturus. Quod si summus ille Orator: qui orationis fulgore mentes hominũ penetrabat omniũq; animis imperabat: de sui sermõis euentu tantũ uerebatur: Quid me facere oporteat? Quippe qui omnis oratoriæ facultatis expers/ utpote homo peregrinus/in quo ne uestigium quidem Romanæ facundiæ appareat: & quod me magis mouet/ apud diuinam tuam maiestatẽ in seraphico throno sedẽtem/apud sacratissimum hunc Senatũ/apud uiros summa autoritate/summa eruditione præcellẽtes: de re etiã summa dicturus ꝓcessi. Verum pericles suam gentilitatẽ secutus/nostræ ignarus religiõis suis diis uota faciebat. Ego uero Pont. Maxime.

Oración de obediencia al Sumo Pontífice Julio II, pronunciada por Diogo Pacheco en 1505, pub. Martim de Alburquerque, Lisboa, 1988.

conocido en la historia como el cardenal Alpedrinha. Nacido en 1406 en la villa de este nombre, en la región de Beira, era de origen modesto y pudo subir los escalones de la celebridad por un conjunto de atributos que iban de una gran ambición al poder de maniobra que ejerció en la corte portuguesa. No consta que hubiese hecho estudios universitarios en el extranjero, pues su nombre no aparece citado en la lista de los principales *Studia* italianos [86] ni españoles [87], lo que no invalida que adquiriese su bagaje cultural en la universidad de Lisboa o en escuelas diocesanas. Lo cierto es que Alpedrinha se volvió un prelado rico e influyente, ejerciendo los cargos de mayor peso de la Iglesia portuguesa. Disfrutó de tamaño poder espiritual que sus contemporáneos no le ahorraron críticas severas, incluyendo la de favorecer ampliamente a sus familiares y amigos en la más desenfrenada manifestación de nepotismo producida en la vida portuguesa de la época [88].

La Curia romana le premió su talento con múltiples nombramientos en la jerarquía de la Iglesia. En el cónclave del 18 de diciembre de 1476 fue nombrado cardenal *de nomine* y pudo seguir residiendo en Portugal. Pero al no gozar del favor del heredero de la Corona, el futuro rey don João II, tres años después el cardenal de Alpedrinha se instaló en Roma, so pretexto de tratar de negocios de sus diócesis. Allí dispuso de valimiento junto a los papas Alejandro VI y Julio II, para lo que recibió los títulos de obispo Albanense (1481) y Tusculano (1501), así como la archidiócesis de Braga (1502) y las sillas episcopales de Oporto y de Santa Rufina (1503) [89]. Con la fama de verdadero príncipe del renacimiento, por el lujo en que envolvió su gloria personal y familiar, el cardenal Alpedrinha prestó grandes servicios a la corona

[86] Celestino Piana, *Il «Liber Secretus Ivris Caesarei» dell' Università di Bologna. 1451-1500*, Milán, 1984. Giovanni Minnucci e Leo Kosuta, *Lo Studio di Siena nei Secoli* XIV-XVI. *Documenti e Notizie Biografiche*, Milán, 1989. No refleja nada acerca de su formación en Italia, en la reciente obra de António Domingues de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de S. Clemente e Universidade de Bolonha durante o século* XV, Bolonia, 1990.

[87] D. Vicente Beltrán de Heredia, *Cartulario de la Universidad de Salamanca*, vols. I-VI, Salamanca, 1970-1973. *Idem, Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)*, vols. I-III, Salamanca, 1966-1967.

[88] La visión más actualizada a su respecto es el estudio de Manuela Rosa Coelho Mendonça de Matos Fernandes, *Don Jorge da Costa, Cardeal de Portugal (Subsídios para uma Biografia)*, Lisboa, 1991.

[89] Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, 2.ª ed. dirigida por Damião Peres, Oporto, 1967, pp. 485-486.

portuguesa. Sobre todo a partir de 1495, fue en Roma una especie de embajador permanente de don Manuel I. Falleció el 1 de agosto de 1508 y descansa en un suntuoso túmulo en la iglesia de Santa María del Popolo, con la siguiente leyenda: «Georgius Episcopus Albanensis cardinales Ulysbonensis, dum se mortalem animo volvit, vivens possint» [90].

Relaciones con Roma: el «Mundo Nuevo» de Portugal

Los viajes de Vasco da Gama y de Pedro Alvares Cabral, que condujeron al descubrimiento del camino marítimo hacia India (1497-1499) y al hallazgo de Brasil (1500), obtuvieron un eco de gloria en la Curia romana. Más que un triunfo de la corona portuguesa, el doble éxito traducía la apoteosis del reino de Cristo en el mundo de los infieles. Las dos noticias fueron pronto transmitidas por los mercaderes italianos que vivían en Lisboa y por algunos religiosos portugueses que poco después fueron a Roma [91]. El rey don Manuel I no tardó igualmente en comunicar al pontífice las primeras novedades que las dos expediciones permitían revelar, y lo hizo en 1501 con los Reyes Católicos [92]. Iría después a la Ciudad Eterna el doctor Diogo Pacheco que, el 4 de junio de 1505, pronunció una *Oratio* en loor del papa Julio II, en la que exaltaba la grandeza marítima de Portugal y la figura heroica de su monarca. El enviado era portador de una cruz de oro que los cristianos de India habían ofrecido al rey don Manuel I y que éste deponía ahora a los pies del santo padre [93].

Era el triunfo de la doctrina de Cristo en las tierras y mares de Oriente, gracias a la empresa ultramarina a que la corona portuguesa ligara su nombre, al hacer de los descubrimientos un medio para servir

[90] Joaquim Veríssimo Serrão, «Alpedrinha, Cardeal», *Dicionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrão, vol. I, Lisboa, 1963, pp. 123-124, y la bibliografía citada.

[91] António Alberto Banha de Andrade, *Mundos novos do Mundo*, vol. I, Lisboa, 1972, pp. 237-240.

[92] *Carta de El Rei don Manuel para os Reis Católicos, dando-lhes parte da descoberta da India*, ed. Ernesto do Canto, Lisboa, 1906.

[93] *Oração de obediência ao sumo pontífice Júlio II, dita por Diogo Pacheco em 1505*, pub. Martim de Albuquerque, trad. Miguel Pinto de Meneses, Inapa-Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1988.

al ideal de la Iglesia católica. Escrita en un latín de vigorosa expresión y exquisita elegancia, la *Oratio* de 1505 representaba, por encima de todo, la apoteosis de don Manuel I como señor de un nuevo Imperio moldeado en la gloria de Cristo:

> Ya se ven en lontananza las señales de la santísima cruz, y en todas partes se encuentran los estandartes de Manuel marcados también con la cruz; además, cruces implantadas por los nuestros por todos los litorales proclaman a Cristo Redentor, de tal suerte que los infieles ni siquiera osan navegar por esos litorales sin enarbolar los estandartes de la cruz que reciben de los nuestros [94].

La onda de cristianización llenaba los mares y tierras de Oriente:

> Sofala, abundantísima en oro, que separa a Etiopía de Asia; Kilwa, isla riquísima; y el reino de Melinde en el Golfo Arábigo. Paso Cannanore, Cochin y Kulam en la India, cuyos reyes y sátrapas en parte se unieron a nosotros por alianzas, en parte se hicieron tributarios, y en parte se entregaron a nuestra soberanía y a nuestra fe.

El espíritu de cruzada surge redivivo en la hermosa oración de Diogo Pacheco, en las profusas dádivas que «el Venturoso» hacía al papa Julio II. La *Oratio* de 1505 se cierra con expresiones no sólo de obediencia religiosa sino también de fervor épico:

> Recibid entonces, Santísimo Padre, en primer lugar a Manuel. Recibid a vuestro Portugal y no sólo a Portugal, sino también a gran parte de África. Recibid Etiopía y la inmensa extensión de la India. Recibid el mismo Océano, aunque indignado, herido y domado por nuestros remos. Recibid tantos golfos, promontorios, litorales, puertos, islas, villas, ciudades, reyes, numerosísimas naciones como encerradas en una sola mano y que ni siquiera por la fama eran antes por nosotros conocidas. Recibid la obediencia oriental, desconocida de vuestros antecesores pero reservada a Vos, y que, siendo ya ahora enorme, ha de ser por merced de Dios cada vez mayor. Recibid, en fin, el propio Mundo.

[94] *Idem*, pp. 17-18.

¿Y qué riqueza se encerraba en los descubrimientos realizados por la corona portuguesa? La enumeración abre el telón de fondo del cuadro que el astrónomo Pedro Nunes, cuarenta años más tarde, daría una definición casi idéntica: «¿El mundo? No, otras tierras, otro mar, otros mundos, otras estrellas» [95].

Era un *Mundus Novus* que se ofrecía al asombro de la Curia romana y del que el proseguimiento de la expansión concedió testimonios aún más reveladores. En el año 1506, en la epístola *Gesta proxime per Portugallenses in India, Ethiopia et alliis orientalibus*, don Manuel I no dejó de informar a don Jorge da Costa, cardenal Alpedrinha, de la alta misión que don Francisco de Almeida estaba cumpliendo al frente del Estado de la India. En su viaje a Malabar, había construido una fortaleza en Angediva como apoyo a la navegación portuguesa; después había establecido alianzas con los reyes de Onor y de Cannanore; y, por último, había hecho de Cochin el principal centro de la presencia lusa en el Índico [96]. La acción militar del primer virrey iba mostrando los objetivos religiosos de don Manuel I de conquistar La Meca, considerada en esa época «el centro de la perfidia sarracena» [97]. A medida que don Francisco de Almeida iba barriendo a los árabes del océano Índico, el rey de Portugal no dejaba de informar a Europa de los triunfos de sus capitanes y navegantes, insistiendo en el carácter religioso de la magna empresa.

Fue así como, el día 25 de septiembre de 1507, dirigió una nueva *Epístola* al papa Julio II informándole sobre las victorias navales de don Lourenço de Almeida y el envío del hijo del virrey a Ceilán para la firma de un tratado de paz con el monarca local. Se había dado un paso importante para el designio portugués de una alianza con todos los príncipes indianos en aras de la conquista y destrucción de La Meca [98]. El nombramiento de Afonso de Albuquerque como segundo go-

[95] *Idem*, p. 18, Pedro Nunes, *Tratadp em defensam de carta de marear*, 1537: «Descobririamos Portugueses novas ilhas, novas terras, novos mares, novos povos; e o que mais he: novo ceo e novas estrelas». *Obras*, vol. I, con estudio de Joaquin Carvalho, Lisboa, 1940, p. 175.

[96] António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, volumen I, pp. 433-434.

[97] *Idem, ibidem*, vol. I, pp. 435-436 y la bibliografía citada.

[98] António Dias Farinha, «Os Portugueses no Golfo Pérsico (1507-1538). Contribuição documental e crítica para a sua História», *Mare Liberum*, vol. III, Lisboa, 1991, pp. 33-34 de separata.

bernador del Estado de la India tenía como fin principal el dominio del Mar Rojo, condición indispensable para la conquista de Arabia [99]. La Curia romana tenía así conocimiento de los hitos que servían de cimiento al poderío luso en Oriente. En el viaje de 1506, la escuadra de don Lourenço de Almeida había avistado la isla de la Taprobana Mayor, después conocida como São Lourenço y más tarde como Madagascar. El comercio se extendía ya a los navíos llegados de Ceilán, Bengala y de otros puertos de la Malasia, lo que mostraba el dominio territorial y marítimo que la corona de Portugal había podido obtener en el océano Índico.

Estas noticias y otras de igual valor constan en una nueva *Epístola* de don Manuel a Julio II, fechada en Alcochete el 12 de junio de 1508 [100]. Fue ampliamente divulgada en una colección de relatos sobre los descubrimientos portugueses y españoles, compilada por el italiano Francesco de Montelboddo, en 1507, con el título *Paesi nouamente retrovati* [101]. Esos relatos sirvieron para aumentar la repercusión europea de las hazañas portuguesas en Oriente. Lo mismo ocurrió al publicarse la recopilación de Valentim Fernandes, de los años 1506-1507, con las noticias que el célebre impresor de Moravia iba enviando desde Lisboa al banquero alemán doctor Konrad Peutinger, residente en Augsburg. La parte oriental del manuscrito esclarecía muchos puntos acerca de la presencia lusa en Oriente, con la publicación del diario de viaje de don Francisco de Almeida, por Hans Mayr, y la descripción de las islas Maldivas, en la épocas llamadas de Dyne, por un redactor anónimo de la compilación [102].

[99] *Comentarios de Afonso de Albuquerque*, 5.ª ed. conforme a la 2.ª, de 1576, pref. Joaquim Verissimo Serrao, tomo I, parte I, Lisboa, 1973, cap. XVIII, pp. 75-79.

[100] *Epistola de provinciis, civitatibus, terris et locis orientalis partis suae ditioni difeique christianae novissime per eum subactis*, Roma, 1508. Véase A. A. Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, vol. I, p. 441, n. 3.

[101] Fue la primera colección de relatos de los descubrimientos que apareció impresa (Vicenza, 1507). Sobre el valor de esta compilación, ver A. A. Banha de Andrade, *ibidem*, vol. I, pp. 527-531.

[102] *O manuscrito de Valentim Fernandes*, ed. Academia Portuguesa da História, pub. António Baião, Lisboa, 1940.

Relaciones con Roma: Un proyecto para la conquista de La Meca

La conquista de la isla de Goa, en el reino de Bijapur, el 25 de noviembre de 1510, permitió a Afonso de Albuquerque encontrar la sede ideal para el Estado portugués de la India. A principios de julio del año siguiente, el gobernador se apoderaba de Malaca, el principal centro distribuidor de las especias y la verdadera llave del comercio de Insulindia. Los dos hechos tuvieron inmediato eco en las capitales europeas. Si el primero era condición de un gobierno estable, revestido de la autoridad militar y política de que Portugal carecía, el segundo abría las puertas del archipiélago de las Molucas y, a través de él, de los vastos parajes del Asia oriental. Se extendía el área geográfica del dominio portugués, con sus fuertes componentes religioso y comercial, en una previsión de la próxima llegada a Tonkín y a China. El Estado de la India estaba en vísperas de alcanzar una estructura imperial, desde el cabo de Buena Esperanza hasta lo que no tardaría en revelarse como la grandeza del océano Pacífico. Se comprende así que don Manuel I haya informado a las principales cortes de Europa sobre la realización de dos logros que, a su entender, representaban un nuevo triunfo para la cristiandad.

En cuanto al primero, se tiene noticia a través de la *Carta* que el soberano dirigió a los Reyes Católicos el 21 de junio de 1511 [103]. Otras informaciones habían llegado a la Curia confirmando la hazaña de Goa, mientras que lo mismo habría de suceder con la posesión de la capital de las especias. Todo permite afirmar que don Manuel I consideró el momento adecuado para una operación diplomática de envergadura. Era preciso mostrar en Roma el poderío creciente de la nación portuguesa, la cual pretendía erigirse en nuevo portavoz de la cristiandad. Por carta del 6 de junio de 1513, el monarca informó a León X de la conquista de Malaca, en una epístola escrita en portugués, como expresando el deseo de mostrar en Europa la fuerza de nuestro idioma [104]. ¿Por qué no admitir que la lengua lusa disponía entonces de un crédito europeo capaz de volverla el indispensable vehículo en

[103] *Cartas de Affonso de Albuquerque*, pub. Raimundo António de Bulhao Pato, Academia Real das Ciências, vol. I, Lisboa, 1894, p. 26. *Carta de don Manuel I ao rei de Aragao, sobre a tomada de Goa*, pub. Virgínia Rau y Eduardo Borges Nunes, Lisboa, 1968.

[104] António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, vol. II, p. 652.

la diplomacia de los principales estados? Lo cierto es que la carta de don Manuel I fue pronto traducida al latín e impresa en Roma, y conoció una rápida audiencia en sus versiones italiana y francesa, alemana y flamenca [105]. Resulta difícil hacerse hoy una idea de la enorme impresión que la epístola del rey de Portugal causó en los medios religiosos y políticos de la Ciudad Eterna.

¿Cuál era el eje del pensamiento regio al dirigirse al papa Julio II? Él mismo lo expresa en las siguientes frases:

> Por cuanto, presidiendo Vos, Pontífice Máximo, la Santa Iglesia Romana y el Orbe Cristiano, hechos extraordinarios y dignos de la mayor admiración, ejecutados en honra y gloria de Dios, han sucedido a la medida de nuestros votos, los cuales ciertamente redundan también en vuestro loor y gloria.

Y «el Venturoso», traduciendo su fidelidad a Roma, añadía enseguida:

> Con razón me ha parecido, pues, necesario comunicar a Vuestra Santidad, como cabeza y norma de toda la cristiandad —haciéndolo, no obstante, sumariamente, para no desviarme del estilo epistolar—, todo cuando en India nuestras armas con el favor de Dios han hecho hace poco, con gran provecho de la Religión, a fin de que tales sucesos puedan apreciarse como lo merecen y por ellos dar gracias al Supremo Dios, y fácilmente esperar cada vez más la gloria creciente de su Santísimo Nombre y la propagación del dogma cristiano [106].

Una vez más los hechos de los portugueses contaban sólo como manifestación de reverencia ante la Iglesia.

Las victorias de Albuquerque eran glorificadas en la alianza con la Corona que les diera su patrocinio. Se había extendido el poderío nacional hasta los parajes más remotos de Asia oriental, habiendo envia-

[105] Luís de Matos, «Epistolla della vittoria in India e Malaca»: *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, vol. II (1961), Lisboa, pp. 142-156. *Carta do poderosissimo e invictissimo don Manoel, Rei de Portugal & dos Algarves, sobre as victorias alcançadas na India e em Malaca* (Lisboa, 6 de junio de 1513), trad. de José Pedro da Costa, pub. *Archivo Histórico Portuguez*, vol. II (Lisboa, 1904), pp. 111-114.

[106] Archivo Histórico Portuguez, vol. II, p. 111.

do ya los chinos una misión a Goa para estrechar las relaciones mercantiles con el Estado de la India. También el preste João había mandado una embajada a Dabul para ofrecer «como cristiano a otro cristiano» sus servicios. En todos los sitios adonde la bandera portuguesa había llegado, la obediencia a la Corona de don Manuel I era aceptada sin excepción, tanto con respecto a las autoridades militares y judiciales como con nuestra moneda acuñada en Oriente. Para completar el dominio de Portugal sólo faltaba, en 1513, someter el Golfo Pérsico y el Mar Rojo. El primer objetivo fue alcanzado al año siguiente, con la toma de Ormuz por Afonso de Albuquerque. El segundo era de más difícil concreción por constituir la vía natural para la conquista de La Meca. El proyecto tenía el apoyo del emperador de Etiopía, que había pedido al gobernador que no desfalleciese en la voluntad de poner término al poder islámico [107].

El rey portugués informaba al pontífice de que el preste João había manifestado el deseo de que «nuestra armada pase al Mar Rojo, que baña las costas de su país, donde con la mayor ventaja se podían reunir las fuerzas de las dos naciones amigas». En vísperas del gran cometido, que a finales de su gobierno Albuquerque ya no pudo realizar, se comprende que el rey de Portugal haya buscado impresionar a la Curia romana con el anuncio de una expedición destinada a fulminar el poderío mahometano. Era en la realización de la cruzada como don Manuel I quería interesar al papado, mostrando que la posesión del Mar Rojo constituía el primer paso para la conquista de La Meca. La expansión portuguesa en Oriente se colocaba así al servicio de la Iglesia, como un instrumento de la evangelización que el ideal de Cristo presuponía. Pero para que la grandiosa empresa resultase, la Curia tenía que reconocer que sólo la nación lusa estaba en condiciones de conducirla, gracias al mensaje espiritual que Portugal ya había logrado difundir en las tierras de Oriente [108].

[107] António Dias Farinha, «A dupla conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque»: *Studia*, n.° 48 (1989), Lisboa, pp. 464-465.

[108] Véanse las oportunas consideraciones de António Dias Farinha, «Os Portugueses no Golfo Pérsico (1507-1538)»: *Mare Liberum*, n.° 3 (1991), Lisboa, pp. 18-23.

Relaciones con Roma: la embajada de 1514

A finales de 1513 se preparó en Lisboa una grandiosa embajada para ir a Roma a prestar obediencia al papa León X. Al frente de esa misión iba el hidalgo Tristão da Cunha, que fuera comandante de la armada de 1506 al Oriente y descubriera entonces la isla que llegó a recibir su nombre. Como oradores oficiales iban el doctor *in utriusque juris* Diogo Pacheco, antiguo estudiante y maestro de humanidades en Siena, que ya había pronunciado la oración de obediencia de 1505 al papa Julio II [109]; y el doctor João de Faria, noble palatino cuya instrucción se desconoce, que fue desembargador de palacio, canciller mayor del reino y embajador en Castilla y en Roma [110]. Como secretario de la misión fue elegido Garcia de Resende, antiguo escribano del reino, poeta y artista ligado a la corte, que dejó el registro de la suntuosa embajada de la que fue mensajero [111]. El cronista Damião de Góis compuso una vistosa narración del evento, texto al que siempre recurren los historiadores [112], sin olvidar las fuentes documentales que permiten reconstruirla [113].

La ciudad de Roma nunca había asistido a tan inusual espectáculo como el de la entrada solemne de la embajada de Tristão da Cunha. Todo era motivo de curiosidad, cuando no de asombro: la ostentación de las muchas decenas de nobles y servidores que formaban parte del cortejo; la riqueza de los presentes que serían ofrecidos al pontífice; y la novedad de los animales exóticos llevados desde Lisboa. Entre ellos

[109] Véase António Domingues de Sousa Costa, *Portugueses no Colégio de San Clemente e Universidade de Bolonha durante o século xv*, vol. I, pp. 239-240.

[110] Para su biografía, véanse los datos recogidos en el *Corpo Diplomático Portuguez*, vols. I-III, Lisboa, 1862-1868, y A. Braamcamp Freire, *Gil Vicente. Trovador e Mestre da Balança*, 2.ª ed., Lisboa, 1941, p. 205.

[111] En la *Miscellanea* de Garcia Resende (1.ª ed., Évora, 1554) se lee, a propósito de la embajada de 1514: «Vimos obras asombrosas/ que el papa Julio fundó,/ tan grandes y tan suntuosas,/ sin comparación, famosas/ las hizo y las ordenó;/ vi a San Pedro comenzar/ obra tanto de asombrar/ que otra tal no se sabe,/ ni de papa que la acabe/ si Dios no la va a acabar», *Crónica de don João e Miscelânea*, 5.ª ed. conforme a la de 1798, con estudio de Joaquim Verissimo Serrão, Lisboa, 1974.

[112] *Crónica do Felicissimo Rei don Manuel*, ed. Coimbra, 1954, caps. LV-LVI, páginas 107-113.

[113] *Cartas do doutor João de Faria*, pub. Corpo Diplomatico Portuguez, vol. I, Lisboa, 1862, pp. 186 y ss.

figuraban un elefante de Malabar y una onza de caza, además de un caballo persa enviado por el rey de Ormuz y montado por un cazador de aquella región [114]. Se llenaron las plazas y calles de la vieja urbe para asistir, el 12 de marzo de 1514, al desfile de la embajada portuguesa. Hay sobradas razones para creer que la corte romana tuvo entonces conciencia plena de la grandeza del reino de Portugal y de la misión ecuménica que el rey don Manuel I estaba realizando en Oriente. La embajada a León X constituía la afirmación de la obra realizada por los portugueses en la India, en el vínculo religioso que el monarca había establecido para la mayor proyección de su gloria terrena.

El momento cumbre de la embajada fue la lectura de la oración que el doctor Diogo Pacheco recitó ante León X y que constituye la mayor apología de *el Venturoso* que Roma jamás haya oído. En un latín de marcado estilo renacentista, el orador transmitió «la elevada fidelidad y la singular observancia» del monarca, que se presentaba como un humilde hijo de la Iglesia y celoso de asegurar los nuevos triunfos de ésta. Pacheco afirmaba: «hemos venido de los sitios más recónditos de Portugal para veneraros y honraros como vicario de Dios, sumo prelado de la religión cristiana, único pastor de la Iglesia romana y del rebaño del Señor». Declarando que la misión portuguesa no llevaba «cosas usuales y antiguas, sino nuevas y mucho mayores», el doctor Diogo Pacheco exponía las razones de la misión de que había sido investido: exaltar los hechos practicados en África y en Oriente y rogar el apoyo de la Curia para la obra evangelizadora de Portugal. El fin preciso de la misión era: «que decretéis la santa expedición contra los enemigos de Cristo, en el sacro Concilio de Letrán, que para ese efecto tan santa y rectamente decidísteis continuar» [115].

Era un llamamiento vehemente a la nueva cruzada, ahora que la presencia de los portugueses en el mundo oriental hacía posible acabar con las sectas mahometanas y extender para siempre el reino de Cristo. ¿Cuál era el campo de acción en que el rey don Manuel I asentaba su poderío? Responde Diogo Pacheco que «un enorme espacio de tierra y mar por encima de 100.000 estadios en la vasta extensión del océano».

[114] Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, pp. 25-26.

[115] *Oração de Obediência ao Sumo Pontífice Leão X, dita por Diogo Pacheco em 1514*, pub. Martim de Albuquerque y trad. de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 27.

A costa de enormes sacrificios humanos y materiales, la corona de Portugal no cejaba en sus propósitos de raíz evangélica [116]:

> Y aunque respete la fama de mi Rey, la honra de mi Patria y la eternidad del nombre portugués, no se debe silenciar la obra más divina que humana, obra antes de nuestros siglos quizás inspirada o, más verdaderamente, desesperada, obra que el impío Mahoma y La Meca, su principal sede y capital de los sarracenos hasta nuestros días, ahora se ha tornado por favor divino abierta a los nuestros, no sin gran costo de sangre.

Pero el registro de las hazañas de don Manuel I no se circunscribía a los escenarios de Oriente, pues la cruzada militar se había extendido también a Marruecos, con la proeza de don Jaime, duque de Bragança, al lanzar manos en la ciudad de Azamor [117].

Jamás el nombre portugués había ascendido en la Ciudad Eterna a la cumbre del prestigio que rodeó a la embajada de Tristão da Cunha. No tardó en hacerse una publicación en latín de la *Oratio* de Diogo Pacheco, a quien varios humanistas y jurisconsultos consagraron los mayores elogios. Para João Jacob Cipelo, «Manuel es ilustre por las armas, Pacheco por la palabra; aquél por el poder, éste por la elocuencia». En opinión de Cúrsio Capinet, el reino de Portugal era «honra de Europa, dominador de África, porque el Sol naciente adora al Sol poniente». El jurista Lanceloto Polito situaba en las mismas alturas la dignidad de León X y del monarca portugués: «Tu virtud, divino León, sea única, y únicas también tus gestas, Manuel». El sentido de la obediencia a la Iglesia fue así expresado por el más prestigioso orador portugués de su tiempo, como mensajero de un monarca que quería realizar el ideal de la unidad de todos los hombres a la sombra de la Iglesia católica. El año 1514 correspondió, pues, a la apoteosis del rey de Portugal como el mayor de la cristiandad.

[116] *Idem*, p. 27.

[117] Maria Augusta Lima Cruz, «Documentos inéditos para a história dos portugueses em Azamor»: *Arquivos do centro Cultural Português*, vol. I (1970), París, pp. 104-179. Damião Peres, *Conquista de Azamor pelo Duque de Bragança don Jaime*, Lisboa, 1951.



10. Oración de obediencia al sumo pontífice León X, pronunciada por Diogo Pacheco en 1514, pub. Marim de Alburquerque, Lisboa, 1988.

Relaciones con Roma: el cardenal don Miguel da Silva

Las relaciones luso-romanas conocieron un momento difícil cuando se produjo la definitiva instalación en la Curia del obispo de Viseu, don Miguel da Silva. Nacido en Évora hacia el año 1480, era hijo de don Diogo da Silva de Meneses, que fuera ayo del duque de Beja, más tarde rey don Manuel I, y de éste recibió el título de conde de Portalegre. No se sabe dónde habrá cursado sus estudios al no haber pruebas de que fuese estudiante de derecho en París o que hubiera frecuentado los Generales de Siena y de Bolonia [118]. Pero, siendo casi seguro que don Miguel da Silva obtuvo su preparación eclesiástica en Portugal, puede aceptarse también que visitó Italia a principios del siglo xvi, gracias a la protección del «el Venturoso», en el cumplimiento de alguna misión diplomática o en un simple viaje para abrir sus horizontes culturales [119]. El primer triunfo del futuro obispo fue, sin duda, su designación en 1515 para sustituir al doctor João de Faria en el Concilio de Letrán, como una especie de representante personal del monarca y con el derecho a seguir de cerca los asuntos diplomáticos pendientes en la Curia papal [120].

Con tan alto valimiento, Miguel da Silva pronto se impuso en los círculos romanos, hasta el punto de ser íntimo de los papas Adriano VI y Clemente VII. Eso le permitió mantenerse en la Ciudad Eterna después de la clausura de la Asamblea Lateranense en misiones de confianza de don Manuel I y, después de la muerte de éste, del nuevo rey don João III. En 1525 el eclesiástico estuvo a punto de recibir la púrpura cardenalicia, pero el no haber solicitado la autorización del monarca de Portugal fue suficiente para que éste manifestara su desagrado y ordenase el regreso de Miguel da Silva al reino [121]. Tal vez para com-

[118] Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de Paris entre* 1500 et 1550, Coimbra, 1950, pp. 13, 165, 172. En cuanto a las universidades de Bolonia y Siena, véase *supra*, cap. II, nota 86.

[119] Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal,* 2.ª ed., vol. II, Oporto, 1974, pp. 661-662. Antonio de Portugal de Faria, *Portugal e a Itália,* Leorne, 1905, pp. 94-106.

[120] «Carta de crença e despachos para don Miguel da Silva, 26 de agosto de 1515», pub. *Corpo Diplomatico Portuguez,* vol. I, Lisboa, 1862, pp. 355-359.

[121] André de Resende, *Oração de Sapiência (Oratio Pro Rostris),* est. de Artur Moreira de Sa y trad. de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1956, pp. 97-103.

pensarlo del disgusto, don João III lo nombró para el alto cargo de escribano del reino, que ejerció durante tres años. Es de creer que el religioso no se sentía bien en la corte, por lo que en 1528 fue elegido para la silla episcopal de Viseu, lo que lo llevó a instalarse en su diócesis. Para comprender el prestigio que don Miguel da Silva continuaba cosechando en Roma, basta mencionar que Baltasar Castiglione, que publicó ese mismo año la primera edición de *Il Cortegiano*, le dedicó la obra con expresiones de gran estima [122].

Don Miguel da Silva pretendió hacer de Viseu una ciudad del renacimiento, para lo cual mandó construir el nuevo claustro de la catedral y la enriqueció con las sillas del coro alto y otros beneficios [123]. Pero sería difícil para él vivir en una pequeña urbe de provincia, sobre todo porque su ambición tenía como meta la Curia romana. Muy a pesar de los grandes favores que don João III concedió a la diócesis de Viseu, el prelado hizo diligencias cerca del papado para que lo llamasen desde Roma. Invocando las dificultades que el monarca opuso a su partida, don Miguel no asistió al Concilio Ecuménico de 1538. Con el propósito de desagraviarlo, Pablo III lo hizo cardenal en el consistorio del 2 de diciembre de 1541, de lo cual informó enseguida a don João III: «declaramos y publicamos al mencionado Miguel (da Sylva) obispo como presbítero cardenal de la Santa Iglesia de Roma» [124]. No había habido consulta previa del hecho al rey de Portugal, y la situación se agravó aún más con la partida del obispo hacia Italia sin haber obtenido la autorización regia. Era la ruptura, que don João III confirmó el 23 de enero de 1542 considerando al prelado como rebelde: «y mando que sea tachado de mis libros y lo he por no natural y lo desnaturalizo de mis reynos» [125].

El rey de Portugal circunscribió su reacción a la persona de don Miguel da Silva, huyendo de abrir un conflicto con el papado, aunque

[122] José V. de Pina Martins, «Castiglione, Baldesar»: *Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. 4 (1966), Lisboa, col. 1409.

[123] Alexandre de Lucena e Vale, *Viseu Monumental e Artístico*, 2.ª ed., Viseu, 1969, pp. 36. Manuel Botelho Ribeiro Pereira, *Dialogos Moraes e Politicos, int. de Alexandre de Lucena e Vale, Viseu*, 1955, pp. 474-478.

[124] *Corpo Diplomatico Portuguez*, vol. XI, p. 472. Alfredo Pimenta, *don João III*, Oporto, 1936, pp. 93-94.

[125] El estudio más completo y actualizado es el de Sylvie Deswarts, *Il Prefetto Cortegiano e don Miguel da Silva*, Roma, 1989.

el embajador portugués recibió instrucciones para presentar una protesta a Pablo III. Amparado por el apoyo de éste, el obispo de Viseu permaneció en la Ciudad Eterna, donde había entablado gran número de relaciones en los medios religiosos, sociales y culturales. Era un prelado influyente, que vivía rodeado de fausto en uno de los más bellos palacios romanos, próximo al monasterio de San Calixto. Se dedicaba a obras de caridad gracias a las ganancias que obtenía del título cardenalicio de la Iglesia de los Santos Apóstoles, a las que después añadió las de San Marcelo, San Pancracio y San Práxedes. Con una marcada afición literaria, don Miguel da Silva habría compuesto un poema con el título *Aqua Argentea* en honor de don João III [126]. Falleció, ya anciano, el 3 de junio de 1556 y fue enterrado en la basílica de Santa María Trans Tiberim. Su nombre adquirió relieve histórico por haber osado enfrentar el poderío de la corona portuguesa, sirviéndose para ello del valimiento que había sabido obtener en Roma.

Relaciones con Roma: La Inquisición

Durante el reinado de don João III se acentuó en Roma la intervención de la diplomacia portuguesa, hasta el punto de que la Ciudad Eterna se transformó en la capital de esa actividad exterior. No era sólo la tradición de la Iglesia católica, como fiel de la balanza política europea, que aconsejaba el refuerzo de una orientación que ampliamente justificó el gran número de embajadores y enviados [127]. También había que hacer de Roma el eje de un sistema de comunicaciones entre Lisboa y el mundo afro-oriental, con los variados correos que establecían una rápida conexión entre Lisboa y Oriente, ya por la vía terrestre (Cataluña, Languedoc, Provenza, Milán), ya por la marítima (Sevilla, Valencia, Barcelona, Génova). Se comprueba que las noticias venidas de Goa a través de Roma podían adelantarse en tres o cuatro meses en relación con las que se transmitían por la ruta del Cabo, con la ventaja de proporcionar mejores informaciones del Golfo Pérsico, de Arabia y

[126] António Portugal de Faria, *Portugal e a Itália*, Leorne, 1905, pp. 100-105.

[127] Alfredo Pimenta, *don João III*, Oporto, 1936, pp. 69-108 y 337-346. Véase también Carles-Martial de Witte, *La Correspondante des Premiers Nonces Permanents au Portugal. 1532-1553*, vols. I-II, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1986-1980.

de Alejandría. Fue así como la embajada en Roma comenzó a controlar a muchos agentes de conexión entre Europa y Oriente, con el gigantesco recurso de todas las fuentes de información que se transmitían de inmediato a Lisboa [128].

La Iglesia desempeñó un valioso papel en esa conexión postal, dada la presencia de nobles, religiosos y otras personas que allí cumplían las misiones más variadas, algunas de ellas ligadas a los intereses particulares de cada diócesis [129]. Se volvió conocida la estancia en Roma, entre 1510 y 1517, del «hidalgo de Chaves», que allí procuraba obtener satisfacción para las súplicas que enviara a la Curia don Jaime, duque de Bragança [130]. El cuerpo diplomático portugués menciona un gran número de emisarios, destacándose por su importancia el doctor Gaspar Barreiros, canónigo de la catedral de Évora, que en 1546 fue a agradecer al papa Pablo III la concesión del capelo cardenalicio al infante don Henrique, nuevo arzobispo de Évora. Dejó él noticia de su viaje de la frontera de Elvas a la ciudad de Milán en un libro lleno de informaciones curiosas y que permanece como único en la literatura portuguesa de la época [131]. Otro caso, aunque más tardío, respecta al desplazamiento de dos monjes de Santa Cruz de Coimbra, que permanecieron en Roma de 1558 a 1561 y dejaron una curiosa relación acerca de muchos aspectos de la vida italiana [132].

No corresponde referir aquí las prolongadas negociaciones de que Roma fue escenario antes de 1536 para que el papado satisfaciese la solicitud de João III con vistas al establecimiento del Santo Oficio en

[128] Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, p. 50.

[129] La consulta del *Corpo Diplomatico Portuguez*, vols. I-IV, Lisboa, 1862-1878, permite encontrar numerosos casos de portugueses que estuvieron en Roma cumpliendo misiones privadas.

[130] Eugénio Asensio, «Memórias de um Fidalgo de Chaves (1510-1517). Descripción de la Roma de Julio II y Léon X»: *Memórias da Academia das Ciências de Lisboa. Classe de Letras*, tomo XIII (1970), pp. 7-28, reed. em *Estudios portugueses*, París, 1974, pp. 103-121. Aníbal Pinto de Castro, «Uma voz do diálogo luso-italiano na Época de Quinhentos, a do 'Fidalgo de Chave's: *Mare Liberum*, n.º 2 (1991), Lisboa, pp. 7-16.

[131] *Chorographia de alguns lugares que stam em hum caminho, que fez Gaspar Barreiros ó anno de M. D. XXXXVI começado na cidade de Badajoz em castella te á de Milam em Italia*, Coimbra, 1561. Nueva edición, Biblioteca Geral. da Universidade, Coimbra, 1963.

[132] Maria Helena da Cruz Coelho y Maria José Azevedo Santos, *De Coimbra a Roma. Uma viagem em meados de Quinhentos*, Coimbra, 1990.

Portugal. Satisfaciendo el deseo de los Reyes Católicos, la Curia ya había autorizado la creación de ese tribunal en España, buscando así evitar la difusión de la herejía en la Península Ibérica [133]. Las diligencias que hizo entonces la diplomacia portuguesa tuvieron un poderoso objetor en el cristiano nuevo Duarte da Paz, que por su riqueza y relaciones sociales gozaba de gran prestigio en Roma. Desde principios del siglo XVI, huyendo del rigor o por temor de las persecuciones, muchos judíos oriundos de Portugal se habían instalado en Italia, sobre todo en Roma, Pavía, Ferrara y Venecia, siendo unos banqueros, otros médicos y otros incluso ligados a profesiones liberales y a intereses mercantiles [134]. También por esa vía se hizo sentir la presencia de los portugueses en la vida religiosa y comercial italiana, sin hablar de las relaciones que esos grupos judaicos mantenían con sus hermanos de credo en Amberes, en Salónica y en varios puertos del Asia Menor y del Medio Oriente [135].

Portugueses en el Concilio de Trento

El hecho histórico que merece relieve, respecta a la participación de un grupo de obispos y teólogos portugueses en las tres fases del Concilio de Trento (1545-1549, 1551-1552 y 1561-1563) que se desarrollaron en aquella ciudad del Tirol italiano y, durante algún tiempo, en Bolonia [136]. En el momento dramático en que las guerras de religión mantenían a sangre y fuego a Alemania, Francia, Inglaterra y los Países Bajos, las dos monarquías hispánicas intentaron mantener la unidad de la Iglesia, proponiendo en su seno una reforma para evitar la formación de nuevas sectas protestantes. En la urgente adaptación de la Iglesia a las nuevas realidades del mundo político y social, se entendía que

[133] *Historia de la Inquisición en España y América,* dir. Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet, vol. I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1984.

[134] J. Lucio de Azevedo, *Historia dos Christaõs Novos Portugueses,* Lisboa, 1921, pp. 359 y ss.

[135] Véase *infra,* cap. III.

[136] Son obras fundamentales: Monseñor José de Castro, *Portugal no Concílio de Trento,* vols. I-VI, Lisboa, 1944-1946, aunque poco rigurosa y algo desactualizada; y Constancio Gutiérrez, *Españoles en Trento,* Valladolid, 1951.

debía respetarse la tradición. Era en la obediencia al papado que debía reunirse un concilio ecuménico para señalar a las naciones cristianas las vías del reencuentro. Junto a los defensores de la renovación en la línea más tradicional, muchos creían en la concordia perpetua entre los hombres por haber recibido la influencia del humanismo cristiano [137].

El mensaje de Erasmo despertaba aún grandes sospechas en la jerarquía romana, por sostener que su doctrina había inspirado la disidencia luterana, posición que hoy rechaza la crítica moderna. Se oían entonces las voces de los cardenales Pollo y Contarini, Bembo y Sadoleto, que proponían el espíritu del humanismo como una de las vías para el reencuentro de los cristianos desavenidos. Pero la corriente más fuerte, adaptada a las nuevas circunstancias, era la tradicional, que poseía una fuerza más viva para transmitir a los fieles la certeza de la salvación. El gran concilio se orientó así a la defensa de la institución papal como guía de todos los creyentes, reforzando el sentido de la obediencia para con la jerarquía de la Iglesia. Sobre todo le correspondía a ésta frenar el avance de la herejía con las armas espirituales que la unidad católica imponía. Con el ascenso al trono pontificio de Pablo III (1534-1549), se volvió un imperativo de la Iglesia romana convocar una gran reunión ecuménica [138].

Poco antes de la primera asamblea, surgió la Compañía de Jesús para actuar como milicia espiritual en todos los lugares donde la disidencia cristiana se había implantado o estaba a punto de implantarse. La idea de un núcleo de servidores de la Iglesia con tal objetivo fue lanzada por el portugués Diogo de Gouveia, *o Senior,* rector del colegio parisiense de Santa Bárbara. Fue allí maestro del navarro Ignacio de Loyola, en cuyo espíritu insufló la importancia de esa fundación religiosa de objetivos misioneros [139]. Pero hasta 1541 la Compañía de Jesús no fue oficializada para ejercer su inicial acción en la Península

[137] Miguel Batlori, *Humanismo y Renacimiento. Estudios Hispano Europeos,* Barcelona, 1987. José V. de Pina Martins, *Humanismo e Erasmismo na Cultura Portuguesa do Século* XVI. *Estudo e Textos,* París, 1973, pp. 23 y ss.

[138] E. de Moreau, P. Jourda y P. Janelle, «La Crise Religieuse du XVIème siècle»: *Histoire de l'Église,* vol. 16 (1956); L. Cristiani, «Le Concile de Trente»: *Idem,* vol. 17 (1955), París.

[139] Mário Brandão, *A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes,* vol. I, Coimbra, 1948, p. 252.

Ibérica y en los dominios que las dos Coronas poseían en África, en Oriente y en las tres Américas [140]. Entre los primeros compañeros de San Ignacio figura el portugués Simão Rodrigues de Azevedo (1510-1579), que llegó a Lisboa en 1540 con el padre Francisco Javier, y llegaría a ser el provincial de la Compañía en Portugal [141]. La obra misionera de los ignacianos en el Ultramar portugués se comentará en los capítulos correspondientes.

Un grupo de teólogos de talla nacional e incluso, en algunos casos, de reputación europea, participó en esa asamblea magna de la Iglesia católica [142]. En su gran mayoría eran padres de la Orden de Santo Domingo, notables oradores y con una preparación especial en el campo de la historia bíblica. Todos supieron cumplir con brillo sus misiones conciliares, dejando un nombre duradero en los anales de la Contrarreforma [143]. Pero las otras congregaciones tuvieron representantes a su altura, como sucedió con el carmelita descalzo fray Baltasar Limpo (1478-1558), desde 1536 obispo de Oporto, que fue el único prelado nacional que participó de la segunda fase del concilio [144]. A la orden de San Agustín pertenecía fray Gaspar do Casal (1510-1584), doctor en teología y notable predicador, que fue obispo de Funchal (1551) y de Leiria (1557). Por su mansedumbre y saber como autor de una obra religiosa de probado valor, fray Gaspar do Casal impresionó a los participantes de la tercera fase conciliar, entre los años 1561 y 1563 [145].

Se repite que fueron los teólogos dominicos quienes hicieron recaer en Portugal la mayor estima obtenida en Trento. Se incluyen en la fase de 1545 a 1547 algunos cuya biografía conviene conocer. Así,

[140] Joaquim Verissimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, pp. 53-54 y la bibliografía citada.

[141] Francisco Rodrigues, *História da Companhia de Jesus na Assistência de Portugal*, vol. I, Lisboa, 1933, pp. 217 y ss.

[142] Veánse dios documentos publicados en el Corpo Diplomático Portuguez, tomos IV, V y VI, Lisboa, 1870-1874-1884.

[143] Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, vol. III, 2.ª ed., Oporto, 1964. Monseñor José de Castro, *Portugal no Concílio de Trento*, vols. I-VI, Lisboa, 1944-1946.

[144] M. Wermers, «Limpo, don Baltasar»: Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura, vol. 12 (1965), col. 140.

[145] Fernando Felix Lopes, «Casal, don Frei Gaspar», *ibidem*, vol. 4 (1963), col. 1307.

fray Jorge de Santiago (?-1561) profesó en Salamanca, se doctoró en París y llegó a ser en Roma un precioso auxiliar del papa Pablo III después de la clausura de los trabajos conciliares [146]. Más conocido por el apodo de «Oleastro», nombre latino de su tierra de origen, fray Jerónimo de Azambuja (?-1563) había sido maestro de teología en el colegio de Santo Tomás de Coimbra antes de desplazarse a Trento. Asistió a la primera sesión, el 20 de noviembre de 1545, estuvo presente en las restantes sesiones que allí se desarrollaron y después en Bolonia. Llegaría a ser provinicial de su Orden y uno de los nombres más respetados entre los dominicos portugueses [147]. También fray Gaspar dos Reis (?-1577), maestro de teología por la Universidad de París, se destacó en las sesiones en que se discutieron los problemas de la purificación y de los sacramentos [148].

En la sesión conciliar de 1551-52 participaron algunos sacerdotes portugueses cuyo nombre corresponde destacar. El nombre más relevante fue el de don João de Melo e Castro, confirmado como obispo de Silves desde 1549. Había sido alumno de la Universidad de Salamanca, donde obtuvo el grado de doctor, y debió su ascenso eclesiástico al apoyo del cardenal don Henrique, arzobispo de Évora, que lo envió al Concilio de Trento [149]. En la misma asamblea estuvieron tres teólogos más que en esa época gozaban de justa fama. El primero era el doctor Diogo de Gouveia, junior, que había estudiado en el colegio de Santa Bárbara y había ejercido en la Universidad de París, en el primer trienio de 1539, el alto cargo de rector. Allí se doctoró antes de 1545, en ocasión de su regreso a Coimbra, donde en 1548 sustituyó a su primo André de Gouveia como principal del colegio de las Artes [150].

[146] António do Rosario, «Jorge de Santiago, don Frei», *ibidem*, vol. 11 (1971), cols. 740-741. El mismo historiador ha publicado recientemente el registro biográfico más actualizado sobre los padres de la orden de Santo Domingo: *Dominicanos em Portugal. Repertório do Século XVI*, Oporto, 1991.

[147] Domingos Maurício Gomes dos Santos, «Azambuja, Frei Jerónimo de»: *ibidem*, vol. 3 (1962), cols. 201-202. António do Rosario, *Repertório*, pp. 71-72, n.os 397 y 400.

[148] António do Rosario, «Reis, Frei Gaspar dos»: *ibidem*, vol. 16 (1974), col. 199. *Idem, Repertório*, p. 219, n.° 2380.

[149] Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, 2.ª ed., vol. II, Oporto, 1964, p. 654.

[150] Mario Brandão, *O Colégio das Artes*, vol. I (1547-1555), Coimbra, 1924. Américo da Costa Ramalho, «Gouveia, Diogo, o moço», *Verbo Enciclopedia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. 9 (1969), col. 836.

El segundo se llamaba João Pais, buen conocedor de los derechos romano y canónico, pero se ignora casi todo sobre su vida y su obra. Finalmente, don Diogo da Silva no era teólogo sino un hidalgo de la Casa Real que fue a Trento con la misión de embajador [151].

En la última fase del concilio estuvieron otros padres dominicos de reconocido valor. Uno de ellos era fray Francisco Foreiro (1522-1581), licenciado en teología y maestro en el convento de Santo Domingo de Lisboa, que también se había graduado en el colegio parisiense de Santa Bárbara. En Trento fue secretario de la Junta que condenó la publicación de libros heréticos, siendo uno de los más acérrimos defensores de la ortodoxia católica [152]. El doctor Luís de Sotomaior (1526-1610) había sido estudiante en Lovaina y maestro de humanidades en Inglaterra, cuando reinaba Mary Tudor. Adepto de la filosofía de San Agustín, procuró establecer en el concilio un punto de conciliación para el mejor entendimiento de la doctrina católica [153]. No eran dominicos dos sacerdotes que se hicieron notar en la parte final del concilio: el doctor Diogo de Paiva de Andrade (1528-1575)? [154], que brilló por el poder de su oratoria y por su saber teológico; y don Jorge de Ataíde (1535-1611), futuro obispo de Viseu, que recibió el encargo de estudiar las reformas que se introducirían en el misal y el breviario de la Iglesia [155].

Fue una cohorte de talentos la que envió la corona portuguesa al Concilio de Trento, donde fray Bartolomeu dos Mártires (1514-1591) tuvo una especial actuación. Más que por el saber teológico, el arzobispo de Braga se impuso por su autoridad moral, como símbolo de una Iglesia volcada al amor al prójimo y a la pobreza evangélica. Había profesado en Santo Domingo de Benfica en 1529 y había sido

[151] Carta de Diogo da Silva a don João III, Trento, 31 de março de 1552, A.N.T.T., *A's Gavetas da Torredo Tombo,* tomo I, pp. 710-713.

[152] Domingos Maurício Gomes dos Santos, «Foreiro, don Frei Francisco»: *Verbo Enciclopedia Luso-Brasileira de Cultura,* vol. 8 (1964), cols. 1242-1243. A. do Rosario, *Repertório,* p. 191, n.° 2012.

[153] Manuel Augusto Rodrigues, «Sotomaior, Frei Luís»: *ibidem,* vol. 17, col. 570. A. do Rosario, *Repertório,* p. 154, n.° 1378.

[154] Domingos Maurício Gomes dos Santos, «Andrada, Diogo de Paiva de»: *ibidem,* vol. 2, col. 195. José V. de Pina Martins, Humanismo e Erasmismo na Cultura Portuguesa do Século *XVI*, París, 1973, p. 157.

[155] José Henriques Mouta, «Ataíde, don Jorge»: *ibidem,* vol. 2, cols. 1701-1702.

maestro de teología en el monasterio de Batalha. En 1558 fue electo prior en Lisboa y en 1560 ascendió a arzobispo primado [156]. Con la autoridad propia de un largo magisterio, se desplazó a Trento en 1562 y allí defendió una reforma sana y urgente para combatir los males que la Iglesia padecía. La voz del prelado representó entonces los anhelos más profundos del cristianismo como luz salvadora para los hombres de buena voluntad. Fray Bartolomeu dos Mártires llegaría a ser un celoso ejecutor de los decretos aprobados por el concilio y dejó, por la santidad de su vida, un ejemplo que aún hoy se venera en la Iglesia de Portugal [157].

Relaciones con Inglaterra en la segunda mitad del siglo XV

Las relaciones luso-británicas no constituyeron en esa época una opción importante de la diplomacia portuguesa. El hecho se explica por haber tomado las dos coronas diferentes campos de actuación en sus relaciones exteriores. Mientras que don Afonso V proseguía la expansión atlántica, teniendo su principal base de apoyo en el ducado de Borgoña, Inglaterra vivía las últimas consecuencias de la guerra de los Cien Años, lo que reducía su área de intervención en Francia y en la Península Ibérica. Sobrevino después la guerra de las Dos Rosas, de 1455 a 1471, de una gran violencia en el enfrentamiento de sus facciones nobles, lo que llevó a que la dinastía Tudor se hiciese con el trono en la persona de Henry VII (1485-1509). En esa época, la Corona portuguesa realizó la hazaña de doblar el Cabo de Buena Esperanza y de abrir, con el viaje de Vasco da Gama, el espacio geográfico del Índico, en una empresa a la que estuvo ajeno el reino inglés. La doble geoestrategia no impidió, sin embargo, que las dos coronas mantuvieran lazos diplomáticos, más de concertación política y de interés mer-

[156] António do Rosario, *Repertório,* p. 123, n.° 1004. Para el conocimiento de su vida y su obra, véanse los trabajos fundamentales del padre Raúl de Almeida ROLO, «Theologica Scripta», en *Opera Omnia de don Frei Bartolomeu dos Mártires,* vols. I-VI, Oporto, 1973-1977. *Idem, Formação e Vida Intelectual de don Frei Bartolomeu dos Mártires,* Oporto, 1977.

[157] Raúl de Almeida Rolo, *L'Évêque de la Reforme Tridentine. Sa mission pastorale d'après le Vénérable Barthelémy des Martyrs,* Lisboa, 1965.

cantil que aspirando a alguna plataforma ofensiva o defensiva en el escenario europeo [158].

Edward IV confirmó y ratificó, el 11 de marzo de 1471, el tratado de paz y amistad perpetua de 1386. Con ese gesto pretendía atenuar la hostilidad de don Afonso V, surgida cuando 12 naves portuguesas, que llevaban mercancías de Flandes, fueron robadas en el Canal de la Mancha por un corsario inglés, sobrino del conde de Warwick. El disgusto del rey de Portugal llegó incluso al punto de enviar un embajador a Londres con una declaración de guerra a Edward IV en el caso de no obtener indemnización por el robo cometido [159]. Un emisario británico se dirigió entonces a Lisboa y el tratado de Windsor acabó por ser renovado en Coimbra, el 29 de agosto de 1472. Ese acto permitió el envío hacia aquel reino del licenciado João de Elvas, procurador fiscal de la Corona, que consiguió ver satisfecha la reclamación portuguesa. Mientras tanto, en la concordia del 29 de agosto de 1475 entre el rey de Inglaterra y Louis XI de Francia, se incluía el nombre de Portugal entre los aliados de la corona inglesa. Lo mismo ocurrió el 13 de septiembre de ese año con las treguas comerciales entre Francia y Borgoña, que concluyeron con la alianza de don Afonso V con su primo Charles le Téméraire [160].

En cuanto subió al trono, don João II envió a Londres al hidalgo Rui de Sousa en compañía del doctor João de Elvas y de Fernão de Pina. El embajador había recibido el encargo de obtener de Edward IV el reconocimiento del título de «señor de Guinea» para su monarca. En el momento en que las carabelas portuguesas se aproximaban al reino del Congo, lo que era prueba de una soberanía sobre las zonas descubiertas de la costa occidental africana, se comprende la iniciativa de don João II para que ese derecho no fuese cuestionado por una potencia atlántica. Aunque aliada desde hacía un siglo, Inglaterra podía invocar razones oceánicas contra la pretensión de la Corona portuguesa. Le correspondió a Richard III, el 25 de junio de 1484, confirmar las disposiciones del tratado de Windsor. Se anunció incluso la boda de este rey con la princesa doña Joana, hermana de don João II, que en-

[158] Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força,* Lisboa, 1987.

[159] Visconde Santarém, *Quadro Elementar,* vol. XIV, París, 1853, pp. 213 y ss.

[160] *Idem, ibidem,* vol. XVI, pp. 223-226.

tonces vivía enclaustrada en el convento de Jesus de Aveiro [161]. La muerte de Charles le Téméraire había comprometido el futuro de la alianza de Portugal con el ducado de Borgoña, por lo que el monarca buscó obtener un nuevo apoyo marítimo en el Atlántico, que sólo podía venir de Inglaterra.

Alvaro Rangel fue enviado a Londres, pero el proyecto no obtuvo la confirmación deseada. Tal hecho no impidió que el 8 de diciembre de 1489, en la ciudad de Elvas, se ratificase de nuevo el tratado de Windsor. A pocos meses de la boda del príncipe don Afonso con doña Isabel, hija primogénita de los Reyes Católicos, se entiende que el Príncipe Perfeito quisiese contener los posibles resultados negativos de esa alianza buscando el apoyo oceánico de la corona inglesa [162]. Creemos que ésa fue una constante de su política exterior que aguarda la confirmación documental que nuestra hipótesis exige. Mientras tanto, en 1490 se dirigió a Londres una nueva embajada de buenos propósitos, lo que tuvo como efecto que Henry VII promoviera a don João II como caballero de la Orden de la Jarretera. El gesto se interpretó enseguida como una alta distinción para Portugal [163]. Pero la muerte del gran rey, ocurrida el 25 de octubre de 1495, anuló sus propósitos de refuerzo de la alianza luso-británica con que pretendía sentar la política oceánica de Portugal.

Relaciones con Inglaterra en tiempos de don Manuel I

Durante el reinado de don Manuel I (1495-1521) fueron muy pocos los actos bilaterales de esa alianza. Así, el 13 de julio de 1497, el nuevo monarca confirmó a los mercaderes ingleses que vivían en Lisboa los privilegios concedidos por sus antecesores [164]. El tratado de Windsor pudo así ratificarse el 12 de mayo de 1499, lo que llevó al envío a Londres de Tomé Lopes en calidad de embajador, poco después de la misión de João Farinha de Almada. El rey inglés decidió

[161] Domingos Maurício Gomes dos Santos, *O Mosteiro de Jesus de Aveiro*, vol. I/1, Lisboa, 1963, pp. 86 y ss.

[162] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar*, vol. XIV, París, 1853, pp. 234-235.

[163] *Idem, ibidem*, vol. XIV, p. 236.

[164] A.N.T.T., *Leitura Nova. Extremadura*, libro 6, fols. 141-154v.º.

entonces nombrar a «el Venturoso» como caballero de la Orden de la Jarretera, por lo que dos emisarios británicos partirían hacia Lisboa con el anuncio de la buena nueva [165]. Por la misma fecha, Henry VII concedió una patente que autorizaba a los escuderos João Gonçalves y Franco Fernandes, naturales del archipiélago de las Azores, a navegar en navíos con el pabellón inglés. Se les ponía, sin embargo, una condición: «que no fuesen por las regiones descubiertas por los súbditos de nuestro querido hermano y pariente el rey de Portugal» [166].

Don Manuel I proyectó en 1505 una cruzada contra los turcos, propósito que se documenta en la *Oratio* del doctor Diogo Pacheco, pronunciada el 4 de junio de ese año en presencia del papa Julio II [167]. No era imaginable que se excluyera del plan a la Corona de Inglaterra, por lo que fray Henrique fue enviado a Londres para persuadir a Enrique VII. El proyecto no resultó, pero fue retomado en 1513 cuando, satisfaciendo los ruegos del papa León X, el rey de Portugal se entrevistó con Henry VIII. Esta diligencia pretendía su colaboración para el apaciguamiento de las discordias que amenazaban a los principales estados europeos. Tres años después, el rey de Inglaterra felicitó a don Manuel I por las victorias obtenidas en Oriente, ufanándose de que los portugueses «hubieran descubierto un nuevo mundo enteramente desconocido y fijado los estandartes vencedores en las tierras del océano y entre los pueblos sometidos hasta el Mar Rojo» [168].

Se conoce también una carta del rey Henry VIII al monarca de Portugal, recomendando al noble inglés John Wallop, que deseaba servir a la corona de «el Venturoso», hasta tal punto se había extendido la fama de éste en Inglaterra [169]. Pero este hecho no se integra en el tema de la expansión portuguesa en el mundo, por lo que no merece desarrollo. Estaba llegando a su término el reinado de don Manuel I, que en 1518 decidió renovar la alianza con la Casa de Austria al elegir como tercera esposa a la princesa doña Leonor, hermana de Carlos V.

[165] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar*, vol. XV, pp. 2-3.

[166] *Idem, ibidem*, vol. XV, pp. 7-10.

[167] Véase *supra*, cap. III, nota 93.

[168] A.N.T.T., *Corpo Cronologico*, P. 1, m. 20, doc. 99, resumido en *ibidem*, vol. XV, pp. 12-13.

[169] Carta de Rambabery, 14 de septiembre de 1516. *Idem, ibidem*, P. 1, m. 20, doc. 99.

La política exterior portuguesa iba a alinearse aún más junto a la de España, lo que se justificaba por los intereses mutuos de las dos naciones ibéricas en Oriente y en América. La aproximación hispánica se volvía prioritaria, lo que llevó a don Manuel I a no fortalecer la alianza luso-británica, desde que Inglaterra poco o nada tenía que ver con la defensa del Imperio afro-oriental portugués.

Relaciones con Inglaterra: el proyecto de matrimonio del infante don Luís

Con el ascenso de don João III al trono, en 1521, las relaciones con Inglaterra mantuvieron la misma distancia política, aunque continuasen siendo estrechas en el campo mercantil. Londres se volvió con frecuencia un sitio de refugio para la navegación portuguesa que sufría, en la zona del Canal de la Mancha, los ataques del corso francés. Entre los muchos incidentes que se podrían mencionar, baste el del navío de Cristóvao Brandão, que cargó mercancías en Londres con destino a la factoría de Amberes y fue atacado cerca de Calais [170]. El intercambio de productos con Flandes utilizaba con frecuencia los puertos ingleses, como Eastbourne, Southampton y la isla de Wight [171]. Pero no siempre esas relaciones fueron pacíficas porque la corona británica ponía dificultades a la entrega de las presas. En 1527, el rey don João III tuvo que exigir de Henry VIII la restitución de las mercancías de la flota del almirante António Pacheco, que había naufragado en las costas de Inglaterra [172]. Otras discrepancias de esa clase afectaron a las relaciones políticas entre las dos coronas.

La política de hostilidad a Roma, que se encendió con la caída del cardenal Wolsey, abrió una época de funestas persecuciones en la vida inglesa. Declarándose jefe supremo de la Iglesia, el rey Henry VIII avanzó hacia una ruptura en el campo espiritual que afectó gravemente al mundo católico. Cuando aún se buscaba un compromiso, se anun-

[170] Certificado de Londres, 29 de mayo de 1525, pasado a Diogo Fernandes, Cristóvao de Aiala y João Dias. *Idem*, Gavetas, 15, m. 14, doc. 25.

[171] Véase V. M. Shillington y A. B. Wallis Chapman, *The Commercial Relations of England and Portugal*, Londres, 1907.

[172] Visconde de Santarém, *Quadro Elementar*, vol. XV, pp. 25-26.

ció, con el apoyo del emperador Carlos V, la boda del infante don Luís, segundo hijo de don Manuel I, con la princesa Mary Tudor, que sería conocida como Bloody Mary. Nacido en 1506 y señor del ducado de Beja, el novio era el primer heredero de la Corona portuguesa en el caso de extinguirse la rama varonil del monarca. Colocar al hermano de don João III en el trono de Saint James, no se traducía sólo en el refuerzo del tratado de Windsor. Era también un motivo de sosiego para las naciones católicas, por ser un príncipe portugués quien impediría la perturbación religiosa que venía afectando a Gran Bretaña y que, como llegó a suceder, conduciría a un grave cisma.

Para tratar del matrimonio, fue a Londres en 1537 el embajador Diogo de Mendonça y hubo desde entonces un abundante intercambio de correspondencia entre las dos cortes [173]. Para España y Francia era la forma de que Henry VIII volviese a integrarse en la política europea, lo que correspondía a la alineación por las posiciones doctrinarias de Roma. A su vez, el monarca inglés no tenía menor interés en el proyecto, sobre todo por salir del aislamiento exterior a que la política religiosa lo había conducido. En cuanto a Portugal, el matrimonio correspondía a la extensión del tratado de Windsor a las posesiones ultramarinas, desde que don João III comenzaba a disponer de la protección inglesa contra la guerra de las presas que Francia había intensificado contra la navegación portuguesa. Tal vez porque don Luís no tenía especial interés por el matrimonio, el proyecto acabó por malograrse en la trama complicada de la política inglesa en abierta ruptura con Roma [174].

Tal circunstancia no impidió que Portugal comenzase, desde entonces, a tener representantes permanentes en Londres. António Marques fue allí en 1542 y se quedó poco tiempo. Pero André Soares, que ejercía funciones más consulares, permaneció durante 1545. Más prolongada fue la permanencia del doctor Gaspar de Figueiredo, que vivió en Inglaterra de 1546 a 1549. Su carta del 27 de agosto de ese año

[173] *Idem, ibidem*, vol. XV, pp. 31-40.

[174] Robert Ricard, «Pour une monographie de l'Infant don Luis de Portugal»: *Études sur l'Histoire morale et religieuse du Portugal*, París, 1970, pp. 142-152. Para la historia del proyecto de matrimonio en Inglaterra, véase *Correspondance politique de M. de Castillon et de Marillac, Ambassadeurs de France en Angleterre (1537-1542)*, pub. Jean Kaulec, París, 1885, pp. 24-43-56-74-76, *passim*.

contiene noticias de gran interés sobre la vida inglesa [175]. Su estancia coincidió con la legación de Fernão da Silveira, que presentó sus pésames por la muerte de Henry VIII. A la forzada imposición del anglicanismo, respondió Mary Tudor de 1553 a 1558 con el restablecimiento de la religión católica y su casamiento con el príncipe de España, más tarde Felipe II. Durante ese período, la embajada portuguesa en Londres fue asegurada por los hidalgos Lourenço Pires de Távora (1553-54) y Diogo Lopes de Sousa (1555-56), que apoyaron a la reina en sus esfuerzos por liberar a Inglaterra del cisma anglicano [176].

Relaciones con Inglaterra: la época de los corsarios

Entre las reformas positivas de Henry VIII se cuenta la creación de la marina de guerra, que fue el embrión del futuro poderío oceánico de Inglaterra [177]. Frente a la hostilidad política de los principales estados europeos, que no aceptaban la ruptura religiosa con Roma, la corona británica reconoció que sólo la existencia de una fuerte escuadra la podía defender de cualquier acometida naval. El aislamiento geográfico habría de traducirse en un instinto colectivo de supervivencia frente a los recelos que le venían del Continente. Inglaterra reunía así las condiciones psicológicas y materiales para transformarse en una potencia marítima, guardiana de su destino histórico, y en una previsión del imperialismo oceánico que desde entonces marcó su política exterior. Si durante el reinado de Bloody Mary aún hubo esperanzas de que la corona británica retornase a la coexistencia con Europa, con el ascenso al trono de Elisabeth I en 1561 fue la concepción naval y de guerra la que orientó los caminos del expansionismo inglés.

A partir de 1561, con el apoyo financiero y técnico de la corona inglesa, se intensificó la guerra de corso para la conquista de los mares que, por el espíritu del *mare clausum*, pertenecían a España y Portugal. Fue una operación de gran envergadura, que se asumió en for-

[175] A.N.T.T., *Corpo Cronologico*, P. 1, m. 83, doc. 13.

[176] Alfredo Pimenta, *don João III*, Oporto, 1936, pp. 361-362.

[177] G. R. Elton, *The Tudor Revolution in Government*, Londres, 1953. *Idem*, *England under the Tudors*, Londres, 1955.

ma de política naval y por medio de grandes marinos, como John Hawkins y Francis Drake, en los puntos neurálgicos del Atlántico. Dentro de la concepción inglesa de la época, se ponía en práctica la orientación enunciada por Raleigh, según la cual «quien domina los mares, domina el comercio y, por tanto, el mundo». Fueron incontables los perjuicios que la corona de Portugal sufrió por los innúmeros ataques a sus flotas de Oriente y de Brasil. Apostados en las rutas de confluencia de esa navegación, no lejos de Madeira, de las Azores y de Cabo Verde, los corsarios británicos fueron aumentando sucesivamente su amenaza de guerra naval [178]. Ya en 1564 las expediciones salidas de Londres y de Bristol apuntaban a Guinea y la Costa de la Mina para recoger a los esclavos que después eran objeto de rescate en las Antillas [179].

El viaje de circunnavegación de Drake, llevado a efecto entre 1577 y 1581, siguió la ruta de Magalhães-El Cano y se saldó con un beneficio de un millón y medio de libras esterlinas, lo que correspondió a 47 veces el coste de la expedición. A costa del comercio portugués de Oriente y de las perturbaciones causadas en él, el viaje constituyó un verdadero tesoro para la Inglaterra isabelina. La audacia de los corsarios londinenses se extendía cada vez más hacia el sur del Atlántico, con el objetivo de doblar el cabo de Buena Esperanza y de competir con el dominio portugués en el océano Índico [180]. La conquista de Portugal en 1580 había unido a las dos coronas hispánicas en la monarquía dualista. Tal situación facilitó las ambiciones británicas en cuanto a Oriente, por considerar Elisabeth I al rey de España como su enemigo. No sería posible, en estas circunstancias, invocar la letra del Tratado de Windsor, y Portugal acabaría sufriendo las consecuencias de su nuevo vínculo político. Tal es el marco histórico en que se sitúa la lucha que los portugueses y británicos trabaron desde finales del siglo XVI,

[178] Julian Corbett, *Drake and the Tudor navy, with an history of the rise of England as a mantime power*, vols. I-II, Londres, 1898. J. A. Williamson, *The age of Drake*, Oxford, 1938. Idem, Sir John Hawkins, Oxford, 1927. Joaquim Veríssimo Serrão, «Drake, Francis» y «Hawkins, John»: *Dicionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrao, 1.ª ed., Lisboa, 1963, vol. I, pp. 813-814, y vol. II, p. 413.

[179] «Carta de Francisco da Costa Ponte al embajador João Pereira Dantas, París, 5 de agosto de 1564». A.N.T.T., *Corpo Cronologico*, P. 1, m. 107, n.° 4.

[180] «Carta de João Pereira Dantas al rey don Sebastião», París, 29 de septiembre de 1564. *Idem, ibidem*, P. 1, m. 107, n.° 12.

dado el objetivo que tenían estos últimos de obtener la supremacía en los mares y tierras de la India [181].

La Expedición de Drake a Lisboa en 1589

Con la muerte del cardenal-rey don Henrique, el 31 de enero de 1580, se agravó el problema de la sucesión al trono portugués, surgiendo como principales candidatos Felipe II, rey de Castilla, y don António, prior del Crato. Éste había nacido en 1531, siendo hijo del infante don Luís, segundo hermano de don João III y de una cristiana nueva llamada Violante Gomes. Hijo natural o reconocido del infante, es seguro que su progenitor obtuvo para él el priorato de la orden militar con sede en el Crato y le dio buenos maestros, tanto en el colegio jerónimo de Guimãraes como, después, en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra. Habiéndose dedicado a la carrera de las armas, don António fue hecho prisionero en la batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578. Consiguió liberarse del cautiverio y llegar a Lisboa a tiempo de competir en el pleito dinástico. Gozando de enorme simpatía popular, aparecía a los ojos de los enemigos de Castilla como el único candidato nacional para recibir la corona [182].

Tanto el rey de Castilla como el prior del Crato quisieron justificar su pretensión con argumentos jurídicos al ser, con diferentes grados de parentesco, nietos del rey don Manuel I [183]. Pero ninguno consiguió imponer la fuerza del derecho, pues la diplomacia de Felipe II poseía ventajas políticas y financieras que se tornaban importantes en la solución del problema. Felipe II recurrió así a la guerra como medio, ordenando al duque de Alba la entrada en Portugal, lo que se consumó el 19 de junio de 1580. La noticia creó en Santarém una fuerte explosión de amor patriótico e incitó a la población local, el mismo día, a aclamar a don António, prior del Crato, como nuevo monarca. En rea-

[181] Joaquim Verissimo Serrao, *História de Portugal*, vol. IV (1580-1640), Lisboa, 1979, pp. 153-156.

[182] J. M. Queiros Veloso, *O Reinado do Cardeal don Henrique*, Lisboa, 1946, pp. 17 y ss.

[183] Joaquim Veríssimo Serrão, «Fontes de Direito para a História Da Sucessão de Portugal. 1580»: *Boletim da Faculdade de Direito de Coimbra*, vol. 35 Coimbra, 1956.

lidad, ejerció la función regia durante dos meses, hasta que el duque de Alba, el 25 de agosto, venció en la batalla de Alcántara a sus desorganizadas fuerzas. Con la fuga de don António hacia las tierras del norte, de donde siguió a su exilio en Francia, quedó asegurado el trono para Felipe II, lo que le permitió ser declarado rey en las Cortes de Tomar en abril del año siguiente [184].

En el otoño de 1585 el rey exiliado fue a acogerse a la protección de la reina Elisabeth I, buscando recibir apoyo para una expedición a Lisboa que le garantizase la conquista del trono. Temiendo una ofensiva inglesa al occidente peninsular, Felipe II decidió preparar una gran flota para la conquista de Inglaterra. Tres eran sus objetivos: la protesta contra el suplicio de Mary Stuart, reina de Escocia, cuya hermana hiciera ejecutar; el deseo de acabar con el cisma anglicano que perturbaba a los estados católicos; y poner fin a los ataques de los corsarios ingleses a la navegación de España y Portugal. En la organización de la Armada Invencible se empeñó la Corona portuguesa con una fuerte contribución de navíos, armas y soldados. Por ello, el desaire naval de la poderosa escuadra afectó gravemente a los recursos de Portugal, mientras Inglaterra vio aumentar su importancia marítima, con nuevas ventajas para volverse una potencia ultramarina [185]. Ese acontecimiento tal vez señale el gran hito que abrió las puertas de Oriente, a través de la ruta de El Cabo, a los navíos británicos.

El fracaso de la Armada Invencible tuvo además otra consecuencia en el campo de las relaciones anglo-lusas, como la acción de represalias con que Elisabeth I pretendió colocar a don António, prior del Crato, en el trono de Portugal. En 1589 el almirante Drake recibió el encargo de organizar una flota para atacar Lisboa, hacia donde se dirigió con el pretendiente y contando con el apoyo naval del almirante Norris. Éste comenzó por abordar en el puerto de La Coruña, acción desastrosa desde el punto de vista táctico, pues retrasó la entrada por sorpresa en la capital portuguesa. Después, un destacamento inglés desembarcó en Peniche, a veinte leguas de Lisboa, habiendo demorado

[184] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Reinado de don António, Prior do Crato*, vol. I (1580-1582), Coimbra, 1956.

[185] E. A. Close, *The defeat of the Spanish Armada*, Londres, 1913. Garrett Mattinghy, *The Defeat of the Spanish Armada*, Londres, 1959. *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España y de sus Indias*, tomo II, Archivo Histórico Español, Madrid, 1929.

más de lo previsto para atacar la ciudad por el lado norte. Mientras tanto, Drake aguardó dos semanas, en la bahía de Cascais, la llegada del referido destacamento para emprender una acción conjunta. El plan aprobado en Londres, de este modo, no había cumplido con sus objetivos militares, lo que hizo malograr la tentativa de colocar a don António en el trono [186].

Cuando el almirante Drake intentó entrar en Lisboa, la guarnición de las diferentes fortalezas de la capital respondió vigorosamente al ataque británico. Fue una sorpresa para el jefe de la expedición, que aguardaba la rebelión de los habitantes a favor del prior del Crato. El virrey cardenal Alberto había tomado medidas adecuadas para la defensa de los puntos neurálgicos, con el agravante de que la población había temido las consecuencias del saqueo, conocida como era la fama destructora de los anglicanos. Más que como defensores de don António, los ingleses de Drake eran vistos como enemigos declarados de la religión católica, por lo que los temores religiosos se sobrepusieron entonces a los intereses políticos. Sucedió, entretanto, que la peste se declaró en la flota invasora, lo que llevó al almirante a regresar a Londres, no obstante las protestas del prior del Crato, que aún tenía esperanzas en el resultado de la expedición [187]. Así se malogró la tentativa de Inglaterra de colocar a don António en el trono portugués, la última empresa que el infeliz pretendiente consiguió organizar antes de morir en París, pobre y envejecido, el 25 de agosto de 1595 [188].

Relaciones con el Imperio: la factoría de Flandes

Desde el siglo XIV Portugal había aumentado las relaciones mercantiles con Flandes, en una red de comunicaciones que abarcaba los puertos del suroeste de Francia, de Inglaterra meridional y de Norman-

[186] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. IV (1580-1640), Lisboa, 1979, pp. 38-41. Pero Roiz Soares, *Memorial*, pub. Manuel Lopes de Almeida, vol. I, Coimbra, 1953, pp. 230-231.

[187] Ed. Freire de Oliveira, *Elementos para a História do Município de Lisboa*, tomo II, Lisboa, 1887, pp. 60 y ss.

[188] *Mémoires-Journaux de Pierre de l'Estoile, t. V, Journal de Henri IV (1595-1601)*, París, 1879, p. 35.

día. El Atlántico norte constituía entonces el principal espacio marítimo de la navegación portuguesa, siendo Flandes el punto clave de esa actividad exterior. Allí se procedía a la venta de los productos excedentes (vino, aceite, sal, frutos secos, cueros, miel) y a la adquisición de los de vital importancia de que el reino carecía (cereales, tejidos, objetos manufacturados, armas de guerra) [189]. El centro de ese intercambio era la factoría de Flandes, que se mantuvo con óptimos resultados hasta la última década del siglo XV en la ciudad de Brujas, donde los mercaderes portugueses gozaban de gran prestigio [190]. Pero la progresiva obstrucción del puerto llevó al traslado de la factoría a la vecina ciudad de Antwerpen (Amberes), donde puede documentarse ya su funcionamiento en los años 1498-1499 [191].

Había que corresponder a las facilidades que concedía el emperador Maximiliano a los navíos mercantes extranjeros, con el objetivo de hacer de Amberes el mayor puerto del Atlántico. La «colonia» mercantil portuguesa estaba allí formada por hombres de negocios de Lisboa, de Oporto, del Algarve, de Ericeira y de otros puertos de mar [192]. El intercambio luso-flamenco había aumentado con la venta del azúcar de Madeira, de la malagueta y de otros productos de la costa de Guinea. Pero, después de las expediciones que llevaron al descubrimiento del camino marítimo hacia la India y al hallazgo de Brasil, el volumen de los negocios se amplió a las especias de Malabar y a la madera de Santa Cruz. Los años que transcurrieron hasta 1510 mostraron la importancia considerable de la factoría de Amberes como gran emporio de las novedades mercantiles llegadas de Lisboa y codiciadas por las casas comerciales del centro y norte de Europa. De este modo puede valorarse la importancia que el primer puerto de Flandes llegó a adquirir para los productos del Ultramar portugués [193].

[189] Véase *supra*, cap. II, not. 127.

[190] Joaquim Veríssimo Serrão, *Historia de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1977, pp. 293-297.

[191] Renée Doehaerd, *Études Anversoises. Documents sur le commerce international á Anvers*, tomo II (1488-1510), París, 1962, p. 7, n.° 17.

[192] J. A. Goris, *Étude sur les Colonies Marchandes Méridionales (Portugais, Espagnols, Italiens) á Anvers, de 1488 à 1567*, Louvain, 1925, pp. 52 y ss.

[193] A. Braamcamp Freire, «María Brandoa, a do Crisfal», *Archivo Historico Português*, vol. VI (1908), Lisboa, pp. 372 y ss.

La factoría de Amberes se volvió una de las piezas del mecanismo de la economía atlántica establecido en Lisboa, por lo que se comprende la voluntad de intervención de don Manuel I en su actuación económica y financiera. Nuestros comerciantes elegían todos los años dos cónsules encargados de representarlos en las operaciones mercantiles de su interés. Les correspondía ocuparse de la adquisición y venta de productos y efectuar diligencias al más alto nivel de la administración flamenca. Pero la acción consular habría sido a veces ineficiente si no hubiese dispuesto del apoyo de la corona de Portugal, traducida en la presencia de un factor regio. No poseyendo el título de embajador, lo era en verdad como un agente económico encargado de regular la venta de las especias y de fletar las naves para las transacciones mercantiles con Portugal. La fijación de los precios de venta de las especias, del palo brasil y de otros productos dependía, en gran parte, de la actuación del factor ante los grupos comerciales que controlaban las líneas comerciales de Flandes [194].

El primer factor de don Manuel I fue Tomé Lopes, que ejerció sus funciones de 1498 a 1505, después de lo cual cumplió misiones diplomáticas junto al emperador Maximiliano y en la corte de Brabante. [195]. Fue sustituido por Afonso Martins Tibau, rico mercader de Lisboa, que sólo ejerció la dirección de la factoría hasta septiembre de 1506, y éste por Alvaro Vaz, en cuyo período se estableció una misa perpetua, todos los miércoles, por decisión del portugués doctor Fernando Duarte. Éste había sido médico del príncipe Carlos, más tarde emperador, y se instaló en Brujas después de casarse, gozando en esta ciudad flamenca de gran consideración [196]. Lo que importa señalar es que antes de 1509 ya existía una capilla de la «nación» portuguesa en la iglesia de Santo Domingo de Brujas, donde los miembros de la antigua factoría practicaban sus actos de culto, lo que siguieron haciendo aun después del traslado a Amberes. De esta ciudad salían constantes mensajeros portugueses con destino a Alemania y al Báltico para tratar de asuntos comerciales con Jacob Fugger y otros hombres de negocios del centro y del norte del Imperio [197].

[194] *Idem, ibidem*, pp. 374-377.

[195] Biografía de Tomé Lopes, pub. *idem, ibidem*, pp. 377-380.

[196] *Idem, ibidem*, pp. 380-381.

[197] Véase también Renée Doehaerd, *Études Anversoises*, t. III (1490-1514), París, 1962, p. 207, n.° 3642; p. 233, n.° 3813, passim.

La elección de João Brandão, en 1509, para ejercer el cargo de factor en Flandes, marca la época más alta del emporio portugués. El elegido era natural de Oporto, pertenecía a una familia de mercaderes y poetas y había recibido de don Manuel I el título de hidalgo de la Casa Real. Estuvo una primera vez en la dirección de la factoría hasta 1513, cuando fue llamado a Lisboa y sustituido por el escribano Silvestre Nunes, que no tardó en transmitir el cargo al nuevo factor Francisco Pessoa. Habiendo regresado a Amberes hacia 1519, Brandão volvió a dirigir la factoría hasta finales de agosto de 1526, fecha segura o próxima de su muerte. Su nombre quedó registrado en la historia de la factoría, entre otras razones por la amistad que lo unió a Albrecht Dürer, que en esa época era uno de sus más asiduos visitantes. En opinión de Braamcamp Freire, entre ambos intercambiaron valiosos presentes:

> Los nuestros daban especias, piezas de oro y coral, papagayos y otras mercancías exóticas; el famoso artista, pinturas, dibujos, grabados, productos varios de su talento; prendas de alto valor, cuyo actual paradero se desconoce casi por completo [198].

Brandão era poseedor de una gran fortuna y con ella pretendió mostrar a la sociedad flamenca el prestigio europeo que rodeaba a la corte portuguesa. No se consideraba sólo el representante comercial de don Manuel I, sino también el embajador permanente de un país que había abierto al viejo continente las rutas mercantiles del mundo oriental. Más que un almacén para la venta de productos exóticos, la factoría de Amberes se volvió un lugar de encuentro de hombres de pensamiento y de artistas, para intercambio de presentes y de ideas [199]. El cargo de factor era desempeñado con el fausto que la realeza imponía en las recepciones que Brandão ofrecía en nombre de su monarca, y que se traducían en manifestaciones de prestigio para la nación portuguesa. A él le tocó recibir, en 1519, el collar de la Orden del Toisón de Oro que el emperador Carlos V, ya investido como rey

[198] A. Brramcam Freire, «Maria Brandoa, a do Crisfal»: *Archivo Historico Portuguez*, vol. VI, p. 402.

[199] Joaquim de Vasconcellos, *Albrecht Dürer e a su influencia na Península*, 2.ª ed., Coimbra, 1929.

Carlos I de España, envió a don Manuel I cuando éste se casó con la princesa doña Leonor de Austria, hermana del rey español. Pero el brillo social que João Brandão proporcionó a la factoría de Flandes afectó gravemente al Tesoro portugués, hasta el punto de que don João III decidió limitar los gastos de representación del emporio luso en Amberes y, en 1548, su cierre [200].

Rui Fernandes de Almada: mercader y diplomático

El nombramiento de Rui Fernandes de Almada en 1512 como tesorero de la factoría de Flandes lleva a la cima a una de las figuras más importantes de la diplomacia portuguesa del siglo XVI. Puede incluso ser considerado, en el plano de las relaciones exteriores, como la personalidad lusa que más prestigio obtuvo en el consenso de las cortes imperial y francesa. Almada nació en Lisboa hacia el año 1460, oriundo de un linaje noble de la capital y destinado al desempeño de cargos de la confianza regia. La fortuna personal ha de haber contribuido a que ejerciera funciones de valimiento en que su experiencia del mundo comercial y financiero le aseguraba un merecido éxito. Siendo de la misma generación de don João II, recibió de éste el nombramiento en 1483 como factor portugués en la ciudad de Orán. Pasados cuatro años, fue trasladado a la ciudad de Safi, donde residió bastante tiempo y pudo asegurar el establecimiento del culto cristiano. Rui Fernandes de Almada se convirtió así, en los cuadros de la administración portuguesa, en un especialista de las relaciones políticas y comerciales con el Magreb [201].

Con la muerte del Príncipe Perfeito, volvió a Lisboa, donde era considerado «ciudadano honrado y rico de la ciudad». Se ignoran episodios de su vida en ese período, pero no ofrece dudas que mantuvo el valimiento de don Manuel I. Habría cumplido entonces alguna misión en Asilah o hecho un viaje a Italia para enterarse de los mecanismos de actuación de las principales casas financieras y económicas de

[200] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, pp. 329-331.

[201] Véase el trabajo fundamental de Maria do Rosário de Sampaio Themudo Barata, *Rui Fernandes de Almada. Diplomata Português do Século XVI*, Lisboa, 1971, pp. 3-4.

aquel país [202]. Dado el conocimiento que tenía de la vida comercial de Marruecos, el descubrimiento del camino marítimo hacia la India aumentó el crédito de Almada como experto de la coyuntura económica que se le abría a Europa en los albores del siglo XVI. Había que hacer circular, en los principales centros del Atlántico norte, los productos de Oriente que llegaban a los almacenes regios en Lisboa [203]. La factoría de Amberes se convertía en el mejor emporio para la distribución de las especias de Malabar, del azúcar de São Tomé y de la madera de Brasil en los países de Europa central y del norte. Fue ésa la gran misión exterior que don Manuel I confió a Rui Fernandes de Almada, sabiendo que su experiencia del comercio con el Mediterráneo habría de ser provechosa para activar los mecanismos de la economía luso-oriental en el Atlántico [204].

Después de haberse desplazado de nuevo a Safi, en 1504, Almada recibió el encargo de regular los contratos con algunos mercaderes extranjeros que residían en Lisboa, deseosos de invertir en el comercio portugués de Oriente. La regulación de la Casa de la India forzó a la Corona a enviar una persona de mayor confianza hacia la factoría de Amberes a fin de respaldar la acción del factor João Brandão [205]. En 1512 llegó allí Rui de Almada en calidad de tesorero, lo que demuestra el interés del Tesoro en asegurar el aumento de sus rentas comerciales. Pero su misión tenía un ámbito más vasto por ser una especie de embajador itinerante, como se llegó a comprobar con el paso de los años. Almada no vivía de manera permanente en Flandes, forzado como estaba a constantes desplazamientos en el Imperio para iniciar diligencias a nivel político, asegurar la distribución de productos y obtener facilidades en los mercados financieros. Pudo así cumplir importantes misiones regias y establecer lazos amistosos con mercaderes, financieros y humanistas [206].

[202] *Idem, ibidem*, pp. 4-5.

[203] A. Braamcamp Freire, «Maria Brandoa, a do Crisfal»: *Archivo Historico Portuguez*, vol. VI (1908), Lisboa, pp. 372-373.

[204] Maria do Rosário de Sampaio Themudo Barata, *Rui Fernandes de Almada*, pp. 7-8.

[205] Instrumento da Feitoria Portuguesa de Antuérpia, 1 de enero de 1512, pub. *idem, ibidem*, p. 179, n.º V.

[206] Maria do Rosário de Sampaio Themudo Barata, «Um Português na Alemanha no tempo de Durer: Rui Fernandes de Almada»: *Revista da Faculdade de Letras*, III.ª serie, n.º 15 (1973), Lisboa, pp. 85-123.

Maria do Rosário Themudo Barata ha realizado una serie de investigaciones que muestran el abanico de conocimientos que Rui de Almada obtuvo en el Imperio germánico. Son bien conocidas las relaciones que trabó con Jacob Fugger y otros hombres de negocios alemanes a quienes recurrió con frecuencia la corona portuguesa [207]. En 1517 procuró cumplir las instrucciones de Lisboa, en el sentido de impedir el pago del cobre enviado de Alemania para las acuñaciones que se imponía realizar en la Casa de la Moneda de la capital portuguesa [208]. Pero no menos importantes fueron los lazos que estableció con Albrecht Dürer y otros notables artistas de Augsburg y Nüremberg. Hoy está probado que el genial pintor, en una de las visitas que hizo a Amberes, obsequió con su retrato al tesorero de la factoría portuguesa. Se sabe, de igual modo, que Rui Fernandes de Almada remitió a Lisboa, en 1526, el cuadro *San Jerónimo,* de autoría de Dürer, que hoy se encuentra en el Museu Nacional de Arte Antiga [209]. El prestigio del diplomático-banquero excedió en su tiempo al de los demás representantes portugueses que la Corona envió al extranjero.

En 1526 el tesorero Almada sustituyó al factor João Brandão, que acababa de fallecer en Amberes. El documento de su designación lo titula «cónsul» de los mercaderes portugueses en Flandes, lo que permite suponer que esa designación comenzó a tener más fuerza institucional que la de factor. Era un especial amigo de Damião de Góis, que a partir de 1521 había sido nombrado tesorero de la factoría y con quien llegó a firmar cartas dirigidas a don João III con el título duplicado de «cónsules» [210]. Rui de Almada estaba llegando al término de su laboriosa carrera, no sin antes ser nombrado embajador en la corte francesa. A fin de que intentase resolver el conflicto de las presas marítimas, en 1533 fue enviado a París, donde permaneció siete años. Puede y debe ser considerado, del lado de Portugal, como el artífice del tratado de Lyon que dio origen a la creación del tribunal luso-francés de Bayona [211]. Así transcurrió la existencia de un mercader diplo-

[207] *Idem, ibidem,* pp. 106 y ss.

[208] *Idem, Rui Fernandes de Almada,* p. 12.

[209] *Idem,* «Um Português na Alemanha no tempo de Durer», pp. 119 y ss.

[210] A. Braamcamp Freire, «Maria Brandoa, a do Crisfal»: *Archivo Historico Portuguez,* vol. VIII (1910), Lisboa, pp. 21-24, n.º LVII-LVIII.

[211] Véase *supra,* cap. III, nota 59.

mático que prestó grandes servicios a la corona portuguesa, tanto en la factoría de Flandes y en el Imperio, como para restablecer el clima de amistad entre Francia y Portugal en el período más intenso de la guerra de corso[212].

Un cosmopolita portugués: Damião de Góis

Ligada a la factoría de Amberes se encuentra la figura de Damião de Góis, funcionario regio, escritor y viajero que marcó la cultura portuguesa de la época en los dominios de la historiografía, del ensayo y de la música. Fue un nexo de unión entre Portugal y la Europa culta, por lo que Marcel Bataillon lo considera el símbolo luso del cosmopolitismo del Renacimiento[213]. Como amigo y correspondiente de Erasmo, fue también un adepto del humanismo cristiano y, como bien observa Pina Martins, un mensajero de los ideales del pacifismo entre todos los hombres, pueblos y razas[214]. Ningún otro autor portugués alcanzó en el siglo xvi la resonancia europea que el nombre de Damião Góis supo granjearse. En ello concurrieron los vínculos epistolares o afectivos que mantuvo con grandes figuras del pensamiento, como es el caso de Erasmo, Lutero y Melanchton, de altos dignatarios de la Iglesia romana, como los cardenales Pietro Bembo y Sadoleto, y de artistas de renombre como Dürer y Holbein. Pero a la aureola que envuelve su figura no contribuyeron menos las circunstancias dramáticas que marcaron el final de su vida[215]. Su vida y obra han suscitado una extensa y valiosa bibliografía que hoy permite conocer las líneas rectoras de su existencia[216].

[212] Alfredo Pimenta, *Don João III*, Oporto, 1936.

[213] «Le Cosmopolitisme de Damiao de Góis», *Études sur le Portugal au Temps de l'Humanisme*, Coimbra, 1952, pp. 149-196. Nueva edición, París, 1974, pp. 121-154.

[214] *Humanismo e Erasmismo na Cultura Portuguesa do Século XVI. Estudo e Textos*, París, 1973, pp. 63-73.

[215] Guilherme J. C. Henriques, *Inéditos Goesianos*, vol. I, *Documentos*, II, *O Processo na Inquisição*, Lisboa, 1898. Isaías da Rosa Pereira, «O Processo de Damiñão de Góis na Inquisiçao de Lisboa». *Anais da Academia Portuguesa da História*, II.ª serie, vol. 23, t. I (1975), Lisboa, pp. 119-156.

[216] Véase la más reciente bibliografía goesiana, pub. Amadeu Torres, *As Cartas Latinas de Damião de Góis*, vol. I, París, 1982, pp. 402-418. Una aproximación bibliográfica

Natural de Alenquer, donde debe de haber nacido en octubre de 1502, pertenecía a una rama de la nobleza rural con servicios notables a la Corona. Fue educado en palacio, gozando de estatuto de «morador» y es mencionado en el año 1518 como mozo de cámara. Góis pertenecía a la misma generación del rey don João III, si no fue incluso uno de los compañeros de su privanza. Tal hecho explicaría que al subir al trono, en diciembre de 1521, el monarca lo haya nombrado para la factoría de Flandes, donde dos años después ya se registra su presencia. Es de creer que ejercía funciones de secretario, lo que le permitió establecer buenos contactos con los medios intelectuales y mercantiles. Su posición en la factoría llegó a ser más importante en 1526, cuando Rui Fernandes de Almada asumió la dirección de la representación comercial portuguesa [217]. Damião de Góis comenzó entonces a ejercer funciones consulares y, en tal sentido, suscribía las cartas dirigidas a don João III. Sus dotes personales y el conocimiento que tenía del dialecto flamenco han de haber contribuido a su ascenso como funcionario regio, por lo que no tardaría en ser nombrado para misiones del fuero diplomático [218].

Fue así como, en 1529, se dirigió al Báltico para establecer contacto con los mercaderes de Danzig [219]. De allí pasó al reino de Lituania, lo que le permitió más tarde escribir una descripción de Laponia y de los usos y costumbres de sus habitantes, que consideraba dignos de ser bañados por la luz de Cristo [220]. A su regreso visitó Poznan, donde negoció con algunos mercaderes polacos la introducción de las especias de Oriente. Refieren sus biógrafos que se desplazó entonces a la corte

por Joaquím Verissimo Serrão: «Damião de Góis: o historiador»: *Memórias da Academia das Ciências de Lisboa. Classe de Letras*, t. XVII (1976), pp. 207-281. Una obra fundamental es la de Francisco Leite de Faria, *Estudos Bibliográficos sobre Damião de Góis e a sua Época*, Lisboa, 1977.

[217] Véase *supra*, cap. III, nota 210.

[218] Una noticia genealógica comenta que «sirvió en las partes de Alemania, Flandes, Brabante y Holanda en negocios de mucha importancia, adonde fue tan quisto y aceptado que lo tenían todos por su natural». Véase Joaquim Verissimo Serrao, «Góis, Damião de»: *Dicionário de História de Portugal*, dir. Joel Serrao, vol. III (1966), Lisboa, pp. 347-349.

[219] A. H. de Oliveira Marques, «Damião de Góis e os Mercadores de Dantzig»: *Arquivos de Bibliografia Portuguesa*, año 4, n.os 15-16 (1958), Coimbra, pp. 133-163.

[220] «Descrição da Lapónia», pub. Damião de Góis, *Opúsculos Históricos*, trad. portuguesa de Dias de Carvalho y prefacio de Camara Reis, Oporto, 1945, pp. 203-212.

de Cracovia y allí dio a probar muestras de azúcar, que fue por todos apreciado [221]. En 1531 Damião de Góis cumplió una nueva misión comercial, esta vez en el reino de Dinamarca, y tomó al regreso el camino del Báltico y siguió hacia Lübeck y Wittenberg. En esta ciudad se entrevistó con Lutero y Melanchton, lo que constituyó materia acusatoria, treinta y cinco años después, en el proceso que le inició el Santo Oficio [222]. Con los dos jefes protestantes siguió carteándose, discutiendo puntos doctrinales en materia de fe y procurando así comprender los aspectos de la querella que separaba a los luteranos de los católicos [223].

En 1533 estaba de regreso en Portugal. Por conocer la experiencia de Góis en los asuntos del comercio atlántico, el rey don João III lo había invitado como tesorero de la Casa de la India. Pero la honra no lo satisfizo por sentir que estaba incompleta su formación de humanista. Consigue entonces que el monarca lo deje estudiar en Italia, lo que lo hace volver a Flandes y, a principios de 1534, ir hacia Basilea, donde durante medio año vivió en compañía de Erasmo [224]. Realizaba así una de las grandes aspiraciones de su vida, por la atracción que el príncipe de los humanistas ejercía desde hacía mucho en el pensamiento de Góis. De tal manera captó esa influencia que llegó a merecer el calificativo de «erasmo portugués» por parte de sus sucesores. No hay duda de que Damião de Góis fue, entre los hombres de letras portugueses, el que mejor se identificó con las líneas básicas de la doctrina erasmista: el anhelo de un cristianismo fiel a las raíces históricas; la práctica de la tolerancia como lema de la convivencia entre los hom-

[221] Véase la obra fundamental de Elisabeth Feist Hirch, *Damião de Góis. The life and Thought of a Portuguese Humanist (1502-1574)*, La Haye, 1967, así como el excelente estudio de Jean Aubin, «Damião de Góis et l'Archevêque d'Upsal», en Damiao de Góis. Humaniste Européen. Études présentées par José V. de Pina Martins, Braga, 1982, pp. 245-300. Sobre la Polonia de la época, Ambroise Jobert, *De Luther à Mohila. La Pologne dans la crise de la Chrétienté. 1517-1648*, París, 1974.

[222] Estudio importante sobre la materia: Jean-Claude Margollin, «Damiao de Góis et Erasme de Rotterdam», en *Damião de Góis. Humaniste Européen*, pp. 17-54.

[223] Jean-Claude Margollin, *ibidem*, pp. 32-33. Amadeu Torres, *Noese e Crítica na Epistolografia Latina Goisiana*, vol. I, «As Cartas Latinas de Damiao de Góis», París, 1982, pp.

[224] Albin E. Beau, *As Relaçoes Germânicas do Humanismo de Damiao de Góis*, Coimbra, 1941. Luís de Matos, «Das Relaçoes entre Erasmo e os Portugueses»: *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, vol. IV, n.º 2 (1963), Lisboa, pp. 241-251.

bres; y el pacifismo como ideal abierto a todos los pueblos que aceptaban la autoridad de la Iglesia [225].

Góis pasa después a Italia y estudia derecho y humanidades, durante cuatro años, en la Universidad de Padua. Aprovecha las vacaciones para viajar a Roma, Florencia, Venecia y otras tierras, a fin de conocer los fulgores literarios y artísticos del Renacimiento italiano. Convive entonces con figuras notables de la Curia romana como los cardenales Bembo, Sadoleto y Pole, todos ellos imbuidos del más puro espíritu del humanismo cristiano. En uno de sus viajes pasa por Ginebra y llega a Estrasburgo, puntos neurálgicos de la reforma protestante. Se cree también que viajó hasta Nuremberg. Pero el fallecimiento de Erasmo, ocurrido en Basilea el 11 de julio de 1536, sume a Damião de Góis en una profunda tristeza, como se comprueba en su carta a Amerbach: «Siento tanta pena como si fuese uno de mis parientes más próximos» [226]. A comienzos de 1538 el humanista portugués volvía a Flandes con tres objetivos concretos: casarse con la holandesa Joana Van Hargen; inscribirse como alumno de la Universidad de Lovaina y dar a la imprenta los primeros trabajos de su autoría [227].

Bordeando los 40 años, Damião de Góis podía así completar la formación humanística que le sería necesaria a su regreso a Portugal. Los tres años que median entre 1539 y 1542 son consagrados a la nueva familia y a los estudios en el ambiente estudiantil de Lovaina. Publica entonces una serie de opúsculos reveladores de un elegante dominio del latín: en 1539 los *Commentarii rerum gestarum in India* y, al año siguiente, el *Fides, religio moresque Aethioporum sub Imperio Preciosi Joanni*. De ese período son también la descripción de la Península Ibérica, seguida de la respuesta *Pro Hispania adversus Munsterio defensio*, así como la *Deploratio Lappianae gentis*, pequeña narración sobre la vida de los habitantes de Laponia, que le fuera dado conocer en ocasión del viaje de 1529-1530 a Lituania. Corresponde mencionar también el opúsculo sobre el cerco de Diu en 1536, *Diensis nobilissimae Carmaniae*

[225] José V. de Pina Martins, «Damião de Góis e o Pacifismo Erasmiano», en *Humanismo e Erasmismo na Cultura Portuguesa do Século XVI*, París, 1973, pp. 63-73.

[226] «Carta a Bonifácio Amebarch, Padua, 31 de agosto de 1536», pub. Amadeu Torres, *Noese e Crítica na Epistolografia Latina Goesiana*, vol. I, pp. 289-291.

[227] Jean-Claude Margollin, *Damião de Góis et Erasme de Rotterdam*, estudio citado, pp. 33-34.

seu Cambaiae urbis oppugnatio, que le permitió elogiar el heroísmo de los portugueses en la defensa del Estado de la India [228]. Redactados en la línea de un puro humanismo, los opúsculos de Damião de Góis pronto llamaron la atención de los medios cultos de Flandes hacia el talento del escritor que así daba muestras de su bagaje intelectual.

La situación familiar que lo ataba para siempre a Lovaina acabó alterándose con el ataque del ejército francés a esa ciudad. Góis cayó prisionero, fue llevado a la Picardía y consiguió su libertad gracias a la diligente intervención del rey de Portugal. ¿Qué hacer en tan difíciles circunstancias: permanecer en Lovaina, donde las doctrinas de Erasmo eran sospechosas de heterodoxia, no escapando sus discípulos a tal condena? ¿O regresar con su esposa y sus tres hijos a Lisboa, en busca de condiciones más pacíficas para su trabajo, huyendo así de un Flandes ensangrentado por las guerras de religión? En 1545 llegaba con su familia a Portugal y tres años después era nombrado archivero mayor de la Torre do Tombo. Se entregó enseguida a la composición de las *Crónicas* del príncipe don João, después rey don João II, y de don Manuel I. Sin embargo, no estuvo exenta de inquietudes esa etapa de su vida, porque el Santo Oficio lo acusó y sometió a juicio. Sus últimos años adquirieron dimensiones dramáticas y murió en Alenquer el 30 de enero de 1574 [229].

Portugueses en las universidades europeas

En los primeros años del siglo XVI Italia continuó atrayendo a los estudiantes portugueses, aunque su número fuese inferior a los que allí se instalaron en la segunda mitad del siglo XV [230]. El reinado de don Manuel I permitió mantener aún la seducción de los grandes *Studia* del Renacimiento, pero con la subida al trono de don João III, a finales de 1521, la Corona establece una nueva política de apoyo a la cultura. Mário Brandão ha acentuado ya el importante papel del nuevo

[228] Véase Francisco Leite de Faria, *Estudios Bibliográficos sobre Damião de Góis e a sua Época,* Lisboa, 1977.

[229] Joaquim Verissimo Serrao, *A Historiografia Portuguesa,* vol. I, Lisboa, 1972, pp. 161-175. Guilherme Henriques, *Inéditos Goesianos,* vol. I, «Documentos», Lisboa, 1896.

[230] Véase *supra,* cap. II, notas 206-207.

monarca en la creación de bolsas de estudio para los jóvenes lusos que fuesen a estudiar a Santa Bárbara [231]. La ciudad de París disponía de excelentes colegios que facilitaban las condiciones de instalación y de enseñanza, además de una tradición universitaria que había contribuido a la formación mental de muchas generaciones de portugueses [232]. Desde el siglo XVI el *Studium* vuelve a conocer un gran esplendor en los grandes estados europeos, por lo que nuestros estudiantes no podían escapar a esa atracción por la cultura francesa [233].

Pero la elección no se reducía a la capital de Francia, dado que las escuelas meridionales también poseían motivos para atraer a los estudiantes de la Península Ibérica. Incluso disminuían los largos y costosos viajes a Italia, donde era difícil frecuentar las escuelas y colegios sin bolsas regias o el apoyo de mecenas. Fue así como la Universidad de Toulouse mostró su vocación histórica para la enseñanza de la teología y del derecho, y que la Universidad de Montpellier hizo valer la antigua reputación de su Facultad de Medicina [234]. En la primera destacó la enseñanza del jurisconsulto António de Gouveia entre los años 1545 y 1549 [235] y, a partir de 1575, el magisterio del filósofo y médico Francisco Sanches, autor del libro *Quod Nihil Scitur* [236]. Pero otras ciudades francesas dispusieron de buenas condiciones para atraer a maestros y estudiantes portugueses. Tal fue el caso de Bourges, donde fue profesor el jurista Salvador Fernandes [237]; de Aix-en-Provence, que tuvo como alumno al humanista André de Resende entre los años 1517 y

[231] Mário Brandao, *A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes*, vol. I, Coimbra, 1948, pp. 135 y ss.

[232] Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de París entre 1500 et 1550*, Coimbra, 1950.

[233] Stephen D'Iasay, *Histoire des Universités Françaises et Etrangères des origines à nos jours*, tomo I, París, 1933, pp. 253 y ss.

[234] Joaquim Veríssimo Serrão, *Les Portugais à l'Université de Toulouse. XIIIè-XVIIè siècles*, París, 1970. *Idem*, *Les Portugais à l'Université de Montpellier. XIIè-XVIIè siècles*, París, 1971.

[235] Joaquim Veríssimo Serrão, *António de Gouveia (1510-1566) e o seu Tempo*, Coimbra, 1966, pp. 117-143.

[236] Véase A. Moreira de Sa, *Francisco Sanches, Filósofo e Matemático*, vols. I-II, Lisboa, 1947. Joaquim Veríssimo Serrão, *Les Portugais à l'Université de Toulouse*, *op. cit.*, pp. 140-151.

[237] Américo da Costa Ramalho, «Uma Oração desconhecida, de Salvador Fernandes», «Tres documentos respeitantes a Salvador Fernandes», en *Estudos sobre o Século* XVI, Lisboa, 1983, pp. 21-28 y 181-184.

1521 [238]; de Cahors, Valence y Grenoble, que asistieron al esplendor docente de António de Gouveia, uno de los maestros de derecho más famosos del siglo XVI.

En el colegio parisiense de Santa Bárbara, se impuso desde el año 1500 el rectorado del doctor Diogo de Gouveia, que deseó hacer de su escuela un crisol de teólogos y de misioneros. Fue ante su solicitud que don João III concedió en 1526 un conjunto de 50 becas para los estudiantes portugueses que quisieran obtener los grados en París [239]. Entre tantos nombres que ilustran la historia del colegio, importa mencionar a los tres sobrinos de Gouveia (Marcial, André y António), a los humanistas Diogo de Teive y João Fernandes da Costa, don Jerónimo Osório, que llegó a ser obispo de Silves, y al padre Simão Rodrigues de Azevedo, uno de los primeros miembros de la Compañía de Jesús y, después, su provincial en Portugal [240]. De los Estudios Generales de Santa Bárbara salieron los maestros que colaboraron, en 1534, en la reforma del colegio de la Guiena en Burdeos, dirigida por André de Gouveia, de quien Montaigne, su discípulo, afirmaría que «había sido el mayor principal (rector) que en la época enseñara» en las universidades francesas [241]. Dadas las relaciones comerciales entre los puertos portugueses y Burdeos, se comprende que el colegio bordelés hubiese recibido a los hijos de mercaderes lusos que mantenían negocios con Francia [242].

Antes de la escisión religiosa de Henry VIII, se hizo habitual que algunos monjes franciscanos estudiasen en Oxford para obtener sus grados de docencia. A comienzos del siglo XVI se conocen los nombres de fray Pedro Lusitano, en 1506; de fray João Guieiro, en 1517; y de fray António Papudo, en 1526. Se sabe también que en el capítulo

[238] André de Resende, *Oração de Sapiência (Oratio Pro Rostris)*, int. de Artur Moreira de Sa, Lisboa, 1956.

[239] Mário Brandao, *A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes*, vol. I, Coimbra, 1948, pp. 145 y ss. Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de París entre 1500 et 1550*, Coimbra, 1950, pp. 30-34.

[240] Francisco Rodrigues, *História da Companhia de Jesus na Asistência de Portugal*, tomo I, vol. I, Lisboa, 1933, p. 63.

[241] Ernest Gaullier, *Histoire du Collège de Guyenne*, París, 1974, p. 164. Luís de Matos, *Les Portugais à l'Université de Paris*, p. 112.

[242] Alfredo de Carrvalho, «Os Portugueses em Bordéus no século XVII»: *O Instituto*, tomo XC (1937), Coimbra.

provincial de Santarém, del 22 de abril de 1510, un tal fray António de Lisboa fue enviado a Oxford «para leer sentencias durante un trienio»[243]. Allí conquistó el título de maestro en teología antes de regresar a Lisboa, donde fue provincial de su orden[244]. También la Universidad de Cambridge recibió a padres franciscanos, y hay referencias a fray Francisco do Porto, que se trasladó de París a aquel *Studium* británico, pero sobre cuya formación se ignora casi todo[245]. Poco conocidas las influencias universitarias de Inglaterra en la cultura portuguesa, deben ser objeto de estudio, no obstante, para medir el verdadero papel de las dos escuelas antes de la ruptura con el papado.

En menor número que en el siglo anterior, las universidades italianas recibieron a algunos estudiantes portugueses de renombre en la primera mitad del siglo XVI. Los casos del humanista Damião de Góis, en Padua, y de don Jerónimo Osório, en Florencia, serían buenos testimonios de esa corriente intelectual. Corresponde también reconocer que el éxodo de los cristianos nuevos llevó a Italia, a partir de 1540, a un grupo de médicos y de juristas de reconocida fama. Por mencionar sólo la Universidad de Pisa, se impone citar al doctor Gaspar Lusitano que, alrededor de 1550, enseñó derecho civil durante un período limitado. Más larga fue la actividad docente del doctor Damião Dias, que en 1564 era lector de la Facultad de Medicina y ejerció el cargo hasta 1609, año de su jubilación[246]. En 1575 comenzaba a enseñar lógica, y después filosofía, otro médico de origen judío, el doctor Rodrigo da Fonseca, autor de una obra consagrada. Tenía por título *Roderici a Fonseca, Lusitani Olyssiponensis in Pisana Academia Artes medice professoris ordinarii*[247]. En 1615 aceptó una invitación para enseñar en Padua, donde murió siete años después.

Otro polo de atracción escolar fue el colegio Trilingüe de Lovaina, que nunca aceptó ninguna influencia de la Reforma protestante y

[243] Peter E. Russell, «Medieval Portuguese Students at Oxford University», *Aufsatze zur Portugiesischen Kulturgeschichte*, 1 Band (1960), Münster-Westfalia, pp. 183-191.

[244] Fernando Felix Lopes, «Franciscanos portugueses pretridentinos escritores, mestres e leitores»: *Repertório de las Ciencias Eclesiásticas en España*, vol. 7 (Salamanca), 1979, pp. 451-505.

[245] *Idem, ibidem*, p. 499, n.° 95.

[246] Estêvao Rodrigues de Castro, *Obras Poéticas em Português, Castelhano, Latim e Italiano*, estudio de Giacinto Manuppella, Coimbra, 1967, p. 13.

[247] *Idem, ibidem*, pp. 13-26, con documentación fotográfica.

mantuvo su acción doctrinal en el campo conservador de la Iglesia, con algunos tenues rasgos del humanismo cristiano. En la primera mitad del siglo XVI pasaron por la escuela flamenca varios religiosos portugueses cuyo nombre se conserva en sus registros. En 1518 frecuentaban los generales fray Brás de Braga y fray Diogo de Murça, padres jerónimos que desempeñaron un papel activo en las reformas pedagógicas de don João III [248]. Por Lovaina pasó, alrededor de 1529, el humanista André de Resende, que fue discípulo de Goclénio y Réscio [249]. Diez años después comenzó Damião de Góis su formación, que completó con la edición de sus primeros opúsculos [250]. A continuación, el dominico fray António de Sena y don Fulgêncio de Bragança obtuvieron el grado de doctores en teología [251]. Y alrededor de 1545 el humanista Aquiles Estaço frecuentó los generales de filosofía, y todo hace creer que fue alumno del Colegio Trilingüe [252].

Entre todas las universidades europeas, ninguna como Salamanca ejerció mayor influencia en la cultura portuguesa. Es un hecho que se registra no sólo por el número de estudiantes que acogió, sino también por aquellos que obtuvieron allí grados universitarios o cátedras. Sin dejar de ser nunca un bastión del pensamiento católico, el estudio salmantino se abrió a las corrientes del humanismo que entonces deslumbraban a la Europa culta [253]. La vecindad geográfica permitía el fácil acceso de los estudiantes provenientes de Portugal, y no debe olvidarse la fama de sus colegios, como el Mayor de São Bartolomé, el de Cuenca, el de Oviedo y muchos otros que garantizaban buenas condiciones

[248] Joaquim de Carvalho, «A livraria de um letrado do século XVI Fr. Diogo de Murça», en *Estudos sobre a Cultura Portuguesa do século XVI*, vol. II, Coimbra, 1948, pp. 111-199. Mário Brandao, «Cartas de Frei Brás de Braga para os Priores do Mosteiro de Santa Cruz de Coimbra»: *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. XIII, Coimbra, 1937, pp. 1-212.

[249] Odette Sauvage, *L'Itinéraire érasmien de André de Resende*, París, 1971, pp. 19 y ss. Luís de Matos, *Les Portugais à l' Université de Paris entre 1500 et 1550*, p. 68.

[250] Jean-Claude Margollin, «Damião de Góis et Erasme de Rotterdam», en *Damião de Góis, Humaniste Européen*, pp. 23-24.

[251] Sobre las diversas figuras, véase Eduardo Brasao, *Présence du Portugal en Belgique*, Lisboa, 1973, pp. 141-143.

[252] Américo da Costa Ramalho, «Notas sobre a formação de Aquiles Estaço», en *Estudos sobre o Século XVI*, Lisboa, 1983, pp. 293-310.

[253] Joaquim Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Salamanca*, vol. I (1250-1550), Lisboa, 1962.

de instalación[254]. También el prestigio del convento de San Esteban era apto para atraer a los padres de la orden de los dominicos y a los religiosos necesitados que allí disponían de estudio y alojamiento[255]. La Universidad de Salamanca llegó a tener por año unos 5 ó 6.000 estudiantes, oscilando entre 250 y 500 la matrícula de los que provenían de las distintas diócesis de Portugal[256].

Muchos portugueses recibieron en los generales de Salamanca los beneficios de una formación cultural que se hizo sentir después en el país de origen. Los anales salmantinos revelan, para el siglo XVI, el nombre de decenas de estudiantes que allí supieron imponer su prestigio universitario[257]. No resulta posible hacer su enumeración, sobre todo porque algunos de ellos llegaron a obtener cátedras y a hacer lecturas, por lo que se integraron en el cuerpo profesoral de la vieja universidad. Pero su papel docente o sólo cultural exige una referencia a los grandes maestros de la universidad, tales como los teólogos Francisco de Vitoria y fray Luis de León, los humanistas Antonio de Nebrija y Fernando Pinciano, los médicos Lorenzo Alderete y Pedro de Peralta, el canonista Martín de Aspilcueta Navarro y otros profesores que no cabe mencionar aquí[258]. Fueron ellos los agentes formadores de una cultura salmantina que tuvo amplia proyección en la cultura europea del siglo XVI[259].

Tratando concretamente de portugueses que adquirieron fama en los claustros de Salamanca, sobresale al frente de todos el humanista

[254] Luis Sala Balust, *Constituciones, Estatutos y Ceremonias de los Antiguos Colegios Seculares de la Universidad de Salamanca*, tomo I, Salamanca, 1962. Ana María Carabias Torres, «Los Colegios Mayores en el siglo XVI», *La Universidad de Salamanca*, vol. I, 1989, pp. 339-356.

[255] Ramón Hernandez, «Convento y Estudio de San Esteban», *La Universidad de Salamanca, ibidem*, vol. I, pp. 369-382.

[256] Angel Marcos de Dios, «Área Lusa», *ibidem*, pp. 425-444.

[257] Para el contexto del tema, véase nuestro estudio *Portugueses no Estudo de Salamanca* (2.ª ed., en prensa).

[258] Como bibliografía accesoria, véanse, entre otros, Armando de Jesus Marques, *Portugal e a Universidade de Salamanca. Participaçao dos Escolares Lusos no Governo do Estudo, 1503-1512*, Lisboa, 1979. Raúl de Almeida Rolo, «A Universidade de Salamanca e arenovação teológica e tomista em Portugal no século XVI»: *Escritos del Vedat*, vol. XI (Salamanca, 1981), pp. 379-407.

[259] Luciano Pereña Vicente, *La Universidad de Salamanca, forja del pensamiento político español en el siglo XVI*, Acta Salmantinensia, Salamanca, 1954.

Aires Barbosa, más conocido como el «maestro griego», a quien se debe la renovación de los estudios helénicos en la ciudad del Tormes [260]. En el concurso de 1526 que llevó a Francisco de Vitoria a ocupar una de las cátedras de Teología, fue su competidor el maestro Pedro Margalho que, aun derrotado en la oposición, dejó justa huella de su capacidad [261]. En la primera mitad del siglo XVI fueron maestros de prestigio dos portugueses: el doctor António Gomes en la Facultad de Derecho y maese Henrique Fernandes en la Facultad de Medicina [262]. También se hicieron dignos de mención los juristas Manuel da Costa, Aires Pinhel y Heitor Rodrigues, que después fueron a enseñar a la Universidad de Coimbra [263]. Pero pensando solamente en su carácter de alumnos de Salamanca, conviene no olvidar que lo fueron, entre otros centenares, el matemático Pedro Nunes, los médicos João Rodrigues de Castelo Branco (Amato Lusitano) y Garcia de Orta, los humanistas André de Resende y Jerónimo Osório, el teólogo Alvaro Gomes [264], nombres que dejaron huella en la historia portuguesa.

NOMBRES Y CORRIENTES EN LA EMIGRACIÓN JUDÍA

Desde el comienzo del Estado portugués existía en el tejido social un fuerte componente de judaísmo, difundido por los principales centros urbanos, y que era factor de equilibrio entre todas las capas de la población. Los judíos vivían en barrios propios, las llamadas juderías;

[260] José Pérez Riesco, *Arias Barbosa, «el Maestro Griego»*, Madrid, 1948. Walter de Sousa Medeiros, Escorçobio bibliográfico seguido de texto y versión de la *Antimoria*, Lisboa, 1953.

[261] A. Getino, *El maestro fray Francisco de Vitoria*, Madrid, 1930. Luís Ribeiro Soares, «O insólito doutoramento de Pedro Margalho em Valhadolide (1517)», *Anais da Academia Portuguesa da História*, II.ª serie, vol. 25 (1979, Lisboa), pp. 87 y ss.

[262] Joaquim Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Salamanca*, vol. I (1250-1550), Lisboa, 1962, pp. 236-237 y 202-204.

[263] Pedro Urbano González de la Calle, «Contribución a la biografía de Manuel da Costa, Doctor subtilis», *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. XI (1933, Coimbra), pp. 310-373.

[264] Para los diferentes nombres, véase nuestro estudio *Portugueses no Estudo de Salamanca*, vol. I (1250-1550), Lisboa, 1962, passim.

se les permitía practicar su culto en las sinagogas y gozaban de una legislación que favorecía su intervención en muchos niveles de la vida cotidiana. La práctica de la medicina era una de sus ocupaciones, así como el ejercicio de artes y mesteres, por lo que tenían un estrecho contacto con los cristianos. Hombres que vivían para el trabajo útil y para la acumulación de riqueza, eran poseedores de bienes muebles y practicaban con frecuencia el préstamo usurario. En horas de grave crisis política y financiera, los seguidores del credo mosaico llegaron a ser banqueros de la corona portuguesa. Sin negar la existencia de conflictos locales, por desacuerdos o envidias familiares, no hay duda de que las poblaciones cristiana y judía nunca dejaron de establecer formas de convivencia que, a través de los siglos, se habían revelado de interés mutuo [265]. Fue preciso llegar al reinado de don João II para que ese equilibrio sufriera una grave ruptura que llegó a tener consecuencias negativas para la sociedad portuguesa.

La política antijudaica de los Reyes Católicos, orientada hacia la unidad religiosa de las provincias hispánicas, hizo que Fernando e Isabel decidiesen, por decreto del 31 de marzo de 1492, expulsar a los judíos que no aceptaran el bautismo cristiano. Se les daba un plazo hasta finales de julio para que saliesen con sus familiares y bienes, excepto monedas y objetos de oro y plata [266]. Los sefarditas de las provincias vecinas a Portugal entraron por las fronteras de Melgaco, Bragança, Castelo Rodrigo, Arronches y Olivença, mediante el pago de una tasa de ocho cruzados por cabeza, impuesto que para los niños y los menestrales se reducía a la mitad. La política de atracción del rey de Portugal hizo así que unos 90.000 judíos se instalasen en su reino, con la promesa de encontrar aquí condiciones de trabajo y de paz religiosa [267]. Pero en muchas ciudades y villas la población cristiana no aceptó de buen grado la medida de tolerancia de don João II, lo que suscitó varios conflictos con los recién llegados. Muchos de éstos temieron por sus vidas y prefirieron seguir hacia Marruecos, el sur de

[265] Maria José Pimenta Ferro, *Os Judeus em Portugal no Século XIV*, Lisboa, 1970. Costa Lobo, *História da Sociedade em Portugal no Século XV*, Lisboa, 1903, pp. 589 y ss.

[266] Es una obra fundamental la de Luis Suárez Fernández, *Documentos acerca de la expulsión de los judíos*, Valladolid, 1964, pp. 24 y ss.

[267] J. Lucio de Azevedo, *História dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 20-21.

Italia y los puertos del Levante, donde contaban con recibir mejor acogida [268].

La situación se agravó para los judíos que no pudieron embarcar cuando la corona mandó prender, en 1493, a los que no querían someterse a la conversión religiosa. Para defender a sus familias y sus bienes, muchos de ellos aceptaron el bautismo por la fuerza y pasaron a constituir la franja de la población conocida como de los «cristianos nuevos», para distinguirse así de los antiguos habitantes del reino, los «cristianos viejos». Pero don João II fue más lejos en la política de la conversión impuesta, pues ordenó que quitasen a los judíos los hijos menores que, una vez sometidos al bautismo, eran mandados a la isla de São Tomé con el objetivo de poblar la tierra y de hacerla cristiana [269]. Un verdadero éxodo se produjo así hacia el norte de África (Larache, Fez, Argel y Túnez), hacia el sur de Italia y hacia Turquía, en una diáspora que debilitó el cuerpo social portugués, además de ser la expresión de una intolerancia religiosa de la que han dejado testimonio los autores de la época. Aún hoy se invoca el texto de Samuel Usque en defensa de sus hermanos de credo, la *Consolação às Tribulaçoẽs* de Israel, que el historiador José de Pina Martins definió como «lamentación patética del trágico recorrido de un pueblo en su historia» [270].

La obra fue impresa en Ferrara en 1553, en la imprenta de Abrãao Usque que, se sabe, fue hermano del autor [271]. Poco se conoce acerca de la biografía de éste, que han intentado esclarecer los más doctos historiadores, desde Mendes dos Remédios hasta Yosef Yerushalmi y Pina Martins [272]. Perteneciente a una familia española tal vez con raíces en Huesca (Osca), ese origen debe justificar su apellido Usque. Nació

[268] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1495), Lisboa, 1977, pp. 261-263.

[269] Garcia de Resende, *Crónica de don João e Miscelânea*, Lisboa, 1974, cap. CLXXIX, pp. 253-254.

[270] José V. de Pina Martins, *Consolação às Tribulaçoẽs de Israel de Samuel Usque. Uma Obra-prima da língua e das letras portuguesas. Alguns dos seus aspectos messiânicos e proféticos*, Lisboa, 1989, pp. 15-18.

[271] Véase la más reciente edición, fiel a la de Ferrara de 1553, con estudios de Yosef Hayim Yerushalmi y José V. de Pina Martins, vols. I-II, Lisboa, 1989.

[272] Mendes dos Remédios, *Consolação às Tribulações de Israel*, ed. de Coimbra, 1906. Una buena síntesis se encuentra en Aníbal Pinto de Castro: «Usque, Samuel»: *Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. 18 (1976 Lisboa), col. 556.

sin duda en Portugal, como él mismo lo dice en la apertura de la *Consolação*: «por ser inconveniente huir del lenguaje que mamé y buscar otro prestado para hablar a mis naturales»[273]. En cuanto al año de su nacimiento, se admite que fue alrededor de 1492 o un poco antes. No es de creer que Samuel Usque formara parte del éxodo luso-judaico de 1493, pues los elogios que dirige a la tolerancia de don Manuel I permiten suponer que dejó Portugal después de 1506. El destino de la familia debe de haber sido Italia, aunque su libro no contenga datos autobiográficos como para establecer los hitos de una existencia aún en muchos puntos confusa[274].

A la primera oleada de la expatriación perteneció una gran figura intelectual. Nos referimos a Abrãao Zacuto (*Abraham ben S emu'el Zacut*), que nació en Salamanca hacia 1452. En la universidad salmantina se graduó en matemática y astronomía y fue en ella también profesor. La expulsión de los judíos en 1492 lo llevó a Portugal, donde perteneció a la Junta de los Astrónomos creada por don João II y mantenida por don Manuel I. Gozaba de justa fama por su saber y se cree que dio una preciosa ayuda a la política de los descubrimientos. Pero el decreto de 1497 lo obligó a dejar el país y a refugiarse en Túnez. Falleció en Damasco después de 1515[275]. No siendo portugués de nacimiento, Abrãao Zacuto merece, sin embargo, ser incluido en el número de los expatriados por la huella científica que dejó en Portugal. Entre otros libros de carácter científico se le atribuye una narración geográfica sobre *O clima e o sitio de Portugal*, cuyo paradero se ignora. Su nombre quedó, sobre todo, ligado al *Grande Tratado* que estuvo en la base del *Almanach Perpetuo*, impreso en Leiria en 1496 y traducido del latín por maese José Vizinho[276].

Otro nombre importante es el de *Yehudah'Abravanel*, más conocido como León Hebreo, nacido en Lisboa hacia 1460 e hijo del judío

[273] *Livros Antigos Portugueses. 1489-1600. Da Bibliotheca de Sua Majestade Fidelissima. Descriptos por S. M. El-Rei don Manuel*, vol. II (1540-1569), Londres, 1932, pp. 303-379.

[274] Véanse los estudios de Yeryshalmi y Pina Martins, mencionados supra, nota 271.

[275] Ángel Sáenz-Badillos y Judit Targaron Borras, *Diccionario de autores judíos (Sefarad. Siglos x-xv)*, Córdoba, 1988, pp. 22-24.

[276] Mendes dos Remedios, *Os Judeus em Portugal*, vol. I, Coimbra, 1895, pp. 277 y ss. J. Lucio de Azevedo, *Historia dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 20, 21, 161.

Isaac Abravanel. Se cree que estudió filosofía y medicina en el estudio que en ese momento funcionaba en la capital. Acusado de participar en la conjura del duque de Bragança contra don João II, en 1483 fue a instalarse con su familia en Toledo a fin de escapar al castigo del monarca. Nueve años después tuvo que soportar la emigración impuesta por los Reyes Católicos y se instaló en Nápoles, de donde pasó a Roma [277]. El progenitor murió en Venecia en 1508, donde su hijo José ejercía la medicina, mientras que el tercer hijo, de nombre Samuel Abravanel, eligió la ciudad de Ferrara. En cuanto a León Hebreo, optó por Roma como lugar de residencia y allí se relacionó con Marcilio Ficino y Pico della Mirandola, adhiriendo a los principios de la filosofía neoplatónica [278]. Su nombre quedaría ligado a la obra *Dialoghi di amore*, editada en 1535 en la capital italiana, donde intenta justificar las tradiciones judaicas a la luz del pensamiento cristiano, en una filosofía de vida que invitaba a la armonía de las dos corrientes religiosas [279].

Por su matrimonio en 1497 con la princesa doña Isabel, el rey don Manuel se vio obligado a aceptar la expulsión de los hebreos que no se hubiesen convertido. Habiendo fijado el período de enero a octubre para abandonar el reino, la medida dio origen a un nuevo éxodo que se repitió en los años siguientes. Muchos de los sefarditas no aceptaron la orden de que sus hijos fueran distribuidos por el país a fin de convertirlos a la fe cristiana [280]. Pero la orden regia del 30 de mayo de 1498 estableció una mayor tolerancia religiosa, dando un plazo de veinte años para que los seguidores de la ley mosaica no fueran molestados por los cristianos. Los seudoconversos no podían ser nombrados en funciones públicas ni casarse con cristianos viejos ni, mucho menos, participar en el comercio ultramarino. Como ya se ha dicho, don

[277] Ángel Sáenz Badillos y Judit Tarvarón Borras, *Diccionario*, pp. 127-128. Joaquim de Carvalho, *Leão Hebreu, Filósofo*, Coimbra, 1918, pp. 3-27.

[278] José V. de Pina Martins, «Livros Quinhentistas sobre o Amor»: *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. I (1969 París), pp. 80-102. José Barata-Moura, «Leao Hebreu»: *Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. XI (1971 Lisboa), cols. 1604-1607.

[279] Véase la más reciente edición de los *Diálogos de Amor*, con fijación del texto, estudio y traducción al italiano de Giacinto Manuppella, vols. I-II, Lisboa, 1983.

[280] Joao Lucio de Azevedo, *História dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921. Meyer Kayserling, *História dos Judeus em Portugal*, introducción y notas de Anita Novinski, Sao Paulo, 1971.

Manuel I pensaba que el tiempo sería una condición favorable para el apaciguamiento social que pretendía fomentar [281]. Por tal motivo, los autores judaicos hacen justicia a la tolerancia que la Corona portuguesa manifestó entonces hacia los hijos de Moisés.

Las persecuciones de Lisboa, en abril de 1506, originadas por el supuesto milagro en la iglesia de Santo Domingo, condujeron a oleadas de fanatismo que hicieron millares de víctimas entre los judíos [282]. Las medidas moderadoras de don Manuel I, que castigó severamente a los autores del crimen, no impidieron un nuevo éxodo de los sefarditas hacia el norte de África y las ciudades del Levante. Treinta años después, el 12 de octubre de 1536, se creó el Santo Oficio, concedido por Clemente VII pero confirmado por Pablo III. Después de largas e infructuosas diligencias en Roma, que la colonia judaica allí residente pretendió neutralizar, el rey don João III veía satisfecho el viejo deseo de disponer del tribunal de la Inquisición [183]. Con denuncias y persecuciones a las personas, aumentó la inestabilidad en el seno de la población, donde cualquier sentimiento o frase se veían enseguida como expresión de judaísmo. A partir de 1538 creció el éxodo a través de los puertos de mar, llevando nuevas oleadas de judíos hacia Larache, Azamor, Asilah, Túnez, Salónica y Constantinopla [284].

Abandonó entonces Portugal el médico João Rodrigues, más conocido como Amato Lusitano, que se granjeó un prestigio enorme en su tiempo. Nacido en la villa de Castelo Branco, alrededor de 1511, hizo los estudios de medicina en Salamanca y Alcalá de Henares. En la primera universidad mencionada obtuvo el grado de bachiller en 1534. Ejerció después la clínica en su tierra y en Lisboa, pero los temores de la persecución antijudía lo llevaron a emigrar a Amberes hacia 1538. De allí fue a Ferrara y Roma, donde fue clínico del papa Julio III, y se trasladó después a la ciudad de Ancona. Ya casi al final

[281] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, p. 17.

[282] Damiao de Góis, *Cronica do Felicissimo Rei don Manuel*, conforme a la primera ed. de 1566, con prefacio de David Lopes, parte I, cap. CIII, p. 256. Alexandre Herculano, *Da Origen e Estabelecimento da Inquisição em Portugal*, ed. con estudio de Jorge Borges de Macedo, vols. I-III, Lisboa, 1975.

[283] Alexandre Herculano, *ibidem*, vol. I, pp. 171 y ss.

[284] Joao Lucio de Azevedo, *História dos Chistaos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 67 y ss.

de su vida se instaló en Salónica, donde cerró sus ojos para siempre en 1568 [285]. Su obra *Centúrias de Curas Medicinais* es hoy considerada uno de los mejores tratados médicos del siglo XVI [286]. En Salónica se instalaron el médico y talmudista Jacob Ibne Jachia y sus hijos José, que fue el clínico del sultán, y Guedalha, antiguo predicador de la comunidad lusa de Constantina. Pero otros puntos de Grecia (Salónica, Creta, Milos) y de Asia Menor (Esmirna, Khíos, Samos) fueron el refugio de muchas familias luso-hebraicas que habían dejado Portugal después de 1540 [287].

El suroeste de Francia constituyó otro puerto de refugio para los recién llegados, que encontraron en Burdeos, desde 1540 favorables condiciones para la práctica del comercio y la radicación familiar. El tejido social bordolés fue, sin duda, el más permeable en la acogida brindada a los judíos peninsulares [288]. En lo que respecta a Nantes, las cartas de naturalización de Inês Cardoso datan de 1561, a las que siguieron las de Francisco Cardoso [289]. Al burgo de La Rochelle afluyeron decenas de mercaderes, como los de apellido Cabeça, naturales de Viana do Lima, y sus parientes Barbosa, Torres y Rodrigues [290]. Dada la proximidad de París, el puerto de Ruán había desarrollado considerablemente el comercio del río Sena, por lo que algunos judíos portugueses optaron por instalarse allí [291]. Poco común es el caso de Bayona, en la margen derecha del río Adour, cuya población era católica y no

[285] *Idem, ibidem*, p. 365. Maximiliano de Lemos, *Amato Lusitano, a sua vida e a sua obra*, Oporto, 1907.

Se dispone hoy de una excelente edición de Amato Lusitano (Joao Rodrigues de Castelo Branco), *Centúrias de Curas Medicinais*, vols. I-IV, con prefacio y traducción de Firmino Crespo, Lisboa, 1985.

[287] J. Lucio de Azevedo, *História dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 350-371.

[288] Théophile Malvezin, *Histoire des Juifs à Bordeaux*, Bordeaux, 1875. Georges Cirot, «Les Juifs de Bordeaux. Leur situation morale et sociale, de 1550 à la Revolution»: *Revue Historique de Bordeaux et du département de la Guyenne*, tomo IV (1911 Bordeaux).

[289] Léon Brunscwicg, *Les Juifs de Nantes et du Pays Nantais*, Nantes, 1890. Jules Mathorez, «Notes sur l'histoire de la colonnie portugaise de Nantes»: *Bulletin Hispanique*, vol. 15 (1915 Bordeaux), pp. 316-339.

[290] E. Trocmé y M. Delafosse, *Le Commerce Rochelais, de la fin du* XVè au début du XVIIè siècle, París, 1952, pp. 158-159.

[291] I. S. Revah, «Le premier établissement des Marranes portugais à Rouen (1603-1607)»: *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, t. XIII (1955, Bruxelles).

recibió a los primeros fugitivos, en 1550, en su área urbana. Pero les permitió instalarse en el arrabal del Espíritu Santo, que se convirtió en un centro de actividades mercantiles. No pasó mucho tiempo sin que las poblaciones vecinas de Bidart, San Juan de Luz y Biarritz abriesen también sus puertas a los luso-judíos, que pronto fueron apreciados por su labor comercial y agrícola [292].

La región de Flandes fue, desde 1536, uno de los primeros centros de la emigración portuguesa. Para ello concurrieron la existencia de la factoría de Amberes y las relaciones mercantiles y culturales establecidas con Portugal. El llamamiento de familiares y amigos, con la promesa de ayuda en la patria de adopción, permite comprender la elección de Amberes, Brujas y Gante como lugares de residencia [293]. Pero el cierre de la factoría en 1548 llevó a muchos hombres de negocios a trasladarse a los Países Bajos, por ser Amsterdam un puerto en constante desarrollo. Para los hispano-judíos, repitiendo la definición de Kayserling, «Amsterdam se transformó en una segunda Jerusalén», tantos fueron los núcleos de expatriados que se instalaron allí [294]. Con base en ese eje geográfico y mercantil, la emigración portuguesa se extendió en una doble dirección: hacia la zona del Rin, aumentando el comercio luso con Utrecht, Nimwegen y Colonia y buscando las vías del Báltico por intermedio de Hamburgo, Lübeck y Danzig [295]. A finales del siglo XVI, adquirió relieve en la primera ciudad el médico portugués Rodrigo de Castro [296].

Desde João Lúcio de Azevedo, varios historiadores han intentado analizar el problema de la dispersión de los judíos portugueses. El proceso de la diáspora empobreció el tejido social, las capacidades económicas y muchos aspectos de la formación cultural y artística, con resultados negativos para Portugal. Médicos ilustres, comerciantes la-

[292] Henri Léon, *Histoire des Juifs de Bayonne*, París, 1893, y J. Lucio de Azevedo, *História dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 372-382.

[293] J. A. Goris, *Étude sur les Colonies Marchandes Méridionales (Portugais, Espagnols, Italiens) à Anvers, de 1488 à 1567*, Louvain, 1925. V. Vasquez de Prada, *Lettres Marchandes d' Anvers*, tomos I-IV, París, 1960-1970.

[294] Meyer Kayserling, *História dos Judeus de Portugal*, con introducción y notas de Anita Novinsky, São Paulo, 1971, p. 233.

[295] J. Lucio de Azevedo, *História dos Christãos-Novos Portugueses*, Lisboa, 1921, pp. 407-417.

[296] *Idem, ibidem*, pp. 233-238.

boriosos y gente ligada a los oficios y mesteres acabaron enriqueciendo a otros países con su inteligencia, trabajo y riqueza. No encontrando en el país de origen un ambiente favorable para el culto religioso y el ejercicio de sus profesiones, todos ellos aceptaron el infortunio de la expatriación como la única forma de construir un nuevo destino. El éxodo de esos cristianos nuevos se tradujo así en una pérdida considerable para Portugal por la riqueza económica y por la vitalidad humana y social que ofrecieron a las tierras de acogida [297]. Resulta forzoso reconocer que la partida de los luso-judíos tuvo consecuencias altamente negativas para un Reino a cargo de las tareas de la expansión ultramarina y que no podía desperdiciar todos los aportes de su comunidad en la realización de un destino que pretendía ser ecuménico.

[297] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1979, p. 268.

Capítulo IV

EL ESTADO PORTUGUÉS DE LA INDIA (1505-1580)

Navegaciones en el Índico: un problema abierto

Doblado en 1487-88 el Cabo de Buena Esperanza, que garantizaba a la corona joanina la penetración en el océano Índico, ha sido corriente firmar que la navegación con destino a Malabar conoció una pausa de diez años. Incluso se sostiene que la última fase del reinado de don João II no permitió a la corona enviar nuevas expediciones al extremo del continente africano. Se invocan al respecto las consecuencias de la muerte del príncipe don Afonso, heredero de la corona, que obligaron al monarca a aceptar la sucesión del trono en la persona de su cuñado y primo don Manuel, duque de Beja [1]. También se justifica esa pausa en el proceso de los descubrimientos, por las circunstancias derivadas del viaje de Colón al Nuevo Mundo, que condujeron a las dos coronas ibéricas a la firma del Tratado de Tordesillas [2]. Finalmente, otra razón sería la enfermedad que afectó al príncipe Perfeito en los últimos años de su reinado y que tuvo repercusiones negativas en su política ultramarina [3].

La historiografía coetánea no menciona la existencia de otros viajes al Cabo de Buena Esperanza con el patrocinio regio entre los años

[1] A. Braamcamp Freire, *Crítica e História*, vol. I, Lisboa, 1910, pp. 100 y ss. Manuela Mendonça de Matos Fernandes, *don João II. Um Percurso Humano e Político nas origens da Modernidade em Portugal*, Lisboa, 1990, pp. 449 y ss.

[2] Joaquim Veríssimo Serrão, *Itinerários de El-Rei don João II (1481-1495)*, 2.ª ed., Lisboa, 1992.

[3] A. Braamcamp Freire, *Crítica e História*, vol. I, pp. 221-237. J. T. Montalvão Machado, *Causas de Morte dos Reis Portugueses*, Lisboa, 1974, pp. 94-109.

1488 y 1495 [4]. Pero, no obstante el valor de ese argumento, resulta innegable que don João II encargó a don Estêvão da Gama, capitán mayor de Sines, organizar una flota en 1494 para proseguir la expansión en el océano Índico. El cronista Góis confirma que don Manuel I, en las cortes de Montemóro-Novo, de noviembre de 1495, mantuvo el proyecto de su antecesor [5]. Varios consejeros sostuvieron entonces que el proceso marítimo debía limitarse al «espacio atlántico», por ser el límite natural de las navegaciones que habían comenzado en tiempos del infante don Henrique. El argumento fundamental de esa corriente se expresaba así: «porque bastaba el pacífico trato de Guinea, & la honrosa conquista de los lugares de África, para ganancia de los mercaderes & provecho de las rentas del Reino & ejercicio de la nobleza de él». Ese grupo de opinión temía que los demás estados y repúblicas de la Europa mediterránea pudiesen también competir en la lucha por el Oriente, lo que sería causa de «grandes trabajos y gastos a estos reinos» [6].

Sin embargo, el rey portugués se opuso a cualquier movimiento para reducir los límites de la expansión al Atlántico sur, por lo que dio órdenes para que los descubrimientos continuasen más allá del Cabo de Buena Esperanza. La mentalidad conservadora, que Camõens simbolizó en el personaje del «viejo del Restelo» [7], no obtuvo así la aprobación regia, por entender don Manuel I que los límites de la aventura marítima tenían que superar las puertas del océano Índico. El África meridional no podía constituir una frontera para la empresa de alcance universal en la que don João II se había empeñado. Tal planteamiento explica que el año 1496 estuviese consagrado a la organización de una gran flota e incluso a concluir la armada que se había puesto en ejecución en el reinado anterior. Habiendo fallecido entretanto don Estêvão da Gama, el nuevo rey decidió en enero de 1497 solicitar a su

[4] Rui de Pina, *Croniqua del rey Dom Joham II*, pub. Alberto Martins de Carvalho, Coimbra, 1950. Garcia de Resende, *Crónica de don João II e Miscelânea*, prefacio de Joaquim Veríssimo Serrão, Lisboa, 1991.

[5] *Crónica do Felicissimo Rei don Manuel*, parte I, cap. XXIV, Coimbra, 1949, pp. 47-48.

[6] *Idem, ibidem*, p. 48.

[7] *Os Lusíadas, de Luís de Camões*, con lectura de Alvaro J. da Costa Pimpao y presentación de Aníbal Pinto de Castro, Lisboa, 1989, canto IV, estrofas 94-104, pp. 118-121.

hijo Vasco da Gama, hidalgo de la Casa Real, que asumiese el mando de la expedición que partiría de Lisboa el 8 de julio de ese año [8].

El gran problema que se plantea es el de situar el límite meridional de las expediciones efectuadas por orden de don João II, dado que resulta difícil aceptar que hubiesen acabado en el Cabo de Buena Esperanza. El cronista no oculta que hubo viajes posteriores a 1488, aunque no los mencione al escribir: «corriendo los nuestros mucho más allá de él /Cabo de Buena Esperanza/ por la costa de Guinea hasta llegar casi a los límites y términos de Sofala y Mozambique». Con esas zonas hacían comercio los habitantes de Melinde y Mombasa, así como los de la vecina isla de São Lourenço, la actual Madagascar. Y el cronista Damião de Góis añade: «Los cuales viajes se hicieron todos por mandato de este invencible rey don João, com mucho trabajo suyo y gastos de su hacienda, navegación ya olvidada de todo el género humano, por tanto espacio de tiempo» [9]. Parece así deducirse que hasta el año 1495 hubo varias expediciones a la costa oriental de África que tuvieron el patrocinio de la corona portuguesa. No se han encontrado todavía las fuentes documentales para comprobar la fecha y el nombre de los capitanes de las referidas flotas.

No se ignora que Pero da Covilhã, quien partió en la primavera de 1487 en compañía de Afonso de Paiva hacia Alejandría y Oriente, estableció contacto con algunas ciudades de África oriental. En 1488 estaba en Cannanore, de donde siguió hacia Calicut, Goa y Ormuz, y en 1489-1490 llegó a descender la costa africana hasta Sofala. A comienzos de 1491 se encontraba en El Cairo, desde donde, por intermedio del judío José, transmitió noticias a don João II sobre el reino del preste João y el comercio del Índico occidental con la región de Malabar. Pero da Covilhã habría recibido después órdenes de su monarca para acompañar al maestre Abraão al Golfo Pérsico [10]. Estos viajes del explorador portugués, que conocía bien el idioma árabe, fueron de gran utilidad para el conocimiento de la navegación en el Índico,

[8] Damião de Góis, *Crónica*, parte I, cap. XXIV, p. 48.

[9] *Idem, ibidem*, p. 48. Joaquim Veríssimo Serrão, «A Política ultramarina de don João II nos anos de charneira de 1488 a 1493», *Congreso Descubrimientos 1492. Actas*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992, en prensa.

[10] Costa Brochado, *O Piloto Arabe de Vasco da Gama*, Lisboa, 1959. Conde de Ficalho, *Viagens de Pero da Covilha*, Lisboa, 1898.

pero sobre todo para que el rey de Portugal organizase una flota preparatoria de la gran expedición que sería después la de Vasco da Gama. Esos datos tienen íntima conexión con el naufragio de una armada portuguesa en Sofala, ocurrido entre los años 1493 y 1495 [11].

El problema se relaciona con la participación del célebre piloto árabe que, en abril de 1497, condujo a Vasco da Gama del reino de Melinde a la ciudad de Calicut. Se llamaba Ahmed-ben-Madjid, había nacido en Omán alrededor de 1440 y descendía de una familia de pilotos habituados a las rutas del océano Índico y del Mar Rojo. Fue autor de trabajos en prosa y verso, donde dejó el relato de muchas de sus expediciones. Entre esos *derroteros*, tal como son conocidos en la historia de la navegación oriental, figura uno que se liga a la fase de la navegación portuguesa anterior a Gama y que fue objeto de atento estudio hace cuarenta años [12]. En él se prueba que en los años 1493 y 1494 hubo navíos de don João II que recorrieron la costa oriental de África en busca de información y apoyos para el mejor conocimiento de las vías del Índico. Sucedió incluso que al año siguiente tuvo un accidente la flota de exploración frente a la costa de Sofala, donde la navegación era de tal manera peligrosa que Vasco da Gama, en la primavera de 1498, prefirió no aventurarse en aquella zona marítima.

El *Derrotero* de Ahmed-ben-Madjid permite así esclarecer los nombres de «Malemo Cana» (João de Barros), de «Malemo Canaqua» (Damião de Góis) y de «Canaqua» (Castanheda), que nuestros cronistas del siglo XVI dieron al piloto que condujo a Vasco da Gama hasta Malabar. Se trata del aportuguesamiento de dos designaciones árabes —*Mu'allim* y *Kanaca*— que significan, respectivamente, maestre de navegación y astrólogo. Tal era el caso de Ahmed-ben-Madjid, no sólo un conductor de navíos, sino también un hombre versado en la ciencia de los astros y, por tal motivo, considerado el piloto más experto en las rutas del Índico. Así se explica el éxito de la parte final de la expedición de Vasco da Gama, con el apoyo del rey de Melinde. Pero se prueba de igual modo, a través de la lectura del *Derrotero*, que en los últimos meses del reinado de don João II hubo una preparación téc-

[11] Costa Brochado, *O Piloto Arabe de Vasco da Gama*, pp. 80-81.

[12] T. A. Chumovsky, *Três Roteiros Desconhecidos de Ahmad-Ibn-Madjid, o Piloto Arabe de Vasco da Gama*, Leningrado, 1958.

nica, a lo largo de la costa oriental africana, de la expedición que le tocó patrocinar, en 1497, al rey don Manuel I [13].

1497-1499: EL COMIENZO DE LA ERA GÁMICA

El historiador Arnold Toynbee definió así el resultado de la expedición de Vasco da Gama que estableció la primera conexión oceánica entre Lisboa y Malabar. Ese hecho dio una perspectiva nueva a la expansión europea, proporcionando a Portugal la primera hegemonía política de los tiempos modernos. Pero también se tradujo en una revolución económica que permitió consolidar el sistema capitalista por la vía de los océanos. La expedición de Vasco da Gama amplió más la visión geográfica del mundo, permitió el mayor intercambio de las culturas, aproximó hombres y regiones diferentes. Bien puede afirmarse que la llegada de los portugueses a Oriente consolidó la segunda vertiente, a seis años de distancia, de la nueva revelación de las tierras extrañas: si Colón, en 1492, había tenido la ventura de abrir las puertas del Nuevo Mundo, a Vasco da Gama se le debe haber dado término al proceso que llevó a la formación del Mundo Nuevo. Le correspondió a los dos reinos de la Península Ibérica, en la última década del siglo XV, realizar una empresa de valor universal [14].

Debe insistirse en el hecho de que el descubrimiento del camino marítimo hacia las Indias fue el resultado de una política de setenta años, a lo largo de la costa occidental de África y del mar Atlántico. No se trató, pues, de una expedición aislada, como sucedió con el primer viaje de Colón, quien desconocía el sitio exacto de su abordaje a Occidente. Por el contrario, la expedición de 1497-1499 recibió instrucciones precisas en cuanto al trayecto a efectuar y los objetivos a alcanzar. La larga experiencia del océano, en el conocimiento exacto de la navegación astronómica y del régimen de vientos y mareas, otor-

[13] Luís de Albuquerque, «As inovações da náutica portuguesa no tempo de Bartolomeu Dias»: *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua Época*, vol. II (Oporto), 1989, pp. 15-30. Carmen M. Radulet, «A política atlântica de don João II e as viagens de descobrimento», *ibidem*, pp. 189-200.

[14] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1415-1495), Lisboa, 1977, pp. 95-96.

gó a la empresa de Vasco da Gama el rigor científico posible en esa época para una empresa de tal dimensión. Tres o cuatro siglos de tradición marítima, basados en buenas técnicas de arquitectura naval y de ciencia náutica, constituyeron presupuestos favorables para la consolidación de la vía atlántica con destino a Oriente.

La gran expedición superó los límites del espacio geográfico que casi un siglo de navegación había puesto a disposición de los portugueses. Había también una finalidad religiosa subyacente en el proyecto de don Manuel I, en busca de un aliado cristiano en el reino de Etiopía, el aún legendario preste João de las Indias [16]. Hoy se tiene certeza de que el rey de Portugal quería acabar con el peligro otomano sobre la cristiandad, por lo que la conquista de La Meca y la liberación de los Lugares Santos eran otros imperativos de su acción política [17]. Pero la apertura de la ruta del cabo implicaba la posesión de una nueva vía de las especias en sustitución de la que abastecía a los mercados de Damasco y de El Cairo y tenía como término Venecia y otras ciudades italianas. Desde 1496 una fuerte depresión comercial se hacía sentir en el comercio del Adriático, debilitando las capacidades financieras de la ciudad de los *dogos* y alcanzando incluso a las estructuras comerciales de Egipto y del imperio turco [18].

[15] Luís de Albuquerque, «Um Roteiro primitivo do Cabo da Boa Esperança até Moçambique», *Agrupamento de Estudos de Cartografia Antiga*, LIX, Coimbra, 1970. *Idem*, «Quelques commentaires sur la navigation oriental à l'époque de Vasco da Gama», *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. IV (París), 1972, pp. 499-500.

[16] En la «Oración de obediencia al sumo pontífice Alejandro VI, dicha por don Fernando de Almeida en el año 1493» (edición portuguesa con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 16) se lee el siguiente fragmento: «Dios fiel os ha otorgado, Santísimo Padre, poder plenario en todo el orbe y os ha llamado a la sociedad de su hijo Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que apacentéis su rebaño y bajo vuestro mando nuestra religión ortodoxa y el estandarte de la cruz resplandezcan todos los días cada vez más y brillen de Oriente a Occidente».

[17] El 11 de diciembre de 1485, cuando el embajador Vasco Fernandes de Lucena pronunció la Oración de obediencia al papa Inocencio VIII (edición con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, pp. 26-27), así señaló este hecho: «Confiesa el Serenísimo Rey /.../ ante quien se postran los reyes de los etíopes todos los años, que Vuestra Santidad hace verdaderamente en la tierra las veces de aquel de quien David dijo...».

[18] Vitorino Magalhães Godinho, «Flutuações económicas e devir estrutural», *Ensaios*, vol. II (Lisboa), 1968, pp. 177-187.

A finales del siglo xv era por demás evidente que muchos grupos árabes se habían apoderado de la ruta de las caravanas llegadas de Oriente. Unas adoptaban el recorrido del golfo Pérsico hasta los puertos del levante, mientras que otras preferían la navegación del Mar Rojo hasta Alejandría y El Cairo. Ese comercio amenazaba en su equilibrio económico la seguridad de Italia como primer centro distribuidor de las especias orientales. Resulta incorrecto afirmar que fue la apertura del camino atlántico hacia la India lo que arruinó el poderío de las ciudades italianas que vivían de ese comercio, pues la decadencia de Venecia como término de la ruta de las especias era entre cinco y diez años anterior al viaje de Vasco da Gama. Lo que ya se hace evidente es que la conexión directa entre Europa y Malabar, efectuada por primera vez con la expedición de 1497-1499, constituyó un golpe aún más severo al antiguo monopolio comercial de Venecia. El envío de flotas anuales a la India, al mando de la corona portuguesa, acabó por hacer del Atlántico la principal ruta de las especias con destino a Europa, adoptando Lisboa el papel del mayor puerto de Europa [19].

El doble objetivo religioso y económico aparece confirmado en la *Crónica* de don Manuel I cuando menciona las líneas de fuerza que estuvieron en el origen de la expedición de Vasco da Gama. El monarca reconocía que «el peso de tamaño negocio no consistía en el gasto que en él se podía hacer, ni en lo que en ello se aventurara, sino en el servicio de Dios, así como de sus reinos». La compensación de semejante encargo se obtendría a través de la gran armada, si «Vasco da Gama pudiese llegar a la India y de aquellas partes traerle el primer fruto de todos esos gastos» que los reyes antiguos habían hecho con la empresa de los descubrimientos. Se imponía, pues, concluir una realización que no era sólo de gloria para el rey don Manuel I, ya que constituía un punto de honor para con la memoria de sus antecesores. Ello equivale a reconocer que el viaje de Gama se apoyaba en un imperativo nacional: «dados los peligros que la nación portuguesa había pasado en estas navegaciones desde hace tanto tiempo» [20]. La empresa de 1497-1499 se integra así en la concepción de que no fue el monar-

[19] *Idem, Mito e Mercadoria, Utopia e Prática de Navegar. Séculos* XIII-XVIII, Lisboa, 1990, pp. 333 y ss.

[20] Damião de Gois, *Cronica do Felicissimo Rei don Manuel,* parte I, cap. XXIV, p. 49.

ca, sino la corona portuguesa, quien estuvo en la base de su concreción al abrir por la vía del Atlántico las puertas de un nuevo océano.

El descubrimiento de la vía marítima hacia la India

Las flotas que iban regularmente a surcar el Atlántico para el descubrimiento de nuevas islas y tierras, tenían como capitanes a hombres adiestrados en los caminos del océano y, por tanto, técnicos de la ciencia naval que cumplían misiones de carácter exploratorio marítimo. Así sucedió con los mayores nombres de la navegación del siglo xv de Portugal, desde Gil Eanes, descubridor del Cabo Bojador, a Nuno Branco, que llegó por primera vez al Cabo Branco; desde João de Santarém y Pero Escobar, que descubrieron el archipiélago de São Tomé y Príncipe, a Rui de Sequeira, a quien se debe el arribo al Cabo Catarina; desde Diogo Cão, que llegó al río Zaire y tocó el litoral de Angola, a Bartolomeu Dias, a quien se debe la temeraria empresa de traspasar el Cabo de Buena Esperanza. Todos eran comandantes de navíos, expertos en el arte náutica, a quienes la Corona hacía el encargo de avanzar en el proceso de los descubrimientos, en el «plus ultra» que se atribuye al infante don Henrique, el primer orientador de la expansión atlántica [21].

Entregando la comandancia de la flota de 1497 a Vasco da Gama, la corona nombraba por primera vez a un hidalgo de la casa real, a quien concedía un estatuto idéntico al de embajador extraordinario. El comandante había nacido en Sines hacia el año 1469, siendo el tercer hijo de don Estêvão da Gama, hombre —dato de gran importancia— de la crianza del rey don Manuel I cuando era aún duque de Beja [22]. Vasco da Gama sustituía así a su progenitor, a quien el rey don João II, poco antes de morir, había encargado que comandase la gran expedición. Pero tanto la muerte del príncipe Perfeito, como la del alcaide

[21] Jaime Cortesão, «A génese da expansao portuguesa», *Obras Completas*, vol. V, Lisboa, 1965, pp. 69 y ss. A. J. Dias Dinis, *Estudos Henriquinos*, vol. I, Coimbra, 1960.

[22] Don Manuel I nació en Alcochete el 1 de junio de 1469, mientras que Vasco da Gama habría nacido en Sines hacia el año 1468. Ver Isaías da Rosa Pereira, *Matrícula de Ordens da Diocese de Évora (1480-1483)*, Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1990, p. 141.

mayor de Sines, hicieron inviable el proyecto que don Manuel I se dio prisa en ejecutar. Como la estructura de la carabela no garantizaba el éxito de un viaje de tamaño alcance, se dio preferencia a embarcaciones de mayor equilibrio y robustez para vencer las inclemencias del océano. Por ello se utilizaron naves de tres mástiles, con la vela triangular en la mesana y paño redondo con dos cuadrangulares en los mástiles del medio y de la proa. Se trataba de una innovación náutica que aseguraba mejor los objetivos científicos que el viaje presuponía [23].

La flota estaba constituida por las siguientes embarcaciones: la nave capitana *São Gabriel*, donde embarcó Vasco da Gama; la *São Rafael*, dirigida por su hermano Paulo da Gama, al parecer con responsabilidades idénticas de comando; la *Bérrio*, confiado al experto nauta Nicolau Coelho; y un pequeño navío de provisiones. Con un total de 148 hombres, formaban parte de la guarnición los pilotos Pero de Alenquer y Alvaro Velho, hombres adiestrados en la navegación atlántica, siendo también acompañada por Bartolomeu Dias, que se integró en la flota hasta Cabo Verde y de allí hizo rumbo hacia São Jorge da Mina [24]. La expedición salió de la playa del Restelo, junto al puerto de Belem, el 8 de julio de 1497, siguiendo el habitual recorrido en dirección al archipiélago de las Canarias. Avistaron a lo lejos la isla de Lanzarote, pasaron después por Río de Oro y acabaron por desembarcar en la isla de Santiago, en Cabo Verde, el día 27 de julio. Allí hicieron aguada, repararon las velas y se aprovisionaron de carne, agua y leña para el trayecto siguiente del viaje [25].

La flota de Vasco da Gama siguió el 3 de agosto una ruta nunca antes practicada o, si hubo experiencias anteriores, no nos ha llegado prueba ninguna. El almirante Gago Coutinho admite con contundentes razones científicas que se trató del primer viaje de esa clase hecho por los portugueses. ¿En qué consistió la nueva ruta marítima? En vez

[23] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, pp. 98-99.

[24] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama, atribuído ao piloto Alvaro Velho*, pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1960. A. Teixeira da Mota, *Bartolomeu Dias. Descobridor do Cabo da Bõa Esperança*, Lisboa, 1988, pp. 29-30.

[25] Gago Coutinho, «Discussão sobre a rota seguida por Vasco da Gama entre Santiago e São Braz», *A Náutica dos Descubrimentos*, compilación realizada por Moura Braz, vol. I, Lisboa, 1951, pp. 334 y ss.

de seguir el curso de la navegación costera por el golfo de Guinea, el Congo y el litoral de Angola, la armada tomó el camino aún hoy conocido como «golfão» (golfo grande), internándose en medio del Atlántico para evitar las corrientes desfavorables del océano. Tres meses quedaron las cuatro naves sin contacto con tierra, aproximándose a la costa brasileña y bajando más hacia el sur para intentar que los vientos del oeste los condujesen a la costa africana. El mismo historiador ha definido esa travesía como «el total descubrimiento del mar», lo que ponía a la navegación portuguesa, prontas a abrirse las puertas del siglo XVI, en la vanguardia técnica de la ciencia naval [26].

El encuentro con el litoral africano se dio el 4 de noviembre, pasados 120 días de la partida del Tejo, cuando Vasco da Gama ancló en la bahía de Santa Elena, treinta leguas al norte del cabo de Buena Esperanza. Allí hicieron aguada y tres semanas después pasaban, sin ningún peligro, a la punta meridional de África. Desde allí siguieron hacia el río de João Infante, límite del viaje que Bartolomeu Dias había realizado una década antes. Pero ya entonces escaseaban los víveres y algunos nautas comenzaron a sufrir los efectos del escorbuto. El *Roteiro da Viagem,* que se atribuye al piloto Álvaro Velho, no pone en duda que aquel límite ya había sido superado al informar que «el Río del Infante (es) la última tierra que Bartolomeu Dias descubrió» [27]. El autor no quiso afirmar, con esa expresión, que era la última a la que habían llegado los portugueses, lo que permite suponer que habría habido expediciones posteriores a la del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.

Se había alcanzado el océano Índico, lo que imponía mantener la navegación costera en busca de puertos de apoyo para la flota portuguesa. El día 25 de diciembre llegaron a una tierra a la que pusieron el nombre de Natal. El 11 de enero de 1498 la expedición ancló en el río bautizado como Cobre, donde los nativos le hicieron tal acogida que la tierra comenzó a llamarse de la Buena Gente, que hoy corresponde a Inhambane. Once días después llegaban al río de las Buenas Señales, más tarde Quelimane, donde Vasco da Gama mandó colocar un padrón con el nombre de San Rafael. La escuadra pasó después por

[26] «O Descobrimiento de Mar», *Ibidem,* vol. I, pp. 336-338.
[27] *Roteiro da Primeira Viagem,* pp. 38-40.

Sofala y el jueves 1 de marzo avistó la tierra e islas de Mozambique. El comandante esperaba poder recibir allí el apoyo de un piloto que lo ayudase en la travesía del Índico. Pero los dos que fueron indicados a Gama huyeron de la armada el día 7 de abril, cuando ésta ancló en el puerto de Mombasa. Tampoco en esta ciudad fue posible obtener la indispensable colaboración náutica, pues el piloto negro elegido a tal efecto concibió el proyecto de hundir la escuadra portuguesa [28].

Sólo en el reino de Melinde, donde la flota llegó el sábado 14 de abril, se hizo posible disfrutar de un gran ambiente de simpatía por parte del rey y de la población local. El monarca recibió al jefe de la expedición y a sus compañeros con manifiestas señales de cordialidad. Fue capaz de poner a disposición de Vasco da Gama al famoso Ibn-ben-Madjid, piloto árabe con amplia experiencia de las rutas del océano Índico. Era la estación oportuna para concluir la conexión con Malabar, debido al monzón del suroeste que entonces servía de apoyo a la navegación. El autor del *Roteiro Anónimo* aclara: «Y holgamos mucho con el piloto cristiano que El-Rei nos mandó» [29]. La travesía se hizo sin ninguna dificultad, siempre con viento en popa en dirección del suroeste al nordeste. Habiendo dejado Melinde el 24 de abril, bastaron 23 días de travesía para que la flota avistase la tierra de la India el 18 de mayo. El domingo 20 vieron las montañas que dominaban la ciudad de Calicut: «hasta que el piloto que llevábamos las conoció y nos dijo que aquélla era la tierra adonde deseábamos ir» [30].

La expedición había gastado diez meses y medio, en un total de 312 días, para establecer la conexión marítima entre Lisboa y la península de Malabar. Después de entrar la flota en el puerto, llegaron cuatro barcos de la tierra a indagar quiénes eran los recién venidos. Un desterrado que iba a bordo fue enviado a Calicut, donde había dos moros de Túnez que hablaban castellano y genovés. A la pregunta de rigor: «¿quién te ha traído aquí?», respondió que eran los portugueses y que éstos traían el siguiente objetivo: «venimos a buscar cristianos y especias». A los planes religioso y comercial de la empresa añadía otro de carácter político: que el rey de Portugal no permitiría que los reinos

[28] Gago Coutinho, *A Náutica dos Descobrimentos,* vol. I, pp. 407-411.
[29] *Roteiro da Primeira Viagem,* pp. 40-41.
[30] *Idem,* pp. 41-42. Gago Coutinho, *ibidem,* pp. 334 y ss.

de Castilla y de Francia, así como el señorío de Venecia, dominasen en la India. Bastaba la circunstancia de que los habitantes de Calicut fueran cristianos para que los recién llegados no tuviesen dudas en buscar una alianza con el *tamudri* («rey del mar») [31]. El relato más antiguo que se conoce sobre la llegada de los portugueses a Malabar no oculta esa triple finalidad del viaje de Vasco da Gama.

El *tamudri* de Calicut dio buena acogida al jefe de la expedición, que se presentó en calidad de embajador del rey de Portugal y le transmitió votos de paz y amistad: «El rey respondió a esto y dijo que él (Gama) era bienvenido y que así lo había él por hermano y amigo» [32]. Pero el clima de buenas relaciones pronto acabó deteriorándose por el temor que los mercaderes árabes tuvieron de la competencia de los portugueses, a quienes trataron de malquistar con las autoridades locales. A partir de 1501, como veremos más adelante, Cochin se transformó en el lugar escogido para la adquisición de las especias, con preferencia por el sur de Malabar, donde se abrían dos caminos: el de la isla de Ceilán, para la compra de la famosa canela, y el del emporio de Malaca, puerta de entrada del comercio de las Molucas. La verdad es que en agosto de 1498, cuando la flota de Gama volvió a Lisboa, traía un cargamento de especias que cubrió ampliamente los costes de la expedición [33]. Se había abierto para la corona portuguesa la época del monopolio del comercio oriental.

Primeros viajes a Oriente (1500-1504)

Fue grande la repercusión que el descubrimiento del camino marítimo hacia India obtuvo en los centros políticos y comerciales de Europa. Tanto en la corte pontificia [34] y junto a los Reyes Católicos [35],

[31] «Carta de don Manuel a los Reyes Católicos, 1501». Véase António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, vol. I, Lisboa, 1972, pp. 267-273.

[32] *Roteiro da Primeira Viagem*, pp. 161 y ss.

[33] Charles Nowell, *Histoire du Portugal*, París, 1953, pp. 90-91.

[34] No se conoce el tenor de la carta enviada por el rey de Portugal a los Reyes Católicos, aunque está fuera de duda su existencia. António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, vol. I, p. 422.

[35] *Idem, ibidem*, vol. I, pp. 267-272.

como en los principales sectores económicos de Italia y de Flandes [36], la noticia constituyó una verdadera revolución. Muchos agentes extranjeros fueron a establecerse en Lisboa, donde buscaban recoger beneficios de la compra y distribución de las especias [37]. Es evidente que la Corona de don Manuel I quiso asegurar de inmediato el monopolio de los productos orientales, sirviéndose de las estructuras financieras y técnicas que había reunido al servicio de la empresa. La ciencia náutica se puso pronto a disposición de la política regia para garantizar el éxito de nuevos viajes a la región de Malabar. Ello significa que un grupo de nautas expertos, incluidos pilotos, cartógrafos y marinos, se puso a trabajar en la «vía de la India», brindando una cobertura naval a los pequeños hidalgos y a los mercaderes nacionales y extranjeros que embarcaban con aquel destino [38].

Las flotas salían generalmente en primavera y procuraban alcanzar la costa oriental de África antes del otoño, a fin de evitar en el paso a Malabar los vientos contrarios del Índico. Si tenían esa posibilidad, salían de Mozambique, Sofala o Melinde en viaje directo, con lo que llegarían a India antes de finales de octubre. Cualquier retraso en la parte inicial, obligaba a las armadas a aguardar el fin de los monzones y sólo en la primavera siguiente podrían concluir el recorrido. Ello significa seis o siete meses en condiciones favorables o, no habiéndolas, casi un año, para hacer la conexión marítima entre Lisboa y Oriente. Por idénticas razones de navegación, el tornaviaje exigía la partida de Cochin o de Goa en los meses de octubre y noviembre, para doblar el Cabo de Buena Esperanza a finales del mismo año. El regreso a Lisboa se efectuaba generalmente en viaje directo, pero podía obedecer a abordajes en el archipiélago de Cabo Verde o en una de las islas Azores (Santa María, San Miguel o Terceira), para una entrada más fácil en la barra del Tejo en mayo o junio siguiente [39].

[36] Ver la correspondencia de los mercaderes y diplomáticos italianos (Vespucio, Marchionni, Afaitadi y otros) que vivían o estaban en Lisboa, mencionada por A. A. Banha de Andrade, *ibidem*, vol. I, pp. 235-256.

[37] Virgínia Rau, *Estudos de História*, vol. I, Lisboa, 1968, pp. 143 y ss.

[38] *Memoria das Armadas que de Portugal passaram à India*, ed. de la Academia das Ciências de Lisboa, con introducción de Luís de Albuquerque, Lisboa, 1979.

[39] A. da Silva Rego, «Viagens portuguesas à India em meados do século XVI», *Anais da Academia Portuguesa da História*, II serie, vol. V (Lisboa), 1954, pp. 54-112.

El 9 de marzo de 1500, bajo el comando del hidalgo Pedro Alvares Cabral, fue hacia la India la segunda flota con un total de 13 velas. El capitán mayor llevaba instrucciones para ir a reconocer tierras al oeste en cuanto dejase Cabo Verde, lo que llevó al hallazgo de Vera Cruz, que llegaría a ser Brasil [40]. El día 2 de mayo Cabral prosiguió el viaje en dirección al Cabo de Buena Esperanza y se perdieron algunas de sus naves en naufragios en el Índico. Ya instalado en Calicut, un conflicto grave con el *tamudri* obligó al comandante a tomar represalias contra los naturales y a refugiarse en Cochin, un reino al sur de Malabar, que era uno de los emporios de la pimienta. Cabral intentó evitar la competencia de los mercaderes árabes y paganos, estableciendo alianzas con los reyes de Cannanore y de Kulam, donde había grandes mercados de pimienta y de jengibre. La segunda expedición permitió la carga de doscientos quintales de especias, obtenidas a buen precio, lo que se tradujo en un verdadero negocio para la Corona portuguesa [41].

En 1501, el 5 de marzo, partió la flota que comandaba el gallego João da Nova, sólo con 4 navíos, tomando la misma ruta de abordaje de Brasil. A 8 grados de latitud al sur de Ecuador, encontró la isla que llamó Conceição, y avistó en el viaje de regreso las islas de Santa Helena (1 de abril) y de Ascensão (5 de mayo de 1502) [42]. Ya con el título de almirante de las Indias, Vasco da Gama emprendió una segunda expedición el 10 de febrero de 1502 con una flota de 20 velas. Cinco de ellas estaban comandadas por Vicente Sodré y se quedaron en la India con un doble objetivo: defender las factorías construidas en Cochin y Cannanore y, en los meses de verano, guardar el Cabo Guardafui, que constituía «la boca del estrecho del Mar Rojo» [43]. Esa directriz muestra que la corona portuguesa deseaba asegurar, por un lado, el comercio de las especias y, por otro, vigilar la entrada del Mar Rojo para impedir

[40] *Os Sete Unicos Documentos de 1500, conservados em Lisboa, referentes à viagem de Pedro Alvares Cabral*, pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1940. Sobre este descubrimiento, véase *infra*, cap. V, notas 53-54.

[41] *Histoire du Portugal*, París, 1953, p. 92.

[42] *Memoria das Armadas que de Portugal passaram à India*, códice citado, folios 4-5. Fernão Lopes de Castanheda, *Historia do Descobrimento e Conquista da India peos Portugueses*, ed. Pedro de Azevedo-Laranjo Coelho, Coimbra, 1927, libro I, cap. XLII, p. 93.

[43] *Memoria das Armadas que de Portugal passaram à India*, códice citado, folios 4-5.

la competencia de los mercaderes árabes y para establecer una política de cruzada contra La Meca [44].

Una nueva armada salió del Tejo el 6 de abril de 1503, comandada por Afonso de Albuquerque, su primo Francisco de Albuquerque y António de Saldanha. Era un conjunto de 9 naves y sus responsables llevaban dos encargos diferentes: mientras que los dos primos seguían con 6 velas hacia Cochin, para asegurar la carga de especias que transportarían al reino, António de Saldanha tomaba el rumbo del Mar Rojo, para impedir que los navíos de Arabia hostilizasen a la navegación portuguesa en el Índico [45]. Por ese tiempo el navegante Vicente Sodré avistó la isla de Socotorá, al noroeste del Cabo Guardafui, cuyo descubrimiento oficial correspondería a Diogo Fernandes Pacheco en 1504. La Corona mantenía la política de vigilar aquella zona del Índico por mantener la idea de la cruzada religiosa contra La Meca [46]. La mencionada isla constituía un importante apoyo naval en la zona del Mar Rojo, por lo que Tristão da Cunha recibió el encargo de construir allí una fortaleza en 1506. Pero, al reconocer que Socotorá no poseía el valor estratégico pretendido, cinco años después el rey don Manuel I ordenó que aquella fuese arrasada [47].

En el reino de Cochin residía el principal emporio para la adquisición de especias, por lo que la flota de los dos Albuquerques consolidó entonces la presencia de los portugueses. El militar y navegante Duarte Pacheco Pereira fue nombrado capitán de la fortaleza, la cual, después del regreso de Afonso de Albuquerque al reino, fue objeto de un fuerte ataque del *tamudri* de Calicut. Entretanto, el 22 de abril de 1504, salía del Tejo una nueva escuadra, encabezada por Lopo Soares y con un total de 13 velas, para obtener un cargamento de especias en

[44] La «Oración de obediencia al sumo pontífice Julio II, pronunciada por Diogo Pacheco en 1505» (edición con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 17) muestra a las claras el proyecto de la corona portuguesa: «Y no sólo costeamos India y Etiopía, sino también las orlas marítimas del Golfo Arábigo y del Golfo Pérsico y las costas del Mar Rojo, y circundamos casi todo el orbe».

[45] Alexandre Lobato, *Da Vida e dos Feitos de António de Saldanha*, Lisboa, 1964.

[46] Véase la mencionada «Oración de obediencia al papa Julio II, por Diogo Pacheco», *supra*, nota IV, 44.

[47] José Pereira da Costa, «Socotorá e o Domínio Português no Oriente», *Agrupamento de Estudos de Cartografia Antiga*, LXXX-II, Coimbra, 1973.

Cochin y en los reinos vecinos de Cannanore y Kulam. Ante las amenazas de la competencia árabe, no sólo en tierra sino también en las líneas de navegación portuguesa, el rey don Manuel I había comprendido la necesidad de alterar su estrategia en Oriente. Ésta ya no podía limitarse al envío de flotas anuales con objetivos mercantiles y religiosos. Se imponía también sentar un dominio político que garantizase la fuerza militar y la posibilidad de recurrir a otros centros comerciales del Índico. Además de Malabar debían abrirse las rutas con destino a Ceilán, a Malaca y a Insulindia, en busca de las auténticas fuentes de las especias [48].

Don Francisco de Almeida y Afonso de Albuquerque

La corona portuguesa comprendió que no podía reducir la presencia en Oriente a viajes anuales de comercio, en exclusiva dependencia de la buena voluntad de los reyes locales. Como medio de imponer ese monopolio, no bastaban las factorías para la compra de la pimienta y del jengibre, ni las fortalezas de tierra para garantizar el auxilio militar a las flotas llegadas de Lisboa. Era un dominio aleatorio por no disponer de fuerza naval que impidiera las acciones de la marina árabe que recorría las costas del Indostán. Más que el comercio hecho por los portugueses, era el futuro de la ruta del Cabo el que parecía estar en peligro, con las graves consecuencias que de ahí se derivarían para la economía del Atlántico. El rey don Manuel I entendió la urgencia que había en imponer un dominio marítimo en la India como estrategia para la futura instalación en el territorio y que hiciese de los reyes indios los aliados o satélites de la Corona portuguesa. Era una política de doble filo: la continuación del monopolio comercial y la búsqueda de príncipes cristianos para dilatar el mensaje católico en Oriente. Tal era el programa de acción para estructurar lo que después llegó a llamarse el Estado portugués de la India [49].

[48] Jaime Cortesão, «O Império Português no Oriente», *Obras Completas*, vol. XV, Lisboa, 1968, pp. 66 y ss.

[49] Alexandre Lobato, *Fundação do Estado da India en 1505. Livro comemorativo*, Lisboa, 1955, pp. 4-15-25.

El proyecto tuvo inicial concreción con la escuadra de 22 naves que salió del Tejo el 25 de marzo de 1505, bajo el comando de don Francisco de Almeida, noble con experiencia de la vida guerrera y naval [50]. Recibió él instrucciones para asegurar el dominio portugués en el Índico y para establecer bases en la península de Malabar que sirvieran de abrigo y reparación de las flotas de guerra y de comercio. El primer gobernador no debía preocuparse de acciones militares en tierra, a fin de obtener la confianza y, si fuese posible, el apoyo de los reyes orientales. El campo de actuación de don Francisco de Almeida podía extenderse hacia el norte de Malabar, hasta los puertos de Goa y Chaul, pudiendo incluso alcanzar la región de Cambay y las proximidades del golfo Pérsico [51]. Asegurando el embarque de las especias a partir de Cochin y Kulam y dando apoyo a las escuadras que llegaban a la India o volvían al reino, el gobernador disponía de amplios poderes en la esfera militar. Podía así crear las estructuras necesarias para el aumento de plazas de guerra y de factorías, ampliando el espacio de la soberanía portuguesa a otras regiones orientales [52].

De tal manera don Francisco de Almeida cumplió esa misión que fue autorizado a usar el título de virrey después de construir fortalezas en Cannanore y Kulam. En 1507, sin embargo, no pudo contener la fuerza de una coalición mixta de Egipto, de Arabia y de algunos príncipes indianos, que temían la intervención de los portugueses en el Mar Rojo. Como represalia contra el desastre de Chaul, en que su hijo Lourenço encontró la muerte, el virrey atacó Diu el 2 de febrero de 1509, donde destruyó la escuadra del egipcio Mir Mocem y del rey de Guzarate [53]. Durante cuatro años había surcado el océano Índico en varias direcciones, desde la costa oriental africana hasta Cambay y el sur de Malabar. Pero la acción del virrey se orientó siempre a evitar

[50] Joaquím Candeias Silva, *Don Francisco de Almeida (1457-1509), Fundador do Estado Português da India,* Lisboa, 1990, en prensa.

[51] António Dias Farinha, «Os Portugueses no Golfo Pérsico (1507-1538)»: *Mare Liberum,* vol. 3, Lisboa, 1991, pp. 33-34 de separata: «carta de don Francisco de Almeida al rey don Manuel I, Cannanore, diciembre de 1507».

[52] «Carta de Afonso de Albuquerque a don Francisco de Almeida, Ormuz, finales de octubre/principios de noviembre de 1507», pub. Jean Aubin, *Mare Luso-Indicum,* n.° 2, tomo I, París, 1971, pp. 137-144.

[53] Jean Aubin, «Albuquerque et les négotiations de Cambaye»: *Mare Luso-Indicum,* tomo I, París, 1971, pp. 12 y ss.

conflictos con los monarcas locales, a quienes mostró la fuerza del poderío naval portugués, así como la buena voluntad de don Manuel I en contraer alianzas en Oriente para la política religiosa que pretendía desplegar contra La Meca. Sin la fase preparatoria de asegurar el dominio del océano Índico, no habría sido posible a la Corona de Portugal cimentar la soberanía en muchas parcelas del mundo oriental [54].

El nombramiento de Afonso de Albuquerque como segundo gobernador permitió asentar, entre 1509 y 1514, la supremacía política, militar y comercial portuguesa. La ciudad de Goa, en el reino de Bijapur, fue conquistada el 25 de noviembre de 1510 y se convirtió en la capital del nuevo Estado portugués de la India. Era una especie de «Lisboa en Oriente» por la concepción urbana que Albuquerque deseó imprimirle, con sus casas e iglesias, hospitales y casa de misericordia, almacenes y muelles de embarque, todo construido a imagen de los establecimientos de la metrópoli. Ninguna otra ciudad de Oriente mantuvo con tanta fidelidad la fisonomía portuguesa, que no sólo se tradujo en la arquitectura civil y religiosa, sino también en las costumbres y formas de vida europea que en ella se implantaron [55]. Aunque se mantuviese en Cochin el gran emporio de las especias, fue a partir de Goa cuando se desarrolló el comercio con la parte norte de la península indostánica, en dirección al Cabo Comorin y al Golfo Pérsico. Pero no puede olvidarse tampoco la obra de asimilación racial que auspició Albuquerque, incitando a la unión matrimonial de lusos e indianos para formar una comunidad de cuerpos y de almas que fuese el espejo del ecumenismo portugués [56].

Pero la existencia de una capital política y administrativa no bastaba para que el Estado portugués de la India asumiese su verdadera dimensión histórica. Albuquerque había recibido instrucciones para extender el dominio geográfico y comercial a otras regiones orientales. Desde hacía mucho se había reconocido que Malabar era sólo un centro distribuidor

[54] «Carta de don Francisco de Almeida al rey de Portugal, Cannanore, diciembre de 1507», pub. António Dias Farinha, «A dupla conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque», *Stvdia,* n.º 48 (Lisboa), 1989, pp. 445-472.

[55] Mário T. Chicó, «A cidade ideal do Renacimento e as cidades portuguesas da India», *García de Orta,* n.º especial, Lisboa, 1956, pp. 319-328.

[56] *Comentarios de Afonso de Albuquerque,* 5.ª ed. conforme a la 2.ª, de 1576, con prefacio de Joaquim Veríssimo Serrão, tomos I-II, Lisboa, 1973.



Alfonso de Albuquerque. Siglo XVIII.

de especias, pero que se situaba en las Molucas la principal fuente del clavo y de la nuez moscada. Para alcanzar este archipiélago se imponía conquistar Malaca, empresa que había intentado sin éxito Diogo Lopes de Sequeira en 1508 [57]. Tres años después le tocó a Afonso de Albuquerque organizar una gran escuadra que condujo a la posesión de la ciudad que era considerada en la época como la «llave de Insulindia». Allí se quedó como capitán mayor Rui de Brito Patalim, uno de los hombres de confianza del gobernador. Además de las ventajas comerciales derivadas de la conquista de Malaca, era un mundo aún no revelado el que se abría a los portugueses: el de Asia oriental. Ello significa el próximo abordaje del reino de Siam y de las Molucas, mientras no llegase la hora de establecer relaciones directas con China [58].

Afonso de Albuquerque comprendió así las ventajas de fortalecer la posición lusa en Malabar, que por razones de mayor proximidad con Portugal había continuado siendo el mejor emporio para la adquisición de las especias. El dominio comercial y naval sobre Cochin, Kulam y Cannanore, además de hacerse en términos pacíficos con los reyes locales, aseguraba el paso por el Cabo Comorin, los contactos con la isla de Ceilán para la compra de canela y la expansión en el golfo de Bengala y con destino a Malasia [59]. El segundo gobernador construyó también una fortaleza en Calicut, cuyo monarca deseó entonces reconciliarse con los portugueses, aunque con una política dudosa que duró hasta la firma de las paces en tiempos del gobernador Nuno da Cunha [60]. Pero las dos vertientes, indostánica y malasia, no podían asegurar la completa hegemonía de Portugal por no disponer de una condición básica: el dominio del océano Índico, donde los árabes y los turcos seguían hostilizando el poderío comercial y marítimo de los portugueses. Albuquerque, pues, se vio obligado a establecer en el Golfo Pérsico la tercera vertiente de su concepción luso-oriental [61].

[57] «Regimento para Diogo Lopes de Sequeira, capitão mor dos navios da India, Almeirim, 13 de Fevereiro de 1508», pub. *Cartas de Affonso de Albuquerque*, por Raimundo Antonio de Bulhão Pato, Academia Real das Ciências, vol. II, Lisboa, 1898, p. 416.

[58] Véase *infra*, cap. IV, notas 189 y ss.

[59] Charles R. Boxer, *O Império Colonial Português*, Lisboa, 1977, pp. 68 y ss.

[60] Jean Aubin, «Cojeatar et Albuquerque», *Mare Luso-Indicum*, tomo I (Genève-París), 1971, pp. 93-134.

[61] *Idem*, «Le Royaume d'Ormuz au début du xvıè siècle», *Mare Luso-Indicum*, tomo II (Genève-París), 1973, pp. 97-179.

Abriéndose por intermedio del golfo de Omán hacia el Índico, aquella región franqueaba los caminos del interior que conducían a la altiplanicie de Irán, de donde venían los caballos de guerra vendidos a buen precio en los mercados de Malabar. Era, de igual modo, el inicio de la ruta de las caravanas que, a través del desierto de Arabia, iban hasta los puertos de Alejandría y de Levante [62]. A la entrada del Golfo Pérsico se situaba la famosa ciudad de Ormuz, emporio comercial de gente de variado origen. Su posesión representaba un golpe para el poderío comercial de Venecia y la amenaza religiosa de los turcos, por lo que Albuquerque consiguió en 1508 imponer tributos al sultán local. El sueño del gobernador se tradujo en el deseo de una alianza con el rey de Persia para la prosecución de aquel objetivo. Pero la tributación impuesta a Ormuz no satisfacía el proyecto imperial de Albuquerque quien, en 1515, organizó una poderosa flota y conquistó aquella ciudad [63]. Así completaba su obra de gobernante, procurando ahora dominar el Mar Rojo, empresa que le fue adversa por la competencia de los árabes, que nunca hubieran permitido que allí se crease una zona de soberanía portuguesa.

Los portugueses en Malabar

La primera instalación en Calicut no resultó posible porque los portugueses querían pagar las especias con trigo, telas y hierro, en un sistema de trueques comerciales que no eran del agrado de los mercaderes locales. Éstos fueron inducidos por los agentes islámicos a exigir metales preciosos, yendo el *tamudri* al extremo de proponer a Vasco da Gama un tributo de anclaje en los puertos [64]. No pudiendo construirse la deseada factoría, que pronto se consideró inviable, el reino de Cochin resultó elegido, con la expedición de 1501, como centro de

[62] Véase el reciente y documentado estudio de António Dias Farinha, «Os Portugueses no Golfo Pérsico (1507-1539). Contribuição documental e crítica para a sua História»: *Mare Liberum*, vol. 3, Lisboa, 1991, pp. 18 y ss. de la separata.

[63] «Carta de Pero de Alpoim al rey de Portugal, Ormuz, 11 de octubre de 1515», pub. António Dias Farinha, *ibidem*, pp. 35-38, n.º 4.

[64] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama*, ed. A. Fontoura da Costa, pp. 51-53 y 59-63.

adquisición de las especias. En esa ciudad era menor la presión de los musulmanes, debido a la existencia de un grupo de brahmanes hostil al predominio económico de Calicut [65]. No pasó mucho tiempo sin que los portugueses mandasen emisarios a los reinos de Kulam y Cannanore con propuestas de comercio que fueron aceptadas. Con el apoyo de esas bases comerciales, consolidó Portugal de 1501 a 1505 el sistema de su instalación en Malabar, desde que los agentes económicos árabes y venecianos no los dejaban extender su esfera de acción a otros puntos de la península indostánica [66].

El rey de Cochin cedió un edificio para la instalación de la factoría, abierta a finales de 1500, cuando la expedición de Pedro Alvares Cabral. Pero, no obstante esa buena voluntad, eran los factores locales quienes fijaban los precios de la pimienta que se vendía en aquel reino. La Corona de don Manuel I pronto entendió las limitaciones impuestas al transporte anual de especias a Lisboa. No se podía mantener ese comercio sin la construcción de otras factorías y de fortalezas para la protección de las armadas y de los portugueses que se iban estableciendo allí. La reina de Kulam accedió al pedido de instalación de un almacén, para cuya guarda se nombró a António de Sá como factor [67]. No tardó en reconocerse la necesidad de más apoyos de los príncipes indianos para que los portugueses llegasen a ocupar posiciones influyentes en la política y en el comercio de la región. La situación equivalía a un régimen de vasallaje, no bastando la llegada anual de las flotas de Lisboa para asegurar el futuro del comercio portugués. Se imponía garantizar el monopolio de las especias, única manera de arruinar a la competencia árabe y veneciana que se hacía sentir en Malabar [68].

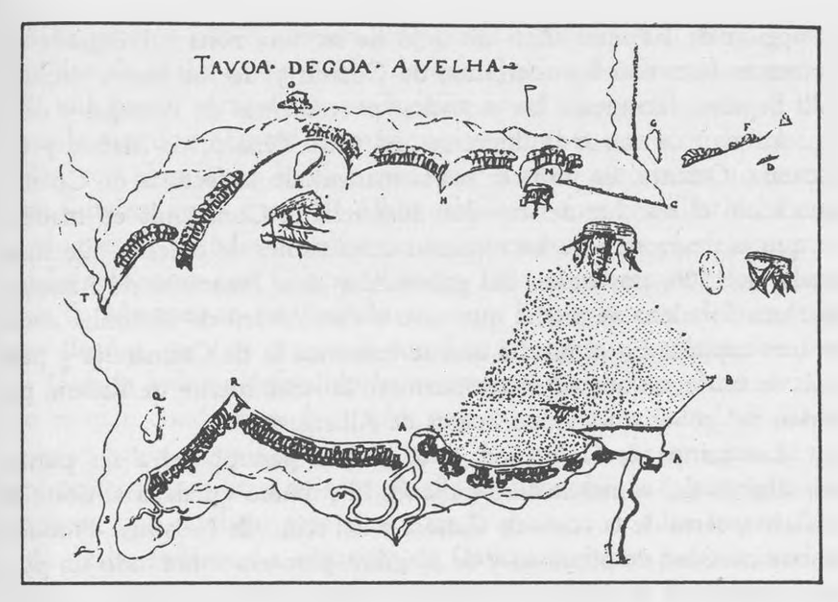
Con la creación del Estado portugués de la India, en 1505, el centro político de la acción portuguesa se desplazó a la región septentrional, lo que obligó a Albuquerque a la conquista de Goa y a la instalación en esa isla de la primera capital del Estado. Sin embargo, Malabar

[65] Fernão Lopes de Castanheda, *História do Descobrimento e Conquista da India pe los Portugueses*, ed. Pedro de Azevedo-Laranjo Coelho, libro I, cap. XL, pp. 89-90.

[66] *Comentários de Afonso de Albuquerque*, *op. cit.*, tomo I, parte I, cap. III, pp. 12-13.

[67] Castanheda, *Historia*, libro I, cap. XLVI, pp. 127-130.

[68] Jaime Cortesão, «O Império Português no Oriente», *Obras Completas*, vol. XV, Lisboa, 1968, pp. 66-67.



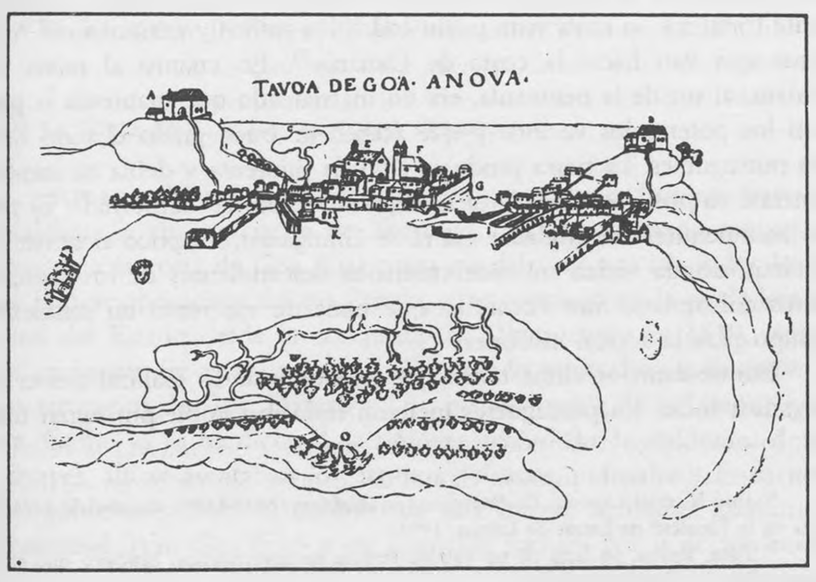


Ilustración superior, bosquejo de Goa la Vieja. Ilustración inferior, bosquejo de Goa la Nueva. Dos aspectos de la vieja ciudad de Goa, la Lisboa de Oriente, en el siglo XVI (Archivo Nacional de la Torre do Tombo). Colección de São Vicente de Fora, libro 15, título III).

o «región de las montañas» no dejó de ser una zona privilegiada del comercio luso con los mercados de Cochin y de los reinos vecinos. Allí llegaban fácilmente las escuadras provenientes de Portugal y otras que habrían de tomar la dirección del golfo Pérsico, de Malaca y del Extremo Oriente. En 1503 se había inaugurado la factoría de Cochin, que tomó el nombre del rey don Manuel I [69]. Construida en madera, lo que la desproveía de las mínimas condiciones de defensa, fue sustituida en 1506, por orden del gobernador don Francisco de Almeida, por una fortaleza de piedra que tuvo a don Alvaro de Noronha como primer capitán. En el mismo año se construía la de Cannanore y pasó más de un lustro hasta que se construyó la «casa fuerte» de Kulam, por orden del gobernador Lopo Soares de Albergaria [70].

Los reinos de Cannanore y de Kulam pasaron así a ser puntos neurálgicos del comercio luso-indiano. El primero quedaba al norte de Malabar, cerca de la costa de Canará y del reino de Narsinga. Producía buena cantidad de pimienta y de jengibre, pero era sobre todo un punto de escala de la navegación hacia el norte. Se imponía por su excelente fortaleza: «a cuya vista pasan todos los navíos y corsarios del Malabar que van hacia la costa de Canará» [71]. En cuanto al reino de Kulam, al sur de la península, era un matriarcado que mantenía la paz con los potentados vecinos y que aceptó de buen grado el trato con los portugueses. La tierra producía algo de pimienta y debía su importancia a su posición estratégica no lejos del cabo de Comorin [72]. El reino más pequeño de Malabar era el de Cranganor, un poco al norte de Calicut, donde vivían muchos cristianos descendientes de los compañeros del apóstol São Tomé, lo que haría de ese reino un excelente campo para la acción misionera [73].

No obstante el clima tenso que encontraron en Calicut desde su llegada a India, los portugueses hicieron todo lo posible por lograr una

[69] José Manuel Correia, *Os Portugueses no Malabar (1498-1580)*, disertación presentada en la Facultad de Letras de Lisboa, 1991.

[70] *Idem, ibidem.* Se trata de un valioso trabajo de investigación histórica que conviene editar a la mayor brevedad.

[71] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, Lisboa, 1960, pp. 44-44v.°.

[72] *Idem, ibidem*, folios 48v.°-49.

[73] *Idem, ibidem*, folios 46v.°-47.

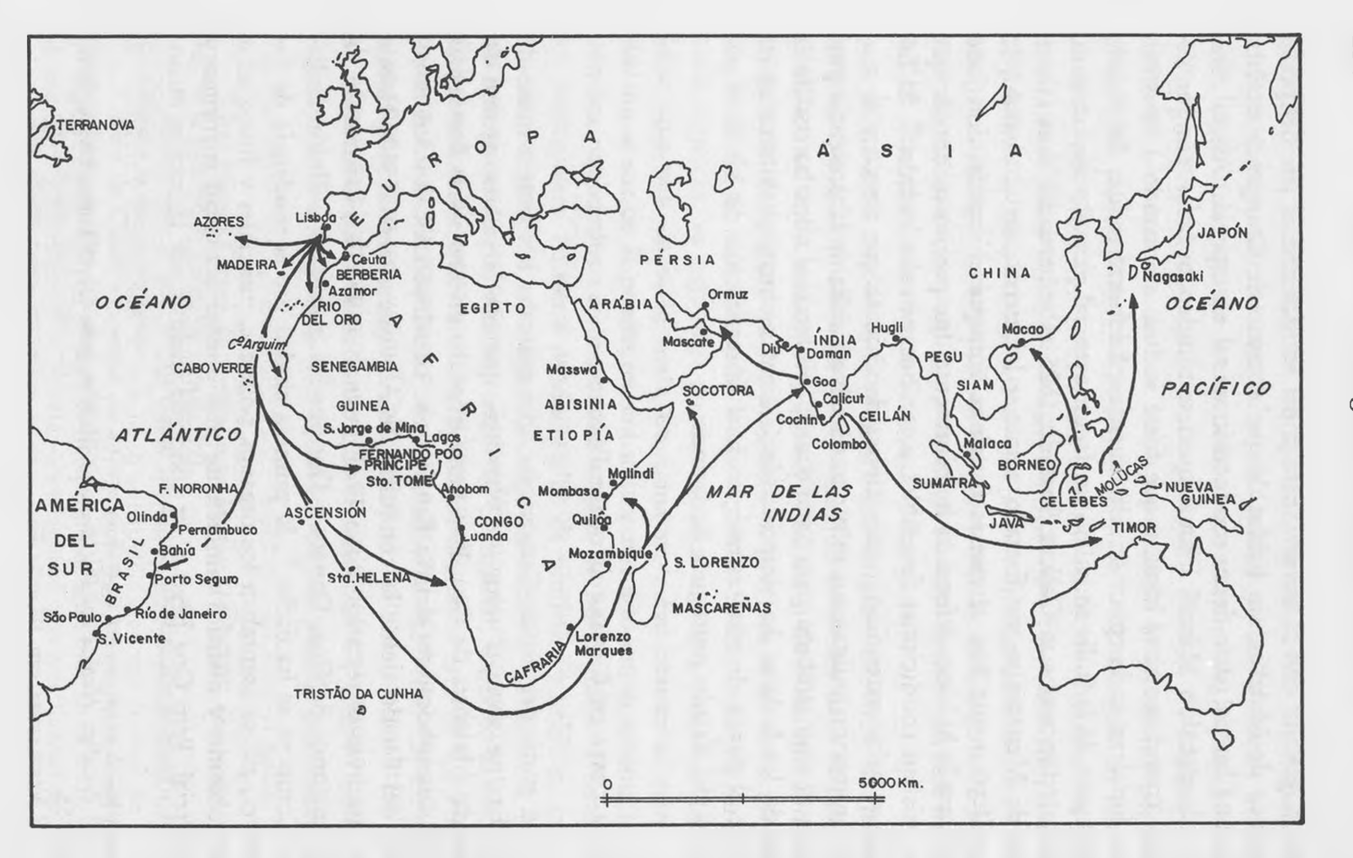
buena relación con el *tamudri*. Éste podía considerarse el jefe del poder político de Malabar, sin hablar de que el reino de Cranganor enviaba allí una buena parte de su producción anual en especias. Así se comprende que don Manuel I jamás quisiese romper los lazos, aunque débiles, con el monarca local, y que fuese incluso autorizado a construir una fortaleza en la época de Albuquerque. La fuerza militar del Estado portugués de la India se volvió un factor esencial para el mejoramiento de las relaciones con Calicut. Pero en 1525 el gobernador don Henrique de Meneses se vio forzado a iniciar la guerra con el *tamudri*, lo que llevó a que éste cercase la fortaleza. Aunque el capitán don João de Lima la hubiese defendido heroicamente, fue preciso reconocer que no existían condiciones favorables para conservar ese bastión [74]. El Estado se había extendido a otras tierras de Oriente que carecían de mayor protección militar, no sólo para la salvaguardia de la presencia portuguesa, sino también para garantizar la protección a los barcos de la «vía de las Indias». La situación de Calicut se hizo, pues, secundaria desde el punto de vista estratégico para la realización de los fines políticos del Estado portugués de la India.

De la costa de Canara al golfo Pérsico

A partir del río de Cangericara, que marcaba la frontera norte de Malabar, se abría el reino de Narsinga, que era la puerta natural de entrada a la costa de Goa. Esta tierra quedaba en una isla a dos leguas de la desembocadura del río Pangin, y se convirtió en la verdadera capital del Estado desde la conquista de Albuquerque en 1510. Habría de conservar ese estatuto hasta 1961, cuando se produjo la invasión de las territorios de Goa, Daman y Diu por las tropas de la Unión Indiana. Como ya se ha dicho [75], la primera ciudad fue la residencia de los virreyes, allí se asentaban los órganos políticos, judiciales y financieros del gobierno y disfrutó también de una intensa actividad marítima y comercial. Pero Goa llegó a ser conocida incluso por la acción misio-

[74] Zinadim, *História dos Portugueses no Malabar*, pub. David Lopes, Lisboa, 1898, pp. 54-55.

[75] Véase supra, cap. IV, nota 72.



Principales rutas del Imperio portugués en el siglo XVI.

nera que, con base en su diócesis, transformada en catedral metropolitana en 1557, de allí se extendió hasta el golfo Pérsico y a los confines de Asia. Fue por ello llamada la «Roma de Oriente», por la obra de evangelización y asistencia que los portugueses realizaron desde la capital del Estado de la India [76].

La política de don Manuel I, de una mayor intervención en la zona de Arabia, tenía objetivos militares y fines religiosos. Por un lado, se pretendía obtener el apoyo de Persia y, por otro lado, dominar el Mar Rojo para acabar con el poderío de los infieles y liberar los Santos Lugares [77]. No ofrece dudas el sentido de las palabras que el embajador Diogo Pacheco pronunció, el día 4 de junio de 1506, ante el papa Julio II: «Pueden así los cristianos esperar que sea abolida en breve toda la perfidia y herejía mahomética y que el santísimo sepulcro de Cristo /.../ vuelva a su primitiva libertad» [78]. No conoció el proyecto manuelino ninguna alteración en los ocho años siguientes, pues en otra oración, esta vez al papa León X, el doctor Diogo Pacheco dijo el 24 de marzo de 1514:

> la obra más divina que humana /.../ en que el impío Mahoma y La Meca, su principal sede y capital de los sarracenos, hasta nuestros días inaccesible a las armas cristianas, ahora se ha vuelto por favor divino abierta a los nuestros, no sin gran costo de sangre [79].

La aproximación al golfo Pérsico se convirtió así, desde la instalación en Malabar, en uno de los objetivos prioritarios de la corona de Portugal. Las tentativas que se hicieron, en tiempos de don Francisco de Almeida, para alcanzar la región de Cambay, pasaron a integrarse en una política de conjunto con vista al dominio de la provincia de

[76] Mário Tavares Chico, «A Cidade ideal do Renascimento e as cidades portuguesas da India»: *Garcia de Orta*, n.° especial (Lisboa), 1956, pp. 319-328.

[77] Charles-Martial de Witte, «Les Lettres Papales concernant l'expansion portugaise au xvıè siècle», *Nouvelle Revue de science missionaire* (Immsnsee) 1986, pp. 7 y ss.

[78] «Oração de obediência ao sumo pontífice Júlio II, dita por Diogo Pacheco em 1505», ed. facsímil, con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 17.

[79] «Oração de obediência ao sumo pontífice Leão X, dita por Diogo Pacheco em 1514», ed. facsímil, con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 27.

Deccan (de aquí) como trayecto obligatorio hacia el golfo de Guzarate [80]. Una de las primeras ciudades acometidas fue Chaul, posesión del rey Nizamaluco, rival del vecino Hidalkan. La ciudad se levantaba junto a la desembocadura de un gran río, donde se hacía un importante comercio de tejidos y víveres con el interior del Deccan [81]. Los portugueses llegaron en 1505 y pronto se dejaron seducir por el buen anclaje que se permitía a sus navíos. Esas condiciones se mantuvieron a lo largo del siglo XVI, como testimonia un autor de 1611: «Y en razón del trato de los portugueses, Chaul fue creciendo de manera que es al presente una de las mayores y populosas de la India» [82].

Poco después de la llegada de los portugueses, Chaul asistió a la derrota de don Lourenço de Almeida, cuya flota fue atacada en enero de 1508 por una coalición naval formada por el sultán de Egipto, el *tamudri* de Calicut y otros reyes de Malabar. Yendo en misión de patrullamiento de la costa, el hijo del primer virrey fue sorprendido por la flota enemiga dentro del puerto y encontró la muerte con cien compañeros más, mientras los otros pudieron con mucho esfuerzo regresar a Cochin [83]. Habiéndose malogrado la alianza que don Manuel I quería establecer con el Cha Isma'il, rey de Persia, el ataque se tradujo en un serio obstáculo para la penetración de los portugueses en la zona del golfo Pérsico. De inmediato se hizo sentir la reacción de don Francisco de Almeida que, a finales de 1508, en una operación vengativa, fue a arrasar el puerto de Dabul, en Cambay, antes de vencer a la flota enemiga en el puerto de Diu. Entretanto, el capitán Diogo Lopes de Sequeira pudo construir una fortaleza en Chaul, que se convirtió en una de las bases de la penetración lusa en Cambay [84].

Dabul estaba situado en la provincia de Bijapur, pocas leguas al sur de Chaúl, y era un puerto con permanente comercio de los productos de la región. Ya se ha dado noticia de la acción naval que el

[80] António Dias Farinha, «A dupla conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque»: *Stvdia*, n.º 48 (Lisboa), 1989, pp. 447 y ss.

[81] Gaspar Correia, *Lendas da India*, ed. Manuel Lopes de Almeida, vol. I, año 1505, cap. VIII, pp. 587-588, Porto, 1975.

[82] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Coroa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 18-18v.º.

[83] Castanheda, *História*, libro II, cap. LXXX, pp. 395-397.

[84] *Idem, ibidem*, libro V, cap. LII-LXXXVIII, pp. 84 y 146.

virrey don Francisco de Almeida emprendió contra la ciudad, en señal de desagravio por la muerte de su hijo en Chaul. Al año siguiente, Afonso de Albuquerque ordenó la conquista de Dabul pero sin efectos concretos en el aspecto político, toda vez que el jeque local seguía hostilizando al Estado portugués de la India. Cuando gobernaba Diogo Lopes de Sequeira, el capitán Cristóvão de Sousa fue con una armada a imponer obediencia al jeque [85]. De mayor importancia se revistió la posesión de Basain, en el reino de Cambay, quince leguas al norte de Chaul. La riqueza de la ciudad provenía, sobre todo, de la exportación de tejidos y de madera, siendo ésta muy codiciada por los turcos para hacer la guerra a los portugueses. En tiempos del gobernador Nuno da Cunha, la tierra pudo ser finalmente conquistada y en ella se construyó una fortaleza que era de las más sólidas de la India. Basain sirvió de punto de apoyo a la navegación, sobre todo para ayudar a los defensores de Diu [86]. Pero después de que los portugueses se instalaran en Daman, la fortaleza de Basain perdió una gran parte de su importancia militar [87].

La ciudad de Diu se situaba en una pequeña isla, en la margen sur de la península de Kathiawar, y tenía una pequeña conexión con la tierra firme. Una fuente luso-indiana la describe en los siguientes términos: «está cercada esta ciudad de mar a mar por un muro muy fuerte con sus baluartes y un foso cavado en plena piedra» [88]. Tenía un apreciable valor estratégico y, por tal razón, fue codiciada por los portugueses desde su instalación en la India. En 1508, el virrey don Francisco de Almeida logró en el puerto de Diu una gran victoria sobre la escuadra del rey local, asociada a la de Mirocen, almirante del sultán de Egipto. Durante el gobierno de Afonso de Albuquerque, no fue posible establecer una factoría portuguesa, sucediendo lo mismo cuando, en 1531, el gobernador Nuno da Cunha intentó apo-

[85] Jerónimo Osorio, *Da Vida e Feitos del Rei D. Manuel*, vol. II, Porto, 1945, p. 219.

[86] J. Gerson da Cunha, *Notes and the History and Antiquities of Chaul and Bassein*, Bombay, 1976. *Armas e Inscrições do Forte de Baçaim*, organizado por Brás A. Fernandes. Prefacio, traducción y notas de António Machado de Faria, Lisboa, 1956.

[87] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corôa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 23-23v.°.

[88] *Idem*, folios 29-29v.°. A. Bragança Pereira, *Os Portugueses em Diu*, Bastorá, 1938. Armando Gonçalves Pereira, *India Portuguesa*, Lisboa, 1954.

derarse de la ciudad. Pero cuatro años después Diu se entregó al mismo gobernador, iniciándose entonces los trabajos de la fortaleza que muy pronto fue considerada la más poderosa del Estado portugués de la India. Como puerta de entrada de la península de Cambay, la tierra adquirió otro valor estratégico por ser una base para operaciones de guerra y un eje en los viajes marítimos entre Malabar y el Golfo Pérsico [89].

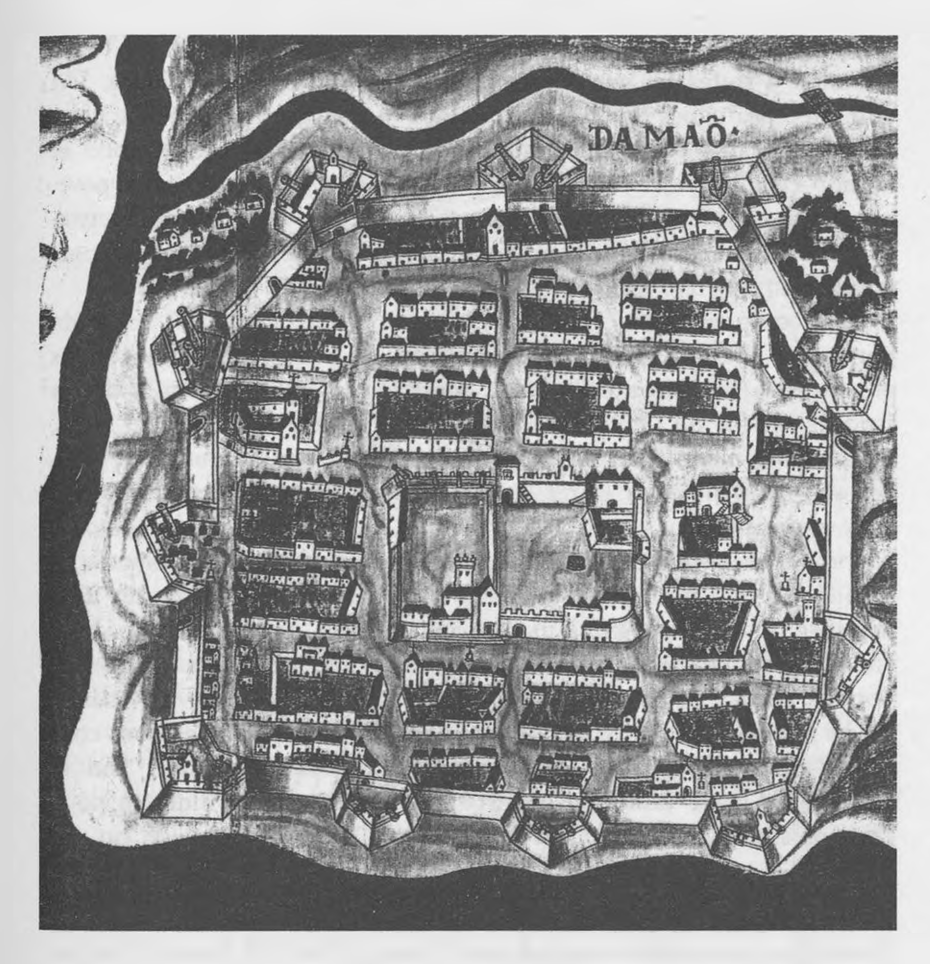
Fue más tardío el aprovechamiento de la ciudad de Daman, erigida en el río del mismo nombre y en tierra baja, en la punta sur de la ensenada de Cambay [90]. La llegada de los portugueses no se localiza hasta el año 1511, cuando Diogo de Melo, debido a la fuerza de los vientos, fue obligado a desembarcar en tierra. Pero sólo en 1529 el capitán António da Silveira recibió órdenes del gobernador Nuno da Cunha para conquistar la antigua fortaleza, sin construir ninguna otra, sin embargo, en el cuadro militar del océano Índico. Siendo Francisco Barreto gobernador de la India, se comprendió mejor la importancia de Daman para evitar nuevos y poderosos ataques a la fortaleza de Diu. Un tratado de paz fue firmado en 1558 con el sultán de Guzarate, que cedió Daman a los portugueses a cambio de una parte del rendimiento de la aduana de Diu. Al año siguiente, estando ya el gobierno del Estado en manos de don Constantino de Bragança, se hizo efectiva la entrega de Daman, lo que dio ocasión de dotar a la población con el fuerte de São Jerónimo y varios fortines (Tarapor, São Gens, Mains y Sirgar), que hicieron de la capital de Cambay una de las mejor defendidas del océano Índico [91]. Daman quedó ligada a Portugal hasta 1961, año de su anexión por las tropas de la Unión Indiana.

Entre el golfo de Guzarate y el estrecho de Ormuz no hubo fortalezas de obediencia portuguesa, por ser menos importante el dominio de esa región. La conquista de Ormuz representó uno de los grandes hitos de la expansión portuguesa, por ser la puerta natural de

[89] Francisco de Andrade, *O Primeiro Cerco de Diu*, Lisboa, 1852. Lopo de Sousa Coutinho, *História do Cerco de Dio*, Lisboa, 1890.

[90] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 26-26v.º.

[91] Jaime Cortesão, «O Império Português no Oriente», *Obras Completas*, XV, Lisboa, 1968, pp. 141-168-179.



14. Daman en el siglo XVI.

acceso a la costa de Arabia, que quedaba a diez leguas de distancia, y la tierra firme de Persia, sólo a tres leguas [92]. La isla no disponía de agua potable, ni era productiva, pudiendo decirse que las características del desierto estaban impresas en el relieve del suelo. Sin embargo, era rica por el intenso comercio que se hacía a través de su puerto, un

[92] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, folios 32-32v.°.

verdadero mercado que recibía «toda suerte de provisiones y de todas las cazas y frutas así verdes como secas», provenientes de Persia. Un dominico portugués escribía en 1568 que «Ormuz era un tubo de plata que continuamente corría», reconociendo sus habitantes que «todo el mundo era un anillo y Ormuz la piedra de él» [93]. Añade que la posesión de la isla constituía un triunfo poderoso para quien quisiese estrechar relaciones con la monarquía de Persia, lo que tenía para Portugal un elevado objetivo político, comercial y religioso [94].

Se comprende así que la conquista de Ormuz, en 1515, realizada por Afonso de Albuquerque, había hecho del golfo Pérsico uno de los pilares de la expansión portuguesa en el Índico [95]. Durante más de un siglo, la isla fue un punto clave para la navegación y el comercio lusos, no siéndolo menos para las relaciones políticas que la ciudad de Goa deseaba mantener con el reino de Persia. Fue una puerta de entrada para los misioneros de San Agustín que, desde finales del siglo XVI, procuraron evangelizar no sólo aquella región sino también Armenia [96]. Pero la isla de Ormuz tuvo otra importancia: la de ser un punto neurálgico para los correos que iban y venían hacia Oriente a través de la vía del Mediterráneo. Además del acortamiento de las distancias, las noticias podían llegar más pronto a Lisboa que por la vía del Atlántico. La historiografía de viajes ofrece, a ese respecto, informaciones concretas sobre el papel de Ormuz en las conexiones postales con el reino [97]. La grave crisis que el Estado portugués de la India sufrió a principios de la tercera década del siglo XVII llevó a que la isla no pu-

[93] Frei Gaspar da Cruz, *Tractado em que se contem muito por extenso as cousas da China com suas particularidades, e assi do reyno de Ormuz*, Évora, 1568. Nueva edición por Damião Peres, Barcelos, 1937, pp. 173-174.

[94] Jean Aubin, «Le royaume d'Ormuz au début du XVIè siècle»: *Mare Luso-Indicum*, tomo II (París), 1973, pp. 97-179.

[95] António Dias Farinha, «A dupla conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque»: *Stvdia*, n.º 48 (Lisboa), 1989, pp. 445-472.

[96] Véanse los trabajos de Roberto Gulbenkian, *L'Ambassade en Perse de Luís Pereira de Lacerda et des Pères Portugais de l'Ordre de Saint-Augustin, Belchior dos Anjos et Guilherme de Santo Agostinho*, Lisboa, 1972; e *idem*, «As Embaixadas e as Missões Diplomáticas Portuguesas na Pérsia»: *Anais da Academia Portuguesa da História*, II serie, vol. 31, Lisboa, 1986, pp. 485-506.

[97] Joaquim Veríssimo Serrão, *A Historiografia Portuguesa*, vol. I, Lisboa, 1972, pp. 361-391. *Idem, Un voyageur portugais en Perse au début du XVIIè siècle: Nicolau de Orta Rebelo*, Lisboa, 1972, pp. 45-68.



Archivo Nacional de la Torre do Tombo, *Casa Forte*, n.º 41. Gaspar Correia, *Lendas da India*, vol. II.

diese resistir el asedio de una flota inglesa que, el 15 de mayo de 1622, se apoderó de la perla del golfo Pérsico [98].

De Mozambique al Mar Rojo

En la designación del Estado portugués de la India cabían también los reinos y sultanatos de África oriental con los que la corona portuguesa mantenía relaciones de diverso grado desde finales del siglo xv. El viajero Pero da Covilhã había recorrido algunas ciudades en busca de apoyos políticos y comerciales para los propósitos de don João II de completar el descubrimiento del camino marítimo hacia la India [99]. Aun aceptando que en 1494 un navío portugués naufragó frente a Sofala, sólo a partir de 1498 se estableció un contacto permanente con la costa oriental de África. El itinerario del piloto árabe de Vasco da Gama permite seguir los contactos establecidos en esa penetración en el océano Índico. No le interesaba a Portugal la conquista de esos reinos o ciudades, dado que el principal objetivo de la expansión en marcha era la instalación en Malabar. La autorización para construir factorías fue acompañada en algunas tierras por la edificación de fortalezas, útiles para garantizar la permanencia de los ocupantes y la defensa del comercio. Con todo, lo que más interesaba a los portugueses era el apoyo de los puertos de la región a las escuadras que todos los años establecían el vínculo marítimo de Oriente con Lisboa [100].

El 11 de enero de 1498 llegó Vasco da Gama a la tierra que llamó Buena Gente, que corresponde hoy a Inhambane, y aportó once días más tarde en el río de las Buenas Señales, donde colocó el padrón de San Rafael [101].

[98] A. da Silva Rego, «1622. Ano dramático na história da Expansão portuguesa no Oriente e Extremo-Oriente»: *Memórias da Academia das Ciências de Lisboa,* Clase de Letras, tomo XVIII (Lisboa), 1977, pp. 27-40. *Documentos Remetidos da India ou Livros das Monções,* pub. A. da Silva Rego, tomo VIII (año 1622), Lisboa, 1978.

[99] Conde de Ficalho, *Viagens de Pedro da Covilhã,* Lisboa, 1898, pp. 36 y ss.

[100] Borrador original de algunas hojas de las instrucciones regias para el viaje de 1500, pub. *Os Sete Unicos Documentos de 1500, conservados em Lisboa, referentes à viagem de Pedro Alvares Cabral,* Lisboa, 1940, pp. 23-27.

[101] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama (1497-1499),* por Alvaro Velho, pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1960, pp. 19 y 70.

La primera ciudad al norte era Sofala, pero el jefe de la flota no quiso acercarse al puerto, por haber sido informado de que los bajíos de la costa eran peligrosos para la navegación, y de la animosidad del rey local contra los portugueses [102]. La paz con el rey Yusuf fue establecida en 1505, por intermedio de Pero de Anaia, que obtuvo autorización para edificar una factoría portuguesa. El mismo año se permitió la construcción de una fortaleza, lo que garantizaba más la presencia de los mercaderes lusos que pretendían beneficiarse del comercio que venía del interior de Monomotapa. La ciudad de Sofala era el principal núcleo de penetración en aquel reino situado en el interior de Mozambique, que tenía por frontera los ríos Zambeze y Manica, y sobre cuya riqueza en oro y plata llegaban a Occidente las más variadas noticias [103].

Escribiendo alrededor de 1516, el marino y viajero Duarte Barbosa ponía en relieve que «los moros de Sofala guardaban estas mercancías /paños y cuentecillas/ y las vendían después a la gente del reino de Benametapa» que acudían a Sofala con cargas de oro [104]. El testimonio muestra que la principal riqueza de Mozambique no se encontraba en la costa, sino en las regiones del interior que eran vecinas del reino del preste João. La expansión en Oriente no permitió a los portugueses intentar la rápida penetración en Monomotapa, aunque hubiese viajes de reconocimiento en la primera mitad del siglo XVI. La Compañía de Jesús buscó evangelizar el lejano reino, donde en 1561 se dio el martirio de don Gonçalo da Silveira y de otros padres jesuitas [105].

Por ese tiempo, la Corona portuguesa intentó aproximarse a Monomotapa, apoyando varias expediciones que fracasaron, entre ellas la de Francisco Barreto, en 1569, ayudado por Vasco Fernandes Homem. El primero murió de una enfermedad antes de llegar a aquel reino y el

[102] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama,* p. 20.

[103] En la oración de obediencia al papa Julio II, de 1506, ya se menciona, en p. 17: «Sofala, abundantísima en oro, que separa a Etiopía de Asia». Véase António Alberto Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo,* vol. I, Lisboa, 1972, pp. 192-193-221-passim.

[104] *Livro en que dá relaçao do que viu e ouviu no Oriente Duarte Barbosa,* pub. Augusto Reis Machado, Lisboa, 1946, p. 17.

[105] Berta Leite, *don Gonçalo da Silveira, Mártir do Monomotapa,* Lisboa, 1946. Joaquim Verissimo Serrão, *Historia de Portugal,* vol. III, Lisboa, 1978, pp. 146-147.

segundo, que alcanzó Monomotapa, no consiguió apoderarse de la riqueza minera de la región [106].

Los portugueses llegaron a Mozambique el 1 de marzo de 1498. La tierra estaba gobernada por un sultán que desde el principio acogió bien a Vasco da Gama y a sus compañeros, hasta el punto de haber visitado la flota. Pero siendo religiosamente un infiel, comenzó a perseguir a los recién llegados en cuanto supo que eran cristianos. Los portugueses tuvieron que abandonar tierra firme y proseguir la navegación hacia un puerto más acogedor al norte. El piloto de la armada informa que los hombres del lugar son «rubios y de buenos cuerpos, pertenecen a la secta de Mahoma y hablan como moros». Alvaro Velho continúa después el relato: «Y sus vestiduras son de paños de lino y de algodón, muy finos y de muchas franjas de color, y son ricos y labrados; y todos llevan tocas en la cabeza, con bordes de seda labrados con hilos de oro». La ciudad y la isla de Mozambique formaban un importante centro de comercio, por lo que Vasco da Gama pronto reconoció la necesidad de establecer una factoría.

El navegante portugués fue informado de que el reino del preste João, más conocido como Etiopía, no se encontraba muy distante. Pero le dijeron que la capital de ese reino estaba en el interior, aunque dominaba algunas ciudades marítimas y que «los habitantes de ellas eran grandes mercaderes y tenían grandes naves» [107]. Esas noticias le daban el más seguro conocimiento de la tierra, especialmente del emperador cristiano que la Corona portuguesa buscaba desde hacía mucho en el centro de África. En 1501 el navío de Sancho de Tovar aportó en Mozambique, pero sólo en el viaje de 1502 fue posible que Vasco da Gama construyese una factoría en la isla. Tres años después le correspondió a don Francisco de Almeida construir el primer bastión militar. En 1506 le tocaría a Afonso de Albuquerque levantar la fortaleza de Mozambique y pronto fue nombrado un gobernador para defender la costa hasta el Cabo Delgado [108].

[106] Joaquim Veríssimo Serrão, *Itinerários del-Rei don Sebastião (1568-1578)*, Lisboa, 1987, pp. 76-87-96.

[107] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama*, pub. A. Fontoura da Costa, pp. 21-22.

[108] Carta de Duarte de Lemos al rey don Manuel, Mozambique, 30 de septiembre

La Corona portuguesa había reconocido la importancia estratégica y comercial de la isla de Mozambique, sobre todo como apoyo a las vías de la India. No resultaba posible enviar flotas anuales a Oriente sin recurrir a una tierra que disponía de un buen puerto de abrigo y de requisitos navales para la reparación de las embarcaciones [109]. En 1507 la escuadra de Vasco Gomes de Abreu, con destino a Malabar, tuvo que permanecer en la costa oriental debido a que las condiciones del tiempo no permitían la continuación del viaje. Se completó entonces la fortaleza y se construyó un hospital en la isla, así como una iglesia bajo la advocación de San Gabriel [110]. En los años siguientes se organizaron varias expediciones para el mejor conocimiento del interior, lo que llevó a la fundación de las villas de Sena, en 1531, y de Tete, en 1545. Dos años antes, don João de Castro había hecho sustituir la fortaleza de la isla de Mozambique, a la que dio el nombre de San Sebastião. Por ese tiempo se construían también los primeros reductos defensivos en la zona de Lourenço Marques, al sur del territorio mozambiqueño [111].

En el viaje de 1497-1498, no hubo desembarco en Kilwa. Aunque avistara el piloto a lo lejos «una tierra grande y dos islas junto a ella», recibió la orden de seguir. La tierra poseía una gran riqueza en aljófar y mantenía un buen comercio con Sofala, de donde recibía apreciables cantidades de oro. Aún hoy se menciona el nombre de Kilwa por haber llegado de allí el metal con que, unos años después, se construyó la famosa custodia del monasterio de los Jerónimos [112]. El gobierno local pertenecía a un rey que era considerado el más poderoso de la cos-

de 1508, pub. *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Central (1497-1840)*, vol. II (1507-1508), Lisboa, 1963, pp. 290 y 294.

[109] En el regimiento del capitán don Francisco de Almeida, dado en Lisboa el 5 de marzo de 1505, se lee: «Diréis al capitán de tal nave o naves que nosotros tenemos a bien que vayan al dicho lugar de Mozambique...», *Documentos*, vol. I (1497-1506), Lisboa, 1962, p. 176.

[110] Vasco Fernandes de Abreu fue capitán mayor de la armada de 1507 y fue nombrado después capitán de Sofala y Mozambique. *Documentos*, vol. II (1507-1510), pp. 2-4-28-254-256.

[111] Carta de João de Sepúlveda al rey don João III, Mozambique, 10 de agosto de 1542. *Documentos*, vol. VII (1540-1560), Lisboa, 1971, pp. 138 y 140.

[112] Carta-recibo de pago del 8 de enero de 1511, dada al factor de Sofala de los años 1505 y 1506. Pub. Anselmo Braamcamp Freire, *Gil Vicente, Trovador e Mestre da Balança*, 2.ª ed., Lisboa, 1944, p. 67.

ta de Mozambique. El primer contacto de los portugueses no se produjo hasta el 20 de julio de 1501, cuando desembarcó allí Pedro Alvares Cabral, que iba camino de Malabar [113]. El monarca fue obligado entonces al pago del tributo anual de 2.000 miticales en oro, lo que después rehusó hacer, por lo que el virrey don Francisco de Almeida construyó allí una fortaleza en 1505 [114]. Pero las relaciones con Portugal se volvieron difíciles, por las dificultades que se impusieron al comercio y a la navegación portuguesa, lo que llevó en el año 1512 al abandono de la fortaleza [115].

Habiendo dejado la isla de Mozambique el 27 de marzo de 1498, la escuadra de Vasco da Gama carecía de una base de apoyo náutico para llegar a Malabar. Frente a los escollos de la navegación en el océano Índico, el comandante reconoció la necesidad de la colaboración de un piloto experto que los condujese al Indostán. Con ese proyecto, después de pasar frente a la serranía a la que pusieron el nombre de San Rafael, encontraron un navío con dos moros que los llevaron al puerto de Mombasa. El 7 de abril, que coincidía con la víspera del domingo de Ramos, entraron en la barra, avistando la ciudad en un sitio alto: «y es puerto donde entran muchos navíos cada día; y tiene a la entrada un padrón; y tiene en la villa, junto al mar, una fortaleza baja» [116]. La habían construido los comerciantes moros y garantizaba el trato que de allí hacían con los puertos de Arabia y del Mar Rojo. Vivían en Mombasa algunos cristianos que se dedicaban al comercio y no podían practicar su culto religioso.

No fue posible obtener el apoyo del rey de Mombasa para facilitar a Vasco da Gama la ruta de la India. El piloto negro, que se mostró dispuesto a ayudar a los portugueses, había recibido instrucciones para el naufragio de la escuadra. El piloto de la flota escribió a propósito: «Estuvimos todavía el miércoles y el jueves /11 y 12 de abril/ después

[113] Castanheda, *Historia,* libro I, cap. XXXII, pp. 74-75.

[114] *Memoria das Armadas que de Portugal passaram à India,* ed. de la Academia das Ciencias de Lisboa, 1979, folio 10. *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Central,* vol. I (1497-1506), Lisboa, 1962, pp. 88-94-196-198.

[115] Véanse las fuentes publicadas en *Documentos,* vol. III (1511-1514); Lisboa, 1964, p. 602.

[116] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama,* pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1960, pp. 30-31.

de haber conocido la malicia y la traición que estos perros quisieron poner en práctica contra nosotros» [117]. Las armadas siguientes tampoco contaron con la ayuda del sultán, por lo que el virrey don Francisco de Almeida impuso a la tierra, en 1505, un pesado tributo. Pero no fue posible construir una fortaleza en Mombasa, ni garantizar el trato comercial con los portugueses [118]. En tiempos del gobernador Nuno da Cunha la ciudad fue objeto de un ataque, del que no se derivó ninguna mejora en las relaciones con el Estado de la India. Data de 1593 la fortaleza de Jesús o del Salvador, que los portugueses lograron construir en el puerto de Mombasa, la cual representa actualmente, en la república de Kenya, uno de los testimonios más expresivos del dominio colonial europeo [119].

A ocho leguas al norte de Mombasa, se erguía la capital del reino de Melinde, donde la flota de Vasco da Gama ancló el día 14 de abril de 1498, sábado de Aleluya. Encontraron en el puerto cuatro navíos de moros cristianizados, que ofrecieron comida y fruta a los recién llegados. El rey local les dispensó una buena acogida, colocando a su disposición al piloto Ibn-ben-Madjid para conducir a Gama y a sus compañeros a la costa de Malabar [120]. Melinde se volvió así el fundamental punto de apoyo para la expedición que realizó el descubrimiento del camino marítimo hacia la India y, como tal, el nombre de la ciudad quedó impreso en la poesía y en la historia [121]. Era también un puerto concurrido por la navegación del mar de Omán y que no mantenía relaciones pacíficas con Mombasa y Kilwa, donde la concentración de los árabes dominaba el poder político local. Los cronistas acentúan la riqueza de Melinde en cuanto a la producción de árboles frutales y de ganado, mostrando también que siempre habían sido excelentes, a lo largo del siglo XVI, las relaciones que Portugal mantuvo con aquella ciudad [122].

[117] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama*, pp. 21-22.

[118] «Descrição da viagem de don Francisco de Almeida em 1505», pub. *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Central*, vol. I (1497-1506), p. 530.

[119] Carlos de Azevedo y Charles R. Boxer, *Fort Jesus and the Portuguese in Mombasa*, Lisboa, 1960. *Idem, A Fortaleza de Jesus e os Portugueses em Mombaça*, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, Lisboa, 1961.

[120] Costa Brochado, *O Piloto Arabe de Vasco da Gama*, Lisboa, 1959.

[121] Luís de Camõens, *Os Lusíadas*, cantos II, estrofas 57-58, 70-73-94; X, estrofas 39-96. João de Barros, *Asia*, ed. Hernâni Cidade y Manuel Murias, década I, libro IV, cap. V-VI, Lisboa, 1940, pp. 149-151.

[122] Castanheda, *História*, ed. Pedro de Azevedo-Laranjo Coelho, libro I, caps. X-

La zona situada entre el cabo Delgado y el cabo Guardafui era también conocida como «costa de Melinde» y poseía una notoria importancia para el dominio naval del océano Índico. Si los reinos al sur constituían un hito de la navegación directa hacia Malabar, la costa septentrional resultaba un punto estratégico para proteger a los navíos con destino a Arabia y al golfo Pérsico. Por ello, el rey de Portugal nombró a un capitán para la defensa de esa costa, quien quedaba también encargado de atacar a los navíos moros procedentes del Mar Rojo y, con mayor peligro, del estrecho de La Meca. Ya se ha hablado del descubrimiento de la isla de Socotorá y el posterior aprovechamiento, aunque de corta duración, que los portugueses hicieron de ese punto clave para la navegación con destino a Alejandría y a Ormuz [123]. La ciudad de Mogadiscio había sido alcanzada en 1500, cuando Diogo Dias, uno de los nautas de la escuadra de Pedro Alvares Cabral llegó frente a la tierra que el piloto de Vasco da Gama ya definiera como «la ciudad muy grande y de casas de varias plantas» [124]. Penetró después en el Mar Rojo, siendo el primer navegante que llegó a la costa de Arabia en viaje directo desde el cabo de Buena Esperanza.

En la costa meridional de Arabia poseyeron los portugueses dos factorías en Mascate y Calaiate, que dependían del rey de Ormuz para el ejercicio del comercio. La provisión de los cargos se hacía en Lisboa, por un lapso de tres años, en beneficio de los militares que prestaban servicio en Oriente. Enfrente de la isla de Ormuz, en el territorio de Persia, se erguía la comarca de Magostao, donde el virrey don Luís de Ataíde estableció, en 1570, una capitanía en la persona de João de Quadros, hombre noble y buen soldado. Para custodiar el estrecho de Ormuz, a causa de los corsarios moros que infestaban la región, fue creada una capitanía mayor de las galeras, reservándose el nombramiento para quien se hubiese destacado en la defensa del Estado de la India. En el año 1582 ejercía el cargo Manuel da Silva, a quien Felipe II nombró también como factor y capitán de Mangalore [125]. Pero

XII, pp. 28-33. Gaspar Correia, *Lendas da India,* vol. I, Oporto, 1975, caps. XIV-XV, pp. 42-63.

[123] Véase *supra,* cap. IV, nota 47.

[124] *Roteiro da Primeira Viagem de Vasco da Gama,* p. 78.

[125] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India,* pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folio 37v.°.

importa señalar que las dos factorías de la región de Ormuz fueron perdiendo su importancia desde mediados del siglo XVI.

La isla de Madagascar, a que ya hacía referencia Marco Polo como «una de las mayores y más ricas que son en el mundo» [126], fue encontrada por los portugueses en el año 1505. En ella había hecho escala Diogo Dias, miembro de la flota de Pedro Alvares Cabral, que se desvió del rumbo a la altura del Cabo de Buena Esperanza y prosiguió su loco recorrido hasta Mogadiscio [127]. Fue entonces bautizada como isla de San Lourenço, lo que permite asegurar que el encuentro con la tierra se produjo el día 10 de agosto. Se reconoció después que la isla, de ser necesario, podía ser rodeada en los viajes hacia la India, evitando así el abordaje por los puertos del África Oriental. Fernão Soares fue el primer marino que siguió ese rumbo en 1505, pero sin proceder a ningún tipo de reconocimiento. En la flota anual de 1510 iba João Serrão con órdenes de establecerse en la isla, lo que no pudo entonces concretar. El descubrimiento sólo se dio tres años después, «para establecer trato y factoría», con los capitanes Luís Figueira y el francés Louis Eanes [128]. El nombre de Madagascar acabó por imponerse al topónimo de origen portugués, lo que se justifica por la débil implantación del Estado de la India en la gran isla del océano Índico.

De la isla de Taprobana al emporio de Malaca

Desde la instalación en Malabar, la Corona portuguesa comprendió que aquella región no era el verdadero centro productor de especias, sino sólo un importante punto de su distribución. La llamada «ruta del clavo y de la pimienta» se situaba en el extremo oriental de Asia, ligando el archipiélago de las Molucas con el emporio comercial de Malaca. Para llegar a esos parajes había que cruzar el canal de las Maldivas, entre el archipiélago del mismo nombre y el Cabo Comorin, que era el límite sur de la península del Indostán. A la exploración de los nautas se abrían entonces dos caminos marítimos. El primero con-

[126] *Marco Polo,* pub. Francisco Maria Esteves Pereira, Lisboa, 1922, libro tercero, cap. XXXIX.

[127] Damião Peres, *Históra dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, p. 459.

[128] *Idem, ibidem,* pp. 459-460.

ducía a la isla de Ceilán, que permitía el acceso a la costa de Coromandel y a la zona norte del golfo de Bengala. El segundo trayecto suponía la navegación directa hacia la isla de Sumatra, que abría las puertas de Indonesia.

Al norte de esa isla, que pertenecía al reino de Achén, se situaba el estrecho de Malaca, principal camino para el tráfico de las especias del Extremo Oriente, teniendo por cabeza la ciudad del mismo nombre [129].

Ante tan extenso espacio geográfico, no tardaron los portugueses en organizar viajes de reconocimiento para el posterior dominio de las tierras y mares que conducían a las Molucas. En la misma época en que se fijaban los fundamentos del Estado de la India, era más que evidente que la corona portuguesa no disponía de medios humanos y navales para emprender de inmediato esa penetración marítima. Añádase que la política de don Manuel I buscaba entonces el dominio del Mar Rojo para la liberación de los Santos Lugares [130]. Fue después del primer viaje de Afonso de Albuquerque cuando se comprobó la urgencia de dominar la ruta de las especias, con el fin de garantizar el aprovisionamiento de las escuadras anuales que iban de Lisboa a Malabar. Ese objetivo, no obstante, no podía realizarse simultáneamente a los dos trayectos que tenían inicio en las Maldivas, por lo que el de la costa de Coromandel se volvió subsidiario del que llevó, en 1511, a la conquista de Malaca.

El archipiélago de las Maldivas no justificaba la creación de una factoría, por ser sólo un punto estratégico para la defensa del sur del Indostán. En la principal isla se fabricaba un cordaje que se hizo necesario como pertrecho de los navíos que allí se recogían en los viajes de regreso a Malabar. En 1518, por orden del gobernador Lopo Soares de Albergaria, estuvo en las Maldivas un tal João Gomes, apodado «el huele dinero», para construir una fortaleza. Pero, viendo mejor el lugar, entendió que bastaba con una factoría para el trato a establecer. Esa decisión acabó por ser fatal, pues con ocho compañeros más fue atacado por naves de moros de Cambay. Escribe a propósito el cronista Fernão Lopes de Castanheda: «y después de muertos robaron los mo-

[129] Castanheda, *História*, libro II, cap. CXII, pp. 458-460.
[130] Véase *supra*, cap. III, nota 140.

ros la factoría y se llevaron todo sin que el rey de la tierra osase resistir por no haber gente ni pelea» [131].

La isla de Ceilán fue la primera tierra con la que los portugueses establecieron contacto en su marcha hacia Insulindia. Quedaba enfrente de la tierra firme de Coromandel, separada por un estrecho con muchos bancos de arena que eran un serio obstáculo para la navegación. Una descripción de la tierra menciona: «Tiene esta isla trescientas leguas y es una de las más ricas y más abastadas tierras del mundo» [132]. El imaginario del tiempo la describía con el nombre de Taprobana, palabra de origen griego que se cree la traducción de «país del estío» [133]. La palabra estuvo muy en boga en el siglo XVI, debiéndose al poeta Camõens una amplia difusión del étimo en el poema *Os Lusíadas* [134]. La designación de «La noble isla también de Taprobana» no puede referirse más que a la isla de Ceilán, como se deduce de la oración del doctor Diogo Pacheco al papa León X del 24 de marzo de 1514: «la famosa Taprobana, que otrora se creía que era otro mundo, muchos siglos antes desconocida y no menos buscada que célebre, nos es ahora familiar» [135].

Rica en la producción de canela y de frutas silvestres, la isla de Ceilán poseía también un subsuelo abundante en metales, sin hablar de la extracción de rubíes, zafiros, topacios y otras piedras preciosas que se hacía en su canal. Era también famosa por sus elefantes, que la India codiciaba para muchos servicios de la guerra y de la paz [136]. La principal ciudad tenía el nombre de Colombo y constituía un buen emporio naval por donde pasaba la navegación del Extremo Oriente con destino al golfo de Bengala y a Malabar. Se comprende así que el virrey don Francisco de Almeida hubiese enviado a su hijo Lourenço, en 1506, a la isla de Ceilán, para conseguir del rey local la promesa de una carga anual de 300 arrates de canela. Fue también autorizado a

[131] Castanheda, *História*, libro V, cap. IX, pp. 13-14.

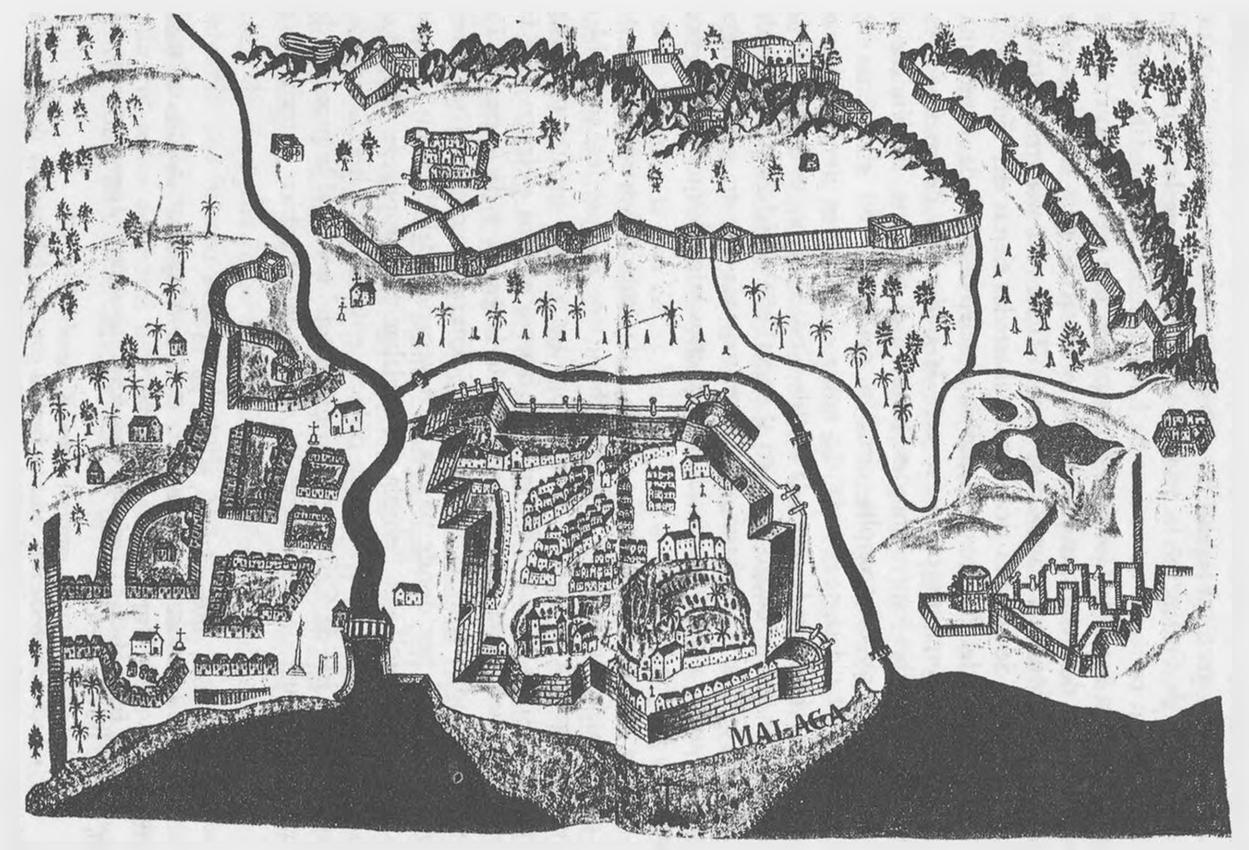
[132] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 49-49v.°.

[133] José Pedro Machado, *Dicionário Onomástico, Etimológico da Língua Portuguesa*, vol. III, Lisboa, 1984, p. 1384.

[134] *Os Lusíadas*, canto I, estrofa 1, canto X, estrofas 51 y 107.

[135] «Oração de obediência», edición facsímil con nota bibliográfica de Martim de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses, Lisboa, 1988, p. 27.

[136] Castanheda, *História*, libro II, cap. XXII, pp. 258-261.



Malaca, según Pedro Barreto de Resende, en el *Livro das Plantas de Todas as Fortalezas, Cidades e Povoaçoes do Estado da India Oriental* de António Bocarro, 1635. Biblioteca Pública y Archivo Distrital de Évora.

construir una factoría en la capital y una capilla consagrada a San Lorenzo [137]. Pero la construcción de la fortaleza no se concretó hasta 1518, en el gobierno de Lopo Soares de Albergaria, y acabó siendo una de las más poderosas del continente asiático. Sobre la importancia del puerto al que la fortaleza servía de apoyo, dice el tratadista de 1613: «Demandan esta punta todos los navíos que vienen de Malaca, de China, Maluku, Pegu, Bengala y de todas las demás partes del sur» [138].

El Estado portugués de la India reconocía en la fortaleza de Ceilán uno de los puntos vitales de su permanencia en Oriente, por lo que la corona no ahorró esfuerzos financieros para dotarla de una buena guarnición y de material de guerra. Pero en el término de casi siglo y medio de presencia en Colombo, no pudo aquel bastión evitar el prolongado asedio de los holandeses que llevó a su rendición el 12 de mayo de 1656 [139]. La isla estaba constituida por tres reinos: el de Cota, el más importante, y los de Candes y Jafanapatán. Fue en éste, situado al norte de Ceilán, donde los portugueses construyeron una fortaleza por orden del virrey don Constantino de Bragança. Las relaciones entre las dos Coronas habían sido excelentes desde que don Lourenço de Almeida aportara en la isla en 1506. Sin embargo, la obra misionera de los padres jesuitas, alrededor de 1545, llevó al rey local a hostilizar a los portugueses. Tal situación se agravó en los años siguientes, obligando a aquel virrey a atacar Jafanapatán en el año 1561. La fortaleza que entonces se construyó estaba destinada a salvaguardar la obra misionera en marcha y a proteger el comercio luso con el reino de Manar [140].

En lo que respecta a la costa de Coromandel, se impone mencionar la importancia de Meliapur como puerto comercial muy visitado por la navegación de Malabar y de Insulindia. Los portugueses lo llamaban São Tomé, para mantener la tradición de que el apóstol homónimo había vivido y estaba sepultado allí [141]. Era grande el número

[137] Benjamim Videira Pires, «Ceilão, Ilha de»: *Verbo. Enciclopédia Luso-Brasileira de Cultura*, vol. 4, cols. 1697-1704.

[138] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Coroa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folio 50v.°.

[139] M. A. Hedwig Fitzler, *O Cerco de Columbo*, Coimbra, 1928.

[140] Jaime Cortesão, «O Império Português no Oriente», *Obras Completas*, XV, Lisboa, 1968, pp. 168-169.

[141] *Jornada do Arcebispo de Goa Dom Frey Aleixo de Menezes Primaz da India Orien-*

de cristianos que habitaban en aquella región, muchos de ellos por poder dedicarse allí en paz a sus ocupaciones. Por ser un promisorio foco de la irradiación cristiana, el papa Pablo V habría de crear en 1606 una diócesis en Meliapur. Otro punto de la costa recibió una factoría portuguesa, la ciudad de Negapatán, más al sur de la península, que pertenecía al *naique* de Tanjor, vasallo del rey de Bisnaga. Era «un lugar de mucho trato y en que hay mercaderes ricos y la tierra en sí muy sana y fresca y muy fértil en demasía y abundantísima de toda suerte de alimentos» [142]. Aunque no fuese tan importante como Meliapur desde el punto de vista religioso, Negapatán contaba con muchos cristianos entre sus habitantes, lo que aseguraba en Coromandel un buen foco de acción misionera [143].

La navegación hacia el este de la isla de Ceilán, hecha por la línea equinoccial, conducía a la isla de Sumatra, que Alvaro Teles Barreto avistó por equívoco en 1506, pensando que había llegado al Cabo Guardafui. Pero el verdadero abordaje no se produjo hasta finales de agosto de 1508, cuando Diogo Lopes de Sequeira, viajando desde Cochin, fue a poner cerco a Malaca. En la capital del reino de Pedir, el capitán buscó la paz con el monarca local, que le permitió colocar un padrón con las armas del rey de Portugal. Avanzando después hacia el sur, pasó a la ciudad de Pacén, que disponía del mejor puerto de la isla y era rica en la producción de pimienta. También ahí Lopes de Sequeira pudo establecer buenas relaciones, al punto de recibir una carta del soberano para don Manuel I con la promesa de dejar anualmente cargar algunas naves con especias. Si el reino de Menancabo, al sur, era la principal fuente de oro de Sumatra, para lo cual se establecieron las bases de una futura convivencia, más difícil se hizo la relación con el reino de Achén, al norte de la isla, que fue siempre hostil a los portugueses, no permitiendo la construcción de ninguna factoría a la entrada del canal de Malaca [144].

tal, Religioso da Ordem de S. Agostinho, Coimbra, 1606. Nueva edición, con estudio de Joaquim de Oliveira Bragança, Lisboa, 1988.

[142] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folio 53v.°.

[143] Frei Paulo da Trindade, *Conquista Espiritual do Oriente*, pub. Frei Fernando Felix Lopes, 1.ª Parte, Lisboa, 1962, pp. 60-97-221-222; 2.ª Parte, Lisboa, 1964, pp. 114-115-116.

[144] Castanheda, *História*, libro I, cap. CXI, pp. 456-457.

De lo expuesto se concluye que la isla de Sumatra constituía un punto de base para la instalación de los portugueses en Malaca y su posterior expansión por Insulindia. Castanheda la describe como «la mayor y la mejor y la más rica que, por lo que se sabe, se ha descubierto en el mundo». Producía gran cantidad de pimienta y alcanfor, además de benjuí de mejor calidad que el del reino de Pegu [145]. En la parte sur de la isla abundaban los metales, sobre todo las minas de oro que hacían poderoso al reino de Menancabo. Se añadía el valor de los abundantes bosques que daban productos resinosos que se exportaban hacia otras tierras de Oriente. De nada le habría servido a Diogo Lopes de Sequeira apoderarse de Malaca sin disponer de la ayuda de tres de los cuatro reyes de Sumatra. La toma del gran emporio comercial en el año 1511 se hizo así posible gracias al clima de buenas relaciones que el comandante de la flota había podido establecer en 1508. Esa situación habría de favorecer la permanencia en Malaca, como la segunda capital del Oriente portugués [146].

Nunca se repetirá demasiado la importancia de ese puerto, que el mismo cronista definió así:

> Esta ciudad está en la costa de un gran reino llamado Siam, situado en la boca de un pequeño río que allí se mete en el mar en una angra. Está a dos grados de la banda del norte, y tiene muy buen puerto; alrededor hay muchas y buenas frutas, así como uvas que vienen cada cuatro meses, y durianes que parecen alcachofas y del tamaño de grandes cidras: y de tan singular sabor que dice la gente que en aquel sitio pecó Adán.

La ciudad era abundante en toda clase de mercancías, se extendía por más de dos leguas a lo largo del río, siendo el puerto más concu-

[145] Luís Filipe Reis Thomaz, *De Malaca a Pegú. Viagens de um Feitor Português (1512-1515)*, Lisboa, 1966. *Idem, A Viagem de António Correia a Pegú em 1519*, Centro de Estudos de Cratografia Antiga-XCVI, Lisboa, 1976.

[146] «Del rey de Sumatra haréis lo que queráis; y todos los reyes de la India así están asombrados y anonadados por la hazaña de Malaca», se lee en la carta de Afonso de Albuquerque al rey don Manuel, Cannanore, 30 de noviembre de 1513, pub. A. Basilio de Sa, *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente-Insulíndia*, vol. I (1506-1549), Lisboa, 1954, p. 39, n.° 7.

rrido del Asia Oriental [147]. Cuarenta años después, el tratadista de las ciudades y fortalezas portuguesas de India podía añadir:

> La principal sustancia del comercio de la India consiste en la navegación que se hace de ella hacia las regiones del sur, porque en ella están todas las más ricas e importantes mercancías que en el mundo se conocen /.../, de lo que resulta ser esta ciudad la mayor y más rica escala del mundo, en que mayor concurso y trato hay de toda suerte de mercancías» [148].

Portugal en Insulindia

A partir del estrecho de Malaca se abrían varias rutas hacia Extremo Oriente que los portugueses no tardaron en descubrir [149]. La primera era la de la isla de Java, a la que se accedía por medio del estrecho de la Sonda. De allí llegaban constantemente las embarcaciones llamadas juncos a Malaca, con provisiones y material de guerra, que Castanheda describía así: «lanzas, azagayas, espadas, terciados /.../ y todo de muy fino acero y labrado de ataujía», obra de los maestros de la armería que vivían en la tierra [150]. También en 1511 Diogo Lopes de Sequeira intentó entrar en contacto con el reino de Java, donde la mayor parte de la población era islámica. Nunca fue posible establecer una alianza política ni conseguir la edificación de una fortaleza, aunque los portugueses podrían más tarde construir factorías [151]. Las relaciones con Java fueron casi siempre de interés comercial, lo que llevó a que ciertas palabras y expresiones lusas fuesen absorbidas por los dialectos locales [152].

[147] Castanheda, *Historia*, libro II, cap. CXLII, pp. 458-460.

[148] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folio 57v.º.

[149] Luís Filipe Reis Thomaz, «Maluco e Malaca: A Viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas», Centro de Estudos de Cartografia Antiga, n.º 16, Lisboa, 1975, pp. 29-48. *Idem, Nina Chatu e o Comércio Português em Malaca*, Centro de Estudos da Marinha, Lisboa, 1976.

[150] Castanheda, *Historia*, libro II, cap. CXII, p. 459.

[151] João de Barros, *Asia*, Década II, libro IX, cap. IV, pp. 400-402.

[152] Sebastião Rodolfo Dalgado, *Influência do Vocabulário Português em Línguas Asiá-*

Entre la península de Malasia y el reino de la Cochinchina estaba el golfo de Siam, al norte y al oriente del cual se extendía el reino del mismo nombre, que corresponde a la actual Thailandia. Poco antes de la conquista de Malaca, Diogo Lopes de Sequeira reconoció la ventaja de enviar un mensajero a Dudia, capital de Siam, para dar a conocer al rey local los grandes objetivos de la expansión portuguesa en Oriente. Además de los deseos del gobernador «de tenerlo como amigo», la propuesta de alianza aspiraba a la obtención de víveres de aquel reino, en caso de necesidad [153]. Tampoco estaban lejos del pensamiento de Lopes de Sequeira los fines espirituales, por ser el monarca de religión pagana, lo que abría las puertas a una futura acción evangelizadora [154]. Fue así como, a mediados de 1510, aprovechando el regreso a Insulindia de un junco de chinos que había ido a Malaca, el capitán mayor envió un emisario a Siam. Se ignora su nombre, aunque es seguro que hablaba la lengua de aquel reino y que se hizo acompañar por António de Miranda, Duarte Coelho y otros portugueses [155].

La recepción brindada fue deslumbrante, como lo prueba una información enviada al gobernador Afonso de Albuquerque: «/El rey de Pegú/ en su reino recibe a vuestra gente que llega de Malaca; son llevados en andas cubiertos de paños de oro y les da grandes dádivas; de esta manera son recibidos vuestros hombres por el rey de Siam» [156]. Cuenta otra fuente contemporánea que «Siam es tierra grande, el rey es generoso (?); hay en su tierra laca, benjuí, brasil, gran abundancia

ticas, 2.ª ed., Lisboa, 1989, pp. 229-232. Luís Filipe Reis Thomaz, «L'influence du Malais dans le vocabulaire portugais»: *Papers from the III European Colloquium on Malay and Indonesian Studies* (Nápoles, 2-4 junio 1981), Istituto Universitario Orientale, Napoli, 1988, pp. 251-365.

[153] Castanheda, *História*, libro III, cap. LVII, p. 145.

[154] Regimiento de Diogo Lopes de Sequeira, 12 de febrero de 1508, pub. António da Silva Rego, *Documentaçao para a História das Missões do Padroado Português do oriente. India*, vol. I (1499-1522), Lisboa, 1947: «En todas las tierras a que llegaréis, preguntaréis por cristianos, o si hay nuevas de ellos, y así por todas las cosas del trato... y si son cristianos, si paganos, o si es grande tierra la suya, y si tienen más de un rey, entre ellos moros o alguna otra gente que no viva en su ley o creencia y, si no son cristianos, en qué creen o a qué adoran, y qué costumbres guardan, y hacia qué parte se extiende su tierra y con quién confinan».

[155] Castanheda, *História*, libro III, cap. LVII, p. 145.

[156] Carta de Afonso de Albuquerque al rey don Manuel, Cannanore, 30 de noviembre de 1513, pub. Artur Basilio de Sa, *Documentaçao para la História das Missões do Padroado Português do Oriente. Insulíndia*, vol. I, p. 39, n.º 7.

de arroz. Hace muchos años que navegaron en Malaca /.../, son nuestros amigos, han aceptado la paz» [157]. Se deduce así que Sequeira quiso aprovechar la enemistad de Malaca con Siam a fin de obtener la alianza de este reino. Lo cierto es que la misión portuguesa volvió con una carta para el rey don Manuel y con muchos regalos: anillos, cofrecitos y armas de oro, así como ajorcas con pedrería [158]. El rey de Siam se mostró feliz con la conquista de Malaca por los portugueses y envió en 1513 una embajada al capitán local, que se refiere a la misma en los siguientes términos: «cuando llegaron se les hizo mucha honra, gran recibimiento de gente, y la fortaleza disparó toda la artillería gruesa y menuda...» [159].

El archipiélago de las Molucas fue alcanzado en 1512, cuando una expedición salida de Malaca fue en busca de la fuente de las especias. Estaba dirigida por António de Abreu y Francisco Serrão, el primero de los cuales siguió en dirección a Banda y el segundo hacia Ternate. Se consideraba esta isla, junto con Tidor, uno de los grandes puertos exportadores de clavo que las islas de Maluku producían en abundancia. Aunque en menor escala, también los puertos de Montil, Makian y Bacan eran utilizados para cargamento de las especias [160]. El tratadista mencionado escribe a ese respecto: «En esas islas nace el clavo, que por todo el mundo circula y tan celebrado es en todas las partes de él». Poco después, la Corona de Portugal reservaba para ella el trato de las drogas y comercio de las islas de Banda y de Maluñu [161], prohibiendo con graves penas a cualquier persona que hiciese rescate en las dos islas. Eran las vísperas de un grave conflicto entre las dos Coronas hispánicas, por defender ambas la posesión de las Molucas dentro del meridiano que se había fijado en Tordesillas [162].

[157] Carta de Rui de Brito Patalim al mismo. Malaca, 6 de enero de 1514, pub. idem, *Documentação, Insulíndia*, vol. I, p. 67, n.° 9.

[158] Castanheda, *História*, libro III, cap. LXII, pp. 156-158.

[159] *Idem, ibidem*, pp. 157-158: «El gobernador hizo mucha honra al embajador del rey de Siam, & oyóle su embajada, & por no ser hora de irse a su tierra no lo despachó enseguida: así hizo mucha honra a los capitanes chinos a los que hizo merced en nombre del rey su señor».

[160] «Carta de Rui Gago al rey don Manuel, Molucas, 15 de febrero de 1523», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação, Insulíndia*, vol. I, pp. 169-170, n.° 21.

[161] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India*, pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 62-62v.°.

[162] Véase *supra*, cap. III.

La isla de Ternate, frente a la gran isla de Jailolo, era el principal centro de producción de clavo. Los portugueses intentaron construir allí una factoría, lo que se enfrentó con la hostilidad del rey local, que favorecía el interés de los mercaderes castellanos. En el año 1520 salió de Lisboa el capitán Jorge de Brito, que llevaba el encargo de construir en Ternate la deseada factoría, lo que entonces no se pudo concretar. Se prefirió en cambio construir una fortaleza en la isla de Ambon, en el mar de Seram, situada entre los mares de Seram y de Banda. Era un punto estratégico para acceder a las Molucas y producía mucho clavo, aunque menos limpio y de inferior calidad al de las islas Molucas [163]. El capitán Sancho de Vasconcelos fue encargado de construir la mencionada fortaleza y al año siguiente, acompañado por Martim Afonso de Melo Coutinho, capitán de galeón de los viajes de Banda, siguió hacia Tidor, una pequeña isla a seis leguas al sur de Ternate, que también producía clavo [164].

La Corona portuguesa quería impedir así que el rey de Ternate extendiese su poderío a aquella isla. Por no disponer de tiempo, los dos capitanes construyeron una pequeña fortaleza, en un otero que dominaba la capital de la isla, dotándola de baluartes en tierra y en barro. Tal solución llegó para la defensa inmediata de Tidor y para asegurar el cargamento de las especias. Más tarde llegó a reconocerse que la isla no tenía una producción equivalente a la de las otras cuatro islas del archipiélago [165]. Como los mercaderes de Castilla querían apoderarse del comercio de Ternate, la única solución para la corona portuguesa residía en intentar de nuevo la construcción de una fortaleza en la principal isla del clavo. Tuvo inicio la tarea el 24 de junio de 1522, realizándola António de Brito. El capitán de Malaca, Jorge de Albuquerque, podía entonces informar al rey de Portugal: «Pido a Vuestra Alteza, otra vez, que mande mirar y defender esta vuestra tierra de Ternate y a mí mande proteger, por cuanto soy mozo y huérfano» [166]. Y el capitán António de Brito era más preciso en cuanto al valor de Ter-

[163] *Livro das Cidades e Fortalezas,* folio 79.

[164] *Livro das Cidades e Fortalezas,* folios 65v.º-66.

[165] *A Suma Oriental de Tomé Pires e o Livro de Francisco Rodrigues.* Lectura y notas de Armando Cortesão, Coimbra, 1978, pp. 81-88 y 103-127.

[166] «Carta de Malaca, 28 de agosto de 1552», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação, Insulíndia,* vol. I, pp. 126-127, n.º 18.

nate: «Esta isla es la mayor y más principal de Maluku /.../ Si las otras dan mil bares *, da ésta dos mil» [167].

Tratando de los archipiélagos de Insulindia, corresponde mencionar por fin el descubrimiento de la isla de Timor, que hasta nuestro tiempo quedó políticamente ligada a Portugal. Para el hallazgo de la tierra suele hablarse de una fecha anterior a 1512, dado que en los mapas de Francisco Rodrigues, de ese mismo año, se señala un contorno muy semejante al de Timor [168]. La coincidencia no ha de asombrar si se tiene en consideración el relieve de otras islas del grupo indonesio que presentan una configuración casi idéntica. Lo cierto es que el primer viaje organizado a la región de las Pequeñas Sondas no tuvo lugar antes de 1514. Ese año Rui de Brito Patalim, capitán mayor de Malaca, escribía al gobernador del Estado de la India: «A Timor quisiera mandar, y por no tener junco, no han ido esta vez allá; pero el año que plazca a Nuestro Señor irán allá para traer sándalo; es muy buena navegación» [169]. Si hubo un abordaje anterior de la isla, lo que no se desmiente, el descubrimiento oficial sólo puede ser probado en 1515.

Incluso en una carta del 6 de enero de 1514, esta vez al rey don Manuel, el mismo capitán escribía: «Timor es una isla más allá de Java, tiene mucho sándalo, mucha miel, mucha cera /.../; es isla grande, de bárbaros; por no haber juncos, no han ido allá» [170]. Sin mencionar el nombre del capitán o marinero que aportó en Timor, el nuevo capitán de Malaca, Jorge de Albuquerque, deja entender a comienzos de 1515 que la isla había sido encontrada [171]. Pero tres años después no habían sido aún descubiertas las islas de alrededor de Timor: «el sándalo que hay viene de otras islas, junto con Timor, que aún no hemos descu-

* El *bar* es una unidad de peso indio que oscila, según las regiones, entre 141 y 330 kilos *(N. del T.)*.

167 «Carta al mismo, Ternate, 11 de febrero de 1523», pub. *idem, ibidem*, vol. I, pp. 132-135, n.º 20.

168 *Portugalia Monumenta Cartographica*, ed. Armando Cortesão y A. Teixeira da Mota, Lisboa, 1960, vol. I, estampas 35-36.

169 «Carta de Rui de Brito Patalim a Afonso de Albuquerque, Malaca, 6 de enero de 1514», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação, Insulíndia*, vol. I, p. 41, n.º 8.

170 Pub. *idem, ibidem*, vol. I, p. 54, n.º 8.

171 «Carta al rey don Manuel, Malaca, 8 de enero de 1515», pub. *idem, ibidem*, vol. I, p. 76, n.º 10.

bierto»[172]. Son constantes las referencias a la madera de sándalo que se conservan en la documentación coetánea, lo que demuestra la riqueza comercial que era posible extraer de la isla. Luís de Camõens no dejó de mencionar el hecho al considerar «allí también Timor, que el leño manda/ el sándalo saludable y oloroso»[173].

La isla sirvió también como uno de los polos de la evangelización de Oriente. En 1556 abrieron los dominicos una casa religiosa en Timor, repitiendo la fundación que, hacía poco, habían hecho en Malaca. El primer misionero fue el padre António Taveira, que allí se trasladó en una misión religiosa que tenía que ver con la creación, en 1558, de la diócesis de Malaca[174]. Cinco años después de la llegada de Taveira, cuatro padres más de Santo Domingo fueron hacia Timor con el objetivo de construir el primer convento, teniendo en él un papel importante fray António da Cruz. Había profesado en 1551 en el convento de Santo Domingo de Lisboa, había sido subprior en el de Santarém (1552) y prior en el de Abrantes (1554). Se dirigió a Oriente en 1556 y regresó como simple fraile al monasterio de Batalha, en 1573[175]. La evangelización se extendió, después de 1566, a la isla de Solor, donde la acción del mismo dominico ayudó a cristianizar a un gran número de indios. Timor permanecería como uno de los espacios de ultramar donde la vinculación con Portugal, por medio del apostolado religioso, se mantuvo a lo largo de los siglos con un sentimiento más profundo.

El descubrimiento portugués de Australia

La historiografía portuguesa dispone de algunas pruebas para demostrar el descubrimiento del norte de Australia entre los años 1520 y 1529. Aunque no hay dudas de que la isla de Timor fue reconocida,

[172] «Carta al rey don Manuel, Malaca, 20 de agosto de 1518», pub. *idem, ibidem,* vol. I, pp. 105-106, n.º 12.

[173] *Os Lusíadas,* canto X, estrofa 134.

[174] Artur Teodoro de Matos, *Timor Portugués. 1515-1769. Contribuiçao para a sua História,* Instituto Histórico Infante don Henrique, Lisboa, 1974, pp. 41-42.

[175] Frei António do Rosario, *Dominicanos en Portugal. Repertório do Século XVI,* Oporto, 1991, p. 118, n.º 898.

en 1515, en uno o más viajes de António de Abreu, se acepta que los nautas lusos habrían avanzado después hacia el sur en busca de nuevas tierras. Lo hacían con las debidas precauciones, por discutirse en ese entonces la línea del contrameridiano de Tordesillas, lo que obligaba a la navegación a seguir en la dirección austral. Por tal motivo, se habría alcanzado un punto de la costa noroeste de Australia que, según se cree, debe de haber sido la isla de Depuch. Esa corriente se fundamenta en la escuela cartográfica de Dieppe y acepta que Jean Parmentier fue a Sumatra en 1529 en compañía de varios portugueses. Supo allí del descubrimiento de la gran isla y pronto registró en su mapa los puntos invocados, lo que llevó a Nicolas Desliens (1541), Nicolas Vaillart (1545) y otros cartógrafos de la misma escuela a documentar la prioridad del descubrimiento portugués [176].

Algunos datos hacen posible revelar el nombre de los posibles descubridores y el año seguro o aproximado de sus viajes. Fernão Lopes de Castanheda registra que una fusta con 25 hombres se dirigió, en julio de 1525, de Ternate a las Célebes. Después de un viaje accidentado y que hizo perder el rumbo a la embarcación, en septiembre arribaron a una «tierra muy lozana de árboles en que había muchos cocos e higos como los de la India y ñames. Y así había muchas gallinas y algunas cabras, y era muy fresca de aguas y muy buenas y daba algunas legumbres». Habiendo sido bien acogidos por los indígenas, se admiraron los portugueses de que fuera «la isla tan sana que no había allí ningún enfermo ni lisiado y había muchos viejos», reparando también en que «la gente tenía embarcaciones en que pescaban, y navegaban a lo largo de la isla, y cortaban la madera con los huesos de los peces». Cuatro meses se quedaron los navegantes en ese lugar, creyendo entender por las señas de los nativos que «había mucho oro al poniente de esta isla». Y en enero de 1526 dejaban la tierra hospitalaria para regresar a Maluku [177].

No menciona Castanheda el nombre del posible descubridor, información que ya se encuentra en João de Barros y en António Galvão. El primer cronista lo identifica como Gomes de Sequeira, el pi-

[176] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, pp. 476-477. Es útil la lectura de la obra de Kenneth Gordon Mc Intre, *A Descoberta Secreta da Austrália,* Fundação Oriente, Centro de Estudos Marítimos, Macau, 1989.

[177] Castanheda, *História,* libro VI, cap. CXXVII, p. 353.

loto de la flota: «Y se fueron de allí el veinte de enero de 1526 dando a entender a aquella gente que volverían, y todos mostraron sentir su partida» [178]. Más explícito, el historiador António Galvão atribuye el descubrimiento al navío del que era capitán Diogo da Rocha: «le pusieron de nombre a las islas Gomez de Sequeira por ser el primer piloto que las descubrió, de donde se volvieron a la fortaleza rodeando la isla de Batachina (Jailolo)» [179]. Y tratando después del viaje de 1542 de don António de Mendonça, virrey de Nueva España, a las islas de Mindanao, Cebú y Nata, el autor del *Tratado del descubrimiento* informa que avistaron entonces «las islas que Diogo da Rocha y Gomez de Sequeira descubrieron» [180]. Ello significa que la tradición de la hazaña de 1529 no se había perdido trece años después.

La tesis en favor de la prioridad de Gomes de Sequeira en el descubrimiento de Australia encontró defensores en la historiografía británica y portuguesa [181]. Pero el historiador Armando Cortesão, que considera que en ese viaje se llegó a la isla de Palau y no al norte de Australia, tomó una posición distinta [182]. El viaje fue realizado en 1522 por el capitán Cristóvão de Mendonça, que salió de Lisboa en la armada de 1519 y dos años después se encontraba en el puerto de Pedir, en la isla de Sumatra, en servicio de apoyo a las armadas del Índico. El gobernador Lopes de Sequeira lo envió, en mayo de 1522, a descubrir la isla del Oro [183]. No resulta posible atestiguar el viaje de Mendonça, pero Cortesão afirma: «no hay motivos para dudar de que él siguió, de hecho, al descubrimiento que le había sido encargado por el rey y por el gobernador general». Sucede, de todos modos, que la indicación de «Isla del Oro» no alude concretamente a Australia, lo que

[178] João de Barros, *Asia,* Década III, libro 10, cap. V, pp. 519-522.

[179] *Tratado dos Descobrimentos,* 3.ª ed., Oporto, 1945, p. 219.

[180] *Idem, ibidem,* pp. 274-275.

[181] Major, *O descobrimento da Austrália pe los Portugueses em 1601,* trad. portuguesa, Lisboa, 1863. Edgar Prestage, *Descobridores Portugueses,* Oporto, 1934. Gago Coutinho, «Portugueses no Descobrimento da Austrália»: *Boletim da Sociedade de Geografia,* 57.ª serie (Lisboa), 1939, pp. 3-43. Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, pp. 476-478.

[182] «A Expansão Portuguesa a través do Pacífico (Australásia, Macau, Japão)»: *História da Expansão Portuguesa no Mundo,* vol. II, Lisboa, 1939, pp. 151 y ss.

[183] «Relação dos navios que servem na India, 11 de Maio de 1522», pub. *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Central,* vol. VI (1519-1537), Lisboa, 1969, pp. 96 y 100.

no invalida que se pueda referir a la parte norte y, en especial, a la isla de Depuch.

La penetración de los holandeses en Insulindia se produjo desde comienzos del siglo XVII e hizo olvidar la tradición de la prioridad portuguesa. Los viajes de Janszon llevaron al supuesto descubrimiento del Cabo de York, donde Luís Vaz de Torres había llegado pocos meses antes, y después a la entrada en el Golfo de Carpentaria. En el año 1619 Houtman y d'Eddel ya no tenían duda de que estaban ante un nuevo continente [184]. Más tarde se produjo el reconocimiento de la costa meridional de Australia, correspondiéndole al holandés Tasman descubrir la isla de Tasmania y a continuación Nueva Zelandia y Nueva Guinea [185]. Esa continua infiltración en el mundo austral sólo se hizo posible por dos razones: la primera, por no disponer el Estado portugués de la India de medios humanos y navales para impedir el ataque de los flamencos a las posesiones marítimas y a las líneas comerciales de Insulindia. La segunda causa puede atribuirse a la corona española, más interesada en fortalecer su poderío en las Américas y no dispuesta a comprometerse en las vicisitudes del dominio portugués en Oriente [186].

Corresponde decir, no obstante, que fueron dos navegantes portugueses al servicio de España quienes efectuaron los primeros viajes del siglo XVIII que llevaron al reconocimiento de Australia. Pedro Fernandes de Queirós y Luís Vaz de Torres salieron de El Callao, en el reino del Perú, el 21 de diciembre de 1615, tomando la dirección del suroeste que los llevó a las Nuevas Hébridas. No es de creer que hubiesen avistado entonces el suelo australiano, pues se sabe que volvieron entretanto a Nueva España. Al año siguiente le tocaba a Luís de Torres ir en la flota de don Diogo do Prado y Tovar con destino a Oceanía. A él le correspondió descubrir el estrecho que queda entre Nueva Guinea y la tierra al sur, en los primeros días de octubre de

[184] Domingos Mauricio Gomes dos Santos, «Para a História da interferência portuguesa no descobrimento da Austrália»: *XIII Congresso Luso-Espanhol para o Progresso das Ciências,* tomo VIII, Lisboa, 1950, pp. 203 y ss.

[185] Amâncio Landin Carrasco, *Islario Español del Pacífico,* Madrid, 1984, pp. 87 y 106.

[186] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal,* vol. IV (1580-1640), Lisboa, 1979, pp. 153 y ss.

1606. El estrecho pasaría a llamarse de Torres y la tierra que avistaron y donde posiblemente desembarcaron era la península de Yorke [187]. El descubrimiento hispánico se anticipó así en algunos meses al que fue emprendido por Willen Janszoon. Sin embargo, la tesis de la prioridad del hallazgo de Australia no por ello fue olvidada.

Como resultado de una investigación de veinticinco años, el profesor Carl Von Brandestein defendió hace poco el hecho de que los portugueses fueron los primeros en llegar al mismo continente en la década de 1520. Su tesis se apoya en datos lingüísticos y arqueológicos que recogió en las tribus de los Ngarluma, de los Karrieras y de los Pandfima, que vivían en la costa entre el archipiélago Dampier y la desembocadura del De Gruy. El historiador se encontró con la existencia de términos y modos de expresión de estructura portuguesa. Palabras como *thatharuga* («tartaruga», tortuga), *thama* («chama», llama), *t'inda* («cinza», ceniza), *monta* (monte), *xalu* (mal), *tardari* (tardar), en un total de 60, serían prueba bastante para aceptar, antes de la llegada de los holandeses, la convivencia de los nautas lusos con los aborígenes. Von Brandestein se impresionó también, en el contacto que mantuvo con algunas tribus, por la manera de construir las frases, con tendencia al empleo de la voz pasiva. Como ejemplo, apunta el equivalente a «yo soy comprendido por ti». Este dato sería suficiente para aceptar una influencia lingüística de acentuada tradición portuguesa [188].

Pero no parecen ser menos concluyentes los argumentos de orden arqueológico en que se fundamenta el historiador. Admite, como mera hipótesis, que se habría producido el naufragio de un barco portugués que llevó a los tripulantes a buscar refugio entre aquellas tribus del norte australiano. No indica ninguna fecha para tal hecho, lo que no invalida completamente la hipótesis de Van Brandestein. Éste quedó impresionado por la existencia de balas de granito que los aborígenes habían escondido y que todo parece indicar que provenían de la isla de Depuch y eran balas de cañón. Los nativos las llamaban *ngaru* (disparar) y *pungku* (aplastar), para dar el sentido de medios de destrucción

[187] Amâncio Landin Carrasco, *Islario*, pp. 39-43.

[188] C. G. Von Brandestein, «Os Primeiros Europeus a chegar à costa occidental da Austrália»: *Boletim do Museu e Centro de Estudos Marítimos de Macau*, n.° 3 (1990), pp. 169-189. En el texto inglés, pp. 189-206.

de acuerdo con su culto tradicional. Sólo una larga sedimentación de ideas y prácticas, recibidas de la convivencia con personas de otra cultura, podría explicar tamaña herencia secular que el historiador americano no duda en atribuir a los portugueses que vivieron al norte de Australia.

Camino del Imperio de China

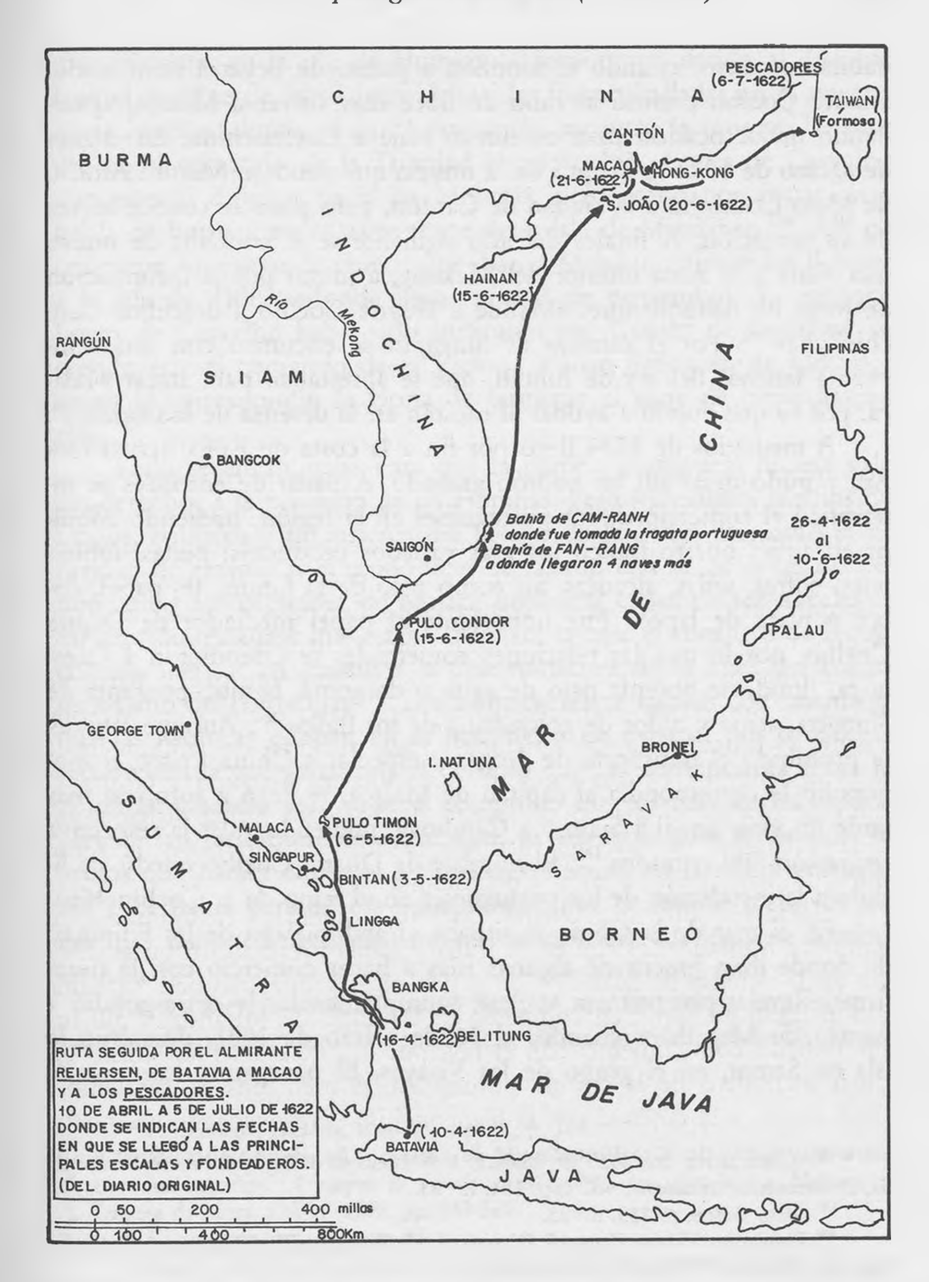
Superado el golfo de Siam, se abría hacia Oriente el reino de Camboya, en la extensa península ya entonces conocida como Cochinchina. Muchos juncos de aquella zona de Asia oriental llegaban con frecuencia a Malaca. Desde el año 1515 Jorge de Albuquerque, capitán mayor de esta ciudad, sintió la necesidad de extender el comercio portugués a una región que, para el imaginario de los portugueses, constituía la verdadera puerta de China. En carta a Afonso de Albuquerque declaraba: «toda la Ymdea, todo Bengalla, el reino de Pegu tienen necesidad de las mercancías que vienen de China y Quachynchyna, Syon, Lequios...» [189]. Era noción corriente que, a partir de la isla de Borneo, no resultaba difícil llegar hasta el delta del Mekong y subir el litoral de la Cochinchina y, más al norte, de Tonkín. En la flota que llevaba Fernão Peres de Ambrade en dirección a China [190], salió de Malaca el día 15 de agosto de 1516 un junco dirigido por Duarte Coelho que recibió instrucciones del capitán Jorge de Albuquerque para quedarse en la Cochinchina [191].

Hacía seis años que Duarte Coelho, a quien los cronistas llaman «hombre honrado», estaba en la India y había prestado un buen servicio en la defensa de Malaca y en varias expediciones navales. Ya había ido al reino de Siam, en compañía de António de Miranda, y allí había trabado conocimiento con el rey, por lo que era tenido como un buen mensajero de la corona portuguesa. A mediados de septiembre llegó «junto a la ensenada de la Cauconchina», aprovechando la noche para enterarse de la situación de la tierra y de las costumbres de sus

[189] «Malaca, 8 de enero de 1515», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação. Insulíndia,* vol. I, p. 76, n.º 10.

[190] Véase *supra,* cap. IV, pp...

[191] Castanheda, *História,* libro IV, cap. IV, pp. 386-387.



Del libro de Charles Ralph Boxer, *Estudos para a História de Macau. Séculos XVI a XVIII*. Fundaçao Oriente, Lisboa, 1991, pp. 38-39.

habitantes. Pero, estando el monzón a punto de llegar a su término, Duarte Coelho prefirió al cabo de doce días volver a Malaca, aguardando mejor ocasión para un nuevo viaje a Cochinchina. En el mes de agosto de 1522 se integró en la misión que condujo Martim Afonso de Melo Coutinho a la ciudad de Cantón, pero poco se conoce acerca de su actuación. A finales del año siguiente se le confiaba de nuevo una visita a la zona interior del Mekong, a juzgar por la información de Jorge de Albuquerque: «Mandé a Duarte Coelho a descubrir Canchichyna» [192]. Por el camino de Singapur se encontró con unas cincuenta lanchas del rey de Bintan, que se aprestaban para atacar Malaca, por lo que volvió a ayudar al capitán en la defensa de la ciudad [193].

A mediados de 1524 llegó por fin a la costa de Faifo, actual Hoi An, y pudo dejar allí un padrón grabado. A partir de entonces se intensificó el comercio de los portugueses en la región, pudiendo adquirir en aquel puerto franco los más variados productos: perlas, rubíes, telas, cofres, sedas, alcatifas, así como palo de la China, té, papel, cobre y plata de Japón. Fue importante el papel mediador de Duarte Coelho, por lo que las relaciones comerciales se extendieron a Camboya, donde se obtenía palo de agua o de goma, benjuí, pimienta de Sumatra, arroz y nidos de golondrina de los Bajíos [194]. Aunque estuviese prohibido el transporte de drogas y especias a China, como el monopolio le correspondía al capitán de Malaca, se llegó a autorizar más tarde un viaje anual a Siam y a Camboya, pudiendo valer la respectiva concesión 500 cruzados [195]. El nombre de Duarte Coelho quedó así ligado a la instalación de los portugueses en el reino de la Cochinchina.

En el mar de la China se situaba el archipiélago de las Filipinas, de donde iban juncos de algunas islas a hacer comercio con la tierra firme. Revelar por primera vez ese conjunto insular le correspondió a Fernão de Magalhães cuando, el 16 de marzo de 1521, descubrió la isla de Samar, en el grupo de las Visayas. El navegante desembarcó,

[192] «Carta al rey don João III, Malaca, 1 de enero de 1524», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação. Insulíndia,* vol. I, p. 184, n.º 23.

[193] *Idem, ibidem,* p. 185, n.º 23.

[194] Benjamim Videira Pires, «A Diplomacia de don João V no Oriente»: *R. C., Revista de Cultura,* n.os 11/12, Macau (1990), p. 7.

[195] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Corõa de Portugal tem nas partes da India,* pub. Francisco Paulo Mendes da Luz, folios 104-105v.º.

más adelante, en la isla de Humunu (Homonum), dando al archipiélago el nombre de San Lázaro. Más islas fueron halladas en el trayecto hacia Mactán, donde el nauta portugués encontró la muerte. Le sucedió en el comando de la Trinidad el piloto João Lopes de Carvalho, que intentó dirigirse hacia las Molucas, pero acabó por entrar en la bahía de Butuan, en la parte norte de la isla de Mindanao [196]. Allí encontraron un junco de chinos que iban a Maluku, quienes los llevaron a la isla de Tidor, adonde llegaron el 8 de noviembre. Ya entonces Lopes de Carvalho había sido sustituido por Gómez de Espinosa, cediendo éste el comando de la Victoria a Juan Sebastián de Elcano, a quien le correspondió la gloria de terminar el viaje de circunnavegación [197].

Todo se encaminaba para que la corona portuguesa hiciese valer sus derechos a la posesión de las Filipinas. Pero los exiguos medios humanos, náuticos y financieros del Estado de la India, así como la necesidad de garantizar el monopolio de las especias de Maluku, no permitieron a los capitanes de Malaca organizar expediciones navales en ese sentido. Añádase que estaba entonces latente el conflicto de las dos coronas ibéricas en cuanto a la determinación de la línea del contrameridiano de Tordesillas [198]. Los portugueses se habían convencido de que las Molucas estaban en el hemisferio de España, por lo que no hicieron nada por garantizar el derecho que les correspondía sobre las Filipinas. Cuando más tarde se comprobó que las islas de las especias pertenecían jurídicamente a Portugal, ya era tarde para reivindicar los títulos que harían entrar el archipiélago filipino en la esfera portuguesa [199]. Se había perdido esa oportunidad, por la sencilla razón de que Portugal tampoco manifestó interés en extender tan lejos su dominio en Asia.

No es menos verdad que el Pacífico, en la curiosa expresión de Landim Carrasco, «tenía la apariencia de un lago español» [200]. Descu-

[196] Castanheda, *Historia,* libro VI, cap. IX, p. 164.

[197] José Luis Morales, «Las derrotas de Magallanes y de Elcano en el primer viaje de circunnavegación»: *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas,* ed. A. Teixeira da Mota, Lisboa, 1975, pp. 343-360.

[198] Véase *supra,* cap. III, nota 31.

[199] Jaime Cortesão, «O Império Português no Oriente», *Obras Completas,* XV, Lisboa, 1968, pp. 136-137.

[200] Amâncio Landim Carrasco, *Islario español del Pacífico,* Madrid, 1984, pp. 7-8.

bierto por Vasco Núñez de Balboa el 25 de septiembre de 1513, a partir del istmo de Panamá, el gran océano se beneficiaba de la existencia de la América española, la cual podía con mayor rapidez y medios de acción establecer contacto con las Filipinas. Téngase en cuenta la importancia del llamado «galeón de Manila», que funcionó de 1565 a 1815, y que todos los años aseguraba la conexión de Acapulco con las Filipinas. Ramos de ese comercio se establecerían después con Macau y Cantón, como bien destaca Gonçalo de Reparaz al poner en evidencia la línea mercantil de Macau con Lima, la capital de la plata del Potosí [201]. A comienzos del siglo xvii las mercancías de China eran llevadas, a través del galeón de Manila, hacia Acapulco, de donde los comerciantes portugueses, muchos con intereses en Macau, las transportaban a El Callao y Lima [202].

En la primera mitad del siglo xvi fueron muy pocos los viajes de los portugueses con destino a las Filipinas, teniendo como punto de partida Malaca. Los que se conocen tuvieron un carácter comercial y nunca objetivos militares. En la década de 1530 ocurrió que João da Canha Pinto realizó una expedición a Mindanao por orden de Tristão de Ataíde, que había sido informado de que había oro en aquella isla. Habiendo reconocido el engaño, aportó después en la isla de Siriago, que se tiende a identificar con la de Siargao [203]. En junio de 1545 partió de Borneo un junco en el que iban Pedro Fidalgo y una decena de compañeros. Con viento contrario, el nauta descubrió una isla entre Mindanao y China que llamó Lucoes y que corresponde hoy a la de Luzón [204]. Desde finales del siglo xvi se intensificaron las relaciones comerciales de Filipinas con Macau y el archipiélago se convirtió en uno de los puntos del trayecto que ligaba el Extremo Oriente con la isla de Timor y la ciudad de Goa [205].

[201] Gonçalo de Reparaz, *Os Portugueses no Vice-Reinado do Perú (séculos xvi e xvii)*, Lisboa, 1976, pp. 143-145.

[202] Benjamim Videira Pires, *A viagem de Comércio Macau-Manila, nos séculos xvi a xix*, 3.ª ed., Macau, 1987.

[203] Castanheda, *História*, libro VIII, cap. CXIII, pp. 383-384.

[204] António Galvão, *Tratado dos Descobrimentos*, 3.ª ed., Oporto, 1945, p. 280.

[205] Charles R. Boxer, *The great Ship from Amacon*, Lisboa, 1959. Trad. portuguesa: *O Grande Navio de Amacau*, Macau, 1989. Benjamim Videira Pires, *A viagem de comércio Macau-Manila nos séculos xvi a xix*, 2.ª ed., Macau, 1987.


IHS

HISTORIA DA VIDA
DO PADRE FRAN
CISCO DE XAVIER
E doque fizerão na India
os mais Religioſos da
Companhia de Ieſu.
Compoſta pelo Padre Ioam de Lucena
da mesma Companhia Portugues na
tural da Villa de Trancoso.
Impreſſa per Pedro crasbeeck
Em Liſboa

ANNO DO
Senhor 1600

Historia de la vida del padre Francisco Javier, y de lo que hicieron en la India los demás religiosos de la Compañía de Jesús. Compuesta por el padre João de Lucena de la misma Compañía, portugués natural de la villa de Trancoso. Impreso por Pedro Crasbeck en Lisboa. Año del Señor 1600.

Portugal en el Celeste Imperio: Macau

João de Barros cuenta que el gobernador Afonso de Albuquerque, poco después de la conquista de Malaca, envió mensajeros a Siam, a Maluku, a Pegu, a Java y a China [206]. Otras misiones habrían continuado aún en el año 1511, lo que marcaría el inicio de las relaciones con los reinos vecinos, por mencionar solamente el Celeste Imperio. De todos modos, las fuentes existentes muestran que ese contacto se efectuó a nivel oficial sólo dos años después. Cuando los portugueses llegaron a Oriente, los chinos mantenían ya un importante comercio con Malabar llevando en sus juncos, entre otros productos, porcelanas, sedas, tapices y damascos. Portugal incentivó esas relaciones, por lo que, en las primeras flotas de la India se llevaron a Lisboa muchos tejidos y lozas que fascinaron a la corte de don Manuel [207]. La conquista de Malaca en 1511 fortaleció el intercambio debido a los juncos chinos que allí hacían negocio cada primavera. La capital de las especias se convirtió, pues, en el gran polo de atracción portuguesa por la China y creó la necesidad de efectuar un pronto intercambio [208].

Como Albuquerque había tenido ayuda de algunos juncos para la conquista, pronto accedió a establecer una alianza con el Celeste Imperio. En 1512 los barcos de Cantón estuvieron ausentes de Malaca, pero en 1513 el gobernador del Estado podía escribir a don Manuel: «los chinos servidores son de Vuestra Alteza y nuestros amigos» [209]. Rui de Brito Patalim, capitán de Malaca, no tardó en aprovechar la partida de varios juncos para el transporte de mercancías que se venderían en China [210]. Luís Keil admite que partió entonces hacia China, con la misión de factor, un tal Jorge Alvares que, según afirma, fue el primer portugués que penetró en aquellos parajes y murió en Tamán en 1521. En el segundo semestre de 1515 siguió el mismo rumbo Rafael Peres-

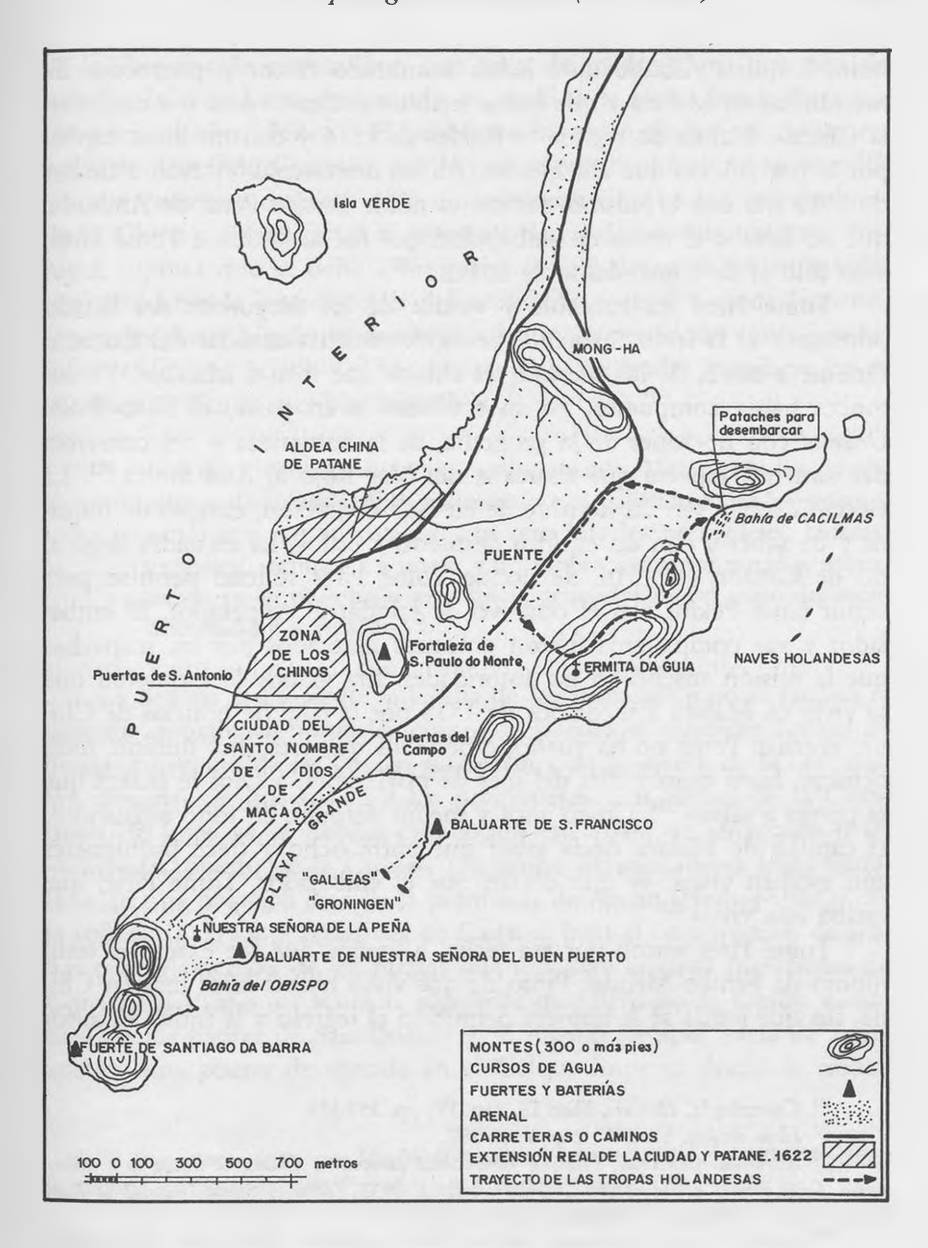
[206] João de Barros, *Asia*, Década III, Libro II, cap. VI.

[207] Luís Keil, *Jorge Alvares, o primeiro português que foi à China (1513)*, 2.ª ed., con prefacio de João de Deus Ramos, Macau, 1990, pp. 7-9.

[208] António da Silva Rego, *A Presença de Portugal em Macau*, Lisboa, 1946, pp. 1-2.

[209] «Carta de Cannanore, 30 de noviembre de 1513», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente*, vol. I, p. 40, n.º 7.

[210] «Carta de Rui de Brito Patalim a Afonso de Albuquerque, Malaca, 6 de enero de 1514», pub. *idem, ibidem*, vol. I, p. 48, n.º 8.



Plano de la ciudad de Santo Nombre de Dios de Macau, tal como era en el año 1622.

trelo, a quien Albuquerque había nombrado factor y proveedor de mercancías en Malaca y que había recibido órdenes «para ir a descubrir la China». Habría de regresar a finales de 1516 y con un buen capital por la transacción que allí hiciera con las mercancías [211]. Aún a finales de 1515 iría con el mismo destino el noble Fernão Peres de Andrade, que no llevaba el título de embajador, que fue atribuido a Tomé Pires, sino sólo el de comandante de la flota [212].

Tomé Pires era contable y veedor de las droguerías del Estado portugués de la India, habiendo recogido muchas noticias del Extremo Oriente a través de los mercaderes chinos que iban a Malabar. Ya entonces había compuesto, en su totalidad o en parte, el libro *Suma Oriental* con nociones de la geografía, de la naturaleza y del comercio del inmenso espacio que abarcaba del Mar Rojo al Asia Sínica [213]. La elección recaía «en un hombre de elevada condición, curioso de inquirir y de saber y con un espíritu despierto a todo». La escuadra llegó al río de Cantón en 1516, de donde Tomé Pires solicitó permiso para seguir hasta Pekín, con el objetivo de saludar al emperador. El embajador y sus compañeros fueron entonces apresados por las sospechas que la misión suscitó en las autoridades. Era grande la inquietud que se vivía en Malaca a mediados de 1518 por la falta de noticias de China: «Fernan Perez no ha vuelto, esperamos que esté aquí durante todo octubre, hasta quince días del mes de noviembre: a Dios le plazca que se ponga a salvo» [214]. Cinco años y medio después, en tono angustioso, el capitán de Malaca decía saber que entre ocho y trece portugueses aún estaban vivos: «y que decían que el embajador, Tome Piriz, que estaba aún vivo» [215].

Tomé Pires murió por esa fecha, a menos que sea exacto el testimonio de Fernão Mendes Pinto de que vivió treinta años más en China, sin que jamás se le hubiera permitido el regreso a la India. El autor

[211] Castanheda, *História*, libro III, cap. IV, pp. 357-358.

[212] *Idem, ibidem*, libro IV, cap. V, p. 387.

[213] Armando Cortesão, *Primeira Embaixada europeia à China. O Boticário e embaixador Tomé Pires e a sua «Suma Oriental»*, Lisboa, 1945. *Idem, A Suma Oriental de Tomé Pires e o livro de Francisco Rodrigues*, Coimbra, 1978.

[214] «Carta al rey don Manuel, Malaca, 20 de agosto de 1518», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação, Insulíndia*, vol. I, p. 99, n.° 12.

[215] «Carta de Jorge de Albuquerque al rey don João III, Malaca, 1 de enero de 1524», pub. *idem, ibidem*, vol. I, p. 191, n.° 23.

de la *Peregrinação* cuenta Pires que tuvo de madre china una hija de nombre Inês de Liria, designando su apellido la tierra donde Pires nació hacia el año 1468»[216]. El problema ha merecido ya un atento estudio de Armando Cortesão, por lo que se remite al lector a su obra[217]. Lo que conviene destacar es la circunstancia de que los emperadores de la China no manifestaron entonces deseo de una alianza con Portugal, ruptura que se debe a los prejuicios religiosos de quien miraba con sospechas la introducción del cristianismo en el Celeste Imperio. Los portugueses siguieron manteniendo un comercio de contrabando, sobre todo con la isla de Sanchuán, pero sin poder instalarse en el continente. Como escribió Silva Rego,

> eran dos civilizaciones las que se enfrentaban. De un lado los chinos, celosos de su espléndido aislamiento /.../, rigiéndose por leyes multiseculares y por la tradición. Del otro lado los portugueses, bastante inquietos, inclinados a juzgar a la europea a cuantos pueblos encontraban en su deambular aventurero, acuciados por el gusto del lucro desmedido e inmediato[218].

La llegada al litoral de la China de los primeros jesuitas facilitó la deseada aproximación con los chinos, a quienes el mercader Leonel de Sousa convenció de las buenas intenciones de la «gente de la otra costa», designación que daban a los portugueses. Los padres de la Compañía de Jesús ya se habían establecido en la isla de «Macuao» o de «Machoan, puerto de la China». Un grupo de mercaderes logró instalarse en una pequeña área de la península de Ansán (Heong-Shang), de la soberanía de los mandarines de Cantón, bajo el compromiso de acabar con la amenaza de los piratas que asolaban la costa meridional de China. Así surgió un acuerdo comercial que permitía la acción misionera de los padres de San Ignacio y, al mismo tiempo, hacía de aquel enclave una puerta de entrada en el Celeste Imperio. Nacía la ciudad

[216] *Peregrinaçao de Fernam Mendez Pinto*, 1.ª ed., Lisboa, 1614, cap. XCI. Seguimos la edicción de Alvar da Costa Pimpal y César Pegado, Oporto, 1944-1946.

[217] *A Suma Oriental de Tomé Pires e o livro de Francisco Rodrigues*, Coimbra, 1978, pp. 46-54.

[218] *A Presença de Portugal em Macau*, Lisboa, 1946, p. 3. Véase también Eduardo Brasão, *Macau, Cidade do Nome de Deus. Nao há outra mais leal*, Lisboa, 1957, pp. 35 y ss.

de Macau en 1554, lo que llevó a una embajada portuguesa a desplazarse a Cantón, donde Leonel de Sousa fue recibido con pruebas de amistad por el Aitao, capitán mayor de los mares de China [219]. Durante cuatro siglos y medio la ciudad de Macau, que tomó el nombre de Santo Nombre de Dios, llegó a ser en el Asia Sínica un lucero de la civilización cristiana y una tierra íntimamente ligada a Portugal [220].

En el Imperio del Sol Naciente

Los viajes al litoral de la China llevaron a los navegantes portugueses, por cierto, a intentar conocer el archipiélago vecino, sobre el cual circulaban versiones extrañas desde la península de Indochina hasta Malaca. Se ignora la fecha exacta de la llegada que, durante mucho tiempo, se situó en el año 1543, debido a los comerciantes António da Mota, Francisco Zaimoto y António Peixoto. Habían tomado un junco en Siam con el fin de pasar a China, pero una tormenta acabaría por llevarlos a Lampó, «islas de los japoneses» [221]. Pero basándose en el informe de la *Peregrinação*, algunos historiadores tienden a adelantar al día 24 de junio de 1541 el hallazgo de Japón por Fernão Mendes Pinto y sus compañeros Diogo Zaimoto y Cristóvão Borralho [222]. De vuelta de un viaje de comercio a China, navegaron hacia el este y llegaron a la isla de Tanixuma, la actual Tane-ga-shima, la menor del grupo Osoni, al sur de Kiou-Si-on [223]. Según la tradición, incluso, fueron los re-

[219] Frei Gaspar da Cruz, *Tractado em que se contam muito por extenso as cousas da China, com suas particularidades, e assi as do reyno de Ormuz*, 2.ª ed., pub. Damião Peres, Oporto, 1937, pp. 123-127. Charles R. Boxzer, *The great Ship from Amacon*, Lisboa, 1959.

[220] *Macau, City of Commerce and Culture*, ed. de R. D. Cremer, Hong-Kong, 1987. C. R. Boxer, *The Portuguese Sea-Borne Empire, 1415-1825*, Londres, 1969. C. A. Montalto de Jesus, *Macau Histórico*, 1.ª ed. portuguesa, Macao, 1990.

[221] António Galvão, *Tratado dos Descobrimentos*, 3.ª ed., Oporto, 1945, p. 273. Georg Schurhammer, «1543-1943 - Descobrimento do Japão pe los portugueses no ano de 1543»: *Anais da Academia Portuguesa da História*, II serie, vol. I (Lisboa), 1946, pp. 17-171.

[222] *Peregrinaçao de Fernão Mendes Pinto*, nueva ed. conforme a la de 1614, pub. Alvaro J. da Costa Pimpão y César Pegado, caps. CXXXII-CXXVII, Oporto, 1944-1946.

[223] Contra la tesis de Schurhammer, Armando Cortesão defiende la honestidad de la narración de Mendes Pinto, en «A Expansão portuguesa a través do Pacífico (Austrália, Macau, Japão)»: *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, vol. II (Lisboa), 1939, pp. 151-173.

ción llegados quienes dieron a conocer a los nipones el uso de las armas de fuego y la pólvora.

Las relaciones mercantiles se estrecharon en los años siguientes, como bien lo ha demostrado Charles R. Boxer [224], pero la presencia de los portugueses, al final de la década, habría de sentirse también en el campo de la evangelización, gracias a la labor de los padres de la Compañía de Jesús. Estando en Malaca a principios de 1548, San Francisco Javier tuvo noticias por unos mercaderes lusos de la existencia de Japón: «unas islas muy grandes, descubiertas hace poco tiempo, las cuales se llaman las islas de Japón» [225]. El apóstol de las Indias sintió pronto un gran entusiasmo por esa obra misionera, pues le dijeron que los habitantes no eran paganos, como los de la India, sino gente ansiosa de una revelación espiritual. Los mensajeros habían llevado consigo a un nipón al que dieron el nombre de Angero, el cual deseaba a toda costa hablar con el padre Javier. El encuentro no fue entonces posible porque el sacerdote estaba de viaje hacia las Molucas, pero cuando regresó a Malaca se reunieron e hicieron un intercambio de impresiones.

Angero tenía un razonable conocimiento del idioma portugués y así se dirigió a San Francisco Javier, preguntándole sobre muchos artículos de la fe religiosa. El padre le preguntó al japonés si le parecía posible la evangelización de su tierra, y tuvo como respuesta que la buena simiente no daría frutos inmediatos, pues el jesuita tenía primero que satisfacer las dudas que le plantearían. Siendo los japoneses personas que sólo aceptaban lo que fuese para ellos racional, tanto la familia real como los nobles y el resto de la población deseaban conocer los fundamentos de la doctrina cristiana. Pero Angero creía que medio año sería tiempo bastante para lanzar la acción misionera. El apóstol no tardó en escribir: «Si así son todos los japoneses tan curiosos de saber como Angero, paréceme que es gente más curiosa de cuantas tierras son descubiertas» [226]. Con el reiterado apoyo de los mercaderes, el jesuita fue en junio de 1549 a Japón, llevando consigo dos padres más y tres nipones que se habían convertido en Goa. Contaba con el apo-

[224] *The great Ship from Amacan*, Lisboa, 1959.

[225] «Carta a los religiosos de la Compañía de Jesús en Roma, Cochin, 20 de enero de 1548», pub. Artur Basilio de Sa, *Documentação. Insulíndia*, vol. I, p. 544, n.º 73.

[226] *Idem, ibidem*, pp. 544-545, n.º 73.

yo de Roma [227] y con que el emperador mandase una embajada a Portugal a pedir el envío de otros misioneros [228].

Para ayudar a la evangelización y al buen gobierno del Estado de la India, se estrecharon los vínculos marítimos entre los puertos de Japón y la capitanía de Malaca. De ello resultó el fortalecimiento de la red de comunicaciones, de donde el apostolado de la Compañía de Jesús extraía justos beneficios [229]. Del archipiélago de las Molucas escribía un padre: «El padre Francisco es pasado a la Chyna, una tierra que se llama Japon; es tierra firme, ay muchas islas en el y muy pobladas» [230]. Cumplida su misión y correspondiéndole al padre Cosme de Torres proseguirla, San Francisco Javier pasó de Japón a Macau, siendo portador de una carta del emperador para el rey don João III: «Maestre Francisco vino de Japón y vino contento de la tierra y de la gente, y que le parece que se obtendrá allí mucho fruto» [231]. Otros padres iban llegando al suelo nipón y continuaban la evangelización que, en tiempos de Cosme de Torres, se podía cifrar en un total de 20.000 personas bautizadas [232].

La historia de la provincia de Japón fue escrita, entre otros autores, por el jesuita Luís de Fróis, quien habla de los hitos esenciales de la evangelización [233]. Sería imposible olvidar el nombre del jesuita Luís de Almeida por la práctica de la medicina y la asistencia hospitalaria que allí realizó. Nació en Lisboa en 1525, de una familia de cristianos nuevos, habiendo estudiado medicina y humanidades, aunque no se conoce el centro escolar de su formación. Hoy se reconoce que practicó el arte médico y la cirujía, tal vez en el Hospital Real de Todos los Santos. Por ambiciones comerciales o mero espíritu de aventura, en

[227] Leo Magnino, *Pontificia Nipponica. Le relazioni tra la Santa Sede e il Giappone at traverso i documenti pontifici*, vol. I, Roma, 1947, pp. 1-66.

[228] Artur Basilio de Sa, *Documentação, Insulíndia*, vol. I, p. 544.

[229] «Carta del padre Francisco Peres a sus cofrades, Malaca, 2 de enero de 1550», pub. *idem, ibidem*, vol. II (1550-1562), p. 8, n.° 1.

[230] «Carta del padre João da Beira al padre Ignacio de Loyola, Malucas, 13 de febrero de 1550», pub. *idem, ibidem*, vol. II, p. 16, n.° 3.

[231] «Carta de Afonso de Miranda a don João III, Cochin, 27 de enero de 1552», pub. *idem, ibidem*, vol. II, p. 74, n.° 11.

[232] C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan (1541-1650)*, Londres, 1951.

[233] Padre Luís Frois, S. J., *Historia de Japam*, pub. José Wicki, S., I, vols. I-II-III, Lisboa, 1976-1981-1982.

1548 se dirigió a India en la flota que llevaba a algunos jesuitas y acabó instalándose en Goa. Viajó en los años siguientes por algunas tierras de la India, se desplazó a China en 1552 y fue a Japón una vez en viaje de negocios. Se instaló entonces en aquel imperio, donde profesó en la Compañía de Jesús y se ocupó, al servicio de ella, de la medicina y de la asistencia hospitalaria en Bungo y en otras ciudades de Japón [234].

La última parte de la vida de Luís de Almeida se consagró por entero a la curación de los enfermos y a la labor misionera. A él se debe la fundación de un hospital en Funai y la evangelización de Amakusa, donde falleció el 10 de enero de 1583. En Hondo, que fue la capital de esa isla, se erigió un monumento en su homenaje, y en la antigua Funai de Bungo, hoy la ciudad de Oita, se levantó un hospital con el nombre del padre Luís de Almeida [235]. Sobre su actividad ha escrito el historiador de los portugueses en Japón: «E hizo otras obras de tanta caridad y celo que quizá nunca se relegue al olvido en esta tierra su memoria» [236]. La provincia de la Compañía tuvo durante ese tiempo, como responsables de la vida evangélica, a los padres Francisco Cabral, de 1570 a 1581, y Gaspar Coelho, de 1581 a 1590. En las dos misiones que hizo a Japón (1579-1582 y 1590-1592), el padre visitante Alexandre Valignano había construido los primeros seminarios y colegios, regulando la acción misionera en el puro respeto por las tradiciones locales [237]. En 1591 el padre Pedro Martins fue el primer obispo que entró en Japón.

Una fuerte reacción contra la Iglesia cristiana, que tenía igualmente un profundo carácter antioccidental, llevó a los emperadores a perseguir desde 1596 a los misioneros, algunos de los cuales sufrieron martirio. A comienzos del siglo XVII recrudeció la hostilidad del poder central, lo que llevó a la salida de los padres portugueses y al sacrificio de millares de conversos [238]. Sin embargo, muchos recuerdos de la con-

[234] León Bourdon, *Luís de Almeida, Cirurgien et Marchand*, Lisboa, 1949. Diego R. Yuuki, S. J., *Luís de Almeida (1525-1583). Médico, Caminhante e Apóstolo*, Macao, 1989.

[235] Diego R. Yuuki, *ibidem*, p. 7.

[236] Padre Luís Frois, *Historia de Japam*, vol. I, pp. 59 y 274.

[237] José Luiz Alvarez-Taladriz, *Alejandro Valignano. Sumario de las cosas del Japón*, Tokio, 1954.

[238] Luís Norton, *Os Portugueses no Japão. 1543-1640*, Lisboa, 1952. C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan (1541-1650)*, Londres, 1951.

vivencia luso-nipona quedaron impresos en la literatura y en el arte de Japón. Basta sólo mencionar la iconografía de los *nambam* o biombos, donde se representaron figuras y escenas de la vida que impresionaron al alma japonesa. Entre las primeras, deben citarse el aspecto físico y la vestimenta de los portugueses que, desde el año 1541, llegaron al Imperio del Sol Naciente; y entre las segundas, el anclaje de los navíos, la decoración del velamen y el encuentro de los «bárbaros del sur» con los naturales de la tierra [239]. Ese impresionante testimonio sirve para comprender la fascinación que los japoneses sintieron por los primeros europeos del siglo XVI que buscaron su contacto.

[239] Maria Helena Mendes Pinto, *Lacas Namban em Portugal. Presença Portuguesa no Japão*, Lisboa, 1990.

Capítulo V

BRASIL EN EL SIGLO XVI

VIAJES POR EL ATLÁNTICO OCCIDENTAL

Los viajes a Occidente efectuados desde principios de la segunda mitad del siglo xv, son un hecho que hoy no provoca dudas. En la cercanía del vasto oceáno, el espíritu de aventura de los portugueses tendería forzosamente a averiguar la existencia de las tierras situadas al oeste de Madeira y de las Azores. Mientras proseguía la expansión a lo largo de la costa africana, la corona de don Afonso V no se apartaba de la idea de un posible encuentro con misteriosas islas que ocupaban la mente de los marinos y de la población en general. No se plantea siquiera el problema de las islas de São Mateus ni el de las Siete Ciudades, cuya localización tanto impresionó a los hombres de la época [1]. Basta sólo mencionar el hallazgo de Corvo y Las Flores, las más occidentales del archipiélago de las Azores, descubiertas en 1542 por Diogo de Teive y el castellano Pedro Vázquez de la Frontera. De regreso de un viaje que los llevó en agosto a los bancos de Terranova, los dos compañeros encontraron en diciembre las «islas foreras» que Diogo y su hijo João de Teive ya habían abordado [2].

A medida que la exploración de la costa de África iba empujando a los portugueses hacia el sur, no cesaba la exploración de tierras en el

[1] Luís de Albuquerque, *Descobrimentos Portugueses*, Publicações Alfa, Lisboa, 1982, pp. 66 y ss. Juan Pérez de Tudela, *Myrabilis in Altis*, Madrid, 1983, pp. 129 y ss.

[2] Jaime Cortesão, «A Viagem de Diogo de Teive e Pero Vasquez de la Frontera ao Banco da Terra Nova», *Obras Completas-V*, Lisboa, 1965, pp. 185-221. Luís de Albuquerque, *ibidem*, p. 67.

Atlántico occidental. Data del 17 de noviembre de 1457 la carta de donación al infante don Fernando de las islas que mandase descubrir o que descubriese; del 19 de febrero de 1462, idéntico privilegio a João Vogado de las islas, que decía haber encontrado, de Louo y Capraria; del 3 de julio de 1472, otra carta de donación, en favor de la infanta doña Beatriz, de una isla que había sido hallada junto con la de Santiago, de Cabo Verde; y del 28 de enero de 1474, una concesión regia más, esta vez a Fernão Teles, de las tierras que llegase a descubrir en la parte oeste del Atlántico [3]. Por ese tiempo ya dirigía el príncipe don João el proceso de los descubrimientos, procurando conjugar los dos aspectos de la expansión marítima, lo que permite atribuir al futuro príncipe Perfeito una concepción oceánica más abarcadora que la atlántico-índica que generalmente se le atribuye [4].

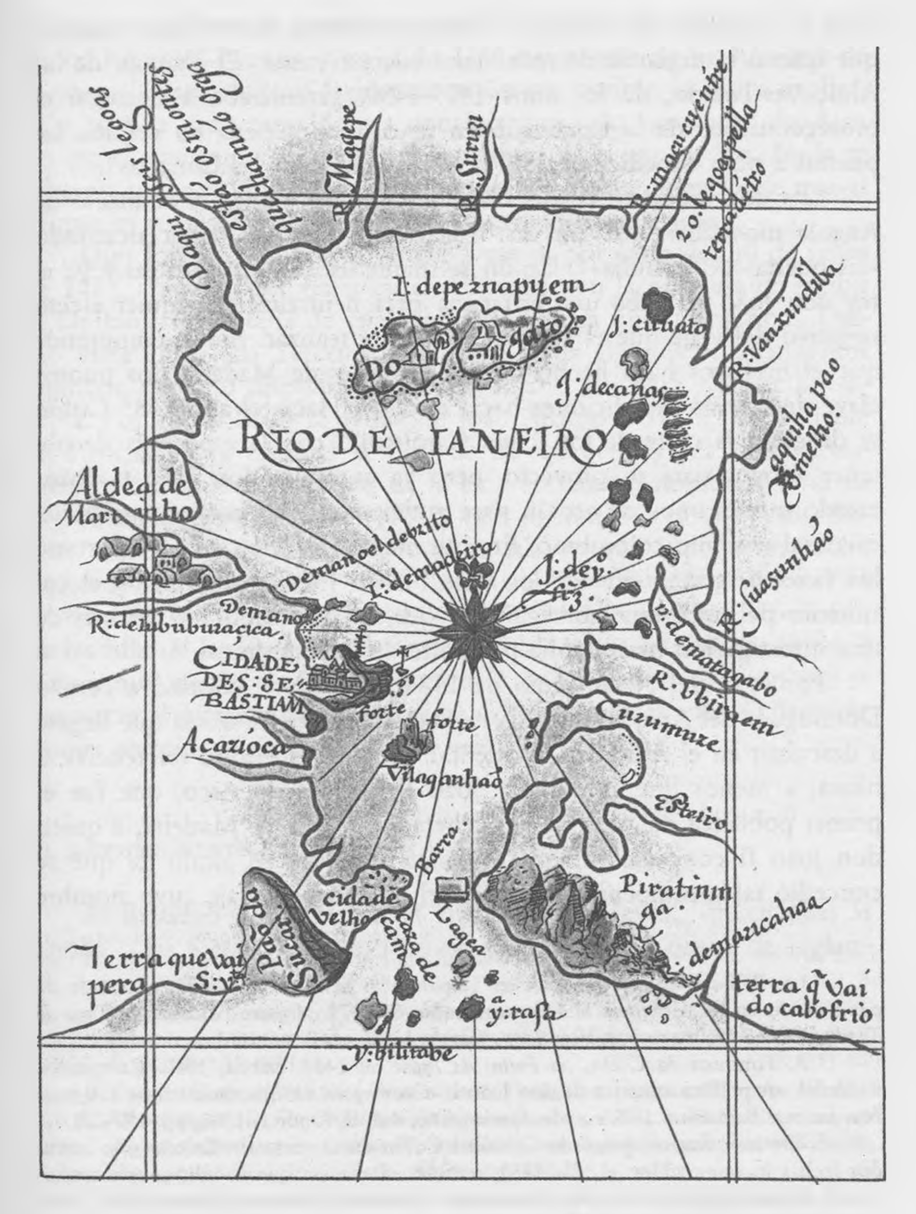
Resulta evidente que el rey don João II nunca dejó de patrocinar, si no incluso de emprender, acciones aisladas para el mejor conocimiento del Atlántico occidental. Todas las novedades que pudiesen advenir de la nueva realidad del cosmos servían a los intentos de la corona portuguesa de ensanchar su dominio marítimo, sobre todo a partir de 1474, cuando las cartas de Toscanelli que aseguraban la esfericidad de la tierra fueron entregadas al rey don Afonso V, si es que no se entregaron antes al príncipe don João [5]. Si la concepción del astrónomo italiano influyó en los planes de Colón, no es menos cierto que fue interpretada en Portugal como una advertencia para no descuidar la búsqueda de otras vías que llevasen a la India [6]. Aunque don

[3] Ernesto da Canto, «Quem deu o nome ao Labrador? Breve estudo»: *Arquivo dos Açores*, 2.ª ed., vol. XII (Ponta Delgada), 1983, p. 356. *Alguns documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo* referentes a los descubrimientos portugueses, pub. Ramos-Coelho, Lisboa, 1892.

[4] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 245 y ss. Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. II (1415-1580), Lisboa, 1977, pp. 176-179. Luís de Albuquerque, *Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, pp. 89 y ss.

[5] António Domingues de Sousa Costa, «Cristóvão Colombo e o Cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, destinatário da carta de Paulo Toscanelli sobre os Descobrimentos marítimos»: *Pontificium Athenaeum Antonianum*, 65 (1990), Roma, pp. 187-276.

[6] No se comprenden de otra manera las cartas de don Afonso V, del 28 de enero de 1474 y 10 de noviembre de 1475, concediendo a Fernão Teles la posesión de las islas que encontrase en el Atlántico. Véase *Alguns Documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo*, Gaveta 17, mazo 6, n.° 16. *Idem*, Gaveta 18, mazo 8, n.° 16.



La Bahia de Río de Janeiro y la ciudad de São Sebastião. Del códice del siglo XVI, de la Biblioteca de Ajuda: *Roteiro de todos os sinais, conhocimentos, fundos, baixos, alturas, que ha na costa do Brasil.*

João II no tuviese en cuenta la oferta colombina, no se puede afirmar que ignoró la urgencia de más viajes hacia el oeste. El Tratado de las Alcáçovas-Toledo, de los años 1479-1480, garantizaba a Portugal el proseguimiento de la expansión en el Atlántico, pero no cerraba las puertas a otras expediciones debajo del paralelo de las Canarias [7].

Los dos viajes de Diogo Cão al reino del Congo y al litoral de Angola mostraban que era casi exacto que Portugal había alcanzado «las puertas de la India» [8]. Colón se mantenía aún en Portugal y ya el rey don João II fijaba una estrategia para neutralizar cualquier efecto negativo del viaje que el genovés pretendía realizar. Así se comprende que el monarca haya hecho de las Azores y de Madeira dos puntos clave de nuevas expediciones hacia el oeste. Hacia el año 1485 Colón se dirigió a la corte de los Reyes Católicos [9], con la esperanza de obtener apoyos para su proyecto, pero ya entonces don João II había creado mecanismos de acción para anticiparse a las consecuencias del eventual designio colombino. En este marco histórico deben insertarse los viajes de navegación de los años 1484 a 1486, que tuvieron el patrocinio de la corona portuguesa y que, en su conjunto, carecen de una investigación más amplia por parte de los estudiosos [10].

Por carta del 30 de junio de 1484, la Corona autorizó a Fernão Domingues del Arco a recibir la capitanía de la tierra o isla que llegase a descubrir en el Atlántico occidental. No se encuentran referencias al nauta, a menos que se trate de João Fernandes do Arco, que fue el primer poblador del arco de la Calheta, en la isla de Madeira, a quien don João II concedió blasón de armas en 1485. ¿A título de qué se concedió tal recompensa? Al de ser el mismo personaje cuyo nombre

[7] Los Reyes Católicos ratifican en Toledo, el 6 de marzo de 1480, el tratado de paz firmado en las Alcáçovas el 4 de septiembre de 1479. *Arquivo Nacional da Torre do Tombo*, Gaveta 17, mazo 6, n.º 16. *Idem*, Gaveta 18, mazo 8, n.º 16.

[8] A. Fontoura da Costa, *As Portas da India em 1484*, Lisboa, 1940. Carmen N. Radoulet, «A política atlântica de don João II e as viagens de descobrimento»: *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua Época. Actas*, vol. II, Oporto, 1989, pp. 191-200.

[9] «De los primeros pasos de Cristóbal Colón en el reino de Castilla sólo restan dos fechas inconmovibles: el año 1485, sin mes ni día, en que accedió a este territorio...». Antonio Rumeu de Armas, *El «Portugués» Cristóbal Colón en Castilla*, Madrid, 1982, p. 11.

[10] Alguns Documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo, pub. Ramos Coelho, Lisboa, 1892.

aparece en el libro de concejalías de Funchal del año 1472 como uno de los hombres buenos, y en el de 1485 como uno de los hidalgos de la tierra [11]. Pero, aunque la identificación sea posible, la única explicación para la carta regia lleva a concluir que João Fernandes do Arco no era el navegante, sino sólo el capitalista de la expedición. Nada se sabe en concreto sobre el recorrido, aunque no ha de excluirse que el mismo se redujo a un viaje que no obtuvo fines prácticos [12].

Don João II autorizó a Fernão Dulmo, por carta del 30 de junio de 1484, a emprender viajes en el Atlántico con la promesa de recibir la capitanía hereditaria de cualquier isla o tierra que descubriese. Dulmo vivía en la isla Terceira, poseía sin duda algunos conocimientos náuticos, pero no disponía de medios financieros para ejecutar la empresa. Por ello solicitó la ayuda de João Afonso de Estreito, residente en Funchal, para asegurar el flete de las carabelas y sus aprovisionamiento [13]. El nuevo miembro de la empresa era un hombre bueno de la población funchalense en 1471, que figuraría dieciocho años después como uno de los hidalgos de la isla, lo que supone un hecho digno de ennoblecimiento social [14]. Los dos firmaron un contrato el 24 de julio de 1486, por medio del cual João Afonso recibiría la posesión de las islas de las Siete Ciudades, lo que la corona joanina confirmó el 4 de agosto siguiente. El viaje se efectuó de inmediato, pero sin que se conociera el trayecto de las dos carabelas y los lugares adonde llegaron, lo que permite suponer resultados negativos [15].

El descubrimiento de Labrador y de Terranova

El hallazgo de tierras en el Atlántico occidental, fuesen ellas la Antilia o las Siete Ciudades, interesó también a la Corona de Inglate-

[11] Biblioteca Municipal do Funchal, *Documentos Historicos e Geographicos*, S. 1, E. 8, P. 4, fols. 9v.°-35v.°-85-86.

[12] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 253-254. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, p. 72.

[13] *Alguns documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo*, pub. Ramos-Coelho, Lisboa, 1892, pp. 58-59. Damião Peres, *ibidem*, pp. 254-256.

[14] Biblioteca Municipal do Funchal, *Documentos Historicos e Geographicos*, S. 1, E., 8, P. 4, fols. 9v.°-34v.°-39.

[15] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 254-256. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, pp. 72-74.

rra, donde el proyecto fue presentado por un navegante de Venecia, al servicio de las armadas de Bristol, de nombre Giovanni Caboto [16]. El rey Henry VII se propuso patrocinar un viaje con ese destino, el cual por la misma latitud se beneficiaba de las condiciones marítimas que venían de la corriente fría del estrecho de Davis, que encaminaba las flotas hacia la isla de Baffin. El historiador Francisco Morales Padrón destaca la importancia de esa corriente para aproximarse a la tierra que se llamó después del Labrador, en la península de Terranova [17]. Así hizo época la tradición de que Giovanni Caboto había descubierto el Labrador en el viaje que efectuó en 1498 al continente americano. El año anterior, con igual patrocinio del rey Henry VII, había llegado a la isla de Cabo Bretón y había descubierto Terranova, lo que le hizo pensar que había alcanzado Oriente [18]. Pero la segunda expedición de Caboto se tradujo en un fracaso marítimo, lo que invalida su desembarque en la península del Labrador [19].

Hoy se sostiene, con argumentos válidos, que la tierra fue encontrado por el azoreano João Fernandes, residente en la isla Terceira, que prometió a don Manuel I descubrir tierras en el Atlántico a cambio de la promesa de ser nombrado capitán de las mismas. El rey concedió lo solicitado por carta del 28 de octubre de 1499, lo que muestra el interés de la corona por la empresa [20]. Pero la cuestión del topónimo quedaría oscura si un documento notarial de 1506 no mencionase el nombre de Pedro Barcelos, residente en la villa de la Praia, en la isla Terceira, que acompañó a João Fernandes en el viaje. Éste habría durado tres años, siendo su jefe mencionado como «labrador», lo que lle-

[16] H. P. Biggar, «The voyage of the Cabots and Corte-Reals to the North-America and Greenland 1497-1503»: *Revue Hispanique*, tomo X (Bordeaux), 1903. Cesáreo Fernández Duro, «Los Caboto Juan y Sebastián. Descubridores en el Continente americano»: *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. XXXV (Madrid), 1893, pp. 69-91. Francisco Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y conquista de América*, 5.ª ed., Madrid, 1990, pp. 137-138.

[17] *Idem, ibidem*, p. 138. Gago Coutinho, «Gaspar Corte-Real»: *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, n.º 11, noviembre de 1933, separata.

[18] D. D. True, «Cabot explorations in North America»: *Imago Mundi*, tomo XIII, 1965.

[19] Ernesto do Canto, «A Terra do Labrador»: Arquivo dos Açores, 2.ª ed. vol. XII (Ponta Delgada), 1982, pp. 357-359.

[20] *Idem*, «João Fernandes», «João Fernandes Lavrador», «Pedro de Barcelos», *ibidem*, vol. XII, pp. 360-368.

va a admitir que era propietario o vivía de la agricultura[21]. Los dos isleños se habrían asociado para la empresa, a menos que Pedro Barcelos fuese sólo un compañero del hombre a quien la historia atribuye el descubrimiento de la península del Labrador[22].

Ernesto do Canto averiguó que João Fernandes había firmado en 1499 un contrato con varios negociantes de Bristol concediendo el señorío de las tierras que descubriesen en el continente americano. Debe entenderse, pues, que el azoreano se dirigió primero a aquel puerto inglés a solicitar apoyo para el viaje de descubrimiento, el cual se realizó mediante el sistema de la asociación. La circunstancia de que el mapa de Peraro, de 1501, ya se refiere al «Cavo Laboradore et Insula Laboradore», designación que después se transformó en la «Terra de Lavorador», parece razón bastante para atribuir a João Fernandes Lavrador la prioridad en el descubrimiento de aquella península[23]. Se ignora la participación concreta que tuvieron en el viaje los socios de Bristol. Pero el topónimo basta para concluir que la expedición tuvo lugar en los años 1499-1500 y que el nombre por el que era conocido João Fernandes resultó el apropiado para bautizar la isla encontrada. No se han esgrimido argumentos en contrario de esta explicación sobre el descubrimiento de la Tierra del Labrador.

Al descubrimiento de Terranova y a su posterior reconocimiento se liga la familia azoreana de los Corte Real, habiendo los hermanos Gaspar y Miguel pagado con su vida la aventura de la instalación en aquel territorio. Habían heredado de su padre, João Vaz Corte Real, capitán donatario de Angra, el deseo de penetrar en el Atlántico occidental, aunque no sean conocidas las expediciones que el progenitor efectuó en los años 1473-1474[24]. Cuando a finales del siglo XV los nautas azoreanos se dejaron seducir de nuevo por las tierras septentrionales, para lo que establecieron contacto con los mercaderes de Bristol,

[21] *Idem, ibidem*, 2.ª ed., vol. IV, Ponta Delgada, 1981, pp. 447 y ss.

[22] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 337-348. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982.

[23] Mapa de autor desconocido que Albert Cantino, agente del duque de Ferrara, encargó en Lisboa y se encuentra hoy en la Biblioteca Estense, de Módena. Ver Armando Cortesão y Avelino Teixeira da Mota, *Portugaliae Monumenta Cartographica*, vol. I, Lisboa, 1960, pp. 7-13, estampas 4-5.

[24] Ernesto do Canto, «Os Corte-Reais. Memória Histórica»: *O Arquivo dos Açores*, 2.ª ed., vol. IV (Ponta Delgada), 1981, pp. 385-432.

el mayor de los hermanos Corte Real partió con el mismo destino. No había prueba segura de que Caboto hubiese llegado a Terranova en el viaje de 1498, por lo que Gaspar obtuvo autorización del rey don Manuel I para intentar el descubrimiento. Que lo realizó, en 1499 o a principios del año siguiente, se desprende de la carta regia del 12 de mayo de 1500, por la cual se reconocía el sacrificio que había hecho para encontrar «algunas islas y tierra firme», lo que llevó al monarca a concederle el gobierno directo y legítimo de esas regiones [25].

El mapa de Cantino, del año 1502, lleva una leyenda aclaratoria: «Esta tierra es descubierta por mandato del muy alto y excelentísimo príncipe rey don Manuel rey de Portugal, la cual descubrió Gaspar Corte Real, caballero en la casa de dicho rey» [26]. En la segunda mitad de 1500 Gaspar salió de nuevo de la isla Terceira en busca de la región «muy fresca y de grandes arboledas» a la que había puesto el nombre de Terra Verde y de donde había traído algunos indígenas y algunos productos naturales. El tercer viaje, efectuado en el año 1501, con una escuadra de tres navíos, sería el último hecho a sus parajes. Se perdió la nave que él capitaneaba y, como lo relata incluso el emisario del duque de Ferrara: «él se quedó con otro navío y nunca más volvió y creo que se ha perdido». Si al año siguiente los técnicos de la cartografía registraban esta opinión que se hizo corriente, es porque admitían que Miguel había muerto o se encontraba en poder de los habitantes de la región. Así tenía comienzo la saga de la tragedia de los Corte Real en el hallazgo de Terranova [27].

Gago Coutinho pone de relieve el testimonio de Pasqualigo, embajador veneciano en Portugal, que localizaba las tierras descubiertas «a 2.000 leguas de Lisboa, entre noroeste y oeste». El desembarque se había revelado difícil en invierno, debido a la abundancia de los hielos que inundaban el territorio [28]. En la esperanza de llegar a encontrar a

[25] *Colecção de documentos relativos ao descobrimento e povoamento dos Açores*, pub. Manuel Monteiro Velho Arruda, Ponta Delgada, 1932, p. 204.

[26] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, p. 342. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, pp. 69-70.

[27] Carta de Alberto Cantino a Hercuels d'Este, duque de Ferrara, Lisboa, 17 de octubre de 1501, pub. Ernesto do Canto, *Arquivo dos Açores*, vol. IV, Lisboa, 1981, pp. 324-326.

[28] Gago Coutinho, *Gaspar Corte-Real*, estudio citado, p. 5 de la separata.

su hermano, Miguel Corte Real, que ejercía el cargo de portero de la casa real, obtuvo la autorización del monarca para dirigirse hacia el mismo destino. El 12 de mayo de 1502 zarpó del Tejo con una armada de tres carabelas, llevando una carta de donación para hacerse cargo de las tierras en caso de confirmarse la muerte de Gaspar [29]. Pero sus compañeros volvieron a Lisboa, mientras que el rastro del segundo Corte Real volvió a perderse entre los habitantes de Terranova. El drama era demasiado serio como para que don Manuel I autorizase al mayor de los hermanos, Vasco Eanes Corte Real, capitán de las islas de São Jorge y de la Terceira, a seguir en 1504 tras la pista de los desaparecidos. Y Damião de Góis añade: «no se avanzó más en este asunto, por considerarse inútiles ya todos los gastos que en él se hiciesen» [30].

Así, en palabras del mismo cronista, al primer nombre de «provincia de la Terra Verde» lo había sustituido, a mediados del siglo XVI, la designación de «terra dos Corte Reaes», en memoria de «donde se cree que los dos hermanos se perdieron». Pero ¿habrían muerto Gaspar y Miguel en los parajes de Terranova o se fueron de allí hacia algún otro destino? El problema se planteó en 1916, cuando el profesor Edmundo Burke Delabarre, de la Universidad de Brown, publicó el primer estudio, al que siguieron otros trabajos, sobre la llamada Piedra de Dighton [31]. En la desembocadura del río Taunton, en el estado de Massachussets, descubrió grabada en un peñasco una inscripción en letra gótica, con frases que mezclaban portugués y latín, y una tosca representación del que podía ser el escudo manuelino. La inscripción rezaba MIGUEL CORTEREAL D DEI HIC DUX IND A D 1511, lo que llevó a la siguiente lectura de Delabarre: «Miguel Corte Real voluntate Dei hic dux indorum anno Domini 1511» [32].

Ello bastó para interpretar que Miguel Corte Real no habría muerto en Terranova y que por algún motivo, habiendo buscado un cami-

[29] *Colecção de Documentos relativos ao Redescobrimento dos Açores*, pub. Manuel Monteiro de Velho Arruda, Ponta Delgada, 1934, pp. 204-206.

[30] Damião de Gois, *Crónica do Felicissimo Rei don Manuel*, nueva edición conforme a la primera de 1566, parte I, Coimbra, 1949, cap. LXVI, pp. 160-162.

[31] *Early interest in Dighton Rock*, 1916. *Idem, Middle period of Dighton Rock*, 1917. *Idem, Recent history of Dighton Rock*, 1919.

[32] Véase el comentario de Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 357-358.

no hacia el sur, llegó a la bahía de Narragansett. Allí el grupo de portugueses tuvo un conflicto con los indígenas, del que se derivó la muerte del jefe de la tribu. Miguel habría ocupado después su lugar, estando aún vivo en el año 1511, pero sin que nada más se sepa acerca de su asombrosa odisea. La leyenda de Dighton pasó así a constituir la base de una discusión histórica en que los defensores y los críticos de la tesis de Delabarre centran sus argumentos [33], habiendo otros, como el almirante Gago Coutinho, que aun reconociendo el dudoso carácter de las palabras de la piedra, no desdeñan la hipótesis de que Miguel Corte Real haya vivido en la actual Rhode Island [34]. El problema se ha centrado en los últimos años en razones de orden sentimental más que científico, que poco aclaran el misterio del final, nebuloso o trágico, de los dos hermanos que alcanzaron y sin duda poblaron la isla de Terranova.

Duarte Pacheco Pereira: ¿Descubridor histórico de Brasil?

Resulta hoy difícil admitir que la costa brasileña no hubiese sido tocada antes de 1494, cuando una parte de aquel territorio era abarcada por la zona portuguesa del Tratado de Tordesillas [35]. Los esfuerzos

[33] Por la posición afirmativa, entre otros autores: Gilberto Marques, *A Pedra de Dighton*, Nueva York, 1930 y Manuel Luciano da Silva, «Os pioneiros portugueses e a pedra de Dighton»: *Boletim Cultural da Câmara Municipal do Porto*, tomo XXXIV, fasc. 3-4 (Porto), 1971, pp. 442-561. Por la negativa, José Maria Cordeiro de Sousa, «A inscrição da pedra de Dighton»: *Arquivo Histórico da Marinha* , vol. I (Lisboa), 1933-1936, pp. 111-115; Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, pp. 356-360; Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, pp. 70-72; A. Alvaro Doria, «Portugueses no descobrimento da América do Norte»: *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. XI (París), 1977, pp. 466-472.

[34] Gago Coutinho, *Gaspar Corte-Real*, pp. 19-20. Eduardo Brazão, *La découverte de Terre-Neuve*, Montréal, 1964. Véase también Américo da Costa Ramalho, «Um elogio em latim contemporâneo de Miguel Corte-Real», *Humanitas*, Coimbra, 25-26 (1973-1974), pp. 3-16.

[35] Fernando Castelo-Branco, «O Tratado de Tordesilhas e o Brasil», *El Tratado de Tordesillas y su proyección*, Valladolid, 1973, pp. 323-328. *Idem*, «Problemática do Tratado de Tordesillas»: *Anais da Academia Portuguesa da História*, II serie, vol. 22 (Lisboa) 1973, pp. 43-51. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, pp. 116-117, niega la hipótesis del descubrimiento anterior de Brasil.

del rey don João II para obtener la ampliación del meridiano divisorio de 250 a 370 leguas al occidente del archipiélago de Cabo Verde sólo tienen justificación por el conocimiento o sospecha de la existencia de tierras en la línea equinoccial, a 35 grados de longitud oeste. Hacer integrar esa porción territorial, de una extensión que apenas se valoraba en esa época, en el hemisferio reservado al reino portugués, constituía una seguridad para la navegación en curso en el Atlántico sur. No se puede creer que la inclusión de una parte del litoral brasileño en el texto del tratado hubiese sido sólo una intuición genial de don João II. Por más vagas que fuesen las noticias de esa tierra, habría bastado la comprobación de uno o más puntos para encubrir su posterior reconocimiento en un acuerdo diplomático de tamaña importancia [36].

Ésta es la razón por la que se cree en la existencia de uno o más precursores de Pedro Alvares Cabral poco antes de Tordesillas, aunque sus nombres sigan siendo un misterio para los historiadores. No puede invocarse ningún argumento en favor de esa conclusión, a no ser la lógica de los hechos que se ligan al tratado de 1494 [37]. Pero no cuesta nada admitir, en la línea del profesor Luciano Pereira da Silva, que el navegante Duarte Pacheco Pereira habría sido el primero en recorrer la costa brasileña y en reconocer algunos de sus puntos en una expedición que puede remontarse a 1498 [38]. Es el gran cosmógrafo quien cuenta que aquel año, el tercero del reinado de don Manuel I, cumplió el encargo de «descubrir la parte occidental pasando más allá de la grandeza del mar océano». El año anterior, Vasco da Gama había realizado el viaje a Oriente a través del llamado «golfão», estableciendo la conexión oceánica entre la isla de Santiago, de donde salió el 3 de agosto, y la bahía de Santa Helena, donde aportó el 7 de noviembre [39]. Ahora bien, nada tendría mejor justificación que encontrar en el trayecto un punto de apoyo a Occidente para asegurar las navegaciones futuras.

[36] Jaime Cortesão, «Os Descobrimentos Pré-Colombinos dos Portugueses», *Obras Completas-VIII*, Lisboa, 1968.

[37] Duarte Leite, «Os Falsos Precursores de Pedro Alvares Cabral», *História da Colonizaçao Portuguesa do Brasil*, vol. I, Oporto, 1921, pp. 109-230, niega que haya algún viaje anterior a la expedición de Cabral.

[38] Luciano Pereira da Silva, «Duarte Pacheco Pereira, precursor de Cabral», *ibidem*, vol. I, pp. 231-260.

[39] Gago Coutinho, «Discussao sobre a rota seguida por Vasco da Gama entre Santiago e São Braz», *A Náutica dos Descobrimentos*, obra citada, vol. I, pp. 334-363.

La existencia de una tierra firme al oeste, para quien llegaba al golfo de Guinea, era vista como casi segura por los nautas de la época, por mencionar sólo al piloto de Vasco da Gama. En el derrotero de Alvaro Velho se registra que el día 18 de agosto de 1497, dispuesto a atravesar la línea del Ecuador, encontró muchas gaviotas: «cuando llegó la noche tiraban contra el suroeste muy vigorosas como aves que iban hacia tierra» [40]. No puede decirse que el piloto recibiera instrucciones en cuanto a la localización de una tierra próxima, pero no hay por qué poner en duda que tuvo de ella la intuición extraída de la experiencia del mar. De cualquier manera, mientras que la escuadra de Vasco da Gama no volvía de Oriente, se comprende que la corona portuguesa haya querido cerciorarse de que podían representar una isla, un archipiélago o un continente en la plataforma fronteriza del Atlántico sur. La expedición de Pacheco Pereira, en 1498, hacía posible confirmar la existencia de ese punto de apoyo a la navegación de la India, como llegó a ser considerado Brasil en los primeros diez años del siglo XVI [41].

Sin proceder al análisis científico del testimonio geográfico del *Esmeraldo de Situ Orbis,* tarea que el profesor Luciano Pereira da Silva realizó con gran maestría [42], ténganse en cuenta algunos datos del valioso informe. El navegante encontró

> una tan grande tierra firme con muchas y grandes islas adyacentes a ella, a 70 grados del Ecuador en dirección Norte. Habría penetrado así en el mar Caribe, viendo de lejos las pequeñas Antillas y, viajando hacia el oeste, las islas de Trinidad y de Tobago. —Añade después—: y del círculo equinoccial vuelve otra vez y avanza en veintiocho grados y medio de latitud contra el polo antártico.

La afirmación supone que Pacheco avistó la zona después llamada de las Guyanas, así como la costa desde la desembocadura del Amazonas al cabo de San Roque. De la comprobación que efectuó se de-

[40] *Roteiro do Piloto de Vasco da Gama,* pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1960, p. 5.

[41] Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis,* 3.ª ed., con anotaciones de Damião Peres, *Academia Portuguesa da História,* Lisboa, 1988.

[42] Véase *supra,* cap. V, nota 38.

duce «la extensión de la tierra», «que iba en circuito por todo su contorno», lo que equivalía a una prolongación en dirección al suroeste. Se podían contar, bajo la línea equinoccial, unos 28 grados de latitud sur, lo que equivalía a la actual zona de Curitiba, con la ventaja de que la tierra era abundante en palo brasil y en «muchas otras cosas» de que iban cargados los navíos hacia el reino [43].

Aunque el testimonio de Duarte Pacheco Pereira no sea el que registró en el año 1498, sino lo que añadió y llegó a ser, en 1505-1507, el texto del *Esmeraldo,* no deja éste de impresionar por la amplitud de los informes y el rigor de la descripción geográfica. Damião Peres llama la atención sobre la circunstancia de que el navegante hubiera confirmado en viajes posteriores la vivencia inicial que obtuvo de Brasil, en un proceso de transposición que puede inducir a un error en cuanto a la veracidad del parecer de 1498. De igual modo, sin negar su autoridad científica, Duarte Leite puso las mayores reservas a la versión de Pacheco, considerando que éste se refería a La Florida y no a Brasil [44]. Pero, en una época en que los nautas hacían en una expedición centenares de leguas, no causa asombro que Duarte Pacheco hubiese recorrido tan minuciosamente el norte y una gran parte del litoral oeste de lo que sería Brasil. Menos cuesta aceptar el viaje de reconocimiento que don Manuel I le ordenó, en la época en que el regreso próximo de Vasco da Gama habría de plantear problemas a la navegación de la India, en cuanto a las rutas marítimas y a los puntos de apoyo en el gran océano [45].

Viajes de los andaluces en las costas de Brasil

Tiene sentido, pues, atribuir a Duarte Pacheco Pareira el descubrimiento histórico de Brasil, en 1498, y ello sin hablar de expediciones de nautas portugueses, anteriores a 1494, que la historia ha silenciado. De igual modo no ha de negarse la realización de otros viajes al continente suramericano por parte de marineros andaluces que pretendían

[43] *Esmeraldo de Situ Orbis,* parte I, cap. 2.°, pp. 20-21.
[44] «Duarte Pacheco e o Brazil», *Descobridores do Brazil,* Oporto, 1931, pp. 7-27.
[45] Gago Coutinho, *A Náutica dos Descobrimentos,* vol. I, pp. 424-425.

competir con el éxito de Cristóbal Colón. El descubrimiento del Nuevo Mundo planteó inmediatos problemas a la corona española en cuanto a la exclusividad de los privilegios que le fueron otorgados al navegante genovés. Los Reyes Católicos tenían interés en extender el dominio en las tierras descubiertas por las ventajas económicas, religiosas y sociales que extraían del encuentro con las Américas. Llegaban a la corte las más variadas presiones de sociedades mercantiles solicitando la libertad de navegación en el Atlántico Occidental. La autorización fue dada en 1495, aunque el almirante hubiese obtenido la concesión de que las otras expediciones no podrían ingresar en el espacio colombino. En palabras de Morales Padrón, «la corona percibe cómo las mercedes otorgadas a Colón comienzan a ser un estorbo y algo improcedentes» [46]. Por ello, a partir de 1497, los Reyes Católicos autorizaron a los nautas de Andalucía a ir al Mediterráneo americano, situado entre el mar Caribe y el golfo de México [47].

Suelen relacionarse con el descubrimiento de Brasil tres viajes de los años 1499-1500, aunque deberían integrarse con más rigor en la penetración que los andaluces hicieron en el Caribe. La primera expedición se debió a la compañía formada por el noble Alonso de Ojeda, el piloto y cartógrafo Juan de la Cosa y el mercader florentino Américo Vespucio, estando la escuadra compuesta de cuatro velas que salieron del Puerto de Santa María el 18 de mayo de 1499. Siguiendo el trayecto del tercer viaje colombino, llegaron al mar de las Antillas, donde la flota se desvió hacia el suroeste, avistó las islas de Tobago y, ya cerca del continente, a través del estrecho o boca del Dragón, penetró en la península de Paria, a 11 grados de latitud norte. Mientras que Ojeda se dirigía a Haití, Vespucio tomó la dirección del sureste, pasando a lo largo del delta del Amazonas y continuando hacia el cabo de San Roque, que descendió hasta seis grados de latitud sur. Hoy se considera el viaje como un producto de la fantasía vespuciana en su intento de arrogarse el privilegio de haber sido el primer nauta en desembarcar en Brasil [48].

[46] *Historia del descubrimiento y conquista de América,* 5.ª ed., Madrid, 1990, p. 140.

[47] Demetrio Ramos, *Los viajes españoles de descubrimiento y rescate,* Valladolid, 1981.

[48] António Ballesteros Beretta, *El cántabro Juan de la Cosa y el descubrimiento de América,* 2.ª ed., Cantabria, 1987, pp. 91 y ss. Roberto Levillier, *Américo Vespucio. El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos,* Buenos Aires, 1951. Luciano Formisano, *Amerigo Vespucci: Cartas de viaje,* Madrid, 1986.

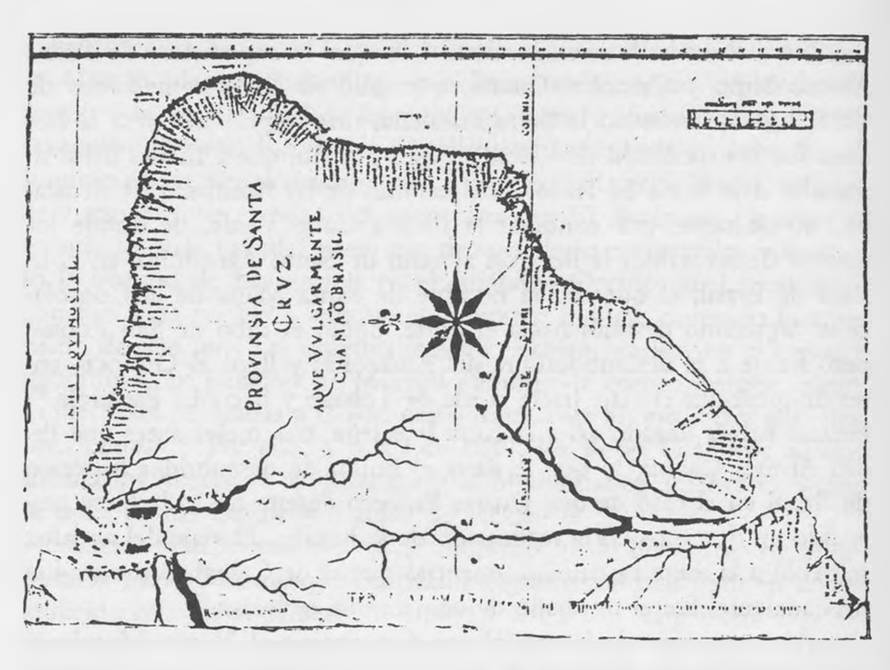
No habiendo la menor certeza de que la expedición de Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra, que salió de Palos a mediados de 1499, hubiese avistado la tierra brasileña, más importante para la historia fue la expedición de Vicente Yáñez Pinzón, que a finales del mismo año dejó la ría de Tinto-Odiel camino de las Antillas. El viaje acabó, no obstante, por conducir la flota a Cabo Verde, de donde los vientos desfavorables la llevaron al cabo de Santo Agostinho, en el litoral de Brasil, al que dio el nombre de Santa María de la Consolación. Siguiendo después hacia el norte, dobló el cabo de San Roque, pasó frente a la desembocadura del Amazonas y llegó al Orinoco, antes de proseguir el viaje hacia la isla de Tobago y hacia La Española [49]. Pinzón habría llegado así a la costa brasileña, tres meses antes que Pedro Alvares Cabral, lo que le daría el honor de descubridor histórico de Brasil en el caso de que Duarte Pacheco Pereira no lo hubiese precedido en dos años en la realización de la hazaña. El viaje del andaluz se debió a la mera casualidad, mientras que el de Cabral, como se dirá más adelante, fue el resultado de una misión exclusiva [50].

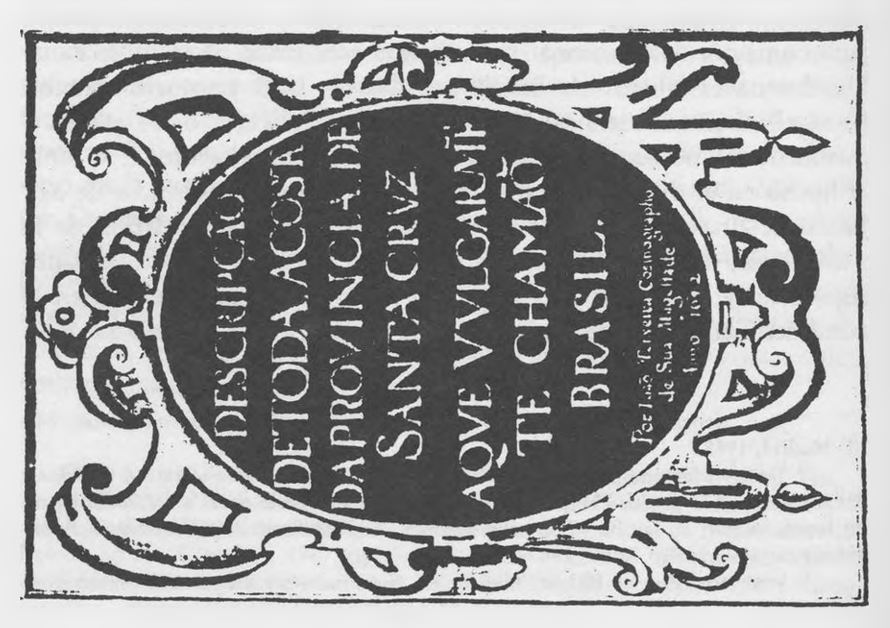
Al tercer viaje de los andaluces con destino al Nuevo Mundo se liga el nombre de Diego de Lepe, natural de Palos y hombre sin preparación náutica, que obtuvo los buenos oficios del obispo Fonseca para conseguir de la corona española una expedición al golfo de Paria. Sus dos naves salieron de Sevilla a finales de 1499 y tomaron rumbo hacia el sureste hasta alcanzar el río de San Julián, a ocho grados y medio de latitud sur. Si la efeméride coincide con el santoral, se sitúa el hecho en el día 16 de marzo, en que se celebra el sacrificio de San Julián de Anasarbo, que fue en nuestra era uno de los mártires de la persecución de Licinio. Diego de Lepe subió después al cabo de Santo Agostinho y, a la altura del cabo San Roque, desistió de entrar en la zona del Caribe para regresar a la tierra andaluza [51]. A semejanza de lo

[49] Juan Manzano Manzano, *Los Pinzones y el descubrimiento de América,* vols. I-II-III, Madrid, 1988.

[50] Tomás Marcondes de Sousa, *O Descobrimento da América e a suposta prioridade dos portugueses,* São Paulo, 1944, se inclina a favor de viajes anteriores a 1500, sosteniendo la misma tesis en la obra *O Descobrimento do Brasil de acordo com a documentação histórica e cartográfica,* São Paulo, 1945.

[51] Francisco Morales Padrón, *Historia del descubrimiento y conquista de América, op. cit.,* p. 148.





Manuscrito de la Biblioteca da Ajuda.

que ocurrió con Vicente Pinzón, también el paso de Lepe por la costa brasileña tiene que considerarse episódico, por no haberse traducido en ningún hallazgo seguido de reconocimiento. Por tal motivo, la versión de que los dos nautas de Andalucía descubrieron Brasil no cuenta con la necesaria comprobación histórica [52].

El descubrimiento oficial de Brasil (1500)

El hallazgo de la tierra brasileña se produjo el 22 de abril de 1500, cuando la flota comandada por Pedro Alvares Cabral, que se dirigía a Oriente, después de zarpar de Cabo Verde tomó rumbo hacia el suroeste y acabó anclando en una bahía a 17 grados de latitud sur, no lejos de una elevación a la que dieron el nombre de Monte Pascual. El jefe de la expedición bautizó el lugar como Puerto Seguro, que corresponde hoy a la ciudad de Cabralia [53]. La tradición de que la escuadra fue atraída por los vientos hacia aquel punto de la costa carece de todo fundamento, porque no había ninguna sorpresa en la ruta que la flota tomó para el reconocimiento de tierras al suroeste [54]. Contra la doctrina del azar, que nadie puso en duda hasta el siglo XIX, se convirtió en una certeza el carácter intencional del descubrimiento, el cual revistió la forma de un viaje oficial para comprobar la existencia de la tierra brasileña. La realidad histórica, pues, obliga a considerar que sólo entonces Brasil nació para el mundo [55].

Cabral bautizó entonces la tierra visitada con el nombre de Vera Cruz, teniendo en cuenta que la instalación en ella se había producido en época de Pascua [56]. En la célebre carta a los Reyes Católicos, del

[52] Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, Oporto, 1943, pp. 411-412. Luís de Albuquerque, *Os Descobrimentos Portugueses*, Lisboa, 1982, pp. 161-162.

[53] Pedro Calmón, *História do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro, 1971, pp. 58-59.

[54] «Carta de Pero Vaz de Caminha», edición de *Os Sete Unicos Documentos de 1500, conservados en Lisboa, referentes à viagem de Pedro Alvares Cabral*, pub. A. Fontoura da Costa, Lisboa, 1940, p. 66, doc. VI.

[55] Pero Vaz de Caminha, en su carta al rey don Manuel, menciona «la nueva del hallazgo de esta vuestra tierra nueva que en esta navegación se halló», *ibidem*, p. 66. El escribano finaliza: «Y como ahí no hubiese otra cosa, tener aquí esta posada para esta navegación de Calicut», *ibidem*, p. 91.

[56] Carta de Pero Vaz de Caminha, p. 67: «al cual monte alto el capitán le puso el nombre de monte Pascual y a la tierra la tierra de la Vera Cruz...».

año 1501, el rey don Manuel la llamaría tierra de Santa Cruz, manteniendo el sentido religioso que fuera entrevisto por el navegante. A partir de 1503, con las expediciones de propósito mercantil a otros puntos del litoral, la designación de «tierra del brasil» prevaleció sobre las anteriores, a causa de la madera de color rojizo que existía con abundancia en el mundo tropical y que Europa codiciaba para fines de tintorería y de mobiliario [57]. Pero si la designación de Brasil permaneció como realidad política y geográfica, no por ello el segundo nombre dejaría de mantenerse en las formas de la religión y de la cultura, al considerar a la provincia de Santa Cruz como la verdadera expresión histórica de Brasil [58].

Antes de seguir viaje hacia el Cabo de Buena Esperanza, lo que se produjo el día 2 de mayo, los diferentes capitanes enviaron cartas a Lisboa para informar del viaje hasta Puerto Seguro, de la naturaleza de la tierra encontrada y de las costumbres y hábitos de sus habitantes. Se han perdido esas fuentes documentales y sólo se conservan la carta del escribano de la nave capitana, de nombre Pero Vaz de Caminha, dirigida al rey don Manuel I con «la nueva del hallazgo de esta vuestra tierra nueva». Este texto fue definido por Capistrano de Abreu, con entera justicia, como «la carta de bautismo de Brasil». El notable historiador llamó la antención sobre la novedad, al mismo tiempo de valor histórico y literario, de que un país hubiese encontrado el primer cronista en el momento de su revelación al mundo. Por ello considera la carta de Pero Vaz de Caminha, en una hermosa alegoría, como «la partida de nacimiento labrada al borde de la cuna de una nacionalidad futura» [59].

Además de constituir un diario minucioso del viaje, la carta del escribano de bordo se impone por la belleza de la descripción, por la

[57] Sobre las variantes del topónimo, Pedro Calmón, *História do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro, 1971, pp. 85-86.

[58] Los clásicos portugueses del siglo XVI así lo mencionaron: Camoens, *Os Lusíadas*, canto X, estrofa 140. Pedro de Magalhães Gandavo, *História da Província de Santa Cruz*, Lisboa, 1576. João de Barros, *Asia*, Década I, libro 5, cap. II: «/artes del demonio/ que trabajan para que este nombre /Brasil/ quede en la boca del pueblo y que se pierda el de Santa Cruz». Joaquim Veríssimo Serrão, «Brazil. Organización y terminología política», *Iberoamérica. Una comunidad*, tomo I, Madrid, 1989, pp. 341-342.

[59] J. Capistrano de Abreu, *O Descobrimento do Brasil*, ed. Anuário do Brasil, Río de Janeiro, 1929, pp. 238-239.

amenidad del estilo y por el tono casi profético con que traza en ella la visión futura de la grandeza de Brasil:

> Esta tierra, señor, me parece que de la punta que más contra el sur vimos a la otra punta que contra el norte viene que nosotros de este puerto hemos visto, será tamaña que habrá en ella unas veinticinco leguas por costa. Tiene, a lo largo del mar, en algunas partes, grandes barreras, de las rojas, de las blancas; y la tierra por encima toda llana y muy llena de grandes arboledas. De punta a punta es todo playa con palmeras, muy llana y muy hermosa.

Y, continuando la descripción de la tierra brasileña, Pero Vaz de Caminha enriquecía así el relato visual:

> Por el sertón nos pareció, vista desde el mar, muy grande, porque, aguzando la vista, no podíamos ver sino tierra con arboledas que nos parecía muy larga /.../ La tierra es en sí de muy buenos aires, fríos y templados /.../ Las aguas son muchas, infinitas. Y de tal manera es graciosa que, queriéndola aprovechar, daráse en ella todo, por bien de las aguas que tiene [60].

Brasil hasta el año 1530

Brasil se convirtió en una escala de la navegación con destino a Malabar, por lo que las flotas que salían anualmente del Tejo, por lo menos hasta el año 1506, se detenían casi siempre en la costa brasileña [61]. La corona enviaba también expediciones para el desbrozo de la tierra, y se sabe que nautas como André Gonçalves, Gonçalo Coelho y el italiano Vespucio recorrieron el litoral al norte de Cabo Frío. Sucedió que grupos comerciales obtuvieron autorización para el corte de madera, siendo destacable el viaje de 1504, por iniciativa del gallego Fernão de Noronha, que procedió al transporte de grandes can-

[60] «Carta de Pero Vaz de Caminha», ed. A. Fontoura da Costa, p. 102.
[61] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 15-16.

tidades de palo brasil a Lisboa [62]. A ese hidalgo mercader o a uno de sus capitanes se le debería el hallazgo de la isla que, desde el siglo XVIII, comenzó a ser conocida por su nombre. Pero de las expediciones que entonces se hicieron para el corte de madera, la más importante fue la de la nave *Bretona,* que en 1511 ancló en la zona del cabo Frío y mantuvo íntimo contacto con los indios de la región.

Mientras tanto continuaba la navegación a lo largo de la costa para ampliar la zona descubierta en la dirección meridional. En 1512 ya se había llegado al Río de la Plata, teniendo en cuenta las navegaciones entonces efectuadas por hábiles marinos como Afonso Ribeiro, João de Lisboa y el castellano Juan Díaz de Solís. Todos recorrieron la costa brasileña pensando todavía que se trataba de una inmensa isla, pero sin captar la dimensión geográfica de la tierra firme por no atreverse a penetrar más en su interior [63]. Las instrucciones recibidas ordenaban el reconocimiento del litoral, pero aún no la ocupación de la tierra, en una tarea con fines exclusivamente náuticos para la confección de derroteros y de cartas de marear [64]. No era posible que la corona portuguesa, volcada a la constitución del Estado portugués de la India, dispusiese de medios humanos y técnicos, sin olvidar tampoco los financieros, para lanzarse a la colonización de un territorio de perfil geográfico aún mal definido [65].

El viaje de circunnavegación de Fernão de Magalhães, que se inició el 20 de septiembre de 1519 en el puerto de San Lúcar de Barrameda, tenía que utilizar la costa brasileña como lugar de escala. A finales de noviembre, la flota llegó a un punto entre los cabos de San Roque y Santo Agostinho, dobló después el Cabo Frío y entró en la

[62] Carta regia a Fernão de Noronha, del 16 de enero de 1504, donándole la isla de São João, que él había descubierto. Damião Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses,* Oporto, 1943, pp. 426-427.

[63] António Baião, «O comércio do pau-brasil»: *Historia da Colonizaçao Portuguesa do Brasil,* vol. II, Oporto, 1922, pp. 343-353. Joaquim Verissimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, pp. 24-25.

[64] F. M. Esteves Pereira, «O descobrimento do Rio da Prata»: *ibidem,* vol. II, pp. 359-378. *Livro da Marinharia. Tratado da Agulha de Marear de João de Lisboa,* pub. Jacinto Ignacio de Brito Rebelo, Lisboa, 1893. José Toribio de Medina, *Juan Díaz de Solís,* tomo I, Santiago de Chile, 1897, pp. 244 y ss.

[65] Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal,* vol. III (1495-1580), Lisboa, 1978, p. 129.

Reproducción de la primera página de la carta de Pero Vaz de Caminha sobre el hallazgo de Brasil, 2 de mayo de 1500 (Archivo Nacional de la Torre de Tombo).

bahía de Guanabara el 13 de diciembre, día de Santa Lucía. El capitán mayor y sus compañeros fueron conducidos allí por el piloto João Lopes de Carvalho, que había formado parte de la tripulación de la nave *Bretona* y varias veces se había desplazado a la región del Cabo Frío, donde tenía un hijo de una amerindia [66]. Si no fue Carvalho el descubridor de Guanabara, de ella ya tenía conocimiento cuando llevó a la flota de Magalhães a hacer aguada en el interior de esa bahía. Como la escuadra pasó allí la fiesta de Navidad y no siguió su marcha hacia el sur hasta el 27 de diciembre, ese argumento nos ha servido para ligar el topónimo Río de Janeiro con el paso de Magalhães por la zona de Guanabara [67].

La noticia de que los portugueses se habían instalado en Brasil, tierra de promisorias riquezas, corrió pronto en Europa con la versión del nuevo Edén que el hombre renacentista ansiaba descubrir. Los corsarios franceses comenzaron a rondar la costa brasileña para captar la simpatía de los nativos y para el corte de madera que después vendían en los mercados europeos. El monopolio de la corona portuguesa se vio así seriamente amenazado, lo que llevó al rey don João III a enviar algunas flotas para defender la tierra de la codicia ajena. No se trataba sólo del comercio clandestino, sino de la amenaza que los mercaderes de Bretaña y de Normandía representaban para el futuro del Brasil portugués, dado su entendimiento con varias tribus de amerindios. La zona en peligro se situaba al norte del cabo de Santo Agostinho, por citar sólo la expedición Pélerine a la costa de Pernambuco [68], sirviéndose los franceses de la ayuda de pilotos y cartógrafos portugueses que habían sido incitados por los agentes de François I [69].

Era la supervivencia de Brasil como dominio de la Corona de Portugal lo que parecía ponerse en juego hacia el año 1530. Tan grave situación sólo podía resolverse dedicándose al mayor poblamiento del

[66] *Idem, O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 29-30.

[67] *Idem, ibidem*, pp. 31-35. Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, versión castellana de Federico Ruiz Morcuende, Madrid, 1941, p. 48.

[68] Charles de la Ronciere, *Histoire de la Marine Française*, vol. II, París, 1923, p. 280.

[69] Tal es el caso del piloto Pero de Sorpa, aprisionado en los mares de Brasil en 1531. *O Processo na Inquisição de Mestre João da Costa*, pub. Mário Brandão, Coimbra, 1944, pp. 303-304. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, p. 38.

territorio, en un proyecto de colonización que alejase la presencia de los franceses. Pero no sólo se debía vencer esa competencia, pues los nautas al servicio de Castilla, que iban y venían de las tierras del Río de la Plata, manifestaban el deseo de ocupar los puntos situados al sur del Cabo Frío. El viaje de Cristóvão Jacques, a quien el rey don João III envió en 1527 a Brasil, ya había tenido el doble objetivo de poner término a las ambiciones de los conquistadores españoles y a la instalación en la costa de los corsarios normandos y bretones [70]. La corona portuguesa sintió entonces el gran designio de dominar la tierra brasileña con la instalación de un gran número de colonos. A ellos les correspondería la custodia del litoral y la defensa del interior, haciendo de Brasil no un centro apetecible de comercio sino un área territorial de la obediencia de los reyes de Portugal [71].

Del sistema de las capitanías al gobierno general (1532-1548)

Así se justifica que el rey don João III diese instrucciones a Martim Afonso de Sousa para capitanear una flota que salió del Tejo el 3 de diciembre de 1530. Como piloto de la expedición iba Pero Lopes de Sousa, hermano del comandante, a quien se debe el célebre *Diario de Navegación*, que constituye una de las fuentes esenciales de la historia coetánea de Brasil [72]. Se imponía reconocer todo el litoral brasileño, a fin de que la corona asentase las bases de la soberanía en el territorio, única manera de impedir el acceso de mercaderes extraños y, al mismo tiempo, para edificar fortalezas en los puertos y descubrir nuevos puntos de instalación. Se imponía también, en los lugares estratégicos, colocar padrones de piedra que sirviesen de hito de posesión de la corona portuguesa. La expedición de Martim Afonso de Sousa sería el fundamento de la primera organización territorial de

[70] *Historia da Colonizaçao Portuguesa do Brasil*, vol. III, Oporto, 1924, pp. 71-77. Capistrano de Abreu, *Capítulos de Historia Colonial (1500-1800)*, 4.ª ed., pub. José Honorio Rodrigues, Río de Janeiro, 1954, pp. 84-87-228-285.

[71] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, p. 40, nota 95.

[72] *Diario de Navegaçao de Pero Lopes de Sousa (1530-1532)*, pub. A. Teixeira da Mota, lectura de Jorge Morais Barbosa, Lisboa, 1968. *Idem*, pub. Jaime Cortesão, *Pauliceae Lusitana Monumenta Historica*, vol. I, Lisboa, 1954, pp. 431. 512.

Brasil, creando el sistema de los capitanes donatarios para el establecimiento de núcleos poblacionales y la eficiente explotación de las riquezas agrícolas [73].

La inspección del litoral se desarrolló entre el 17 de febrero de 1531, fecha de la llegada al río de Pernambuco, y noviembre del año siguiente, cuando el navío de Diogo Lopes de Sousa, de vuelta al reino, navegó en dirección a Cabo Verde. La descripción de la costa obedeció al criterio geográfico de la precisión en leguas que en la época era posible. Ningún accidente del relieve marítimo dejó de ser señalado por el hermano de Martim Afonso, lo que proporcionó a la corona de don João III la dimensión exacta del territorio que había que poblar y defender. Desde ese momento no podía haber dudas en cuanto a la inversión humana y técnica a realizar en Brasil, a fin de garantizar en la tierra de Santa Cruz la permanencia de la soberanía portuguesa. Con los datos obtenidos, el rey don João III pudo, el 28 de septiembre de 1532, informar de su intención de dividir el territorio en capitanías, comenzando en la región del Pará, en pleno Ecuador, hasta el territorio de Santana, a 30 grados de latitud sur [74].

El territorio brasileño fue dividido así en 15 capitanías, que correspondían a zonas horizontales de 50 leguas de costa, con la excepción de San Vicente, donde se contaban 100 leguas. Los capitanes debían llevar pobladores, animales, semillas y utensilios agrícolas para proceder al cultivo de la tierra que se les concedía a título vitalicio. Sin embargo, muchos colonos exigieron más garantías para instalarse en Brasil, por lo que la corona tuvo que confirmar las donaciones como hereditarias, ofreciendo a los capitanes al mismo tiempo el dominio directo y legítimo de las áreas recibidas. Así se cumplía el objetivo de don João III de «poblarse toda esta costa de Brasil». Algunos nobles, capitanes de la India y funcionarios regios, fueron tenidos en cuenta en la distribución, y debe destacarse que a Martim Afonso de Sousa le correspondió la capitanía de Río de Janeiro y a su hermano Diogo Lopes las de San Vicente, Santo Amaro e Itamaracá. Era un régimen de

[73] «Cartas de donación», pub. *História da Colonização Portuguesa do Brasil,* vol. III, pp. 221-258.

[74] Tal hecho se desprende de la carta regia del 28 de septiembre de 1532, pub. *História da Colonização Portuguesa do Brasil,* vol. III, pp. 160-161. Paulo Merea, «O regime feudal das donatarias», *ibidem,* pp. 167-168.

propiedad de tipo feudal, pero en el que los capitanes donatarios no podían acuñar moneda y tenían restricciones en la administración de la justicia [75].

El sistema funcionó hasta 1548, pero sin impedir que los corsarios mantuviesen una constante amenaza sobre el litoral y penetrasen con frecuencia en el interior, gracias a la ayuda de las tribus indígenas. Los donatarios eran demasiado egoístas al tener sólo en cuenta los intereses de las respectivas capitanías, sin la visión de conjunto que la unidad de Brasil requería. Los franceses seguían cargando madera y compitiendo con la autoridad portuguesa, en un momento en que la corona de don João III vivía absorbida por el mantenimiento de la vía de las Indias y con el futuro de las plazas de Marruecos. Si la situación militar de Brasil se tornó difícil en la década de 1530, diez años después ya era el problema de la supervivencia frente al poderío de los franceses el que se le planteaba al rey de Portugal [76]. De Brasil llegaban al reino constantes llamadas para el envío de hombres y municiones, sin que el monarca pudiese auxiliar a las capitanías, cada una librada a su destino y sin poder contar con el apoyo de los otros capitanes.

Pedro de Campos Tourinho, donatario de Puerto Seguro, advertía en julio de 1546 a don João III en cuanto a la amenaza que se cernía sobre Brasil. Las capitanías no tenían fuerza para resistir ataques de tamaña envergadura, para colmo con la ayuda financiera de la corona de Francia, lo que era un presagio de la «destrucción de todo Brasil» [77]. A su vez, redoblando la audacia de los corsarios al sur del cabo de Santo Agostinho, las precarias condiciones de defensa ponían a la región a merced de los atacantes. Con la lúcida visión del peligro, el capitán Luís de Góis advertía al monarca: «Si con tiempo y brevedad Vuestra Alteza no socorre a estas capitanías y costa de Brasil, aunque nosotros perdamos las vidas y las haciendas, vuestra alteza perderá la tierra» [78]. Era el problema del futuro de Brasil el que se le planteaba a la corona portuguesa en la quiebra de la unidad política que don João III quería mantener en el territorio. Tan grave situación exigía una respuesta

[75] Paulo Merea, *ibidem*, p. 221.

[76] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, pp. 43-46.

[77] *História da Colonização Portuguesa do Brasil*, vol. III, Oporto, 1924, pp. 266-267, n.º XI.

[78] «Carta de S. Vicente, 12 de mayo de 1548», pub. *ibidem*, vol. III, p. 259, n.º I.

pronta y no tardó en encontrarla el gran monarca, que comprendió la importancia de Brasil en el cuadro ultramarino portugués.

La creación del gobierno general (1548)

Se imponía crear una unidad política, administrativa y militar en torno de un gobernador general que fuese una especie de virrey en el extenso territorio de Brasil, aunque sin el título correspondiente. Debía ejercer la autoridad que provenía de la propia Corona, con amplios poderes sobre los capitanes donatarios, vigilando la costa hacia el norte y hacia el sur y fomentando el progreso social y agrícola de las diferentes regiones [79]. Los corsarios debían ser apartados del litoral brasileño y había que crear nuevos poblados para la instalación de los colonos que llegaban del reino buscando mejor suerte en los parajes del continente americano. Fiel al mensaje del espíritu evangelizador, don João III quería también proceder a la acción misionera en Brasil, cumpliéndose el voto de Pero Vaz de Caminha de que «el mejor fruto que en ella /en la tierra/ se puede hacer me parece que será salvar a esta jente y ésta debe ser la principal simiente que vuestra alteza en ella debe echar» [80]. Este conjunto de razones impulsó sin duda al rey de Portugal a lanzar un proyecto de futuro para garantizar la unidad del Brasil portugués.

Se creaba así el sistema del gobierno general, correspondiéndole esa función al noble y militar Tomé de Sousa, que desembarcó en la bahía de Todos los Santos el 29 de marzo de 1549. Con él iban tres altos funcionarios para ayudarlo en el gobierno: António Cardoso de Barros, como proveedor mayor de Hacienda; el doctor Pedro Borges, como oidor general de Justicia; y Pedro de Góis, encargado de la defensa de Brasil, con el título de capitán mayor de la costa. El gobernador general estaba además acompañado por el padre Manuel da Nóbrega y cuatro jesuitas más, que tenían la tarea de evangelizar el nuevo Estado. Pero el ejercicio de la autoridad no dependía sólo de la persona nombrada para imponerla, ya que era fundamental encontrar una

[79] Serafim Leite, *Cartas do Brasil e mais escritos do Padre Manuel da Nóbrega*, Coimbra, 1955, p. 18.

[80] «Carta de Pero Vaz de Caminha», pub. *Os Sete Unicos Documentos*, Lisboa, 1940, p. 106.

sede de gobierno que fuese el centro de la vida política y administrativa de Brasil. Tomé de Sousa llevaba instrucciones regias en ese sentido y pronto se dispuso a cumplirlas, con la fundación, el 31 de marzo de 1549, de la ciudad que recibió el nombre de Salvador [81].

En el lugar del desembarque vivían unos 50 colonos y varios centenares de aborígenes cuya reducción constituía una tarea prioritaria. El gobernador general subió al monte vecino al océano y en él encontró las condiciones adecuadas para establecer el nuevo burgo. A través del testimonio del padre Manuel da Nóbrega puede reconstituirse el simbolismo de la ceremonia que correspondía, en el calendario litúrgico, al cuarto domingo de la Cuaresma. Después de la celebración de la misa, los habitantes pusieron manos a la obra abriendo las calles, construyendo las primeras casas y levantando las iglesias de la Ayuda, de Nuestra Señora de la Concepción y de Santa Lucía [82]. La elevada posición disponía de buena agua y en ella se hizo posible la construcción de una sólida fortaleza. Se había encontrado la mejor capital posible para imponer la soberanía portuguesa, mucho más porque la navegación del reino se dirigía a la ciudad de El Salvador, la cual podía considerarse el eje del péndulo que ligaba a las capitanías del norte con las del sur. El gobernador general tenía así la posibilidad de cubrir con su acción política el conjunto del territorio descubierto [83].

Tomé de Sousa no tardó en apartar de la costa a los corsarios, dando apoyo militar a las capitanías y esforzándose en desarrollar los mecanismos de la administración pública. Entretanto, la corona había obtenido de Roma la creación del primer obispado de Brasil en la persona de don Pedro Fernandes Sardinha, que se instaló en la ciudad de El Salvador [84]. La designación prueba lo atento que don João III estaba a

[81] «Carta de Fernão Alvares de Andrade al rey don João III, Lisboa, 24 de enero de 1549», pub. Pedro de Azevedo, «Documentos para a História do Brasil. Thomé de Sousa e sua Família»: *Revista de História*, vol. 4 (Lisboa), 1915, pp. 69-70, n.° VIII.

[82] «Carta del padre Manuel da Nóbrega al maestre Simao Rodrigues, Bahía, 1.ª quincena de abril de 1549, pub. Serafim Leite, *Cartas do Brasil e mais escritos do Padre Manuel da Nóbrega*, Coimbra, 1955.

[83] «Carta del oidor de Brasil, Porto Seguro, 7 de febrero de 1549», pub. Pedro de Azevedo, *Documentos, loc. cit.*, pp. 71-73, n.° X.

[84] Se encuentran datos para su biografía en Serafim Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. II, Lisboa, 1938, pp. 515-522. Varnhagen, *História Geral do Brasil*, 4.ª ed., con revisión y notas de Rodolpho Garcia, São Paulo, 1948, vol. I, pp. 444-446.

las necesidades de la evangelización, para lo cual disponía de la aplicada labor de la Compañía de Jesús, que tenía al frente a la figura del padre Manuel da Nóbrega, hoy considerado el primer apóstol de Brasil [85]. La defensa del litoral contra los mercaderes franceses, la creación de núcleos de poblamiento y la obra misionera, deben contarse entre las realizaciones positivas del gobernador Tomé de Sousa, que en 1552 cesó en el ejercicio del cargo [86]. En él fue sustituido en 1553 por el noble don Duarte da Costa, que no reveló estatura política ni militar para el desempeño de sus funciones [87]. Tal situación dio origen a que un grupo de calvinistas franceses, dirigidos por Nicolás de Villegaignon, se apoderase en 1555 de la bahía de Guanabara, con el objetivo de hacer de aquella zona meridional el centro de la Francia Antártica.

A partir de 1557 fue entregado el gobierno general a Mem de Sá, que llegaría a ser el gran artífice de la unidad del Brasil portugués, lo que llevó al historiador Carlos Malheiro Dias a llamarlo «el Afonso de Albuquerque de Occidente». Era un jurista de formación, que había obtenido la licenciatura en la universidad de Salamanca y había ejercido después las funciones de desembargador de la Corona, lo que le permitió revelar en Brasil cualidades sin par como jefe militar y celoso administrador [88]. Aunque el periodo de gobierno general estaba previsto para tres o cuatro años, Mem de Sá se mantuvo durante tres lustros al frente de los destinos del Estado. Gracias a él aumentaron los núcleos de población, surgieron más ingenios de azúcar, se explotaron mejor las riquezas de la tierra, se pacificaron muchas tribus amerindias hostiles a la soberanía portuguesa, sin olvidar la notable obra misionera a la que el gobernador Mem de Sá consagró los mayores desvelos [89].

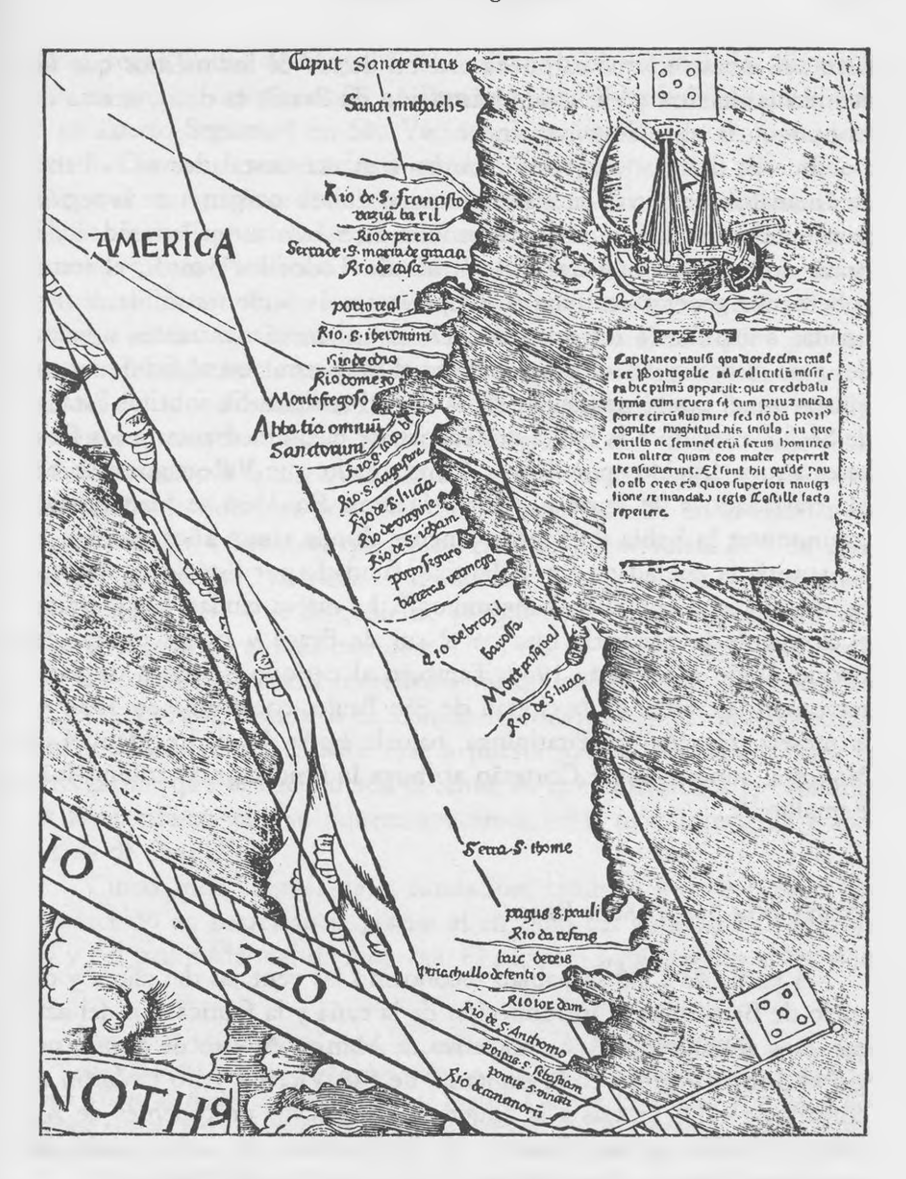
[85] Véanse de Serafim Leite, *Nóbrega e a fundação de São Paulo*, Lisboa, 1953; *idem, Novas Páginas de Historia do Brasil. Subsídios para a Historia portuguesa*, n.º 7, Academia Portuguesa da Historia, Lisboa, 1962, pp. 29-134.

[86] Carta del obispo don Pedro Fernandes Sardinha al rey don João III, Salvador, 11 de abril de 1554», pub. *Historia da Colonização Portuguesa do Brasil*, vol. III, pp. 368-369, n.º XV.

[87] La carta de designación de don Duarte da Costa es del 1 de marzo de 1553, pub. *ibidem*, vol. III, pp. 366-367, n.º XIII.

[88] Joaquim Veríssimo Serrão, *Portugueses no Estudo de Salamanca*, vol. I (1250-1550), Lisboa, 1962, pp. 189-191. Gabriel Soares de Sousa, *Notícia do Brasil*, Biblioteca Historica Brasileira, vol. XVI, tomo I, cap. LIII, São Paulo, sin fecha, p. 196.

[89] Serafim Leite, *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*, vol. I, pp. 391-394 y 400-410. *Idem, Novas Páginas de Historia do Brasil*, Lisboa, 1962, p. 120.



Detalle del *Mapamundi de Waldseemüller*, de 1507, en que por primera vez se da al Nuevo Mundo el nombre de América. Se señalan las zonas españolas y portuguesas (con las respectivas banderas, aunque en este detalle figura sólo la de Portugal), aparecen topónimos de Brasil en el imperfecto dibujo del litoral, resultado de los primeros viajes de reconocimiento. Reproducido de la *História da Colonizaçao Portuguesa do Brasil*, vol. II.

Resultará escaso lo que se pueda escribir acerca de los méritos que reveló en la defensa y en la administración de Brasil, es decir, acerca de su portentosa obra de gobernante.

En ella destaca la expulsión de los franceses instalados en la bahía de Guanabara y que disponían del apoyo de los indígenas de la región para desalojar a los portugueses, poniendo así en juego la unidad del Brasil portugués. Instalado en la bahía de Todos los Santos, el tercer gobernador general centraba su empeño en las acciones militares destinadas a expulsar a los invasores. Dirigió al reino constantes solicitudes para el envío de soldados y material de guerra con el fin de reconquistar aquel punto neurálgico de la costa brasileña. Su sobrino Estácio de Sá fue enviado a la bahía de Guanabara para amedrentar a los franceses ahora dirigidos por Bois-le Conte, dado que Villegaignon se había trasladado a su corte a pedir refuerzos. En 1560 se hizo posible reconquistar la bahía de Río de Janeiro, donde cinco años después se construiría la ciudad de San Sebastião, fundada por Estácio de Sá, que murió en lucha contra los amerindios [90]. La nueva ciudad llegaría a ser el florón de la presencia lusa en el sur de Brasil y futura capital del Estado desde 1763 hasta 1960. También al período de Mem de Sá se remontan las raíces de la ciudad de São Paulo, construida en 1554 en la meseta (*planalto*) de Piratininga, bajo la égida del padre Manuel da Nóbrega, aunque Jaime Cortesão atribuya la fundación al colono João Ramalho [91].

El rey don Sebastião y Brasil

A partir de 1530 se habían reconocido las ventajas del clima y del suelo de Brasil para la introducción de la caña y la fabricación del azúcar. Dos años después, por iniciativa de Martim Afonso de Sousa, surgió el primer ingenio en la capitanía de São Vicente y no tardaron en construirse otros gracias a la afluencia de esclavos procedentes de Angola, de la isla de São Tomé y, de igual modo, de Cabo Verde. En

[90] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século* XVI, vol. I, Lisboa, 1965, pp. 108-120.

[91] Serafim Leite, *Nóbrega e a Fundação de São Paulo*, Lisboa, 1953. Jaime Cortesão, *A Fundação de São Paulo. Capital Geográfica do Brasil*, Río de Janeiro, 1955.

1573, según Pedro de Magalhães Gândavo, había 62 ingenios distribuidos así por las capitanías: 23 en Pernambuco, 18 en Bahía, 8 en Ilhéus, 5 en Puerto Seguro, 4 en São Vicente, 3 en Itamaracá y 1 en Espírito Santo. Diez años más tarde, el número de ingenios había ascendido a 118, que se repartían de la siguiente forma: 66 en Pernambuco, 36 en Bahía, 6 en Espírito Santo, 3 en Itamaracá, 3 en Ilhéus, 3 en Río de Janeiro y 1 en Paraíba. Los datos mencionados evidencian que la capitanía de Pernambuco fue entonces la capital azucarera de Brasil [92].

La ciudad de Olinda había sido creada hacia el año 1530 por iniciativa del capitán donatario Duarte Coelho y tenía la ventaja de ser el punto del litoral brasileño donde las flotas provinientes del reino llegaban con mayor rapidez. Si no fue elegida como primera capital de Brasil, se debió a la circunstancia de que la marcha hacia las capitanías del sur había sido una prioridad del rey don João III en la lucha contra los corsarios franceses que ambicionaban la conquista de Guanabara. Por tal motivo, la bahía de Todos los Santos disponía de mejores condiciones para sede de gobierno porque su gravitación política y militar se ejercía en el área meridional [93]. Pero ya después de 1580, cuando la vocación de Brasil comenzó a incidir en las tierras de Maranhão y del Grão-Pará, la ciudad de Olinda se convirtió en la capital geográfica y azucarera del Estado. Era la puerta natural de entrada para la navegación que se hacía desde el reino, lo que convertía a la capitanía de Pernambuco, con su riqueza azucarera, en la más floreciente y apetecida de Brasil [94].

Cinco años después de la fundación, también Río de Janeiro había crecido en importancia gracias al empeño del gobernador Mem de Sá y del padre Manuel da Nóbrega. El primero había escrito al rey don

[92] Pero de Magalhães Gandavo, *Tratado da Terra do Brasil. II, Historia da Província de Santa Cruz /1573/*, Río de Janeiro, 1924, passim. Padre Fernão Cardim, *Tratado da Terra e Gente do Brasil*, con anotaciones de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolpho Garcia, Río de Janeiro, 1925, passim. Frédéric Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique*, París, 1960.

[93] Joaquim Veríssimo Serrão, «A Busca de uma capital no Brasil Quinhentista»: *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. IV (París), 1972, pp. 501-506. Teodoro de Sampaio, *Historia da Fundação da Cidade do Salvador*, Bahía, 1949.

[94] Josué de Castro, *Factores de localizaçao da cidade do Recife*, Rio de Janeiro, 1947. Aroldo de Azevedo, *Vilas e Cidades do Brasil Colonial*, São Paulo, 1956. Paulo F. Santos, *Formação de Cidades no Brasil Colonial*, Coimbra, 1968.

Sebastião: «parece mucho servicio de vuestra alteza mandar poblar este Río de Janeiro para seguridad de todo Brasil» [95]. Aun antes del nacimiento de la ciudad, ya el gran apóstol sentía la grandeza futura de la región al considerar a la tierra como «la mejor cosa de Brasil» [96]. Eran impresiones de tono casi mesiánico, porque preveían la prosperidad de la zona de Guanabara y de su capital. Los cronistas no se cansaban de elogiar los dones de la nueva población, como es el caso de Pero de Magalhães Gândavo al decir: «Ésta es la más fértil y lozana tierra que hay en Brasil» [97]. También entre los religiosos resonaba el mismo diapasón, como el padre Fernão Cardim cuando escribía: «Tiene una bahía que bien parece que la ha pintado el supremo pintor y arquitecto del mundo, Dios Nuestro Señor, y así Río de Janeiro es cosa hermosísima y la más apacible que hay en todo Brasil» [98].

Al reino llegaba el eco de tanta belleza y prosperidad, así como el papel político que Río de Janeiro podía desempeñar en la formación territorial de Brasil. Influido por esas novedades, el rey don Sebastião decidió, por carta del 16 de diciembre de 1572, crear dos capitales —las ciudades de Salvador y de Río de Janeiro—, cada una con su zona geográfica, política y administrativa propia. De línea divisoria servían las capitanías de los Ilhéus y de Puerto Seguro, siendo nombrado para las tierras del Norte el consejero regio Luís de Brito de Almeida, y para las tierras del sur el doctor Antônio de Salema, que se hallaba en Pernambuco con poderes de administrador de justicia. La partida de este magistrado a Río de Janeiro no tuvo lugar hasta comienzos de 1574, después de que Luís de Brito de Almeida llegase a El Salvador y de que ambos hubiesen concluido la redacción de un acta de 10 artículos que concedía la libertad a los indios de Brasil [99].

Era una nueva política del gobierno de Brasil, con la división del territorio para alcanzar una administración más eficiente. Pero en el año 1577 decidió el rey de Portugal poner término al gobierno doble

[95] «Carta del 17 de julio de 1560», pub. Jaime Cortesão, *Pauliceae Lusitana Monumenta Historica,* vol. I (partes V.VIII), Lisboa, 1956, pp. 289-291, n.° 69.

[96] «Carta de 1560», pub. Serafim Leite, *Cartas do Brasil e mais escritos do Padre Manuel da Nóbrega,* Coimbra, 1955, pp. 365-369.

[97] *Tratado das terras do Brasil,* Río de Janeiro, 1925, cap. 8, p. 36.

[98] *Tratados da Terra e Gentes do Brasil,* Río de Janeiro, 1925, pp. 349-350.

[99] Varnhagen, *História Geral do Brasil,* 4.ª ed., São Paulo, 1948, vol. I, pp. 425-426.

para concentrar de nuevo el ejercicio de la autoridad en un alto funcionario con residencia en Salvador. El elegido fue el hidalgo y militar Lourenço da Veiga, que conservó el poder hasta 1580 y falleció al año siguiente en Brasil [100]. La corona había reconocido que la separación del gobierno había implicado el divorcio con algunas capitanías, pues cada zona de la administración sólo defendía los intereses de su jurisdicción. Era el claro desmembramiento de la tierra brasileña porque se encaraban las necesidades de defensa bajo un prisma exclusivamente local, lo que reavivaba querellas en torno de los donatarios y no se tendía a un interés con vocación unitaria. El doble gobierno no convenía de modo alguno a Brasil, ya que la única política viable era la de la centralización administrativa. Bahía de Todos los Santos volvió así a ser la única capital del Estado [101].

Puede concluirse que Brasil dispuso, a lo largo del siglo XVI, de tres ciudades con atributos de superior importancia sobre las demás: una capital «histórica», que fue Bahía; y dos capitales, una «geoeconómica», como Olinda, y otra que llegaría a ser la capital del «futuro», Río de Janeiro. La primera habría de actuar como centro de gobierno hasta 1763, mientras que las otras buscaban al norte y al sur una vocación territorial propia. De la ciudad de Guanabara puede decirse que abrió las líneas del Río de la Plata y de las tierras peruanas, en una dimensión que puede definirse como antártica, mientras que Pernambuco, vuelta hacia el Ecuador y dominando el centro del Atlántico, servía de cabeza de puente entre la vieja Europa y el Nuevo Mundo. Como ya se ha dicho, fueron tres ciudades las que entonces creó el genio portugués, como imágenes de «otro Portugal», en la expresión del jesuita Fernão Cardim, surgido de América del Sur. Esa obra sólo fue posible gracias a la concepción tropical del hombre portugués, integrado en la tierra nueva que descubrió y ayudó a desbrozar, con un concepto multirracial que ningún otro pueblo europeo consiguió superar [102].

La economía del azúcar tuvo en Brasil una relación íntima con el proceso de la esclavitud, por la contribución del elemento negro a la

[100] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. I, pp. 148-149.

[101] *Idem, ibidem*, pp. 140-143 y 148.

[102] Gilberto Freyre, *Casa-grande y Senzala*, trad. de Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. *Idem, O Luso e o Trópico*, Lisboa, 1961. *Idem, O Mundo que o Português criou*, Río de Janeiro, 1940.

sociedad de tipo patriarcal que se formó junto a los ingenios de azúcar. Gilberto Freyre ha mostrado el papel conjunto de los estratos amerindio, portugués y africano en la ósmosis social proviniente de las formas de trabajo y de convivencia que generó la producción azucarera. De esa mezcla racial surgió el tipo de civilización híbrida que el consagrado sociólogo definió como «luso-tropicalismo». La perfecta adaptación del hombre portugués al ambiente de los trópicos estuvo en el origen de un mestizaje al que contribuyó ampliamente la civilización del azúcar. La mezcla de blancos y negros dio origen al mulato, así como la unión de indios y blancos originó el *caboclo* y la de negros e indios el zambo *(cafuso).* Estos tipos étnicos fueron la resultante de una asimilación de tipo original cuyo agente fue el hombre portugués y la economía azucarera, en gran medida, el laboratorio de su realización. Así se fomentó una experiencia multirracial innovadora en la historia de las naciones coloniales.

1580: Brasil en la monarquía dualista

La conquista de Portugal por las tropas de Felipe II, que invocaba los derechos de nieto mayor de don Manuel I en la disputa por el trono frente al cardenal don Henrique, condujo en el año 1580 a un nuevo rumbo de la historia portuguesa [103]. No obstante la resistencia militar de don António, prior del Crato, que vio el sueño de la realeza deshecho en la batalla de Alcântara, el rey de Castilla pudo apoderarse rápidamente del territorio portugués [104]. Con las razones de la fuerza y del derecho, Felipe II se vio aclamado en las cortes de Tomar, en abril de 1581, donde prometió guardar los fueros y libertades del nuevo reino [105]. Según el esquema entonces propuesto para la realeza, no se trataba de una anexión de Portugal por España, sino de una monarquía dualista en que las dos coronas coincidían en la persona del mis-

[103] Queiroz Velloso, *O Reinado do Cardeal don Henrique,* Lisboa, 1946. *Idem, O Interregno dos Governadores e o breve reinado de don António,* Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1954.

[104] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Reinado de don António, Prior do Crato,* vol. I (1580-1582), Coimbra, 1956.

[105] *Idem, ibidem,* vol. I, pp. 214 y ss.

mo soberano. Así se generó la forma de gobierno que durante sesenta años se caracterizó como «periodo filipino», pasando los destinos de Portugal a gravitar en la órbita de España, tanto en el continente europeo como en las posesiones de Ultramar [106].

El Estado de Brasil tenía que participar del nuevo curso de la historia portuguesa. El prior del Crato recibió el consejo de trasladarse a América del Sur para enarbolar allí el pendón de la revuelta contra la soberanía de Felipe II. El gobernador Lourenço da Veiga apoyaba su reinado y estaba dispuesto a ayudar al infortunado pretendiente [107]. Pero don António prefirió en junio de 1581 el exilio en Inglaterra y, poco después, en Francia, por confiar en el auxilio militar de la reina madre Caterina de Medici quien, según una tradición sin fundamento, subordinaba ese apoyo a la entrega de Brasil [108]. Entretanto, Lourenço da Veiga moriría en Bahía en el mes de junio de 1581, lo que comprometió cualquier solución de resistencia a Felipe II que se pretendiese instaurar en aquel Estado. Añádase que la Corona española envió mensajeros para obtener la adhesión de los diversos capitanes donatarios, así como de la junta provisional de gobierno, constituida por el obispo don António Barreiros, el oidor general Cosme Rangel y el proveedor de hacienda Cristóvão de Barros [109]. Ya entonces varias cámaras municipales de Brasil habían procedido a la aclamación del nuevo monarca de Portugal [110].

El nuevo gobernador Manuel Teles Barreto llegó a Salvador el 9 de mayo de 1583, llevando consigo a un grupo de altos funcionarios de la Administración y a varios padres jesuitas para las tareas de la evangelización [111]. Era portador de instrucciones para guarnecer las fortalezas de la costa y, de igual modo, para intensificar el cultivo de la

[106] *Idem, Historia de Portugal,* vol. IV (1580-1640), «O periodo dos Reis Espanhois», Lisboa, 1980.

[107] *Idem, Do Brasil Filipino ao Brasil de 1640,* Colecção Brasiliana, n.º 336, São Paulo, 1968, pp. 10-11.

[108] *Instruções inéditas de don Luís da Cunha a Marco António de Azevedo Coutinho,* pub. Pedro de Azevedo, con prefacio de António Baião, Coimbra, 1930, pp. 208-209. Joaquim Verissimo Serrão, *O Reinado de don António, Prior do Crato,* vol. I, pp. 124-125. *Idem, Do Brasil Filipino ao Brasil de 1640,* pp. 13-26.

[109] *Idem, Do Brasil Filipino ao Brasil de 1640,* pp. 27-28.

[110] *Idem, ibidem,* pp. 12-13.

[111] *Idem, ibidem,* p. 27.

caña de azúcar, que era la mayor riqueza económica de Brasil [112]. Los gastos de gobierno excedían las rentas, como Teles Barreto pudo comprobar desde su llegada, pues sólo las capitanías de Pernambuco e Itamaracá rendían 30.000 cruzados, 10.000 de los cuales volvían al reino, mientras que los gastos ascendían a 22.835 cruzados [113]. Había que acordar, sobre todo, las potencialidades del territorio, abriendo nuevos caminos del interior y estimulando el poblamiento de las capitanías del nordeste. Como los corsarios franceses codiciaban la zona de Paraíba, donde disponían del apoyo de los indios para obtener lucros en el comercio, Felipe II dio órdenes al gobernador para incrementar la pacificación de esta capitanía, tarea que fue cumplida por el oidor general Martim Leitão [114].

No estaba lejos la hora de que el estado de Brasil extendiese su dominio hacia el interior de São Paulo, gracias a la determinación del gobernador y «mineiro» don Francisco de Sousa, que sintió la fascinación de las riquezas que Minas Gerais guardaba en sus entrañas [115]. A comienzos del siglo XVII, el gobernador Diogo Botelho comprendió la importancia geoeconómica de Olinda en el marco político de Brasil, queriendo hacer de la capitanía de Pernambuco la natural puerta de entrada del comercio de la metrópoli. A la vocación meridional, que había conducido al impulso de Río de Janeiro y de los sertones de São Paulo, sucedía la urgente marcha hacia el norte que valorizaría la posición geográfica de Olinda [116]. Así tuvieron inicio las grandes «entradas» hacia el dominio de Río Grande del Norte y de Ceará, que fueron recorridos desde el año 1603 por el *bandeirante* (pionero, en este caso) Pero Coelho de Sousa. Poco después, le tocaba a Martim Soãres Morena convertirse en el héroe de la conquista de Maranhão en la siguiente marcha en dirección al mar Caribe para extender las fronteras meridionales de Brasil [117].

[112] Fernão Cardim, *Tratados da Terra e da Gente do Brasil,* Río de Janeiro, 1925, pp. 281-285.

[113] *Summario das Armadas que se fizerao, e guerras que se derao na conquista do rio Parahiba,* Biblioteca Pública de Évora, códice CXVI/1-25, folios 1-71.

[114] Joaquim Veríssimo Serrão, *O Rio de Janeiro no Século XVI*, vol. II, Lisboa, 1965, pp. 135-136.

[115] *Idem, História de Portugal,* vol. IV (1580-1640), pp. 175 y ss.

[116] Frédéric Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIème siècle,* París, 1959.

[117] Frei Vicente do Salvador, *História Geral. do Brasil,* 3.ª ed., São Paulo, 1931,

Como ya se ha sostenido en un estudio consagrado a la materia, durante los 60 años del gobierno español, Brasil dejó de ser sólo un tentador espejismo, como campo de ambición de Francia, de Inglaterra y de las Provincias Unidas, para integrarse en el complejo del Atlántico que hacía de ese territorio un espacio por excelencia en la política de los océanos. Es verdad que el desplazamiento de un Brasil de sello portugués y regional a otro Brasil de concepción atlántica se acentuó de 1580 a 1640, en gran medida por la cercanía de la América española, a la que el litoral brasileño servía de cobertura defensiva y de apoyo comercial. Por tal motivo, el gobierno de los Felipes no tuvo un papel ruinoso en la administración y custodia del Brasil portugués. Y aunque la legislación concerniente a Hispanoamérica se asentaba en la línea tradicional de una política que, en muchos puntos, no coincidía con el espíritu de la legislación portuguesa, forzoso es reconocer que hubo siempre un manifiesto interés de la corona española en estimular el progreso histórico de Brasil [118].

La presencia de Portugal en el mundo tuvo así en la provincia de Santa Cruz su ejemplo más cabal, en contraste con la decadencia que desde finales del siglo XVI se produjo en el Estado portugués de la India. Este territorio de extensión discontinua, disperso en muchas y variadas posesiones, constituía en el marco ultramarino una antítesis de la unidad política que definía a Brasil. Reconocer la vocación lusa para extender su organismo humano y físico a varias zonas del globo, no invalida que fuese el «otro Portugal» de la América del Sur el espacio geográfico donde la expansión portuguesa se afirmó mejor por medio de la lengua, del sentimiento y de la cultura. Frente a la dispersión territorial que caracteriza el encuentro de Portugal con los continentes africano y asiático, la huella en el sur de América fue de concentración social, de profundo arraigo a la tierra, en un encuentro de culturas en que la religión tuvo un papel determinante. Tal fue la expresión singular de una presencia histórica que dejó fuertes raíces en el tiempo.

p. 411. Pedro Calmón, *História do Brasil*, 3.ª ed., vol. II, p. 469. *Relação de Maranhão por Simão Estaço da Silveira*, Biblioteca Pública de Évora, códice CXVI/1-9, folios 24-25.

[118] Joaquim Veríssimo Serrão, *Do Brasil Filipino ao Brasil de 1640*, São Paulo, 1968, pp. 3-5.



APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA

El presente estudio está basado en una extensa bibliografía acerca de la cual es posible obtener referencias consultando las notas a pie de página. No alcanzaría el espacio disponible para referir los centenares de trabajos en libros, estudios y artículos que fueron examinados. Pretendemos citar tanto las obras generales, los índices y enciclopedias, como las monografías generales o especializadas sobre cada uno de los temas tratados. Cabe añadir que reconstruir la presencia de Portugal en el mundo desde comienzos del siglo XII hasta finales del siglo XVI no constituye una tarea fácil, ya que es la propia historia portuguesa la que surge principalmente en esta larga narración. Sin embargo, de acuerdo con el espíritu de la colección, tuve que limitar las referencias bibliográficas a los títulos esenciales con el propósito de conseguir la condensación deseada de la materia en cuestión. Teniendo en cuenta estas indicaciones, el lector podrá extender posteriormente su investigación a los diferentes campos de estudio.

Las obras de carácter general que resulta imprescindible consultar son la *História de Portugal* bajo la dirección de Damião Peres, vols. I-II-III, Barcelos, 1928-1931, la *Historia da Expansão Portuguesa no Mundo*, dirigida por Antonio Baião, Hernani Cidade y Manuel Murias, vol. I, Lisboa, 1938, la *História da Igreja em Portugal* bajo la dirección de Damião Peres, vols. I-II-III, Barcelos, 1928-1931, la *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, dirigida por António Baião, Hernâni Cidade y Manuel Murias, vol. I, Lisboa, 1938, la *História da Igreja em Portugal*, de Fortunato de Almeida, 2.ª edición, dirigida por Damião Peres, vol. I, Oporto, 1967, y la *História de Portugal*, de Joaquim Veríssimo Serrão, vols. I-II-III, Lisboa, 1977-1979. Para el conocimiento de la situación geográfica de Portugal, resulta imprescindible leer los estudios fundamentales de Orlando Ribeiro, *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico*, 4.ª edición, Lisboa, 1986, y *A Formação de Portugal*, Lisboa, 1987. En lo que respecta a los linajes reales y señoriales, la obra de base continúa siendo la *História Genealógica da Casa*

Real Portuguesa, de don Antonio Caetano de Sousa, 2.ª edición, vols. I-II-III, Coimbra, 1946-1947. De cualquier manera, la historia de las relaciones externas continúa realizándose mediante la consulta del *Quadro Elementar das Relações Políticas e Diplomáticas de Portugal*, tomos I-XVIII, París, 1843-1860 y del *Corpo Diplomatico Portuguez com as diversas potências do Mundo, desde o século XVI ao nossos dias*, pub. Luiz Augusto Rebelo da Silva, José da Silva Mendes Leal y Jaime Constantino Freitas Moniz, tomos I-XII (Relaciones con Roma), Lisboa, 1862-1902. Para obtener una perspectiva moderna, véase la *História Diplomática de Portugal*, de Pedro Soares Martínez, Lisboa, 1986.

La historia de la expansión portuguesa durante el siglo XV tiene como obras fundamentales la *História dos Descubrimentos Portugueses*, de Damião Peres, 2.ª edición, Coimbra, 1960, los *Descubrimientos Portugueses* de Jaime Cortesão, vols. I-II, Lisboa, 1960 y *Os Descubrimentos Portugueses*, de Luis de Albuquerque, Lisboa, 1982. Para tener una visión de ciertos aspectos del movimiento expansionista, ver las *Obras completas* de Jaime Cortesão, vols. 5 y ss., Lisboa, 1974. Como fuentes documentales, véanse los *Descubrimientos Portugueses*, pub. J. M. Silva Marques, vols. I-II-III, Lisboa, 1944-1971, así como la valiosa *Monumenta Henricina*, pub. A. J. Dias Dinis, vols. I-XV, Coimbra, 1960-1974. Sobre la expansión portuguesa en el siglo XVI, véanse la *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente: India*, pub. A. da Silva Rego, vols. I-XII, Lisboa, 1947-1958, e *Insulindia*, pub. A. Basilio de Sá, vols. I-VI, Lisboa, 1954-1988. En lo que respecta al África occidental, véase *Monumenta Missionaria Africana*, de António Brásio, 1.ª serie, vols. I-IV, Lisboa, 1952-1954, y en cuanto al África oriental, *Documentos sobre os Portugueses en Moçambique e na África Central (1497-1840)*, vols. I-VIII, Lisboa, 1962-1985.

La historia de las relaciones de Portugal con la Curia romana puede, asimismo, estudiarse en base a las *Orationes* proferidas en Roma por los embajadores don García de Meneses (1481), doctor Vasco Fernandes de Lucena (1485), don Fernando de Almeida (1493), doctor Diego Pacheco (1505 y 1514), doctor Aquiles Estaço (1560 y 1574) y el doctor Antonio Pinto (1566) en *Orações de Obediência dos Reis de Portugal aos Sumos Pontífices*, con introducción de Martín de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses. Cabe resaltar la importante contribución del doctor Antonio Domingues de Sousa Costa para el estudio de las relaciones entre Portugal y Roma, en los campos político, religioso e intelectual, en las obras *Portugaliae Monumenta Vaticana*, vols. I-II-IV, Braga, 1968, 1970, *Portugueses no Colégio de São Clemente e Universidade de Bolonha durante o século XV*, tomos I-II, Bolonia, 1990, y en el estudio luso-colombino, «Cristóvão Colombo e o cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, destinatário da carta de Paolo Toscanelli sobre os descobrimentos marítimos», *Antonianum*, vol. 65 (1990), Roma, pp. 187-276.

Las relaciones con Francia pueden verse en el conjunto de la obra de Francisque Michel, *Les Portugais en France. Les Français en Portugal*, París, 1882.

Resulta igualmente imprescindible consultar la obra de Mário Brandão, *A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes*, vols. I-II, Coimbra, 1948-1969. Las relaciones marítimas y universitarias fueron objeto de estudio de Luis de Matos, *Les Portugais à l'Université de Montpellier. XIIJè-XVIIè siècles*, París, 1971. En un estudio acerca de la historia política, ver *idem*, *Relações Históricas entre Portugal y Francia (1430-1481)*, París, 1975. La proyección del Renacimiento en Portugal, sobre todo la influencia italiana, puede verse en la obra fundamental de José V. de Pina Martins, *Humanisme et Renaissance de l'Italie au Portugal. Les deux regards de Janus*, vols. I-II, París, 1989. Asimismo, resulta de lectura provechosa la obra de Marcel Bataillon, *Ētudes sur le Portugal au temps de l'Humanisme*, 2.ª edición, París, 1974.

Resulta fundamental profundizar en la historia de las relaciones hispano-portuguesas durante los siglos XV y XVI, que fueron importantes en el campo de los descubrimientos marítimos y en lo que respecta a las alianzas matrimoniales que se establecieron entre las dos coronas. En este sentido, conviene citar las obras de Luis Suárez Fernández, *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del infante don Enrique*, Madrid, 1960, y en colaboración con Antonio de la Torre, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, vols. I, II y III, Madrid, 1951-1963. Asimismo, consúltese la obra *Los Reyes Católicos*, del mismo autor, 5 vols., Madrid, 1989. Los estudios luso-colombinos tiene una gran deuda con una generación de historiadores españoles tales como Demetrio Ramos, Juan Pérez de Tudela, Juan Manzano y Manzano, Luis Arrainz y Antonio Romeu de Armas. De este último, véase *El «Portugués» Cristóbal Colón en Castilla,* Madrid, 1982, así como la reciente edición de *«El Libro Copiador de Cristóbal Colón»*, tomos I-II, Madrid, 1989. Próximamente entrará en prensa el libro *Cristóvao Colombo e Portugal. Estudos Históricos* (Lisboa, 1993), en donde se examinan las cuestiones relacionadas con la estancia del navegante en Portugal y el aprendizaje de las artes náuticas que se llevó a cabo en dicho país.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abrantes (conde), 125.
Abravanel, Isaac, 224.
Abravanel, José, 224.
Abravanel, Samuel, 224.
Abreu, Antonio de, 156, 278, 282.
Abreu, Capistrano de, 318.
Abreu, Vasco Gomes de, 265.
Abu Hayat, rey de Ternate, 157.
Adriano VI, papa, 184.
Afonso I Henriques, rey de Portugal, 20-26, 30, 36, 40.
Afonso II, rey de Portugal, 28.
Afonso III, rey de Portugal, 22, 28, 31, 34, 50, 52, 53.
Afonso IV, rey de Portugal, 23, 29, 30, 53, 58, 59.
Afonso V, rey de Portugal, 70, 71, 83, 84, 86, 103-106, 110-115, 120, 123, 193, 194, 301, 302.
Afonso VI, rey de Portugal, 52.
Afonso, Alvaro, 120.
Afonso, conde de Barcelos, 100.
Afonso, Diogo, 82.
Afonso, Estêvão, 99.
Afonso, João, 48.
Afonso, fray Lourenço, 119.
Afonso, Pedro, 36, 38.
Afonso, Rodrigo, 83.
Aguiar, Pedro Afonso de, 158.
Alba (duque), 201, 202.
Alberto (cardenal), 40, 203.
Albo, Francisco de, 155.
Albuquerque, Afonso de, 153, 154, 175, 177-179, 243, 244, 246, 248, 249, 253, 257, 260, 264, 270, 277, 286, 292, 294.
Albuquerque, Fernão Afonso de, 33.
Albuquerque, Francisco de, 243.
Albuquerque, Jorge de, 157, 279, 280, 286, 288.
Albuquerque, Luís de, 61.
Albuquerque, Martim de, 121.
Alderete, Lorenzo, 219.
Alejandro III, papa, 25.
Alejandro V, papa, 118.
Alejandro VI, papa, 122, 138, 172.
Alenquer, Pero de, 92, 237.
Alfonso, conde de Bolonia, 28.
Alfonso V, rey de Aragón, 99.
Alfonso I el Católico, rey de Asturias, 17.
Alfonso II el Casto, rey de Asturias, 17.
Alfonso III el Magno, rey de Asturias, 17.
Alfonso VI, rey de León y Castilla, 19.
Alfonso VII, rey de León y Castilla, 20-22.
Alfonso VIII, rey de Castilla, 27, 28.
Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León, 23, 28.
Alfonso XI, rey de Castilla y León, 23, 29.
Alho, Afonso Martins, 31.
Almada, Aires de, 140.
Almada, João Farinha de, 195.
Almada, João Vaz de, 100.
Almada, Rui Fernandes de, 207-209, 211.
Almanzor, rey de Tidor, 156.

Almeida, Fernando de, 122.
Almeida, Francisco de, 153, 175, 176, 244, 245, 252, 255, 257, 264, 266, 267, 271.
Almeida, Jorge de, 125.
Almeida, Lopo de, 107.
Almeida, Lourenço, 175, 176, 256, 271, 273.
Almeida, Luís de, 298, 299.
Almeida, Luís de Brito de, 332.
Alpedrinha (cardenal), 126, 169, 172, 175.
Alvares, Cristóvao, 125.
Alvares, Jorge, 292.
Alvares, Ordonho, 49.
Alvares Cabral, Pedro, 143, 173, 242, 250, 266, 268, 269, 311, 315, 317.
Alvide, Brás de, 164.
Amadar, san, 44.
Amaral, Luís do, 120.
Ambrade, Fernão Peres de, 286.
Ambroa, Pero de, 45.
Amédée de Saboya (conde), 25.
Amerbach, Bonifácio, 213.
Anaia, Pero de, 263.
Andeiro, João Fernandes, 32.
Andrade, Diogo de Paiva de, 192.
Andrade, Fernão Peres de, 294.
Angero, 297.
Ango, Jean, 163, 164.
António, prior del Grato, 201-203, 335.
António de Lisboa, santo, 43.
Antonio de Padua, san, *véase* António de Lisboa, santo.
Arco, Fernão Domingues do, 304, 305.
Aristóteles, 51.
Aspilcueta Navarro, Martín de, 219.
Ataíde, Alvaro Gonçalves de, 98, 119.
Ataíde, António de, 163.
Ataíde, Jorge de, 192.
Ataíde, Luís de, 268.
Ataíde, Tristão de, 290.
Augusto, César Octavio, emperador de Roma, 15.
Averroes, 51.
Avicena, 51.
Avis (dinastía), 48, 58, 60, 62, 66, 67, 75, 111, 122.
Ayala, Pedro de, 140.
Azambuja, Diogo de, 86, 87, 132.
Azambuja, fray Jerónimo de, 191.
Azambuja, João Afonso de, 119.
Azevedo, João Lúcio de, 227.
Azevedo, Simão Rodrigues de, 190, 216.
Baldaia, Afonso Gonçalves, 79.
Balduino (conde), 27.
Barata, Maria do Rosário Themudo, 209.
Barbosa, Aires, 220.
Barbosa, Duarte, 154, 155, 263.
Barcelos, Pedro, 306, 307.
Barreiros, António, 335.
Barreiros, Gaspar, 187.
Barreto, Alvaro Teles, 274.
Barreto, Francisco, 263.
Barreto, Manuel Teles, 335, 336.
Barreto, Mascarenhas, 128-129.
Barros, António Cardoso de, 326.
Barros, Cristóvão de, 335.
Barros, João de, 232, 282, 292.
Barroso, Cristóvao, 157.
Bataillon, Marcel, 210.
Baveca, João, 45.
Beatriz, infanta doña, 24, 100, 104, 302.
Bembo, Pietro, 189, 210, 213.
Benito, san, 38.
Benito XIII, antipapa, 59, 118, 119.
Berengaria, reina de Dinamarca, 27, 28.
Bethencourt, Jean de, 60.
Bianco, André, 81.
Boccaccio, Giovanni, 59, 123.
Bohemia, Martin de, 107.
Bois-le-Comte, 166, 330.
Borges, Pedro de, 326.
Borralho, Cristóvão, 296.
Botelho, Diogo, 336.
Boudewjin de Flandes, emperador de Constantinopla, 28.
Boxer, Charles R., 297.
Braga, fray Brás de, 218.
Bragança, Constantino de, 258, 273.
Bragança, Fulgêncio de, 218.
Branco, Nuno, 236.
Brandão, Cristóvao, 197.
Brandão, João, 206-209.
Brandão, Mário, 214.
Brandestein, Carl Von, 285.
Brites, reina de Portugal, 28.
Brito, António de, 157, 279.
Brito, João Afonso de, 119.
Brito, Jorge de, 279.

Brujas, Jácome de, 78.
Bulhões, Fernando de, *véase* António de Lisboa, santo.
Cabot, Sebastian, 158.
Caboto, Giovanni, 306, 308.
Cabral, Francisco, 299.
Cabral, Gonçalo Velho, 75, 77.
Cabrero (doctor), 157.
Cadamosto, 82.
Caiado, Henrique, 126.
Caix, Honoré de, 162.
Caldeira, Gaspar, 168.
Calixto III, papa, 120.
Câmara, Isabel Zarco da, 129.
Caminha, Alvaro de, 88.
Caminha, Pero Vaz de, 318, 319, 326.
Camões, Luís de, 147, 230, 271, 281.
Cantino, Alberto, 308.
Canto, Ernesto do, 307.
Cão, Diogo, 64, 65, 81, 89, 90, 91, 132, 133, 236, 304.
Capinet, Cúrsio, 182.
Cardim, Fernão, 332, 333.
Cardoso, Francisco, 125, 158, 226.
Cardoso, Inês, 226.
Cardoso, João, 125.
Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 151-154, 156, 157, 159, 164, 170, 196, 198, 205-207.
Carrasco, Amâncio Landim, 289.
Carvajal, García de, 140.
Carvalho, João Lopes de, 154, 155, 289, 322.
Casal, fray Gaspar do, 190.
Casas, fray Bartolomé de las, 96.
Castanheda, Fernão Lopes de, 232, 270, 275, 276, 282.
Castelo Branco, João Rodrigues de, 220.
Castiglione, Baltasar, 185.
Castro, Fernando de, 73, 119.
Castro, Inés de, 29.
Castro, João de, 265.
Castro, João de Melo, 191.
Castro, Pedro Fernández de, 29-30.
Castro, Rodrigo de, 227.
Catalina de Austria, reina de Portugal, 151, 152.
Cazenove, Guillaume de, 130.
Centurione (familia), 132.
César, Cayo Julio, emperador de Roma, 15.
Cipelo, João Jacob, 182.
Clara, santa, 42.
Clemente VII, papa, 117, 118, 184, 225.
Clèves, Adolphe de, 104.
Cocheril, Maur, 34, 38.
Coelho, Duarte, 277, 286, 288, 331.
Coelho, Gaspar, 299.
Coelho, Gonçalo, 319.
Coelho, Nicolau, 237.
Cogominho, Nuno Fernandes, 54.
Coligny, Gaspar de, 165.
Colón, Bartolomé, 130.
Colón, Cristóbal, 64, 96, 115, 128-135, 137, 138, 140, 229, 233, 302, 304, 315.
Colón, Fernando, 129, 158.
Columbo, Domenico de, 129.
Constança, infanta doña, 29.
Contarini (cardenal), 189.
Cordeiro, Luciano, 89.
Correia, Pedro, 158.
Corte Real (familia), 307, 308.
Corte Real, Gaspar, 307-309.
Corte Real, João Vaz, 307.
Corte Real, Miguel, 307-310.
Corte Real, Vasco Eanes, 309.
Cortesão, Armando, 61, 283, 295.
Cortesão, Jaime, 65, 77.
Cosa, Juan de la, 314.
Cossa, Baltasar, 118.
Costa, A. Fontoura da, 61, 62.
Costa, Duarte da, 328.
Costa, João Fernandes da, 216.
Costa, Jorge da, 170, 175.
Costa, Jorge Martins da, 126.
Costa, José Pereira da, 12.
Costa, Manuel da, 220.
Costa, Soeiro da, 85.
Coutinho, António de Azevedo, 158, 159.
Coutinho, Diogo, 161-162.
Coutinho, Gago, 237, 308, 310.
Coutinho, Martim Afonso de Melo, 279, 288.
Covilhã, Pero da, 92, 135, 231, 262.
Cruz, fray António da, 281.
Cruz, Rodrigo da, 125.
Cruz Pontes, J. M., 50.

Cueva, Beltrán de la, 112.
Cunha, Nuno da, 248, 257, 258, 267.
Cunha, Tristão da, 180, 182, 243.
Cusa, Nicolás de, 134.
Charles III, duque de Saboya, 151.
Charles V le Sage, rey de Francia, 35.
Charles VI, rey de Francia, 35.
Charles VIII, rey de Francia, 169.
Charles IX, rey de Francia, 167, 169.
Charles de Téméraire, 103, 104, 113, 194, 195.
Dantas, João Pereira, 168, 169.
Delabarre, Edmundo Burke, 309, 310.
Desliens, Nicolas, 282.
Dias, Bartolomeu, 65, 81, 92, 93, 94, 133, 135, 236, 237, 238.
Dias, Carlos Malheiro, 328.
Dias, Damião, 217.
Dias, Dinis, 65, 81.
Dias, Diogo, 92, 268.
Dias, Estêvão, 154.
Dias, Pedro, 140.
Díaz de Solís, Juan, 320.
Dinis, infante don, 30.
Dinis, rey de Portugal, 23, 29, 31, 52, 53, 58.
Docem, Martim, 100.
Domingues, Vasco, 32, 119.
Drake, Francis, 200-203.
Duarte, rey de Portugal, 65, 66, 68, 98, 99, 100, 106, 109, 111, 120.
Duarte, Fernando, 205.
Dulce, reina de Portugal, 28.
Dulcert, Angelino, 71.
Dulmo, Fernão, 134, 305.
Dürer, Albrecht, 206, 209, 210.
Eanes, Gil, 65, 79, 236.
Eanes, Louis, 269.
Ebard, marqués de San Sulpicio, Jean, 167.
Edward, príncipe de Gales, 30.
Edward I, rey de Inglaterra, 31.
Edward III, rey de Inglaterra, 31, 32.
Edward IV, rey de Inglaterra, 194.
Elcano, Juan Sebastián, 153, 156, 158, 200, 289.
Elisabeth I, reina de Inglaterra, 199, 200, 202.
Elvas, João de, 194.
Ennes, João, 65.
Enrique II de Trastámara, rey de Castilla y León, 29, 30, 32, 35.
Enrique IV, rey de Castilla, 110-114.
Erasmo de Rotterdam, 189, 210, 212, 213.
Erdmann, Carl, 36.
Escobar, Pero de, 85, 90, 133, 236.
Esmeraldo, João, 132.
Estaço, Aquiles, 218.
Esteves, Lamçarote, 119.
Estreito, João Afonso do, 134, 305.
Eugenio IV, papa, 119, 120.
Faleiro, Francisco, 154, 155.
Faleiro, Pedro, 125.
Faleiro, Rui, 154, 155.
Faria, João de, 158, 180, 184.
Farinha, João Vasques, 121.
Felipe I el Hermoso, rey de Castilla, 151.
Felipe II, rey de España, 199, 201, 202, 268, 334, 335, 336.
Felipe de Castilla, 151.
Fernandes, Alvaro, 80.
Fernandes, Franco, 196.
Fernandes, Henrique, 220.
Fernandes, João, 306, 307.
Fernandes, Salvador, 215.
Fernandes, Simão, 158.
Fernandes, Valentim, 176.
Fernández de Lucena, Vasco, 120, 122.
Fernando, duque de Viseu y de Beja, 83.
Fernando, infante don, 68, 70, 128, 129, 302.
Fernando I, rey de Aragón, 109.
Fernando II el Católico, rey de Aragón y V de Castilla, 112, 131.
Fernando II, rey de Castilla y León, 26.
Fernando IV, rey de Castilla, 29.
Fernando I, rey de Portugal, 23, 31, 32, 35, 52, 54, 59.
Ferrara (duque), 308.
Ferreira, G. L. Santos, 128.
Ficino, Marcilio, 224.
Fidalgo, Pedro, 290.
Figueira, Luís, 269.
Figueiredo, Gaspar de, 198.
Figueiredo, Martinho de, 125.
Fogaça, Lourenço Eanes, 33, 35.
Fonseca, Alfonso de, 315.
Fonseca, Rodrigo da, 217.
Foreiro, fray Francisco, 192.

Francisco de Asís, san, 42, 43.
Francisco Javier, san, 297, 298.
François I, rey de Francia, 160, 161, 163, 164, 167, 322.
François II, rey de Francia, 167.
Freire, Braamcamp, 206.
Freyre, Gilberto, 334.
Friedrich III, emperador de Alemania, 106, 111.
Fróis, Luís de, 298.
Fugger, Jacob, 205, 209.
Galíndez de Carvajal, Lorenzo, 158.
Galvão, António, 282, 283.
Gama, Estêvão da, 230, 236.
Gama, Paulo da, 237.
Gama, Vasco da, 135, 136, 145, 150, 173, 193, 231-240, 242, 249, 262, 264, 266, 267, 311-313.
Gândavo, Pedro de Magalhães, 331, 332.
Gattinara, Matturino de, 158.
Gattinara, Mercurino de, 159.
Gaunt, John de, 31-33.
Geraldes, Martinho, 50.
Goclénio, 218.
Góis, Damião de, 180, 209-214, 217, 218, 230-232, 309.
Góis, Luís de, 165, 325.
Góis, Pedro de, 326.
Gomes, Alvaro, 220.
Gomes, António, 220.
Gomes, Diogo, 82.
Gomes, Estêvão, 154.
Gomes, Fernão, 63, 84, 85, 86.
Gomes, fray Soeiro, 41, 47.
Gomes, João, 270.
Gomes, Violante, 201.
Gómez de Espinosa, Gonzalo, 156, 289.
Gonçalves, Afonso, 154.
Gonçalves, André, 319.
Gonçalves, Antão, 80.
Gonçalves, Fernando, 48.
Gonçalves, Gonçalo, 119.
Gonçalves, João, 35, 196.
Gonçalves, Lopo, 85.
Gonçalves, Nuno, 65.
Gonneville, Paulmier de, 161.
Gouveia, André de, 191, 216.
Gouveia, António de, 215, 216.
Gouveia, Diogo de, 189, 191, 216.
Gouveia, Marcial de, 216.
Gregorio XII, papa, 118, 119.
Guerra, Cristóbal, 315.
Guieiro, fray João, 216.
Guzmán, Domingo de, 41.
Haghe, Willen van der, 78.
Harfet, Anne de, 72.
Harfet, Machim de, 72.
Hargen, Joana van, 213.
Hawkins, John, 200.
Hebreo, León, 223, 224.
Henri II, rey de Francia, 164, 166.
Henrique, infante don, 63-66, 68, 70, 72-74, 77-79, 81-84, 96, 187, 230, 236.
Henry III, rey de Inglaterra, 53.
Henry IV, rey de Inglaterra, 97.
Henry V, rey de Inglaterra, 100.
Henry VII, rey de Inglaterra, 193, 195, 196, 306.
Henry VIII, rey de Inglaterra, 196-199, 216.
Herculano, Alexander, 21.
Heredia, fray Vicente Beltrán de, 42.
Hispano, Pedro, 51.
Holbein, Hans, 210.
Homem, Vasco Fernandes, 263.
Honorio III, papa, 42.
Hoor, Roger, 32.
Hurter, Jacob von, 78.
Huss, Jan, 119.
Ignacio de Loyola, san, 189, 190.
Infante, João, 92.
Inocencio II, papa, 21.
Inocencio III, papa, 41.
Inocencio VIII, papa, 122.
Iria, Alberto, 54, 64.
Isabel, duquesa de Borgoña, 78.
Isabel, infanta doña, 29, 99, 102, 103.
Isabel I la Católica, reina de Castilla, 111, 112, 117, 135.
Isabel de Portugal, 151, 152, 159.
Isma'il, rey de Persia, 256.
Jacques, Cristóvão, 163, 323.
Jachia, Jacob Ibne, 226.
Jaime, duque de Brangança, 154, 182, 187.
Jaime II, conde de Urgel, 99, 109, 110.
Jaime I, rey de Aragón y Cataluña, 28.
Janszoon, Willen, 284, 285.
Jean II, rey de Francia, 35.

João I, rey de Portugal, 31, 33, 35, 60, 63, 65-67, 73, 75, 96, 98-100, 109, 119.
João II, rey de Portugal, 63-65, 84-88, 90-93, 114, 116, 117, 121, 124, 126-128, 131, 134, 135, 137, 138, 140, 141, 143, 147, 149, 153, 170, 172, 194, 195, 207, 214, 221-224, 229-232, 236, 262, 302, 304, 305, 311.
João III, rey de Portugal, 145, 151-153, 159-161, 163-166, 184-187, 197, 198, 201, 207, 209, 211, 212, 214, 216, 218, 225, 298, 322-327, 331.
Jouffroy, Jean, 103.
Juan, duque de Lancaster, 32.
Juan, infante don, 24, 30.
Juan II, rey de Aragón, 110.
Juan I, rey de Castilla, 24, 30.
Juan II, rey de Castilla, 97, 99, 111.
Juan XXI, papa, 51.
Juan XXIII, antipapa, 66, 119.
Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, 31.
Juana I la Loca, reina de Castilla, 151.
Juana la Beltraneja, 112-114.
Julián, conde don, 16.
Julião, Pedro, 50.
Julio II, papa, 127, 172-176, 178, 180, 196, 255.
Julio III, papa, 225.
Kayserling, Meyer, 227
Keil, Luís, 292.
Lancaster (dinastía), 48.
Lancaster (duque), 35.
Larramendi, Ignacio Hernando de, 12.
Leitão, Martim, 336.
Leite, Duarte, 313.
León, fray Luis de, 219.
León X, papa, 127, 177, 180, 181, 182, 196, 255, 271.
Leonor, infanta doña, 29, 30.
Leonor de Aragón, 106, 109.
Leonor de Austria, reina de Portugal, 167, 207.
Leonor de Portugal, reina de Dinamarca, 28, 106.
Lepe, Diego de, 315, 317.
Lima, João de, 253.
Limpo, fray Baltasar, 190.
Liria, Inês de, 295.
Lisboa, fray António de, 217.
Lisboa, fray Gomes de, 127.
Lisboa, fray Vicente de, 48.
Lisboa, João de, 320.
Loaysa, García de, 159.
Lobeira, Gil Vasques de, 119.
Lobo, Gil, 106.
Lomellini (familia), 129.
Lopes, David, 70.
Lopes, João, 126.
Lopes, Tomé, 195, 205.
López de Haro, Mecia, 28.
Louis, duque de Anjou, 35.
Louis VIII, rey de Francia, 28.
Louis IX, rey de Francia, saint, 34, 113.
Louis XI, rey de Francia, 86, 103, 106, 110, 113, 194.
Louis XII, rey de Francia, 162.
Lucena, Diogo de, 125.
Lucena, Vasco de, 104.
Lugo, Juan de, 83.
Lugo, Pero de, 83.
Luís, infante don, 197, 198, 201.
Luís, Antão, 168.
Luna, Álvaro de, 109.
Lupus Hispanus, 47.
Lusitano, Amato, 220, 225.
Lusitano, fray Pedro, 216.
Lusitano, Gaspar, 217.
Lusitano, Henrique, 126.
Lutero Martín, 210, 212.
Madjid, Ahmen-ben-, 232, 239, 267.
Mafalda, princesa doña, 25, 27.
Maffei, Domenico, 127.
Magalhães, Fernão de, 153, 154, 155, 156, 200, 288, 320, 322.
Magalhães, Martinho de, 154.
Mahoma, 22.
Malocello, Lanzarotto, 59, 71.
Manganha, Diogo Afonso, 65.
Manicongo, 89, 90.
Manuel I, rey de Portugal, 71, 116, 143-145, 149-151, 153, 154, 156, 160, 162, 167, 173-179, 181, 182, 184, 195-198, 201, 205, 206, 208, 214, 223-225, 230, 233-237, 241, 243, 244, 246, 250, 252, 255, 256, 270, 274, 278, 280, 292, 306, 308, 309, 311, 313, 318.
Manuppella, Giacinto, 126.
Marañón, Gregorio, 152.

Margalho, Pedro, 220.
Margarita de Bohemia, reina de Dinamarca, 28.
María, infanta doña, 29.
María de Portugal, 151.
Marim, Castro, 54.
Marques, António, 198.
Martellus, Henricus, 90.
Martinho, obispo de Silves y de Lisboa, 118.
Martín V, papa, 98.
Martins, Alvaro, 92.
Martins, Antão, 120.
Martins, Diogo, 119.
Martins, Gil, 119.
Martins, José V. de Pina, 124, 210, 222.
Martins, Oliveira, 57.
Martins, Pedro, 299.
Mártires, fray Bartolomen dos, 192, 193.
Mary I Stuart, reina de Escocia, 202.
Mary I Tudor, reina de Inglaterra, 152, 192, 198, 199.
Mathilde, condesa de Boulogne-sur-Mer, 34.
Matilde de Bolonia, reina de Portugal, 28.
Maurício, Domingos, 68.
Maximiliano, emperador de Alemania, 204, 205.
Mayr, Hans, 176.
Medici, Caterina de, 165, 166, 168, 335.
Melanchton, Philipp Schwargerd, llamado, 210, 212.
Melo, Diogo de, 258.
Melo, Estêvao de, 127.
Melo, Francisco de, 158.
Melo, Luís de, 127.
Mendaza, Lopo Hurtado de, 159.
Mendes, Pedro, 49.
Mendonça, António de, 283.
Mendonça, Cristóvão, 283.
Mendonça, Diogo de, 198.
Mendonça, Pedro de, 125.
Menéndez Pidal, Ramón, 131.
Meneses, Diogo da Silva de, 184.
Meneses, Duarte de, 70.
Meneses, Garcia de, 125.
Meneses, Henrique de, 253.
Meneses, Miguel Pinto de, 121.
Mesquita, Alvaro de, 154.
Mesquita, Carlos, 12.
Mimoso, Francisco Dias, 168.
Miranda, António de, 277, 286.
Mocem, Mir, 245.
Moniz, Filipa de Perestrelo, 128, 132.
Montaigne, Michel de, 216.
Montelboddo, Francesco de, 176.
Montluc, Peyrot de, 168, 169.
Morales Padrón, Francisco, 314.
Morena, Martim Soãres, 336.
Mota, A. Teixeira da, 61.
Mota, António da, 296.
Moura, Sebastião, 161.
Münzer, Jerónimo, 87, 88, 107.
Murça, fray Diogo de, 218.
Musa (emir), 16.
Nápoles, Stefano de, 123.
Nebrija, Antonio de, 219.
Nicot, Jean, 167.
Niño, Pedro Alonso, 315.
Nizamaluco, 256.
Nóbrega, Manuel da, 326-328, 330, 331.
Nogueira, Alvaro Afonso, 119.
Noli, António de, 82, 83, 129.
Noronha, Alvaro de, 252.
Noronha, António de, 164.
Noronha, Fernão de, 319.
Noronha, Tomás de, 167.
Norris (almirante), 202.
Nova, João da, 242.
Nunes, Pedro, 61, 175, 220.
Nunes, Silvestre, 206.
Núñez de Balboa, Vasco, 155, 290.
Odo, cardenal de Colonia, 119.
Ojeda, Alonso de, 314.
Orta, Garcia de, 220.
Osório, Jerónimo, 216, 217, 220.
Ourém (conde), 102, 107, 120.
Pablo III, papa, 185-187, 189, 191, 225.
Pablo V, papa, 274.
Pacheco, António, 197.
Pacheco, Diogo, 173, 174, 180, 181, 182, 196, 243, 255, 271.
Padilla, García de, 158.
Pais, João, 192.
Pais, Julião, 46.
Paiva, Afonso de, 92, 231.
Palha, Gaspar, 166, 167.
Palha, Simão, 128.
Papudo, fray António, 216.

Parmentier, Jean, 282.
Patalim, Rui de Brito, 248, 280, 292.
Paz, Duarte da, 188.
Paz, Miguel da, 150.
Peculiar, João, 40.
Pedro, infante don, 28, 66, 68, 80, 96-100, 102-104, 109-111.
Pedro III, rey de Aragón, 29.
Pedro IV, rey de Aragón, 29, 31, 84.
Pedro I, rey de Castilla, 29, 32.
Pedro I, rey de Portugal, 23, 24, 29, 54.
Peixoto, António, 296.
Pelayo (don), 16.
Peralta, Pedro de, 219.
Pereira, Duarte Pacheco, 243, 310-313, 315.
Pereira, Gonçalo, 49.
Peres, Damião, 57, 77, 89, 313.
Peres, Vasco, 119.
Peres, Vímara, 13, 17.
Perestrelo, Bartolomeu, 72, 74, 132.
Pérez-Embid, Florentino, 130.
Pessagno, Emanuele, 58.
Pessagno, Manuel, 54.
Pessoa, Francisco, 206.
Petrarca, Francesco, 123.
Pentinger, Konrad, 176.
Philippa de Lancaster, reina de Portugal, 31, 33, 63, 96, 99, 100, 109.
Philippe IV le Bel, rey de Francia, 34, 53.
Philippe le Bon, duque de Borgoña, 97, 100, 102, 103.
Philippe August, rey de Francia, 27, 28.
Philippe de Alsacia, conde de Flandes, 26, 27.
Piccolomini, Eneas Silvio, *véase* Pío II, papa.
Pico della Mirandola, Giovanni, 224.
Pigafetta, Antonio, 155.
Pina, Fernão de, 194.
Pina, Rui de, 65, 86, 131, 140.
Pinciano, Fernando, 219.
Pinheiro, Diogo, 90, 126.
Pinheiro, Gonçalo, 164.
Pinhel, Aires, 220.
Pinto, Fernão Mendes, 294, 296.
Pinto, João da Canha, 290.
Pinzón, Vicente Yáñez, 315, 317.
Pío II, papa, 106.
Pires, Alvaro, 90.
Pires, Bernardo, 158.
Pires, Miguel, 49.
Pires, Tomé, 294, 295.
Pisano, Mateo de, 123.
Pó, Fernão do, 85, 133.
Pole, Reginald, 213.
Polito, Lanceloto, 182.
Poliziano, Ángelo, 124.
Polo, Marco, 269.
Porto, fray Francisco do, 217.
Portugal, fray João de, 48.
Post, Howens, 53.
Prade, fray André do, 120.
Prado y Tovar, D., 284.
Ptolomeo, Claudio, 91.
Quadros, João de, 268.
Queirós, Pedro Fernandes de, 284.
Radulet, Carmen, 91.
Raleigh, Walter, 200.
Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, 27.
Ramos, Demetrio, 141.
Rangel, Alvaro, 195.
Rangel, Cosme, 335.
Recadero, rey visigodo, 16.
Recco, Niccoloso da, 59.
Rego, Silva, 295.
Regras, João das, 46, 118.
Reis, fray Gaspar dos, 191.
Remédios, Mendes dos, 222.
Renouard, Yves, 53.
Reparaz, Gonçalo de, 290.
Reriz, Fernando Martins de, 124, 134.
Réscio, 218.
Resende, André de, 215, 218, 220.
Resende, García de, 131, 147, 148, 180.
Reyes Católicos, 112, 113, 115, 116, 131, 133, 135-138, 140, 141, 149-151, 173, 177, 188, 195, 221, 224, 240, 304, 314, 317.
Ribeiro, Afonso, 320.
Ribeiro, Aquilino, 14, 18.
Ribeiro, Patrocínio, 128.
Ricardo I Corazón de León, rey de Inglaterra, 28, 30.
Richard III, rey de Inglaterra, 194.
Riedrer, Ulrich, 106.
Rocha, Diogo da, 283.
Rodrigo, rey visigodo, 16.
Rodrigues, Francisco, 280.

Rodrigues, Heitor, 220.
Rodrigues, João, 48.
Rosário, fray António do, 42.
Rumeu de Armas, Antonio, 130, 141.
Sá, António de, 250.
Sá, Estácio de, 330.
Sá, Mem de, 166, 328, 330, 331.
Sadoleto, Jacopo, 189, 210, 213.
Saldanha, António de, 243.
Salema, António de, 332.
Salle, Gadifer de la, 60.
Sanches, Francisco, 215.
Sancho IV, rey de Castilla y León, 23.
Sancho I, rey de Portugal, 27, 28, 30, 31, 36, 46.
Sancho II, rey de Portugal, 28, 34.
Sande, Rui de, 116.
Santarém, fray Gil de, 46.
Santarém, fray Pedro de, 127.
Santarém, João de, 65, 85, 133, 236.
Santiago, fray Jorge de, 191.
Santiago, João de, 90, 92.
Santo Estêvao, fray Gomes de, 96.
Sandinha, Pedro Fernandes, 327.
Scott, Guillebert, 164.
Sebastião, rey de Portugal, 152, 169, 330, 332.
Segismundo, rey de Hungría, 119.
Sena, fray António de, 218.
Sequeira, Diogo Lopes de, 158, 248, 256, 274-277, 283.
Sequeira, Gomes de, 282, 283.
Sequeira, Rui de, 85, 236.
Serpa, António Ferreira de, 128.
Serrão, Francisco, 153, 156, 278.
Serrão, João, 269.
Seure, Michel de, 166.
Silva, Diogo da, 192.
Silva, Fernão da, 116.
Silva, Luciano Pereira da, 311, 312.
Silva, Manuel da, 268.
Silva, Miguel da, 184-186.
Silveira, António da, 258.
Silveira, Fernão da, 199.
Silveira, Gonçalo da, 263.
Silveira, João da, 106, 162.
Silveira, João Fernandes de, 65, 106, 120.
Silves, Aires Gomes da, 99.
Silves, Diogo de, 77.
Sintra, Pedro de, 84.
Sixto IV, papa, 122.
Soares, André, 198.
Soares, Fernão, 269.
Soares, Lopo, 243, 252, 270.
Sodré, Vicente, 242, 243.
Sotomaior, Luís de, 192.
Sousa, Cristóvão de, 257.
Sousa, Diogo Lopes de, 199, 324.
Sousa, Francisco de, 336.
Sousa, Leonel de, 295, 296.
Sousa, Lopo Dias de, 60.
Sousa, Martim Afonso de, 323, 324, 330.
Sousa, Pedro de, 107.
Sousa, Pero Coelho de, 336.
Sousa, Pero Lopes de, 323.
Sousa, Rui de, 140, 194.
Sousa, Tomé de, 326-328.
Sousa Costa, António Domingues de, 48, 123, 125, 134.
Suárez Fernández, Luis, 137, 140-141.
Talbot, Gilbert, 100.
Tarique, 16.
Tasman, Abel Janszon, 284.
Taveira, António, 281.
Tavira, fray Gil de, 120.
Távora, Lourenço Pires de, 199.
Tegghia de Corbizi, Angiolino del, 59.
Teive, Diogo de, 77, 216, 301.
Teive, João de, 301.
Teixeira, Alvaro, 125.
Teixeira, João, 65, 116, 124.
Teixeira, Luís, 65, 124, 125.
Teles, Fernão, 302.
Teles, Leonor, 23, 32.
Teresa, infanta doña, 19, 26, 27.
Tibau, Afonso Martins, 205.
Tomás, conde de Arundel, 100.
Torres, Cosme de, 298.
Torres, Luís Vaz de, 284.
Torres, Tomás de, 158.
Toscanelli, Paolo del Pozzo, 124, 134, 302.
Tourinho, Pedro de Campos, 325.
Tovar, Sancho de, 264.
Toynbee, Arnold, 233.
Trava, Fernão Peres de, 20.
Tristão, Nuno, 65, 79, 80.
Tudor (dinastía), 193.
Urbano VI, papa, 117, 118.
Urgel (condesa), 28.

Urraca de Portugal, reina de León, 26, 28.
Usodimare, 129.
Usque, Abraão, 222.
Usque, Samuel, 222, 223.
Vaillart, Nicolas, 282.
Valadares, Gil Rodrigues de, 46.
Valdemar II, rey de Dinamarca, 27, 28.
Valdemar III, rey de Dinamarca, 28.
Valignano, Alexandre, 299.
Valois, Marguerite de, 169.
Valrestorf, Georg von, 106.
Van Eick, Jan, 102.
Vasconcelos, Sancho de, 279.
Vaz, Aires, 34.
Vaz, Alvaro, 205.
Vaz, Estêvão, 140.
Vaz, Gaspar, 158.
Vaz, Tristão, 72-74, 80.
Vázquez de la Frontera, Pedro, 77-78, 301.
Vega, Hernando de, 158.
Veiga, Lourenço da, 333, 335.
Velasco, Pedro, 49.
Velho, Alvaro, 237, 238, 264, 312.
Verlinden, Charles, 72, 130.
Vespucio, Américo, 314, 319.
Vespucio, Juan, 158.
Vicente, Lourenço, 118.
Vico, Guido de, 21, 25.
Villegaignon, Nicolas de, 165, 166, 328, 330.
Viriato, 15.
Viseu (duque), 128.
Vitoria, Francisco de, 219, 220.
Vizinho, José, 133, 223.
Vogado, João, 302.
Wallop, John, 196.
Warwick (conde), 194.
Wolsey, Thomas, 197.
Xira, fray João de, 119.
Yerushalmi, Yosef, 222.
Zacuto, Abraão, 223.
Zaimoto, Diogo, 296.
Zaimoto, Francisco, 296.
Zarco, João Gonçalves, 72-74, 128.
Zarco, Salvador Fernandes, 129.
Zurara, Gomes Eanes de, 64, 65.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Abrantes, 281.
Acapulco, 290.
Achén, 270, 274.
Adour (río), 226.
Adriático (mar), 234.
África, 15, 41, 64, 66, 71, 82, 83, 85, 89, 92, 94, 120, 129, 133, 144, 145, 147, 148, 170, 181, 182, 190, 222, 225, 230, 231, 232, 233, 238, 241, 262, 264, 269, 301.
Agde, 160.
Aigues-Mortes, 160.
Aix-en-Provence, 215.
Alcácer do Sal, 34, 36, 62.
Alcácer-Ceguer, 70, 121, 144.
Alcalá de Henares, 225.
Alcáçovas (tratado), 114, 115, 304.
Alcanices (tratado), 23.
Alcántara (batalla), 202, 334.
Alcazarquivir (batalla), 152, 201.
Alcobaça (monasterio), 38.
Alcochete, 62, 176.
Alejandría, 187, 231, 235, 249, 268.
Alemania, 98, 102, 105, 106, 107, 188, 205, 209.
Alenquer, 43, 211, 214.
Alentejo, 18, 22, 25, 113, 129.
Alfarrobeira (batalla), 103, 106, 109.
Algarve, 22, 23, 36, 53, 54, 58, 59, 67, 73, 77, 79, 80, 81, 128, 204.
Aljubarrota (batalla), 33, 35.
Almeida, 23.
Alvor, 36.
Amazonas (río), 314, 315.
Amberes, 188, 197, 204-210, 225, 227.
Ambon (isla), 279.
América, 197, 284, 290, 314, 337.
América del Sur, 333, 335, 337.
Amsterdam, 227.
Ancona, 225.
Andalucía, 52, 54, 314, 317.
Angediva, 175.
Angola, 64, 85, 88, 89, 132, 236, 238, 304, 330.
Angra das Voltas, 93.
Angra de João de Lisboa, 89-91.
Angra de São Brás, 94.
Angra de São Jorge, 94.
Angra dos Ruivos, *véase* Ganet (cabo).
Ano Bom (isla), 91.
Ansán, 295.
Antillas (archipiélago), 200, 315.
— mar, 314.
Antioquía, 104.
Arabia, 176, 186, 243, 245, 249, 255, 259, 266, 268.
Aragón, 23, 26, 33, 60, 100, 109, 111.
Aranda del Duero, 99.
Arévalo, 113.
Argel, 41, 67, 222.
Arguim, 80, 85.
Armenia, 260.
Arouca (monasterio), 27.
Arronches, 112, 221.
Ascensão (isla), 242.
Asia, 147, 177, 178, 248, 255, 269, 276, 286, 289, 294, 296.
Asia Menor, 188, 226.

Asilah, 71, 144, 207, 225.
Asturias, 16, 17, 22.
Atlántico (océano), 14-16, 18, 57, 59, 61-63, 71, 72, 75, 78, 85, 88, 92, 94, 97, 102, 105, 114-116, 121, 134, 137, 140, 141, 143, 144, 154, 160, 161, 163, 165, 168, 195, 200, 204, 208, 230, 233, 235, 236, 238, 244, 260, 302, 304-307, 311, 312, 314, 333, 337.
Augsburg, 107, 176, 209.
Australia, 281-286.
Aveiro, 195.
Aviñón, 40, 46, 48, 49, 117, 118, 122.
Ayllón (tratado), 58, 67.
Azambuja, 34.
Azamor, 154, 182, 225.
Azores, 75, 77, 78, 79, 80, 82, 84, 102, 105, 130, 144, 158, 162, 196, 200, 241, 301, 304.
Azurara, 52, 62, 165.
Bacan, 278.
Badajoz, 26.
— tratado, 23, 28.
Baffin (isla), 306.
Bahía, 331, 333, 335.
Baleares, 28, 61, 71.
Báltico (mar), 205, 211, 212, 227.
Banda (archipiélago), 153, 278.
— mar, 279.
Barcelona, 45, 98-99, 104, 109, 110, 140, 186.
Barcelos, 165.
Barlovento, 36.
Basain, 257.
Basilea, 119, 212, 213.
Batalha (monasterio), 193, 281.
Batuan, 289.
Bayona, 54, 160, 164, 209, 226.
Beira, 172.
Beja, 16.
Belem, 237.
Benacofu (sierra), 71.
Benamarim, 58.
Bengala, 176, 273.
— golfo, 248, 270, 271.
Biarritz, 227.
Bidart, 227.
Bijapur, 177, 246, 256.
Bintan, 288.
Bisnaga, 274.
Bizancio, 119.
Boavista, 82, 83.
Bojador (cabo), 79, 115, 236.
Bolonia, 46, 48, 49, 106, 125, 126, 184, 188, 191.
Borgoña, 38, 102-105, 107, 111, 193-195.
Borneo (isla), 286, 290.
Bourges, 215.
Bouvines (batalla), 28.
Braga, 14, 16, 32, 40, 44, 49, 50, 118, 165, 172, 192.
Bragança, 221.
Branco (cabo), 80, 236.
Brasil, 43, 75, 82, 141, 143, 145, 148, 155, 160, 161, 165, 166, 173, 200, 204, 208, 242, 301, 310, 312-315, 317-319, 322-328, 330-337.
Brava (isla), 82.
Bretaña, 35, 53, 164, 322.
Bretón (cabo), 306.
Bristol, 200, 306, 307.
Brujas, 30, 53, 97, 100, 102, 103, 105, 204, 205, 227.
Buarcos, 52.
Buena Esperanza (cabo), 64, 91, 93, 94, 96, 133, 135, 138, 141, 156, 177, 193, 200, 229, 230, 231, 236, 238, 241, 242, 268, 269, 318.
Buenas Señales (río), 238, 262.
Bungo, 299.
Burdeos, 34, 54, 160, 216, 226.
Burgos, 149.
Cabo Verde, 80-85, 87, 93, 140, 144, 200, 237, 241, 242, 302, 311, 315, 317, 324, 330.
Cabralia, 317.
Cádiz, 130.
Cahors, 216.
Cairo (El), 91, 231, 234, 235.
Calaiate, 268.
Calais, 197.
Calicut, 231, 232, 239, 240, 242, 243, 248-250, 252, 253, 256.
Callao (El), 284, 290.
Câmara de Lobos, 73, 74.
Cambay, 245, 255-258, 270.
Camboya, 286, 288.
Cambridge, 48, 217.
Caminha, 165.

Canará, 252, 253.
Canarias, 58, 59, 60, 71-73, 114, 136, 140, 237, 304.
Candes, 273.
Cangas de Onís, 16.
Cannanore, 175, 231, 242, 244, 245, 248, 250, 252.
Cantón, 288, 290, 292, 294-296.
Caribe (mar), 314, 315, 336.
Carpentaria (golfo), 284.
Casamansa, 80.
Cascais, 203.
Castelo Branco, 225.
Castelo Rodrigo, 23, 221.
Castilla, 21-23, 26, 27, 29, 30, 32, 33, 51, 58-60, 63, 66, 67, 81, 86, 99, 109, 111-118, 128, 131, 132, 134-136, 138, 140, 145, 146, 154, 162, 167, 180, 201, 240, 279, 323, 334.
Cataluña, 61, 84, 99, 104, 109, 110, 186.
Catarina (cabo), 85, 88, 89, 236.
Ceará, 336.
Cebú (isla), 155, 283.
Ceilán, 175, 240, 244, 248, 270, 271, 273, 274.
Celanova (tratado), 26.
Célebes (archipiélago), 282.
Ceuta, 16, 66, 67, 68, 70, 72, 79, 96, 98, 106, 122, 144.
Clairvaux (abadía), 34, 40.
Claraval (abadía), 27.
Cluny (abadía), 38, 45.
Cobre (río), 238.
Cochin, 175, 240-246, 249, 250, 252, 256.
Cochinchina, 277, 286, 288.
Coimbra, 21, 24, 25, 28, 30, 41, 42, 49, 99, 114, 120, 126, 187, 191, 194, 201, 220.
Colombo, 271, 273.
Colonia, 227.
Comorin (cabo), 246, 248, 252, 269.
Conceição (isla), 242.
Congo, 132, 194, 238, 304.
— río, 85, 88-90.
Constantina, 226.
Constantinopla, 28, 70, 96, 120, 225.
Constanza, 119.
Coromandel, 270-274.
Coruña (La), 202.
Corvo (isla), 77, 301.
Cota, 273.
Cracovia, 212.
Cranganor, 252, 253.
Creta, 226.
Cross (cabo), 90.
Cuba (Portugal), 129.
Curitiba, 313.
Chaul, 245, 256, 257.
Chaves, 44.
China, 177, 248, 273, 286, 288, 290, 292, 294, 295, 296, 299.
Chipre, 104.
Dabul, 256, 257.
Daman, 253, 257.
Damasco, 223, 234.
Dampier (archipiélago), 285.
Danzig, 211, 227.
Davis (estrecho), 306.
De Gruy (río), 285.
Deccan, 256.
Delgado (cabo), 264, 268.
Dentro das Serras (golfo), 94.
Depuch (isla), 282, 284, 285.
Dieppe, 34, 160, 162, 164, 282.
Dijon, 103.
Dinamarca, 26, 212.
Diu, 213, 245, 253, 256-258.
Douro (río), 13, 15, 17, 18.
Duas Partes, 86.
Dudia, 277.
Eastbourne, 197.
Egipto, 96, 234, 245, 256.
Elisabeth Bay, 93.
Elvas, 187, 195.
Entre Douro, 13, 17, 62, 153.
Ericeira, 204.
Escocia, 60.
Esmirna, 226.
España, 16, 22, 113, 129, 136, 137, 141, 145, 148-150, 153, 155-157, 159, 160, 169, 188, 197-200, 284, 289, 334, 335.
Española (isla), 315.
Estrasburgo, 213.
Estremoz, 43.
Etiopía, 64, 91, 179, 234.
Europa, 11, 13, 27, 31, 43-45, 53, 57, 63, 66, 75, 78, 99, 102, 103, 105, 109, 115, 116, 119, 120, 143-148, 152,

162, 167, 170, 175, 177, 182, 187, 199, 204, 208, 210, 218, 230, 235, 240, 318, 322, 333.
Évora, 16, 38, 116, 125, 184, 187, 191.
Exerica, 29.
Extremadura, 23, 40, 62.
Faial (isla), 77, 78.
Faifo, 288.
Fancaso (río), 80.
Farilhões (cabo), 90.
Faro, 54.
Ferrara, 98, 106, 119, 125, 188, 222, 224, 225.
Fez, 70, 144, 222.
Filipinas, 288-290.
Fish Bay, 94.
Flandes, 26, 27, 33, 34, 53, 75, 78, 97, 99, 100, 102, 103, 104, 107, 129, 160, 194, 197, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 227, 241.
Florencia, 104, 119, 120, 123, 125, 126, 134, 213, 217.
Flores (isla), 77, 78, 301.
Florida, 313.
Fogo, 82.
Francia, 28, 33-36, 40, 41, 47, 48, 86, 100, 102-104, 106, 113, 117, 118, 122, 152, 159-169, 188, 193, 194, 198, 201, 210, 215, 216, 226, 240, 335, 337.
Francia Antártica, 328.
Frío (cabo), 320, 322, 323.
Fuenterrabía, 54.
Funai, 299.
Funchal, 73, 74, 126, 128, 132, 134, 166, 169, 190, 305.
Furnes (lago), 27.
Gales, 31.
Galicia, 15, 17, 20, 22, 44, 51, 52, 162.
Ganet (cabo), 79.
Gante, 102, 105, 227.
Gascuña, 36.
Génova, 54, 61, 71, 107, 128, 129, 130, 132, 186.
Gibraltar (estrecho), 16, 68, 71.
Ginebra, 213.
Goa (isla), 177, 179, 186, 231, 241, 245, 246, 250, 253, 260, 290, 297, 299.
Graciosa (isla de las Azores), 77.
Gran Bretaña, 198.
Gran Canaria (isla), 73.
Granada, 59, 66, 67, 135, 150.
Grão-Pará, 331.
Grecia, 226.
Grenoble, 216.
Guadalete (batalla), 16.
Guadalupe (monasterio), 30.
Guadiana (río), 23.
Guanabara, 163, 165, 166, 168, 322, 328, 330, 332.
Guardafui (cabo), 242, 243, 268, 274.
Guetaria, 54.
Guimarães, 20, 32, 43, 50, 165.
Guinea, 80, 83, 200, 204, 230.
— golfo, 63, 79, 84-87, 89, 114, 133, 134, 238, 312.
Guipúzcoa, 54.
Guyanas, 312.
Guyenne, 164.
Guynee, 64.
Guzarate, 245, 258.
— golfo, 256, 258.
Haití, 314.
Hamburgo, 227.
Harfleur, 34, 53.
Heong-Shang, 295.
Hidalkan, 256.
Hispania, 17.
Hispanoamérica, 337.
Hoi An, 288.
Holanda, 148, 161.
Honfleur, 34, 160, 161.
Hotentot Bay, 93.
Huesca, 222.
Humunu (isla), 289.
Hungría, 98.
Ilhéus, 331.
India, 64, 89, 90, 133, 134, 137, 153, 162, 168, 173, 175-177, 179, 201, 204, 208, 214, 229, 235, 236, 239-242, 244-246, 250, 252, 253, 255-258, 260, 265-270, 276, 280, 284, 286, 289, 292, 294, 297-299, 302, 313, 337.
Indias, 131, 135, 136, 233, 325.
Índico (océano), 64, 90, 91, 93, 94, 134, 136, 137, 154, 175, 176, 193, 200, 229-232, 238, 239, 241, 243-246, 248, 249, 258, 260, 266, 268, 269.

Indochina, 296.
Indonesia, 270.
Indostán, 244, 266, 269, 270.
Infante (río), 94.
Inglaterra, 30-33, 99, 100, 102, 118, 130, 148, 152, 160, 161, 169, 188, 192-200, 202, 203, 305-306, 335, 337.
Inhambane, 238, 262.
Insulindia, 157, 159, 160, 177, 244, 271, 273, 275, 276, 280, 284.
Irán, 249.
Italia, 47, 48, 54, 55, 78, 98, 105, 106, 120-123, 169, 188, 207, 212-215, 217, 222, 223, 235, 241.
Itamaracá, 324, 331, 336.
Jafanapatán, 273.
Jailolo (isla), 279, 283.
Japón, 288, 297-300.
Java, 276, 292.
Jerusalén, 36.
Kathiawar, 257.
Kenya, 267.
Khíos (isla), 129, 226.
Kilwa, 153, 265, 267.
Kiou-Si-on, 296.
Kulam, 242, 244, 245, 248, 250, 252.
Labrador, 305-307.
Lagoa, 54.
Lagos, 79-81.
Lamego, 16, 17, 48, 49, 119.
Lampó, 296.
Lana (isla), 82.
Languedoc, 54, 160, 167, 186.
Lanzarote (isla), 59, 60, 237.
Laponia, 211, 213.
Larache, 71, 144, 222, 225.
Laredo, 54.
Leiria, 62, 70, 190, 223.
León, 13, 22, 32, 51, 112.
Líbano, 14.
Liberia, 84.
Lima, 290.
Lisboa, 22, 23, 26, 32, 34, 36, 42, 46-50, 52, 53, 70, 84, 86, 87, 89-91, 93, 94, 97, 102, 103, 106, 107, 116, 119, 121, 124, 128-134, 140, 141, 145, 150, 157, 160, 162, 166, 167, 169, 172, 173, 176, 180, 186, 187, 190, 192-196, 201, 204-209, 217, 223, 225, 231, 233, 235, 239-241, 244, 250, 260, 262, 268, 270, 279, 281, 283, 292, 298, 308, 309, 318, 320.
Lituania, 211, 213.
Livorno, 106, 107.
Lobo (cabo), 89, 91.
Londres, 31-33, 97, 100, 194-198, 200, 203.
López (cabo), 85.
Loulé, 54.
Lourenço Marques, 265.
Lovaina, 105, 192, 213, 214, 217, 218.
Lübeck, 212, 227.
Lucira Grande, 89.
Lucoes (isla), 290.
Lyon (tratado), 163, 164, 209.
Macau, 290, 292, 296.
Mactán, 289.
Machico, 72-74.
Madagascar, 176, 231, 269.
Madeira, 71-75, 77, 80, 82, 84, 128, 130-132, 143-144, 162, 168, 200, 204, 301, 304.
Madrid, 112.
Magallanes (estrecho), 155.
Magostao, 268.
Magreb, 41, 66, 67, 170, 207.
Maguelonne, 50.
Maias (isla), 82.
Maio, 82, 83.
Makian, 278.
Malabar, 63, 92, 136, 145, 175, 181, 204, 208, 229, 231-233, 235, 239-241, 245, 246, 248-250, 252, 253, 255, 256, 262, 265-271, 273, 292, 294, 319.
Malaca, 153, 177, 240, 243, 248, 252, 269, 270, 273-281, 286, 288-290, 292, 294, 296-298.
Malasia, 176, 248, 277.
Maldivas (archipiélago), 176, 269, 270.
Maluco, 156.
Maluñu, 278.
Mallorca, 28.
Manar, 273.
Mancha (canal), 194, 197.
Mangalore, 268.
Manila, 290.
Maranhão, 331.
Marianas (archipiélago), 155.

Marruecos, 28, 58, 66, 67, 68, 70, 71, 74, 84, 104, 110, 120, 121, 170, 182, 208, 221, 325.
Marsella, 45, 54, 106, 160.
Mascate, 268.
Massachussets, 309.
Meca (La), 175, 177, 179, 234, 243, 246.
— estrecho, 268.
Medina del Campo, 27, 99.
Mediterráneo (mar), 14, 15, 16, 52, 54, 59, 62, 66, 91, 97, 109, 120, 160, 170, 208, 260, 314.
Mekong (río), 286, 288.
Melgaco, 221.
Meliapur, 273, 274.
Melinde, 231, 232, 239, 241, 267.
Menancabo, 274, 275.
Menorca, 28.
Mensurado (cabo), 84.
Mergato, 38.
Metelino (batalla), 121.
México, 137.
— golfo, 314.
Milán, 54, 186, 187.
Milos, 226.
Mina, 85-89, 92, 93, 200.
Minas Gerais, 336.
Mindanao (isla), 283, 289, 290.
Miño (río), 13, 15, 17, 18, 19, 40, 62, 153.
Mogadiscio, 268, 269.
Molucas (archipiélago), 153, 154, 156, 157, 159, 177, 240, 248, 269, 270, 278, 289, 297, 298.
Mombasa, 231, 239, 266, 267.
Monchique, 54.
Mondego (río), 13, 17-19.
Monomotapa, 263, 264.
Montalvão, 34.
Montejunto, 41.
Montil, 278.
Montpellier, 34, 42, 43, 45, 47-50, 54, 122, 160, 215.
Mossel Bay, 94.
Moura, 23.
Mourão, 23.
Mozambique, 239, 241, 262-266.
Nancy (batalla), 103.
Nantes, 160, 226.
Nápoles, 106, 224.
Nar (isla), 80.
Narbona, 54.
Narragansett, 310.
Narsinga, 252, 253.
Nata (isla), 283.
Navarra, 99.
Negapatán, 274.
Negro (cabo), 90.
Nimwegen, 227.
Normandía, 34, 35, 53, 160, 162, 203-204, 322.
Nueva España, 284.
Nueva Guinea, 284.
Nueva Zelandia, 284.
Nuevas Hébridas (archipiélago), 284.
Nuremberg, 78, 105, 209, 213.
Nylo, 64.
Ocaña, 116.
Oceanía, 284.
Odiel (río), 315.
Oita, 299.
Olinda, 331, 333, 336.
Olivença, 221.
Omán, 232.
— golfo, 249.
— mar, 267.
Onor, 175.
Oporto, 13, 17, 33, 48, 52, 53, 62, 120, 160, 165, 172, 190, 204, 206.
Orán, 207.
Orinoco (río), 315.
Orléans, 48.
Ormuz, 179, 181, 231, 249, 258, 260, 268, 269.
— estrecho, 258.
Osoni (archipiélago), 296.
Ourique (batalla), 21.
Ouro (río), 79.
Oviedo, 16, 17.
Oxford, 48, 49, 216, 217.
Pacén, 274.
Pacífico (océano), 137, 141, 155, 177, 289.
Padrão (río), 89.
Padua, 48, 213, 217.
Países Bajos, 188, 227.
Palau (isla), 283.
Palencia, 27.
Palestina, 38.
Palos, 315.

Panamá, 155, 290.
Pancas, 62.
Pangin (río), 253.
Pará, 324.
Paraíba, 331, 336.
Paria, 314.
— golfo, 315.
París, 34, 42, 46, 47, 49, 50, 122, 164, 166, 168, 169, 184, 191, 203, 209, 215-217, 226.
Pavía, 127, 188.
— batalla, 167.
Pederneira, 62.
Pedir, 274, 283.
Pedra da Galé, 79.
Pegu, 273, 275, 292.
Pekín, 294.
Peñafiel, 99.
Pernambuco, 163, 322, 324, 331, 332, 333, 336.
Persia, 255, 259, 260, 268.
Pérsico (golfo), 179, 186, 231, 235, 245, 246, 248, 249, 252, 255, 260, 262, 268.
Perú, 284.
Perusa, 48, 123, 125.
Piacenza, 54.
Picardía, 214.
Pico (isla), 77.
Piratininga, 330.
Pirineos, 40, 42, 44, 45, 97.
Pisa, 106, 118, 123, 125-127, 217.
Plasencia, 112, 113.
Poznan, 211.
Praga, 119.
Prato, 126.
Príncipe, 85, 87, 88, 94, 144, 236.
Provenza, 45, 160, 164, 186.
Puerto de Santa María, 314.
Puerto Santo, 71-74, 128, 132.
Puerto Seguro, 317, 318, 325, 331, 332.
Quelimane (río), 238.
Quercy, 44.
Redes (cabo), 86.
Reis (sierra), 93.
Rhode Island, 310.
Ribacoa, 23.
Rin (río), 227.
Río de Janeiro, 166, 322, 324, 330-332, 336.
Río de la Plata, 137, 163, 320, 323, 333.
Río Grande del Norte, 336.
Rochelle (La), 34, 54, 160, 226.
Rojo (mar), 92, 176, 179, 232, 235, 242, 243, 245, 249, 255, 262, 266, 268, 270, 294.
Roma, 24, 25, 40, 44, 50, 51, 68, 98, 104, 106, 107, 117, 118, 120-122, 126, 129, 169, 170, 172, 173, 177, 178, 180, 181, 184-188, 191, 197-199, 213, 224, 225, 298, 327.
Roma (Imperio), 15.
Rosellón, 54.
Ruán, 34, 160, 226.
Saboya, 24.
Sabrosa, 153.
Sabugal, 23.
Safi, 207, 208.
Sal, 82.
Salado (batalla), 23.
Salamanca, 30, 42, 49, 123, 191, 218, 219, 220, 223, 225, 328.
Salerno, 50.
Salónica, 188, 225, 226.
Salvador, 327, 332, 333, 335.
Samar (isla), 288.
Samos, 226.
San Cristóvao (isla), 82.
San Filipe (isla), 82.
San Juan de Luz, 227.
San Julián (río), 315.
San Mamede (batalla), 20.
San Miguel (isla), 75, 78, 241.
San Rafael (serranía), 266.
San Roque (cabo), 312, 314, 315, 320.
San Sebastián, 54.
San Sebsatião, 330.
San Vicente (cabo), 130.
Sanchuán (isla), 295.
Sanlúcar de Barrameda, 155, 156, 320.
Santa Bárbara (sierra), 93.
Santa Elena, 238.
Santa María (isla), 75, 77, 241.
— cabo, 89.
— golfo, 93.
Santa María de Faro, 23.
Santa Sede, 40.
Santa Vitória (golfo), 93.
Santana, 324.
Santander, 54.

Santarém, 20, 22, 35, 38, 41, 43, 61, 92, 114, 116, 149, 201, 217, 281.
Santiago (isla), 81-83, 237, 302, 311.
Santiago de Compostela, 44.
Santo Agostinho (cabo), 315, 320, 322, 325.
Santo Amaro, 324.
Santo Antão, 82.
Santo Estêvao (golfo), 93.
São Jorge (isla), 77, 78.
São Jorge da Mina, 85, 87, 91, 132, 236.
São Lázaro (archipiélago), 155.
São Lourenço (cabo), 72.
São Martinho do Porto, 62.
São Nicolau, 82.
São Paulo, 330, 336.
São Silvestre, 93.
São Tomé (isla), 84, 85, 87, 88, 144, 208, 222, 236, 330.
— golfo, 93.
São Vicente, 82.
Savona, 131.
Seinal (monte), 70.
Sena, 265.
— río, 226.
Senegal (río), 80, 81.
Seram (mar), 279.
Serpa, 23.
Sesimbra, 34.
Setúbal, 52-53.
Sevilla, 29, 83, 130, 151, 154, 186, 315.
Siam, 248, 277, 278, 292, 296.
— golfo, 277, 286.
Sicilia, 50, 55.
Siena, 48, 106, 123, 125, 126, 180, 184.
Sierra Leona, 63, 79-81.
Sierra Parda, 90, 91, 93.
Silves, 30, 34, 36, 38, 54, 191, 216.
Sines, 53, 230, 236, 237.
Singapur, 288.
Sintra, 114.
Siria, 38.
Siriago (isla), 290.
Socotorá, 243, 268.
Soeiro (río), 85.
Sofala, 153, 231, 232, 239, 241, 262, 263, 265.
Solor (isla), 281.
Sonda (estrecho), 276.
Southampton, 197.
Sudán, 67.
Sumatra, 270, 274, 275, 282, 283, 288.
Tagilde, 32.
Tamán, 292.
Tane-ga-shima (isla), 296.
Tánger, 41, 68, 70, 71, 120, 164.
Tanixuma (isla), 296.
Tanjor, 274.
Taprobana (isla), 269, 271.
Tasmania, 284.
Taunton (río), 309.
Tavira, 54.
Tejo (río), 20, 22, 27, 36, 52, 62, 102, 106, 238, 241, 243, 245, 309, 319, 323.
Terceira (isla), 77, 78, 134, 241, 305, 306, 308, 309.
Ternate, 153, 278, 279, 280, 282.
Terranova, 301, 305-310.
Tete, 265.
Thailandia, 277.
Tidor (isla), 80, 156, 278, 279, 289.
Tierra Santa, 26, 27, 36, 41, 45.
Timor (isla), 280, 281, 290.
Tinto (río), 315.
Tirol, 188.
Tobago (isla), 314, 315.
Toledo, 22, 40, 224.
— tratado, 114, 115, 117, 140, 304.
Tolosa, 34.
Tomar, 83, 202, 334.
Tonkín, 177, 286.
Tordesillas, 113, 136, 140.
— tratado, 117, 136, 137, 138, 141, 152-153, 161, 229, 278, 310, 311.
Tormentas (cabo), *véase* Buena Esperanza (cabo).
Toro (batalla), 112, 113.
Torres (estrecho), 285.
Torres Vedras, 106.
Tres Puntas (cabo), 86.
Toulouse, 34, 41-43, 47-49, 122, 215.
Trento, 188, 190-193.
Túnez, 67, 129, 222, 223, 225, 239.
Turquía, 222.
Urgel, 100, 109, 111.
Utrecht, 227.
Valence, 216.
Valencia, 99, 106, 186.
Valencia de Alcántara, 150.

Valladolid, 97, 99.
Venecia, 98, 127, 188, 213, 224, 234, 235, 240, 249, 306.
Vergy (abadía), 103.
Viana, 52.
Viana do Lima, 226.
Vila do Conde, 52, 165.
Vila Franca de Xira, 34.
Vila Nova de Cerveira, 165.
Vila Nova de Graia, 13.
Visayas (archipiélago), 288.
Viseu, 16, 17, 49, 120, 184, 185, 186, 192.
Viterbo, 51.
Vizcaya, 28, 52, 54.
Vonga (río), 17.
Walwisch Bay, 93.
Wight (isla), 197.
Windsor (tratado), 33, 99, 194, 195, 198, 200.
Wittenberg, 212.
York (cabo), 284.
Zaire (río), 64, 89, 236.
Zalaca (batalla), 19.
Zamar (isla), 155.
Zamora, 20, 21, 25, 26, 40, 99, 113.
Zaragoza, 29.
— tratado, 141, 156, 159.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992

El libro *Portugal en el mundo*, de Joaquim Veríssimo Serrão, forma parte de la Colección «América 92», que recoge temas generales de las áreas que integran las Colecciones MAPFRE 1492.

COLECCIÓN AMÉRICA 92

- La creación del Nuevo Mundo.
- El español de las dos orillas.
- La exploración del Atlántico.
- Por la senda hispana de la libertad.
- Literaturas indígenas de México.
- Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia.
- Los judeoconversos en la España moderna.
- Los judíos en España.
- Utopía de la Nueva América.
- Quince revoluciones y algunas cosas más.
- Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica.
- El Tratado de Tordesillas.
- Caudillismo en América.
- Portugal en el mundo.

En preparación:

- Europa en América.
- La independencia de América.
- Emigración española a América.
- El Islam en España.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

